DIARIO DE BERLIN

WILLIAM SHIRER

1936
1941

Diario de Berlín

Un corresponsal extranjero en la Alemania de Hitler (1934-1941)

WILLIAM SHIRER

Traducción de
Francisco-Javier Calzada

DEBATE

www.megustaleerebooks.com

Para Tess,
que compartió tanto

Nota del editor

Los grandes periodistas se caracterizan por estar en el lugar adecuado en el momento preciso. William Louis Shirer, una de las leyendas del periodismo estadounidense, sin duda tenía ese don. Para él, el lugar fue Berlín y el momento, la segunda mitad de la década de 1930. La historia más terrible y fascinante del siglo XX, el auge de la barbarie nazi en pleno corazón de Europa, en una de las naciones más avanzadas del mundo, encontró en él a su mejor cronista.

Nacido en Chicago en 1904, Shirer quedó huérfano de padre a los nueve años. Su madre, Betsy Tanner Shirer, se llevó al pequeño William y su hermano menor a Cedar Rapids, en el estado de Iowa, muy lejos de esa Europa donde desarrollaría gran parte de su carrera. Tras graduarse en 1925 en el Coe College de Iowa, su vocación de escritor le llevó tras los pasos de la «generación perdida». Cruzó el Atlántico en un barco de ganado y cuando prácticamente había agotado sus ahorros, logró un empleo en la edición parisina del Chicago Tribune, lo que le permitió quedarse. París en 1925 era una ciudad vibrante, que Shirer amó «como se ama a una mujer». Allí trabajó con James Thurber y Elliot Paul y trató a Hemingway, Scott Fitzgerald y su esposa Zelda, Ezra Pound, Isadora Duncan y Gertrude Stein. Unos cursos de historia europea en el Colegio de Francia le sirvieron para conocer mejor el viejo continente, y pronto, a los veintitrés años, pasó a

trabajar para la sección de internacional de la edición norteamericana del periódico.

Su primera gran historia fue la llegada de Charles Lindbergh a Francia tras atravesar el Atlántico en solitario. También cubrió las reuniones de la Sociedad de Naciones en Ginebra y viajó a Londres, Roma y Viena. En 1928 se ocupó de los Juegos de la IX Olimpíada, celebrados en Amsterdam. Fue a la India a entrevistar a Gandhi y a Afganistán para la coronación del rey Nadir Khan. En 1931 dirigía la oficina para Europa Central del *Chicago Tribune*, en Viena, donde se había casado con Theresa Stiberitz. Sin embargo su suerte se empezó a torcer. En un accidente de esquí en los Alpes perdió la vista de un ojo y, poco después, la onda expansiva de la Gran Depresión acabó por costarle su empleo.

El matrimonio Shirer buscó refugio en España, en una casa en la costa catalana, en Lloret de Mar. Un lugar paradisíaco donde pasaron «el mejor año, el más feliz que hemos vivido, y el más tranquilo también». Su vecino era Andrés Segovia, que se acercaba por las tardes a conversar o a tocar a Albéniz o Bach con su guitarra. El corresponsal estadounidense Jay Allen y Luis Quintanilla eran visitantes frecuentes. Pero en enero de 1934, sin dinero, Shirer se vio obligado a aceptar una oferta de trabajo del *New York Herald* y volver a París, a sabiendas de que era una ciudad muy distinta de la que había conocido nueve años antes.

Entonces empieza el *Diario de Berlín*, con una recapitulación sobre el año pasado en España, sobre Barcelona, Madrid, Toledo y el Greco. Como si se hubiera tratado de una pausa para tomar aire, Shirer se había recuperado de las enfermedades contraídas en la India y Afganistán y estaba listo para sumergirse de nuevo en el fragor de los acontecimientos, justo cuando el pulso de la historia se aceleraba y Europa avanzaba imparable hacia la catástrofe.

La lucidez y la inteligencia de Shirer asombran desde el principio. Al poco de llegar a París, el 7 de febrero de 1934, presenció unos graves disturbios entre el gobierno, la ultraderechista Union National des Combattants y los comunistas. Su entrada de ese día termina: «Es de destacar asimismo el hecho de que los comunistas lucharan anoche en el mismo lado de las barricadas que los fascistas. Eso no me gusta», y el eco del pacto Molotov-Ribbentrop resuena en el lector.

En agosto de ese mismo año aceptó un puesto mejor en el Universal News Service de William Randolph Hearst y se trasladó a Alemania, donde llegó justo a tiempo para presenciar la apoteosis nazi en Nuremberg, «la mejor introducción posible al mundo de pesadilla que Adolf Hitler empezaba a crear en su país de adopción». El horror y la fascinación que le produjo el espectáculo montado por los nazis y exhibido hasta la saciedad a la nación por la poderosa maquinaria propagandística de Joseph Goebbels serían una constante durante su estancia en Alemania.

Tres años duró esa primera estancia en Berlín, ya que en el verano de 1937 Hearst disolvió su servicio de noticias y Shirer se encontró sin empleo. Sin embargo, a los pocos días Edward R. Murrow, el corresponsal en Londres de la cadena de radio CBS, le contrató para ayudarle a cubrir Europa. Ese fue el comienzo de unas emisiones legendarias, el boletín internacional de la CBS del que Shirer fue parte fundamental.

A través de sus contactos con la jerarquía nazi y fuentes que le pasaban información jugándose la vida, Shirer logró retratar en su diario tanto los grandes acontecimientos de la época, la ocupación del Rin, el Anschluss con Austria, la conferencia de Munich, la entrega de Checoslovaquia, el estallido de la guerra, como el día a día de una Europa que avanzaba inconsciente e inexorablemente hacia el desastre. Su prestigio era tal que fue uno de los doce corresponsales extranjeros que recibieron permiso de

Berlín para acompañar al ejército alemán en la conquista de Francia en 1940.

Pero a medida que la guerra se prolongaba las condiciones de trabajo empeoraron. La censura era cada vez más dura y los trucos de Shirer, usar jerga estadounidense que los censores, habituados al inglés británico, no entendían, y reflejar con la voz la credibilidad de las informaciones que daba, no funcionaban tan bien como antes. Cuando una fuente de confianza le advirtió de que la Gestapo preparaba una acusación de espionaje contra él, decidió que era el momento de marchar y reunirse con su mujer y su hija, refugiadas en Estados Unidos desde 1938. Con un hábil ardid logró sacar de Berlín sus diarios, donde había recogido todo lo que la censura le impedía contar por las ondas, y los publicó en 1941 en Estados Unidos. El resultado fue un inmediato y gigantesco éxito entre un público ávido de noticias sobre lo que ocurría al otro lado del Atlántico.

Tras una fuerte pelea con Murrow por un tema profesional, dejó la CBS en 1947 y se concentró en la escritura de su monumental *Auge y caída del Tercer Reich*, una obra capital de la historiografía de la Segunda Guerra Mundial que publicó en 1961 y que obtuvo el prestigioso National Book Award de No Ficción. Autor además de varias novelas y de una biografía de Gandhi entre otros libros de ensayo, Shirer murió en Boston en 1993, plenamente consciente de que su lugar había sido Berlín, y su momento, la segunda mitad de la década de 1930.

Prefacio a la primera edición

La mayoría de los diarios, diríase, se escriben sin intención de publicarlos. No tienen en cuenta el ojo del lector. Son personales, íntimos, confidenciales, parte de uno mismo que es mejor ocultar del duro mundo exterior.

Este diario no pretende en ningún momento pertenecer a esa especie. Lo escribí por placer y para mi propia tranquilidad, sin duda, pero también (para ser totalmente sincero) con la idea de que un día podría publicarlo casi entero, si a algún editor le interesaba hacerlo. Obviamente esto no se debía a que pensara ni por un minuto que yo o la vida que había llevado tuvieran la menor importancia ni fueran de un interés particular para el público. La única justificación a mi juicio es que el azar y el tipo de trabajo que desempeñé parecieron darme una oportunidad bastante rara para escribir, día a día, una crónica de primera mano de una Europa que ya estaba agonizando y que, a medida que pasaban los meses y los años, se deslizaba inexorablemente hacia el abismo de la guerra y la autodestrucción.

El tema de este diario, por tanto, no es, salvo tangencialmente, su autor, sino esa Europa que contempló con creciente fascinación y horror abalanzarse locamente por el camino del Armagedón en la segunda mitad de los años treinta. La causa fundamental de la catástrofe del continente fue un país, Alemania, y un hombre, Adolf Hitler. Pasé la mayoría de mis años

en el extranjero en ese país cerca de ese hombre. Desde esa perspectiva vi cómo las democracias europeas vacilaban y cedían y, con su confianza y su juicio y su voluntad paralizados, retrocedían de un bastión al siguiente hasta que, con la excepción de Gran Bretaña, ya no pudieron plantar cara. Desde esa ciudadela totalitaria pude también contemplar cómo Hitler, con un cinismo, brutalidad, decisión y claridad de ideas que el continente no había visto desde Napoleón, fue de victoria en victoria, unificando Alemania, rearmándola, aplastando y anexionándose a sus vecinos, hasta que hizo del Tercer Reich el amo militar del continente, y a la mayoría de sus infelices habitantes, sus esclavos.

Escribí estos apuntes día a día. Por desgracia, perdí algunas de mis notas originales; otras las quemé antes de arriesgarme a que cayeran, y yo con ellas, en las tiernas manos de la Gestapo; un par de cosas no me atreví a escribirlas, sino que intenté guardarlas en mi memoria para registrarlas en una fecha posterior y más tranquila. Pero fui capaz de sacar a escondidas el grueso de mis notas y copias de los guiones de las emisiones antes de que fueran censurados. Donde había lagunas he aprovechado libremente mis despachos y guiones de radio. En un par de casos he tenido que reconstruir de memoria lo ocurrido en un día concreto, consciente de los riesgos de ese método y de la exigencia de una implacable honestidad.

Por último, algunos nombres de personas en Alemania o con familia en Alemania han sido alterados o indicados solo con una letra que no guarda ninguna relación con sus nombres reales. La Gestapo no encontrará ninguna pista.

Chappaqua, Nueva York
abril de 1941

Primera parte

Preludio de la guerra

W.L.S.

LLORET DE MAR, ESPAÑA, *11 de enero de 1934*

Se nos ha acabado el dinero. Pasado mañana tengo que volver al trabajo. No habíamos pensado mucho en ello. Llegó un cablegrama. Una oferta, una mala oferta de la oficina de París del *Herald.* Pero servirá para mantener alejado el espectro de la miseria hasta que pueda conseguir algo mejor.

Así concluye el mejor año, el más feliz que hemos vivido, y el más tranquilo también. Ha sido nuestro «año de vacaciones», nuestro año sabático, que hemos pasado en este pueblecito pesquero español exactamente como lo soñamos y planeamos, maravillosamente independientes del resto del mundo, de sucesos, gente, jefes, editores, directores, parientes y amigos. No podía durar eternamente. No lo habríamos querido, aunque si los mil dólares que teníamos ahorrados para él no se hubieran visto reducidos de pronto a seiscientos por la caída del dólar, tal vez hubiéramos podido prolongarlo hasta que apareciera un trabajo mejor. Pienso que fue una buena oportunidad para tomar un descanso. He recobrado la salud que perdí en la India y Afganistán en 1930-1931 a causa de la malaria y la disentería. Me he recuperado de las consecuencias que me provocó mi accidente de esquí en los Alpes en la

primavera de 1932, que durante algún tiempo me amenazó con una ceguera completa, pero que, felizmente, al final solo me privó de la visión de un ojo.

Y el año que acaba de pasar, 1933, puede que no haya sido un año de transición para nosotros únicamente, sino también para toda Europa y Estados Unidos. Lo que Roosevelt está haciendo en nuestro país se parece mucho a una revolución social y económica. Hitler y los nazis han aguantado ya todo un año en Alemania, y nuestros amigos de Viena escriben que el fascismo, tanto el local, de inspiración clerical, como el originado en Berlín, está ganando terreno rápidamente en Austria. Aquí, en España, la revolución se ha agriado, y el gobierno de derechas de Gil Robles y Alejandro Lerroux parece decantarse ya sea por la restauración de la monarquía, ya por la creación de un Estado fascista, o quizá por ambas. El París al que llegué en 1925 a la temprana edad de veintiún años, y al que amé como se ama a una mujer, ya no es el París que encontraré pasado mañana; no me hago ninguna ilusión al respecto. Es como si el mundo en el que vamos a volver a sumergirnos fuera un mundo distinto del que dejamos hace ahora un año cuando hicimos las maletas en Viena, embalamos nuestros libros y nos vinimos a España.

Dimos con Lloret de Mar durante una excursión por la costa del norte de Barcelona. Estaba a unos ocho kilómetros de la línea del ferrocarril, asentada en la media luna de una amplia playa de arena al pie de las estribaciones de los Pirineos. A Tess le encantó al instante, y a mí también. Encontramos una casa amueblada en la playa: tres plantas, diez habitaciones, dos baños y calefacción. Cuando el propietario nos dijo que el alquiler sería de quince dólares mensuales, le pagamos un año por adelantado. Nuestros gastos, incluido el alquiler, han ascendido por término medio a unos sesenta dólares al mes.

¿Qué hemos hecho en los últimos doce meses? No gran cosa. Nada que

pueda considerarse notable. De abril a Navidad, hemos salido a nadar cuatro o cinco veces al día. Hemos ido de excursión por las montañas más accesibles que bajan desde los Pirineos hacia el pueblo y el mar a través de un millar de huertos de olivos, un centenar de alcornocales y las frescas y encaladas paredes de las casas de los campesinos, posponiendo para mañana y para siempre la ascensión que planeábamos hacer a las cumbres cubiertas de nieve tardía en primavera y temprana en otoño. Hemos leído... algunos de los libros para los que nunca tuve tiempo en los días en que había que enviar un cable todas las noches y éramos trasladados de una capital a otra: de París y Londres a Delhi. Yo, en concreto, he leído algo de historia y de filosofía, y *La decadencia de Occidente* de Spengler, *La historia de la Revolución rusa* de Trotski, *Guerra y paz*, *Viaje al fin de la noche* de Céline, que es la novela francesa más original que he leído desde la guerra, y, sobre todo, obras de Wells, Shaw, Ellis, Beard, Hemingway, Dos Passos y Dreiser. Han venido a visitarnos y se han alojado en nuestra casa unos cuantos amigos: Jay Allen, Russell y Pat Strauss, así como Luis Quintanilla, que es uno de los pintores jóvenes españoles más prometedores y un republicano apasionado, además. Andrés Segovia vivía en la casa de al lado y solía venir por las noches a charlar o interpretar con su guitarra música de Bach o Albéniz.

Este año hemos tenido tiempo de conocernos el uno al otro, de holgazanear y jugar, de disfrutar del vino y la comida, de asistir a corridas de toros por la tarde y visitar por la noche el chabacano Barrio Chino de Barcelona; tiempo para empaparnos de los colores, del verde oliva de las colinas, de los incomparables azules del Mediterráneo en la primavera y de los asombrosos cielos de Madrid, deprimentes en sus tonos de un gris blanquecino; tiempo para conocer al campesino, al obrero y al pescador españoles, hombres de gran dignidad, de redaños e íntegros a pesar de sus

vidas miserables y marcadas por el hambre; de visitar el Prado y Toledo el tiempo justo para admirar las pinturas de El Greco, cuyas formas y colorido nos impactaron e hicieron que toda la pintura del Renacimiento que habíamos visto en Italia, incluidos los Da Vincis, los Rafaeles, los Ticianos y los Botticellis, parecieran pálidos y anémicos.

Ha sido un buen año.

PARÍS, *7 de febrero*

Estoy algo aturdido aún por la noche pasada. Ayer a las cinco de la tarde estaba jugueteando con mis pulgares en la oficina del *Herald*, preguntándome si ir o no a la Cámara, donde se esperaba que el nuevo primer ministro, Édouard Daladier, leyera su declaración ministerial, cuando nos llegó el soplo de que había alborotos en la Place de la Concorde. Tomé enseguida un taxi y fui allí a ver. No encontré nada grave que lamentar. Unos cuantos *Camelots du Roi* monárquicos, miembros de las Jeunesses Patriotes del diputado Pierre Taittinger y matones de Solidarité Française del perfumista François Coty —todos ellos jóvenes de derechas o pandilleros— habían intentado irrumpir en la Cámara, pero la policía los había dispersado. La plaza estaba tranquila. Telefoneé al *Herald*, pero Eric Hawkins, el director ejecutivo, me aconsejó que tomara un bocado allí cerca y volviera a echar otro vistazo algo más tarde. A eso de las siete regresé a la Place de la Concorde. Era evidente que algo se estaba cociendo. Soldados a caballo de la Guardia Móvil, con cascos de acero, estaban despejando la plaza. En el centro, junto al obelisco ardía un autobús. Me abrí paso hacia allí a través de los guardias, que repartían sablazos a diestro y siniestro por la parte más cercana a las Tullerías. Arriba, en la terraza, había una multitud

de varios miles de personas, y al mezclarme con ellas vi enseguida que no eran fascistas, sino comunistas. Cuando la policía intentó desalojarlas de allí, arrojaron una lluvia de piedras y cascotes. En el puente que va de la plaza a la Cámara cruzando el Sena, vi una unidad compacta de la Guardia Móvil, cuyos hombres acariciaban nerviosamente sus fusiles; los apoyaban, detrás, agentes de la policía regular y una brigada de bomberos. Dos grupitos intentaron avanzar hacia el puente desde el *quai* del Louvre, pero los chorros de agua a presión de dos mangueras los pusieron en fuga. Hacia las ocho, unos dos mil veteranos de guerra de la UNC (Union Nationale des Combattants)[1] entraron desfilando en la plaza, después de haber recorrido los Champs-Élysées desde el Rond-Point. Llegaban en buen orden tras un despliegue de banderas tricolor. Los pararon en el puente y sus líderes se pusieron a hablar con oficiales de la policía. Yo me dirigí entonces al Crillon y subí al balcón del tercer piso, que da a la plaza. Y allí me apretujé como pude entre la gente que miraba. No oímos los primeros disparos. La noticia del tiroteo nos llegó cuando vimos caer súbitamente al suelo a una mujer, a unos seis metros de distancia, con un orificio de bala en la frente. Se encontraba junto a Melvin Whiteleather, de Associated Press. Entonces oímos los disparos, que provenían del puente y de la otra orilla del Sena. Parecían estar empleando fusiles automáticos. La reacción de la multitud fue lanzarse al asalto por toda la plaza. No tardaron en distinguirse algunos incendios. Por la izquierda, comenzó a salir humo del Ministerio de la Marina. Entraron en acción las mangueras y la multitud se acercó a ellas lo suficiente para cortarlas. Bajé al vestíbulo para telefonear a la oficina. Habían dejado allí varios heridos, a los que les prestaban los primeros auxilios.

El tiroteo continuó hasta casi la medianoche, cuando la Guardia Móvil comenzó a imponerse. La Place de la Concorde cambió varias veces de

manos, pero hacia la medianoche la policía la tenía ya bajo control. En una ocasión —debió de ser hacia las diez—, la multitud, que para entonces estaba ya enfurecida, pero obviamente falta de liderazgo, intentó asaltar el puente, subiendo unos por los *quais*, cuyos árboles les ofrecían bastante protección, y cargando otros alocadamente desde la plaza. «Si consiguen cruzar el puente —me dije—, matarán a todos los diputados de la Cámara.» Pero se vieron detenidos por un fuego mortal —esta vez me sonó a disparos de ametralladora—, y en cuestión de unos pocos minutos se dispersaron en todas direcciones.

Pronto no hubo más que fuego disperso y, hacia las doce y diez, eché a correr por los Champs-Élysées en dirección a la oficina del *Herald.* Llegué allí sin aliento, pero me las arreglé para escribir un par de columnas antes de la hora de cierre. Oficialmente: dieciséis muertos y varios centenares de heridos.

Más tarde

Daladier, que se las daba de ser un hombre fuerte, ha dimitido. Ha difundido esta declaración: «El gobierno, que tiene la responsabilidad de mantener el orden y la seguridad, se niega a hacerlo recurriendo a medidas de excepción que pudieran causar más derramamiento de sangre. No desea emplear a los soldados contra los manifestantes. En consecuencia, he comunicado al presidente de la República la dimisión del gabinete».

¡Imagínense a Stalin, a Mussolini o a Hitler dudando en emplear tropas contra una multitud empeñada en derribar sus regímenes! Es verdad, quizá, que la revuelta de la pasada noche tenía como causa inmediata el escándalo de Stavisky. Pero la estafa de Stavisky muestra, simplemente, la podredumbre y la debilidad de la democracia francesa. Daladier y Eugène

Frot, su ministro del Interior, dieron de hecho permiso a la UNC para manifestarse. Deberían habérselo negado. Deberían haber tenido a mano esa noche suficientes efectivos de la Guardia Móvil para dispersar a la multitud antes de que la manifestación cobrara fuerza. Pero dimitir ahora, después de desbaratar un golpe fascista (porque eso es lo que fue, ¿no?), solo puede calificarse de extraordinaria cobardía o estupidez. Es de destacar asimismo el hecho de que los comunistas lucharan anoche en el mismo lado de las barricadas que los fascistas. Eso no me gusta.

PARÍS, *8 de febrero*

El viejo «Papá» Doumergue presidirá el gobierno de «unión nacional». Lo han sacado de su aldea de Tournefeuille, adonde se había retirado con su amante tras casarse con ella poco después de dejar la presidencia. Dice que formará un gabinete integrado por antiguos primeros ministros y jefes de partidos, pero será derechista y reaccionario. Aun así, la izquierda moderada —hombres como Chautemps, Daladier y Herriot— ha demostrado que no puede, o no quiere, gobernar.

PARÍS, *12 de febrero*

Hoy ha habido huelga general, aunque el seguimiento no ha sido muy grande y no ha habido ningún problema.

Más tarde

Dollfuss ha atacado a los socialdemócratas en Austria, el único grupo organizado (40 por ciento de la población) que puede salvarlo de ser tragado por los nazis. Las comunicaciones con Viena estuvieron cortadas durante la mayor parte del día, pero anoche el relato empezó a circular por la oficina. Es una guerra civil. Los socialistas están atrincherados en las grandes casas municipales que construyeron después de la guerra y que han servido de modelo para todo el mundo: la Karl Marx Hof, la Goethe Hof, etcétera. Pero Dollfuss y las Heimwehr a las órdenes del príncipe Starhemberg, un *play-boy* ignorante, y del comandante Fey, un tipo de cara chupada que se comporta como un reaccionario brutal, mantienen el control del resto de la ciudad. Con sus carros blindados y su artillería triunfarán... a menos que los socialistas consigan ayuda de los checos de la cercana Bratislava.

Esto, pues, es lo que daba a entender ayer Fey. Me sorprendió una reseña de su discurso, que Havas transmitió anoche: «En los últimos días he llegado a la convicción de que el canciller Dollfuss es un hombre de las Heimwehr. Mañana empezaremos a abordar con sinceridad la situación de Austria». Reconozco que yo atribuí esto a su habitual fanfarronería. ¡Y qué papel para el pequeño Dollfuss! Hace poco más de un año que John Gunther, Eric Gedye y yo mantuvimos una larga charla con él después de un almuerzo que le ofreció el Anglo-American Press Club. Me pareció un hombrecillo tímido, todavía un poco asombrado de que él, el hijo ilegítimo de un campesino, hubiera llegado tan lejos. Pero dejad el poder en manos de los hombrecillos y pueden convertirse en peligrosos. Lloro por mis amigos socialdemócratas, los hombres y mujeres más decentes que he conocido en Europa. Me pregunto cuántos de ellos van a ser asesinados esta noche. Así va la democracia en Austria, otra nación más que se pierde. Me quedé en la oficina hasta que se acabó de preparar la edición del periódico a la una y

media de la madrugada, pero ahora me siento tan agotado y deprimido por las noticias que no puedo conciliar el sueño.

PARÍS, *15 de febrero*

Según los despachos, la lucha en Viena ha acabado hoy. Dollfuss empleó la artillería para aplastar a los últimos trabajadores, y después se fue a rezar. Bueno, como mínimo los socialdemócratas austríacos combatieron, que es más de lo que hicieron sus camaradas en Alemania. Por lo visto Otto Bauer y Julius Deutsch se pusieron a salvo al otro lado de la frontera checa. Bien pensado, porque Dollfuss los habría colgado a los dos.

PARÍS, *23 de febrero*

Mi cumpleaños. Treinta. Y con el peor trabajo que he tenido nunca. Tess preparó un gran banquete de cumpleaños y después fuimos a un concierto. ¡Cómo destrozan los franceses a Beethoven! Elliot Paul solía decir que, si los músicos franceses dejaran de leer *L'Intransigeant* o *Paris-Soir* mientras tocan, lo harían mejor. Tengo que ir a ver *Coriolano* de Shakespeare en la Comédie Française, al que la gente de izquierdas acusa de tener algunos versos antidemocráticos. Hoy he oído que Dollfuss ha ahorcado a Koloman Wallisch, el alcalde socialdemócrata de Bruck an der Mur. Claude Cockburn, que debería tener mejor juicio, se despachó el otro día en *Week* con una historia absurda a propósito de los sucesos del 6 de febrero. Los describía como una protesta de la «clase trabajadora». Curiosamente, su descripción de esa noche se parece sospechosamente a lo que escribió

Trotski acerca del primer alzamiento en Petrogrado, en 1917, en su *Historia de la Revolución rusa*. Lo cierto es que lo del 6 de febrero fue un intento de golpe de Estado fascista, apoyado, deliberadamente o no, por los comunistas.

PARÍS, *30 de junio*

Las comunicaciones con Berlín han permanecido cortadas durante varias horas hoy, pero a media tarde se restableció la comunicación telefónica. ¡Y menuda historia! Hitler y Göring han purgado a las SA y acabado a tiros con muchos de sus líderes. A Röhm, detenido por el propio Hitler, se le permitió suicidarse en la cárcel en Munich, según un despacho de agencia. Los franceses están encantados. Piensan que es el principio del fin para los nazis. ¡Ojalá pueda conseguir un puesto en Berlín! Es una historia que me encantaría cubrir.

PARÍS, *14 de julio*

Mi hermana está aquí, y esta noche hemos celebrado un poco los tres el día de la Bastilla. La hemos llevado a los cafés para que viera los bailes populares. Después acabamos en el café Flore, donde le presenté a algunos de los habituales del Barrio Latino. Alex Small estaba en plena forma. Pero cuando se puso a contar de nuevo la batalla de Verdun, me llevé de allí a la familia, pues se la he oído narrar ya montones de veces.

Ahora resulta que la purga de Hitler fue bastante más drástica de lo que se dijo al principio. Röhm no se suicidó, sino que lo mataron a tiros por

orden de Hitler. Otros fallecidos: Heines, destacado jefe nazi de Silesia; el doctor Erich Klausner, líder de la «Acción Católica» en Alemania; Fritz von Bose y Edgar Jung, dos de los secretarios de Papen (el propio Papen escapó con vida por muy poco); Gregor Strasser, que era, tras Hitler, el segundo en importancia en el Partido Nazi, y el general Von Schleicher y su esposa, asesinados los dos a sangre fría. Veo también en la lista a Von Kahr, el hombre que se opuso al *Putsch* de la Cervecería ejecutado por Hitler en 1923. Hitler se ha tomado, pues, su venganza personal. Ayer, viernes 13, Hitler despachó el tema con una explicación en el Reichstag. Cuando gritó: «¡El tribunal supremo del pueblo alemán durante esas veinticuatro horas fui yo mismo!», los diputados se pusieron en pie para vitorearlo. Casi me había olvidado de cuánta fuerza tienen el sadismo y el masoquismo en el pueblo alemán.

PARÍS, *25 de julio*

Dollfuss ha muerto, asesinado por los nazis, que hoy tomaron el control de la Cancillería y de la emisora de radio de Viena. Aparentemente, su golpe de Estado ha fracasado, y los dueños de la situación son Miklas y el doctor Schuschnigg. No me agrada el asesinato, y menos que ninguno un asesinato nazi. Pero no puedo llorar a Dollfuss después de su matanza a sangre fría de los socialdemócratas el pasado febrero. Según los despachos, parece que Fey ha desempeñado un curioso papel. Estaba en la cancillería con Dollfuss y no se recató de dejarse ver en la galería preguntando por Rintelen, a quien los nazis habían nombrado su primer canciller. Por lo visto, pensaba que el golpe de Estado nazi había triunfado y estaba listo para unirse a él. Un mal bicho el tal Fey.

PARÍS, *2 de agosto*

Hindenburg ha muerto esta mañana. ¿Quién puede ser presidente ahora? ¿Qué hará Hitler?

PARÍS, *3 de agosto*

Hitler hizo lo que nadie esperaba. Se ha nombrado a sí mismo ambas cosas: presidente y canciller. Cualquier duda acerca de la lealtad del ejército se ha disipado antes de que al cadáver del anciano mariscal de campo le hubiera dado tiempo a enfriarse. Hitler consiguió que el ejército prestara un juramento de obediencia incondicional a él personalmente. Este hombre es muy hábil.

PARÍS, *9 de agosto*

Dosch-Fleurot me telefoneó esta tarde a la oficina desde Berlín y me ofreció un trabajo allí con Universal Service. Le dije enseguida que sí, convinimos un sueldo y él me dijo que me diría algo en cuanto hubiera hablado con Nueva York.

PARÍS, *11 de agosto*

Larry Hills, director y gerente del *Herald*, protestó un poco esta noche al comentarle que me iba, pero al final vencí su malhumor y nos fuimos a tomar unas copas al bar del hotel California. Tengo que desempolvar mi alemán.

BERLÍN, *25 de agosto*

La bienvenida que esta noche nos ha dispensado el Tercer Reich de Hitler ha sido probablemente típica. Como tomamos el tren diurno de París para ver un poco el paisaje, llegamos a la Friedrichstrasse Bahnhof a eso de las diez de la noche. Las primeras personas que nos recibieron en el andén eran dos agentes de la policía secreta. Yo ya me esperaba que, tarde o temprano, tendría contacto con la policía secreta, pero no creí que fuera a ser tan pronto. Dos hombres de paisano me agarraron nada más bajar del tren, me apartaron un poco de la gente y me preguntaron si era Herr Tal y Tal; ni aunque me mataran podría recordar el nombre que dijeron. Respondí que no. Uno de ellos insistió en preguntarlo un par de veces más y, finalmente, le enseñé mi pasaporte. Él lo estudió por espacio de varios minutos, hasta que, por último, me miró con aire suspicaz y dijo: «Entonces... usted no es Herr Tal y Tal. Usted es Herr Shirer». «Precisamente —repliqué—, como puede usted ver por el pasaporte.» Me dedicó una nueva mirada llena de suspicacia, hizo una seña a su compañero, saludó rígidamente y se fueron. Tess y yo fuimos caminando al hotel Continental y nos dieron una habitación enorme. Mañana empieza un nuevo capítulo para mí. Se me ocurrió un chiste malo: «Voy de mal en Hearst».[2]

BERLÍN, *26 de agosto*

Knickerbocker me habla de Dorothy Thompson, que partió ayer de la estación de Friedrichstrasse poco antes de que nosotros llegáramos. Le habían dado veinticuatro horas para marcharse, por lo visto a instancias de Putzi Hanfstängl, que no pudo perdonarle la publicación de su libro *I Saw Hitler* («Yo entrevisté a Hitler»), en el que subestimaba terriblemente al personaje. La posición del propio Knick aquí es aparentemente precaria por algunos de sus escritos pasados y presentes. Goebbels, que le tenía aprecio, se ha distanciado de él. Va a ir a entrevistarse con Hearst en Bad Nauheim dentro de un par de días.

BERLÍN, *2 de septiembre*

Presa de un caso agudo de depresión, echo de menos el viejo Berlín de la República, el ambiente despreocupado, emancipado, civilizado, las jóvenes de nariz respingona y melenitas cortas a lo paje, y los jóvenes con el pelo rapado o corto —no había diferencia en eso— que se pasaban contigo toda la noche discutiendo con inteligencia y pasión de lo que fuera. Los constantes «Heil Hitler!», los taconazos y los desfiles arriba y abajo por las calles de los soldados de asalto de las SA con sus camisas pardas o de los hombres de las SS con sus guerreras negras me crispan los nervios, por más que los veteranos digan que no hay ahora ni mucho menos tantos camisas pardas como antes de la purga. Gillie, anterior corresponsal del *Morning Post* aquí y ahora destacado en París, ha venido a pasar, perversamente, parte de sus vacaciones en Berlín. Hemos dado algunos paseos y en dos ocasiones hemos tenido que escondernos en alguna tienda, ya sea para

evitar tener que saludar al paso de algún estandarte de un batallón de las SA o de las SS o arriesgarnos a la probabilidad de recibir una paliza por no hacerlo. Anteayer Gillie me llevó a almorzar a un pub de la zona baja de la Friedrichstrasse. A la vuelta me indicó un edificio donde un año atrás, durante días y días, se oían los gritos de los judíos que eran torturados. Vi una enseña en él: era aún el cuartel general de un *Standarte* de las SA. Ayer Tess intentó animarme llevándome al zoo. Hizo un día precioso y cálido, y después de ver a los monos y los elefantes, almorzamos a la sombra de la terraza del restaurante que tienen allí. Visité al embajador, el profesor William E. Dodd. Me encontré con un hombre rudo, sincero, liberal, con la clase de integridad que necesita tener un embajador norteamericano aquí. Pareció un poco disgustado por lo que le dije de que no lamentaba la muerte de Dollfuss, y tal vez lo interpretó en el sentido de que me gustaban los nazis, aunque espero que no. También visité al consejero de la embajada, J. C. White, que pertenece, creo yo, al tipo más normal del diplomático de carrera del Departamento de Estado. Se apresuró a enviarme al hotel una colección de tarjetas con pulcros dobleces; pero, puesto que yo no entiendo nada de todo ese lenguaje diplomático a base de tarjetas dobladas, no haré nada con ellas. Pasado mañana voy a ir a cubrir la asamblea anual del Partido Nazi en Nuremberg, que espero me proporcionará una buena idea de la Alemania nazi.

NUREMBERG, *4 de septiembre*

Como un emperador romano, Hitler entró hoy al atardecer en esta ciudad medieval pasando entre las prietas falanges de vitoreantes nazis que llenaban las estrechas calles que en otros tiempos presenciaron el desfile de

Hans Sachs y los *Meistersinger*. Decenas de miles de banderas con la esvástica afeaban las maravillas góticas de la plaza, las fachadas de las antiguas casas, los tejados a dos aguas. Las calles, apenas más anchas que callejones, eran un mar de uniformes pardos y negros. Vi por primera vez a Hitler cuando pasaba junto a nuestro hotel, el Württemberger Hof, en dirección a su cuartel general situado algo más allá, en el Deutscher Hof, su hotel favorito: un edificio antiguo que han remodelado para él. Se tocaba continuamente la gorra con la mano izquierda mientras viajaba de pie en su coche y respondía a la delirante bienvenida con el saludo nazi un tanto desmayado de su brazo derecho. Vestía una vieja gabardina cruzada y su rostro, que yo esperaba que mostraría más fuerza, era más bien inexpresivo, hasta el punto de que yo no podía entender qué corrientes ocultas ponía en acción en aquellas multitudes histéricas que lo recibían con tanto entusiasmo. No se encara al gentío con la imperiosidad teatral que le he visto emplear a Mussolini. Me alegró ver que no proyecta hacia afuera el mentón y echa la cabeza hacia atrás como hace el Duce, ni se le ponen vidriosos los ojos..., aunque algo brilla en ellos, puesto que son el rasgo más acusado de su rostro. Casi parecía fingir modestia en su actitud, pero dudo de que fuera auténtica.

Esta noche, en la espléndida y antigua Rathaus, Hitler inauguró formalmente la cuarta convención del partido. Habló solo durante tres minutos, quizá pensando en reservar su voz para los seis grandes discursos que está previsto que pronuncie en los próximos cinco días. Putzi Hanfstängl, ese enorme, excitable e incoherente payaso que no se cansa de recordarnos que es norteamericano por parte de madre y se graduó en Harvard, pronunció el principal discurso del día en su calidad de jefe de prensa extranjera del partido. En un obvio intento de agradar a su jefe, tuvo la desfachatez de pedirnos que informáramos «de los asuntos de Alemania

sin intentar interpretarlos». «Solo la historia —nos gritó— puede valorar los acontecimientos que ahora están teniendo lugar con Hitler». Lo que quería decir, y lo que Goebbels y Rosenberg dicen, es que deberíamos subirnos al carro de la propaganda nazi. Mucho me temo que las palabras de Putzi caigan en los oídos sordos, aunque divertidos, de los corresponsales norteamericanos y británicos, que le tienen más bien simpatía a pesar de sus payasadas estúpidas.

A eso de las diez de la noche me vi atrapado entre una multitud de diez mil histéricos que se apretujaban en el foso delante del hotel de Hitler, gritando: «¡Queremos a nuestro Führer!». Me asombraron un poco sus caras, en especial las de las mujeres, cuando, finalmente, Hitler se dejó ver un instante en el balcón. Me recordaron las expresiones delirantes que había visto en cierta ocasión en tierras de Luisiana en las caras de unos fieles carismáticos de la Iglesia pentecostal a punto de ponerse en camino. Lo miraban desde abajo como si fuera un mesías, y sus rostros se transformaban en algo positivamente inhumano. Si Hitler hubiera permanecido ante ellos algo más que unos pocos instantes, pienso que la mayoría de las mujeres se habrían desmayado por la excitación.

Más tarde logré abrirme camino hacia el vestíbulo del Deutscher Hof. Reconocí a Julius Streicher, al que llaman aquí el Zar sin Corona de Franconia. En Berlín es más conocido como el número uno de los cazadores de judíos y como director de un periodicucho vulgar, pornográfico y antisemita llamado el *Stürmer.* Lleva la cabeza afeitada, un detalle que parece aumentar el sadismo de su rostro. Y, mientras caminaba, jugueteaba con un pequeño látigo.

Knick llegó hoy. Cubrirá la información para INS y yo para Universal.

NUREMBERG, *5 de septiembre*

Me parece que estoy empezando a entender algunas de las razones del asombroso éxito de Hitler. Tomando prestado un capítulo de la Iglesia romana, está devolviendo la pompa, el colorido y el misticismo a las grises vidas de los alemanes del siglo XX. El encuentro inaugural de esta mañana en el Luitpold Hall, en las afueras de Nuremberg, fue más que un espectáculo espléndido: tuvo también algo del misticismo y del fervor religioso de una misa de Pascua o de Navidad en una gran catedral gótica. El recinto era un mar de banderas de colores brillantes. Incluso la llegada de Hitler fue espectacular. La banda dejó de tocar. Se hizo un silencio respetuoso entre las treinta mil personas congregadas allí. Y, entonces, la banda atacó las notas de la «Badenweiler March», una música muy pegadiza y que solo se emplea, según me han dicho, para cuando Hitler hace una de sus entradas solemnes. Hitler apareció en la parte de atrás del auditorio y, seguido por sus ayudantes, Göring, Goebbels, Hess, Himmler y los demás, avanzó caminando lentamente por el largo pasillo central mientras treinta mil manos se alzaban para saludarlo. Es el ritual que se ha seguido siempre, según los veteranos. Después, una inmensa orquesta sinfónica interpretó la obertura de *Egmont* de Beethoven. Grandes focos iluminaron el escenario, en el que Hitler tomó asiento rodeado de un centenar de altos cargos del partido y oficiales del ejército y de la armada. Detrás de estos entró la «bandera ensangrentada», la esvástica llevada por las calles de Munich cuando el malhadado *Putsch*, a la que siguieron cuatrocientos o quinientos estandartes de las SA. Cuando la música cesó, Rudolf Hess, el más íntimo confidente de Hitler, se levantó y leyó despacio los nombres de los «mártires» nazis —«camisas pardas» muertos en la

lucha por alcanzar el poder—, una letanía de difuntos que pareció conmover mucho a los treinta mil circunstantes.

En semejante atmósfera no es de extrañar que todas las palabras salidas de labios de Hitler sonaran como una Palabra inspirada proveniente de las alturas. En momentos así, el sentido crítico del ser humano —o, como mínimo, el de los alemanes— se pierde, y cada mentira que se pronuncia es aceptada como una gran verdad. Fue en ese instante, en el momento en que la multitud y todos los jerarcas nazis se hallaban en semejante disposición, cuando se impartió sobre ellos la proclama del Führer. No la leyó él personalmente: fue leída por el *Gauleiter* Wagner de Baviera, quien, curiosamente, tiene una voz y una forma de expresarse tan parecidas a las de Hitler que algunos corresponsales que estuvieron escuchándolo en el hotel por la radio pensaron que era el Führer.

En cuanto a la proclama en sí misma, contenía afirmaciones que todos aplaudieron con entusiasmo como si fueran verdades nuevas. Por ejemplo: «La forma de vida alemana está claramente determinada para los próximos mil años. Para nosotros, ha acabado por fin el turbulento siglo XIX. ¡No habrá ninguna revolución en Alemania durante el milenio venidero!».

O esta otra: «Alemania ha hecho todo lo posible por asegurar la paz mundial. Si la guerra llega a Europa, provendrá solo del caos comunista». Más tarde, en un encuentro sobre *Kultur*, añadió: «Solo los enanos descerebrados son incapaces de ver que Alemania ha sido el dique contra las oleadas del comunismo, que hubieran anegado toda Europa y su cultura».

Hitler se refirió también a la lucha en curso contra su intento de nazificar a la Iglesia protestante. «Me estoy esforzando por unificarla. Estoy convencido de que Lutero hubiera hecho lo mismo y que habría soñado con una Alemania unificada como principio y fin.»

NUREMBERG, *6 de septiembre*

Hitler nos sorprendió hoy con su *Arbeitdienst*, el Servicio de Trabajo del Reich, que hizo público por primera vez y que resultó ser un grupo semimilitar, muy bien entrenado, de fanáticos jóvenes nazis. Formados allí a las primeras luces del día, con el sol centelleando en sus relucientes palas, cincuenta mil de esos jóvenes, con el primer millar desnudos de cintura para arriba, enloquecieron de júbilo a los espectadores alemanes cuando, sin previo aviso, comenzaron a desfilar con un perfecto paso de la oca. Debo confesar que el paso de la oca siempre me ha parecido una extravagante exhibición del ser humano en su condición más degradante y estúpida, pero esta mañana sentí por primera vez qué fibra sensible tan íntima toca en la extraña alma del pueblo alemán. De forma espontánea se pusieron todos en pie y prorrumpieron en aplausos. Hubo un ritual incluso para los chicos del Servicio de Trabajo: formaron un inmenso *Sprechchor* —un «coro hablado»— que salmodió al unísono frases como estas: «¡Necesitamos un líder! ¡Nada para nosotros! ¡Todo para Alemania! *Heil Hitler!*».

Es curioso que ninguno de los familiares o amigos de los líderes de las SA, o por ejemplo del general Von Schleicher, hayan intentado ver a Hitler, a Göring o a Himmler esta semana. Aunque Hitler está ciertamente muy protegido por las SS, no tiene sentido sostener que no pueden matarlo. Ayer estuvimos especulando sobre este asunto Knick y yo, junto con Pat Murphy, del *Daily Express*, un irlandés corpulento pero muy gracioso y divertido, y Christopher Holmes, de Reuter’s, que tiene aspecto de poeta y tal vez lo sea. Estábamos en la habitación de Pat, que da al foso. Hitler pasó por allí, a la vuelta de alguna reunión. Y todos coincidimos en lo fácil que sería para

alguien que estuviera en una habitación como aquella arrojar una bomba sobre su coche, bajar corriendo a la calle y escapar entre la multitud. Pero todavía no ha habido ningún indicio de atentado, por más que algunos nazis están algo inquietos por el domingo, cuando Hitler pase revista a las SA.

NUREMBERG, *6 de septiembre*

Otro gran espectáculo anoche. Doscientos mil afiliados del partido cargaron el zepelín *Wiese* con veintiuna mil banderas, que se desplegaron bajo la luz de los reflectores como un bosque de extraños árboles. «Somos fuertes, y lo seremos todavía más», les gritó Hitler a través del micrófono, haciendo que sus palabras resonaran al salir de los altavoces sobre el asombrado y silencioso campo. Y allí, apretados como sardinas en una enorme formación bajo el cielo nocturno iluminado, los hombrecillos de Alemania que han hecho posible el nazismo alcanzaron el más alto grado de realización que conoce la raza germánica: el despojo de sus almas y espíritus individuales —junto con sus responsabilidades, dudas y problemas personales— hasta que, bajo las luces místicas y palabras mágicas del austríaco, se fundieran completamente en el rebaño germánico. Más tarde se recuperarían lo bastante —quince mil, por lo menos— para montar un desfile de antorchas a través de las viejas calles de Nuremberg e ir a saludar a Hitler en la estación, enfrente de nuestro hotel. Von Papen llegó hoy y esta noche estuvo solo en un coche detrás de Hitler: fue, me parece, su primera aparición en público desde que se libró por un pelo de ser asesinado por Göring el 30 de junio. No parecía sentirse muy feliz.

NUREMBERG, *9 de septiembre*

Hitler se encaró hoy con sus tropas de asalto de las SA por primera vez desde la sangrienta purga. En una arenga a cincuenta mil de ellos, los «absolvió» de la culpa por la «revuelta» de Röhm. Había mucha tensión en el estadio y noté que la propia guardia personal de Hitler de las SS se había introducido a la fuerza delante de él, separándolo de la masa de los camisas pardas. Nos preguntábamos si alguno, aunque no fuera más que uno solo de aquellos cincuenta mil camisas pardas, sacaría un revólver contra él, pero ninguno lo hizo. Habló también Viktor Lutze, el sucesor de Röhm al frente de las SA. Tiene una voz chillona y desagradable, y a mí me pareció que los muchachos de las SA lo recibían con frialdad. Esta mañana Hitler invitó a desayunar con él a unos cuantos corresponsales extranjeros, pero no a mí.

NUREMBERG, *10 de septiembre*

Hoy el ejército celebró su día montando una representación de batalla muy realista en el Campo Zeppelin. Es difícil exagerar el apasionamiento de los trescientos mil espectadores alemanes al ver entrar en acción a sus soldados, oír el estruendo de los cañones y percibir el olor de la pólvora. Por mi parte, sentí que todos esos norteamericanos e ingleses (entre otros) que pensaban que el militarismo alemán era un mero producto de los Hohenzollern —desde Federico el Grande al káiser Guillermo II— están muy equivocados. Se trata de algo profundamente arraigado en todos los alemanes. Hoy actuaron como niños jugando con soldaditos de plomo. El Reichswehr «combatió» hoy solo con las armas «defensivas» que les toleró

Versalles, pero todo el mundo sabe que ha conseguido el resto: tanques, artillería pesada y, probablemente, aeroplanos.

Más tarde

Después de siete días de desfiles casi incesantes al paso de la oca, discursos y pompa, la convención terminó anoche. Y, aunque muerto de cansancio y afectado por un grave y acelerado caso de agorafobia, estoy contento de haber venido. Hay que pasar por una de estas convenciones para entender el dominio que ejerce Hitler sobre el pueblo, sentir la dinámica del movimiento que ha desencadenado y la asombrosa y disciplinada fortaleza que poseen los alemanes. Y ahora, como les dijo ayer Hitler a los corresponsales al explicarles su técnica, el medio millón de hombres que han estado aquí durante la semana volverán a sus ciudades y pueblos y predicarán el nuevo evangelio con renovado fanatismo. Mañana dormiré hasta tarde y tomaré el tren nocturno de regreso a Berlín.

BERLÍN, *9 de octubre*

Hemos alquilado un confortable piso-estudio en la Tauenzienstrasse. El dueño, un escultor judío, dice que se marcha a Inglaterra mientras la situación es favorable, probablemente es un hombre prudente. Nos dejó una excelente biblioteca alemana, que espero tendré tiempo de leer. Estamos un poco cansados de vivir en pisos o casas que ha amueblado otra gente, pero la vida trashumante que llevamos nos hace imposible tener nuestras propias cosas. Tuvimos suerte de conseguir este lugar, que cuenta con un mobiliario moderno y de buen gusto. La mayoría de los hogares de clase media que

hemos visto en Berlín están amueblados con un estilo atroz, con montones de trastos y cachivaches inútiles.

Más tarde

Al telefonear esta tarde a las ocho a la oficina de París, me dicen que el rey de Yugoslavia ha sido asesinado en Marsella poco después del mediodía, y que en el atentado ha resultado gravemente herido Louis Barthou, el ministro de Asuntos Exteriores francés. Berlín no lo lamentará demasiado, puesto que el rey Alejandro parecía dispuesto a colaborar más estrechamente con el bloque francés contra Alemania, y Barthou había hecho un buen trabajo fortaleciendo las alianzas de Francia en Europa oriental e intentando atraer a Rusia a un Locarno en el Este.

BERLÍN, *15 de noviembre*

Pocas noticias estos días. He estado cubriendo la lucha en la Iglesia protestante. Parece ser que una sección de los protestantes están mostrando más redaños ante la *Gleichschaltung* («coordinación») que la que han tenido los socialistas o los comunistas. Pero pienso que Hitler se impondrá a ellos al final e instaurará gradualmente en el país, a la fuerza, una rama del primitivo paganismo alemán que los «intelectuales» como Rosenberg están incubando. Anoche asistí a una de las *Bierabends* que ofrece Rosenberg una vez al mes para los diplomáticos y los corresponsales de prensa extranjeros. Rosenberg fue uno de los mentores espirituales e intelectuales de Hitler, aunque, como la mayoría de los naturales de los países bálticos que conozco, me llama la atención por su singular incoherencia: su libro *El mito*

del siglo XX, que en este país es el segundo en ventas, solo después de *Mi lucha*, me parece un batiburrillo de necedades históricas. Algunos de sus enemigos, como Hanfstängl, dicen que estuvo en un tris de ser un buen bolchevique ruso, puesto que estuvo de estudiante en Moscú durante la revolución, pero que se libró de serlo porque los bolcheviques no se fiaban de él y jamás le hubieran dado un trabajo importante. Habla con un marcado acento báltico, que a mí me hace difícil entender su alemán. Esta noche tenía en su mesa como invitado de honor al embajador Dodd, y el profesor parecía encontrarse sumamente a disgusto. Bernhard Rust, el ministro de Educación nazi, fue el conferenciante, pero mi mente se dedicó a divagar durante su discurso. Rust es un hombre hábil y está nazificando por completo las escuelas, lo cual incluye la implantación de nuevos libros de texto nazis que falsifican la historia, hasta extremos que a veces son cómicos.

BERLÍN, *28 de noviembre*

Se habla mucho aquí de que Alemania se está armando en secreto, aunque es difícil obtener alguna información concreta y, si la obtuvieras y la enviaras, probablemente serías expulsado del país. Sir Eric Phipps, el embajador británico, a quien visitaba ocasionalmente en Viena cuando era ministro allí (tiene todo el aspecto de un dandi húngaro, con perfecta cara de póquer), pero al que no he visto todavía aquí, ha vuelto ayer de Londres, y se dice que ha preguntado en la Cancillería al respecto. Hoy he ido a un baratillo de la Tauenzienstrasse y me he comprado un chaqué confeccionado de aspecto más bien cómico para nuestra fiesta de la prensa

extranjera en el Adlon el sábado por la noche. Me habían dicho que un esmoquin no era suficiente.

BERLÍN, *2 de diciembre*

La fiesta, muy bien. Tess lucía un vestido nuevo y estaba muy guapa. Se encontraban presentes Goebbels, sir Eric Phipps, François Poncet, Dodd y el general Von Reichenau: lo más próximo que tiene el Reichswehr a un general nazi, y con excelentes relaciones con la mayoría de los corresponsales norteamericanos. Se suponía que estaba también Von Neurath, pero oí comentar que se había disgustado por la disposición de los invitados —un problema que tienen los alemanes cada vez que das una fiesta— y no lo vi durante la velada. Estuvimos bailando y bebiendo hasta casi las tres de la madrugada, y acabamos con un desayuno temprano de huevos fritos con panceta en el bar del Adlon.

BERLÍN, *14 de enero de 1935*

Los buenos católicos y trabajadores del Sarre votaron ayer su reincorporación al Reich. Un 90 por ciento votaron a favor de la reunificación; más de los que habíamos esperado, aunque sin duda muchos temían que serían descubiertos y castigados a menos que diesen su voto por Hitler. Bien, por lo menos desaparece una causa de tensión en Europa. Hitler ha dicho y repetido ayer por la radio que el Sarre era el último motivo de discordia con Francia. Ya veremos...

BERLÍN, *25 de febrero*

Los círculos diplomáticos y la mayoría de los corresponsales empezamos a sentirnos cada vez más optimistas acerca de un acuerdo general que asegurará la paz. Sir John Simon, el ministro de Asuntos Exteriores británico, va a venir a Berlín. Hace pocos días Laval y Flandin visitaron a los británicos en Londres. Lo que ofrecen es liberar a Alemania de las disposiciones de desarme del tratado de paz (aunque Hitler ya se está liberando rápidamente en secreto de ellas) a cambio de las promesas de Alemania de respetar la independencia de Austria y de los demás países pequeños. Los franceses de aquí señalan, con todo, que Hitler ha separado astutamente a París y Londres invitando a los británicos a mantener conversaciones aquí, pero no a los franceses. Y el bobo de Simon ha mordido el anzuelo.

SAARBRÜCKEN, *1 de marzo*

Los alemanes han ocupado hoy formalmente el Sarre. Ha estado lloviendo a cántaros todo el día, pero eso no ha aguado el entusiasmo de la población local. Les ha picado ya el gusanillo nazi, terriblemente. Yo volveré aquí dentro de un par de años para ver cómo les va entonces a los católicos y a los trabajadores, que constituyen la gran mayoría de la población. Hitler entró esta tarde y pasó revista a las SS y a las tropas. Antes de que comenzara el desfile, estuve en la tribuna junto a Werner von Fritsch, comandante en jefe del Reichswehr y cerebro del renaciente ejército alemán. Me sorprendió un poco su conversación: fue un fuego graneado de

observaciones sumamente sarcásticas, a propósito de las SS, del partido y de los diversos líderes que iban apareciendo. Se notaba un profundo desprecio por todos ellos. Cuando llegaron los coches de Hitler, gruñó y se fue a ocupar su lugar inmediatamente detrás del Führer para la revista.

BERLÍN, *5 de marzo*

Algo ha ido mal con el impulso hacia un acuerdo general. Se suponía que Simon llegaría aquí pasado mañana para mantener conversaciones con los alemanes, pero Von Neurath les dijo esta mañana a los británicos que Hitler sufría un fuerte resfriado y le pidió a Simon que pospusiera el viaje. Una pequeña investigación llevada a cabo esta tarde en la Wilhelmstrasse reveló que se trata de un «resfriado diplomático». Los alemanes están molestos por la publicación ayer en Londres de un Libro Blanco parlamentario que lleva las iniciales del primer ministro MacDonald, en el que se comenta el creciente rearme de Alemania en el aire. A los alemanes les ha irritado especialmente este pasaje que, según dicen, está en el mencionado documento: «Este rearme [de la fuerza aérea alemana], si se mantiene al ritmo presente, sin reducirlo ni controlarlo, agravará los temores ya existentes de los vecinos de Alemania, y, consiguientemente, puede llevar a una situación de peligro para la paz. El gobierno de Su Majestad ha notado y recibido con satisfacción las declaraciones de los líderes de Alemania acerca de que desean la paz. Pero no puede, sin embargo, dejar de advertir cómo están siendo organizadas no solo las fuerzas, sino también el espíritu del país, y en especial el de su juventud, para dar credibilidad y contenido a la sensación general de inseguridad que ya se ha engendrado inequívocamente».

Todo lo cual es muy cierto, pero ha enfurecido a los nazis hasta el punto de que Hitler se niegue a recibir a Simon.

BERLÍN, *15 de marzo*

Se ha anunciado ahora que Simon vendrá el 24 de marzo. Pero las cosas no están bien. Göring ha declarado al *Daily Mail* —que, a través de lord Rothermere, su propietario, y de Ward Price, su corresponsal itinerante, ambos pronazis, se ha convertido en un maravilloso altavoz y caja de resonancia del nazismo— que Alemania está construyendo una fuerza aérea militar. Es la primera vez que lo ha reconocido públicamente. Hoy se ha dado a conocer aquí que Göring, como ministro del Aire, estará a las órdenes de Von Blomberg, ministro de Defensa, con lo cual se pone el sello de aprobación del ejército en su tarea de crear una nueva fuerza aérea alemana. Esta noche, la gente de la Wilhelmstrasse protestó contra el aumento por parte de Francia de la duración del servicio militar obligatorio en el ejército francés.

BERLÍN, *16 de marzo*

Esta tarde, a eso de las tres, llamaron urgentemente del Ministerio de Propaganda para pedirme que acudiera a las cinco a una rueda de prensa en la que el doctor Goebbels haría una declaración de la «máxima importancia». Cuando llegué allí, encontré la sala de conferencias ocupada por un centenar de corresponsales extranjeros, todos bastante excitados, pero sin que ninguno supiera el motivo de la convocatoria. Finalmente

apareció Goebbels renqueando, con el aire grave del que es consciente de la importancia del momento. Inmediatamente se puso a leer en voz alta el texto de una nueva ley.[3] Leía demasiado deprisa para que pudiéramos tomar nota de todo, pero no hacía falta. Lo esencial era que Hitler, por su cuenta, borraba de un plumazo las disposiciones militares del Tratado de Versalles, restauraba el servicio militar universal y proclamaba la formación de un ejército de reclutas formado por doce cuerpos y treinta y seis divisiones. Louis Lochner, de AP, Ed Beattie, de UP, Pierre Huss, de INS, y Gordon Young, de Reuter's se pusieron en pie de inmediato y corrieron a los teléfonos del vestíbulo sin aguardar al resto de las palabras del doctor Goebbels. Cuando el pequeño *Doktor* hubo dejado de hablar, se marchó y quedaron allí dos o tres oficiales para responder a las preguntas que se suscitaran; pero enseguida se vio que temían decir cualquier cosa más de lo contenido en el comunicado oficial. ¿Cuántos hombres tendría el nuevo ejército? Treinta y seis divisiones, respondieron. ¿De cuántos hombres se compone una división alemana? Depende, fue su respuesta. Y así en todo lo demás.

Salí a la Wilhelmstrasse en compañía de Norman Ebbutt, del *Times* de Londres, que era a la sazón, y con mucho, el corresponsal extranjero mejor informado de allí, y con Pat Murphy, del *Daily Express*. Ebbutt parecía un poco asombrado por la noticia, pero insistía en que, después de todo, no era ninguna novedad, que los alemanes llevaban más de un año recomponiendo su ejército. Yo me apresuré a ir a mi oficina en la Dorotheenstrasse, hice algunas llamadas y después me senté a escribir lo que me pasaba por la cabeza. Era sábado, y en Estados Unidos los periódicos dominicales cierran temprano.

Más tarde

Acabé mi crónica a eso de las diez de la noche y me quedé en la oficina para responder a las preguntas que me hicieran desde Nueva York. Hitler, según supe, actuó con la velocidad del relámpago, movido aparentemente por la inspiración de que aquella era la ocasión oportuna —si la había— para actuar y salirse con la suya, como parece que conseguirá. La oficina de París me dijo anoche que los franceses están muy alarmados, intentando conseguir que los británicos hagan algo, pero que Londres retrasa toda iniciativa. Hitler volvió de su retiro de Berchtesgaden a primera hora de la tarde de ayer, y convocó inmediatamente al gabinete y a los mandos militares. La decisión se tomó entonces o, mejor dicho, fue comunicada entonces por Hitler a los otros. Hasta donde he podido saber, no parece que ninguno haya sentido la menor duda, o, si la tuvo, no la manifestó. Los expertos se pusieron a pergeñar la ley y Hitler y Goebbels comenzaron a elaborar dos proclamas, una del partido y la otra dirigida por el Führer al pueblo alemán.

Hoy, a la una del mediodía, Hitler convocó de nuevo al gabinete y a los militares, y les leyó los textos de la ley y de las dos proclamas. Según mi informante, los miembros del gabinete se abrazaron unos a otros en cuanto se hubo apagado la mágica voz de Hitler. El canoso general Von Blomberg dirigió a todos los presentes en tres sonoros vivas a Hitler. Debió de ser una de las más indecorosas reuniones ministeriales de toda la historia de Alemania. Pero a estos nazis les tiene sin cuidado la dignidad... si consiguen resultados. Y los *Junkers* que dirigen el ejército lo olvidarán todo —y lo tragarán todo— ahora que Hitler les ha dado lo que necesitan. Una gran multitud se concentró esta noche en la Wilhelmplatz frente a la Cancillería y vitoreó a Hitler hasta que este se dejó ver en una ventana y saludó. La creación hoy de un ejército de reclutas, en abierto desafío del

Tratado de Versalles, reforzará notablemente su posición en el país, porque hay muy pocos alemanes, con independencia de lo mucho que puedan odiar a los nazis, que no apoyen de todo corazón esta medida. A la inmensa mayoría les gustará la forma en que se ha pasado por el forro Versalles, cuyas cláusulas contrariaban a todos, y, militaristas como son en el fondo, celebran el resurgir del ejército.

Es un terrible revés para los aliados: para Francia, Gran Bretaña, Italia, que hicieron la guerra y firmaron la paz para acabar con el poderío militar de Alemania y mantenerla dominada. ¿Qué harán ahora Londres y París? Podrían declarar una guerra «preventiva», que sería el final de Hitler. Los polacos de aquí dicen que Pilsudski está deseando apoyar. Pero las primeras reacciones esta noche —al menos, según nuestra oficina de París— son contrarias a una cosa así. Ya veremos.

Me voy a dormir cansado y asqueado de este triunfo nazi, pero también contento, profesionalmente, de haber tenido una información importante que transmitir. Puesto que Dosch está ausente, esta tarea ha recaído por entero en mí.

BERLÍN, *17 de marzo*

El primer párrafo de mi despacho de esta noche es un resumen de este día extraordinario: «Este día de los Héroes, en recuerdo de los dos millones de alemanes muertos en la guerra, se celebró hoy, entre escenas sin parangón desde 1914, como un renacimiento del poder militar de Alemania, entre profesiones de fe mezcladas con desconfianza». Los alemanes llaman a este día el *Heldengedenktag*, que equivale a nuestro Decoration Day.[4] La principal ceremonia se celebró en la Staatsoper al mediodía, con todo el

colorido que los nazis son tan expertos en emplear. El patio de butacas del teatro de la ópera era un mar de uniformes militares, con un número sorprendente de veteranos oficiales del ejército que debían de haber pasado la noche limpiando el polvo de sus ya descoloridos uniformes y sacando brillo a los pintorescos remates en punta de sus cascos de antes de la guerra, que destacaban entre todos. Potentes focos de teatro iluminaban a un pelotón de hombres del Reichswehr que se mantenían firmes como estatuas de mármol mientras flameaban sus banderas bélicas. Por encima de ellos, en un gran telón, aparecía representada en negro y plata una gran Cruz de Hierro. Se creó la atmósfera adecuada cuando la orquesta interpretó la *Marcha fúnebre* de Beethoven, una pieza conmovedora que parece llegar a lo más íntimo del alma de todo alemán. Hitler y sus hombres ocupaban el palco real, pero en esta ocasión el Führer no habló: lo hizo, por él, el general Von Blomberg, aunque me pareció que utilizaba palabras escritas por el propio Hitler. Dijo, en efecto, el general: «El mundo ha podido comprobar que Alemania no murió tras su derrota en la guerra mundial. Alemania ocupará de nuevo el puesto que merece entre las naciones. Nos comprometemos a forjar una Alemania que no se rinda nunca y que jamás firme un tratado que no pueda ser cumplido. No necesitamos vengarnos porque hemos cosechado gloria sobrada para siglos». Y, mientras Hitler lo miraba con expresión aprobadora, el general continuó: «No queremos ser arrastrados a otra guerra mundial. Europa se ha hecho demasiado pequeña para ser el campo de batalla de una guerra mundial. Puesto que todas las naciones tienen hoy a su disposición medios iguales para la guerra, un futuro conflicto solo podría resultar en una automutilación para todos. Necesitamos la paz con iguales derechos y seguridad para todos. No queremos más».

Palabras inteligentes, cuyo objetivo era no solo tranquilizar al pueblo

alemán, que ciertamente no desea la guerra, sino también a los franceses y británicos. Para los franceses, en particular, la alusión a la «seguridad»: una palabra que obsesiona al Quai d'Orsay. Hitler tenía a su lado al mariscal de campo Von Mackensen, el único mariscal de campo sobreviviente del antiguo ejército, vestido con su uniforme de Húsares de la Calavera. Me percaté también de la presencia del príncipe Guillermo, aunque Hitler puso mucho cuidado en que no estuviera en su palco. Dodd era el único embajador presente, por lo que se hizo notar la ausencia de los embajadores británico, francés, italiano y ruso. Ni siquiera compareció el japonés. Todo lo cual explica que Dodd pareciera más bien incómodo.

Tras la ceremonia en la ópera, Hitler pasó revista a un contingente de tropas. No faltó entre ellas un batallón de las fuerzas aéreas cuyos hombres, con uniformes de color azul claro, desfilaron al paso de la oca como los perfectos veteranos que sin duda eran..., pero que se suponía que no debían ser.

Vale la pena destacar, pienso, las dos proclamas hechas ayer, que, al releerlas en los periódicos del domingo, me llaman la atención más que nunca por mostrar la habilidad de Hitler para presentar su *fait accompli* a la luz más favorable para su propio pueblo y, a la vez, convencer a la opinión mundial no solo de tener motivos para hacer lo que ha hecho, sino de ser también un hombre de paz. Valga a modo de ejemplo lo declarado por el partido: «Con el día de hoy se ha restaurado el honor de la nación alemana. Nos ponemos firmes como un pueblo libre entre las naciones. Y, como Estado soberano, somos libres para negociar y proponernos cooperar en la organización de la paz».

O la proclama del propio Hitler al pueblo alemán. Empieza con la historia que ha narrado ya muchas veces: los Catorce Puntos de Wilson, el injusto tratado de paz, el completo desarme de Alemania en un mundo en el

que los demás están armados hasta los dientes, los repetidos intentos de Alemania por alcanzar un acuerdo con los demás...; la retahíla de siempre. Para añadir ahora: «Al actuar de esta manera [proclamar el reclutamiento] se han seguido las mismas premisas que expresó con tanta seguridad el señor Baldwin en su último discurso: "Un país que no esté dispuesto a adoptar las medidas preventivas para su propia defensa, jamás gozará de ningún poder en este mundo, ni moral, ni material"».

Y, después, en atención a Francia: «Alemania ha dado finalmente a Francia la solemne seguridad de que, tras el ajuste de la cuestión del Sarre, Alemania no planteará a Francia ninguna reclamación territorial».

Finalmente, dirigiéndose a los alemanes y al mundo entero: «En esta hora, el gobierno alemán renueva ante el pueblo de Alemania y ante el mundo entero la garantía de su determinación de no ir nunca más allá de la salvaguarda del honor de Alemania y de la libertad del Reich, y en especial de que, al rearmar a Alemania, no pretende crear un instrumento de ataque bélico sino, por el contrario, exclusivamente para su defensa y, en consecuencia, para el mantenimiento de la paz. Al actuar de esta manera, el gobierno del Reich expresa su esperanzada confianza en que al pueblo alemán, una vez recuperado su honor, se le conceda el privilegio de ser uno más a la hora de contribuir con su propio criterio a la pacificación del mundo en libertad y cooperación con otras naciones».

Todos los alemanes con los que he podido hablar hoy han aplaudido estas líneas. Uno de los de mi oficina, que no es precisamente nazi, dijo: «¿Puede esperar el mundo una oferta más justa de paz?». Reconozco que suena bien, pero Ebbutt sigue aconsejándome que sea muy escéptico, como espero serlo.

He hablado esta noche por teléfono con nuestras oficinas de Londres y París. Me han dicho que los franceses y los británicos aún están tratando de

decidirse. Londres afirmó que Garvin publicó un editorial en el *Observer* en el que decía que la acción de Hitler no podía suponer ninguna sorpresa, e instaba a Simon a seguir adelante con su visita a Berlín. El de Beaverbrook en el *Sunday Express* prevenía en contra de amenazar a Alemania con la fuerza. Mañana, según nuestra oficina, el *Times* adoptará una línea conciliadora. Mi impresión es que Hitler se ha salido con la suya.

BERLÍN, *18 de marzo (en la oficina)*

Un escuadrón de bombarderos de Göring ha volado en formación sobre nuestro tejado: es la primera vez que aparecen en público. Mantenían bien la formación.

BERLÍN, *26 de marzo*

Simon y Eden han estado aquí los dos últimos días conferenciando con Hitler y Neurath, y esta tarde los dos emisarios británicos nos recibieron en el ruinoso edificio de la embajada británica para decirnos... nada, en realidad. Simon me sorprendió como un hombre muy vanidoso. Eden, que parecía y se comportaba como un escolar, no paraba de recorrer el escenario de un lado para otro —estábamos en el salón de baile, que cuenta con un escenario—, apuntándole datos a su jefe y, en ocasiones, susurrándole respuestas cuando le hacíamos alguna pregunta embarazosa. La única cosa que dijo Simon que merezca ser citada fue que él y Hitler estaban «en desacuerdo sobre casi todo». Aparentemente —al menos es lo que dicen los alemanes—, Hitler hizo grandes aspavientos contra Rusia y el propuesto

Locarno del Este, que transformaría Rusia en un sistema defensivo de las fronteras orientales de Alemania. La Wilhelmstrasse apenas esconde el hecho de que Hitler llevó todo el peso de la conversación, mientras que Simon era todo oídos. Eden va ahora a Varsovia y Moscú; Simon regresa a Londres.

BERLÍN, *9 de abril*

Esta noche se celebra en la Ópera una gala de recepción con motivo de la boda de Göring. Ha contraído matrimonio con una actriz de provincias, Emmy Sonnemann. Yo recibí una invitación, pero no fui. La gente del partido me dice que Goebbels está que trina con las dispendiosas exhibiciones de su archienemigo, de las que la de anoche no es más que un ejemplo, y que ha dicho a la prensa que puede comentarla sarcásticamente. No creo que muchos redactores se atrevan a hacerlo...

BERLÍN, *11 de abril*

El doctor S., un próspero abogado judío que sirvió a su país en el frente durante la guerra, se presentó hoy de pronto en nuestro apartamento después de haber pasado varios meses en la cárcel de la Gestapo conocida como la Columbia Haus. Tess estaba en casa, y dice que lo encontró en estado lamentable, un poco desconcertado, pero aparentemente consciente de su condición, porque tenía miedo de volver a su casa y presentarse así ante su familia. Tess le devolvió las fuerzas con un poco de whisky, lo animó y lo envió a su casa. Su esposa llevaba mucho tiempo al borde de

una postración nerviosa. Explicó que no habían presentado ninguna acusación contra él, salvo la de ser judío o medio judío y uno de los diversos abogados que se habían ofrecido para colaborar en la defensa de Thälmann. Muchos judíos acuden estos días a nosotros pidiendo consejo o ayuda para llegar a Inglaterra o Estados Unidos, pero por desgracia hay muy poco que podamos hacer por ellos.

BAD SAAROW, *21 de abril (Domingo de Pascua)*

Hemos salido a pasar fuera el fin de semana de Pascua. El hotel está lleno de judíos sobre todo, y nos ha sorprendido un poco ver que muchos de ellos siguen prosperando y, aparentemente, viven sin temor. Pienso que son demasiado optimistas.

BERLÍN, *1 de mayo*

Una ventisca estropeó hoy el gran espectáculo montado en Tempelhof con motivo del día del Trabajo. Dosch insistió en ir a cubrirlo a pesar de su mala salud. Hitler no tenía nada particular que decir y se le vio deprimido. Miles de trabajadores obligados a marchar hacia Tempelhof para la celebración aprovecharon la ventisca para salirse de las filas e ir al pub más próximo. Esta noche hubo un número sorprendente de borrachos en la calle..., algo insólito en Berlín. Corre la voz por la ciudad de que los británicos van a negociar un acuerdo naval con Hitler que lo ayudará a romper otro de los grilletes de Versalles.

BERLÍN, *21 de mayo*

Hitler pronunció esta noche en el Reichstag un grandioso discurso de «paz», y me temo que influirá sobre la opinión mundial y, en especial, sobre la de los británicos mucho más de lo que debería. Este hombre es, ciertamente, un orador extraordinario y en la atmósfera de un Reichstag elegido a dedo, con sus seiscientos diputados más o menos, de cuello encorbatado, cabeza rapada y trajes marrones, perennes asentidores que se ponen en pie y vociferan casi cada vez que Hitler hace una pausa para respirar, me imagino que consigue convencer a cuanto alemán lo esté escuchando. En cualquier caso, esta noche ha estado en plena forma, y su programa —de trece puntos— convencerá a un montón de gente. Es, además, un programa sorprendente; elaborado con gran astucia.

Preparando el terreno para ello, Hitler exclamó: «Alemania necesita paz ... Alemania quiere paz ... Ninguno de nosotros pretende amenazar a nadie». Y, así, aludiendo a Austria: «Alemania no pretende ni quiere interferir en los asuntos internos de Austria, anexionársela ni concluir con ella un *Anschluss*».

A continuación enunció su programa de trece puntos:

1. Alemania no puede regresar a Ginebra a menos que se separen el tratado y la alianza.
2. Alemania respetará todas las demás disposiciones del Tratado de Versalles, incluidas las de carácter territorial.
3. Alemania mantendrá escrupulosamente cualquier tratado suscrito de forma voluntaria. En particular, apoyará y cumplirá todas las obligaciones que dimanan del Tratado de Locarno ... Con el respeto

de la zona desmilitarizada, el gobierno alemán considera su acción como una contribución a la pacificación de Europa ...

4. Alemania está dispuesta a cooperar en un sistema colectivo para salvaguardar la paz europea ...
5. La imposición unilateral de condiciones no puede promover la colaboración. Son indispensables negociaciones paso a paso.
6. El gobierno alemán está dispuesto en principio a concluir pactos de no agresión con sus vecinos, y a complementar estos pactos con todas las disposiciones tendentes a aislar al agresor y a aislar el área del conflicto.
7. El gobierno alemán está dispuesto a complementar el Tratado de Locarno con un convenio aéreo.
8. Alemania está dispuesta a limitar armamentos sobre la base de una paridad aérea con las grandes potencias de Occidente, y de un tonelaje naval equivalente al 35 por ciento del de los británicos.
9. Alemania desea la prohibición de armas y métodos de guerra contrarios a la Convención de Ginebra de la Cruz Roja. En este punto, el gobierno alemán se refiere a todas esas armas que causan la muerte y la destrucción tanto de los soldados combatientes como de las mujeres y niños no combatientes. Cree que es posible proscribir el uso de ciertas armas como contrarias al derecho internacional y repudiar a aquellas naciones que aún las emplean. Podría establecerse, por ejemplo, la prohibición de lanzar bombas de gas, incendiarias y explosivas fuera de la zona real de batalla. Esta limitación podría luego ser extendida al completo repudio internacional de todo bombardeo.
10. Alemania desea la abolición de las armas más pesadas, en especial de los grandes carros blindados y de la artillería pesada.

11. Alemania aceptará cualquier limitación que se proponga sobre el calibre de la artillería, las dimensiones de los acorazados y el tonelaje de los submarinos, e incluso, si se acuerda, la completa abolición de los submarinos.
12. Debería hacerse algo para prohibir el envenenamiento de la opinión pública entre las naciones por parte de elementos irresponsables, mediante la palabra o los escritos, así como en el teatro o en el cine.
13. Alemania está dispuesta en todo momento a alcanzar un acuerdo internacional que prevenga eficazmente todos los intentos de intromisión exterior en los asuntos de otros estados.

¿Acaso podría haber algo más considerado o razonable, si fuera en serio? Hitler estuvo hablando hasta casi las diez. Lo hizo en tono sencillo, seguro. Los asientos reservados a los diplomáticos estaban completamente llenos, con los embajadores de Francia, Gran Bretaña, Italia, Japón y Polonia en la primera fila. Dodd estaba sentado en la tercera: un típico desaire diplomático nazi hacia Estados Unidos, a mi entender. Escribí varios miles de palabras y me fui a la cama, cansando y un poco extrañado por aquel discurso, que algunos de los corresponsales británicos y franceses con los que coincidí esta noche en el Taverne creían que podría allanar realmente el camino para varios años de paz.

BERLÍN, *3 de junio*

Nos hemos mudado de nuevo, esta vez a Tempelhof, visto que nuestro estudio en la Tauenzienstrasse, que quedaba inmediatamente debajo del tejado, era demasiado caluroso. Ahora hemos alquilado el apartamento al

capitán Koehl, un as alemán de la aviación en la guerra mundial y el primer hombre que, con dos amigos, sobrevoló el Atlántico cruzándolo desde el este al oeste. Él y su esposa —una hermosa morena— son muy amigos de los Knick. El marido es uno de los pocos hombres que hay en Alemania con el valor suficiente para no trabajar para Göring y los nazis. Como resultado de ello, se ha visto relegado por completo e incluso ha perdido el empleo que tenía en Lufthansa. Ferviente católico y hombre de fuerte carácter, prefiere retirarse a su pequeña granja en el sur de Alemania a cultivar el favor de los nazis. Es uno de los poquísimos que han tomado esta opción. Yo le he tomado un gran afecto.

BERLÍN, *7 de junio*

El teletipo nos trae esta noticia: Baldwin sucede a MacDonald como primer ministro británico. Pocas lágrimas se derramarán por su antecesor, porque MacDonald traicionó al movimiento laborista británico y en los últimos cinco años se ha convertido en un hombre vanidoso e insensato. Ribbentrop se encuentra ahora en Londres negociando un tratado naval que fijará para Alemania el 35 por ciento del tonelaje de la flota británica. Los nazis dicen aquí que el acuerdo está en el bote.

BERLÍN, *18 de junio*

Está en el bote... y se ha firmado hoy en Londres. La Wilhelmstrasse rebosa satisfacción. Alemania consigue un tonelaje de submarinos igual al de Gran Bretaña. El porqué de esta concesión por parte de los británicos es algo que

no logro entender. Los submarinos alemanes casi los derrotan en la última guerra, y puede que lo hagan en la siguiente ocasión. Acabamos el día en el Taverne, como ya va siendo costumbre. El Taverne es un *ristorante italiano*, dirigido por Willy Lehman, un fornido y campechano alemán sin el menor rasgo que pueda emparentarlo con Italia, y por su esposa, una mujer de origen belga, tímida y delgada, que es toda una institución para los corresponsales británicos y norteamericanos que trabajamos aquí, puesto que nos ayuda a conservar cierta cordura y nos brinda la oportunidad de reunirnos informalmente e intercambiar habladurías, sin las cuales ningún corresponsal extranjero podría resistir mucho tiempo. Tenemos una *Stammtisch* —una mesa siempre reservada para nosotros en un rincón—, que desde las diez de la noche hasta las tres o las cuatro de la madrugada suele estar a tope. Habitualmente la preside Norman Ebbutt, que se pasa toda la noche chupando una vieja pipa, charlando y discutiendo con una voz débil y aguda, e impartiendo sabiduría a todos porque lleva aquí mucho tiempo, mantiene contactos con todos los estratos del gobierno, del partido, las iglesias y el ejército, y es un hombre muy inteligente. De un tiempo a esta parte se me ha quejado alguna vez, en privado, de que el *Times* no publica todo lo que le envía, que no desean que él se extienda en comentar los aspectos negativos de la Alemania nazi y que, aparentemente, ha caído en manos de los elementos pronazis de Londres. Eso a él lo desanima y lo lleva a pensar en abandonar. A su lado se sienta la señora Holmes, una mujer de nariz aguileña e indiscutible inteligencia. Suele tragarse las palabras, con todo, lo que a mí me complica bastante entender lo que dice. Otros habituales de la *Stammstisch* son Ed Beattie, de UP, con una cara redonda de expresión churchilliana que oculta un ingenio ágil, provisto de un inmenso almacén de anécdotas y canciones divertidas; Fred Oechsner, de UP, y su esposa Dorothy: él un tipo tranquilo, pero excelente corresponsal,

ella rubia, preciosa, bulliciosa, con una voz grave y ronca; Pierre Huss, de INS, brillante, desenvuelto, ambicioso, que mantiene mejores relaciones con los oficiales nazis que cualquiera de los otros; Guido Enderis, del *New York Times*, que anda ya por los sesenta y tantos años pero que viste invariablemente un chillón traje de carreras con corbata de pajarita roja, y a quien le tienen sin cuidado los nazis (un hombre que gozó incluso de la distinción de trabajar aquí como corresponsal norteamericano incluso después de que hubiéramos entrado en la guerra); Al Ross, su ayudante, grueso, soñoliento, tranquilo y adorable; Wally Deuel, del *Chicago Daily News*, joven, callado, estudioso y sumamente inteligente; su esposa, Mary Deuel, muy parecida a él, con grandes y preciosos ojos (los dos están muy enamorados); Sigrid Schultz, del *Chicago Tribune*, la única mujer corresponsal en nuestro grupo, optimista, alegre y siempre bien informada, y Otto Tolischus, que, aunque no está al frente de la oficina del *New York Times*, es su principal apoyo: un hombre complicado, profundo, estudioso, con clara tendencia a ir siempre al fondo de las cosas. A menudo está presente también Martha Dodd, hija del embajador, bonita, vivaracha y vehemente polemista. Y hay otros dos corresponsales norteamericanos que rara vez vienen: Louis Lochner, de AP, y John Elliott, del *New York Herald Tribune*. Aparte de ser un capaz y experto corresponsal, John es abstemio, no fuma y tiene una gran adicción por sus libros, como deberíamos tenerla todos.

NUEVA YORK, *9 de septiembre*

De vuelta a casa para unas breves vacaciones. Nueva York está maravillosa, aunque encuentro que hay mucha gente buena demasiado optimista con

respecto a los asuntos europeos. Encuentro que aquí todo el mundo tiene ideas y opiniones muy positivas.

NUEVA YORK, *10 de septiembre*

Fin de semana con Nicholas Roosevelt en Long Island. No lo había visto desde que estuvo como ministro en Budapest. Estaba demasiado preocupado por la «dictadura de Franklin Roosevelt» —como la llamaba— para dedicar mucho tiempo a comentar los asuntos europeos. Parecía profundamente dolido de que el New Deal no le permitiera cultivar patatas en su huerto y abordó el tema con algún detalle, aunque me temo que no lo seguí. Yo seguía pensando en Etiopía y en las posibilidades de una guerra allí. Un hombre muy inteligente, pensé. He hecho una visita agradable —aunque también mucho más corta— a mi familia. Mi madre, a pesar de su edad y de sus recientes achaques, está como una jovencita. De la oficina me insisten en que vuelva enseguida a Berlín por la situación en Abisinia. Dosch va a ir a Roma y yo me ocuparé del *Buro.*

BERLÍN, *4 de octubre*

Mussolini ha empezado su conquista de Abisinia. Según un comunicado italiano, las tropas del Duce cruzaron ayer la frontera «para repeler una inminente amenaza de los etíopes». En la Wilhelmstrasse están encantados. O bien Mussolini tropieza y se implica tan a fondo en África que queda notablemente debilitado en Europa (con lo que Hitler puede apoderarse de Austria, protegida hasta ahora por el Duce), o bien triunfa, desafiando a

Francia y a Gran Bretaña, y la situación queda madura para concertar una alianza con Hitler contra las democracias occidentales. En cualquiera de los dos casos, Hitler sale ganando. La Sociedad de Naciones ha ofrecido un espectáculo lamentable, y su fracaso ahora, tras la debacle de Manchuria, le asesta un golpe mortal. En Ginebra se habla de sanciones. Es la última esperanza.

BERLÍN, *30 de diciembre*

Dodd nos llamó hoy para mantener una charla con William Phillips, subsecretario de Estado, que está de visita en Berlín. Le preguntamos qué acción adoptaría Washington si los nazis comenzaran a expulsarnos. Respondió con sinceridad. Dijo: «Ninguna». Nuestra opinión era que si en la Wilhelmstrasse supieran que, por cada corresponsal norteamericano expulsado, le daríamos la patada en Estados Unidos a un periodista alemán, tal vez los nazis se lo pensarían dos veces antes de actuar contra nosotros. Pero el secretario dijo que el Departamento de Estado no cuenta con ninguna ley para actuar de esa manera en un caso así; un ejemplo perfecto de una de nuestras debilidades democráticas.

BERLÍN, *4 de enero de 1936*

La prensa de la tarde, especialmente el *Börsen Zeitung* y el *Angriff*, estaba muy furiosa con la denuncia de Roosevelt de las dictaduras y de la agresión, dirigida sobre todo, obviamente, contra Mussolini, pero con la mirada puesta también en Berlín. Señalaré aquí, de paso, una circunstancia que

olvidé mencionar: X, del *Börsen Zeitung*, no será ejecutado. Su condena a muerte ha sido conmutada por la de cadena perpetua. Su delito: ver por casualidad que algunos de nosotros recibíamos copias de las órdenes secretas que Goebbels daba diariamente a la prensa. Leían con avidez, disponiendo a diario la supresión de esta verdad y la sustitución de aquella mentira. Tengo entendido que fue delatado por un diplomático polaco, un tipo del que jamás me fié. El pueblo alemán, a menos que tenga la posibilidad de leer prensa extranjera (el *Times* de Londres tiene aquí una gran circulación), se ve terriblemente privado de las noticias del mundo exterior y, por supuesto, no se le dice nada de lo que ocurre entre bastidores en su propio país. Durante algún tiempo acudían en masa a los quioscos para comprar el *Baseler Nachrichten*, un periódico suizo en lengua alemana del que se vendían más ejemplares en Alemania que en la propia Suiza. Pero ahora ese periódico ha sido prohibido.

BERLÍN, *23 de enero*

Un día desagradable. Esta mañana me despertó el teléfono —trabajo hasta tarde y duermo hasta tarde también— y resultó ser Wilfred Bade, un caricaturista nazi fanático que actualmente se ocupa de la prensa extranjera en el Ministerio de Propaganda. Empezó preguntándome: «¿Ha estado usted recientemente en Garmisch?». Le respondí que no. Y enseguida se puso a chillarme: «Ya veo. No ha estado allí y, sin embargo, tiene la desvergüenza de escribir una historia falsa acerca de los judíos de allí...». «Espere un instante —le pedí—. Usted no puede hablarme de desvergüenza...» Pero ya había colgado el aparato.

Al mediodía Tess puso la radio para oír las noticias, justo a tiempo para

oír un sonoro ataque personal contra mí en el que se me acusaba de ser un cochino judío y de estar intentando torpedear los Juegos Olímpicos de invierno en Garmisch (que comienzan dentro de unos días) con historias falsas acerca de los judíos y de los oficiales nazis allí. Cuando fui a la oficina después del almuerzo, las primeras páginas de los periódicos de la tarde estaban llenas de denuncias nazis contra mí, típicas e histéricas como suelen ser. Los alemanes de la oficina esperaban que la Gestapo se presentara en cualquier momento para detenerme. De hecho, yo había escrito hacía algún tiempo, en una serie de despachos, que los nazis de Garmisch habían quitado todas las señales en las que se decía que los judíos no eran bien recibidos (las hay por toda Alemania), y que de esta manera se les ahorraría a los visitantes para las Olimpiadas cualquier señal del trato que se daba a los judíos en este país. Y había observado también, de paso, que los oficiales nazis habían copado para ellos los buenos hoteles, instalando a la prensa en fonduchos poco adecuados, cosa que era cierta.

Esa tarde, cada vez que el ordenanza de la oficina se presentaba con un nuevo periódico, yo me iba poniendo más y más furioso. La mayoría de mis amigos me llamaron para aconsejarme que no hiciera ningún caso del asunto, diciéndome que, si protestaba, probablemente me expulsarían del país. Pero las historias que se contaban eran tan exageradas y calumniosas que no podía controlar mi ira. Telefoneé a la oficina de Bade y pedí verlo. No estaba en el despacho. Seguí llamando. Al final, un secretario me dijo que se había ido y que no volvería. Al llegar las nueve, ya no pude contenerme más. Fui al Ministerio de Propaganda, tuve un encontronazo con un guardia e irrumpí en el despacho de Bade. Como sospechaba, él estaba allí, sentado a su mesa. Sin mediar invitación para hacerlo, me senté en la silla que tenía enfrente de él y, antes de que pudiera recuperarse de su sorpresa, le exigí una disculpa y una rectificación en la prensa y la radio

alemanas. Él empezó a gritarme. Yo le grité también, aunque en los momentos de excitación pierdo el alemán que sé y probablemente me mostré de lo más incoherente. Nuestros gritos, por lo visto, alarmaron a un par de esbirros, porque abrieron la puerta para mirar dentro. Bade les ordenó que la cerraran y seguimos tomándola de nuevo el uno con el otro. En un momento dado, comenzó a dar golpes sobre la mesa. Yo los di también. La puerta se abrió apresuradamente y uno de los esbirros entró... para ofrecer a su jefe, supuestamente, un paquete de cigarrillos. Yo encendí uno por mi cuenta. Por dos veces más nuestros puñetazos sobre la mesa atrajeron al hombre: una vez con más cigarrillos, la otra con una jarra de agua. Pero al fin comencé a darme cuenta de que no iba a conseguir nada, porque ninguno, y menos que nadie Bade, tenía el poder, ni la decencia cuando menos, de corregir una pieza de la propaganda nazi después de haber sido puesta en circulación, independientemente de su falsedad. Al final, él se calmó y se volvió hasta empalagoso. Dijo que habían decidido no expulsarme, en contra de lo que habían planeado inicialmente. Yo me acaloré de nuevo y lo desafié a que me expulsara, pero no reaccionó y, por último, me marché de su despacho. Demasiado nervioso, me temo.

GARMISCH-PARTENKIRCHEN, *febrero*

Ha sido un interludio mucho más agradable de lo que esperaba. Un montón de trabajo para Tess y para mí mismo desde el alba hasta la medianoche cubriendo los Juegos Olímpicos de Invierno, demasiados hombres de las SS y militares por allí (no solo para mí, sino sobre todo ¡para Westbrook Pegler!), pero el soberbio paisaje de los Alpes bávaros, en especial al amanecer y a la puesta del sol, el tonificante aire de la montaña, las jóvenes

de sonrosadas mejillas atractivas por lo general con sus prendas de esquí, la excitación de las competiciones, sobre todo las de saltos (en las que los muchachos se arriesgan a partirse un hueso) o las carreras de trineos (en las que, además de partírselos, con frecuencia desafían la muerte), los partidos de hockey y Sonja Henie... Todo ello ha servido a los nazis para hacer un maravilloso trabajo de propaganda. Han impresionado notablemente a la mayoría de los visitantes extranjeros por el derroche de medios y la soltura con que han sacado adelante los Juegos y por sus maneras amables, que, ni que decir tiene, a los que veníamos de Berlín nos han parecido ensayadas. Me alarmó tanto esto que ofrecí un almuerzo a algunos de nuestros hombres de negocios e invité a él a Douglas Millar, nuestro agregado comercial en Berlín, que es sin duda la persona más informada sobre Alemania que tenemos en nuestra embajada, para que los ilustrara un poco al respecto. Pero fueron ellos quienes le explicaron cómo eran las cosas, y Doug apenas pudo meter baza. Ha sido divertido escuchar a Pegler, cuya afilada y mordaz lengua se lo ha pasado en grande aquí. Él, Gallico y yo estábamos continuamente compitiendo con los guardias de las SS que, cuando Hitler estaba en el estadio, lo rodeaban y trataban de impedirnos la entrada. La mayoría de los corresponsales estamos un poco molestos por un artículo publicado en el *Völkische Beobachter* citando a Birchall, del *New York Times*, a propósito de que no ha habido nada militar en estos juegos y que los corresponsales que han afirmado semejante cosa están en un error. A Peg, especialmente, eso le ha sentado muy mal. Hoy parecía un poco preocupado por que la Gestapo pudiera detenerlo por lo que había escrito, pero yo no lo creo. El «espíritu olímpico» prevalecerá durante un par de semanas o más y, después de ese plazo, él estará en Italia. Tess y yo hemos visto mucho a Paul Gallico. Está en una encrucijada interesante. Ha dejado deliberadamente su trabajo como el cronista deportivo mejor pagado de

Nueva York, ha dicho adiós a los deportes y piensa ir a establecerse en la campiña inglesa para ver si puede ganarse la vida como escritor *freelance*. Es una decisión que muy pocos tendrían redaños para tomar. Vuelvo a Berlín mañana, a la dura tarea de cubrir la política nazi. Tess viajará al Tirol para descansar de los nazis y practicar un poco el esquí.

BERLÍN, *25 de febrero*

Me entero de que lord Londonderry estuvo aquí a principios de mes y se entrevistó con Hitler, Göring y la mayoría de los demás. Es un decidido partidario de los nazis. Me temo que de esa visita no saldrá nada bueno.

BERLÍN, *28 de febrero*

La Cámara francesa ha aprobado por amplia mayoría el pacto con la Unión Soviética. Hay mucha indignación en la Wilhelmstrasse. Fred Oechsner me dice que, cuando él y Roy Howard vieron a Hitler anteayer, les pareció muy preocupado por algo.

BERLÍN, *5 de marzo*

Los círculos del partido dicen que Hitler va a convocar al Reichstag para el 13 de marzo, fecha en que esperan que el Senado francés aprobará el pacto con la Unión Soviética. Había una atmósfera muy enrarecida hoy en la Wilhelmstrasse, pero es difícil llegar al fondo del asunto.

BERLÍN, *6 de marzo, medianoche*

Hoy ha sido el día de los rumores más disparatados. Lo confirmado es, con todo, que Hitler ha convocado al Reichstag para mañana al mediodía, y ha citado a los embajadores de Gran Bretaña, Francia, Italia y Bélgica para mañana por la mañana. Dado que estas son las cuatro potencias que suscribieron el pacto de Locarno, se deduce de esto, y de las pocas informaciones que he podido obtener de los círculos del partido, que Hitler se propone denunciar el Tratado de Locarno, por más que este mes se cumplirá justamente un año de su anuncio de que Alemania lo «respetaría escrupulosamente». Lo que creo además, basándome en lo que he oído hoy, es que Hitler pondrá fin también a la zona desmilitarizada de Renania, aunque la Wilhelmstrasse lo niega categóricamente. No estoy seguro de que envíe allí al Reichswehr: me parece un riesgo excesivo, teniendo en cuenta que el ejército francés podría expulsarlo fácilmente de la zona. Se dice que en la reunión del gabinete se han producido hoy muchas fricciones cuando Von Neurath, Schacht y los generales han aconsejado, supuestamente, a Hitler que no se precipitara. Un informador me ha dicho esta noche que Hitler no enviará tropas allí, sino que simplemente declarará parte del ejército a la potente fuerza de policía que tiene en Renania, lo que, en la práctica, supondrá el fin de la desmilitarización de la zona. Según un hombre de la Cancillería, esta rapidísima jugada de Hitler se produjo después de haber recibido informes de su embajada en París en el sentido de que el Senado francés votaría en un día o dos a favor del pacto con la Unión Soviética. Berlín estaba hoy lleno de líderes nazis, convocados apresuradamente para la reunión del Reichstag. Vi a muchos de ellos en el

Kaiserhof y parecían estar pavoneándose. Tuve varias veces al teléfono al doctor Aschmann, jefe de prensa en Asuntos Exteriores, quien no paró de desmentir categóricamente que mañana entrarían en Renania tropas alemanas. Porque eso, me dijo, significaría la guerra. Escribí un despacho que puede considerarse, tal vez, demasiado cauteloso. Pero mañana lo veremos.

BERLÍN, *7 de marzo*

¡Demasiado cauteloso es poco! ¡Hitler ha hecho trizas hoy el Tratado de Locarno y ha enviado al Reichswehr a ocupar la zona desmilitarizada de Renania! Unos cuantos diplomáticos de entre los más pesimistas piensan que eso equivale a la guerra. Pero la mayoría piensan que Hitler se saldrá con la suya. Lo importante es que el ejército francés no se ha movido. Esta noche, por primera vez desde 1870, soldados alemanes de uniformes grises y tropas francesas de uniforme azul están frente a frente en las orillas del alto Rin. He hablado por teléfono con Karlsruhe hace una hora; no ha habido disparos allí. Toda la noche he tenido en línea a nuestra oficina de París, dictando mi despacho. Me dicen que los franceses no se están movilizando —no por el momento, al menos—, aunque el gabinete está reunido en sesión con el Estado Mayor. Londres, como hace un año, da la impresión de estar conteniendo la situación. Los generales del Reichswehr aún están muy nerviosos, pero no tanto como lo estaban esta mañana.

Intentaré describir este día, si puedo:

A las diez de la mañana, Neurath entregó a los embajadores de Francia, Gran Bretaña, Bélgica e Italia un largo memorándum. Por una vez tuvimos un avance de la noticia, porque el doctor Dieckhoff, el secretario de Estado

en Asuntos Exteriores, fue a ver a Freddy Mayer, nuestro consejero de embajada, y le dio una copia del memorándum, sugiriéndole, por lo visto, que nos lo pasara a los corresponsales norteamericanos, ya que la embajada de Estados Unidos rara vez nos da un soplo así por iniciativa propia. Huss, que necesitaba enviar un despacho temprano para INS, se apresuró a ir a la embajada, y yo me acerqué al Reichstag, que tenía prevista una reunión al mediodía en el teatro de la ópera Kroll.[5] El memorándum, sin embargo, junto con las observaciones verbales de Neurath a los embajadores a propósito de que las tropas alemanas habían entrado en Renania al amanecer de aquella mañana, hacía historia de la situación.

Se decía en él que el pacto de Locarno había quedado «extinguido» por el pacto franco-soviético; que, en consecuencia, Alemania ya no se sentía atada por él, y que, por lo tanto, «el gobierno alemán considera restaurada, a partir de hoy, la plena e ilimitada soberanía del Reich en la zona desmilitarizada de Renania». Era, pues, otro buen intento por parte de Hitler —¿quién se atrevería a calificarlo de infructuoso tras el del 21 de mayo anterior?— de arrojar arena a los ojos de los pacifistas occidentales, de hombres como Londonderry, los Astor, lord Lothian, lord Rothermere... Proponía un programa de «paz» de siete puntos, para, como decía el memorándum, «acabar con cualquier duda con respecto a sus [del gobierno del Reich] intenciones, y dejar claro su permanente deseo de la verdadera pacificación de Europa». La propuesta es un puro fraude, y si yo hubiera tenido agallas, o los tuviera el periodismo norteamericano, lo habría dicho así en mi despacho de esta noche. Pero se supone que yo no debo emitir «juicios» editoriales.

En esta última «propuesta de paz», Hitler ofrece firmar un pacto de no agresión durante veinticinco años con Bélgica y con Francia, cuyos garantes serían Gran Bretaña e Italia; proponer a Bélgica y a Francia que sean

desmilitarizados los dos lados de sus fronteras con Alemania; suscribir un pacto aéreo; concluir pactos de no agresión con sus vecinos orientales y, finalmente, retornar a la Sociedad de Naciones. El grado de sinceridad de Hitler puede medirse por su propuesta de desmilitarizar ambos lados de sus fronteras, que fuerza a Francia a abandonar su Línea Maginot, la cual es ahora su última protección contra un ataque alemán.

La reunión del Reichstag, la más tensa de cuantas yo he tenido noticia (aparentemente, a los diputados de la platea elegidos a dedo nadie les había dicho lo que había ocurrido, aunque sabían que algo se cocía), comenzó puntualmente al mediodía. Los embajadores francés, británico, belga y polaco estaban ausentes, pero el italiano se hallaba allí con Dodd. El general Von Blomberg, ministro de la Guerra, que se sentaba con el gabinete en la parte izquierda del escenario, estaba pálido como una hoja de papel y tamborileaba nerviosamente con los dedos en la parte superior del banco. Nunca lo había visto en ese estado. Hitler inició una larga arenga como las que suele pronunciar y nunca se cansa de repetir acerca de las injusticias del Tratado de Versalles y del carácter pacífico de los alemanes. Después su voz, que había sido grave y ronca al principio, se transformó en un chillido agudo e histérico al arremeter contra el bolchevismo: «¡No toleraré que la horripilante dictadura del comunismo internacional contagie al pueblo alemán! ¡Esta destructora *Weltanschauung* asiática combate todos los valores! ¡Tiemblo por Europa al pensar en lo que sería de ella si esta destructiva concepción asiática de la vida, este caos de la revolución bolchevique, tuviera algún éxito! [calurosos aplausos]».

Ahora los seiscientos diputados, todos nombrados personalmente por Hitler, hombrecillos entrados en carnes, de cuellos hinchados, cabellos cortos, abultadas barrigas, uniformes pardos y pesadas botas —dúctiles hombrecillos de arcilla en sus hábiles manos—, se ponen de pie como

autómatas, con los brazos derechos alzados y extendidos haciendo el saludo nazi, y prorrumpen en «¡vivas!», los dos o tres primeros un tanto espontáneos, los veinticinco siguientes al unísono, como en un griterío escolar. Hitler levanta la mano pidiendo silencio. Se hace despacio. Lentamente se sientan los autómatas. Hitler los tiene ahora en sus garras. Parece darse cuenta de ello. Y entonces truena con voz profunda, resonante: «¡Hombres del Reichstag alemán!». El silencio es extremo.

«En esta hora histórica, cuando en las provincias occidentales del Reich tropas alemanas marchan en este mismo instante hacia sus futuras guarniciones en tiempos de paz, nos unimos todos para pronunciar dos sagradas promesas.»

No puede seguir. Para esta histérica plebe «parlamentaria» es toda una noticia que haya soldados alemanes dirigiéndose a Renania. Todo el militarismo de su sangre alemana se les sube de pronto a la cabeza. Saltan, gritan, lloran poniéndose en pie. El público que ocupa las galerías hace lo mismo; todos salvo unos cuantos diplomáticos y la cincuentena de corresponsales extranjeros presentes. Tienen las manos levantadas para reproducir el saludo servil, los rostros deformes por la histeria, las bocas abiertas de par en par, gritando, gritando, y los ojos, enardecidos por el fanatismo, fijos en el nuevo dios, en su mesías. Y el mesías interpreta su papel maravillosamente: agacha la cabeza como la viva imagen de la humildad, aguarda pacientemente a que se haga silencio. Solo entonces, con la voz aún grave pero casi ahogada por la emoción, enuncia las dos promesas:

«La primera, que juramos no ceder ante ninguna fuerza a la hora de restaurar el honor de nuestro pueblo, prefiriendo sucumbir con honor bajo las más severas dificultades antes que capitular. La segunda, que nos comprometemos, ahora más que nunca, a luchar con todas las fuerzas por

un entendimiento entre los pueblos de Europa, y en especial por un acuerdo con nuestras vecinas naciones occidentales ... ¡No tenemos ninguna exigencia territorial que hacer en Europa! ... Alemania jamás romperá la paz.»

Pasó un largo rato antes de que cesaran los vítores. Abajo, en el vestíbulo, los diputados siguieron aún bajo el hechizo mágico, intercambiándose felicitaciones. Unos pocos generales se fueron. Tras sus sonrisas, sin embargo, se adivinaba cierto nerviosismo. Nosotros aguardamos frente al teatro hasta que se hubieron ido Hitler y los demás peces gordos en sus coches, y los guardias de las SS nos dejaron cruzar. Yo pasé con John Elliot por el Jardín Zoológico y nos fuimos a almorzar los dos en el Adlon. Estábamos, sin embargo, demasiado abatidos para conversar.

Se celebrarán unas «elecciones» el 29 de marzo, «para que el pueblo alemán pueda enjuiciar mi liderazgo», tal como dice Hitler. El resultado, por supuesto, está cantado de antemano, pero esta noche se anunció que Hitler pronunciará una docena de discursos de «campaña» comenzando a partir de mañana.

En su discurso de hoy ha intentado tranquilizar a Polonia. Sus palabras han sido: «Deseo que el pueblo alemán comprenda que, aunque nos afecta penosamente que el acceso al mar de una nación de treinta y cinco millones de habitantes deba hacerse cortando territorio alemán, no es razonable negar ese acceso a una nación tan importante».

Después del almuerzo paseé solo por el Jardín Zoológico para ordenar mis pensamientos. Cerca de la Skagerakplatz me crucé con el general Von Blomberg, que caminaba con dos perros unidos a una traílla. Tenía aún el rostro muy pálido, y le temblaban las mejillas. «¿Habrá ido algo mal?», me pregunté. Después, en la oficina, estuve toda la tarde devanándome la

cabeza, deteniéndome para dictar por teléfono a París mi crónica cada vez que tenía trescientas o cuatrocientas palabras escritas. Recordé que era sábado cuando me llegó un cablegrama de Nueva York reclamando lo antes posible una copia para los dominicales de la mañana. El sábado es el día preferido por Hitler, sí: la sangrienta purga, el reclutamiento, lo de hoy; asuntos sabatinos todos ellos.

Esta noche, mientras concluía mi crónica, pude ver desde la ventana de mi oficina que da a la Wilhelmstrasse interminables columnas de tropas de asalto que desfilaban por la calle y hasta más allá de la Cancillería portando antorchas encendidas. Le pedí a Hermann que bajara a echar un vistazo, y telefoneó para decirme que Hitler las estaba saludando desde el balcón, con Streicher (él, precisamente) a su lado. La DNB dice que esta noche ha habido procesiones de antorchas por todo el Reich.

Nuestro corresponsal en Colonia telefoneó varias veces para darnos una descripción de la ocupación. Según él, las tropas alemanas han sido recibidas en todas partes con expresiones de fervor delirante y con alfombras de flores extendidas por las mujeres por delante de su línea de marcha. Dice que la fuerza aérea dispuso el aterrizaje de bombarderos y cazas en el aeródromo de Dusseldorf y en diversos campos más. Nadie sabe cuántos soldados han enviado hoy los alemanes a Renania. François Poncet, el embajador de Francia, le dijo anoche a un amigo mío que el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán le ha mentido acerca de eso en tres ocasiones en el curso del día. Los alemanes anunciaron primero dos mil soldados, y después hablaron de nueve mil quinientos con «trece destacamentos de artillería». Mi información es que han enviado cuatro divisiones..., unos cincuenta mil hombres.

Y así está la cosa con el principal pilar de la estructura de paz europea, Locarno. Fue un pacto libremente firmado por Alemania, no un *Diktat*, y

Hitler ha jurado más de una vez, con toda solemnidad, que lo respetaría. Anoche, en el Taverne, uno de los corresponsales franceses nos animó afirmando que el ejército francés se pondría en movimiento mañana; pero, después de lo que nuestra oficina de París informó esta noche, lo dudo mucho. No comprendo por qué no se moviliza. Ciertamente, representa un buen reto para el Reichswehr. Y, si se pone en marcha, es el fin de Hitler, quien lo ha apostado todo en el éxito de su jugada y no puede sobrevivir si los franceses lo humillan ocupando la orilla occidental del Rin. La mayoría de los sentados alrededor de la *Stammtisch* del Taverne estamos de acuerdo. He estado bebiendo cerveza y cenando dos fuentes de espaguetis hasta las tres de la madrugada, y después me he ido a casa. Mañana debo levantarme temprano para asistir en la Ópera a otra ceremonia en memoria de los Héroes. Dicen que va a ser mejor que la del año pasado, a menos que los franceses...

BERLÍN, *8 de marzo*

¡Hitler se ha salido con la suya! Francia no se moviliza. En lugar de eso, ¡apela a la Sociedad de Naciones! No me extraña que las caras de Hitler, Göring, Blomberg y Fritsch fueran todo sonrisas este mediodía mientras ocupaban el palco real en la Ópera del Estado y, por segunda vez en dos años, celebraban al estilo más militar el día de los Héroes, que se supone que recuerda a los dos millones de alemanes fallecidos en la última guerra.

¡Qué estupidez (¿o será parálisis?) la de los franceses! Hoy he sabido por una fuente del todo fiable que las tropas alemanas que entraron ayer en la zona desmilitarizada de Renania tenían órdenes estrictas de batirse rápidamente en retirada si el ejército francés se les oponía de alguna

manera. No iban preparadas o equipadas para combatir contra un ejército regular. Eso explica, probablemente, la palidez de la cara de Blomberg ayer. Por lo visto, Fritsch (comandante en jefe del Reichswehr) y la mayoría de los generales se oponían a la maniobra, pero Blomberg, que tiene una fe ciega en el Führer y en su criterio, los convenció para secundarla. Puede ser que Fritsch, que no tiene ninguna simpatía por Hitler ni por el régimen nazi, consintiera basándose en que, si el golpe fallaba, aquello significaría el final de Hitler; y que, si triunfaba, resolvería así uno de sus principales problemas militares.

Circula hoy por ahí otra historia rara. La embajada francesa dice, y yo lo creo, que Poncet visitó a Hitler hace unos días y le pidió que fijara sus condiciones para un acercamiento franco-alemán. El Führer le pidió unos días para pensarlo. Aquello le pareció razonable al embajador, pero le extrañó la insistencia de Hitler en que no trascendiera al público la noticia de su visita. Ahora ya no le extraña: le hubiera privado a Hitler de la excusa de que había que culpar a Francia por haber roto el Tratado de Locarno si el mundo se enteraba de que Francia, que después de todo aún no había ratificado el pacto con la Unión Soviética, estaba decidida a negociar con él; es más, que le había solicitado negociaciones.

Las ceremonias conmemorativas de este mediodía en la Ópera se desarrollaron en un marco wagneriano (la influencia de Wagner sobre el nazismo, sobre el propio Hitler, es algo que no se ha entendido en el extranjero), con el iluminado escenario lleno de soldados con yelmos de acero que enarbolaban banderas de guerra sobre un fondo de árboles de hoja perenne y una enorme Cruz de Hierro de color plata y negro. En la platea y los anfiteatros abundaban los uniformes del viejo ejército imperial y los yelmos rematados en punta. Hitler ocupaba orgullosamente el palco imperial, rodeado de los líderes de Alemania en la guerra, pasados y

presentes: el mariscal de campo Von Mackensen, con su uniforme de Húsares de la Calavera; Göring, luciendo un resplandeciente uniforme escarlata y azul de general de las fuerzas aéreas; el general Von Seekt, creador del Reichswehr, y el general Von Fritsch, su actual comandante en jefe; el almirante Von Raeder, jefe de la armada que se está desarrollando rápidamente, y el general Von Krausz, con el uniforme del antiguo ejército austro-húngaro y el rostro adornado con amplias patillas a la moda de Francisco José. Solo faltaban Ludendorff, que declina hacer las paces con su antiguo cabo y ha rechazado la oferta que Hitler le ha hecho de una mariscalía de campo, y el príncipe de la Corona.

El general Von Blomberg pronunció el discurso de ofrenda, una curiosa mezcla de jactancia, desafío y glorificación del militarismo. «No queremos una guerra ofensiva —dijo—, pero no tememos una guerra defensiva.» Por más que todo el mundo sabe aquí —como lo saben asimismo en París o Londres— lo que hace este hombre y que ayer estaba aterrado por lo que pudiera pasar. Blomberg, quien obviamente obedecía instrucciones de Hitler, se salió de su papel, de una manera completamente impropia de un soldado, para acallar los rumores de que los generales del Reichswehr se oponían a la ocupación de Renania y sentían escasa simpatía por el nazismo. Aún puedo ver la mueca de Fristsch cuando su jefe denunció los «rumores que corren por el exterior acerca de las relaciones entre el Partido Nazi y el ejército». El general recalcó: «En el ejército somos nacionalsocialistas. El partido y el ejército están ahora más unidos». Y explicó el motivo: «La revolución nacionalsocialista, en lugar de destruir al viejo ejército como han hecho siempre otras revoluciones, lo ha vuelto a crear en su integridad. El Estado nacionalsocialista pone a nuestra disposición toda su potencia económica, su pueblo, su viril juventud». Y, después, como atisbando el futuro: «Una enorme responsabilidad recae

ahora sobre nuestros hombros. Tanto más pesada cuanto que podría llevarnos a afrontar nuevas tareas».

Mientras Blomberg hablaba, Goebbels hacía que los focos y cámaras de cine lo recorrieran todo, primero el escenario y después el palco donde se hallaba sentado el Führer. Después de la ceremonia venía el habitual desfile militar, pero yo ya había tenido bastante y tenía hambre, así que me fui a la excelente bodeguilla de Habel, en el Linden, y almorcé allí regándolo todo con un Deidesheimer.

Más tarde

Dosch-Fleurot ha contado hoy una interesante anécdota a propósito de Renania, donde ha estado presenciando la ocupación alemana. Dijo que los sacerdotes católicos salieron al encuentro de las tropas alemanas en los puentes sobre el Rin y les impartieron sus bendiciones. En la catedral de Colonia, según ha contado, el cardenal Schulte elogió a Hitler por «devolvernos nuestro ejército». Atrás quedó, rápidamente olvidada, la persecución nazi de la Iglesia. Dosch ha afirmado que el vino del Rin está corriendo allí generosamente esta noche.

¡Y los franceses apelando a Ginebra! Telefoneé a nuestra oficina de Londres para saber qué piensan hacer los británicos. Se rieron y me leyeron unos cuantos párrafos de la prensa del domingo. En su artículo en el dominical del *Observer*, Garvin se muestra encantado por la maniobra de Hitler; y lo mismo hace Rothermere en el *Sunday Dispatch.* ¡Los británicos están ahora muy ocupados en refrenar a los franceses! Aquí, el Ministerio de Asuntos Exteriores, que se mantiene en vela esta noche para observar la reacción de París y de Londres, está con la moral altísima. ¡No me extraña!

KARLSRUHE, *13 de marzo*

Aquí, a tiro de la artillería de la Línea Maginot, Hitler pronunció anoche su primer discurso «electoral». Trenes especiales estuvieron llegando durante todo el día de las poblaciones de los alrededores, trayendo fieles seguidores y otros a los que simplemente se les ha ordenado acudir. El mitin se celebró en el interior de una enorme carpa, y la atmósfera dentro era tan sofocante que me fui antes de la llegada de Hitler y regresé a mi hotel, donde cené espléndidamente, bebí una botella de vino con la mayoría de los otros corresponsales y escuché el discurso en la radio. No hubo nada nuevo en él, aunque se dedicó a pregonar a bombo y platillo su deseo de amistad con Francia. La verdad es que estos renanos no desean otra guerra con Francia, pero esta reocupación del territorio por tropas alemanas les ha inculcado la tendencia nazi. Están tan histéricos como el resto de los alemanes. A última hora fui a una tasca con el taxista que me había estado llevando durante todo el día y nos tomamos unos *Schnaps.* Resultó ser un comunista, que se quejó amargamente de los nazis y predijo su pronta caída. Fue un alivio encontrar a un alemán contrario al régimen. Me dijo que hay muchos otros, pero yo a veces lo dudo.

29 de marzo

Una espléndida mañana de primavera para las «elecciones», en las que, según las cifras de Goebbels, el 95 por ciento de los alemanes han aprobado la reocupación de Renania. Varios de los corresponsales que han visitado hoy las mesas electorales informan de irregularidades. Pero a mí no me

cabe duda de que una sustancial mayoría del pueblo aplaude esta ocupación de Renania, tanto si son nazis como si no lo son. También es cierto que pocos se atreven a votar contra Hitler, por temor a ser descubiertos. Me enteré anoche de que en Neukölln y Wedding, antiguas plazas fuertes de los comunistas en Berlín, los votos en contra habían alcanzado el 20 por ciento, y que la gente de allí esperaba que se produjeran detenciones en los próximos días.

El nuevo zepelín —que será bautizado con el nombre de *Hindenburg*— cruzó ayer graciosamente los aires por encima de nuestra oficina. Yo estuve el otro día en Friedrichshafen para verlo, y es realmente una maravilla de la ingeniería alemana. Ayer estuvo haciendo propaganda «electoral», dejando caer panfletos que exhortaban a la población a votar «Ja». El doctor Hugo Eckener, que lo está preparando para su vuelo inaugural a Brasil, se ha quejado con vehemencia de que lo elevaran al aire este fin de semana, aduciendo que aún no está del todo probado, pero el doctor Goebbels insistió. Eckener, que no tiene simpatías por el régimen, se negó a pilotarlo, aunque consintió en que lo hiciera el capitán Lehmann. Se dice que el *Doktor* está hecho una furia y decidido a cargarse a Eckener.

BERLÍN, *abril (sin fecha)*

Un agradable almuerzo hoy con los Dodd. Eckener, que viajará pronto a Estados Unidos para pedirle personalmente a Roosevelt helio suficiente para llenar su nuevo dirigible (parece que existe cierta oposición aquí a esto), fue el invitado de honor. Estuvo contando un chiste tras otro acerca de Goebbels, por quien no siente nada más que desprecio. Alguien le preguntó por las votaciones en el *Hindenburg*, que estaba en el aire cuando se

realizaron. «Goebbels ha conseguido una nueva marca —respondió—. Había cuarenta personas a bordo del *Hindenburg*... y se contabilizaron cuarenta y dos *Ja.*» Goebbels ha prohibido a la prensa mencionar el nombre de Eckener.

BERLÍN, *2 de mayo*

Los italianos entraron hoy en Addis Abeba. El Negus ha huido. Mussolini ha triunfado..., en gran parte gracias al gas mostaza. Así es como ha conseguido vencer a los etíopes. También ha triunfado sobre la Sociedad de Naciones, mediante un farol. Y así es como ha evitado también las sanciones que lo hubieran dejado sin petróleo y hubieran detenido su avance. Ayer captamos la emisión de un discurso suyo, gritando desde el balcón del Palazzo Venecia de Roma. Mucha pamema acerca de treinta siglos de historia, civilización romana y triunfo sobre la barbarie. Pero... ¿la barbarie de quién?

RAGUSA, YUGOSLAVIA, *18 de junio*

Espléndido día de vacaciones en Dalmacia. Este lugar tiene de todo: mar, sol, montañas, flores, buen vino, comida excelente, gente agradable... Los Knickerbocker, de vuelta de Addis Abeba, pasan las vacaciones con nosotros. Agnes tendrá un bebé dentro de pocos meses. Knick venía repleto de increíbles historias acerca de cómo los corresponsales se peleaban y se quitaban unos a otros sus crónicas en Addis; de cómo murió y fue enterrado allí el pobre Bill Barbour, del *Tribune* de Chicago; del bombardeo de

Dessye; de una casa de pesadilla llena de leprosos en Djibuti... Nos pasamos el día entero holgazaneando, nadando, charlando y leyendo, y al anochecer fuimos al café en el viejo puerto para beber, cenar y bailar. He acabado *La montaña mágica* de Thomas Mann, una grandísima novela, así como un libro de comedias de Chéjov, que me ha gustado mucho, tanto como sus relatos cortos.

RAGUSA, *20 de junio*

Un mal susto hoy. Mientras Knick, Agnes y yo estábamos aún desayunando en la terraza del hotel, que está a unos ochocientos metros de la ciudad siguiendo la costa, Tess se dirigió a esta para tomar unas fotos. De pronto aparecieron un par de bombarderos militares y se pusieron a realizar acrobacias sobre Ragusa; cosa curiosa porque eran demasiado voluminosos para esa clase de maniobras. Uno de ellos inició entonces un largo descenso en picado sobre el centro de la ciudad. Agnes desvió la mirada. Pareció completar la caída, o más bien partirse en el aire, cuando salía justo por encima de los tejados. Porque lo cierto es que se produjo una explosión y se vieron llamas. Yo pensé en Tess. Las llamas salían de un punto próximo a la catedral: precisamente el lugar adonde ella había dicho que iría para sacar unas fotografías. Yo no llevaba puestos más que unos pantalones cortos, una camisa y sandalias de playa. Debí de ponerme en marcha automáticamente, porque al momento siguiente estaba corriendo por la carretera en dirección a la ciudad. Algo me decía que Tess estaba allí. Cuando llegué a la plazuela de delante de la catedral, había varias casas ardiendo. La policía trasladaba ya en camillas formas envueltas en mantas. Empecé a mirar bajo las mantas, pero me contuve. En lugar de eso, me puse a mirar a la gente que se

apiñaba en las calles. Ni rastro de Tess. La histeria comenzó a apoderarse de mí. Pregunté por el alcalde, por el gobernador, por quienquiera que pudiese ayudarme. Hasta que de pronto noté un codazo: «Apártate. Tengo que fotografiar eso». Era Tess, mirando a través del visor de su Leica. Una vez que hubo dejado de fotografiar, me contó que estaba a unos setenta metros de distancia cuando se estrelló el avión.

Más tarde

Parece ser que los dos pilotos conocieron anoche en la ciudad a un par de deslumbrantes jóvenes y que, para prolongar su aventura romántica, les dijeron que hoy, a las ocho de la mañana, se asomaran a sus balcones, prometiéndoles que verían algo «emocionante». La lista de víctimas mortales ascendió a diez personas, incluidos el piloto y el observador.

RAGUSA, *22 de junio*

Tomamos un vapor que nos lleva a una población situada a unos veinticinco kilómetros de aquí siguiendo la costa para ver una capilla diseñada por Mestrovic, en la que el artista ha colocado algunas de las esculturas más impresionantes que jamás he visto. Es una obra magnífica, en la que arquitectura, relieves y figuras exentas se unen en un conjunto de gran armonía. Desde el día que vi en Madrid las pinturas de El Greco en el Prado, no había vuelto a ver ninguna obra de arte que me conmoviera tanto.

BERLÍN, *15 de julio*

He empezado a escribir una novela, ¡y que Dios me ayude! El marco: la India. Estuve allí dos veces, en 1930 y 1931, durante el movimiento de desobediencia civil impulsado por Gandhi, y no consigo arrancarla de dentro de mí.

BERLÍN, *18 de julio*

Problemas en España. Una revuelta derechista. Se combate en Madrid, en Barcelona y en otros lugares.

BERLÍN, *23 de julio*

Los Lindbergh han viajado aquí, y los nazis, dirigidos por Göring, les están dispensando una gran recepción. Hoy, en un almuerzo ofrecido por el ministro del Aire, Charles descubrió su pensamiento al advertir de que el aeroplano se había convertido en un instrumento de destrucción tan mortal que, a menos que «los que trabajan en la aviación» encaren sus graves responsabilidades y construyan una «nueva seguridad basada en información», el mundo, y especialmente Europa, estarán abocados a un daño irreparable. Era un empujoncito oportuno, porque Göring está creando, sin duda, la fuerza aérea más mortífera de Europa. La DNB se vio impulsada a decir esta tarde que las observaciones de Lindbergh «causaron una fuerte impresión», aunque yo lo dudo. «Enojo» sería una palabra más adecuada.

Esta tarde, la compañía Lufthansa nos invitó a algunos corresponsales a

un té en Tempelhof en honor de los Lindbergh, aparentemente sin informarles a ellos de que asistiríamos, al temer que pudieran poner alguna objeción por la fobia que tienen ambos a la prensa. Era la primera vez que yo volvía a ver a Lindbergh desde 1927, cuando cubrí su llegada a Le Bourget. Me sorprendió ver lo poco que había cambiado, salvo por el hecho de que ahora parecía más seguro de sí mismo. Después dimos un paseo en el mayor aeroplano alemán, el *Feldmarschall Von Hindenburg.* En algún lugar sobre el Wannsee, Lindbergh tomó los mandos del aparato, nos condujo hacia unas cuestas fuertemente empinadas teniendo en cuenta las dimensiones del avión, e hizo otras pequeñas maniobras que aterrorizaron a la mayoría de los pasajeros. Corre la voz de que los Lindbergh se han sentido favorablemente impresionados por el trato que les han dado los nazis. No han demostrado ningún entusiasmo por reunirse con los corresponsales extranjeros, que tenemos un placer perverso en ilustrar a los visitantes del Tercer Reich acerca de cómo lo vemos, y nadie nos ha presionado para que los entrevistáramos.

BERLÍN, *27 de julio*

Parece que el gobierno español lleva las de ganar. Ha sofocado la revuelta en Barcelona y Madrid, las dos ciudades españolas más importantes. Pero se trata de un asunto mucho más serio de lo que parecía hace una semana. Los nazis están en contra del gobierno español y los círculos del partido están empezando a hablar de ayudar a los rebeldes. ¡Qué tragedia para ese país! Y justamente ahora, cuando había tantas esperanzas puestas en la República. Pero aquí el interés se concentra en los Juegos Olímpicos, que se inauguran la semana que viene, con los nazis superándose a sí mismos para

crear una impresión favorable en los visitantes extranjeros. Han construido un centro deportivo, con un estadio con capacidad para cien mil espectadores, unas piscinas para competiciones que darán cabida a diez mil espectadores, y así todo. Gallico está aquí y hemos disfrutado de una agradable cena con él y con Eleanor Holm Jarrett, una extraordinaria y guapísima nadadora norteamericana que, según parece, va a ser excluida del equipo por una supuesta borrachera de champán en el barco que los trajo aquí.

BERLÍN, *16 de agosto*

Los Juegos Olímpicos concluyeron hoy finalmente. A mí me entusiasman las pistas y el campo, la natación, el remo y el baloncesto, pero, como trabajo, han sido un dolor de cabeza para todos nosotros. Hitler, Göring y los demás se dejaron ver esta tarde para la ceremonia final, que se prolongó hasta bien entrada la noche. Huss y yo tuvimos que emplear nuestro ingenio para conseguir «colar» en el estadio a la señora de William Randolph Hearst, a una amiga suya y a Adolphe Menjou y su esposa, que llegaron anoche a la ciudad, cuando ya se habían vendido todas las entradas. Perdimos a Menjou en la acción, pero reapareció a los pocos minutos. Teníamos que meterlos a todos en nuestra ya atestada cabina de prensa, pero finalmente logramos convencer a algunos guardias de las SS para que les dejaran ocupar unos asientos reservados para los diplomáticos, desde donde pudieron disfrutar de una excelente vista de Hitler. Después me parecieron bastante emocionados por la experiencia.

Mucho me temo que los nazis han tenido éxito con su propaganda. Para empezar, han organizado los juegos con una esplendidez inusitada, que ha

impresionado a los atletas. En segundo lugar, han ofrecido una fachada estupenda para los visitantes en general, en especial para los grandes hombres de negocios. Hace unos años, a Ralph Barnes y a mí nos invitaron a un encuentro con algunos hombres de negocios norteamericanos. Dijeron con franqueza que estaban muy impresionados por la «puesta en escena» del nazismo. Nos contaron que habían hablado con Göring y que este les había dicho que los corresponsales estadounidenses éramos injustos con los nazis.

—¿Les habló, por ejemplo, de la supresión de las iglesias por parte del nazismo? —pregunté.

—Lo hizo —respondió uno de ellos—, y nos aseguró que no había ni una palabra de verdad en lo que escriben sus compañeros acerca de una persecución religiosa allí.

Al oír esto, me temo que Ralph y yo estallamos sin miramientos. Pero no creo que los convenciéramos.

BERLÍN *25 de agosto*

La prensa ataca ahora abiertamente al gobierno español. Y me entero, por una fuente digna de confianza, de que ya han sido enviados a los rebeldes los primeros aviones alemanes. La misma fuente dice que los italianos están también derribando aviones republicanos. Me parece que, si los franceses tuvieran algún sentido de la situación, podrían enviar algunos efectivos disfrazados como voluntarios, así como armas, y sofocar la rebelión en Madrid. Pero Blum, aunque es socialista, parece estar optando por una línea de no intervención por temor a lo que puedan hacer Alemania e Italia.

BERLÍN, *4 de septiembre*

Me libro de cubrir el congreso del partido en Nuremberg, que comienza la semana próxima. Tras las multitudes olímpicas, pienso que no sobreviviría.

BERLÍN, *septiembre (sin fecha)*

He almorzado con Tom Wolfe. Martha Dodd sugirió que nos conociéramos, puesto que a menudo he expresado entusiasmo por su obra. Nos hemos encontrado en una tranquila mesa de un rincón del Habel. Como es un hombretón de enorme fuerza física, que rebosa energía, tiene también el apetito de un Gargantúa: pidió un segundo plato de estofado de carne con verduras y más botellas de vino del Palatinado que las que yo hubiese pensado convenientes para nosotros... o al menos para mí. Me cayó bien inmediatamente y mantuvimos una larga conversación acerca de la literatura norteamericana y la razón por la que la mayoría de los escritores estadounidenses —Lewis, Dreiser y Anderson, por ejemplo— o han dejado de escribir o lo hacen lejos de aquella primera obra suya que los consagró en su juventud, al contrario de lo que sucede con los europeos, que habitualmente producen en la madurez sus novelas y obras de teatro más importantes. Es un tema que yo había meditado a menudo y que en una ocasión discutí incluso con Lewis en Viena. Wolfe es consciente en cierta medida de que no se siente atraído por la política en una época en que la mayoría de los escritores lo están y como, convinimos ambos, debería ser. Reconoció ese defecto suyo, pero me dijo que estaba aprendiendo. «Estoy apoyando a Roosevelt para la reelección», dijo. Es curioso: las obras de

Wolfe están muy bien traducidas al alemán, y creo que *Look Homeward, Angel* ha tenido un gran éxito aquí. Nos separamos con la promesa de volver a vernos en Nueva York. Es una persona muy auténtica y, si consigue centrarse, más prometedora que cualquiera de los demás novelistas jóvenes que tenemos.

BERLÍN, *9 de septiembre*

Hitler anuncia en Nuremberg un Plan Cuatrienal para hacer autosuficiente a Alemania en materias primas. Göring estará al frente de él. Obviamente se trata de un plan de guerra, pero, por supuesto, los alemanes lo niegan. Este año, los intereses del partido se centran sobre todo en atacar al bolchevismo y a los soviéticos. Se habla de una ruptura de las relaciones diplomáticas.

LONDRES, *octubre*

Una semana agradable para ver a los viejos amigos, gastarme un dineral en dos trajes nuevos en Savile Row y, lo mejor de todo, pasar cinco días en Salcombe, en Devonshire, con el caballero Gallico, que se ha comprado una casa allí. Hemos vivido fantásticos días de pesca (la primera experiencia para Tess, que nos ha superado con creces tanto a Paul como a mí), hemos dado paseos soberbios por los acantilados batidos por el viento y hemos mantenido grandes charlas. La apuesta de Paul ha valido la pena. Ha escrito, y vendido, tres narraciones cortas y conseguido unos suculentos derechos para llevar al cine una de ellas. Algo divertido: está atemorizado

por su mayordomo, que parece recién salido de una obra de teatro y que es quien manda realmente en la casa.

Volvemos mañana a Berlín. Hemos tenido visitas muy agradables: los Newell Roger, los Strauss, Jennie Lee, que es una escocesa de pura cepa, muy hermosa e inteligente, que ciertamente debería volver al Parlamento, del que salió en las pasadas elecciones, y su marido, Aneurin Bevan, parlamentario por un distrito minero de Gales y antiguo minero también: un hombre muy agudo, bastante pícaro, y excelente persona, en suma. Esta tarde hemos tomado el té con Bill Stoneman, que acaba de reemplazar a John Gunther como corresponsal aquí del *Daily News* de Chicago, y con Maj Lis (su esposa). Bill estaba terriblemente agitado por algo, nervioso como una gallina vieja. Tanto que, en un momento de exasperación, le espeté: «¿Por qué no lo sueltas, Bill, sea lo que sea? Tal vez así te sentirás mejor». Entonces, se sacó un cablegrama del bolsillo y me lo tendió. Era un despacho de diez líneas que acababa de enviar a su periódico esa tarde. Lo leí. Decía: «La señora E. A. Simpson ha presentado una demanda de divorcio contra el señor E. A. Simpson en los juzgados de Ipswich. El caso se verá...». Seguían un par de detalles acerca de la fecha en que se celebraría la vista del caso. Y eso era todo.

Sin duda una exclusiva sensacional, que disparará los comentarios al cielo. Obviamente, el rey pretende ahora casarse con esa mujer y convertirla en reina.

BERLÍN, *18 de noviembre*

La Wilhelmstrasse anunció hoy que Alemania (junto con Italia) ha reconocido a Franco. El general Faupel, que ha realizado un excelente

trabajo para Alemania en Sudamérica y en España, será el embajador de Hitler en Salamanca. Aparentemente, la decisión de hoy fue tomada con el propósito de compensar el fracaso de Franco en la toma de Madrid cuando parecía tener la capital a su alcance. Me han informado de que, al principio, el reconocimiento iba a coincidir con la entrada de Franco en Madrid, que los alemanes esperaban que se produjera hace diez días. Dodd me dice que nuestro consulado en Hamburgo comunicó esta semana la partida hacia España de tres barcos alemanes cargados con armas. Entretanto, en Londres sigue la comedia de la «no intervención». Desde hace dos años ya, las políticas de Londres y de París han dejado de tener sentido para mí si las juzgo con arreglo a sus propios intereses vitales. No hicieron nada el 16 de marzo de 1935, ni tampoco el 7 de marzo de este año, y ahora no están haciendo nada en absoluto con respecto a España. ¿Será que mi criterio se está deformando después de dos años en esta histérica tierra nazi? ¿Es absurdo concluir que Blum y Baldwin desconocen sus propios intereses?

BERLÍN, *25 de noviembre*

Hemos sido convocados hoy por el ministro de Propaganda para un anuncio «importante». Me preguntaba qué estaría tramando Hitler, pero resultó ser simplemente la firma de un pacto anti-Comintern entre Alemania y Japón. Ribbentrop, que lo firmó por Alemania, se adelantó pavoneándose y estuvo arengándonos durante un cuarto de hora acerca del significado del pacto, si es que tiene alguno. Dijo, entre otras cosas, que significaba que Alemania y Japón se habían unido para defender la «civilización occidental». Era esta una idea tan novedosa, para Japón como mínimo, que al final de su alocución uno de los corresponsales británicos le preguntó si lo había

entendido correctamente. Ribbentrop, que no tiene el más mínimo sentido del humor, le repitió su necia afirmación sin pestañear. Lo que parece obvio es que Japón y Alemania han suscrito a la vez un tratado militar secreto que las compromete a una acción conjunta contra Rusia, en el caso de que cualquiera de ellas entre en guerra con los soviéticos.

BERLÍN, *25 de diciembre*

Una agradable cena de Navidad, y muy americana además, hasta en los dulces típicos, con Ralph y Esther Barnes y sus hijos. Ralph y yo, con todo, tuvimos que levantarnos a mitad de ella para responder a preguntas de Nueva York con respecto a una información sensacionalista de AP acerca del desembarco en Marruecos de un gran contingente de tropas para ayudar a Franco. No había nadie en la Wilhelmstrasse, puesto que todos los mandos estaban fuera de la ciudad por la fiesta, así que no pudimos conseguir una confirmación ni un desmentido de la noticia. A mí, sin embargo, me suena a falsa.

BERLÍN, *8 de abril de 1937*

Abril ya, y esta primavera Hitler todavía no nos ha dado ninguna sorpresa. Este pudiera ser un año de consolidación del nazismo, de fortalecimiento de las fuerzas armadas; de asegurar la victoria de Franco en España, consolidar las relaciones con Italia (es decir, apoyar al Duce en España y en el Mediterráneo, a cambio de que él deje las manos libres a Alemania en

Austria y en los Balcanes) y dar un pequeño descanso a los nervios del pueblo alemán.

BERLÍN, *14 de abril*

He comprado un velero por cuatrocientos marcos a un boxeador acabado que necesitaba dinero en metálico. Tiene un camarote con dos literas, y Tess y yo podemos pasar el fin de semana a bordo... si alguna vez tengo un fin de semana libre. No tengo ni idea de navegar, pero con la ayuda de unos esquemas que uno de los alemanes de la oficina garabateó para mí en el dorso de un sobre para explicarme qué hay que hacer cuando uno tiene viento de popa, de cara o de lado, y con una buena dosis de suerte, nos las hemos arreglado para navegar diez millas por el Wannsee, hasta el lugar donde los Barnes han alquilado una casa para el verano. Me ha costado bastante amarrar allí, porque el viento soplaba hacia la orilla y no sabía cómo maniobrar. El dueño del pequeño cobertizo instalado allí ha puesto el grito en el cielo diciendo que le había estropeado el embarcadero, pero una moneda de cinco marcos lo ha tranquilizado.

BERLÍN, *20 de abril*

Cumpleaños de Hitler. Se comporta cada vez más como un César. Hoy es festivo, y Hitler ha recibido la morbosa adulación por parte de los gacetilleros del partido, de delegaciones que llegan desde todo el Reich con obsequios y de un gran desfile militar. El Reichswehr ha revelado parte de lo que tiene: artillería pesada, tanques y hombres perfectamente entrenados.

Hitler presenció el desfile desde una tribuna colocada frente a la Technische Hochschule, feliz como un chiquillo con sus soldados de plomo, de pie durante más de dos horas y saludando a cada tanque y cañón que pasaba. He oído que los agregados militares de Francia, Gran Bretaña y Rusia estaban impresionados. También el nuestro.

BERLÍN, *3 de mayo*

Gordon Young, de Reuter's, y yo hemos ido esta medianoche al vestíbulo del Adlon para entrevistar a lord Lothian. Llegó ayer de improviso para hablar con los líderes nazis. Young le preguntó por qué había venido. «Ah, Göring me lo pidió», fue su respuesta. Es, probablemente, el más inteligente de los *tories* engañados por Hitler, Göring y Ribbentrop. Queríamos preguntarle desde cuándo estaba a las órdenes de Göring, pero nos mordimos la lengua.

BERLÍN, *7 de mayo*

Hillman me despertó hoy a eso de las cuatro de la madrugada con una llamada de Londres para informarme de que el zepelín *Hindenburg* se había estrellado en Lakehurst (Nueva Jersey) con la pérdida de varias vidas humanas. Telefoneé de inmediato a uno de los hombres que lo diseñaron en Friedrichshafen. Él se negó a dar crédito a mis palabras. Luego llamé a Londres y les dicté una pequeña crónica para las ediciones posteriores. Apenas había vuelto a acostarme cuando me telefoneó Claire Trask, de Columbia Broadcasting System, para pedirme una entrevista para la radio

acerca de la reacción alemana ante el desastre. Yo estaba de mal humor, me temo, por que me hubiera despertado tan temprano. Le dije que no podía hacerlo y le sugerí los nombres de otros dos o tres corresponsales. Volvió a llamar a eso de las diez e insistió en pedírmelo. Accedí finalmente, aunque jamás he hablado en la radio en mi vida.

Me he pasado toda la mañana pensando en cómo yo, primero, y Tess más tarde fuimos invitados a hacer este viaje en el *Hindenburg* y estuvimos a punto de aceptar. Por alguna razón hubo varias plazas que no pudieron vender y, así, unos diez días antes de la fecha de partida, el agente de prensa del *Reederei Zeppelin* me telefoneó y me ofreció un pasaje gratuito para Nueva York. A mí me era imposible ir, porque ahora estoy solo al frente de la oficina. Al día siguiente volvió a llamarme y me preguntó si a Tess le gustaría ir. Por razones que son algo confusas —o quizá no tanto, aunque no me parece justo decir que tuviera el presentimiento de que pudiera ocurrir algo malo—, no le hablé a Tess de este ofrecimiento, y al día siguiente lo decliné cortésmente en su nombre.

Esta tarde escribí mi intervención radiofónica entre crónica y crónica para Nueva York, y Claire Trask la llevó página a página al Ministerio del Aire para someterla a censura. Me sorprendió un poco saber que existía una censura nazi para la radio, mientras que los corresponsales de prensa no la tenemos; pero la señorita Trask me explicó que era solo para esta ocasión. Llegué al estudio quince minutos antes de la hora fijada para el comienzo de la emisión, hecho un manojo de nervios. A los cinco minutos llegó la señorita Trask con el guión. Los censores habían suprimido mis alusiones a la sospecha, por parte de los nazis, de que se hubiera tratado de un sabotaje, por más que yo lo había transmitido por cable en una crónica que envié poco antes. Estaba tan nervioso cuando empecé a hablar que mi voz subía y bajaba de tono, y notaba resecos la garganta y los labios. Pero, tras la

primera página, comencé a perder poco a poco el miedo. Temo que jamás seré un buen comunicador radiofónico, pero me alivió no haber sentido ese pánico al micrófono que, según entiendo, hace que las personas enmudezcan cuando se ven delante de ese artilugio.

BERLÍN, *10 de mayo*

Rara vez he constatado en la Wilhelmstrasse una indignación tan grande como la de hoy. Todos los funcionarios que he visto estaban echando chispas. Ayer, los republicanos españoles bombardearon en Ibiza el acorazado de bolsillo *Deutschland*, con el buen balance, según los alemanes, de haber dado muerte a veinte oficiales y herido a otros ochenta. Un informador me cuenta que Hitler se ha pasado el día profiriendo gritos de furia y que quiere declarar la guerra a España. Pero el ejército y la armada intentan refrenarlo.

BERLÍN, *31 de mayo*

Hoy soy yo quien tengo ganas de gritar de rabia. En este día, los alemanes han tenido una reacción típica: han bombardeado con sus buques de guerra la ciudad española de Almería, en represalia por el ataque al *Deutschland*. De esta forma Hitler ha obtenido su mezquina venganza y han muerto algunas mujeres y niños españoles más. La Wilhelmstrasse ha anunciado también la retirada de Alemania (y de Italia) de la patrulla marítima destacada en España y de las conversaciones de no intervención. El doctor Aschmann nos convocó para hoy a las diez de la mañana en el Ministerio

de Asuntos Exteriores, con objeto de comunicarnos las noticias. Se mostró muy compungido por todo ello. Y demasiado ofendido para responder a preguntas, pero Enderis y Lochner le plantearon algunas. Quizá la acción de hoy acabará con la farsa de la «no intervención», una argucia por la que Gran Bretaña y Francia, por alguna extraña razón, están permitiendo que Hitler y Mussolini triunfen en España.

BERLÍN, *4 de junio*

Helmut Hirsch, un joven judío de veinte años que técnicamente era ciudadano estadounidense, aunque jamás había estado en América, fue ejecutado esta madrugada. El embajador Dodd estuvo luchando durante un mes para salvarle la vida, pero no sirvió de nada. Fue un caso triste, una de esas tragedias típicas de estos tiempos. Fue condenado por el temido Tribunal del Pueblo, una especie de tribunal de la Inquisición creado por los nazis hace un par de años, por planear el asesinato de Julius Streicher, el perseguidor de los judíos de Nuremberg. Tan solo cabe imaginar la clase de juicio que tuvo: no asistió a él ningún representante de Estados Unidos ni del extranjero. Yo he asistido anteriormente a varios juicios ante este tribunal, aunque la mayoría de ellos se celebran a puerta cerrada, y un acusado apenas tiene alguna oportunidad: cuatro de los cinco jueces son jóvenes del Partido Nacionalsocialista (el quinto es un juez ordinario), que actúan como se espera que actúen.

En realidad, los nazis tenían algo en contra del pobre Hirsch. Siendo estudiante en la Universidad de Praga, había sido reclutado para aquel trabajo bien por Otto Strasser, bien por alguno de los seguidores o supuestos seguidores de Strasser en Praga. Entre los «seguidores» de

Strasser se contaba con seguridad un agente de la Gestapo, por lo que Hirsch estuvo condenado desde el principio. Según he podido saber atando cabos sueltos, a Hirsch le dieron un revólver y una maleta llena de bombas y lo enviaron a Alemania para acabar con alguien. Los nazis dicen que era con Streicher, pero Hirsch no parece haber admitido eso nunca. El agente de la Gestapo en Praga dio el chivatazo a los hombres de Himmler aquí, y Hirsch, junto con su maleta incriminatoria, fue detenido nada más pisar Alemania. Pudiera muy bien ser, como sugiere el abogado de Hirsch en Praga, que el muchacho estuviera meramente introduciendo las armas en Alemania para que algún otro, presente ya aquí, se encargara de la tarea, y hasta pudiera ser también que ni siquiera supiese cuál era el contenido de su equipaje. Nunca lo sabremos. Tal vez fuera todo una trampa tendida por la Gestapo. Lo cierto es que fue arrestado, juzgado y ejecutado esta mañana. Hoy mismo he mantenido una larga charla con Dodd acerca del caso. Me dijo que había apelado al propio Hitler para que conmutara la sentencia y me leyó el texto de la conmovedora carta que le había enviado. Pero la respuesta del Führer fue una negativa tajante. Cuando Dodd intentó entrevistarse con Hitler para abogar personalmente por el caso, su petición fue rechazada.

Esta tarde he recibido del abogado de Hirsch desde Praga una copia de la última carta que envió el joven. La escribió en su celda de muerte y la dirigió a su hermana, con la que, obviamente, se sentía muy unido. Jamás en mi vida he leído palabras más valerosas. Acababan de decirle que su apelación final había sido rechazada y que ya no existía ninguna esperanza. «Voy a morir, pues —le dice—. No tengas miedo, te lo ruego. Yo no lo tengo. Me siento relajado después de la agonía de no saber cuál sería mi suerte.» Le hace un resumen de su vida, y encuentra sentido en ella a pesar de todos sus errores y de su breve duración... «menos de veintiún años».

Confieso que se me han saltado las lágrimas antes de acabar de leerla. Fue un hombre más valiente y más íntegro que sus asesinos.

BERLÍN, *15 de junio*

Ayer arrestaron a otros cinco pastores protestantes más, incluido entre ellos Jacobi, de la gran Gedächtniskirche. Difícilmente voy a poder mantenerme al corriente de esta guerra con la Iglesia, puesto que han detenido a mi informante, un joven pastor. No deseo poner en peligro la vida de nadie más.

BERLÍN, *21 de junio*

Ha caído Blum en París, y eso es el final del Frente Popular. Es curioso cómo un hombre tan inteligente como Blum puede haber cometido los errores en que ha incurrido con su política de no intervención en España, cuyo Frente Popular ha contribuido también a arruinar.

BERLÍN, *5 de julio*

El ministro austríaco me comenta que el nuevo embajador británico aquí, sir Nevile Henderson, le ha dicho a Göring, con quien mantiene relaciones de gran familiaridad, que por lo que a él, Henderson, respecta, Hitler puede hacerse con Austria. La verdad es que Henderson me sorprende por su actitud tan pronazi.

LONDRES, *julio (sin fecha)*

Ceno con Knick en Simpson’s y después vamos a su casa, donde nos reunimos con Jay Allen y Carroll Binder, editor para el extranjero del *Daily News* de Chicago. Estamos de charla hasta las dos de la madrugada. Jay había dicho que se suponía que Binder me llevaría aparte y me ofrecería un trabajo en el *News* (el coronel Knox me había preguntado en Berlín si yo lo querría), pero no hizo nada de eso. Jay me dio también una tarjeta para Ed Murrow, quien, según me dijo, estaba relacionado con la CBS, pero no tendré tiempo de verlo porque Knick y yo salimos mañana por la mañana hacia Salcombe, donde Tess y Agnes están ya instaladas en la casa de Gallico. Desde allí, Tess y yo cruzaremos el Canal en dirección a Francia, sin volver a Londres.

PARÍS, *julio (sin fecha)*

Los Van Gogh de la Exposición de París compensan con creces el precio de la entrada. Hemos tenido poco tiempo para ver algo más. Hablé con Berkson, jefe de Universal Service en Nueva York. Me aseguró que no son ciertos los rumores de que Universal cierra, cuando en realidad está ganando dinero por primera vez en su historia. Tranquilizado, pues, en lo que se refiere a mi trabajo, salimos mañana para la Riviera para tomar un poco el sol y nadar. Tess se quedará allí hasta el otoño, porque... ¡esperamos un hijo!

BERLÍN, *14 de agosto*

Universal Service ha cerrado, a pesar de todo. Hearst está recortando sus pérdidas. Yo he de quedarme aquí con INS, pero como segundo de a bordo, lo cual no me hace ninguna gracia.

BERLÍN, *16 de agosto*

Norman Ebbutt, del *Times* de Londres, que es con mucho el mejor corresponsal extranjero de aquí, nos dejó esta noche. Fue expulsado a raíz de la medida británica de echar a dos o tres corresponsales nazis en Londres, que los nazis aprovecharon para librarse de un hombre al que han odiado y temido durante años por su conocimiento exhaustivo de este país y de lo que ocurre entre bastidores. El *Times*, que siempre le ha seguido la corriente a la camarilla pronazi de Cliveden, jamás le prestó mucho apoyo y publicaba solo la mitad de lo que escribía, dejará al segundo de Ebbutt, Jimmy Holburn, para continuar con su oficina de aquí. Le dimos a Norman una gran despedida en la estación de Charlottenburg, con cerca de cincuenta corresponsales extranjeros de todas las naciones presentes en el andén, ¡a pesar de la advertencia que hicieron circular los círculos nazis de que nuestra presencia allí sería considerada una acción inamistosa hacia Alemania! Resulta divertido observar quiénes fueron los corresponsales que temieron comparecer, entre los que se incluyen dos norteamericanos bien conocidos. El andén se hallaba repleto de agentes de la Gestapo que anotaban nuestros nombres y nos fotografiaban. Ebbutt estaba terriblemente tenso, pero conmovido por nuestra sincera, aunque ruidosa, despedida.

BERLÍN, *agosto (sin fecha)*

Me siento un poco deprimido esta noche. Estoy sin trabajo. Hoy, a eso de las diez de la noche, me he quedado sin empleo. Estaba en mi despacho escribiendo una crónica. El chico de la oficina entró con un cablegrama. Noté algo raro en su cara. Era un cablegrama corto, recién salido del teletipo. Venía de Nueva York. Y decía... pues, bueno..., algo acerca de que INS no estaba en condiciones de retener a todos los antiguos corresponsales de Universal Service, por lo cual se me daban las habituales dos semanas de preaviso de despido.

Supongo que me quedé un poco aturdido. Creo que me pilló por sorpresa. ¿Quién fue el que la otra noche —uno de los corresponsales ingleses— comentó bromeando que era un error esperar un bebé en tu familia, porque eso coincidía invariablemente con que te despidieran? Bueno, tal vez no deberíamos tener un hijo ahora. Tal vez nadie debería tener un hijo nunca si está en este negocio. Tal vez estuviera en lo cierto la chica francesa que trabajaba en casa hace años cuando vivíamos en París. Decía: «¿Traer un niño a este mundo? ¡Conmigo no cuenten!».

Acabé mi crónica (¿sobre qué era?) y salí a tomar el aire, paseando por la orilla del río Spree hacia la parte de atrás del Reichstag. Era una hermosa noche de agosto, cálida, estrellada, y el Spree trazaba allí su suave curva justo antes de llegar al Reichstag. Noté entonces el ruidoso paso de una lancha, llena de escandalosos juerguistas que regresaban de una *Rundfahrt* en Havel. Tal como era de esperar, no se me ocurrió ninguna idea. Así que regresé a la oficina.

Sobre la mesa encontré un cablegrama que había llegado diez minutos

antes que el otro fatal. Provenía de Salzburgo, una ciudad barroca de notable encanto, a la que solía ir de vez en cuando a escuchar música de Mozart. Lo firmaba «Murrow, Columbia Broadcasting». Me sonaba vagamente aquel nombre, pero no podía situarlo dentro de su empresa. «¿Querrá cenar conmigo en el Adlon el viernes por la noche?», decía. Yo telegrafié: «Encantado».

BERLÍN, *20 de agosto*

Tengo trabajo. Voy a trabajar para la Columbia Broadcasting System. Es decir, a condición de que... ¡Y menuda condición! Es una locura. Tengo trabajo si mi voz suena bien. Ahí está la trampa. Porque, ¿quién ha oído hablar jamás de un adulto sin pretensiones de ser un cantante o cualquier otra clase de artista, cuyo futuro laboral en un trabajo bien pagado e interesante dependa de su voz? Y la mía es terrible. No me cabe duda. Pero en esta situación me encuentro esta noche.

Ha sido una curiosa velada. Me encontré a las siete de la tarde con Edgard R. Murrow, director para Europa de la CBS, en el vestíbulo del Adlon. Mientras caminaba hacia él, me quedé un tanto admirado de su apostura. «Lo que cabría esperar de un hombre de la radio», pensé. Y me dije también que, si me había invitado a cenar sería con el propósito de sonsacarme información para alguna emisión de radio que estuviera preparando desde Berlín.

Pasamos al bar, y ya allí noté algo en su conversación que empezó a desarmarme. Algo en sus ojos que no era... hollywoodiense. Nos sentamos. Pedimos dos martinis. Trajeron los cócteles. Me estaba preguntando ya por qué me había invitado. Teníamos amigos en común, Ferdy Kuhn, Raymond

Gram Swing... Hablamos de ellos. Por lo visto no estaba allí para realizar ninguna emisión.

—Tendría que venir usted a navegar conmigo mañana o el domingo —le dije.

—¡Estupendo! Me encantaría.

El camarero recogió los vasos de cóctel vacíos y dejó delante de nosotros dos menús.

—Esperemos un minuto antes de pedir —soltó Murrow—. Se me ha ocurrido algo que deseo decirle.

Así fue la cosa. Dijo que se le había ocurrido algo. Que estaba buscando un corresponsal extranjero experimentado para abrir en el continente una oficina de la CBS. Que él no podía cubrir toda Europa desde Londres. Yo empecé a sentirme mejor, aunque no dije nada.

—¿Le interesa a usted? —me preguntó.

—Bueno..., sí —respondí tratando de calmar mi excitación.

—¿Cuánto ganaba ahora?

Se lo dije.

—Bien... Le pagaremos lo mismo.

—Perfecto —asentí.

—Trato hecho, entonces —dijo, y alargó el brazo para tomar la *Speisekarte.* Pedimos la cena. Estuvimos charlando de América, de Europa, del festival de música en Salzburgo al que acababa de asistir. Tomamos café. Bebimos una copa de coñac. Se estaba haciendo tarde...

—Ah, hay una cosilla que olvidé mencionar —dijo—. La voz...

—¿La qué?

—Su voz.

—Mala —dije—, como puede ver.

—Quizá no tanto. Pero, compréndalo, en la radio es un factor que hay

que tener en cuenta. Y nuestros directores y numerosos vicepresidentes querrán oír primero su voz. Organizaremos una emisión. Hablará usted, por ejemplo, acerca de la próxima asamblea del partido. Estoy seguro de que eso servirá.

BERLÍN, *5 de septiembre*

Este *Sabbath* pronuncié mi emisión de prueba. Justo antes de empezar estaba sumamente nervioso, pensando en lo que había en juego y en que todo dependía de lo que hicieran con mi voz un pequeño y tonto micrófono, un amplificador y el éter entre Berlín y Nueva York. No podía dejar de pensar tampoco en todos aquellos vicepresidentes de la CBS arrugando despectivamente la nariz al oírme. Al principio todo anduvo muy mal. Quince minutos antes del comienzo, Claire Trask descubrió que se había dejado el guión de su introducción en el café donde habíamos quedado. Salió del estudio corriendo como una loca, y regresó apenas unos minutos antes del inicio de la emisión. En el último minuto, el micrófono, que aparentemente había sido ajustado para un hombre de, por lo menos, dos metros y medio de estatura, no quería bajar. «Se ha atascado, *mein Herr*», me explicó el técnico alemán. Y me aconsejó que dirigiera la cabeza hacia el techo. Intenté hacerlo, pero eso forzaba mis cuerdas vocales hasta convertir mi voz en un débil chirrido cuando intentaba hablar.

—¡Un minuto para empezar! —gritó el técnico.

—No puedo hacerlo con este micrófono —protesté.

Descubrí entonces unas cajas de embalaje que había en el rincón, justamente detrás del micrófono. Se me ocurrió una idea.

—Aúpeme encima de esas cajas, ¿quiere?

—*Wie, bitte?* ¿Cómo dice usted?

—Que me suba allí.

Y al segundo siguiente estaba encima de las cajas, con las piernas colgando y la boca pegada al micrófono y al nivel de este. Nos reímos todos.

—¡Silencio! —gritó el técnico, indicándonos la luz roja. Ya no tuve tiempo de volver a ponerme nervioso.

Y ahora debo esperar el veredicto. Mientras tanto, salgo para Nuremberg esta noche para cubrir el congreso del partido para la UP. Webb Miller y Fred Oechsner insistieron en que los ayudara. Es mejor así, para tener alguna distracción en los próximos días mientras aguardo noticias. Le escribo a Tess que probablemente no nos moriremos de hambre.

NUREMBERG, *11 de septiembre*

Una semana ya y ni una palabra de Murrow. Mi voz, por lo visto, resultó un desastre. Birchall, del *New York Times*, habla de ofrecerme un trabajo, pero no pagarán gran cosa. Vuelvo a Berlín pasado mañana.

NUREMBERG, *13 de septiembre*

Murrow telefoneó y me dijo que estoy contratado. Comienzo el 1 de octubre. Telegrafío a Tess. Me temo que anoche lo celebré algo más de la cuenta con el potentísimo vino local de Franconia. Prentiss Gilbert, nuestro consejero de embajada, ha estado aquí también: es el primer diplomático estadounidense que asiste a un congreso del Partido Nazi. El embajador

Dodd, que está ahora en Estados Unidos, desaprueba vivamente esta presencia, aunque Prentiss, un tipo excelente, dice que se ha visto forzado a asistir por la insistencia de Henderson, el embajador británico pronazi, y por Poncet, que solía ser también un «pro», pero que puede que ya haya dejado de serlo. El congreso ha sido bastante más aburrido, y muchos se preguntan si Hitler estará aminorando la marcha. Espero que sí. Ha estado aquí Constance Peckham, una joven y bella dama de la revista *Time*. Ella piensa que nosotros, los «veteranos», estamos demasiado acostumbrados a este espectáculo del partido, que a ella parece haberle causado una impresión tremenda. Esta noche lo he pasado bien charlando y bebiendo con ella, Jimmy Holburn y George Kidd. Supongo que es muy adecuado que yo empezara y concluya ahora mi estancia periodística en Alemania en esta casa de locos que es la asamblea del partido. ¡Tres años! Han pasado rápidamente. Alemania ha escalado posiciones. ¿Cómo será la radio?

BERLÍN, *27 de septiembre*

Tess ha vuelto, me encuentro bien, y estamos haciendo las maletas. Vamos a instalar nuestro cuartel general en Viena, un lugar neutral y céntrico para que yo trabaje desde allí. La mayoría de nuestros viejos amigos se han marchado —los Gunther, los Whit Burnett—, pero es lo que ocurre siempre en este oficio. Voy a Londres la semana que viene, y después a París, Ginebra y Roma, para conocer a la gente de la radio, renovar contactos con las oficinas del periódico y, en Roma, averiguar si el Papa se está muriendo en realidad, como se dice. Nos alegra estar a punto de dejar Berlín.

Resumiendo estos tres años: en lo personal, no han sido desdichados, aunque en todo momento ha pesado sobre nuestras vidas la sombra del

fanatismo nazi, con su sadismo, persecución, disciplina, terror, brutalidad, represión, militarismo y preparación para la guerra, como una niebla oscura, amenazadora, que jamás despejaba. A menudo hemos intentado aislarnos de todo eso. Y hemos encontrado tres refugios: nosotros y nuestros libros; la «colonia extranjera», pequeña, limitada y algo estrecha de miras, pero normal, en la que se incluyen nuestros amigos: los Barness, los Robson, los Ebbutt, los Dodd, los Deuel, los Oechsner, Gordon Young, Doug Millar, Sigrid Schultz, Leverich, Jake Beam y otros; y, en tercer lugar, los lagos y los bosques que hay alrededor de Berlín, en los que podíamos retozar, jugar, navegar y nadar, olvidándonos de muchísimas cosas. El teatro ha seguido siendo otro buen refugio cuando se atenía a las obras clásicas o a las comedias de la etapa pre-nazi, y la ópera y los conciertos de la orquesta sinfónica filarmónica, a pesar de la purga de los judíos y del año de férrea disciplina bajo Furtwängler (que ahora ha hecho las paces con Satanás), nos han dado la mejor música que jamás hemos podido oír fuera de Nueva York y Viena. Personalmente, viví también la excitación de trabajar aquí en la época de las «sorpresas sabatinas», ahondando en la historia profunda de este gran país en constante y maligna fermentación.

Algunas veces pienso que, a pesar de nuestro trabajo como reporteros, aún entendemos poco el Tercer Reich: lo que es, a lo que aspira, adónde va, ya sea aquí o en cualquier otra parte en el extranjero. Es un cuadro complejo. Y puede ser que nosotros solo hayamos dado unas cuantas fuertes y gruesas pinceladas al boceto, sin ninguna coordinación, dejando el lienzo tan confuso y falto de sentido como un Picasso de la primera época. Es muy cierto: los británicos y los franceses no entienden la Alemania de Hitler. Tal vez, como dicen los nazis, las democracias occidentales se hayan vuelto enfermas, decadentes, y hayan alcanzado ese estado de deterioro que predecía Spengler. Pero Spengler incluía a Alemania en la decadencia de

Occidente, y ocurre que la reversión nazi a los antiguos y primitivos mitos germánicos es una señal de su retroceso, como lo son sus quemas de libros y la supresión de la libertad y el derecho a aprender.

Pero Alemania es más fuerte de lo que piensan sus enemigos. Es cierto que se trata de un país pobre en materias primas y agricultura; pero está remediando esta pobreza con espíritu de superación, una implacable planificación estatal, dirección concentrada del esfuerzo y la formación de una poderosa maquinaria militar con la que respaldar su espíritu agresivo. Es verdad, también, que este pasado invierno hemos visto largas colas de gente huraña ante las tiendas de alimentación, que hay escasez de carne, mantequilla, frutas y grasas, que la crema de leche está *verboten*, que los trajes de caballero y los vestidos de las mujeres se hacen cada vez más de fibras sacadas de pulpa de madera, que se saca gasolina del carbón y caucho sintético de carbón y cal, que no hay un respaldo de oro para el marco alemán, o para cualquier otra cosa, ni siquiera para las importaciones más vitales. Todas estas son, en su mayoría, grandes debilidades, tal como hemos advertido repetidamente en nuestras crónicas.

Más difícil todavía ha sido señalar las claves de su fortaleza; hablar de los febriles esfuerzos por hacer a Alemania autosuficiente bajo el Plan Cuatrienal, que no es ninguna broma, sino un plan de guerra mortalmente serio; explicar que la mayoría de los alemanes, a pesar de su firme disgusto por el nazismo, apoyan a Hitler y tienen fe en él. No es fácil exponer con palabras la dinámica de este movimiento, los veneros ocultos que mueven a los alemanes, la inflexibilidad de las ideas a largo plazo de Hitler y ni siquiera la complicada y revolucionaria manera en que se está movilizando este país para la guerra total (aunque fue Ludendorff el primero en abogar por escrito a favor de la guerra total).

Gran parte de lo que está pasando y pasará podría ser entendido desde

fuera a través de la lectura de *Mi lucha*, la Biblia y el Corán, a la vez, del Tercer Reich. Pero, por extraño que parezca, no existe ninguna traducción decente de esta obra al inglés ni al francés, y Hitler no permitirá nunca que se haga; lo cual es comprensible, ya que escandalizaría a muchos en Occidente. ¡A cuántos visitantes adinerados e ingenuos les he dicho que el objetivo del régimen nazi es la dominación...! Se han reído de mí, pero Hitler lo admite con franqueza. Lo dice en *Mi lucha*: «Un Estado que en una época de contaminación racial se consagre a cultivar sus mejores elementos raciales se enseñoreará de la Tierra algún día ... Todos sentimos que, en un futuro aún lejano, la raza humana va a tener que enfrentarse a problemas que solo pueden ser superados por una raza superior y dominadora, que disponga de los medios y los recursos de todo el globo terráqueo».

Cuando vienen a visitarlo apagafuegos de Londres, París y Nueva York, Hitler tan solo habla de paz. ¿Acaso no estuvo en las trincheras de la pasada guerra? Sabe muy bien lo que es la guerra. Él jamás condenará a la humanidad a algo así. ¿Paz? Lean *Mi lucha*, hermanos. Lean esto: «Por supuesto que la idea humanitaria del pacifismo tal vez sea buena cuando el hombre de condición más elevada haya conquistado y sometido previamente al mundo hasta un grado que lo convierta en el único dueño de la Tierra ... Por consiguiente, luchad primero, y después ya verá uno qué se puede hacer ... Porque los países oprimidos no serán llevados al redil de un Reich común mediante inflamados llamamientos [a la unidad], sino por medio de una poderosa espada ... Uno debe tener el convencimiento de que la recuperación de las regiones perdidas no se conseguirá a través de solemnes preces al divino Señor ni con piadosas esperanzas en una Sociedad de Naciones, sino tan solo por la fuerza de las armas ... Debemos

adoptar una política activa y lanzarnos a una última y decisiva lucha con Francia ...».

Francia tiene que ser aniquilada, dice Hitler; y después ha de empezar la gran marcha hacia el Este.

¿Paz, hermanos? ¿Saben lo que decía hace dos años el *Deutsche Wehr*, que expresa el sentir de los militares en este país?: «Toda actividad humana y social está justificada solo si ayuda a preparar la guerra. El nuevo ser humano está completamente poseído por la idea de la guerra. No debe y no puede pensar en ninguna otra cosa».

Y ¿cómo será? Citemos de nuevo el *Deutsche Wehr:* «¡Guerra total significa la completa y final desaparición del vencido del escenario de la historia!».

Este es, según Hitler, el camino que debe seguir Alemania. El esfuerzo sobre la vida de la gente y sobre la estructura económica del país es ya tremendo. Ambas pueden quebrar. Pero la juventud, liderada por las SS, es fanática. Así lo es también la clase media de *alte Kämpfer*, los «viejos combatientes» que en los primeros tiempos peleaban en las calles por Hitler y que ahora se ven recompensados con buenos empleos, autoridad, poder y dinero. Los banqueros e industriales, aunque no tan entusiastas como cuando llegué a Alemania, siguen adelante. Se ven obligados a ello. Han de elegir entre eso o el campo de concentración. Otro tanto les pasa a los trabajadores. Después de todo, son seis millones los que han encontrado nuevos empleos y comienzan a ver que Alemania está escalando posiciones, y ellos con el país.

Dejo Alemania en este otoño de 1937 con las palabras de una marcha nazi que atruena aún en mis oídos:

Hoy somos dueños de Alemania,

Mañana lo seremos del mundo entero.

LONDRES, *7 de octubre*

Murrow será un excelente compañero de trabajo. Pero me he llevado una decepción con la tarea en sí: no se espera que Murrow y yo hablemos personalmente en la radio: Nueva York quiere que contratemos para eso a corresponsales de prensa. Nosotros nos ocuparemos simplemente de concertar las emisiones. Puesto que sé tanto acerca de Europa como la mayoría de los corresponsales, y un poco más que los más jóvenes, que desconocen los idiomas y el marco, no acabo de entender el porqué de esa decisión.

PARÍS, *12 de octubre*

He cenado con Blanche Knopf. Me insta a seguir con la revisión de la novela ambientada en la India.

GINEBRA, *15 de octubre*

Sopla la *bise*, y hay algo triste y muerto en esta ciudad.

ROMA, *18 de octubre*

Vi al Papa hoy y me pareció de lo más animoso para un hombre que, según se dice, tiene ya un pie en la tumba. Frank Gervasi me introdujo en una audiencia en Castel Gandolfo, la residencia de verano. El Papa recibía a una delegación de alcaldes austríacos, lo que me resultó muy oportuno porque habló en alemán y pude entenderlo. Desbordaba entusiasmo y energía. Hice gestiones muy prolijas para la cobertura radiofónica en el caso de que se produzca la muerte del Papa (será la primera vez que la radio tenga la posibilidad de cubrir un acontecimiento así), pero no contraté a *monsignor* Pucci, un hombre astuto y pintoresco que trabaja para todos los corresponsales extranjeros y para la mayoría de las embajadas de la ciudad.

MUNICH, *octubre (sin fecha)*

Llego aquí apresuradamente para conocer al duque de Windsor, con instrucciones de pegarme a él, acompañarlo a Estados Unidos y concertar una emisión con él desde allí. Ha estado visitando Alemania para estudiar las «condiciones laborales», guiado de un lugar a otro por uno de los auténticos rufianes del nazismo, el doctor Ley. Hoy he podido ver por primera vez a la señora Simpson, que me ha parecido muy hermosa y atractiva. Randolph Churchill, que parece el padre del duque pero no piensa como él —de momento, al menos—, me ha servido de gran ayuda. Es curioso que el duque haga esto: venir a Alemania, donde los sindicatos han sido aplastados, justo antes de viajar a América. Lo han aconsejado muy mal.

BRUSELAS, *11 de noviembre*

Día del Armisticio, una jornada gris, fría y con ventisca, aunque no más gris que las perspectivas de la Conferencia de los Nueve en Bruselas, reunida aquí en sesión para intentar solucionar la guerra de Japón contra China. Esta es la primera emisión real que se me encarga, y no es demasiado emocionante. Pongo o pondré en antena a Norman Davis, Wellington Koo, con quien simpaticé muchísimo, y a otros delegados. Litvinov se niega a emitir y parece preocupado por las noticias que llegan desde Moscú de que su secretario privado ha sido arrestado por la OGPU. Eden declina también participar. Es absurda esta política de la CBS de que yo no debo informar, sino contratar a otros para que lo hagan. Edgar Mowrer, Bob Pell, Chip Bohlan, John Elliott y Vernon Bartlett están aquí para conversar acerca de la penosa situación del mundo. Pasamos una agradable velada con Anne y Mark Somerhausen: ella tan bella y brillante como siempre, él más tranquilo y muy ocupado ahora en el Parlamento, donde tiene un escaño como diputado socialdemócrata. La Conferencia de los Nueve es hasta ahora una espantosa farsa.

VIENA, *25 de diciembre*

Celebramos la Navidad esta tarde con los Wiley; John es ahora nuestro encargado de negocios aquí. Están Walter Duranty, como siempre, los Fodor, etcétera. Chip Bohlan, al salir de la embajada de Moscú, me acompañó al estudio de la Austrian Broadcasting Company para ayudarme a controlar a los jóvenes de la colonia norteamericana durante una emisión navideña. Un trabajo infantil y que no me gusta, puesto que estoy ahora demasiado interesado en la situación política.

Estamos muy bien instalados en un apartamento en la Ploesslgasse, puerta con puerta del palacio de los Rothschild. Los propietarios, que son judíos, se han trasladado por su cuenta a Checoslovaquia buscando mayor seguridad, aunque Schuschnigg parece tener bastante bien controlada la situación aquí. Viena, con todo, es una ciudad horriblemente pobre y deprimente en comparación con nuestra anterior estancia aquí, de 1929 a 1932. Los obreros están malhumorados, incluso los que tienen trabajo, y uno ve mendigos casi en cada esquina. Unos pocos tienen dinero y lo derrochan en los clubes nocturnos y en restaurantes de moda como el Drei Husaren y el Am Franziskanerplatz. El contraste es repugnante y les resulta odioso a las masas, que, o bien están volviendo a su antiguo Partido Socialista, cada vez más fuerte en la clandestinidad, o mirando al nazismo. El gran error de esta dictadura clerical es que carece de un programa social. Hitler y Mussolini no lo han cometido. Aun así, aquí hay más que comer que en Alemania, y la dictadura es mucho más llevadera... ¡La diferencia entre los prusianos y los austríacos! Después de París, Viena sigue siendo, incluso ahora, la segunda ciudad europea que prefiero: el *Gemütlichkeit*, «encanto», y la inteligencia de su gente, el barroquismo de su arquitectura, su buen gusto, el amor al arte y a la vida, la suavidad de su acento y la dulzura que impregna toda su atmósfera. Hay mucho antisemitismo en este país, que ahora atizan considerablemente los nazis, pero siempre lo hubo; incluso en los tiempos del alcalde Kart Lueger, que fue el primer mentor de Hitler sobre el tema cuando vivió aquí y también después. He mantenido largas conversaciones con Duranty, que lleva varios meses viviendo en Viena; con los Fodor, ella tan encantadora como antes y él, convertido en un diccionario ambulante sobre Europa central y generoso en compartir todo lo que sabe; y con Emil Vadnai, del *New York Times*, un húngaro de gran simpatía, saber e inteligencia. Hice que Duranty trasmitiera el otro día,

aunque en Nueva York temían que su voz resultara demasiado aguda. Esa misma noche se recibió un cablegrama de Chicago, que aludía a «su voz, clara, como de campanilla». Lo firmaba Mary Garden, que algo tiene que saber de eso.

Estamos esperando el bebé de aquí a siete semanas, ocupados en discutir cómo lo llamaremos.

VIENA, *5 de febrero de 1938*

Novedades en Berlín. Los periódicos dicen hoy que Blomberg y Fritsch, los dos hombres que han creado el ejército alemán, han sido apartados de él. Hitler se convierte así en una especie de «supremo señor de la guerra», asumiendo los poderes del ministro de Defensa. Aparecen dos nuevos generales: Wilhelm Keitel, como jefe del Alto Estado Mayor, y Walther von Brauchitsch, como comandante en jefe del ejército en sustitución de Fritsch. Neurath deja de ser ministro de Asuntos Exteriores, reemplazado por Ribbentrop. Schacht queda fuera del gobierno también, sustituido por Walter Funk. Göring —¡curiosísimo!— es nombrado mariscal de campo. ¿Qué hay detrás de todo esto? La convocatoria del Reichstag, que se fijó para el 30 de enero y ha sido pospuesta ahora para el 20 del presente mes de febrero, probablemente nos lo revelará.

VIENA, *7 de febrero*

Fodor me cuenta una extraña anécdota. Dice que el otro día la policía austríaca hizo un registro en el cuartel general de los nazis en la

Teinfaltstrasse y encontró un plan para un nuevo *Putsch* marcado con las iniciales de Rudolph Hess, el segundo de Hitler. La idea consistía, según Fodor, en organizar una manifestación delante de la embajada de Alemania en la Metternichstrasse, hacer que alguien disparara contra Papen y el agregado militar alemán, y dar así a Hitler una excusa para entrar en Austria.

VIENA, *13 de febrero*

Mucha tensión aquí este *Sabbath.* Schuschnigg ha mantenido una entrevista secreta con Hitler en Berchtesgaden, pero no sabemos qué ha ocurrido en ella.

VIENA, *16 de febrero*

Ha sucedido algo terrible. Nos enteramos de lo que pasó anteayer en Berchtesgaden. Hitler le tomó el pelo a Schuschnigg, le pidió que nombrara para el gabinete a varios nazis, bajo la dirección de Seyss-Inquart, que proclamara una amnistía para todos los presos nazis y restaurara los derechos políticos del Partido Nazi, amenazándolo, si no lo hacía, con una invasión por parte del Reichswehr. El presidente Miklas parece haber rechazado esto. Luego, ayer, Hitler envió un ultimátum: o se cumplen todas las cláusulas del «acuerdo» de Berchtesgaden, o el Reichswehr se pone en marcha. Esta madrugada, poco después de la medianoche, Schuschnigg y Miklas se han rendido. Se ha anunciado ya el nuevo gabinete: Seyss-Inquart ocupa el puesto de ministro del Interior y se proclama una amnistía para

todos los nazis. Cuando hoy he visto a Douglas Reed, estaba tan indignado que apenas podía hablar. Ha enviado al *Times* de Londres el relato completo de lo ocurrido en Berchtesgaden. Quizá sirva de algo. Esta tarde me he dejado caer por la legación. John Wiley no hacía más que medir el suelo con sus zancadas.

«Esto es el fin de Austria», decía.

VIENA, *20 de febrero*

Tess, Ed Taylor y yo hemos pasado esta tarde de domingo sentados cabizbajos alrededor de la radio escuchando los bramidos de Hitler ante el Reichstag en Berlín. Hoy se ha sacado de la manga su teoría de que Alemania tiene que encargarse de proteger a los diez millones de alemanes que viven fuera de las fronteras del Reich, aludiendo, implícitamente, a los siete millones que viven en Austria y a los tres millones en los Sudetes, en Checoslovaquia. Ha llegado incluso a proclamar su derecho a la «autodeterminación racial». Con estas palabras: «Hay algo de lo que no puede caber ninguna duda: que la separación política del Reich no puede conducir a una privación de derechos; es decir, de los derechos generales de autodeterminación. A la larga, resulta insoportable para una potencia mundial saber que existen junto a ella camaradas de raza afligidos constantemente con los más severos sufrimientos por su simpatía o su deseo de unidad con la nación entera, con su destino y su *Weltanschauung.* A los intereses del Reich alemán les corresponde proteger a esos pueblos alemanes que no están en condiciones de asegurar, por sus propios esfuerzos, junto a nuestras fronteras, su libertad política y espiritual».

Más tarde

Una emisión desde Nueva York dice que Eden ha dimitido. Casi parece como si lo hiciera en respuesta a Hitler, que lo eligió para atacarlo en su discurso de esta tarde. Hay gran preocupación en la Ballhausplatz.

VIENA, *22 de febrero*

Hoy salía de cuentas Tess, pero el bebé no ha llegado aún. Tengo que marcharme esta noche para realizar una emisión desde Sofía. Mi mala suerte puede hacer que me pierda el acontecimiento, pero quizá volveré a tiempo.

VIENA, *26 de febrero*

Cuando he bajado del tren a las cuatro de la tarde, Ed Taylor estaba en el andén y, por su cara, pude saber enseguida que ya había ocurrido.

—¡Enhorabuena! —me dijo. Pero me di cuenta de que estaba forzando la sonrisa.

—¿Y Tess?

Dudó, tragó saliva.

—Ha pasado un mal rato, me temo. Cesárea. Pero ya está mejor.

Le pedí al taxista que pisara a fondo el acelerador para llegar cuanto antes al hospital.

—¿No vas a preguntarme qué ha sido? —dijo Ed.

—¿Qué es?

—Una niña —respondió.

Era una niña adorable a la que vi minutos más tarde, no amarillenta ni

arrugada, como se ve algunas veces en los libros, sino con la piel blanca, bien conformada y llena de vida, aunque su nacimiento casi le hubiera costado la vida a su madre. En el último instante, durante la intervención, aquella misma mañana temprano:

«El peligro ha pasado. Su esposa se recuperará. Y el bebé está perfectamente», me dijo el médico. Un poco quejoso, me pareció, de que yo hubiera tardado tanto en aparecer.

Me temo que esa noche me sentí también demasiado emocionado para poder dormir.

VIENA, *2 de marzo*

Tess y la pequeña, considerándolo todo, están la mar de bien. Yo paso la mayor parte del tiempo en el hospital. Aquí la tensión crece cada vez más. Oigo que Schuschnigg está negociando ahora con los trabajadores, a quienes su colega Dollfuss reprimió a tiros, sin escrúpulos, hace cuatro años. Piden poca cosa, pero las negociaciones con estos reaccionarios estúpidos avanzan lentamente. Aun así, los trabajadores prefieren lo que indudablemente pueden conseguir ahora de Schuschnigg que vérselas con los nazis. Tengo cierta sensación de vacío por estar aquí, en esta escena, y no poder informar en realidad. Es curioso que la radio no quiera información de primera mano. Pero Nueva York no me ha pedido nada, ya que está interesada sobre todo en emisiones educativas. Dentro de unos días debo ir a Liubliana... ¡para un coro escolar o algo por el estilo! Según la prensa local, Göring pronunció ayer un bonito y amable discurso. Dijo: «Nosotros [la fuerza aérea alemana] seremos el terror de nuestros enemigos ... Necesito en este ejército hombres de hierro con voluntad de acción ...

Cuando el Führer dijo en su discurso ante el Reichstag que jamás toleraremos la eliminación de diez millones de camaradas alemanes más allá de nuestras fronteras, vosotros, como soldados de las fuerzas aéreas, sabéis que, si es preciso, deberéis cumplir al pie de la letra estas palabras del Führer. Ardemos en deseos de probar que somos invencibles».

LIUBLIANA, YUGOSLAVIA, *10 de marzo*

Estoy en una ciudad que debería provocar el sonrojo de las demás ciudades del mundo. Está llena de estatuas, pero entre ellas no hay ninguna efigie de un soldado. Solo han sido honrados así los poetas y los pensadores. He emitido un coro de hijos de mineros del carbón para un programa de la Columbia School of Broadcasting. Cantaron magníficamente, como mineros del carbón galeses. Más tarde, en la estación, mientras esperaba el tren para Viena, he bebido excelente vino esloveno con los curas locales, ya que Eslovenia es una provincia de fuerte mayoría católica. Sin noticias del mundo en los dos días que he pasado aquí.

VIENA, *11-12 de marzo, cuatro de la madrugada*

¡Ha ocurrido lo peor! Schuschnigg ha caído. Los nazis ocupan el gobierno. El Reichswehr está invadiendo Austria. Hitler ha roto una docena de solemnes promesas, compromisos, tratados. Y Austria está acabada. ¡La hermosa, la trágica, la civilizada Austria! Desaparecida. Mortalmente herida en el breve espacio de unas pocas horas de la tarde. De esta tarde. No consigo dormir, así que escribiré. Debo escribir algo. Los nazis no me permiten transmitir. Y tengo ante mí una de las mayores exclusivas de mi vida. Soy el único presentador radiofónico de la ciudad. Max Jordan, de la NBC, mi único competidor, no ha llegado aún. Y, sin embargo, no puedo hablar. Los nazis me han tenido bloqueado toda la noche. He discutido, rogado, peleado... Hace una hora me han sacado del estudio amenazándome con las bayonetas.

Intentaré comenzar por el principio de este día de pesadilla, si puedo:

El sol había salido y la primavera estaba en el aire cuando mi tren llegó a la Südbahnhof a las ocho de esta mañana. Me sentía bien. Mientras el taxi me llevaba hacia Ploesslgasse, noté que las calles estaban llenas de papeles. Por encima de nuestras cabezas, dos aviones lanzaban octavillas.

—¿Qué son? —le pregunté al taxista.

—El plebiscito.

—¿Qué plebiscito?

—El que ha ordenado Schuschnigg.

El hombre no se fiaba de mí y no diría ya nada más.

Subí corriendo las escaleras hasta nuestro apartamento, extrañado. Pregunté a la doncella. Ella me tendió un montón de periódicos de los tres

últimos días. Mientras desayunaba, eché un vistazo a las noticias. El miércoles por la noche (9 de marzo), hablando en Innsbruck, Schuschnigg había ordenado repentinamente la convocatoria de un plebiscito. Para este domingo. La pregunta sería: «¿Está usted a favor de una Austria unida, independiente, social, cristiana, alemana? *Ja oder Nein*».

Una vez acabado el desayuno, corrí al hospital. Tess no estaba tan bien. Tenía fiebre, y el médico temía la existencia de una flebitis en la pierna izquierda. Un coágulo de sangre. Una maldita cosa después de la anterior. Permanecí con ella dos horas hasta que se adormiló. A eso de las once, tomé un taxi para que me llevara a la ciudad y fui al café Schwarzenberg en la Schwarzenbergplatz, para ver qué estaba pasando. Allí se encontraban Fodor y Taylor, junto con algunos periodistas austríacos. Parecían un poco tensos, pero esperanzados. Pensaban que el plebiscito se desarrollaría pacíficamente. Y que Schuschnigg, seguro de contar con el apoyo de los trabajadores, obtendría una victoria fácil. Eso frenaría a Hitler durante algún tiempo. Me sentí mejor. Alguien conectó entonces la radio. El locutor estaba leyendo una proclama por la que se llamaba al servicio activo al reemplazo de 1915. Convinimos todos en que debía de tratarse simplemente de movilizar a esas personas para mantener el orden público durante el plebiscito. En estas, llamaron por teléfono a uno de los periodistas austríacos. Cuando volvió, dijo algo acerca de que los nazis estaban apedreando las ventanas de las oficinas de los monárquicos próximas a la Stefansplatz. Recuerdo ahora, no sé bien por qué, que todos nos reímos. A mí se me pasó por la cabeza la idea de telefonear al coronel Wolf, el líder de los legitimistas, con quien había estado negociando la emisión de una entrevista con el príncipe Otto de Habsburgo. Pero no lo hice.

Poco antes de las cuatro salí en dirección al hospital para ver si Tess se encontraba mejor. Al cruzar la Karlsplatz para tomar el metro, me vi

detenido por un grupo de un millar de manifestantes. Eran nazis, y la situación me pareció un tanto cómica: un solo policía se dirigía a ellos a gritos, gesticulando. ¡Y ellos estaban cediendo terreno! «Si todos los nazis de aquí son de la misma pasta, Schuschnigg ganará fácilmente —pensé—. Y ahora está armando a los trabajadores, que se ocuparán de reducir a los matones nazis.» El metro me llevó lejos de allí.

Hacia las seis, al volver del hospital, salí del metro en la Karlsplatz. ¿Qué había ocurrido? Algo, sin duda. Pero antes de tener tiempo de averiguarlo, me vi arrastrado por una muchedumbre de nazis vociferantes, histéricos, que dejaron atrás el Ring, pasaron por delante de la Ópera y subieron por la Kärntnerstrasse hacia la Oficina de Turismo Alemana, que, con su inmenso retrato de Hitler con ofrendas florales, lleva meses siendo un santuario del nazismo. Pero ¡aquellas caras! Yo las había visto ya en Nuremberg, aquellos ojos fanáticos, las bocas jadeantes, la histeria... Y ahora estaban allí, gritando como iluminados: «*Sieg Heil! Sieg Heil! Sieg Heil! Heil Hitler! Heil Hitler! Heil Hitler!* ¡Colgar a Schuschnigg! ¡Colgar a Schuschnigg! ¡Colgar a Schuschnigg! *Ein Volk, ein Reich, ein Führer!*». ¡Y la policía! Estaba mirándolos, sonriendo. ¿Qué había ocurrido? Yo no tenía ni la más remota idea. Lancé esta pregunta a los oídos de las tres o cuatro personas que me tenían emparedado. Nadie respondió. No podían oírme. Finalmente, una mujer de mediana edad pareció entenderme. «¡El plebiscito! —gritó—. ¡Lo han desconvocado!»

No había necesidad de saber más. Aquello era el fin de Austria. Me libré como pude del remolino de derviches que me aprisionaba y me dirigí por el Ring al hotel Bristol. Allí estaba Taylor, quien me presentó a su esposa, Vreni, una bella morena de aspecto inteligente, que acababa de llegar. Taylor me confirmó la noticia. Dijo que lo habían anunciado en la radio una hora antes. Tomamos un taxi para ir a la legación norteamericana. John

Wiley estaba de pie ante su escritorio, sosteniendo como de costumbre su habitual larga boquilla para cigarrillos y con una extraña sonrisa en su rostro, la sonrisa de quien acaba de ser derrotado y lo sabe.

—Ha acabado todo —dijo tranquilamente. Se había dado un ultimátum desde Berlín. Nada de plebiscito, o el ejército alemán se pondría en marcha. Y Schuschnigg había capitulado.

—Oiréis más en la radio en unos minutos —dijo John—. Quedaos por aquí.

Salí para telefonear a Murrow, que estaba en Varsovia. Nada más dejar la legación, me tropecé con Gedye, muy excitado. Ya en casa, traté de hablar con Ed, mientras en la radio se oían los suaves compases de un vals vienés. Me resultaron odiosos. Pero quedaron cortados bruscamente. «¡Atención! ¡Atención! —dijo una voz—. En unos minutos escucharán un importante anuncio.» Siguió el tictac de un metrónomo: la señal identificativa de la Ravag, la radiodifusión austríaca. Resultaba enloquecedora. Tic... tic... tic... tic. Bajé el volumen. Y entonces, sin introducción, se oyó una voz, que reconocí como la de Schuschnigg:

«Este día nos ha enfrentado a una situación trágica y decisiva. Tengo que especificar a mis compatriotas austríacos los detalles de los sucesos de hoy. El gobierno alemán ha presentado hoy al presidente Miklas un ultimátum, con un tiempo límite, en el que se le ordena nombrar canciller a una persona designada por el gobierno alemán, y elegir los miembros de un gabinete conforme a las órdenes del gobierno alemán; en caso de no hacerlo, las tropas alemanas invadirían Austria.

»Declaro ante el mundo que las informaciones difundidas en Alemania acerca de desórdenes provocados por los trabajadores, del derramamiento de ríos de sangre y de la creación de un estado de cosas que escapa al control del gobierno austríaco son mentiras de la A a la Z. El presidente

Miklas me ha pedido que comunique al pueblo austríaco que hemos tenido que ceder a la fuerza, puesto que no estamos dispuestos a derramar sangre ni siquiera en esta terrible situación.

»Hemos decidido ordenar a las tropas que no ofrezcan resistencia.

»Dejo, pues, al pueblo austríaco con una palabra alemana de despedida que sale de lo más profundo de mi corazón: ¡que Dios proteja a Austria!».

Hacia el final notabas que se le quebraba la voz, que iba a sollozar. Pero él la controla hasta el último instante. Hay un segundo de silencio y, después, el himno nacional, tomado de una vieja grabación. Es la melodía del «Deutschland über Alles», solo que en su versión original y ligeramente distinta, tal como Haydn la compuso. Eso es todo. Es el final.

¿Y el resto de esa noche? Poco después la áspera voz del Judas. El doctor Seyss-Inquart está diciendo algo, diciendo que se considera responsable del mantenimiento del orden, diciendo que el ejército austríaco no va a ofrecer resistencia. Es la primera noticia que tenemos de la invasión alemana. El ultimátum, según Schuschnigg, obliga a elegir entre la capitulación o la invasión. Ahora resulta que Hitler ha violado incluso los términos de su propio ultimátum.

No consigo comunicarme con Ed en Varsovia. En su hotel siguen diciéndome que no está. Es temprano aún. Llamo a la radio nacional austríaca para ver si podré emitir. No hay respuesta. Voy hacia el centro. En la Karlsplatz hay un gran gentío. Alguien está gritando un discurso desde los escalones de la Karlskirche. «Hess y Buerckel», me susurra al oído un guardia de asalto que tengo a mi lado. Su uniforme desprende olor a naftalina. «¡Hess y Buerckel! Están aquí.» Pero no puedo acercarme lo suficiente para verlo.

Me abrí paso por entre la multitud en dirección a la Kärntnerstrasse. Grupos de gente que se movían continuamente de un lado para otro.

Cantando ahora. Cánticos nazis. Unos pocos policías están allí quietos, mirándolos con afabilidad. Pero ¿qué llevan en el brazo? ¡Una banda con los colores rojo, negro y blanco de la esvástica! Es decir, que ellos han capitulado también. Continúo por la Kärntnerstrasse en dirección al Graben. Unos jóvenes pendencieros estaban lanzando adoquines del pavimento contra los escaparates de tiendas judías. Su acción provocó el rugido encantado de la multitud.

Al llegar al café del Louvre me encuentro a Bob Best, de UP, sentado a la misma mesa que ha venido ocupando todas las noches en los diez últimos años. A su alrededor hay una piña de corresponsales extranjeros, hombres y mujeres, norteamericanos, ingleses, húngaros, serbios... Todos, salvo Best, en un estado de gran excitación, corriendo al teléfono cada cinco minutos para recibir noticias o darlas. Circulan los más fantásticos rumores. Bob me lee sus despachos. Lo llaman por teléfono. Vuelve. «Schuschnigg ha sido nombrado nuevamente canciller y los nazis están fuera», me dice. Es optimista; las cosas no han acabado aún. A los pocos minutos vuelven a llamarlo; es una información falsa. Los nazis se han apoderado de la Ballhausplatz. Salimos corriendo hacia allí, la Ballhausplatz de Metternich... el Congreso de Viena... Veinte soldados de las tropas de asalto se están encaramando uno encima del otro frente al edificio, formando una pirámide humana. Un individuo menudo trepa por el grupo sujetando en la mano una bandera con una gran esvástica. Se eleva así hasta el balcón, el mismo balcón desde el que hace cuatro años el alcalde Fey, apresado por los nazis después de que mataran a Dollfuss, negoció con los partidarios de Schuschnigg. Despliega la bandera desde el balcón, y la plaza estalla en vítores.

De vuelta al café del Louvre veo a Martha Fodor, que se esfuerza por contener las lágrimas y está telefoneando cada pocos minutos pidiendo

noticias de su marido. Emil Maass, mi antiguo asistente, un austroamericano que se ha presentado durante mucho tiempo como un antinazi, saca pecho ahora, y se planta delante de la mesa. «Bien, *meine Damen und Herren* —dice sonriendo—, ya llegó el momento.» Da la vuelta a la solapa de su chaqueta, suelta la insignia de la esvástica que lleva escondida y la prende de nuevo en su ojal por el lado derecho. Dos o tres mujeres le gritan: «¡Qué vergüenza!». El mayor Goldschmidt, legitimista, católico, pero medio judío, que lleva un rato sentado en silencio a la mesa, se pone en pie: «Voy a casa a buscar mi revólver», anuncia. Alguien entra precipitadamente. Seyss-Inquart está formando un gobierno nazi. Es hora de ir a la Casa de la Radio. Son las cinco de la tarde en Nueva York.

En la Johannesgasse, frente al edificio de la Ravag, montan guardia hombres con uniformes de campaña grises, con las bayonetas caladas. Les explico quién soy. Tras una larga espera, me permiten pasar. El vestíbulo y el pasillo están llenos de jóvenes con uniformes del ejército, uniformes de las SS y las SA, que empuñan revólveres y juguetean con bayonetas. Dos o tres me detienen, pero, haciendo gala de valor, les suelto un grito y sigo adelante hasta la sala principal, alrededor de la cual se hallan los estudios. Czeja, el *General-Direktor* de la Ravag, y Erich Kunsti, el director de programas, viejos amigos míos, están de pie en el centro de la estancia, rodeados de muchachos nazis que conversan excitados. Un vistazo. Están detenidos. Me las arreglo para decirle a Kunsti:

—¿Cuándo podré emitir?

Él se encoge de hombros.

—He dejado de ser alguien aquí. —Se ríe. Me indica con un gesto un tipo con la cara cruzada por una cicatriz, que parece ser el que manda..., por el momento en todo caso. Le explico mi deseo. Ninguna impresión. Lo intento de nuevo. No me entiende.

—Déjeme hablar con sus jefes en Berlín —le digo—. Los conozco. Querrán que yo emita.

—No puedo comunicarme con Berlín —responde.

—Pero seguro que podrá hacerlo en algún momento esta noche —le insisto.

—Bueno, quizá más tarde. Puede volver después.

—No hay ninguna posibilidad —me susurra Kunsti.

Un par de guardias, jugando con sus armas, me alejan de allí. Aguardo fuera, en el vestíbulo, aunque me cuelo en la sala a cada momento para ver si el de la cicatriz tiene a Berlín al aparato. A eso de la medianoche, se difunde una información desde la Ballhausplatz. Pronto va a ser anunciado un nuevo gobierno. Voy corriendo allí. Hay una serie de focos (¿de dónde habrán salido?) iluminando el gran balcón de la fachada y a una docena de hombres que están de pie en él. Distingo a Seyss-Inquart, a Glaise-Horstenau... El Judas está leyendo la lista de su nuevo gabinete. Él mismo se nombra canciller.

Regreso a la Ravag. Espera. Discusión. Nueva espera. Más discusión. No pueden comunicarse con Berlín. No hay línea. Lo lamentan, pero no es posible difundir ninguna emisión. Otra discusión. Amenazas. Al final me hacen salir de allí, escoltado; no es posible discutir cuando salen a relucir las bayonetas. Fuera, en la Johannesgasse, consulto mi reloj. Son las tres de la madrugada. Voy a la Kärntnerstrasse una vez más. Ya no hay nadie allí. Así pues, me vuelvo a casa.

Suena el teléfono. Es Ed, desde Varsovia. Le cuento las noticias, y además le hago ver nuestra mala situación: aunque esté aquí mañana y me faciliten la posibilidad de emitir, me temo que estaré sometido a una estricta censura nazi.

«Vuela a Londres, pues. ¿Por qué no? —me sugiere Ed—. Podrías estar

allí mañana por la noche y emitir la primera crónica sin censura de un testigo presencial. Yo volveré a Viena.»

Llamo al aeropuerto de Aspern. Todo el pasaje de los aviones que salen mañana está reservado. ¿A qué hora salen los vuelos para Londres y para Berlín? Siete de la mañana; ocho de la mañana. Muchas gracias. Me doy cuenta de que no he hablado con Fodor en toda la noche. A los nazis no les cae bien. Tal vez... Le telefoneo. «Estoy perfectamente, Bill», me dice. Pero está sollozando. Una nota a Tess, para explicarle por qué no me verá en los próximos días. Y ahora, a la cama. Una hora de sueño.

EN UN AVIÓN HOLANDÉS ENTRE AMSTERDAM Y LONDRES, *12 de marzo*

Acabo de pergeñar un pequeño guión. Podré emitir tan pronto como lleguemos a Londres. Me puse a trabajar en él en cuanto despegamos de Tempelhof, en Berlín, puesto que Amsterdam es la siguiente escala y no hay ningún peligro de tropezarme allí con un censor nazi. He tenido suerte hoy. A las siete de la mañana estaba ya en el aeropuerto de Aspern. La Gestapo lo tenía bajo control. Al principio dijeron que no se permitiría el despegue de ningún aparato. Después autorizaron el avión para Londres, pero yo no pude subir. Ofrecí un dineral a varios pasajeros a cambio de sus plazas. La mayoría de ellos eran judíos, así que no puedo echarles en cara que rechazasen mi oferta. El siguiente vuelo salía para Berlín. Logré entrar en él.

Viena apenas estaba reconocible esta mañana. Casi en todos los tejados ondeaban banderas con la esvástica. ¿De dónde las habrían sacado tan deprisa? En Aspern me enteré de otra noticia a través de un oficial de policía con el que había tratado anteriormente. Me insistió en que

Schuschnigg no se había marchado, aunque habían puesto a su disposición un aparato que lo estuvo esperando hasta la medianoche. Tiene agallas el hombre... El aeropuerto de Aspern estaba ya lleno de aeronaves militares alemanas cuando despegamos. Hicimos escala en Praga y en Dresde, y se nos pasó el mediodía antes de tocar tierra en Berlín. Otro golpe de suerte: había un asiento en un avión holandés que salía en vuelo directo hacia Londres. Tuve incluso una hora para almorzar. Compré los periódicos matutinos de Berlín. ¡Asombroso! Goebbels en su mejor estilo, ¡o en el muchísimo peor todavía! Tengo ahora encima de las rodillas el *Völkische Beobachter*, el periódico preferido de Hitler. Su titular de primera plana es una especie de banderola que la recorre de lado a lado: LA AUSTRIA ALEMANA SALVADA DEL CAOS. Y se narra allí una historia increíble, surgida del maligno pero fértil cerebro de Goebbels, que describe los violentos desórdenes rojos vividos ayer en las principales calles de Viena, con luchas, tiroteos y pillaje. Es todo una completa mentira. Pero ¿cómo puede saber el pueblo alemán que se trata de una mentira? La DNB ha emitido también hoy un relato que suena a falso. Dice que Seyss-Inquart telegrafió anoche a Hitler pidiéndole tropas para proteger a Austria de los ataques de «socialistas y comunistas armados», ocurridos en Viena la noche anterior; lo cual, obviamente, es otra patraña. Pero resulta interesante advertir la técnica empleada por Hitler. Es la misma que utilizó para justificar la purga del 30 de junio. Cualquier mentira servirá. Croydon queda ahora frente a nosotros.

LONDRES, *más tarde*

Emisión a las once y media de la noche. Ahora me voy a dormir un rato.

LONDRES, *14 de marzo*

Hoy, a la una de la madrugada (ocho de la tarde de ayer, hora de Nueva York), emitimos nuestra primera rueda de corresponsales europea. La cosa fue de la siguiente manera.

Hacia las cinco de la tarde de ayer sonó mi teléfono. Era Paul W. White, director de temas de opinión de Columbia, que llamaba desde Nueva York. Me dijo: «Necesitamos una rueda europea para esta noche. Para la una de la madrugada, hora de ahí. Queremos que participéis, desde Londres, tú y algún miembro del Parlamento; Ed Murrow lo hará desde Viena, naturalmente, e intervendrán asimismo periodistas y corresponsales norteamericanos desde Berlín, París y Roma. Será cosa de una media hora, y te telefonearé dentro de una hora para darte la hora exacta en que entrará cada capital. ¿Podréis hacerlo tú y Murrow?».

Le respondí que sí, y colgamos. La verdad es que no tenía la más mínima idea de cómo hacerlo; no en solo ocho horas, por lo menos. Habíamos montado ya un par de estas ruedas, pero siempre habíamos necesitado meses de tediosos preparativos antes de cada una. Le puse una conferencia a Murrow, a Viena. Y, mientras iban pasando lentamente los valiosos minutos, me puse a pensar en lo que teníamos que hacer. Cuanto más lo pensaba, más sencillo me parecía. Murrow y yo teníamos amigos periodistas comunes, corresponsales norteamericanos en todas las capitales de Europa. Conocíamos también personalmente a los directores e ingenieros jefes de los diversos sistemas de radiodifusión europeos, cuyas instalaciones técnicas utilizaríamos. Llamé, pues, a Edgar Mowrer en París,

a Frank Gervasi en Roma, a Pierre Huss en Berlín, y a los directores e ingenieros jefes de PTT en París, EIAR en Turín y la RRG en Berlín.

Me llegó la comunicación con Murrow desde Viena; se comprometió a ocuparse de la conexión con Berlín, además de la de Viena, y me dio las indicaciones técnicas que yo necesitaba imperiosamente en cuanto a la forma de organizar aquella rueda. Para cada capital, nos iba a hacer falta un potente emisor de onda corta, capaz de transmitir con claridad una voz a Nueva York. En Roma tenían uno, pero era dudoso que estuviera disponible. París no tenía ninguno. En esos casos, deberíamos solicitar líneas telefónicas hasta la estación emisora de onda corta más próxima. Al cabo de muy poco, mis tres teléfonos estaban sonando, y en cuatro lenguas además: inglés, alemán, francés e italiano. Me las arreglo bien con las tres primeras, pero mi italiano es nulo. Aun así, capté lo suficiente de lo que me decían desde Turín para hacerme a la idea de que en aquel momento era imposible contactar con algún ejecutivo de la Radiodifusión Italiana. Desgraciadamente, era domingo. Esperaba aún la respuesta de Roma; quizá podría arreglar las cosas con las oficinas de Columbia allí. Berlín llamó luego. La Reichs-Rundfunk-Gesellschaft haría todo lo posible, aunque me previnieron de que la única línea con Viena estaba en manos del ejército y era dudoso que pudiéramos tener acceso a ella.

A medida que avanzaba la tarde, la emisión empezó a tomar forma. Nueva York telefoneó de nuevo con las horas exactas programadas para cada capital. La impávida serenidad de Nueva York, su confianza en que la emisión saldría adelante con seguridad, me daba ánimos. Comenzaban a llegarme llamadas de mis amigos periodistas. Edgar Mowrer, corresponsal en París del *Daily News* de Chicago, estaba pasando el domingo en el campo. Tuve que insistir mucho para persuadirlo de que volviera a la ciudad para la emisión. Pero Edgar no podía engañarme; no conozco a

ningún hombre que sintiera más intensamente que él lo que estaba ocurriendo en Austria. Llamaron también Gervasi desde Roma y Huss desde Berlín. Los dos emitirían si su oficina de Nueva York les daba permiso para hacerlo. No había mucho tiempo para telefonear a las oficinas de los periódicos neoyorquinos, sobre todo tratándose de un domingo por la tarde. O sea que llamo de nuevo a Columbia en Nueva York: conseguid permiso para que intervengan Gervasi y Huss. De paso, Nueva York me pregunta qué clase de transmisores y qué longitudes de onda emplean Berlín y Roma. Había olvidado preguntarlo, y tengo que llamar de nuevo a Berlín: la estación sería la DJZ, a 25,2 metros y 11.870 kilociclos. Un cablegrama urgente envía esta información a la sala de control de la CBS en Nueva York.

Va quedando ya poco tiempo. Recordé de pronto que debía escribir también mi intervención para la parte de Londres en la rueda. ¿Qué iba a hacer Gran Bretaña con respecto a la invasión de Austria por las tropas de Hitler? Hice unas cuantas llamadas locales para pedir material. Gran Bretaña no iba a hacer nada. Pero Nueva York había dicho que querían contar también con la presencia de un miembro del Parlamento para comentar la reacción oficial británica con respecto al *Anschluss.* Traté de ponerme en contacto con dos o tres parlamentarios amigos míos, pero todos estaban disfrutando del fin de semana. Telefoneé, pues, a Ellen Wilkinson, diputada por el Partido Laborista. También estaba fuera el fin de semana.

—¿Cuánto tiempo necesitaría para llegar a la BBC? —le pregunté.

—Una hora, poco más o menos —respondió.

Consulté mi reloj. Disponíamos de algo más de dos horas para comenzar a emitir. Accedió a participar.

A los pocos minutos tenía ya en línea a Gervasi, desde Roma.

—Los italianos no pueden disponer la emisión en un plazo de tiempo tan

breve —me dijo—. ¿Qué debo hacer?

Me lo pregunté a mí mismo. Y por último respondí:

—Te pasaremos por Ginebra. Y, si no es posible, llámame dentro de una hora con lo que hayas escrito y lo radiaré yo desde aquí.

Sentado a solas en un pequeño estudio de la Casa de la Radio, hice una última comprobación de todo con Nueva York tres minutos antes de la una de la madrugada. Revisamos las horas exactas de las conexiones y acordamos las claves que nos servirían de señales para que los que hablaban desde Viena, Berlín, París y Londres comenzaran y finalizaran sus intervenciones. Avisé a la sala de control de Nueva York de que Roma no estaría presente, pero en aquel instante Gervasi estaba ya al teléfono dictando su crónica a una taquígrafa. Convinimos en que se efectuaría una segunda conexión con Londres desde Nueva York para que yo pudiera leer ese escrito. Llegó la una de la madrugada y, a través de los auriculares, pude oír en nuestro *feedback* transatlántico la suave voz de Bob Trout que anunciaba la emisión múltiple desde nuestro estudio de Nueva York. Por nuestra parte todo fue bien, creo. Edgar y Ed estuvieron particularmente brillantes. Ellen Wilkinson se presentó a la hora convenida, haciendo alarde de su melena pelirroja. Nueva York comentó luego por el *feedback* que la transmisión había sido un éxito. Quieren otra esta noche.

Según las noticias, Hitler entró triunfalmente en Viena esta tarde. Nadie disparó un solo tiro. Chamberlain acaba de hablar en la Cámara. No va a hacer nada. «Lo peor del caso —dice—, es que no se podía hacer nada para impedir lo que ha sucedido, a menos que este país y otros hubieran estado dispuestos a utilizar la fuerza.» No habrá guerra, pues. Gran Bretaña y Francia han retrocedido un paso más ante el creciente poder nazi.

Más tarde

Albion Ross, de la plantilla del *New York Times* en Berlín, ha

pronunciado una frase muy interesante en su intervención de esta noche en nuestra rueda de corresponsales. Dijo que los berlineses se habían tomado el *Anschluss* con «flemática tranquilidad».

LONDRES, *15 de marzo*

En su discurso de hoy en Viena desde el balcón del palacio de Hofburg, la residencia de la otrora poderosa dinastía de los Habsburgo, Hitler ha proclamado la incorporación de Austria al Tercer Reich. Otra promesa rota. Ni siquiera ha podido esperar al plebiscito señalado para el 10 de abril. Esta mañana he hablado por teléfono con Winston Churchill. Hará una emisión de quince minutos, pero pide quinientos dólares.

LONDRES, *16 de marzo*

Telefoneó Ed desde Viena. Dice que el comandante Emil Fey se ha suicidado después de disparar contra su esposa y su hijo de diecinueve años. Era un hombre siniestro. Sin duda temía que lo mataran los nazis por haberlos traicionado en 1934 cuando asesinaron a Dollfuss. Vuelvo a Viena pasado mañana. La crisis ha pasado. Creo, sin embargo, que con estas ruedas de corresponsales hemos inventado algo nuevo para la radio.

VIENA, *19 de marzo*

Ed vino a recibirme ayer por la tarde al aeropuerto de Aspern. Cuando

llegamos al anochecer frente a mi casa en la Ploesslgasse, unos guardias de las SS con cascos de acero y las bayonetas caladas se hallaban de pie ante mi portal. Un vistazo a la calle me mostró que había vigilancia en todos los portales, y en especial frente al palacio Rothschild, contiguo a nuestro edificio. Ed y yo nos dirigimos a mi casa, pero los guardias nazis nos obligaron a retroceder.

—Vivo aquí —protesté, furioso de pronto.

—Eso no importa. No puede entrar —replicó uno de los guardias.

—¡Le he dicho que vivo aquí!

—Lo siento. Tenemos órdenes estrictas. Nadie puede entrar o salir.

Su acento revelaba que el muchacho era austríaco y su actitud era educada, por lo cual se calmó mi ira.

—¿Dónde puedo encontrar a su comandante? —le pregunté.

—En el palacio Rothschild.

Nos confió a un altísimo hombre de las SS, que nos escoltó hasta la casita del jardinero contigua a nuestro edificio, en la que precisamente había residido Rothschild durante el pasado año. Al entrar, casi tropezamos con unos oficiales de las SS que estaban subiendo del sótano y acarreando objetos de plata y otros trofeos. Uno de ellos llevaba debajo del brazo una pintura con marco de oro. El otro era el comandante; trasladaba una carga de cuchillos y tenedores de plata, pero no se mostró cohibido en absoluto. Le informé de mi profesión y nuestra nacionalidad. Él murmuró entre dientes y le dijo al guardia que nos escoltara hasta mi puerta.

—Pero tendrán que permanecer un buen rato allí dentro —añadió riendo.

Nos quedamos hasta después de cenar. Pero luego, como teníamos ganas de ir al centro, bajamos sigilosamente las escaleras, esperamos hasta ver que el guardia se había alejado unos pasos de nuestro portal, y nos largamos

de puntillas para perdernos en la oscuridad. Entramos a charlar un rato en un bar de la Kärntnerstrasse. Ed estaba un poco nervioso.

—Vayamos a otro sitio —sugirió.

—¿Por qué?

—Estuve aquí anoche, más o menos a esta misma hora —respondió—. De pie en esa barra había un tipo de aspecto judío. Al cabo de un rato, se sacó del bolsillo una vieja navaja de afeitar y se cortó el cuello.

Tess no se encuentra bien. La flebitis sigue sin remitir. Y las sorprendentes noticias de estos días, junto con el ruido de los bombarderos de Göring sobrevolando todo el día el hospital, no han contribuido precisamente a tranquilizarla. Ed volará a Londres por la mañana.

VIENA, *20 de marzo*

Emití esta mañana. He descrito cómo ha cambiado Viena, nazificada por completo en una semana; algo aterrador. Una de las redes de radio norteamericanas llevaba días alardeando de que a su corresponsal nadie le censuraba lo que emitía desde aquí. Pero cuando ha llegado al estudio para emitir justo después de mí, los nazis le han pedido el guión, como han hecho conmigo, y le han dado un repaso.

VIENA, *22 de marzo*

El estado de Tess sigue siendo crítico, y la atmósfera del hospital no la ayuda. Para empezar, según me cuenta, estuvo con una mujer judía cuyo cuñado se suicidó el mismo día que Hitler entró en la ciudad; la mujer se

pasó la primera noche llorando. Hoy se ha marchado a su casa con velo y ropas negras de luto, estrechando con fuerza a su bebé. Después le pusieron en la habitación a otra mujer judía. En su familia no han matado a nadie, pero las SA, tras incautarse del negocio de su marido, se dirigieron a su hogar y lo saquearon. Teme que maten o arresten a su marido, y se pasa toda la noche sollozando.

Hoy he visto en las calles a grupos de judíos, vigilados por tropas de asalto que se mofaban de ellos y multitudes a su alrededor que los insultaban, que borraban a gatas las pintadas relativas a Schuschnigg en las aceras. Muchos judíos se dan muerte unos a otros. Me llegan toda clase de informes sobre el sadismo de los nazis y de los austríacos que me sorprenden. A los hombres y a las mujeres judíos se los obliga a limpiar letrinas. Cientos de ellos son recogidos al azar en las calles para limpiar los aseos de los jóvenes nazis. Los más afortunados se libran con limpiar meramente automóviles..., los miles de automóviles que han sido robados a los judíos y a los «enemigos» del régimen. La esposa de un diplomático, una mujer judía, me ha dicho hoy que no se atreve a salir de su casa por temor a ser retenida y enviada a «limpiar cosas».

VIENA, *25 de marzo*

Fui con Gillie a visitar la sinagoga de la Seitenstättengasse, donde se encontraba también la sede de la *Kultusgemeinde* judía. Nos habían dicho que allí habían obligado a los judíos a limpiar los retretes con las cintas sagradas de oración, las *Tefillin* o «filacterias». Pero los guardias de las SS no nos permitieron entrar. Pudimos ver dentro, eso sí, a los guardias repantigados fumando sus pipas. De camino para almorzar en un pequeño

restaurante italiano situado detrás de la catedral, Gillie tuvo un roce con unos guardias de asalto que lo tomaron por judío, siendo como es un escocés de pura cepa. Fue muy enojoso, pero ahogamos luego nuestros sentimientos con Chianti. Knick está aquí, con Agnes, aunque él se marchará pronto porque fue expulsado de Alemania y se supone que no debería estar aquí. Huss está intentando sacar de la cárcel a Alfred Tyrnauer, el corresponsal local de INS. Su esposa estaba fuera de sí cuando hablé con ella por teléfono. Los Fodor se han ido a Bratislava, destinados allí por iniciativa de John Wiley, que los envió con un coche de la legación. Schuschnigg está bajo arresto, y se comenta que los nazis lo torturan manteniendo la radio encendida día y noche en su celda.

VIENA, *8 de abril*

Tess y el bebé están por fin fuera del hospital. La subí esta mañana en brazos desde el coche, y todavía necesitará algún tiempo para poder caminar. Pero lo peor ha pasado.

VIENA, *10 de abril (Domingo de Ramos)*

El «plebiscito» se celebró hoy en una extraña atmósfera festiva. Según las cuentas de Goebbels, los austríacos han votado *Ja* en un 99 por ciento. Tal vez sea así. Hay que ser un austríaco muy valiente para votar *Nein*, porque todo el mundo tiene la sensación de que los nazis tienen alguna forma de saber cómo ha votado cada uno. Esta tarde visité un colegio electoral en el Hofburg. La estancia, imagino, habría sido ocupada en otros tiempos por la

guardia imperial. Entré en una de las cabinas. En la pared que tenía delante había una papeleta de voto en la que se mostraba cómo tenías que marcar la tuya con un *Ja.* Había asimismo una amplia rendija en un ángulo, por la que los miembros de la mesa electoral, sentados a unos pocos palmos de distancia, ¡tenían una excelente visión de lo que votabas! Emito durante un cuarto de hora a las siete y media de la tarde, y, aunque los colegios electorales acaban de cerrar, he anticipado que los austríacos votarían *Ja* en un 99 por ciento. Me lo ha dicho así un oficial nazi en el momento en que me disponía a iniciar la emisión, y he supuesto que lo sabía a ciencia cierta. Probablemente lo sabía ya ayer. De esta manera Austria «vota» hoy la desaparición de su secular independencia y se une a un Reich más grande. *Finis Austria!*

VIENA, *12 de abril*

Esta crisis nos ha traído algo bueno. Pienso que las ruedas de corresponsales a través de la radio montadas por Ed y por mí están ya asentadas. Que ha nacido, por así decirlo, el corresponsal de radio en el extranjero.

VIENA, *14 de abril*

Checoslovaquia será, sin duda, la siguiente en la lista de Hitler. Militarmente está condenada, ahora que Alemania la ha flanqueado por el sur y también por el norte. Todas nuestras emisiones desde Praga deben ir ahora por línea telefónica a través de Alemania, aun cuando las hagamos

pasar vía Ginebra. Eso será un inconveniente en caso de que haya problemas. Cuando vaya a Praga mañana, tengo que preguntarles a los checos por su nuevo transmisor de onda corta.

PRAGA, *16 de abril*

Esta noche reúno en una emisión para Estados Unidos al presidente Benesˇ y a la señorita Alice Masaryk. Ayer expresé mi esperanza de que el doctor Benesˇ diría algo a propósito de la cuestión alemana, si bien el tema que se debatía era la Cruz Roja. El doctor Benesˇ me complació amablemente, aunque su lenguaje fue moderado y razonable. Resulta extraño, pues, que cuando se refirió a la cuestión alemana su voz se perdiera. Por desgracia, Nueva York había dispuesto la emisión vía la estación alemana de onda corta de Zeesen, en lugar de hacerlo vía Ginebra, como yo había pedido. Sospecho que los alemanes silenciaron a propósito a Benesˇ, aunque Berlín lo negó cuando hablé por teléfono con la gente de allí después de la emisión. Dijeron que el fallo había estado aquí, en Praga. Pero los checos lo niegan. He mantenido esta noche una larga conversación con Svoboda, el ingeniero jefe de la Radiodifusión Checa, instándolo a acelerar el desarrollo de su nuevo transmisor de onda corta y haciéndole ver que, si los alemanes se ponen difíciles, esta sería la única salida de Praga. Le he prometido nuestra cooperación para realizar pruebas transatlánticas. Como es un hombre de buen carácter, no cree que los alemanes hagan nada hasta después de que hayan digerido a Austria, cosa que, en su opinión, les costará años. Pero ha prometido tenerme al corriente de la marcha del nuevo emisor.

VIENA, *17 de abril (Domingo de Pascua)*

He llegado a casa esta mañana. Tess está mejor y le hemos regalado al bebé un enorme huevo de Pascua que compré ayer en Praga. Muy divertido.

ROMA, *2 de mayo*

En un momento dado durante la noche, guardias con camisas negras de las SS me han sacado de la cama en mi compartimento de *wagons-lits* y me han quitado todo el dinero que llevaba encima. Han estado discutiendo entre sí largo rato acerca de si me detenían o no, pero al final han desistido. Hitler llega esta tarde a la caída del sol. Yo estoy transmitiendo ahora desde el tejado de las cuadras reales que domina la entrada al palacio del Quirinal, y tengo reservada la conexión para el momento en que está prevista la llegada del rey y del Führer.

Más tarde

Por desgracia para mí, los caballos que tiraban del carruaje de Hitler han galopado más deprisa de lo que todos habíamos previsto. Cuando pude salir al aire esta tarde, ya había llegado, entrado en el palacio, salido a saludar al populacho y desaparecido de nuevo en el interior, y cuando se abrió mi micrófono ya no había nada que describir. Yo, sin embargo, había tomado algunas notas acerca del marco de la visita y había recibido por radio, en alemán, relatos descriptivos de la espectacular llegada siguiendo la Vía Triunfal, a través de las espléndidas ruinas de la antigua Roma, desde el

Coliseo y sus columnatas, que el sol hacía parecer hechas de fuego rojo, hasta llegar al palacio. Pero cuando salí al aire y se apagó de pronto la pequeña linterna eléctrica que tenía pegada al micrófono, reinó la oscuridad más absoluta y ya no pude distinguir ni una palabra de mis notas. El único recurso que me quedaba era el de improvisar libremente, de memoria. Sin embargo, tras haberme pasado cinco horas de pie en aquel tejado batido por el viento, descubrí que la luz de mi memoria se había apagado también. Cerca, en el tejado, había una hilera de antorchas que ardían en honor de la llegada de Hitler. Hice señas a un técnico italiano para que me trajera una. La luz parpadeaba terriblemente, pero fue suficiente para permitirme distinguir unas cuantas palabras clave en mis apresuradas notas. Tengo, sin embargo, la sensación de haber hablado francamente mal.

ROMA, *3 de mayo*

Recibo un cablegrama de felicitación que me envía Paul White por la transmisión de anoche, que me anima mucho. La ciudad está llena de polis —cincuenta mil, dicen, entre alemanes e italianos—, para proteger a los dos grandes personajes. Mientras dure la visita han encerrado o desterrado de la ciudad a todos los judíos forasteros. Los italianos apenas ocultan su hostilidad hacia los alemanes. Los miran cuando pasan y, después, escupen despectivamente. La Ciudad Eterna está maravillosa en primavera. Me he llegado a la Piazza di Spagna, llena de espléndidas flores que adornan los escalones que suben hasta la iglesia barroca. Pasaré estos días callejeando por ella.

FLORENCIA, *mayo*

He seguido a Hitler hasta aquí, pero no he podido emitir. Nueva York deseaba —¡qué ocurrencia!— que transmitiera, para un programa, trinos de pájaros de aquí, pero no he sido capaz de encontrarlos. He pasado el día en los Uffizi, pero, en comparación con los Grecos que pude ver en España, los Leonardos, Rafaeles, Ticianos e incluso los Botticellis me han parecido un tanto descoloridos. He paseado siguiendo el Arno. Recordaba la magnífica vista desde Fiesole, una antigua población etrusca situada en las colinas, a unos ocho kilómetros de aquí, pero no me ha dado tiempo de volver a verla. Regreso mañana a Viena.

VIENA, *20 de mayo*

Mientras Tess y yo cenábamos anoche con Charles Dimont (de Reuter's) y su morena y guapa esposa en un pequeño restaurante húngaro próximo a la Ópera, a él lo han llamado por teléfono. Volvió muy alarmado. Era una llamada de Londres, para informarlo de que se decía que tropas alemanas marchaban hacia Checoslovaquia. Decidió alquilar un coche y dirigirse rápidamente a Bratislava para echar un vistazo. Yo he optado por quedarme aquí y llamar por teléfono a Praga, Berlín y Londres antes de tomar una dirección u otra.

VIENA, *21 de mayo*

Me marcho esta noche a Praga. La noticia es que Hitler ha movilizado diez

divisiones a lo largo de la frontera checa. Los checos han llamado a filas a un reemplazo de reservistas y han reforzado con ellos su propia «Línea Maginot». Tenía la esperanza de permanecer aquí unos cuantos días, puesto que pasado mañana Tess ha de ser intervenida de nuevo. Si no hay guerra en Checoslovaquia, espero que podremos salir definitivamente de aquí el 10 de junio para nuestra nueva sede en Ginebra. El visado suizo de Tess expira para entonces, y nos costará mucho obtener otro si no salimos de aquí dentro de su plazo de validez. He elegido Ginebra porque aquí ya no puedo seguir realizando mi trabajo debido a las restricciones monetarias, la censura, el fisgoneo a que nos tienen sometidos los nazis y ese tipo de cosas.

VIENA, *9 de junio*

Nos vamos mañana. La Gestapo ha estado aquí durante dos días revisando mis libros y efectos, pero eran austríacos y la abundancia de cerveza y salchichas las convierte en personas amables y con las que es posible razonar. Tess no está en condiciones de viajar, impedida todavía por los vendajes, pero iremos por aire.

GINEBRA, *10 de junio*

¡Menudo día hoy! Pero estamos aquí. Ha habido tres momentos malos. El primero cuando fui a recoger quinientos marcos que me debía el director de una de las agencias de transporte. La Gestapo ha estado deteniendo a personas a diestro y siniestro, acusándolas de transacciones de moneda

«ilegales». Cualquier cambio les parece sospechoso. Cuando entré en el despacho privado del director, X, un espía nazi que lleva mucho tiempo trabajando aquí y haciéndose pasar por emigrante antinazi, se puso en pie con una gran sonrisa en la cara. Por un segundo pensé que era una trampa. Pero el director de la agencia, que es inglés, bajó conmigo al Ring y me dio el dinero. Aun así, pienso que X anda probablemente detrás de mí, por lo que me alegró que nuestro vuelo fuera a salir en un par de horas.

En el aeropuerto de Aspern se mostraron sumamente desconfiados. Le expliqué al jefe de la Gestapo que Tess se encontraba demasiado débil para mantenerse de pie; que la había dejado en un banco en la sala de espera y que yo iría a revisar su equipaje con él. Él exigió que se levantara y se acercara hasta allí para que respondiera a sus preguntas durante la revisión de aduanas; porque, si no, no podría dejarla embarcar. La estuve sosteniendo derecha, hasta que un oficial de policía me apartó hacia un lado. Tuve que permitir que la enfermera la ayudara como pudiera. A mí me llevaron a un cuartito donde dos agentes de policía estuvieron revisando mi agenda y mis bolsillos. Todo estaba en regla. Después me condujeron a otra habitación contigua. «Espere aquí», dijeron. Yo les insistí en que quería volver con mi mujer para ayudar en la inspección del equipaje, que mi mujer se encontraba en un estado crítico. Pero ellos cerraron de golpe la puerta. Oí cómo giraba la llave en la cerradura. Y me quedé encerrado allí. Cinco, diez, quince minutos... Midiendo a zancadas el suelo. Llegó la hora de la salida del avión. Pasó la hora. Y entonces oí gritar a Tess: «¡Bill, van a llevarme para desnudarme!». Yo ya había hablado de eso con el jefe de la Gestapo; le había dicho que Tess llevaba un vendaje muy apretado, que había peligro de infección. Golpeé la puerta. Nada. A través de la ventana podía oír y ver a los pilotos suizos acelerando los dos motores de su aparato Douglas, impacientes por despegar. Al cabo de media hora me llevaron por

un pasillo que conectaba la sala de espera con la pista de aterrizaje. Intenté entrar en la sala de espera, pero la puerta estaba cerrada. Por fin llegó Tess; la enfermera la sostenía con un brazo y llevaba al bebé en el otro.

«¡Dense prisa! —nos soltó un oficial—. ¡Han tenido al avión esperando durante media hora!» Yo me mordí la lengua y sujeté a Tess.

Ella estaba rechinando los dientes, más furiosa de lo que nunca en la vida la había visto. «Me han desnudado, los muy...», repetía una y otra vez. Pensé incluso que iba a volverse para clavar las uñas en la cara del oficial que nos seguía. Corrimos por la pista hacia el avión. Yo no hacía más que pensar en qué podría ocurrir en los próximos segundos, antes de que estuviéramos a salvo dentro del avión. Tal vez se presentaría X jadeando y exigiendo mi detención. Pero al final estábamos sentados dentro del aparato, mientras este recorría la pista.

El vuelo discurrió entre nubes de tormenta al cruzar los Alpes durante todo el camino de Viena a Zurich, con el avión cabeceando y sufriendo baches que mareaban y asustaban a la mayoría de los pasajeros. Pero pronto tuvimos Zurich debajo, Suiza, la cordura, la civilización de nuevo.

LAUSANA, *junio (sin fecha)*

Tess, Ed Murrow y yo hemos viajado por el lago en un vapor de ruedas en esta gloriosa tarde de junio, con el agua azul como la del Mediterráneo, las costas salpicadas de verde, con las montañas del Jura a la izquierda bajo un cielo encapotado de un azul grisáceo, y los Alpes a la derecha, rosados y blancos por efecto de la nieve y el sol. Era un paisaje casi sobrecogedor. Ed y yo hemos venido para asistir a la conferencia semestral de la International Broadcasting Union. Como asociados a ella, en vez de miembros regulares,

nos abstenemos de participar en las disputas de los radiodifusores europeos y nos limitamos a observar, lo cual nos deja tiempo para actividades extracurriculares. La IBU es uno de los pocos ejemplos de auténtica cooperación europea. ¿La razón? Pues que, si los radiodifusores no cooperaran, en especial en lo relativo a longitudes de onda, no existiría ninguna radio europea. Los checos y algunos ingleses que hay por aquí han debatido mucho sobre un artículo editorial publicado en el *Times* de Londres el día 3 de junio, en el que se aconseja a los checos que organicen un plebiscito para los Sudetes alemanes y que, si el resultado es que desean unirse al Reich, se lo permitan. El *Times* arguye que, si se actuara así, Alemania perdería cualquier motivo que pudiera tener para inmiscuirse en los asuntos de Checoslovaquia. Pero la Vieja Dama, simplemente no aprenderá. Ed y Dick Marriot, un joven inteligente y valeroso de la BBC, se muestran muy pesimistas con respecto a la fortaleza y las intenciones de «apaciguamiento» de la gente de Londres. Esta misma tarde, mientras estaba en la terraza donde tomábamos el café, me asaltó de improviso el comandante Atkinson, de la BBC, cuya traducción de *La decadencia de Occidente*, de Spengler, es mejor incluso que el original —es una de las pocas grandes traducciones que se han hecho del alemán, una lengua casi intraducible—, y que es un gran experto en la guerra civil norteamericana, llevando en la mano una botella de vino tinto de Borgoña y una gran copa en forma de globo en la otra, y me espetó: «Dígame, Shirer, ¿qué habría sucedido en Gettysburg si Lee hubiese...?», y me planteó un complicado problema militar. Pienso que tendremos que librar nuestra guerra civil aquí. Y que estos militares ingleses saben mucho más acerca de ella que cualquier civil norteamericano.

ÉVIAN-LES-BAINS, *7 de julio*

Reunión aquí de delegados de treinta y dos estados, por iniciativa de Roosevelt, para discutir cómo actuar con los refugiados del Tercer Reich. Myron C. Taylor, que encabeza la delegación norteamericana, ha sido elegido hoy presidente permanente del comité. Dudo de que se haga gran cosa. Los británicos, franceses y norteamericanos parecen demasiado ansiosos por no hacer nada que pueda ofender a Hitler. Es una situación absurda. Buscan apaciguar al hombre que es responsable de sus problemas. Los nazis, por supuesto, recibirán con agrado que las democracias corran con el gasto de liberar a los judíos de sus manos. Creo que me apresuré un poco al pensar que la figura del corresponsal extranjero de radio había nacido con ocasión del *Anschluss.* Hoy he concertado con Taylor una emisión, pero no he recibido ninguna invitación de Nueva York para hablar yo mismo sobre el programa de esta conferencia. En realidad, no la estamos cubriendo en absoluto. Me he encontrado con Jimmy Sheean, al que no veía desde nuestros tiempos en París hace ya diez años. Anoche celebramos una gran reunión en el casino, a la que se sumó Robert Dell, del *Manchester Guardian*, un veterano y gran personaje. Jimmy hizo saltar la banca en la mesa del bacarrá. Yo gané más laboriosamente un par de miles de francos en la ruleta. Dell, que es un sesentón, se quedó en el salón bailando. En el transcurso de la velada se unió a nosotros Dinah Sheean, una hermosa mujer de ojos grandes e inteligentes. Tuve ocasión también de renovar la amistad con más viejos amigos, como Bob Pell, de la delegación estadounidense, John Elliott y otros. Y debería mencionar a John Winant, a quien conocí hace un mes en Ginebra y que ha estado aquí; una persona muy agradable, liberal y un tanto torpe en sus modales, que le dan cierto parecido con Lincoln.

PRAGA, *4 de agosto*

Llegó hoy lord Runciman para jorobarlo todo y engañar a los checos si puede. Él, junto con su esposa y su séquito, cargados con montones de equipaje, han ido a alojarse en el hotel más ostentoso de la ciudad, el Alcron, donde han alquilado casi una planta entera. Más tarde Runciman, un hombre taciturno y de labios finos, con una cabeza calva tan redonda que parece un huevo deforme, nos recibió a todos —unos trescientos periodistas entre los checos y los extranjeros— en el salón del hotel. Pensé que se apartaba de su misión cuando dio las gracias por su presencia a los líderes de los Sudetes, que, en compañía de los miembros del gabinete checo, habían acudido a recibirlo en la estación.

La misión de Runciman apesta de principio a fin. Dice que ha venido a mediar entre el gobierno checo y el partido de los Sudetes liderado por Konrad Henlein. Pero Henlein carece de iniciativa. No puede negociar nada. Está enteramente a las órdenes de Hitler. La disputa es entre Praga y Berlín. Los checos saben que Chamberlain quiere personalmente que Checoslovaquia ceda a los deseos de Hitler. Y todos sabemos cuáles son esos deseos: la incorporación de todos los alemanes a un Reich ampliado. Alguien —creo que Walter Kerr, del *Herald Tribune*— ha sacado esta noche un recorte de su periódico que es un fragmento de un despacho escrito por su corresponsal en Londres, Joseph Driscoll, tras haber participado en un almuerzo con Chamberlain ofrecido por lady Astor. Está fechado en el mes de mayo, pero deja muy claro que el gobierno *tory* es decidido partidario de que Checoslovaquia ceda en el acto a Alemania el territorio de los Sudetes. Yo estoy convencido, sin embargo, de que antes

que hacer eso, los checos lucharán. Porque esa cesión significaría renunciar a sus defensas naturales y a su «Línea Maginot». Están dispuestos a conceder a los Sudetes una autonomía de hecho. Pero Henlein exige el derecho de crear un pequeño Estado nazi sudete dentro del Estado. Una vez que lo tenga, no hay duda de que se segregará para integrarse en Alemania.

Ceno hoy en el Baarandov, que domina el precioso Moldava, con Jeff Cox, del *Daily Express*, y con Kerr. Praga, con su arquitectura gótica y barroca, sus callejuelas serpenteantes, su espléndido puente Carlos sobre el Moldava y los riscos a un lado en los que se encarama el castillo de Hradshin, construido por los Habsburgo, tiene más personalidad que casi cualquier otra ciudad europea.

Pruebo a diario con los técnicos de la radio checa su nuevo transmisor de onda corta. Desde Nueva York, nuestros técnicos, que trabajan con la RCA, envían un informe diario de la recepción allí. El domingo probaremos a enviar por primera vez una emisión sobre maniobras militares del ejército checo. Svoboda no cree que pueda llegarles bien a los de Nueva York.

PRAGA, *14 de agosto*

Esta tarde, pocos minutos antes de salir al aire, mientras las tropas de tierra y las fuerzas aéreas ensayaban un gran espectáculo, un caza S˘koda, que picaba desde tres mil metros de altura, no consiguió salir bien de su acrobacia, estuvo a punto de estrellarse frente a mi micrófono e intentó tomar tierra a unos sesenta metros de donde yo estaba. Cuando pudo pararse, era un amasijo de metal retorcido. Yo estuve hablando todo el rato, describiendo la maniobra. Phoebe Packard, de UP, que me ayudaba en la emisión, dice que yo seguía gritando por el micro cuando se estrelló, pero

no lo recuerdo. El piloto y su observador vivían aún cuando los extrajeron del destrozado aparato, pero no creo que sobrevivan más allá de esta noche. Cuatro o cinco soldados que formaban una línea de refriega delante de nosotros resultaron gravemente heridos cuando el avión los arrolló en el intento de aterrizaje. Todos nos quedamos paralizados y ofrecimos cortar la emisión, pero el general al mando nos dijo que siguiéramos. Phoebe —alta, un tanto masculina y la única corresponsal que se ha hallado presente en las guerras de Etiopía y de España— permaneció muy serena, aunque estaba evidentemente afectada.

Más tarde, los técnicos de la CBS dijeron que tal vez había sobrado algún tiroteo para que la emisión fuera ideal, pero se mostraron entusiasmados con el nuevo transmisor checo. Nos ofrece una salida independiente ahora, por si los alemanes cortan las líneas telefónicas.

PRAGA, *24 de agosto*

Runciman sigue dando la lata, pidiendo a los checos que cedan en todo. Tiene ocupado ahora al gobierno en elaborar un plan de régimen cantonal *à la Suisse.* Puesto que la situación está tranquila momentáneamente, mañana iré a Berlín para echar un vistazo al desfile militar que Hitler está montando en honor de Horthy, el regente de Hungría.

BERLÍN, *25 de agosto*

Los agregados militares tienen aún caras de asombro. Entre el armamento que el Reichswehr mostró a Horthy (y al mundo) en el gran desfile militar,

estaba un enorme cañón de campaña, un monstruo de treinta centímetros de calibre por lo menos, transportado en cuatro piezas sobre camiones. Hubo otros grandes cañones y nuevos blindados, y la infantería desfiló muy bien al paso de la oca. Pero el Gran Bertha motorizado causó sensación. Nadie ha visto jamás un cañón tan grande fuera de un acorazado, excepto los transportados en ferrocarril. ¡Y cómo aplaudieron los espectadores al verlo! Como si no se tratara de algo inanimado, de una fría pieza de acero. Cuando me acerqué a la embajada después del desfile, nuestros expertos militares estaban ocupados en dibujar de memoria bocetos del cañón. No se permitieron fotografías, salvo un par de instantáneas oficiales que, por otra parte, no mostraban gran cosa. Ralph [Barnes] estaba tan excitado como un gato en celo. Algunos corresponsales norteamericanos, que simpatizaban con los nazis más que otros, se rieron de mí cuando esta noche, en el Taverne, sostuve que los checos pelearían.

GINEBRA, *9 de septiembre*

Una fugaz visita a la familia antes de que los nubarrones de guerra descarguen. En Berlín, las opiniones más autorizadas afirman que Hitler se ha decidido ya por la guerra si es necesaria para recuperar los Sudetes. Yo lo dudo por dos razones: la primera es que el ejército alemán no está preparado; y, en segundo lugar, el pueblo está completamente en contra de la guerra. La radio se ha pasado todo el día diciendo que Gran Bretaña le ha dicho a Alemania que combatirá si se produce una invasión de Checoslovaquia. Tal vez sea así, pero no se puede olvidar el editorial del *Times* de hace tres días, en el que se invitaba a los checos a convertirse en un Estado «más homogéneo» entregando los Sudetes a Hitler.

La atmósfera aquí, en Ginebra, es deliciosamente irreal. El lunes se inauguran la 102.ª reunión del Consejo de la Sociedad de Naciones y el 19.º plenario de la Asamblea, y todos los expertos en cuestiones internacionales se están congregando aquí para no hacer nada. La situación de Checoslovaquia ni siquiera figura en el orden del día, y no figurará en él. ¿Quién fue el que lo planteó perfectamente el otro día cuando paseábamos por la orilla del lago de Ginebra y apareció frente a nosotros el gran edificio de la Secretaría de la Sociedad de Naciones? Alguien. «¡Un hermoso sepulcro de granito! Admiremos su belleza en el marco de verdes colinas y el fondo de montañas. Ahí, amigo mío, están enterradas las difuntas esperanzas de paz para nuestra generación.»

Tess, con el bebé, se marcha a Estados Unidos a finales de mes con objeto de fijar allí su residencia para obtener la ciudadanía. Yo vuelo a Praga mañana para cubrir la paz o la guerra. Casi he convencido a la CBS de que deberían dejarme hablar cinco minutos diarios, ¡algo revolucionario en este negocio de la radiodifusión!

PRAGA, *10 de septiembre*

Toda Europa aguarda la decisión final de Hitler, que será dada a conocer pasado mañana en la convención del Partido Nazi en Nuremberg. Entretanto, hoy hemos tenido dos discursos: uno del presidente Benes̆ aquí y otro de Göring en Nuremberg, donde durante toda la semana los nazis han estado tronando amenazas contra Checoslovaquia. Benes̆, que hablaba desde el estudio de la Radiodifusión Checa, se ha mostrado tranquilo y razonable; «demasiado», pensé, aunque estaba obviamente tratando de complacer a los británicos. Dijo: «Creo firmemente que no será preciso

nada más que fortaleza moral, buena voluntad y confianza mutua ... Si somos capaces de resolver pacíficamente nuestros asuntos de nacionalidad ..., nuestro país será uno de los más bellos, mejor administrados, más valiosos y justos del mundo ... No hablo así por temor al futuro. Jamás he tenido miedo. Siempre he sido optimista, y mi optimismo es más fuerte hoy que en cualquier otro momento ... Mantengamos todos la tranquilidad ..., pero seamos optimistas ... y, por encima de todo, no olvidemos que la fe y la buena voluntad mueven montañas».

El doctor Benes ˇ se expresó en checo y en alemán, así que pude entenderlo perfectamente. Cuando concluyó, corrí a verlo en el vestíbulo de la emisora. Deseaba acercarme a él y decirle: «¡Pero usted está tratando con unos gángsteres, con Hitler y Göring!». No tuve valor para hacerlo, y me limité a desearle las buenas noches con un gesto de la cabeza a ese valiente checo hijo de un campesino que ha cometido muchos errores en las dos últimas décadas, pero que, cuando todo está dicho y hecho, apoya las virtudes democráticas que Hitler quiere destruir. Tenía el rostro serio, ni de lejos tan optimista como sus palabras, por lo que dudo que ignore en qué terrible situación está.

Del otro discurso, el de Göring, tal como lo difundió Reuter’s, tomo estas palabras: «Un mezquino fragmento de Europa está incordiando a los seres humanos ... Esta miserable raza pigmea [los checos] e inculta —pues nadie sabe de dónde procede— está oprimiendo a un pueblo culto, y tras ella están Moscú y la eterna máscara del demonio judío».

PRAGA, *11 de septiembre*

Reina el silencio aquí, pero la tensión puede cortarse con un cuchillo. Hay

informes que dicen que los alemanes han reunido doscientos mil hombres en la frontera entre Austria y Checoslovaquia. En Londres se suceden las reuniones en Downing Street. En París, Daladier se entrevista con Gamelin. Pero todos están esperando el discurso que pronunciará Hitler mañana. Finalmente, la CBS ha dado el visto bueno para radiar desde aquí un informe diario de cinco minutos, pero me piden que les envíe de antemano un cable desde aquí cuando piense que la noticia no justifica ese empleo del tiempo.

PRAGA, *12 de septiembre*

El Gran Hombre ha hablado. Y no hay guerra; al menos de momento. Esta es la primera reacción de Checoslovaquia al discurso de Hitler de esta noche en Nuremberg. Hitler ha proferido insultos y amenazas contra Praga. Pero no exige que los Sudetes le sean entregados de inmediato. Ni siquiera ha pedido un plebiscito. Aunque, eso sí, insiste en la «autodeterminación» para los Sudetes. He escuchado la emisión del discurso en el apartamento de Bill y Mary Morrell, que domina la estación Wilson. La habitación estaba llena de corresponsales —Kerr, Cox, Maurice Hindus, etcétera— y de humo. Jamás he oído a Adolf tan poseído por el odio y a sus oyentes tan al borde de la locura. ¡Cuánto veneno había en su voz cuando, al comienzo de su larga enumeración de pretendidas injusticias cometidas contra los Sudetes, hizo una pausa y añadió: «Ich spreche von der Czechoslovakei!». Todas sus palabras, su tono, destilaban veneno.

Parecía que todos los checoslovacos hubieran escuchado el discurso: las calles se encontraban desiertas esta noche entre las ocho y las diez. Para inmediatamente después se convocó una reunión extraordinaria del consejo

del gabinete de Interior, pero Benesˇ no asistió a ella. Morrell y yo hicimos algunas llamadas a Karlsbad y Reichenberg para saber si los tres millones y medio de habitantes de los Sudetes se habían alborotado después del discurso. Por fortuna, estaba lloviendo a cántaros en toda la región. Unos seis mil entusiastas de Henlein, luciendo brazaletes con la esvástica, desfilaron después por las calles de Karlsbad gritando: «¡Abajo los checos y los judíos! ¡Queremos un plebiscito!». Pero no hubo enfrentamientos. Lo mismo sucedió en Reichenberg.

Este día en que la guerra y la paz han estado aparentemente en el alero, Praga ha vivido una jornada oscura y deprimente, con una lluvia fría y cortante que lo empapaba todo. He vagado por las viejas calles gran parte del día intentando constatar la reacción del pueblo cuando tiene ante sí la guerra y la invasión y es consciente de que, a los veinte minutos de declararse la guerra, si se produce siquiera tal declaración, pueden comenzar a llover bombas encima de uno. Pero los checos han ido a sus trabajos como de costumbre, sin pesimismo, sin tristeza, sin miedo. O bien no tienen nervios, o tal vez sea que son personas con nervios de acero.

Los rusos, tal vez con la ayuda de los checos, han hecho un excelente trabajo interfiriendo el discurso de Hitler anoche. Königsberg, Breslau, Viena, etcétera, todas las emisoras del este, fueron ininteligibles. Tuvimos que ir pasando el dial hasta Colonia antes de conseguir una recepción decente.

PRAGA, *13-14 de septiembre, tres de la madrugada*

La guerra está muy próxima, y desde la medianoche hemos estado esperando la presencia de bombarderos alemanes, pero hasta ahora sin que

hayamos visto ninguno. Ha habido tiroteos en el territorio de los Sudetes (en Eger, Elbogen, Falkenau, Habersbirk). Han muerto unos pocos sudetes y checos, y los alemanes han estado saqueando tiendas de checos y judíos. Por eso los checos han proclamado justamente esta mañana la ley marcial en cinco distritos de los Sudetes. Hacia las siete de la tarde hemos sabido que Henlein ha enviado al gobierno un ultimátum de seis horas. Fue entregado a las seis de la tarde, por lo que expira a medianoche. Exigía en él la revocación de la ley marcial, la retirada de la policía checa del territorio de los Sudetes y la «separación» de los cuarteles militares de la población civil. No sabemos si está respaldado por Hitler, aunque, después del discurso que pronunció en Nuremberg, apenas cabe duda de que lo está. En cualquier caso, el gobierno checo lo ha rechazado. No podría haber actuado de otro modo. Ha hecho su elección. Combatirá. Ahora estamos todos a la espera del siguiente movimiento de Hitler.

La tensión y confusión de esta noche en el vestíbulo del hotel Ambassador, donde se congregan los diplomáticos y los corresponsales, han sido indescriptibles. Resulta fascinante observar las reacciones de personas dominadas de pronto por el miedo. Algunas no pueden resistirlo. Se abandonan a un ataque de histeria y, después, huyen presas del pánico, Dios sabe a dónde. La mayoría lo soporta, con diversos grados de valor y sangre fría. Esta noche en el vestíbulo, por ejemplo, los periodistas se apiñaban alrededor del único telefonista que había, tratando de poner conferencias. Los judíos hacían lo imposible por reservar plazas en el último avión o tren. Todos nos apretujábamos en torno a cada nueva persona que entraba del exterior a través de la puerta giratoria, para oír los rumores más descabellados, a los que dábamos crédito o no según cuáles fueran nuestros sentimientos. Los bombarderos de Göring atacarán a medianoche a menos que los checos acepten el ultimátum. Utilizarán gas. ¿Dónde puede alguien

conseguir una máscara antigás? No hay ninguna. ¿Qué hacer, entonces? Benesˇ aceptará el ultimátum. ¡Tiene que hacerlo! Los periodistas corren de acá para allá, furiosos por los teléfonos, por los alemanes, con el oído alerta para captar el ruido de la primera bomba. Packard y Beattie, de UP, Steinkopf, de AP, Red Knickerbocker, de INS, Whitaker y Fodor, del *Daily News* de Chicago, Alex Small, del *Chicago Tribune*, Walter Kerr, del *New York Herald Tribune*, Gedye y Vadnay, del *New York Times*, y los corresponsales ingleses.

Un elemento de comedia ayuda a romper la tensión. Alex, casi oculto tras una gran jarra de cerveza, y Phoebe Packard, que está detrás de otra, fruncen el ceño al leer un cablegrama que Alex acaba de recibir. Proviene de su jefe, el coronel McCormick, que los instruye con precisión militar acerca de cómo deben cubrir la guerra. Alex lee en voz alta el final: «Las guerras comienzan siempre al amanecer. Estén allí a esa hora», telegrafía el coronel.

Un tímido hombre de negocios norteamericano se acerca a nuestra mesa; se presenta a sí mismo.

—Lo de esta noche me está dando una descarga de adrenalina —dice—. Ustedes, los periodistas, llevan realmente unas vidas muy interesantes.

—¿Qué tomará usted, señor? —le pregunta alguien. Nosotros seguimos con nuestra conversación, pidiendo a gritos un teléfono.

Falta ya poco para la medianoche. La hora límite del ultimátum. Entra un funcionario de Asuntos Exteriores, con la cara muy seria. «Abgelehnt», dice en alemán. «Rechazado.» El ultimátum ha sido rechazado. Los corresponsales vuelan de nuevo al teléfono. Algunos judíos se escabullen. El agente de prensa del partido sudete, un tipo grandote y jovial que suele aparecer a esta hora para darnos sus noticias, se presenta como de costumbre. Solo que hoy no se muestra jovial. «¿Han rechazado el

ultimátum?», pregunta. Apenas aguarda la respuesta: agarra un maletín que ha dejado en el rincón y desaparece por la puerta.

Packard o algún otro consigue por fin comunicarse con el territorio de los Sudetes. Están luchando allí con fusiles, granadas de mano, ametralladoras, tanques. Todo el mundo coincide: es la guerra. Bill Morrell llama por teléfono desde Habersbirk. ¿Querría yo pasar su crónica al *Daily Express*? Sí, pero ¿qué ocurre? Me dice que está llamando desde la comisaría de policía de allí. En un rincón de la habitación donde se encuentra, a unos pasos de él, hay una sábana que cubre los cadáveres de cuatro gendarmes checos y un alemán. Los alemanes han dado muerte a los cuatro gendarmes en la ciudad, pero luego han llegado refuerzos checos y el gobierno tiene ahora controlada la situación. Llamo a su mujer, Mary, que está a punto de ser madre, y le digo que Bill está bien. Es ya casi la hora de mi emisión. Salgo del hotel y corro por la calle en dirección a la Casa de la Radio.

Debo confesar que, una vez fuera del hotel, siento algo de vergüenza. La gente con la que me cruzo está silenciosa, serena. No veo por ninguna parte policía ni tropas. Todo el mundo se va a casa a dormir, como siempre. Emito, pero no conseguimos recibir voz de Nueva York y temo que haya perturbaciones atmosféricas. Con eso, me voy a la cama.

PRAGA, *14 de septiembre, por la mañana*

Un cablegrama descorazonador de Paul White. Mi emisión de anoche no les llegó. Dice que a causa de perturbaciones atmosféricas o manchas solares. Salgo ahora con Hindus, Cox y Morrell a viajar un poco en coche por el territorio de los Sudetes y echar un vistazo a la situación allí.

Por la noche

Hemos recorrido trescientos kilómetros a través del territorio de los Sudetes. La lucha allí ha acabado. La revuelta, inspirada por Alemania con armas alemanas, ha sido apaciguada. Y los policías y militares checos, actuando con una contención que resulta increíble, han sufrido más bajas que los sudetes alemanes. A menos que Hitler interfiera de nuevo, la crisis ha pasado su momento de mayor gravedad. Los sudetes con los que he hablado hoy están muy sorprendidos. Esperaban que el ejército alemán entrara el lunes por la noche después del discurso de Hitler, y cuando vieron que no llegaba, pero que sí lo hacía el ejército checo, se descorazonaron. Solo en Schwaderbach resisten los partidarios de Henlein, y eso porque los checos no pueden disparar contra la ciudad sin que sus balas alcancen el territorio del Reich. Henlein anuncia esta tarde desde Asch la disolución del comité que ha estado negociando aquí con el gobierno. Ernst Kundt, su delegado jefe, un hombre moreno y apasionado, que es el más decente de todo el grupo, me dice que él se queda en Praga «si no me matan».

En algún momento después de la cena entró corriendo en el vestíbulo del Ambassador un muchacho con la edición extraordinaria de un periódico en lengua alemana, el único que yo leo porque no sé checo. Los titulares decían: ¡CHAMBERLAIN VUELA MAÑANA A BERCHTESGADEN PARA VER A HITLER! Los checos están estupefactos. Se huelen una capitulación y me temo que aciertan. De camino a la radio para emitir esta noche, Hindus, que me acompañaba y entiende el checo, se paró al oír lo que voceaban los chicos que vendían periódicos. Estaban gritando, según me dijo: «¡Extra! ¡Extra! ¡Todo sobre cómo el poderoso líder del Imperio británico se inclina suplicante ante Hitler!». No he oído ningún comentario mejor esta noche.

Emito de nuevo, pero me temo que mi emisión no saldrá. Las manchas del todopoderoso Sol están en nuestra contra.

PRAGA, *15 de septiembre*

Me siento un poco frustrado. Nueva York cablegrafía de nuevo que mi voz no les llega. Esta noche enviaré mi texto por cable para que lo lean. Henlein ha publicado hoy una proclama en la que exige claramente el *Anschluss*, y después de eso ha huido a Alemania. El gobierno ha ordenado su arresto por traidor. Ed Beattie, de UP, telefoneó esta mañana desde Eger y, aunque es norteamericano hasta el tuétano, Packard no podía entender ni una palabra de lo que le decía. Así que se acercó corriendo hacia mí, teléfono en mano: «Beattie se ha vuelto loco —me dijo—. Está hablando en algún idioma extraño. ¿Quieres hablar con él?». Tomé el aparato. Ed explicó en alemán que estaba hablando desde una comisaría de policía checa, que los checos entendían el alemán, pero no el inglés, y que le habían dejado llamar a condición de que dictara su crónica en alemán para que ellos pudieran cotejarla. La tomé yo mismo. Seis muertos allí la pasada noche cuando la policía checa asaltó el cuartel general de Henlein en el hotel Victoria.

Los checos, como todo el mundo, tienen hoy los ojos fijos en Berchtesgaden. Anoche preguntaban si la paz que el señor Chamberlain está intentando arrancarle a Hitler no exigirá de ellos hacer todas las concesiones. Los círculos gubernamentales están muy pesimistas. Murrow llamó desde Londres y me sugirió que fuera inmediatamente a Berchtesgaden. No sé si es posible. Los trenes checos han dejado de cruzar la frontera y no consigo encontrar a un chófer checo dispuesto a llevar su automóvil al otro lado.

Más tarde

Llamó Ed para decir que Chamberlain vuelve a Londres por la mañana. Anulado mi viaje a Berchtesgaden. Es un alivio. Prefiero cubrir esta guerra desde el lado checo.

PRAGA, *16 de septiembre*

Otro cablegrama de Nueva York. Por tercer día consecutivo no han podido oírme allí, pero leyeron mi crónica, que les llegó por cable. Está de mala suerte la radio. Berlín informa de que Hitler ha pedido —y Chamberlain ha aceptado más o menos— un plebiscito para los Sudetes. Aquí el gobierno dice que esa cuestión es inasumible. Pero temen que se haya acordado ya en Berchtesgaden. En otras palabras, que el señor Chamberlain los haya vendido a traición. Lo digo en mi emisión de esta noche: «¿Consentirán los checos en romper su país y sacrificar su estratégica frontera montañosa que ha protegido a Bohemia durante mil años? ... Tengo la impresión de que no se quedarán quietos ni confiarán tampoco su destino a una conferencia de las cuatro grandes potencias occidentales ... Los checos dicen: suponiendo que fuera aceptado un plebiscito y que los Sudetes fuesen devueltos a Alemania... pudiera ser que, como compensación, el señor Chamberlain nos ofreciera una garantía de no agresión firmada solemnemente por Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia. Pero, siendo sinceros, ¿serviría de algo otro tratado?».

Más tarde

¡Hurra! Esta noche oí perfectamente a Nueva York por el *feedback*, y ellos me han oído igualmente bien. Después de cuatro días de haber sido borrado de las ondas... ¡y qué cuatro días! Runciman ha partido para Londres, escabulléndose sin hacer ruido, sin el afecto de nadie, sin honores, sin reconocimiento.

PRAGA, *18 de septiembre*

Los checos se están endureciendo a medida que se hace evidente que Chamberlain está dispuesto a apoyar las exigencias de Hitler sobre el territorio de los Sudetes a costa de Checoslovaquia. Milo Hodza, el primer ministro, emitió hoy un discurso radiado a todo el mundo, en el que rechazaba tajantemente la propuesta de un plebiscito. «Es inaceptable. No resolverá nada», dijo. Hodza, a diferencia de la mayoría de los eslovacos, me llamó la atención como un hombre excitable y nervioso cuando lo vi en la Casa de la Radio al acabar de hablar. Mostraba visiblemente la tensión de estos últimos días. Sus palabras suenan fuertes, pero me pregunto si no se estará debilitando.

Más tarde

Tengo que ir a Alemania. A medianoche me telefoneó Murrow desde Londres con las noticias. Los británicos y los franceses han decidido que no lucharán por Checoslovaquia, y están pidiendo a Praga que se rinda incondicionalmente a Hitler y entregue a Alemania el territorio de los

Sudetes. Yo le he dicho a Ed que los checos no lo aceptarían y que combatirían solos...

—Tal vez sea así. Espero que estés en lo cierto. Pero, entretanto, el señor Chamberlain va a encontrarse con Hitler en Godesberg el miércoles, y queremos que tú cubras eso. Si estalla una guerra, puedes volver a Praga.

—De acuerdo —dije.

No me preocupa a dónde ir ahora. Finalmente, me hice a la idea y salí en busca de Maurice Hindus, al que saqué de la cama y le conté la noticia, que él se negó a creer. Después telefoneamos a dos o tres amigos del Ministerio de Asuntos Exteriores. Por el tono de sus voces vimos que conocían ya la noticia, aunque nos dijeron que no. Afirmaron que era demasiado «fantástica» para darle crédito, como, en efecto, lo es. Maurice y yo fuimos a dar un paseo. La gente salía de los cafés para ir a sus casas, pero no daban la impresión de sentirse más excitados de lo normal y era obvio que no habían oído las noticias provenientes de Londres.

Maurice se encargará de las emisiones mientras yo esté fuera. Tomo un avión para Berlín por la mañana. Me acuesto a las cuatro de la madrugada, harto y disgustado.

BERLÍN, *19 de septiembre*

Los nazis, y con razón, están exultantes por lo que consideran el mayor triunfo de Hitler hasta la fecha. «Y sin ningún derramamiento de sangre como los anteriores», no han parado de restregarme por la cara durante todo el día. En cuanto a la buena gente de la calle, sienten un inmenso alivio. No desean la guerra. La prensa nazi está repleta de titulares histéricos. Todo mentiras. Ahí van algunos ejemplos: MUJERES Y NIÑOS ABATIDOS POR LOS

BLINDADOS CHECOS, o SANGRIENTO RÉGIMEN: NUEVOS ASESINATOS DE ALEMANES COMETIDOS POR CHECOS. Pero la palma se la lleva, sin duda, el *Börsen Zeitung*: ¿ATAQUE CON GAS VENENOSO SOBRE AUSSIG? Bien es verdad que también son bastante buenos los titulares del *Hamburger Zeitung*: ROBO, SAQUEOS, DISPAROS. ¡EL TERROR CHECO EN EL TERRITORIO ALEMÁN DE LOS SUDETES AUMENTA DÍA A DÍA!

Ni una palabra de Praga esta noche acerca de si los checos aceptarán o no el ultimátum de Chamberlain. Yo aún espero, contra toda esperanza, que combatirán. Porque, si lo hacen, habrá una guerra europea y Hitler no podrá vencer. Anoche acabé mi transmisión con estas palabras: «Una cosa es segura: el señor Chamberlain va a encontrar una calurosa acogida en Godesberg. De hecho, la impresión que tengo hoy en Berlín es que el señor Chamberlain se ha convertido en un personaje muy popular en esta ciudad».

EN EL TREN BERLÍN -GODESBERG, *20 de septiembre*

Acabamos de efectuar una emisión muy singular. Paul White me telefoneó hoy a las seis de la tarde desde Nueva York, en el momento en que me encontraba haciendo las maletas. Le dije que tendríamos que cancelar mi emisión habitual de las diez y media esta noche, porque precisamente a esa hora salía nuestro tren para Godesberg. Sugirió entonces realizar una emisión desde el tren, entrevistando a los corresponsales acerca de las posibilidades de paz o de guerra que veían en Godesberg. Hice una llamada telefónica a la Reichs Rundfunk; imposible hacerlo desde el tren. «¿Y emitir desde la estación de la Friedrichstrasse?», pregunté. «Eso sí», respondió el doctor Harald Diettrich, el joven y emprendedor ejecutivo del

departamento alemán de onda corta. Llamada telefónica a Nueva York. White, encantado. Cuando llegué a la estación a las diez menos cinco, que era la hora prevista para el inicio de la emisión, el micrófono estaba ya allí, listo y funcionando.

Pero aún no había corresponsales norteamericanos. El andén estaba vacío. A las diez comencé a improvisar a mi aire. La única noticia nueva que tenía era que los húngaros y los polacos habían estado en Berchtesgaden durante el día para reclamar, como chacales, su parte de los despojos checos. Una vez agotado este tema, me puse a leer los titulares de los periódicos de la tarde. Las mentiras de siempre, pero si yo las calificaba así, los nazis me cortarían la emisión. ¡Y eran titulares como este: TROPAS CHECAS ATACAN EL IMPERIO ALEMÁN! Miré a mi alrededor. Ningún corresponsal todavía. Confié en que perdieran todos el tren. Empecé a hablar entonces sobre las minorías checas; sí, creo que fue de eso. Hasta que, finalmente, se presentó Huss. Lo agarré por los faldones de la chaqueta y, antes de que se diera cuenta, ya estaba en el aire. El resto de los periodistas fueron llegando, pero parecían estar muy ocupados en colocar sus equipajes. Huss comenzó a hacerles gestos frenéticos para que acudieran. Dios sabe cómo se oiría aquel guirigay. Conseguí reunir a dos o tres ingleses y, después, a Sigrid Schultz, Webb Miller y Ralph Barnes. Philippo Boiano, del *Popolo d'Italia*, se ofreció para hablar. Yo ya sabía que odiaba secretamente a los nazis, pero no estaba nada seguro de su inglés. Resultó extraordinario: ningún actor hubiera podido exhibir un acento la mitad de bueno que el suyo. Jouve, de la agencia Havas, quiso hablar también. Y, antes de que yo pudiera preguntarle si hablaba inglés, ya lo estaba haciendo... en francés. Yo comencé a traducir lo que había dicho, pero entonces vi por el rabillo del ojo que el tren se movía. Mi última frase por micrófono salió entrecortada, pero logré subir al tren. Temo que la

emisión haya sido un fracaso estrepitoso en Estados Unidos, pero ahora tengo cosas más importantes en las que pensar.

GODESBERG, *22 de septiembre*

La esvástica y la Union Jack británica ondeando juntas en esta preciosa ciudad del Rin; lo encuentro muy adecuado. Como lo es, también, mantener el encuentro en una población wagneriana, ya que es aquí, dicen, donde solían retozar Wotan, Thor y los demás dioses de los antiguos teutones.

Esta mañana observé algo muy interesante. Estaba desayunando en el jardín del hotel Dreesen, donde se aloja Hitler, cuando el gran hombre apareció de pronto, pasó a mi lado y fue a la orilla del Rin para inspeccionar su yate fluvial. X, uno de los más destacados editores de Alemania, que desprecia en secreto al régimen, me dio un codazo al tiempo que decía: «¡Fíjate en sus andares!». Bien mirado, era una forma muy curiosa de caminar. Para empezar, era muy femenina. A pasitos menudos. En segundo lugar, cada pocos pasos ladeaba nerviosamente el hombro derecho a la vez que la pierna izquierda sufría como una sacudida. Lo observé más detenidamente cuando volvió a pasar a nuestro lado: el mismo tic nervioso. Tenía unas feas ojeras negras. Pienso que el hombre está al borde de una crisis nerviosa. Y ahora entiendo el sentido de una expresión que oí emplear anoche a los chupatintas del partido cuando estaban bebiendo en el bar del Dreesen: no paraban de hablar del *Teppichfresser*, el «comedor de alfombras». Al principio no lo entendí, pero alguien lo explicó luego entre susurros. Dijeron que Hitler había tenido últimamente una de sus crisis nerviosas, que de un tiempo a esta parte se manifestaban de una extraña forma: cada vez que le da un berrinche a causa de Benesˇ o los checos, se

tumba en el suelo y se pone a morder los bordes de la alfombra; de ahí lo de *Teppichfresser.* Después de haberlo visto esta mañana, se me hace más fácil creerlo.

Chamberlain y Hitler mantuvieron una conversación de tres horas después del almuerzo, y mantendrán otra mañana. Mientras estaba transmitiendo desde un pequeño estudio que hemos improvisado en el vestíbulo del portero del hotel, los dos hombres, tras su conferencia, vinieron a detenerse justo delante de mi ventana. Hitler era todo amabilidad, ciertamente, y Chamberlain, con su aspecto de mochuelo, sonreía muy complacido en su vanidad ante el aplauso, un tanto ensayado, de una compañía de las SS formada ante la puerta. Oigo decir que Chamberlain ha propuesto una comisión internacional para supervisar la retirada de los checos del territorio de los Sudetes y una garantía internacional para lo que queda de Checoslovaquia. Nueva York cablegrafía que nuestra emisión de anoche en la estación de la Friedrichstrasse fue un exitazo. Es curioso. Nuevo gabinete en Praga. El nuevo primer ministro es el tuerto e intransigente general Jan Syrovy, inspector general del ejército. Aún puede ser que los checos se decidan a luchar.

GODESBERG, *23-24 de septiembre, cuatro de la madrugada*

La guerra parece muy próxima después de este extraño día. Todos los corresponsales británicos y franceses, así como Birchall, del *New York Times,* que es súbdito británico, se marchan al amanecer —es decir, dentro de una hora— en dirección a Francia, Bélgica o la frontera holandesa. Parece ser que Hitler se la ha jugado a Chamberlain, y ahora el viejo búho está herido. Se ha pasado el día entero encerrado de mal humor en sus

habitaciones del Petershof, el hotel que hay en Petersberg, al otro lado del Rin, negándose a venir para hablar con el dictador. Pasadas las cinco de la tarde envió a sir Horace Wilson, su asesor «confidencial», y a sir Nevile Henderson, el embajador británico en Berlín (dos hombres que, en nuestra opinión, estarían dispuestos a vender a los checos por cinco centavos), a que cruzaran el Rin y se entrevistaran con Ribbentrop. ¿El resultado? Pues que Chamberlain y Hitler se han visto esta noche a las diez y media. Esta entrevista, que es la última, concluyó sin acuerdo a la una y media de la madrugada y en lo que ahora parece que es la guerra, aunque desde mi «estudio» del vestíbulo del portero, a menos de ocho metros de distancia, no pude distinguir ninguna tensión ni un especial desagrado en el rostro de pájaro de Chamberlain cuando se despedía de Hitler, que le sonreía también amablemente. Aun así, los alemanes están sumidos hoy en una profunda tristeza, puesto que en verdad temen la guerra ahora que se enfrentan a ella. Están tristes pero, sin embargo, también febrilmente excitados. Justo cuando estaba a punto de salir en antena a las dos de la madrugada con mi crónica de hoy y el comunicado oficial, se presentaron corriendo Goebbels y Hadamovsky, el anterior jefe de la radiodifusión alemana, y nos prohibieron a Jordan y a mí que emitiéramos nada que no fuera otra cosa que la lectura del comunicado oficial. Más tarde entré en el vestíbulo del Dreesen a tomar un bocado. Vi allí a Goebbels, Ribbentrop, Göring, Keitel y otros, que entraban y salían del recinto, todos con caras de haber recibido en la cabeza el mazazo de un martillo pilón. Aquello me sorprendió un poco, porque esta guerra es cosa suya. El comunicado dice simplemente que Chamberlain se ha comprometido a entregar a Praga un memorándum que contiene la «actitud final» de Alemania con respecto al asunto del territorio de los Sudetes. El quid de la cuestión es que Chamberlain vino aquí preparado para entregar los Sudetes a Hitler, pero a la manera «británica»,

con una comisión internacional encargada de supervisar el tema. Pero se ha encontrado con que la voracidad de Hitler ha aumentado. Hitler quiere conseguir imponerse a su modo; es decir, inmediatamente, sin la pamema de una comisión internacional. En realidad, la cuestión no es importante para ninguno de los dos, pero da la impresión de que han endurecido sus posturas.[6]

Mientras tanto, corre la voz de que los checos han ordenado por fin la movilización.

Son ahora las cinco de la madrugada. Voy a tumbarme en una mesa aquí, en el vestíbulo, porque a las seis debo marcharme a Colonia a tomar el avión que sale desde allí para Berlín.

BERLÍN, *24 de septiembre*

Mi crónica de hoy se refiere a la emisión que difundí ayer a medianoche. Dije en ella: «Reinó alguna confusión entre todos los que estábamos en Godesberg esta mañana ... pero esta noche, tal como se ve desde Berlín, la situación es esta: Hitler ha pedido que Checoslovaquia acepte, antes del sábado 1 de octubre, la entrega a Alemania del territorio de los Sudetes. El señor Chamberlain ha accedido a trasladar esta petición al gobierno checoslovaco. El hecho de que él, con la autoridad de un hombre que es el líder político del Imperio británico, haya asumido esta tarea se interpreta aquí, y creo que en cualquier otra parte, en el sentido de que el señor Chamberlain respalda a Hitler.

»Esto explica que todos los alemanes con quienes he hablado esta mañana en las calles de Colonia y en Berlín esta tarde crean que habrá paz. De hecho, ¿cuál piensan ustedes que es el nuevo eslogan que corre por

Berlín este noche? Podrán verlo en todos los periódicos de la tarde. Es el siguiente: “¡Con Hitler y Chamberlain por la paz!”. Y el *Angriff* añade: “Hitler y Chamberlain están trabajando por la paz noche y día”».

Es decir, que esta noche Berlín se muestra optimista en relación con la paz. Esta noche no consigo telefonear ni telegrafiar a Hindus en Praga para darle su hora de transmisión. Todas las comunicaciones con Praga están cortadas. Doy gracias a Dios por la existencia de ese transmisor checo.[7]

BERLÍN, *25 de septiembre*

Hitler va a pronunciar un discurso mañana por la tarde en el Sportpalast. Parece furioso por los informes que llegan desde Praga, París y Londres en el sentido de que su memorándum de Godesberg va más allá del acuerdo concertado con Chamberlain en Berchtesgaden. Él lo niega. Pero en este tranquilo día de *sabbath* no se perciben fiebre de guerra ni sentimientos antichecos. Tengo entendido que en los viejos tiempos, en vísperas de guerras, la multitud solía manifestarse enfurecida ante las embajadas de los países enemigos. Hoy he pasado por delante de la legación checa. Ni un alma fuera, ni un solo policía. Día soleado y caluroso hoy, probablemente el último domingo veraniego del año, en el que la mitad de la población berlinesa parece haber decidido ir a pasar el día en los lagos cercanos o en los bosques de Grunewald. Cuesta creer que se avecine la guerra.

BERLÍN, *26 de septiembre*

Finalmente Hitler ha quemado sus últimas naves. Gritando y vociferando en

el peor estado de excitación en que lo he visto, ha asegurado esta noche en el Sportpalast que tendría su territorio de los Sudetes para el 1 de octubre; es decir, el próximo sábado, puesto que hoy es lunes. Si Benes˘ no se lo entrega, irá a la guerra ese mismo sábado. Un curioso público: los quince mil *Bonzen* del partido apretujados en la sala. Todos aplaudieron sus palabras con el entusiasmo habitual. Y, sin embargo, no hubo ningún febrón bélico. La gente se mostró con una disposición benevolente, como si no hubiera entendido el significado de sus palabras. El orador, destilando más veneno que nunca en sus palabras, cubría de insultos personales a Benes˘. Gritó por dos veces que esta era terminantemente su última reclamación territorial en Europa. Refiriéndose a las garantías que le había dado a Chamberlain, dijo: «Le aseguré, además, que cuando los checos se hayan reconciliado con sus otras minorías, el Estado checo dejaría de interesarme y que, si lo deseaba, estaba dispuesto a garantizárselo: no necesitamos para nada a los checos». Por último, ¡Hitler había tenido la desvergüenza de atribuir exclusivamente a Benes˘ la responsabilidad de optar por la paz o la guerra!

Transmití la escena desde un asiento de la galería situado encima mismo de Hitler. Sigue mostrando aún su tic nervioso. Durante todo el discurso estuvo ladeando espasmódicamente el hombro y moviendo hacia arriba la pierna del lado contrario de rodilla para abajo. El público no podía verlo, pero yo sí. En realidad, por primera vez en todos estos años he estado observándolo y fijándome en que esta noche parecía haber perdido el control de sí mismo. Cuando volvió a tomar asiento, una vez terminado su discurso, Goebbels se puso en pie de un salto y gritó: «¡Una cosa es segura: jamás se repetirá otro 1918!». Hitler lo miró entonces con una expresión de rabia en sus ojos, como si él hubiese estado toda la noche buscando esas mismas palabras y no hubiera sido capaz de encontrarlas. Volvió a

levantarse y con un brillo fanático en los ojos que nunca olvidaré, trazó un amplio círculo con la mano derecha para descargar un gran puñetazo en la mesa, y gritó con toda la fuerza de sus poderosos pulmones: «Ja!». Dicho lo cual, se desplomó en su silla, exhausto.

BERLÍN, *27 de septiembre*

Una división motorizada recorrió hoy, al oscurecer, las calles de la ciudad en dirección a la frontera checa. Yo anduve hasta la esquina del paseo Unter den Linden, donde la columna giraba para tomar la Wilhelmstrasse, esperando ver una tremenda exhibición de fuerza. Me representaba con la imaginación las escenas que había leído acerca de 1914, cuando las multitudes clamorosas y vitoreantes lanzaban flores al paso de los soldados que desfilaban por la misma calle y las jóvenes corrían a despedirlos con besos. La hora había sido elegida, sin duda, para captar la atención de los miles de berlineses a la salida de las oficinas y al término de un día de trabajo. Pero estos corrían hacia las estaciones de metro, negándose a mirar, y los pocos que se quedaban en las aceras guardaban un completo silencio, incapaces de encontrar palabras de ánimo para la flor de su juventud que marchaba a una guerra gloriosa. Fue la manifestación más sorprendente en contra de la guerra que yo haya visto nunca. Dicen que Hitler estaba furioso. Yo apenas llevaba unos minutos de pie en la acera cuando se acercó un policía por la Wilhelmstrasse como viniendo de la Cancillería y nos gritó a los pocos que nos hallábamos en la acera que el Führer estaba en el balcón pasando revista a las tropas. Muy pocos se movieron, pero fui hacia allí a echar un vistazo. Hitler estaba en el balcón, en efecto, pero en la calle o en el gran espacio de la Wilhelmsplatz no habría ni doscientas personas. El

Führer las miró ceñudo y luego airado, y no tardó en entrar en el edificio, dejando que sus tropas desfilaran sin ser revistadas. Lo que he visto esta noche casi reaviva mi fe en el pueblo alemán. Están decididamente en contra de la guerra.

Tess y el bebé zarpan hoy de Cherburgo para América, en un viaje que reservó hace meses. Anoche, por teléfono desde París, me dijo que Francia se estaba movilizando y que no estaba segura de que partiera el tren que los debe conducir al barco. Hoy no me ha llamado, por lo que supongo que sí han salido.

BERLÍN, *28 de septiembre*

¡No habrá guerra! Hitler ha invitado a Mussolini, Chamberlain y Daladier a encontrarse mañana con él en Munich. Los tres sacarán a Hitler de la estacada y él conseguirá su territorio de los Sudetes sin pegar un tiro, aunque sea un par de días después de lo que había dicho jactándose. La gente de la calle se ha quitado un gran peso de encima y, si no me equivoco, también han respirado con alivio en la Wilhelmstrasse y en la Bendlerstrasse (el Ministerio de la Guerra). En cuanto haya acabado mi emisión de esta noche, marcho para Munich.

MUNICH, *30 de septiembre*

Todo está decidido. A las doce y media, pasados treinta minutos de la medianoche, Hitler, Mussolini, Chamberlain y Daladier firmaron un pacto que devuelve a Alemania el territorio de los Sudetes. La ocupación alemana

comienza mañana sábado, 1 de octubre, y estará completada para el 10 de octubre. De esta manera las dos «democracias» consienten incluso en permitir que Hitler saque adelante su jactanciosa pretensión del Sportpalast de hacerse con los Sudetes para el 1 de octubre. Consigue todo lo que quería, salvo que tendrá que esperar unos pocos días más para tener todo el territorio. Esta espera de solo diez días ha salvado la paz de Europa, lo cual habla por sí solo de la situación de esta Europa decadente y enferma.

Hasta donde he podido observar en estas últimas veinticuatro horas, que me han parecido singularmente irreales, Daladier y Chamberlain jamás han presionado a Hitler para obtener de él ni una sola concesión. En ninguna ocasión actuaron al unísono o se esforzaron en oponer a los dos césares algún tipo de frente común «democrático». Hitler se entrevistó con Mussolini en Kufstein ayer por la mañana temprano y elaboraron sus planes. Daladier y Chamberlain llegaron en aviones distintos y ni siquiera consideraron útil almorzar ayer juntos para diseñar su estrategia, como hicieron los dos dictadores.

Checoslovaquia, a la que se le piden todos los sacrificios para que Europa pueda tener paz, ni siquiera ha sido consultada en fase alguna de las conversaciones. A sus dos representantes, el doctor Mastny, el inteligente y honrado ministro checo en Berlín, y un tal doctor Masaryk, del Ministerio de Asuntos Exteriores de Praga, se les dijo a la una y media de la madrugada que Checoslovaquia tenía que aceptar, pero no porque lo dijera Hitler, ¡sino porque lo decían Chamberlain y Daladier! Sus protestas, por lo que he oído decir, fueron prácticamente desdeñadas por el más veterano de los dos estadistas. Chamberlain, en efecto, a quien le encuentro cada vez más aspecto de pajarraco —como los buitres negros que he visto alguna vez revolotear sobre los parsis muertos en Bombay—, parecía especialmente satisfecho de sí mismo cuando volvió al hotel Regina Palace esta

madrugada después de la firma del acuerdo, aunque se le notaba un poco adormilado, gratamente adormilado.

Daladier, por su parte, daba la impresión de estar completamente hundido y roto. Vino al Regina para despedirse de Chamberlain. Unos cuantos de nosotros estábamos esperándolo al pie de las escaleras. Alguien le preguntó, o comenzó a hacerlo: «*Monsieur le Président*, ¿está usted satisfecho del acuerdo?». Él se volvió como para decir algo, pero estaba demasiado cansado y deprimido, y las palabras no le salieron, por lo que caminó torpemente hacia la puerta en silencio. Los franceses dicen que teme regresar a París, donde cree que será recibido por una multitud hostil. Solo puedo esperar que estén en lo cierto, porque Francia ha sacrificado toda su posición continental y ha perdido su principal bastión en Europa del Este. La jornada de hoy ha sido desastrosa para Francia.

¡Cuán diferente estaba Hitler a las dos de esta madrugada! Tras haber visto toda la tarde que no me permitían acceder a la *Führerhaus*, por fin pude entrar en ella en el momento en que él se marchaba. Pasó por mi lado seguido de Göring, Ribbentrop, Goebbels, Hess y Keitel, como el triunfal conquistador que es hoy. Me fijé en su forma de caminar. ¡Había desaparecido el tic! En cuanto a Mussolini, se marchó temprano, chulo como un gallo.

Diré de paso que esta noche me he llevado un batacazo profesional. Max Jordan, de la NBC, salió en antena una hora antes que yo con el texto del acuerdo, una de las veces en que más claramente me han tomado la delantera. Por la especial posición de su empresa en Alemania, a Jordan le permitieron utilizar en exclusiva el estudio de radio de Hitler en la *Führerhaus*, donde se estaba desarrollando la conferencia. Wiegand, que se hallaba también dentro de la casa, me cuenta que Max acorraló a sir Horace Wilson, de la delegación británica, cuando este salía de la sala donde tenía

lugar la conferencia, consiguió de él un texto en inglés del acuerdo, fue corriendo después al estudio del Führer y a los pocos momentos estaba en el aire. Como a mí no se me permitió utilizar ese estudio, permanecí cerca de la otra fuente de información posible —el estudio de la emisora de Munich — y acordé con varios amigos ingleses y norteamericanos que me trajeran el documento lo antes posible inmediatamente después de la reunión, si no podían obtenerlo antes de alguna de las delegaciones. Demaree Bess fue el primero en aparecer con una copia, pero, por desgracia, llegamos tarde. De Nueva York telefonearon amablemente hacia las dos y media de la madrugada para decirme que no me preocupara; un detalle muy de agradecer por su parte. En realidad, yo ya había salido al aire a las once y media con el anuncio de que se había alcanzado un acuerdo. Les ofrecí incluso todos los pormenores esenciales del mismo: que la ocupación comenzaría el sábado y que se completaría en diez días, etcétera. Pero me habría gustado mucho disponer primero del texto oficial suscrito. Por suerte para la CBS, Ed Murrow, desde Londres, fue el primero en transmitir a Estados Unidos la noticia oficial de que el acuerdo se había firmado treinta minutos después de las doce. La obtuvo de la estación de radio de Munich en mitad de una charla.

Más tarde

Consciente, por lo visto, de su aniquilación diplomática, Chamberlain ha urdido una maniobra muy inteligente para salvar la cara. Vio a Hitler de nuevo esta mañana antes de marcharse, y después se publicó un comunicado conjunto. Su parte esencial dice: «Consideramos el acuerdo firmado anoche y el convenio naval anglo-alemán como símbolos del deseo de nuestros dos pueblos de no volver jamás a enfrentarnos en una guerra».

Y en un párrafo final se hace constar que mantendrán conversaciones acerca de cualquier otro problema que pueda afectar a los dos países, y que están «decididos a proseguir nuestros esfuerzos para eliminar posibles fuentes de disensión y contribuir de esta forma a asegurar la paz en Europa».

EN EL TREN MUNICH- BERLÍN, *más tarde*

La mayoría de los principales editores alemanes están en el tren descorchando champán, sin tratar de disimular siquiera su entusiasmo por la tremenda victoria que ha obtenido Hitler sobre Gran Bretaña y Francia. Durante la cena, Halfeld, del *Hamburger Fremdenblatt*, Otto Kriegk, del *Nachtausgabe*, y el doctor Boehmer, jefe de prensa extranjera del Ministerio de Propaganda, han estado regodeándose de él, comprando todo el champán que llevaba el vagón restaurante, jactándose, alardeando, fanfarroneando... Ya se sabe: cuando a un alemán se le suben los humos a la cabeza, no conoce límites. Tendré dos horas en Berlín esta noche para recoger mis pases militares, darme un baño y tomar luego el tren nocturno a Nassau para entrar desde allí en los Sudetes con el ejército alemán; un triste encargo, la verdad.

Más tarde

Chamberlain regresará a Londres y esta noche, desde la ventana del 10 de Downing Street, alardeará: «Amigos míos, esta es la segunda vez en nuestra historia (¿estarán vitoreando los presentes al "Viejo Neville" y cantándole "¡Es un muchacho excelente!", como a Disraeli en 1878 a su vuelta del Congreso de Berlín?) que hemos traído de Alemania a Downing Street la

paz con honor. La paz que yo pienso que es buena para nuestro tiempo». ¡Paz con honor...! ¿Y Checoslovaquia? ¿Y no habrá otro Duff Cooper que dimitirá del gabinete, diciendo: «Nosotros no combatimos en 1914 por Serbia ni por Bélgica ... sino ... para que no se permitiera que una gran potencia, saltándose las obligaciones de los tratados y las leyes de las naciones, y en contra de todos los principios morales, dominara por la fuerza bruta el continente europeo ... Durante todos estos días el primer ministro ha creído que era conveniente dirigirse al señor Hitler con el suave lenguaje de la razón. Ha pensado que estaba más abierto a este que a la amenaza militar». Solo Winston Churchill, una voz clamando en el desierto todos estos años, dirá en la Cámara de los Comunes: «Hemos sufrido una derrota total y sin paliativos ... No nos ceguemos a nosotros mismos. Debemos esperar que todos los países de la Europa central y del este pacten las mejores condiciones que puedan con el poder nazi triunfante ... La vía hacia el Danubio ..., la vía hacia el mar Negro y Turquía, ha quedado rota. Para mí que todos los países de Centroeuropa y del valle del Danubio serán integrados uno tras otro en el vasto sistema de la política nazi, no solo de la política de poder militar, sino de la política del poder económico que irradia de Berlín». Así ha hablado Churchill, el único y desoído profeta de la nación británica.

EN EL TREN RATISBONA- BERLÍN, *2 de octubre*

En Ratisbona ayer, antes del alba, luego en autobús a Passau sobre el Danubio, y desde allí en coche, con un general alemán del Estado Mayor, siguiendo el avance a paso de pícnic de las tropas que invaden la Zona 1 de los Sudetes. Vuelvo, pues, a Passau cuando ya ha anochecido, bajo un

fuerte aguacero, para encontrarme allí con que los censores militares se niegan a permitirme emitir. Tomo un tren para Ratisbona que llega a medianoche, y envío mi crónica por teléfono a la oficina telegráfica de prensa de París, para que sea leída en Nueva York, ya que la Radiodifusión Alemana de Berlín dice que los militares han declarado *Verboten* todas las emisiones, incluidas las suyas, que aludan a la ocupación. No hay avión para Berlín; por eso tomo este tren y transmito desde allí esta noche.

BERLÍN, *más tarde*

Los militares no han levantado aún su censura, así que he tenido que leer otra crónica que había escrito en el tren acerca del significado político de la gran victoria de Hitler en Munich, citando un editorial de Rudolf Kircher —el único director inteligente y audaz que aún queda en la Alemania nazi— publicado esta mañana en el *Frankfurter Zeitung*, en el que reconoce francamente las ventajas de amenazar con la fuerza y la guerra, sabiendo Hitler, como supo siempre, que las democracias temían la guerra. Cuando volví al hotel, recibí la llamada telefónica de cierto general encargado de la censura militar de la radio alemana, quien me dijo que acababa de leer mi crónica sobre la ocupación y que le había gustado; añadió que hasta aquel momento había tenido que censurar todas las informaciones de los periodistas de la radio alemana, pero que ahora se me autorizaba a emitir la mía. Telefoneé a Nueva York a Paul White, quien me dijo que, puesto que la crisis había pasado y la gente allí estaba deseando olvidarla, me tomara un descanso. Lo cual es, ciertamente, lo que me conviene. Veo si puedo dormir un poco y olvidarme de estos alemanes, que ahora se han vuelto tan truculentos e imposibles.

BERLÍN, *3 de octubre*

Telefoneo a Londres a Ed Murrow. Está tan deprimido como yo. Pasado mañana ahogaremos nuestras penas en París. Desde mi ventana del Adlon veo cómo desmantelan la batería antiaérea instalada en el tejado de la empresa I. G. Farben, al otro lado del paseo Unter den Linden. Esto pone fin a la crisis. Quedan de ella pequeñas cosas para recordar, como los protagonistas del drama, la dignidad intachable de Benes̆ durante todo el episodio, las cinco veces que vi a Hitler, el pajarraco de Chamberlain y ese hombrecillo roto, Daladier, que parece destinado a caerse (como el 6 de febrero de 1934) cada vez que hay un bache. Para recordar asimismo: la mina en un puente sobre un riachuelo próximo a Krumau, que pudo habernos hecho saltar en pedazos si nuestro carro blindado alemán hubiera avanzado medio metro más; el valor de los checos en Praga la noche en que parecían seguras la guerra y el bombardeo al amanecer; la expresión de temor en las caras de los burgueses alemanes en la Wilhelmstrasse la noche en que la división motorizada la cruzó y sintieron inminente la guerra, y, después, el gozo delirante de los ciudadanos en Munich —y en Berlín— cuando supieron el viernes que no solo habían conseguido la paz, sino también una gran victoria; la mirada abatida de los sudetes alemanes después de que los checos sofocaran su alzamiento, y el cambio experimentado por sus rostros dos semanas después, cuando entró en su territorio el Reichswehr, y el burgomaestre de la población sudete de Unterwaldau, herr Schwarzbauer (el «señor Campesino Negro») cuando, al preguntarle yo, donde no podían oírnos los oficiales alemanes: «Dígame, señor burgomaestre, ¿qué es lo peor que le han hecho los checos?», me

respondió que lo más espantoso e increíble de todo, el crimen que rebasaba todo lo concebible, era ¡que los checos le hubiesen quitado su radio para que no pudiera oír las palabras del Führer!

PARÍS, *8 de octubre*

París es un lugar horrendo, rendido por completo al derrotismo sin la menor idea de lo que acaba de ocurrirle a Francia. En Fouquet y en Maxim's, orondos banqueros y hombres de negocios brindan por la paz con ríos de champán. Pero incluso los camareros y los taxistas, que solían ser gente sensata, se deshacen en comentarios a propósito de lo maravilloso que ha sido que se haya evitado la guerra, pues, de no ser así, se habría tratado de un crimen, porque ya combatieron en una guerra y tuvieron bastante. Lo justo hubiera sido que los alemanes, que también combatieron en una guerra, lo vieran de la misma manera, pero no es así. ¿Dónde están las agallas de Francia, de la Francia del Marne y Verdún? Con excepción de Pierre Comer, no hay nadie en el Quai d'Orsay que tenga alguna idea de cómo es la auténtica Alemania. Los socialistas franceses están marcados por el pacifismo, y los miembros de la derecha francesa, salvo unos pocos como Henri de Kerillis, son o fascistas o derrotistas. Francia ya no tiene sentido para mí.

Ed Murrow está tan deprimido como yo. Intentamos quitarnos de encima la depresión charlando toda la noche, descorchando botellas de champán y vagando por las calles; pero nos llevará más tiempo, supongo. Estamos de acuerdo en una serie de cosas: que la guerra es ahora más probable que nunca, que es previsible que estalle después de la próxima cosecha, que Polonia es, obviamente, la siguiente en la lista de Hitler (¡qué estúpida

ceguera la de los polacos en esta crisis, ayudándole a desmembrar Checoslovaquia!), que tenemos que conseguir que Varsovia instale un transmisor de onda corta más potente si desean que el mundo oiga su punto de vista, y que debemos formar un equipo de informadores de radio norteamericanos. Pero, sinceramente, a nosotros nos falta cabeza para ese negocio. Ed dice que la radio norteamericana ha hecho un trabajo espléndido informando sobre esta crisis, pero eso no nos importa gran cosa; nada nos importa, y pronto hasta dejamos de encontrarle gusto al champán. Nos despedimos.

Voy a ver a Gallico. Está a punto de hacer una gira por las capitales en busca de material para sus escritos. Le doy cartas para los corresponsales en cada una de ellas. Cenamos en Maxim's, pero yo ya no puedo aguantar más. Por la mañana saldré para Ginebra. Es casi la primera oportunidad que he tenido en un año de ir a reunirme con Tess y Eileen. Pero las dos están ahora fuera, en Estados Unidos.

GINEBRA, *6 de noviembre*

Hemos tenido aquí durante un mes un precioso verano indio,[8] pero ahora la nieve está cayendo en los Alpes y esta mañana las montañas del Jura, al otro lado del lago, estaban también blancas por la nieve. Pronto podremos esquiar. He pasado el peor mes de mi vida a causa de una depresión espiritual y mental. Tanto es así que se me han ocurrido dos locuras: la primera, ponerme a escribir una obra de teatro; y la segunda —¡a mis treinta y cuatro años!— aprender a jugar al golf. Tal vez con eso recuperaré la cordura. Hay un hermoso campo de golf en Divonne, en las estribaciones del Jura, desde donde se tiene una espléndida vista del lago y se ve el Mont

Blanc en su rosado esplendor a la hora en que se pone el sol. Arthur Burrows, inglés, de cincuenta y dos años, secretario de la International Broadcasting Union, y yo hemos estado triscando en los *links* y arrancando pedazos césped, para acabar perdiendo muy pronto la cuenta de los golpes empleados en cada hoyo, interrumpir el partido tras los nueve primeros hoyos, bajar al pueblo de Divonne, que está en el lado francés de la frontera, tomar un espléndido almuerzo de nueve platos, regado con dos botellas de vino de Borgoña, y regresar al campo de golf, satisfechos y de excelente humor, para recorrer los últimos nueve hoyos. En cuanto a mi comedia, se llamará *Corresponsal en el extranjero* y me está resultando un gran desahogo escribirla.

VARSOVIA, *11 de noviembre*

Emito un programa de media hora para conmemorar el vigésimo aniversario de la República de Polonia. La emisión se enmarañó irremediablemente, no sé bien por qué. Desde mi habitación en el Palace, comencé anunciando: «Damas y caballeros, el himno nacional de Polonia...», que iba a ser interpretado por una orquesta reunida en un estudio de otro punto de la ciudad. Pero, en lugar de oírse la música, comenzó a hablar el presidente Mosieski. Había prometido hablar en inglés, pero a través de los auriculares pude oír que lo estaba haciendo en polaco. Salí, pues, al pasillo y me precipité hacia su habitación para averiguar qué ocurría. Un ayudante de elevada estatura me detuvo ante la puerta. «El presidente me prometió que hablaría en inglés», le dije. Él me observó con curiosidad y entreabrió ligeramente la puerta. «Está hablando en inglés, señor», protestó. Regresé a toda prisa a mi habitación para presentar al

embajador Tony Biddle, que iba a pronunciar unas pocas palabras cuidadosamente elegidas. Comenzó trabucándose y, al pensar yo que era de pronto víctima de un pánico al micrófono, me acerqué para quitárselo. Pero él me hizo un ademán señalándome su guión: era un indescifrable montón de jeroglíficos. «¡Polaco! —me susurró—. Transcrito fonéticamente...» Estaba intentando pronunciar, en efecto, un breve mensaje en polaco. Cuando hubo acabado, nos reímos los dos tan de buena gana que los polacos residentes en el Palace se sintieron un poco incómodos.

Más tarde me encontré con Duranty, quien estaba en una de sus «noches rusas», pues se empeñó en hablarle en ruso al conductor del *droshky* o carruaje que alquilamos y en insistirle en ese idioma en que nos llevara a un café ruso. El viento de las estepas rusas de Duranty azotaba la nieve y la lanzaba contra nuestras caras, pero, tras lo que pareció una eternidad, el conductor detuvo finalmente su moribundo jamelgo frente a un edificio que se caía de puro viejo.

«¿Café *rusky*?», preguntó a gritos Walter. La cortina de nieve nos impedía ver al conductor. Y no, no era un café ruso. Era otro tipo de institución polaca: un prostíbulo. Luego, en mitad de la ventisca, siguió una larga discusión en ruso entre el corresponsal en Moscú del *New York Times* y el conductor polaco de un viejo calesín y un caballejo igualmente en las últimas. La nieve seguía amontonándose sobre nosotros. Mucho después de la medianoche encontramos por fin un café ruso. Estaba lleno de rollizas jóvenes que hablaban ruso, al menos, a las que Walter les contó que éramos «echt Russisch», y hubo abundante vodka y canciones con música interpretada con balalaika, mientras las chicas se calentaban las posaderas apoyándose de cuando en cuando en una gran estufa de porcelana y sintiéndose cada vez un poco más cansadas, soñolientas y tal vez, pensé yo, también algo más tristes.

Los polacos son gente encantadora, terriblemente románticos; comen y beben bien y tienen una música excelente. Pero tienen una tremenda falta de realismo. A la hora de confiar en Hitler, por ejemplo. La Polskie Radio promete salir adelante con su nuevo transmisor de onda corta. Les he explicado nuestra experiencia con los checos.

BRUSELAS, *20 de noviembre*

Llego aquí como observador para una conferencia internacional de radio que establecerá nuevas longitudes de onda. Puesto que no tengo nada que hacer, me he encerrado en mi habitación una semana para acabar la obra de teatro.

BELGRADO, *26 de noviembre*

He venido para realizar otra emisión de «aniversario», como la de Varsovia.

EN EL TREN A ROMA, *más tarde*

La señorita Campbell, de nuestra oficina de Londres, telefoneó a las seis de la tarde para decirme que el Papa se está muriendo. Pillo en un cóctel al joven Sulzberger, del *New York Times*, lo convenzo de que se ocupe de mi transmisión el domingo, le explico cómo hacerlo y tomo esta noche a las nueve el tren para Roma.

ROMA, *29 de noviembre*

El Papa ha vencido una vez más a la muerte después de un grave ataque de corazón sufrido el martes. He acordado con el padre Delaney, un joven jesuita neoyorquino brillante y muy simpático destinado en Radio Vaticana, que nos ayudará en la compleja cobertura que he pensado para cuando se produzca el fallecimiento del Papa. He mantenido reuniones ayer y hoy con las autoridades vaticanas acerca del tema, que, naturalmente, es muy delicado, puesto que el Papa vive todavía. Pero todos estamos de acuerdo en realizar los preparativos. Los italianos están tendiendo más líneas para nosotros desde San Pedro hasta sus estudios. Pasamos un rato agradable charlando y comiendo espaguetis con Chianti, y mañana salgo para París en avión, aunque un amigo italiano que tengo, y que también es íntimo amigo de Ciano, me ha pasado el aviso de que debería quedarme mañana en Roma para la reunión de la Cámara fascista. Pero tenemos un asunto urgente con el gobierno francés que debemos resolver cuanto antes.

PARÍS, *1 de diciembre*

Mi amigo de Roma intentaba hacerme un favor. Los fascistas de la Cámara montaron ayer una gran manifestación contra Francia, profiriendo gritos de: «¡Túnez! ¡Saboya! ¡Niza! ¡Djibuti!». Pero aquí, en el Quai d'Orsay, aseguran que Daladier dirá que no. Munich ya basta por el momento. Anoche, una hora después de haber llegado al hotel (mi avión italiano se libró por los pelos de estrellarse cuando se rompió una riostra entre Roma y Génova, y yo estaba aún un poco nervioso), vinieron a verme a mi

habitación un refugiado alemán y su esposa —él era un antiguo funcionario sindical y ella, novelista o algo por el estilo—, y me dijeron que se disponían a saltar por un puente sobre el Sena para acabar con sus vidas. Yo salí con ellos y los invité a una buena cena en Le Petit Riche, que está al doblar la esquina del hotel, y se calmaron. Espero haber conseguido persuadirlos de que no se arrojaran al Sena. Habían recibido una orden de expulsión de Francia que se hará efectiva la semana que viene, aunque él ha estado trabajando aquí para el gobierno francés. Trataré de intervenir en su favor en el Quai d'Orsay.

PARÍS, *6 de diciembre*

Bonnet, uno de los artífices clave de Munich y figura siniestra de la política francesa, firmó hoy con Ribbentrop, otro personaje siniestro, una declaración de «buena vecindad» en el Quai d'Orsay. Yo diría que París se ha recuperado un tanto de su pánico derrotista de los días de Munich. Hoy, cuando el coche de Ribbentrop circulaba por las calles proveniente de la estación de Orsay, no había nadie en las aceras. Varios miembros del gabinete y muchas figuras prominentes se han negado a asistir a los actos sociales previstos en su honor. Por otra parte, los admiradores franceses de Ribbentrop ocupan altos puestos en los círculos políticos, financieros y sociales. El acuerdo de hoy afirma que los dos países declaran solemnemente que en la actualidad no existe entre ambos ningún problema territorial o fronterizo, y que se consultarán en el caso de que surja en el futuro algún desacuerdo. ¡Menuda farsa!

PARÍS, *15 de diciembre*

Tess y la niña regresan hoy en el *Queen Mary.* Iremos a Ginebra a pasar las fiestas de Navidad.

GSTAAD, SUIZA, *26 de diciembre*

Estamos en uno los paisajes de montaña más hermosos que he visto, y la nieve es tan tentadora que he vuelto a esquiar por primera vez desde mi accidente hace ahora seis años. Los ricachones ingleses y franceses reinan aquí e intentan vanamente olvidar la situación en Europa. Ayer noche, en el gran baile de Navidad, encontré tan insoportables a los juerguistas que nos marchamos temprano. ¡Cuántas cosas han pasado este año! La niña, el *Anschluss*, la crisis checa, Munich... Como de costumbre, Tess y yo nos preguntamos dónde estaremos dentro de un año y qué nos deparará.

ROMA, *11 de enero de 1939*

Chamberlain y Halifax llegaron hoy para apaciguar al Duce. En la estación, Chamberlain, quien cada día me recuerda más esa imagen de pajarraco vanidoso que me sugirió la última vez que nos vimos en Munich, se puso a caminar por el andén arriba y abajo, saludando a una variopinta multitud de residentes británicos locales, a los que Mussolini había invitado astutamente a recibirlo. Mussolini y Ciano, con uniformes fascistas negros, avanzaban detrás de los dos ingleses de apariencia ridícula, con Musso exhibiendo sin cesar una amplia sonrisa en la cara. Cuando pasó a mi lado estaba

bromeando con su cuñado, intercambiando chistes en voz baja. Parece más viejo, mucho más vulgar de lo que era antes, con el rostro más grueso ahora. Mis espías locales me dicen que está muy prendado de una joven rubia de diecinueve años, a la que ha instalado en una villa frente a su residencia, y que están empezando a menguar su vigor y concentración en el trabajo. Nos dijeron que Chamberlain se entusiasmó con el caluroso recibimiento de que fue objeto en las estaciones camino de Roma. ¿Puede ser que ignore que estaba amañado?

GINEBRA, *19 de enero*

En sus estertores finales, la Sociedad de Naciones ha sido un lamentable espectáculo a lo largo de los cuatro últimos días. Bonnet y Halifax están aquí para procurar que no se cometa ninguna tontería que retrase la victoria de Franco. Ayer, Del Vayo pronunció un digno discurso ante el Consejo. Halifax, para demostrar de qué parte estaba, se levantó en mitad de él y salió ostentosamente de la sala. Esta noche he mantenido una larga conversación con Del Vayo. Estaba deprimido, desanimado, y aunque no me lo ha dicho con estas palabras, deduzco que es el final de la República. Franco, con sus alemanes e italianos, está a las puertas de Barcelona. Almuerzo con Edgar [Mowrer], Knick, Harry Masdyck y madame Tabouis. Mucha conversación, pero nuestro bando ha perdido.

ROMA, *12 de febrero*

El viernes por la mañana, hacia las seis y cuarto, Cortesi me telefoneó a

Ginebra desde Roma para decirme que el Papa había muerto. Había un tren para Milán a las siete y dos. Desperté a Tess y me ayudó a tomarlo. Hoy, domingo, transmito desde la *piazza* delante de San Pedro, deteniendo y entrevistando a la gente que sale de la iglesia después de ver los restos de Pío XI tal como yacen en la capilla ardiente. Como no soy católico y hay muchas cosas que no sé acerca de la Iglesia y del Vaticano —aunque he estado estudiando incontables libros al respecto durante todo un año—, voy a encargar a algunos eclesiásticos que se ocupen de la mayoría de las emisiones.

ROMA, *febrero (sin fecha)*

Pío XI fue enterrado hoy. Las exequias fueron espléndidas, pero el interior de San Pedro es muy frío y hubo una gran demora porque parece ser que los empleados que debían sellar el féretro antes de bajarlo a la cripta se quedaron sin material de soldadura. Se cursó una llamada urgente pidiéndolo, pero la mayoría de los talleres de Roma estaban cerrados por la muerte del Papa, y tardaron en poder encontrar la cantidad que se requería. El padre Delaney, que retransmitió la ceremonia desde lo alto de uno de los pilares, hizo un trabajo magnífico cubriendo la hora, más o menos, que pasó mientras buscaban el material de soldadura.

ROMA, *3 de marzo*

El cardenal Eugenio Pacelli es el nuevo Papa, elegido ayer; una elección muy popular aquí entre todos, salvo, tal vez, en Alemania. Tuvimos mucha

suerte al emitir la noticia momentos después de la elección, aunque el día había comenzado de forma desastrosa para nosotros. Como estaba con gripe cuando salí de Lausana el día antes, sufrí un acceso tan fuerte al llegar a Milán que tuve que ir a un hotel para meterme en la cama. Después me las arreglé como puede para tomar el tren, pero lo cierto es que al llegar a Roma ayer por la mañana me encontraba fatal. Tom Grandin, nuestro corresponsal en París, un hombre inteligente pero novato en radio ya que acabamos de contratarlo, llegó al mediodía procedente de París. Dice que me encontró completamente aturdido y que, en mi delirio, le di instrucciones que no tenían ningún sentido. Dedujo, con todo, que había dispuesto las cosas para emitir durante la tarde desde la balaustrada que rodea a San Pedro. Fue allí, encontró al padre Delaney, que se encargaba de la locución para nosotros, y en el momento en que se disponían a cerrar, les llegó un mensaje por los auriculares, desde el interior del Vaticano, diciéndoles que siguieran alerta. Lo transmitieron a Nueva York, donde lo entendieron. Y en cuestión de unos momentos estuvieron en condiciones de anunciar el nombre del nuevo pontífice.

ROMA, *9 de marzo*

Se prepara una tormenta en lo que queda de la pobre Checoslovaquia. El doctor Hacha, su tímido y débil presidente —sucesor del gran Masaryk y del hábil Benes̆, ha proclamado la ley marcial en Eslovaquia y destituido del gabinete eslovaco al padre Tiso. Pero Tiso es el hombre de Berlín. Resulta extraño —¿o quizá no?— que Alemania e Italia jamás les hayan ofrecido a los checos las garantías que prometieron en Munich. Personas pertenecientes al Ministerio de Asuntos Exteriores italiano reconocen que

Londres y París han estado presionando a Hitler para que les extendiera esa garantía, pero afirman que Hitler considera a Praga demasiado «judía, bolchevique y democrática». Yo no recuerdo que en los acuerdos de Munich se hiciera alguna reserva en este sentido.

Sigo aún en cama con fiebre, y debo esperar aquí para la coronación del Papa el domingo.

GINEBRA, *14 de marzo*

La radio informa de que Eslovaquia ha declarado su «independencia». Así andan las cosas en lo que queda de Checoslovaquia. Debería ir a Praga, pero no me siento con ánimos para eso. ¿Me estaré volviendo demasiado blando, demasiado sentimental para ser un buen reportero? No lo digo por tantas muertes y tanto derramamiento de sangre —he visto y soportado demasiado de eso en los últimos catorce años—, pero ver cómo está Praga ahora..., no tengo corazón para eso. La radio dice que [el presidente checo] Hacha y [el ministro de Asuntos Exteriores] Chvalkovsly llegaron esta noche a Berlín. ¿Para salvar los restos?

PARÍS, *15 de marzo*

El ejército alemán ha ocupado Bohemia y Moravia en este desapacible día de primavera marcado por la ventisca, y Hitler, en un chabacano gesto teatral desde el castillo de Hradshin en Praga, sobre el río Moldava, ha proclamado su anexión al Tercer Reich. Casi es banal ya recordar que con esto rompe otro solemne tratado. Pero, puesto que estuve presente en

Munich, no puedo evitar que me vengan a la memoria las palabras de Chamberlain cuando dijo que no solo había salvado la paz sino que, en concreto, había salvado a Checoslovaquia.

Hay una completa apatía en París esta noche acerca del último golpe de mano de Hitler. Francia no moverá un dedo. De hecho, Bonnet dijo hoy ante el Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara que la garantía de Munich «aún no se había hecho efectiva» y que, por consiguiente, Francia no tenía ninguna obligación de hacer nada. Ed Murrow me telefonea para decirme que la reacción de Londres es la misma: que esta tarde, en los Comunes, Chamberlain ha llegado al extremo de decir que se negaba a que alguien lo asociara con cualquier acusación a Hitler de haber actuado de mala fe. ¡Santo Dios!

Supongo que hoy debería haber ido a Praga o Berlín, pero hablé de ello con Murrow desde Ginebra a primera hora de la mañana y decidimos que la censura nazi sería total en ambas ciudades y que, con las noticias que puedan llegarme de allí y el conocimiento del terreno que tengo, podría emitir con ventaja desde París. Sentí un gran alivio. Mi vuelo a París se frustró porque, tras perderse en una tormenta de nieve al poco de salir de Ginebra, sobre el paso de Bellegarde, y formarse hielo en las alas, el avión tuvo que dar la vuelta para volver a dejarnos finalmente en el aeropuerto. Tomé, pues, el tren del mediodía. Bonnet ha impuesto una censura radiofónica, por lo que tuve que pelearme con sus acólitos con respecto a mi crónica hasta bien pasada la medianoche.

PARÍS, *22 de marzo*

Alguien —creo que fue Pertinax, que acaba de regresar de Londres— me

contó ayer una extraña historia a propósito de cómo Chamberlain cambió de pronto radicalmente de postura el pasado viernes en el discurso que pronunció en Birmingham. Solo dos días antes había dicho en los Comunes que no acusaría a Hitler de haber actuado de mala fe. En Birmingham, en cambio, lo culpó con dureza por «quebrantar tratados». Pertinax dice que fue sir Horace Wilson —el oscuro hombrecillo que se movió entre bastidores en Godesberg y Munich— quien escribió al primer ministro el discurso de Birmingham, conforme a la línea de apaciguamiento de sus palabras en la Cámara, pero que la mitad del gabinete y la mayoría de los directores de los principales periódicos de Londres se lo tomaron tan a mal al enterarse, que Chamberlain se vio obligado de pronto a modificar toda su política y que, de hecho, redactó su nuevo discurso en el tren camino de Birmingham.

¡Qué miserable se ha vuelto París en los últimos diez años! Algunos franceses me muestran las luces de neón, las chabacanas salas de cine, los escaparates de las tiendas de automóviles, los baruchos que ahora dominan los otrora hermosos Champs-Elysées y me dicen: «Eso es lo que nos ha hecho Norteamérica». Tal vez sí, pero yo pienso que es lo que Francia se ha hecho a sí misma. Francia ha perdido algo que tenía cuando yo llegué aquí hace catorce años: su gusto, parte de su alma, el sentido de su misión histórica. Corrupción por doquier, egoísmo de clase en todo y una completa confusión política. Mis amigos decentes casi han renunciado. Dicen: «Je m'en fous» («Me importa un bledo»). Y así se llega a esa especie de *je m'en fousisme* derrotista y anárquico que difunde un escritor como Céline.

GINEBRA, *29 de marzo*

Madrid se rindió ayer; hoy lo hace el resto de la España republicana. No hay palabras para expresar lo que siento esta noche. La carnicería de Franco será terrible.

BERLÍN, *1 de abril*

Esta tarde, en el preciso momento en que Hitler comenzó su discurso radiado en Wilhelmshaven, a la sala de control de la RRG en la que me encontraba llegó la orden de que se suspendiera la emisión para el extranjero. Durante unos momentos reinó una gran confusión en la sala de control. Yo me quejé vehementemente a los alemanes de que nos cortaran en el instante en que Hitler comenzaba a hablar. Pero las órdenes desde Wilhelmshaven fueron explícitas. Provenían del mismísimo Hitler, dadas inmediatamente antes de empezar a hablar. Es más: el discurso tampoco iba a ser difundido en directo para Alemania, sino más tarde y mediante grabaciones que se editarían posteriormente. Esto, y el hecho de que a nosotros nos cortaran, significa que deseaba reflexionar sobre lo que dijera al calor del momento, antes de que se diera mayor difusión a sus palabras. Siempre es posible corregir las grabaciones. Sugerí, pues, al doctor Ratke, jefe del departamento de onda corta, que anunciara a nuestra red en Estados Unidos que el discurso de Hitler había sido interrumpido por error y que el Führer estaba pronunciándolo en aquel mismo instante. Dado que el doctor es un hombre fácilmente excitable, se negó a hacer eso y, en su lugar, ordenó la emisión de unos cuantos discos de música insulsos, precisamente lo que yo había esperado que ocurriera. A los quince minutos, Paul White telefoneaba urgentemente desde Nueva York, preguntando por qué habíamos cortado el discurso de Hitler. Corrían rumores por Nueva York

acerca de que lo habían asesinado. ¿No lo habían matado? ¿Cómo podía estar yo tan seguro? Pues porque en aquel mismo instante podía oírlo por el circuito telefónico conectado con Wilhelmshaven. Los alemanes estaban grabando el discurso.

No pude salir al aire hasta después de que los alemanes hubieron recibido la versión aprobada del discurso de Hitler, versión que, todo sea dicho, no difirió en absoluto de la original. Hitler estuvo muy belicoso hoy, furioso obviamente con Chamberlain, quien ayer dio a conocer por fin en la Cámara un cambio completo en la política exterior británica, anunciando que Gran Bretaña acudiría en ayuda de Polonia en caso de existir alguna amenaza contra la independencia polaca. Viajo mañana a Varsovia a enterarme de para cuándo esperan el ataque alemán.

VARSOVIA, *2 de abril*

Este domingo por la tarde he asistido a una penosa exhibición aérea, en la que mis amigos polacos han estado excusándose todo el rato por sus pesados y lentos bombarderos y sus cazas biplanos, todos ellos obsoletos. Mostraron media docena de cazas modernos que me parecieron bastante rápidos, pero eso fue todo. ¿Cómo puede Polonia enfrentarse a Alemania con semejante fuerza aérea?

VARSOVIA, *6 de abril*

Beck [el ministro polaco de Asuntos Exteriores], que durante muchos años entregó este país a una política pronazi y antifrancesa, ha estado en Londres

y esta noche tenemos un comunicado anglopolaco en el que se anuncia que los dos países firmarán un convenio permanente que prevé ayuda mutua en caso de un ataque a cualquiera de ellos por parte de una tercera potencia. Pienso que esto detendrá a Hitler de momento, puesto que la fuerza es algo que él entiende y respeta, y no me cabe ninguna duda, después de llevar una semana aquí, de que los polacos lucharán y de que, si Gran Bretaña y Francia lo hacen también, Hitler se verá en un apuro. Solo me intranquilizan tres cosas: la nefasta posición estratégica de Polonia, puesto que Alemania (¡Con la ayuda y el aliento de Polonia!) ocupó con su ejército el Protectorado [de Bohemia-Moravia] y Eslovaquia, flanqueando así a este país por el sur (ya lo está por el norte por Prusia Oriental); el Muro Occidental,[9] que, cuando se haya completado el próximo invierno, disuadirá a Francia y a Gran Bretaña de atacar a Alemania por el oeste y, por lo mismo, de acudir en ayuda de Polonia; y, finalmente, la actitud de Rusia. Esta semana he tenido ocasión de cenar y beber con una docena de polacos —desde personal de Asuntos Exteriores a miembros del ejército y legionarios del viejo Pilsudski que dirigen la Polskie Radio— y no acaban de darse cuenta de que no pueden permitirse el lujo de ser enemigos de Rusia y de Alemania a la vez, sino que deben elegir, y de que, si atraen a Rusia a la alianza con Francia y Gran Bretaña, estarán salvados. Me escuchan pero se limitan a tragar otra loncha del maravilloso salmón ahumado del Vístula que tienen aquí y regarla con un sorbo de alguna de sus cincuenta y siete variedades de vodka, para advertirme de los peligros que entraña la ayuda rusa. ¡Por supuesto que es peligrosa! Corren el riesgo de que, una vez en suelo polaco, el Ejército Rojo no quiera marcharse, que trate de bolchevizar al país con su propaganda (Polonia ha sido tan mal gobernada por sus coroneles que, sin duda, ofrece un terreno fértil para los bolcheviques), etcétera. Es muy cierto. Pues entonces, les digo, haced

vuestra paz con los nazis. Dadles Danzig y el corredor. «¡Eso nunca!», responden.

Aun así, en este día primaveral, y después de las garantías del gobierno británico, todos nos sentimos mejor. Fodor, que se marcha esta noche en barco a pasar las vacaciones de Pascua en Inglaterra (tiene prohibido cruzar territorio alemán), se siente optimista. La gente de la embajada, Biddle y los militares, están felices. Solo Landreth Harrison, el segundo secretario, se muestra escéptico. No para de señalar, hasta hacerse exasperante, las flaquezas de los polacos. Es un hombre cargado de prejuicios, aunque inteligente.

Los rumores hablan hoy de movimientos de tropas alemanas, pero los polacos no les dan importancia. La Polskie Radio tiene paralizado aún su nuevo transmisor de onda corta. Mala cosa. Mañana por la mañana me marcho a París para una transmisión de Pascua, y después a Ginebra para el lunes de Pascua.

BERLÍN, *7 de abril*

Cuando el Orient Express entró esta noche en la Schlesischer Bahnhof, lo primero que vi fue la cara de Huss en el andén, y supe enseguida que tenía malas noticias. Me dijo que Londres había telefoneado para que bajara del tren puesto que los británicos tenían informes de movimientos de tropas alemanas en la frontera con Polonia. Yo ya había prestado atención cuando cruzamos la frontera, pero no había visto nada especial. Según Huss, Londres estaba nervioso por Albania. «¿Qué ha ocurrido allí?», pregunté. «Los italianos han entrado allí esta mañana», me dijo. Hoy. Viernes Santo.

Satisfecho de ver que los alemanes no están planeando nada contra Polonia esta Pascua, mañana por la mañana tomaré el avión para París.

LONDRES, *23 de abril*

Emito una entrevista con lord Strabolgi, en la que sostengo que toda la actividad alemana estaba encaminada a la guerra, pero que existían señales de un *crack* económico. Había tanta escasez de hierro que estaban derribando las verjas del Reich. Y los nervios del pueblo alemán se estaban crispando porque se oponían a ir a la guerra. A Strabolgi lo animaron tanto mis ideas que me pidió que fuera a verlo y las expusiera ante un comité reunido en la Cámara de los Lores, pero decliné su ofrecimiento. Regreso en avión a Berlín para la reunión del Reichstag del 28 de abril.

BERLÍN, *28 de abril*

Hoy, en el Reichstag, Hitler ha denunciado otro par de tratados —confieso que apenas pude contener la risa en esta parte de su discurso— y ha respondido a la petición de Roosevelt de que diera garantías de que no atacará a las demás naciones europeas independientes. Su respuesta al presidente ha sido, en mi opinión, bastante hábil, en la medida en que está pensada para granjearse las simpatías de los opuestos al New Deal en Estados Unidos y de los pacifistas británicos y franceses aquí. Afirmó haber preguntado a las naciones que Roosevelt creía amenazadas si ellas se consideraban así, y que «en todos los casos su respuesta fue negativa». Dijo que no podía hacer esa pregunta a otros estados como Siria, porque «en la

actualidad no gozan de libertad, puesto que están ocupados y, consiguientemente, privados de sus derechos por los agentes militares de las naciones democráticas». Y que, obviamente, al señor Roosevelt se le había escapado «el hecho de que Palestina no está ocupada ahora por tropas alemanas, sino por los ingleses». Y así continuó en el mismo tono sarcástico, del que, con singular maestría —pues Hitler actuó hoy como un consumado actor—, extrajo hasta la última gota de ironía. Preguntó, en efecto, si Estados Unidos preconizaba ahora el método de la conferencia para resolver las disputas. ¿Acaso no fue la primera nación que rehuyó participar en la Sociedad de Naciones? «He dejado pasar muchos años antes de decidirme a seguir el ejemplo de Estados Unidos y abandonar, como ellos, la mayor conferencia mundial.»

Al final, con todo, Hitler aceptó dar a cada uno de los estados mencionados por el presidente «una garantía como la que desea el señor Roosevelt». Pero ni que decir tiene que se trataba solo de una pequeña tomadura de pelo nazi. Los estirados diputados que tenía debajo prorrumpieron en una ronca risotada, como habían hecho en otras ocasiones durante la sesión, que era justamente lo que deseaba Hitler. Fue un soberbio ejemplo de su técnica de desdeñar las preguntas embarazosas, ya que, después de todo, la propuesta de Roosevelt era muy razonable.

La denuncia de dos tratados más fue calurosamente aplaudida y refrendada con el visto bueno de los «parlamentarios». Hitler denuncia el acuerdo naval con Gran Bretaña, basándose en que la «política de cerco» practicada por Londres lo ha reducido a nada; lo cual es una excusa muy endeble o, mejor dicho, no es en realidad ninguna excusa. Más grave es la denuncia del pacto de 1934 con Polonia, para la que, dicho sea de paso, se alega la misma excusa. En su discurso, Hitler revela el contenido de su «oferta» a Polonia: Danzig será devuelta a Alemania, y se concede al Reich

una carretera extraterritorial a través del corredor hacia Prusia Oriental. Para atemorizar a los polacos, dice que su oferta fue hecha «solo una vez». Es decir, que sus exigencias son más altas hoy. Aun así, aquí sigue habiendo muchas dudas entre los «informados» acerca de si Hitler está decidido a desatar una guerra por la cuestión de Danzig. Mi esperanza es que intente resolverla por el método de Munich.

LONDRES, *junio (sin fecha)*

Salgo mañana para Estados Unidos en el viaje inaugural del nuevo *Mauritania.* Tess me telegrafía que un tribunal de Virginia acaba de concederle la ciudadanía.

A BORDO DEL «MAURITANIA» *(sin fecha)*

Un mal viaje. Sir Percy Bate, presidente de Cunard, me asegura que no habrá guerra.

WASHINGTON, *3 de julio*

Espero poder quedarme algún tiempo en mi tierra natal. Cuesta un poco acostumbrarse de nuevo después de haber estado casi continuamente lejos de ella desde los veintiún años. Aquí o en Nueva York se sabe poco de la crisis europea, y Tess dice que me estoy haciendo muy impopular al adoptar una visión tan pesimista acerca de ella. El problema radica en que aquí todo

el mundo está convencido de tener todas las respuestas. Saben con certeza que no habrá guerra. Ojalá pudiera saberlo también yo. Pero pienso que habrá guerra a menos que Alemania dé marcha atrás, y no estoy nada seguro de que quiera hacerlo, aunque, por supuesto, cabe dentro de lo posible. Aquí el Congreso está hecho un lío del que no hay esperanzas de salir. Dominado como está por gente como Ham Fish, Borah o Hiram Johnson, partidarios de no tener ninguna política exterior, insiste en mantener el embargo de armas como si a esta república le fuera indiferente quién salga vencedor de una guerra entre las democracias occidentales y el Eje. Roosevelt tiene las manos completamente atadas por el Congreso; una situación como la que tuvo que afrontar Lincoln al comienzo de su primer mandato, salvo por la circunstancia de que él hizo algo al respecto, mientras que, según dicen aquí, Roosevelt está desanimado y no hará nada. Él ve correctamente la situación europea, pero por eso mismo, porque se hace cargo de lo peligrosa que es, los Borah y los Fish lo tachan de belicista.

Pero, bueno, es muy agradable estar aquí con la familia, no pegar golpe y relajarme durante unos pocos y fugaces días.

NUEVA YORK, *4 de julio*

Hemos pasado una tarde agradable en la feria con Bill Lewis y su mujer. Mañana tenemos que regresar a Europa. Han llegado noticias alarmantes de Danzig, y en la oficina les preocupa que yo no vuelva a tiempo. Hans Kaltenborn está tan seguro de que no habrá guerra, que anoche me dijo que enviaba a su hijo de luna de miel por el Mediterráneo.

A BORDO DEL «QUEEN MARY», *9 de julio*

Excelente compañía a bordo. Como Paul Robeson, a quien no había visto desde que cautivó a Londres en el musical *Show Boat* hará diez años. Por las noches nos sentamos a charlar Robeson, Constantine Oumansky —el embajador de la Unión Soviética en Washington—, Tess y yo. Oumansky me cuenta que ha estado en tercera clase para dar una charla a varios estudiantes norteamericanos sobre la «democracia soviética». Pero se toma con buen humor mis burlas. ¡Democracia soviética! No envidio su trabajo. Su predecesor en Washington ha caído ahora en desgracia. He conocido a muchos diplomáticos de la Unión Soviética, pero todos han sido liquidados tarde o temprano. Oumansky piensa que los soviéticos se alinearán con Gran Bretaña y Francia para formar un frente democrático contra la agresión fascista a condición de que París y Londres den pruebas de que van en serio y no están maniobrando meramente para comprometer a Rusia (sola o con Polonia) en una guerra contra Alemania. Según dice, hasta el momento los británicos y los franceses no han hecho nada más que encallarse en sus negociaciones con el Kremlin.

Reñidas partidas de ping-pong con Tess durante este viaje.

LONDRES, *14 de julio*

Reunión entre Paul White, que ha llegado de Nueva York, y nuestro «equipo europeo», formado por Murrow, Tom Grandin, de París, y yo mismo, para hacer planes sobre la cobertura de una posible guerra. Hemos estudiado cuestiones técnicas tales como las líneas de transmisión y el uso de transmisores de onda corta, y hemos acordado formar un equipo de

norteamericanos (el *New York Times*, por ejemplo, cuenta con varios ingleses en su plantilla de corresponsales en el extranjero) para actuar como habituales, puesto que, una vez que haya estallado la guerra, no es probable que las asociaciones de prensa y los periódicos norteamericanos permitan que sus hombres trabajen para la radio. Tenemos noticias de que nuestra red rival quiere contratar a bastantes personajes extranjeros de relieve —tales como Churchill aquí, Flandin en Francia, Gayda en Italia, etcétera—, pero pensamos que nuestro plan es mejor. Si estalla la guerra, los radioyentes norteamericanos querrán noticias, no propaganda extranjera. Nos ha sabido muy mal el fracaso de los polacos a la hora de poner a punto su transmisor de onda corta, porque eso puede dejarnos ante un vacío. Juego al golf con Ed. Después de haber estado oyendo a mis amigos del Partido Laborista tronar en el Parlamento contra el alistamiento obligatorio, y a los conservadores expresar esperanzas de un futuro apaciguamiento, ha sido para mí un alivio oír que mi *caddy* exclamaba en un cerrado acento *cockney*: «Yo diría que uno de estos días tendremos que darle una buena somanta al tal Hitler».

PARÍS *(sin fecha)*

John Elliott, que estaba antes en Berlín y es ahora corresponsal en París del *Herald Tribune*, me dice que, en todos los años que lleva escribiendo para su periódico la crónica diaria de Europa, apenas habrá recibido una docena de cartas de lectores que se interesaran por lo que había escrito hasta el punto de decidirse a escribirle. Pero que, después de dos o tres emisiones desde París durante la ocupación de Praga el 15 de marzo, ha recibido decenas de cartas de alabanza y de protesta, y planteándole preguntas.

GINEBRA, *28 de julio*

Fodor y Gunther se presentaron anoche y estuvimos discutiendo y charlando durante gran parte de la velada. John es francamente optimista acerca de la paz. Fodor, que tiene formación de ingeniero, aportó numerosos datos acerca de la escasez de hierro en Alemania. Como dice Fodor, nunca se puede tener almacenado demasiado mineral de hierro. Lo último de John, *Inside Asia*, está teniendo un gran éxito. Discutimos un poco acerca de la India, tema sobre el que me temo que soy un maniático. A John no lo impresiona Gandhi tanto como a mí.

GINEBRA, *3 de agosto*

Mucho golf, incluido un partido con Joe Phillips que fue divertidísimo, excursiones por las montañas próximas y baños en el lago con mi familia, a la que me estoy acostumbrando de nuevo. Desde mi punto de vista personal, sería estupendo que no hubiera guerra. Pero la semana que viene debo ir a Danzig para ver cómo andan las cosas.

BERLÍN, *9 de agosto*

Los viajeros del tren que partieron conmigo anoche de Basilea tenían todo el aspecto de personas limpias y decentes, de esa clase de personas que hacían que los alemanes nos cayeran bien como pueblo antes de que

llegaran al poder los nazis. Esta mañana, para desayunar, en el Adlon pedí un vaso de zumo de naranja, si me lo podían servir.

«¡Por supuesto que tenemos naranjas!», dijo el camarero con altivez. Pero, cuando se presentó después con el desayuno, no trajo zumo de naranja. «No hay una sola naranja en el hotel», admitió con aire avergonzado.

He mantenido hoy una conversación con el capitán D. Oficial de probado patriotismo durante la guerra mundial, estuvo en contra de la guerra durante la crisis de Munich, pero advertí un cambio radical en él a partir del 28 de abril, cuando Hitler denunció los tratados con Polonia y Gran Bretaña. Hoy le bastó oírme mencionar a los polacos y británicos para ponerse violento.

—¿Por qué se tienen que inmiscuir los británicos en el tema de Danzig y amenazar con la guerra por la devolución de una ciudad alemana? ¿Por qué nos provocan esos polacos? ¿Acaso no nos asiste el derecho de recuperar una ciudad alemana como es Danzig?

—¿Tienen ustedes algún derecho a una ciudad checa como Praga? —pregunté a mi vez. Silencio. No hay respuesta. Solo es una mirada inexpresiva lo que uno obtiene de los alemanes.

—¿Por qué no aceptan los polacos la generosa oferta del Führer? —empezó de nuevo.

—¿Porque temen otro litigio como el de los Sudetes, capitán?

—¿Me está diciendo usted que no se fían del Führer?

—No mucho, la verdad, desde lo que ocurrió el 15 de marzo —respondí, tras haber mirado cuidadosamente a mi alrededor antes de hablar, para asegurarme de que nadie me oía proferir semejante blasfemia. De nuevo la típica mirada inexpresiva alemana.

Almuerzo con el comandante Eliot y su esposa. Él acaba de llegar de Londres y París, y tiene una excelente opinión del ejército francés y de las

fuerzas aéreas británicas, lo cual es una agradable novedad para mí. A medianoche me encuentro con Joe Barnes (*Herald Tribune*). Acaba de regresar de Danzig y Polonia. Tiene la teoría de que si Hitler aguarda nueve meses conseguirá Danzig, y tal vez más, sin grandes problemas y, por supuesto, sin guerra. Piensa que la resistencia polaca a las exigencias de Hitler se vendría abajo, por la sencilla razón de que Polonia no está en disposición de mantenerse movilizada más allá de ese tiempo. He señalado que Gran Bretaña y Francia podrían correr con los gastos de los polacos, pero Joe no cree que lo hicieran. No diré que está completamente equivocado, pero creo que subestima el cambio producido en Francia y Gran Bretaña. La descripción que hace Joe del retraso de los polacos es impresionante. Él y Maurice Hindus estuvieron visitando los pueblos. Me dice que solo dos millones de personas leen algún tipo de periódico en Polonia y que en muchas aldeas no hay ni un aparato de radio.

BERLÍN, *10 de agosto*

¡En qué mundo tan completamente aislado viven los alemanes! Un vistazo a los periódicos de ayer ha bastado para recordármelo. Mientras que el resto del mundo considera que Alemania está a punto de romper la paz, puesto que es ella la que amenaza con atacar a Polonia por el asunto de Danzig, aquí, en Alemania, en el mundo que crean los periódicos locales, se mantiene exactamente lo contrario. (Y no es precisamente que me sorprenda, sino que, cuando llevas cierto tiempo fuera, olvidas cómo son las cosas aquí.) Lo que proclaman todos los periódicos del país se resume así: que es Polonia la que perturba la paz europea, que es Polonia la que está amenazando a Alemania con una invasión armada, y así todo. Es, en suma,

la Alemania del pasado septiembre, cuando la indignación apuntaba hacia Checoslovaquia.

«¿POLONIA? ¡ANDEN CON TIENTO!», previene el titular del *B.Z.*, que añade: «¡RESPONDAMOS A POLONIA, LA FIERA DESATADA CONTRA LA PAZ Y EL DERECHO EN EUROPA!».

O el titular de *Der Führer*, el diario de Karlsruhe, que he comprado esta mañana en el tren: «VARSOVIA AMENAZA CON BOMBARDEAR DANZIG. INCREÍBLE AGITACIÓN DE LA LOCURA POLACA [POLNISCHEN GRÖSSENWAHNS]».

Si de lo que se trata es de tergiversar maliciosamente la verdad, son buenos ejemplos. Pero cabría preguntar: ¿es posible que los alemanes den crédito a semejantes mentiras? Hablen con ellos. Son muchos quienes se lo dan.

Pero, por el momento, la prensa se limita a Danzig. ¿Ocultarán los alemanes hasta después sus verdaderos propósitos? Porque hasta el más necio sabe que lo de Danzig es solo un pretexto. La postura nazi, libremente expuesta en los círculos del partido, es que Alemania no puede permitir la existencia de una gran potencia militar en su frontera oriental; por eso debe ser liquidada hoy Polonia, pero no solamente por Danzig, que es el hilo del que pende la vida de Polonia, sino también por el corredor, por Posen y la Alta Silesia. Con lo que Polonia quedará como un rudimento de Estado, vasallo de Alemania. Luego, cuando Hungría, Rumanía y Yugoslavia se hayan visto reducidos de forma semejante (Hungría ya prácticamente lo está), Alemania será económica y agrícolamente independiente y quedará ahuyentado para siempre el gran temor a un bloqueo francobritánico, que triunfó en la última guerra y que, por el momento, probablemente triunfaría también en la próxima. Alemania podría así atacar a los países situados al Oeste y tal vez derrotarlos.

Me llama la atención la fealdad de las mujeres alemanas que veo en las

calles y en los restaurantes y cafés. Como raza son, ciertamente, las menos atractivas de Europa. No tienen tobillos. Caminan torpemente. Y se visten peor de lo que solían hacerlo las mujeres inglesas. Salgo esta noche para Danzig.

DANZIG, *11 de agosto*

Para tratarse de un lugar donde se supone que está a punto de estallar una guerra, Danzig no encarna bien este papel. Como los berlineses, los habitantes de esta ciudad no creen que vaya a haber guerra. Tienen una fe ciega en que Hitler conseguirá su retorno al Reich sin que sea necesario luchar. La Ciudad Libre se está militarizando rápidamente; coches y camiones militares alemanes —¡con placas de matrícula de Danzig!— circulan a toda prisa por las calles. Mi hotel, el Danzigerhof, está repleto de oficiales del ejército alemanes. Las carreteras que provienen de Polonia están bloqueadas con barricadas formadas con troncos y trampas para impedir el paso de tanques. Me recuerdan las de los Sudetes hace ahora un año. Las dos colinas estratégicas de Bischofsberg y Hagelberg han sido fortificadas. Y están trayendo gran cantidad de armas de Prusia Oriental, pasándolas al abrigo de la noche a través del río Nogat; son sobre todo ametralladoras y artillería ligera antitanque y antiaérea. Por lo visto, aún no han sido capaces de transportar artillería pesada. La mayoría de las armas son de fabricación checa.

La ciudad está nazificada por completo. El jefe supremo es Albert Forster, el *Gauleiter* nazi, que ni siquiera es originario de Danzig, pues nació en Baviera. Herr Greiser, el presidente del Senado, es un hombre más moderado, pero recibe órdenes de Forster. Entre la gente hay mucha menos

tensión de lo que imaginaba; quieren incorporarse a Alemania, pero no a costa de una guerra o de perder su posición como puerto de salida del comercio polaco. Sin esto último, y aunque ya reducida su importancia a raíz de la construcción del puerto enteramente polaco de Gdynia, a menos de veinte kilómetros al este de aquí, se morirían de hambre..., salvo que Alemania conquistara Polonia. Digamos que, como todos los alemanes, quieren eso por un doble motivo.

Danzig es una ciudad muy agradable. Me encantan sus poderosas torres báltico-alemanas, sus casas de estilo gótico hanseático con tejados en punta y fachadas muy ornamentadas. Me recuerda a otras ciudades hanseáticas, como Bremen, Lübeck o Brujas. He paseado por el puerto. Tiene un aspecto muy desolador. Pocos barcos. Y hay más borrachos aquí, en Danzig, que cuantos he visto fuera de Estados Unidos. El *Schnapps* —lo llaman «el agua dorada de Danzig» por las partículas de oro que flotan en él— es tan excelente como embriagador.

Almuerzo con nuestro cónsul, el señor Kuykendahl, que se muestra muy deseoso de ayudar y es consciente del puesto clave que ocupa. Viene también al almuerzo John Gunther, que aparece como de la nada. Después, John y yo tomamos un taxi hacia Zoppot, el principal centro de veraneo del Báltico, y pasamos la tarde y la velada allí en el malecón, la playa y las salas de juego del casino (donde perdemos los dos a la ruleta), y charlamos largo y tendido intentando resolver los problemas del mundo. A medianoche, John se marcha apresuradamente hacia Gdynia para tomar allí el expreso nocturno hacia Varsovia.

DANZIG, *12 de agosto*

Tengo cada vez más la sensación de que Danzig no es el problema y de que aquí estoy perdiendo el tiempo. El problema es la independencia de Polonia, o la dominación alemana sobre ella. Tengo que ir a Varsovia. Hoy he telefoneado a Berlín varias veces. Los de la radio en Berlín están paralizando las gestiones para que pueda emitir desde aquí mañana. Llamaré a la Polskie Radio de Varsovia para ver si puedo disponer de un micrófono en Gdynia. Podría efectuar mi emisión desde allí. No me gusta la idea de que los alemanes me impidan hablar, después de haber hecho todo el viaje hasta aquí y teniendo, como tengo, cosas que decir. Las autoridades nazis locales se muestran muy frías conmigo.

EN UN COCHE-CAMA, GDYNIA-VARSOVIA, *13 de agosto, medianoche*

Realicé mi emisión a Nueva York desde Gdynia en lugar de Danzig. Los alemanes de Berlín no quisieron decir que sí ni que no. Pero los polacos de Varsovia se ofrecieron amablemente a ayudar, contentos de desbaratar los esfuerzos de los nazis por silenciarme. Yo había planeado cubrir en coche los dieciocho kilómetros que separan Danzig de Gdynia, pero a mi chófer alemán le entró miedo y dijo que los polacos nos dispararían en cuanto vieran aparecer un coche con la matrícula de Danzig. Fui, pues, a la estación y tomé allí un tren. Me costó lo mío encontrar los estudios de radio de Gdynia; nadie sabía dónde estaban, y el teléfono no figuraba en la guía. En la central telefónica lo ignoraban. Tampoco supieron darme razón en el ejército, la marina ni la policía. Finalmente, cuando ya había perdido la esperanza de poder emitir, los descubrimos en el edificio de Correos. El circuito radiotelefónico con Londres, desde donde nuestra emisión se transmitía a Nueva York por onda corta, se completó en el último minuto.

Pero la recepción fue buena, según me dijeron de Londres. Conversé con dos técnicos de radio polacos que habían llegado de Thurn para la emisión. Estaban tranquilos y esperanzados. «Estamos listos —me dijeron—. Pelearemos. Nacimos bajo la dominación alemana en esta tierra, y preferimos morir a retornar de nuevo a su régimen.»

Después de la cena, mientras esperaba el expreso de Varsovia, tuve tiempo de echar un vistazo a esta ciudad portuaria. Los polacos, con el respaldo de los franceses, han hecho un magnífico trabajo aquí. Quince años atrás, Gdynia no era más que un soñoliento pueblo pesquero de apenas cuatrocientos habitantes. Hoy es el mayor puerto del Báltico, con una población que rebasa las cien mil personas. Como carece de condiciones naturales, los polacos se han limitado a proyectar malecones hacia el mar. La ciudad en sí da la impresión de haber crecido como un hongo, al igual que se han desarrollado algunas de nuestras ciudades del Oeste en los últimos treinta y cinco años. Hoy es una de las promesas de Polonia.

Más tarde

Una observación más a propósito de la situación de Danzig: Hitler aún no está listo para un enfrentamiento. Porque, de estarlo, el Senado de Danzig no se hubiera vuelto para atrás la semana pasada cuando, tras informar Polonia de que los funcionarios de aduanas polacos en Danzig debían cesar en sus funciones, dio un ultimátum a Varsovia y retiró la orden. Aunque puede que se trate solo de un revés alemán momentáneo.

VARSOVIA, *16 de agosto*

Gran excitación hoy en los círculos oficiales polacos. Conferencias entre Smigly-Rydz, Beck y los generales. Han disparado contra un soldado

polaco en la frontera de Danzig. El resultado: una orden dictada esta noche en la que se ordena a los soldados polacos que disparen en el acto contra quien cruce la frontera de Danzig, sin mediar provocación. Almuerzo con el embajador Biddle. Está entusiasmado por su trabajo y por la gran cantidad de excelente información que le llega, aunque no siempre estoy de acuerdo con sus conclusiones. Es muy propolaco, lo cual me parece natural y comparto con él. Ahora teme que los franceses y los británicos busquen de nuevo el apaciguamiento, y sugiere que el profesor Burkhardt, alto comisionado de la Sociedad de Naciones en Danzig, que es de origen suizo y se entrevistó con Hitler en Berchtesgaden el pasado fin de semana, puede tener la intención de ser otro Runciman.

VARSOVIA, *20 de agosto*

Emito para Estados Unidos hoy a las cuatro de la madrugada. Al volver al hotel al amanecer, la atmósfera estaba fresca y serena, y reinaba un silencio tranquilizador. Salgo para Berlín esta noche, siguiendo órdenes de Nueva York. Mucho me temo que mi destino sea que las noticias me pillen siempre en otro lado, donde no toca estar. Aun así, los polacos están tranquilos y esperanzados, y las burlas de Berlín o las terroríficas campañas de prensa de Goebbels a base de mentiras e incidentes inventados los dejan fríos. Pero son demasiado románticos, demasiado confiados. No hay más que preguntarles, como he hecho a lo largo de esta última semana a una veintena de funcionarios de Asuntos Exteriores y oficiales del ejército, acerca de la actitud de Rusia, y se limitan a encogerse de hombros: Rusia no cuenta para ellos. Pero debería contar. Pienso que los polacos irán a la guerra. Ya sé que hace un año dije lo mismo equivocadamente a propósito

de los checos. Pero lo repito ahora de los polacos. Nuestra embajada está dividida. La mayoría piensa que Polonia dará lo mejor de sí misma. Nuestro agregado militar cree que los polacos pueden resistir solos contra Alemania durante seis meses. Harrison, en cambio, opina que el país se derrumbará. Está aquí también el comandante Eliot; en su opinión, el ejército polaco es bastante bueno, pero no cuenta con suficiente armamento ni es del todo consciente de su pésima posición estratégica. Para el recuerdo, una desenfrenada cena ofrecida por John [Gunther], con abundante vodka, salmón ahumado y mucha conversación; hoy he almorzado con el joven Richard Mowrer, la viva imagen de su padre, Paul Scott Mowrer, y con su prometida, que es una mujer de lo más atractiva. Y anoche, antes de mi emisión, he dado un paseo por Varsovia con Maurice Hindus. El nuevo transmisor de onda corta de la Polskie Radio no está listo aún, y eso me preocupa.

BERLÍN, *23 de agosto*

Hans Kaltenborn, nuestro comentarista estrella de noticias del extranjero, ha sido expulsado por la policía secreta nada más llegar esta tarde a Tempelhof procedente de Londres. Los nazis nos han engañado a conciencia. Siguiendo órdenes de Nueva York, había inquirido en círculos oficiales acerca de su visita, y me habían dicho que no tenían ninguna objeción que oponerle, aunque no podría emitir desde Alemania ni entrevistarse con ningún alto cargo. Yo me olí algo cuando vi que los funcionarios que examinaban los pasaportes retenían el suyo después de haber revisado los de los otros pasajeros. Su esposa, varios familiares alemanes de ella y yo estuvimos esperando pacientemente al otro lado de la barandilla de latón

dorado que nos separaba de él. Era un lugar cerrado y caluroso, y a medida que se hacía evidente lo que estaba ocurriendo, empezamos a sudar profusamente. Los parientes alemanes, que se exponían a ser detenidos por el mero hecho de encontrarse allí, permanecían valientemente junto a la barandilla. Yo, al final, me quejé a un hombre de la Gestapo de que nos mantuvieran allí de pie tanto rato y, tras una acalorada discusión, permitió que Hans nos acompañara a todos a la terraza del café del aeropuerto, donde pedimos unas cervezas. Hans había llegado a las tres y cuarenta y cinco. A las seis menos cuarto se presentó un hombre de la Gestapo y anunció que Hans debía tomar el vuelo de las seis con destino a Londres.

—¡Pero si acaba de llegar de allí! —protesté.

—Debe regresar allí ahora —dijo el oficial.

—¿Puedo saber por qué? —preguntó Hans, furioso por dentro pero manteniendo una gran frialdad aunque tuviera la frente perlada de gotas de sudor.

El oficial llevaba preparada la respuesta. Consultó un cuadernillo de notas y dijo con voz terriblemente seria:

—Herr Kaltenborn, en tal y tal fecha, en Oklahoma City, pronunció usted unas palabras insultantes para el Führer.

—Permítame ver el texto al que alude, por favor —dijo Hans. Pero con la Gestapo es imposible discutir. No hubo respuesta a su petición. Hans tuvo que salir corriendo para embarcar en el aparato. Resultó, no obstante, que no había ninguna plaza libre en él, por lo que al cabo de un rato volvió y se sentó de nuevo a nuestra mesa. Yo, entonces, pregunté a los de la Gestapo si no podría tomar el tren nocturno para Polonia, porque a esas alturas ya me estaba temiendo que lo obligarían a pasar la noche en la cárcel. Dije que me pondría en contacto con la embajada estadounidense para que garantizara que Hans no saltaría del tren en Alemania. Finalmente accedieron, aunque a

regañadientes. Llamé al cónsul Geist, quien accedió a prestar esa garantía, y volvimos a nuestras cervezas. En estas estábamos cuando apareció de nuevo el hombre de la Gestapo, jadeando y casi sin aliento. Todavía quedaba una plaza en el avión para el inculpado. Sin duda habían obligado a bajar a algún viajero, y Hans fue obligado a subir al avión. Cuando ya estaba al otro lado de la barandilla, recordó que tenía los bolsillos llenos de tabaco americano que me había traído. Comenzó a darme algunos paquetes, pero un agente de la Gestapo se lo impidió. *Verboten.* Después desapareció.

Más tarde, cuatro de la madrugada

Gran excitación en el Taverne esta noche. Hacia las dos de la madrugada hemos conocido los términos del pacto germano-soviético. Van mucho más allá de lo que cualquiera imaginaba. Es prácticamente una alianza, y Stalin, el supuesto archienemigo del nazismo y la política de agresión, invita por ella a Alemania a invadir y limpiar a fondo Polonia. Los amigos de los bolcheviques están consternados. Varios directores de prensa alemanes —Halfeld, Kriegk, Silex—, que hace apenas un par de días escribían histéricamente acerca del peligro bolchevique, se presentan ahora en el restaurante, piden champán ¡y se revelan como viejos amigos de los soviéticos! Al resto de nosotros nos subleva que Stalin juegue a ejercer esta política de fuerza tan burda y que se ponga también en manos de los nazis. Los corresponsales, los británicos en particular, se entregan al champán o al coñac para ahogar sus sentimientos. Este paso de Stalin herirá de muerte al comunismo mundial. ¿Cómo digerirá ahora un comunista francés, por ejemplo, este abrazo de Moscú a Hitler, cuando le han estado enseñando durante seis años que hay que odiar al nazismo por encima de todo? Pero puede que Stalin esté actuando muy inteligentemente, que su objetivo sea provocar una guerra entre Alemania y Occidente que desembocará en el caos, tras el cual entren en acción los bolcheviques y consigan que el

comunismo triunfe en estos países o en lo que haya quedado de ellos. Aunque también puede ser que se haya pasado de listo. Hitler ha roto todos los acuerdos internacionales que ha firmado. Si ha utilizado a Rusia como utilizó anteriormente a Polonia, con la que en 1934 firmó un acuerdo similar, ¡adiós Rusia! Joe [Barnes], que está sorprendido por la noticia aunque es el único de aquí que conoce realmente Rusia, y yo comentamos los puntos del acuerdo. Nos sentamos con los directores de prensa alemanes, que no pueden ocultar su regodeo y no dejan de jactarse y de alardear de que Gran Bretaña no se atreverá ahora a combatir, negando todo lo que han estado diciendo los jerarcas nazis a lo largo de los últimos seis años. Joe y yo se lo echamos en cara, y la discusión se vuelve desagradable. Joe está nervioso, deprimido. Y yo también lo estoy. Pronto sentimos asco. Algo ocurrirá si no nos vamos ... Entra entonces la señora Kaltenborn. Había quedado aquí con ella a las tres de la madrugada. Me disculpo. Tengo que irme. Joe tiene que irse también. Una lástima. Paseamos por el zoológico hasta que nos serenamos y la oscuridad de la noche comienza a disiparse.

BERLÍN, *24 de agosto, siete de la tarde*

Se presiente la guerra esta noche. Desde mi habitación veo que al otro lado de la calle están instalando una batería antiaérea en el tejado de la I. G. Farben. Supongo que es la misma que vi allí el pasado septiembre. Durante todo el día de hoy han estado sobrevolando la ciudad bombarderos alemanes. Puede ser que Hitler ataque Polonia esta noche. Muchos lo piensan. Pero yo creo que depende de Gran Bretaña y Francia. Si ambas subrayan su propósito de hacer honor a la palabra que le han dado a

Polonia, tal vez Hitler espere, y quizá consiga lo que desea sin necesidad de una guerra. Fui a las oficinas de INS [International News Service] para obtener el texto de la declaración de Chamberlain en los Comunes. Suena firme. Ed me telefoneó desde Londres hace una hora y me dijo que había estado en la Cámara y que Chamberlain había hablado con firmeza. Hitler, ciertamente, parece mantenerse también firme. Ayer, el embajador británico Henderson voló a Berchtesgaden para entrevistarse con él. Le dijo que Gran Bretaña haría honor a su compromiso de prestar ayuda a Polonia si Alemania atacaba, con independencia del pacto germano-soviético. Hitler le replicó que ninguna garantía británica podía hacer que Alemania «renunciara a su *Lebensrecht*».

Con Rusia en el bolsillo, Hitler, aparentemente, no quiere comprometerse. ¡Rusia en su bolsillo! ¡Qué giro han dado los acontecimientos en las últimas cuarenta y ocho horas! La Rusia bolchevique y la Alemania nazi, las enemigas más irreconciliables de este mundo, se han dado de pronto la mejilla la una a la otra, han hecho las paces y han concluido, para consternación de los demás, lo que tiene todo el aspecto de ser una alianza.

Todo empezó el lunes por la noche (21 de agosto) a eso de las once. La radio alemana interrumpió de pronto un programa musical y una voz anunció que Alemania y Rusia habían decidido firmar un pacto de no agresión. Yo me perdí ese anuncio. Había estado en las oficinas del *Herald Tribune,* charlando con Joe [Barnes] hasta las once menos cinco. No había trascendido el más mínimo indicio del asunto, salvo, como recordé más tarde, una vaga insinuación de la Wilhelmstrasse de que tal vez pudiera darse una noticia avanzada la noche. Creo que fue Fatty, un periodista alemán, quien lo mencionó. A mí la noticia me llegó de Londres, cuando me telefoneó Ed Murrow a eso de las doce. Esa noche la RRG no me

permitió emitir. Por lo visto, estuvieron esperando órdenes «de arriba». El día anterior, domingo, pudo intuirse algo con el anuncio de un nuevo acuerdo comercial entre Rusia y Alemania. Los favorables comentarios al respecto en la prensa local, que hasta entonces se había mostrado violenta en sus denuncias acerca de Rusia y del bolchevismo, hubieran debido prevenirme, pero no lo hicieron. Para la gran mayoría de los capitostes nazis, como para el resto del mundo, el anuncio fue un bombazo. No más de una docena de personas estaban al corriente del secreto aparte de Hitler.

Al día siguiente (martes, 22 de agosto) resultó sorprendente ver cómo se contenía la prensa alemana. El *Angriff* del doctor Goebbels, el perseguidor más feroz de todos los rojos, escribía: «El mundo asiste a un hecho crucial: dos pueblos se han situado a sí mismos en la base de una política exterior común que, durante una larga y tradicional amistad, ¡sienta las bases de una comprensión mutua!». (Los signos de admiración son míos, no del *Angriff*.) Y el doctor Karl Silex, antaño un honesto corresponsal en el extranjero y ahora servil director del *Deutsche Allgemeine Zeitung*, en un editorial en primera página calificaba al nuevo acuerdo de una «asociación natural». Durante años, desde que se transformó en un esclavo de los nazis, ha estado atacando violentamente el bolchevismo y a la Rusia soviética.

No hay duda de que este sorprendente movimiento de Hitler es popular entre las masas. El martes me propuse dar una vuelta por el metro, el elevado, los tranvías y los autobuses. Todo el mundo estaba leyendo en el periódico la crónica de esta noticia. Por sus rostros, por sus conversaciones, podías ver que era una noticia que les agradaba. ¿La razón? Pues porque significa para ellos que la temida pesadilla del aislamiento —la guerra en dos frentes— ha quedado anulada. Ayer existía. Hoy ha desaparecido. Esta vez no habrá que mantener un larguísimo frente ante Rusia.

El último de los corresponsales ingleses que quedaban partió anoche para

la frontera más próxima —la danesa— siguiendo órdenes de su embajada. Selkirk Panton, del *Daily Express*, vino a preguntarme si me importaría ocuparme de su coche hasta que el susto hubiera pasado y volviera a Berlín. [10] Me dijo que esperaba estar de vuelta en cuestión de diez días. Otro Munich, ya saben... Esta noche, sin los ingleses allí, el bar del Adlon parecía muy solitario. Se habla de que Hitler ha ordenado que los alemanes entren en Polonia al amanecer. Lo dudo. El pueblo alemán aún no está suficientemente motivado para la guerra. Aún no hay una «causa». Ni consignas. Los periódicos no han escrito todavía que la guerra es inminente. En las calles, el pueblo sigue confiando en que Hitler conseguirá de nuevo su objetivo sin ir a la guerra. No veo en absoluto que la guerra sea popular entre las masas como lo era en 1914.

BERLÍN, *25 de agosto*

Alguien en Nueva York está empeñado en que sigamos adelante con un programa planeado hace varias semanas bajo el título *Europa baila*: conexiones con clubes nocturnos de Londres, París, Berlín, etcétera. Yo estoy preparando una desde un «Hamburger Lokal» del barrio de Sankt Pauli, pero hoy he telegrafiado a Murrow sugiriéndole que lo dejemos. La guerra es demasiado inminente para ocuparnos de esta clase de cosas. Reina una gran intranquilidad esta noche porque durante toda la tarde han estado cortadas todas las comunicaciones telefónicas y telegráficas con el mundo exterior. Cuando llegué a la *Rundfunk* para realizar mi emisión esa noche a la una de la madrugada, tenía escasas esperanzas de salir en antena, pero los funcionarios no me pusieron pegas y seguí adelante. Por lo visto, las mías fueron las primeras palabras en ser recibidas en Estados Unidos desde

Berlín durante todo el día, y, a juzgar por lo que oímos a través del *feedback*, hubo cierto alivio en Nueva York cuando informé tranquilamente de que aún no había estallado la guerra. Pienso que la radio tiene un gran papel que desempeñar. Henderson se ha entrevistado hoy dos veces con Hitler, y esta mañana vuela para Londres. Mientras encuentren algo que negociar, no habrá guerra.

BERLÍN, *26 de agosto*

Henderson está en Londres hoy y, puesto que no se espera su regreso antes de mañana (domingo) por la noche, me parece que podremos tomarnos un respiro este fin de semana. Ciertamente no hay síntomas de que Hitler esté dando el brazo a torcer. Pero en la Wilhelmstrasse aún esperan que sea Chamberlain quien afloje. Nuestra embajada ha publicado hoy una circular oficial para todos los norteamericanos que se encuentran aquí pidiéndoles que se marchen todos aquellos cuya presencia no sea absolutamente necesaria. La mayoría de los corresponsales y hombres de negocios han enviado ya fuera del país a sus esposas e hijos. La gran concentración nazi de Tannenbert, fijada para mañana y en la que se esperaba que Hitler pronunciara un discurso, ha sido cancelada por la «gravedad de la situación», así que no tendré que ir allí. He hablado por teléfono con Murrow y ha estado de acuerdo en que cancelemos nuestro programa *Europa baila*. Recojo algunos titulares de la prensa alemana de hoy. Del *B.Z.:* «COMPLETO CAOS EN POLONIA. FAMILIAS ALEMANAS HUYEN. ¡SOLDADOS POLACOS LOS OBLIGAN A CRUZAR LA FRONTERA CON ALEMANIA!». El *12-Uhr Blatt:* «ESTE JUGAR CON FUEGO VA DEMASIADO LEJOS. TRES AVIONES DE

PASAJEROS ALEMANES DERRIBADOS POR LOS POLACOS. MUCHAS GRANJAS ALEMANAS INCENDIADAS EN EL CORREDOR».

Otro día caluroso. La mayoría de los berlineses se trasladan a los lagos que rodean la ciudad, olvidando la amenaza de la guerra.

Más tarde, una y media de la madrugada

Emito brevemente pasada la medianoche. He estado procurando no parecer un profeta, pero mis palabras han sido: «No sé si vamos a tener o no guerra. Pero puedo decirles que la sensación dominante en Berlín esta noche es que la habrá a menos que se cumplan las exigencias de Alemania sobre Polonia». Los periódicos de mañana (domingo) revelan por primera vez que Hitler reclama ahora no solo Danzig y el corredor, sino todos los territorios que perdió Alemania en 1918, lo que incluye Posen y Silesia. Momentos antes de emitir, la DNB me informó de que a partir del lunes se instaurará un racionamiento. Habrá cartillas de racionamiento para los alimentos, el jabón, el calzado, los productos textiles y el carbón. ¡Esto despertará la conciencia del pueblo alemán a la idea de su situación! Es muy probable, con todo, que Hitler esté haciendo esto para impresionar a Londres y París. Anoche se desconvocó la asamblea del Partido Nazi en Nuremberg. También esto sacará a la gente de su apatía. Los periódicos de la mañana aumentarán la tensión. Como este titular del *Völkische Beobachter*, el preferido de Hitler: «¡TODA POLONIA EN PIE DE GUERRA! ¡1.500.000 HOMBRES MOVILIZADOS! ¡CONTINUOS TRANSPORTES DE TROPAS HACIA LA FRONTERA! ¡CAOS EN LA ALTA SILESIA!».

Sin ninguna mención a la movilización alemana, por supuesto, aunque los alemanes lleven ya quince días movilizados.

BERLÍN, *27 de agosto (domingo)*

Día caluroso y sofocante este, que contribuye a aumentar la tensión. Henderson no ha regresado hoy como se esperaba, lo cual ha dado pie a que la Wilhelmstrasse acusara a los británicos de estar retrasando las cosas. (Dentro de dos semanas más empezarán las lluvias en Polonia, que harán impracticables las carreteras.) Algunos nazis, sin embargo, piensan que la demora de Henderson en Londres puede significar que los británicos están cediendo. Mañana el *Völkische Beobachter* pedirá al pueblo que tenga paciencia: «El Führer sigue aún pidiéndoles que sean pacientes porque quiere agotar todas las vías a fin de llegar a una solución pacífica a la crisis; una solución que signifique el cumplimiento sin derramamiento de sangre de las irreductibles peticiones alemanas». Es un buen invento para convencer al pueblo de que, si llega la guerra, el Führer habrá hecho todo lo posible por evitarla. El *V.B.* concluye diciendo que, aun así, Alemania no renunciará a sus peticiones: «El individuo, lo mismo que la nación, solo puede renunciar a aquellas cosas que no son vitales». He aquí, en su expresión más descarnada, todo el carácter alemán. Un alemán no puede renunciar a las cosas vitales, pero espera que los otros lo hagan. Esta tarde Hitler se dirigió a los miembros del Reichstag en la Cancillería, aunque no en una sesión regular. No tenemos información de su discurso. Un comunicado de la DNB se limita a decir que el Führer «subrayó la gravedad de la situación». Esta es la primera vez que el pueblo alemán le oye decir a Hitler que la «situación es grave».

Hoy se han fijado las raciones de alimentación y he oído protestar a muchos alemanes a propósito de su escasez. Algunos ejemplos: carne, 700 gramos por semana; azúcar, 280 gramos; mermelada, 110 gramos; café o

sucedáneo, 50 gramos por semana. En cuando al jabón, se asignan a cada persona 125 gramos para las próximas cuatro semanas. Las noticias del racionamiento han sido un duro golpe para la gente.

El miembro de la Cámara de Representantes Ham Fish, que parece haber sido engañado completamente por Ribbentrop —el otro día, por ejemplo, este puso a su disposición un avión privado para viajar a la asamblea interparlamentaria en Escandinavia y explicar a los demócratas allí reunidos cuán grave es la situación—, regresó hoy y nos sorprendió a todos por su insistencia en mantener la misma postura. Joe [Barnes] y yo lo vimos conversar en tono muy serio, durante el almuerzo en el patio del Adlon, con el doctor Zallatt, un funcionario de segunda fila y escasa importancia del Ministerio de Asuntos Exteriores, que teóricamente se ocupa de los temas de la prensa norteamericana en él, pero al que ningún corresponsal estadounidense se molesta en ver por la sencilla razón de que jamás sabe nada. Después, tras haber tenido a los miembros de la prensa aguardando durante una hora, Fish salió del almuerzo y dijo en tono grave: «Disculpen que me haya retrasado, caballeros, pero acabo de mantener una charla con un alto funcionario del gobierno alemán». A los muchachos les costó bastante contener la risa. Lo cierto es que Fish se ha marchado esta tarde en el primer tren. Geoffrey Parsons, jefe de redacción del *Herald Tribune*, un hombre tranquilo, inteligente, tolerante y profundo, nos dejó anoche para ir a París. Se había entrevistado con Churchill la semana pasada, y cree que habrá guerra.

A pesar de todo, hoy en la Wilhelmstrasse se sigue apostando por la paz.

BERLÍN, *28 de agosto*

Están todos metiéndose en un callejón sin salida. Es muy difícil para cualquiera de los líderes europeos retirarse ahora. A las dos de la madrugada recibimos el texto de las cartas intercambiadas el sábado y el domingo entre Daladier y Hitler. Daladier, en un tono lleno de nobleza, le pide a Hitler que evite la guerra; le dice que no hay ningún problema que no pueda ser resuelto pacíficamente, y le recuerda que Polonia, después de todo, es una nación soberana, a la vez que le anuncia que Francia hará honor a las obligaciones que tiene contraídas con Polonia. Hitler lamenta que Francia quiera combatir para «mantener una injusticia». Y luego, por primera vez, descubre sus exigencias. Dice que Danzig y el corredor deben ser devueltos a Alemania. Afirma ser muy consciente de las consecuencias de la guerra, pero concluye advirtiendo que a Polonia le irá mucho peor que a ningún otro.

Hay una línea destacada en la carta de Daladier, la última frase: «Si, como sucedió hace veinticinco años, va a derramarse sangre francesa y alemana ... los dos pueblos combatirán confiados en su propia victoria. Pero lo cierto es que los auténticos vencedores serán la destrucción y la barbarie».

Ed [Murrow] telefonea desde Londres a la una y media de la tarde. Está cansado pero animoso. Los dos estamos emitiendo cuatro o cinco veces diarias, desde el mediodía hasta las cuatro de la madrugada. Ed no está de acuerdo con lo que Bill Stoneman me dijo anoche por teléfono cuando llamó de Londres; en concreto, que los británicos estaban capitulando. Ed dice que no pueden hacerlo ahora. Piensa que Henderson, que esta tarde vuelve a Berlín procedente de Londres, le dará a Hitler una respuesta «que lo sorprenderá». El anuncio de las cartillas de racionamiento y la publicación del texto de las cartas de Hitler y Daladier parecen haber conseguido que la gente de la calle se dé cuenta por fin de la gravedad de la

situación, a juzgar por sus caras. Un viejo alemán, tras leer las cartas, me dijo: «*Ja.* Olvidan lo que es la guerra. Pero yo no. La recuerdo bien».

Hoy han pasado por las calles tropas en dirección al este. No se trata de unidades de asalto. Las transportaban en furgonetas, camiones de mercancías, etcétera. Alemania ha dado garantías a Bélgica, Holanda, Luxemburgo y Suiza de que respetará su neutralidad en caso de guerra.

Más tarde

Henderson regresó en avión a las ocho y media de esta tarde, fue a la Cancillería a las diez y media y permaneció allí hasta las once y cuarenta. No hay ninguna noticia fiable acerca de esta entrevista crucial, aunque el comunicado oficial emitido por la Wilhelmstrasse a medianoche no era en absoluto pesimista.

BERLÍN, *29 de agosto*

El alemán medio se siente hoy desalentado. No puede superar el golpe de las cartillas de racionamiento, que le evocan la guerra. Anoche, cuando Henderson regresó con la respuesta de Londres a las exigencias de Hitler —en una noche en que todos sabían que podía decidirse la cuestión de la guerra o la paz—, me sorprendió ver que menos de quinientas personas de una población de cinco millones se congregaron delante de la Cancillería. Unos pocos que no hicieron más que permanecer allí en silencio con rostros ceñudos. En el pueblo se percibe cierto derrotismo. Un hombre me comentó anoche: «¿El corredor? ¡Maldita sea! Llevamos veinte años sin oír hablar de eso. ¿Por qué lo sacan ahora a relucir?».

Más tarde, tres de la madrugada

Esta noche, a las siete y cuarto, Hitler le ha dado a Henderson su contestación a las propuestas británicas.[11] Para sorpresa de la Wilhelmstrasse, el embajador británico no voló a Londres con ella, aunque los alemanes tenían preparado en Tempelhof un avión para él, y se limitó a cursarla por la vía diplomática regular. Parece que los británicos se están poniendo serios por fin. Esta noche, en el Taverne, algunos corresponsales, y yo mismo entre ellos, teníamos la sensación de que los británicos estaban poniendo a prueba al cabo. Los editores alemanes no estaban hoy tan ufanos en el restaurante. La verdad es que Hitler titubea. Muchos nazis fervorosos piensan que debió haber tomado la iniciativa el pasado viernes. Si es cierto que los británicos lo tienen en jaque, ¿harán todavía los conservadores ingleses alguna gestión para salvarlo? Me he dejado caer esta noche por la embajada británica para ver a un viejo amigo. Había montones de equipaje en las salas. «Hemos hecho todos las maletas», se rió mi amigo.

BERLÍN, *30 de agosto*

La respuesta británica a las últimas peticiones de Hitler rebotó anoche a Berlín. No sabemos con qué resultado. Henderson se ha entrevistado de nuevo con Ribbentrop, pero no se tienen noticias de lo que han hablado. Esta noche pudiera ser decisiva. La DNB [la agencia alemana de noticias] ha anunciado que irá informando durante toda la noche. Es un mal presagio. Esta tarde la Wilhelmstrasse se ha preocupado mucho de subrayarnos que el pacto de no agresión con Rusia es también un pacto consultivo y que esta

vertiente puede haber sido ya operativa en los últimos días. Eso me intriga, pero ya lo he dicho en mi emisión de esta noche: «Eso parece significar —y tal es, sin duda, la opinión de círculos bien informados de la Wilhelmstrasse — que en los últimos días los alemanes y soviéticos han estado manteniendo conversaciones y "hablando de Polonia", como ha escrito alguien hoy. En relación con esto, la prensa alemana de esta noche no omite mencionar un despacho procedente de Moscú en el que se dice que Rusia no solo no ha retirado los trescientos mil hombres que mantiene en su frontera occidental, sino que, por el contrario, ha reforzado sus efectivos allí; es decir, en su frontera con Polonia. Desconozco el significado de esto. Solo puedo decir que aquí se ha dado cierto relieve a esta información».

Más tarde

Hoy a las dos y media, los polacos han ordenado una movilización general. No es una noticia trascendental, porque Polonia ha movilizado ya a casi todos los hombres para los que cuenta con fusiles y botas. Pero el hecho sirve a la prensa alemana como excusa para tachar a Polonia de agresora. (Alemania se ha movilizado también, aunque no formalmente.) Dado que Hitler ha exigido ahora públicamente la devolución de Danzig y del corredor, el pueblo alemán debería saber quién es el que merece la condición de agresor. Pero me temo que se tragan todas las píldoras que les da el doctor Goebbels.

A medianoche Hitler anuncia la formación de un gabinete de guerra, que se denominará Consejo Ministerial para la Defensa del Reich. Lo preside Göring, y forman parte de él, entre otros, Frick, Funk, Lammers y el general Keitel.

El tiempo se está agotando muy deprisa esta noche.

BERLÍN, *31 de agosto, por la mañana*

Todo el mundo está en contra de la guerra. La gente habla abiertamente de ello. ¿Cómo puede un país involucrarse en una guerra importante cuando su población está tan decididamente en contra de ella? A las personas les repatea también que las mantengan en la ignorancia. Anoche un alemán me dijo: «No sabemos nada. ¿Por qué no nos dicen lo que está ocurriendo?». Pensé que el optimismo en los círculos oficiales se desvanecía esta mañana. Huss piensa que Hitler puede tener todavía en sus manos una gran baza: un acuerdo con Stalin para atacar a los polacos por la retaguardia. Yo lo dudo mucho, pero, después del pacto germano-soviético, cualquier cosa es posible. Algunos piensan que el Grandullón está intentando salir de su inmovilidad ahora, pero ¿cómo?

Más tarde

Emití esta tarde a las ocho menos cuarto. Dije: «La situación esta noche es muy crítica. Hitler no ha respondido aún a la nota británica de la pasada noche ... Puede que no haga falta una respuesta ... El nuevo Consejo de Defensa ha estado reunido todo el día. La Wilhelmstrasse ha sido un hervidero de actividad ... No se han producido contactos entre los gobiernos alemán y británico. Aunque sí ... entre Rusia y Alemania. Berlín espera que los rusos ratifiquen esta noche el pacto germano-soviético ... El embajador británico no ha visitado la Wilhelmstrasse. Ha mantenido una charla con su colega francés, el señor Coulondre. Después ha recibido al embajador

polaco, el señor Lipski. En las tres embajadas tienen hecho todo el equipaje ...

Más tarde, tres y media de la madrugada

Esta noche se produjo otra de esas típicas trampas de Hitler. A las nueve, la radio alemana interrumpió su programación y emitió los términos de las «propuestas» alemanas a Polonia. Me sorprendió su razonabilidad y, como tenía que traducirlas de inmediato para nuestros oyentes norteamericanos mientras seguíamos en el aire, no capté la trampa. Esto es, que Hitler exigía que fuera enviado un plenipotenciario polaco a Berlín para «discutirlas» la pasada noche, aunque solo se las había entregado a Henderson la noche anterior.[12] Una declaración oficial alemana (muy clara) se queja de que los polacos ni siquiera acudieran a Berlín para negociarlas. Obviamente, no tuvieron tiempo. Pero ¿por qué debería fijar Hitler un tiempo límite a una potencia soberana? Las «propuestas» —que, evidentemente, jamás fueron planteadas en serio— sonaban casi a consideraciones razonables al oírlas. Contienen dieciséis puntos, pero los esenciales son cuatro: 1) Devolución de Danzig a Alemania. 2) Un plebiscito para determinar quién tendrá la soberanía del corredor. 3) Un intercambio de poblaciones minoritarias. 4) Que Gdynia quede en poder de Polonia aun cuando el corredor elija en plebiscito la vuelta a Alemania.

Esta noche han sido movilizados los grandes ejércitos, armadas y fuerzas aéreas. Los países se han aislado unos de otros. Hoy no hemos podido comunicarnos con París o Londres ni, por supuesto, con Varsovia, aunque he telefoneado a Tess a Ginebra y he estado un rato hablando con ella. En estas condiciones, no es de esperar ninguna acción precipitada esta noche. Berlín vive en una situación aparentemente normal. No ha habido ninguna

evacuación de mujeres y niños, y ni siquiera se han dispuesto sacos de arena para proteger las ventanas. Tendremos que aguardar otra noche más, por lo visto, antes de saber algo. Así que me voy a dormir un poco antes de que amanezca.

BERLÍN, *1 de septiembre*

A las seis de la mañana telefoneó Sigrid Schultz; ¡bendita sea! «Ha ocurrido», dijo tan solo. Yo estaba adormilado, con el cuerpo y la mente aturdidos, paralizados. Murmuré: «Gracias, Sigrid», y salté de la cama.

¡Ha estallado la guerra!

Segunda parte

La guerra

W.L.S.

BERLÍN, *1 de septiembre, más tarde*

¡Es un «contraataque»! Hoy al amanecer Hitler ha actuado contra Polonia. Es un flagrante acto de agresión, inexcusable, sin provocación previa. Pero Hitler y el Alto Mando lo denominan «contraataque». El día ha amanecido hoy gris y nublado. La gente de la calle estaba apática cuando me dirigí a la *Rundfunk* para mi primera emisión del día a las ocho y cuarto. Enfrente del Adlon, los trabajadores del turno de la mañana ocupaban sus puestos en el nuevo edificio de I. G. Farben como si no hubiera sucedido nada. Ninguno de los que entraban compraba las ediciones extra de los periódicos que voceaban los chiquillos. A lo largo del ala oeste, los hombres de la Luftwaffe montaban cinco grandes cañones antiaéreos para proteger a Hitler cuando se dirija al Reichstag a las diez de la mañana. Jordan y yo tuvimos que permanecer en la radio para ocuparnos de transmitir a Estados Unidos el discurso de Hitler. En el curso del mismo, pensé que por todo él corría una curiosa tensión, como si el propio Hitler se sintiera aturdido por el atolladero en que él mismo se había metido y ahora comenzara a ser consciente de su error. De alguna manera, sus palabras carecían de convicción y eran mucho menos animosas que en ocasiones anteriores, menos importantes, cuando se dirigía al Reichstag. Jordan debió de tener la

misma impresión porque, mientras esperábamos a que el discurso fuera traducido para Norteamérica, me susurró al oído: «Suena como su canto de cisne». Realmente fue así. Sonó decepcionado cuando dijo al Reichstag que Italia no iría a la guerra porque «no queremos pedir ayuda exterior para este conflicto. Completaremos esta tarea solo con nuestras fuerzas». Y, sin embargo, el párrafo tercero de la alianza militar del Eje exige a Italia prestar un apoyo inmediato y automático con «todos sus recursos militares en tierra, mar y aire». ¿Cómo olvidar eso? Sonó asimismo a desesperación cuando, al referirse al discurso pronunciado ayer por Molotov en la ratificación por parte de Rusia del acuerdo nazi-soviético, dijo: «Solo puedo subrayar todas y cada una de las palabras del discurso del comisario de Asuntos Exteriores Molotov».

Mañana entrarán probablemente en la contienda Gran Bretaña y Francia, y ya tendrán ustedes servida la Segunda Guerra Mundial. Los británicos y franceses enviaron anoche un ultimátum a Hitler para que evacúe sus tropas de Polonia o, de lo contrario, sus embajadores devolverán sus pasaportes. Presumiblemente, se los aceptarán.

Más tarde, dos y media de la madrugada

Estamos viviendo nuestro primer apagón. La ciudad está completamente a oscuras. Cuesta un poco acostumbrarse a ello. Pero das unos pasos tanteando en las calles negras como la boca de un lobo, y muy pronto tus ojos se habitúan a la oscuridad. Siempre puedes distinguir los bordillos encalados de las aceras. A las siete de la tarde tuvimos nuestra primera alarma de ataque aéreo. Yo estaba en la radio, comenzando a redactar mi guión para emitir a las ocho y cuarto. Se apagaron las luces, todos los empleados alemanes echaron mano de sus máscaras antigás y, bastante

asustados, corrimos hacia el refugio. Nadie me ofreció una máscara, pero los vigilantes insistieron en que bajara al sótano. En la oscuridad y la confusión reinantes, logré salir al exterior y volví a los estudios, donde encontré un cuartito donde había una vela ardiendo sobre una mesa. Allí me puse a garabatear mis notas. No se acercó ningún avión. Pero, con los ingleses y franceses metidos en esto, puede que la cosa sea diferente mañana. Y yo me veré entonces en la desagradable tesitura de esperar que bombardeen a fondo esta ciudad sin que me den a mí. El desagradable aullido de las sirenas, la carrera hacia un sótano con la máscara antigás a cuestas (y eso si no tienes que utilizarla), la extrema oscuridad de la noche... ¿Cuánto tiempo resistirán eso los nervios humanos?

Un detalle curioso acerca de Berlín en esta primera noche de la guerra: los cafés, restaurantes y cervecerías estaban de bote en bote. Me pareció que, después de la alarma aérea, la gente solo tenía cierta aprensión. Al terminar mi emisión a la una y media de la madrugada, caminé como ochocientos metros a oscuras por la Kaiserdamm, hasta que finalmente vi un taxi. Pero entonces salió de entre las sombras otro peatón y se subió al vehículo antes que yo. Al final lo compartimos los dos; el otro estaba bebido y el taxista, más borracho aún, y los dos maldecían la oscuridad y la guerra.

La sensación de aislamiento del mundo exterior que te invade en una noche como esta se ve aumentada por el nuevo decreto publicado anoche que prohíbe escuchar emisiones de radio extranjeras. ¿Quién teme escuchar la verdad? No me extraña. Es curioso que esta noche no haya conseguido llegar ni un solo bombardero polaco. Pero ¿ocurrirá lo mismo con los británicos y los franceses?

BERLÍN, *2 de septiembre*

El ataque alemán a Polonia dura ya dos días, y Gran Bretaña y Francia todavía no han hecho honor a sus promesas. ¿Puede ser que Chamberlain y Bonnet intenten sustraerse de ellas? Hitler ha telegrafiado a Roosevelt para decirle que no bombardeará ciudades abiertas si los otros no lo hacen. No ha habido ninguna alarma de incursión aérea esta noche. ¿Dónde están los polacos?

BERLÍN, *3 de septiembre*

¡El «contraataque» de Hitler a Polonia se ha convertido hoy, sábado, en una guerra mundial! Dejemos constancia de la fecha: 3 de septiembre de 1939. Hora: las once de la mañana. Hoy a las nueve en punto, sir Nevile Henderson visitó al ministro alemán de Asuntos Exteriores y le entregó una nota en la que daba tiempo a Alemania hasta las once de hoy para aceptar la exigencia británica de que retire de Polonia sus tropas. Volvió a la Wilhelmstrasse poco después de las once y allí le fue entregada la respuesta alemana en forma de un memorándum. Las ediciones extraordinarias de los periódicos están en las calles ahora. Los repartidores las están pregonando. Tengo en mis manos la del *D.A.Z.* Estos son sus titulares:

RECHAZADO EL ULTIMÁTUM BRITÁNICO

INGLATERRA DECLARA EL ESTADO DE GUERRA CON ALEMANIA

LA NOTA BRITÁNICA EXIGE LA RETIRADA DE NUESTRAS TROPAS EN EL ESTE

EL FÜHRER PARTE HOY PARA EL FRENTE

Y un titular típico en la narración oficial de los hechos:

EL MEMORÁNDUM ALEMÁN DEMUESTRA
LA CULPABILIDAD DE INGLATERRA

Me hallaba yo en la Wilhelmplatz a eso de las doce cuando, de pronto, los altavoces anunciaron que Inglaterra se había declarado en guerra con Alemania. Unas doscientas cincuenta personas tomaban allí el sol. Escucharon atentamente el anuncio. Cuando hubo acabado, no se oyó ni un murmullo. Continuaron inmóviles, tal como estaban antes. Atónitas. El pueblo no se da cuenta aún de que Hitler los ha llevado a una guerra mundial. Todavía no se les ha ofrecido ninguna explicación, aunque, a medida que avance este día, está claro que esa explicación culpará de todo a la «pérfida Albión», como ocurrió en 1914. En *Mi lucha*, Hitler dice que el gran error del káiser fue enfrentarse a Inglaterra y que Alemania no debe repetir nunca el mismo error.

Hoy ha sido un precioso día de septiembre, soleado, con el aire templado; la clase de día que a los berlineses les encanta pasar en los bosques o en los lagos cercanos. Yo me dediqué a pasear por las calles. En los rostros de la gente la expresión es de asombro, de abatimiento. Hasta hoy han podido ocuparse de sus cosas como de costumbre. Había cartillas de racionamiento de víveres y de jabón, no podías conseguir gasolina y por la noche la oscuridad hacía difícil caminar por ahí. Pero la guerra en el este les ha parecido un poco distante —han pasado dos noches de luna y ni un solo avión polaco ha sobrevolado Berlín con su carga destructora—, y los periódicos dicen que las tropas alemanas han avanzado tanto más allá de la frontera, que la fuerza aérea polaca ha sido destruida. Anoche oí a unos

alemanes que hablaban de que la «cuestión polaca» duraría tan solo unas pocas semanas, o meses a lo sumo. Pocos creían que Gran Bretaña y Francia darían algún paso. Ribbentrop estaba seguro de que no harían nada y así se lo había transmitido al Führer, que confiaba en su criterio. Los británicos y franceses ya habían mostrado una actitud acomodaticia anteriormente. Eso podía concluir en un nuevo Munich; ¿por qué no? Ayer, cuando parecía que Londres y París vacilaban, todo el mundo, incluidos los ocupantes de la Wilhelm-strasse, parecía optimista. ¿Por qué no?

Tengo entendido que, en 1914, la excitación que se vivió en Berlín el primer día de la guerra mundial fue algo tremendo. Hoy no ha habido excitación, ni «¡hurras!», ni vítores. Ni lanzamiento de flores, ni fiebre bélica, ni histeria. Por no haber, ni siquiera ha habido odio hacia los franceses y británicos, a pesar de las diversas proclamas al pueblo, al partido, al ejército del Este y al ejército del Oeste, acusando a los «belicistas ingleses y a los capitalistas judíos» de haber iniciado esta guerra. Esta tarde, cuando pasé por delante de las embajadas francesa y británica, las aceras frente a cada una de ellas estaban desiertas. Un único *Schupo* montaba guardia delante de ellas, caminando arriba y abajo.

A la hora del almuerzo nos reunimos en el patio del Adlon para tomar unas copas con una docena de miembros del personal de la embajada británica. La situación parecía no haberles afectado en absoluto. Estuvieron hablando de perros y cosas así. Hay cierto misterio en el hecho de que los franceses no hayan actuado hoy concertadamente con los británicos. El ultimátum de Coulondre no termina hasta las cinco de la tarde, seis horas después de que Gran Bretaña se declarara en guerra. Pero los franceses nos dicen que eso se debió simplemente a un fallo de comunicaciones con París. [13]

El Alto Mando nos hace saber que, en el frente occidental, no serán los

primeros en disparar contra los franceses.

Más tarde

Emito durante toda la tarde y noche. Es la tercera noche de apagones. No han caído bombas, aunque estábamos esperando, más bien, el ataque de aviones británicos y franceses. ¡Los periódicos siguen elogiando el decreto que prohíbe escuchar emisiones de radio extranjeras! ¿Qué es lo que temen de ellas?

BERLÍN, *4 de septiembre*

Ha pasado la medianoche sin ninguna incursión aérea a pesar de que los británicos y los franceses han entrado en la guerra. ¿Puede ser que, después de todo, en esta nueva guerra mundial no se vayan a bombardear las grandes ciudades, las capitales, a los civiles, las mujeres y los niños dentro de sus hogares? La población berlinesa respira ya más tranquila. No han dormido gran cosa durante las primeras dos noches.

Por el *feedback* recibido de Nueva York esta noche, he oído el relato del hundimiento del *Athenia*, con 1.400 pasajeros, 230 de ellos norteamericanos, a bordo. Los ingleses dijeron que ha sido obra de un submarino alemán, cosa que los alemanes se han apresurado a negar, si bien a la prensa y la radio alemanas se les ha prohibido mencionar el asunto hasta mañana. Me he sentido fatal teniendo que hablar desde aquí toda la noche después de haber oído esa noticia, y me he apartado de mi norma habitual para poner en claro mi postura personal como informador radiofónico norteamericano: que se me ha asignado dar las noticias desde

Alemania, que declaraciones oficiales tales como el desmentido de que un submarino alemán haya torpedeado el *Athenia* forman parte de esas noticias, y que las órdenes recibidas de la dirección de mi empresa me obligan a abstenerme de expresar mis opiniones personales. El Alto Mando ha instaurado una censura militar sobre todo cuanto digo, pero, por fortuna, el censor jefe es un oficial de la marina al que tengo por un hombre honrado y decente. Estos últimos días he cruzado con él algunas palabras acaloradas, pero, dentro de las limitaciones de su tarea, se ha mostrado razonable.

La guerra comienza a afectar al hombre de la calle. Esta noche se ha aprobado un decreto que prevé una sobretasa del 50 por ciento en el impuesto sobre la renta y un notable aumento en la imposición sobre la cerveza y el tabaco. Se ha dictado asimismo un decreto que fija precios y salarios.

Los miembros de las embajadas francesa y británica se han marchado hoy en dos grandes trenes Pullman. A mí me sorprendió el singular hecho de que, mientras la matanza está en marcha, los dos bandos observan estrictamente todas las exquisitas sutilezas de la diplomacia hasta el más mínimo detalle.

¡Y las caras de los alemanes cuando corrió la voz, ya entrada la noche, de que los británicos habían bombardeado por primera vez Cuxhaven y Wilhelmshaven! Esto les trae la guerra a casa, y a nadie parece gustarle.

BERLÍN, *5 de septiembre*

Algo muy extraño a propósito del frente occidental. En la Wilhelm-strasse nos aseguraron hoy que aún no se había disparado ni un solo tiro allí. Es más, un oficial me dijo —aunque dudo de su palabra— que las tropas

alemanas situadas frente a la frontera francesa estaban emitiendo en francés a los *poilus:*[14] «No dispararemos si vosotros no disparáis». El mismo informador decía que los franceses habían desplegado una banderola desde un globo, en la que se leía lo mismo. Hoy la RRG[15] emitió por primera vez desde el frente, y sonó con mucho realismo. Ni que decir tiene que fue una grabación. Los alemanes dicen que me permitirán hacer grabaciones de radio en el frente, pero las redes norteamericanas no aceptarán la emisión de material grabado, lo cual es una lástima porque es la única forma de que la radio pueda de verdad cubrir la guerra desde el frente. Pienso que estamos dejando escapar una grandísima oportunidad, aunque bien sabe Dios que no tengo ningún deseo ardiente de morir como un héroe en el frente. Hoy cayó la fortaleza de Graudenz y las tropas alemanas han aplastado la resistencia en el corredor. Tras un lento comienzo, parece que las cosas se están precipitando terriblemente. En el sur se ha rendido Cracovia.

BERLÍN, *6 de septiembre*

Cracovia, la segunda ciudad de Polonia, ha sido tomada esta tarde. El Alto Mando comunica también que ha caído Kielce. Al buscar esta población en el mapa, me ha asombrado ver que se encuentra al este de Lodz y de Cracovia, casi al sur de Varsovia. Nadie tenía idea de que el ejército alemán hubiera avanzado hasta tan lejos. En una semana, los alemanes han llegado más allá de sus fronteras de 1914. Esto empieza a parecer un desastre para los polacos.

Me enteré anoche de que el transatlántico *Bremen* ha conseguido evadir el bloqueo británico y recaló hoy en Murmansk, en la costa norte de Rusia, después de una travesía relámpago desde Nueva York. Estoy prácticamente

seguro de ser el único en la ciudad que lo sabe, y he empezado mi emisión con ganas de contarlo. Pero, en el último minuto, irrumpió el censor militar y me ha cortado; ha dicho que no podía mencionarlo.

Más tarde

Joe [Barnes] y yo nos hemos citado en mi cuarto a la una de la madrugada para charlar sobre la marcha de las cosas. Tenemos la impresión de que Gran Bretaña y Francia no derramarán mucha sangre en el frente occidental, sino que preferirán mantener un bloqueo férreo a la espera de que Alemania se colapse. Mientras tanto, se producirá la derrota de Polonia.

BERLÍN, *7 de septiembre*

¡Hoy he oído hablar mucho de paz! La idea que se repite es que, tras la victoria de Alemania sobre Polonia, Hitler ofrecerá la paz a los aliados occidentales. He elaborado cuidadosamente esta idea para mi emisión de esta noche, pero el censor no me ha permitido decir ni una sola palabra al respecto.

Se cumple justamente una semana del inicio del «contraataque», y esta noche me entero por un amigo que tengo en el ejército que los alemanes están a unos treinta kilómetros de Varsovia. Hoy se publica un nuevo decreto que establece la pena de muerte para cualquiera que «comprometa la capacidad defensiva del pueblo alemán», una frase que deja amplio margen de interpretación a la Gestapo y a su jefe, Himmler. Otro decreto obliga a los trabajadores a aceptar nuevos trabajos aun cuando perciban salarios inferiores a los que tenían en su anterior ocupación.

BERLÍN, *8 de septiembre*

El Alto Mando alemán anuncia que hoy, a las cinco y cuarto de la tarde, tropas alemanas han alcanzado Varsovia. La radio dio la noticia a las siete y cuarto. Inmediatamente después, una banda de música interpretó el «Deutschland über Alles» y la «Canción de Horst Wessel». Hasta nuestros agregados militares se quedaron sorprendidos por la noticia. Pero en las calles de Berlín no hubo esta noche muestras de desenfrenado regocijo. En el metro, mientras iba al estudio de la radio, pude ver la extraña indiferencia de la gente ante el notición. Y, mientras se consumaba la derrota de Polonia, en el frente occidental, si hemos de dar crédito a los alemanes, ¡aún no se ha disparado un solo tiro! La primera persona ejecutada en virtud del decreto de ayer —Himmler no ha perdido el tiempo— es un tal Johann Heinen, de Dessau. Fue fusilado, según se ha dicho, «por haberse negado a tomar parte en unos trabajos de defensa».

La NBC y Mutual han interrumpido sus emisiones europeas. Ed Klauber me cablegrafía que tendremos que continuar nosotros solos. Fue acertada nuestra decisión de crear un equipo de informadores de radio norteamericanos. Vuelvo a casa hoy temprano —a la una de la madrugada —, por primera vez desde que estalló la guerra, lo que me va a permitir, por una vez, una noche entera de sueño. Esta noche escuché a Ed transmitiendo desde Londres. Lo noté muerto de cansancio, como lo estoy yo después de haber pasado todo un mes en el aire, noche y día, prácticamente sin dormir.

BERLÍN, *9 de septiembre*

La segunda alarma de incursión aérea de la guerra ha sonado hoy a las cuatro de la madrugada, pero yo no la he oído porque estaba sumido en mi primera buena noche de sueño desde hace siglos. No hay más noticias de la entrada de tropas alemanas en Varsovia, por lo que comienzo a sospechar que el anuncio de ayer fue prematuro. O. W., que ha regresado del frente, me dijo este mediodía que había visto algunos cadáveres de alemanes muertos por los polacos, horriblemente mutilados. Me describió asimismo cómo los alemanes cercaban a civiles polacos —hombres, mujeres y niños —, los obligaban a entrar en un edificio para someterlos a un consejo de guerra sumario y los sacaban después a un patio trasero, donde los colocaban con la espalda contra un muro y eran liquidados allí por pelotones de fusilamiento alemanes. Nuestro agregado militar dice que es legal actuar así y que es la forma de proceder con los francotiradores. Pero a mí no me gusta eso, incluso aunque se trate de partisanos, y dudo incluso de lo que cuenta O. W. acerca de que los tribunales militares hacen un gran esfuerzo por distinguir a los francotiradores de aquellos que no tienen más culpa que la de ser polacos.

Göring ha hablado hoy por la radio, desde una fábrica de municiones. Ha advertido al pueblo de que la guerra pudiera alargarse. Ha amenazado con terribles venganzas si los británicos y los franceses bombardean Alemania. Ha dicho que las setenta divisiones de soldados que hay en Alemania podrían ser licenciadas en cuestión de una semana y sus hombres, enviados a servir en cualquier otro lugar. Aparentemente, pues, la guerra en Polonia está prácticamente acabada. La mayoría de los corresponsales se sienten un poco deprimidos. Gran Bretaña y Francia no han hecho nada en el frente occidental para aliviar la tremenda presión ejercida sobre Polonia.

Comienza a dar la impresión de que en Hitler tenemos a un nuevo Napoleón capaz de barrer Europa y conquistarla.

BERLÍN, *10 de septiembre*

A la semana de la declaración de guerra anglo-francesa, el alemán medio comienza a preguntarse si esto es, después de todo, una guerra mundial. Razona de la siguiente manera: Inglaterra y Francia han cumplido formalmente sus obligaciones con respecto a Polonia; eso es cierto. Durante una semana han estado formalmente en guerra con Alemania. Pero ¿de verdad es esto una guerra? Los británicos enviaron más de veinticinco aviones para bombardear Wilhelmshaven, sí. Pero, si realmente se trata de una guerra, ¿por qué enviaron solo veinticinco? ¿Y por qué han dejado caer solo unas cuantas octavillas sobre Renania? El corazón industrial de Alemania se encuentra a lo largo del Rin, muy próximo a Francia. De allí salen la mayoría de las municiones que están arrasando Polonia con efectos tan mortíferos. Sin embargo, aún no ha caído ni una sola bomba sobre una factoría renana. ¿Es eso guerra?, se preguntan. Las caras largas que observé hace una semana no lo parecen tanto este domingo.

La vida aquí sigue siendo completamente normal. Las óperas, los teatros y los cines están todos abiertos y con todas las localidades vendidas. En la Ópera se representan *Tannhäuser* y *Madame Butterfly*. El Teatro del Estado repone *Iphigenie*, de Goethe. El Metropol, la sala favorita de Hitler, anuncia para el miércoles el estreno de una nueva revista. Los periódicos de la noche dicen que hoy se jugaron en Alemania doscientos partidos de fútbol.

BERLÍN, *11 de septiembre*

El Alto Mando anuncia que se está librando y está tocando a su fin en Polonia una gigantesca batalla cuyo propósito es la aniquilación del ejército polaco. Se combate ahora a lo largo del río San, al sudeste de Varsovia. Hoy, por primera vez, el comunicado de guerra menciona fuego de artillería francés en el frente occidental. El gobierno del Protectorado establecido en Praga anunció hoy que los checos capturados luchando junto al enemigo serían fusilados como traidores.

Más tarde, medianoche

En el metro, mientras iba a emitir esta noche, he oído muchas quejas acerca de la guerra. Las mujeres, en especial, parecían deprimidas. Y, sin embargo, cuando he vuelto después de la emisión, había un numeroso grupo formado sobre todo por mujeres en la estación que hay bajo la Deutsches Opernhaus. Salían de la ópera y parecían ajenas al hecho de que estaba en curso una guerra y de que en esos momentos estuvieran cayendo sobre las mujeres y niños de Varsovia bombas y obuses alemanes. Dudo si habrá algo, que no sea un bombardeo espantoso y años de pasar hambre, capaz de devolver a la gente de aquí la realidad de la guerra.

El *D.A.Z.* publica esta noche un titular ya clásico: «¡LOS POLACOS BOMBARDEAN VARSOVIA!». La prensa recoge las mentiras más disparatadas. La última es que dos agentes del servicio secreto británico organizaron la matanza de alemanes en Bromberg. Cuando he bromeado acerca de ello con mi censor militar, que es un hombre muy decente, se ha sonrojado.

Pero debo decir una cosa: ¿cabe dentro de lo posible que, si los británicos y los franceses optan por una larga guerra de desgaste, el grueso del pueblo

alemán olvide sus sentimientos hacia el actual régimen y entienda que su deber es defender a su patria? Algunas cosas que he oído hoy de los alemanes me hacen pensar que sí.

BERLÍN, *14 de septiembre*

Ayer, del cuartel general del Führer emanó una nota oficial firmada por el *Oberkommando* (pero, obviamente, dictada por Hitler) en la que se dice que, mientras la población civil polaca persista en resistir al ejército alemán en las ciudades, Alemania recurrirá a todos los medios a su disposición, en especial el bombardeo aéreo y la artillería pesada, para mostrar a los civiles la «inutilidad de su resistencia». D., H. y W., que han estado esta semana en el frente durante tres días, dicen que casi todas las ciudades o aldeas polacas que han visto estaban parcial o totalmente destruidas por las bombas o la artillería.

Los tres estamos aún desconcertados por la pasividad de Gran Bretaña y Francia. A tenor de las emisiones de Ed y Tom desde Londres y París, resulta obvio que los aliados están exagerando sus acciones en el frente occidental. Los alemanes mantienen que hasta el momento no ha habido allí más que escaramuzas y subrayan que los franceses ni siquiera utilizan aviones en sus «ataques». Y., de nuestra embajada, discrepa del telegrama enviado por el embajador Biddle desde Polonia, en el que se refiere a los terribles bombardeos de las poblaciones polacas; mantiene que Hitler tiene justificación para cañonear y bombardear los lugares donde la población civil ofrece resistencia. Supongo que he perdido mi imparcialidad, pero no estoy en absoluto de acuerdo con él.

La mujer de la limpieza me comentó anoche lo terrible que le parece la

guerra.

—¿Por qué nos hacen la guerra los franceses? —preguntó.

—¿Por qué se la hacen ustedes a los polacos? —dije yo.

—Hum... —titubeó, con una expresión de extrañeza en el rostro—. Pero los franceses son seres humanos —replicó por fin.

—Quizá los polacos sean también seres humanos —sugerí.

—Hum... —concluyó, con la misma cara dubitativa.

BERLÍN, *15 de septiembre*

He sabido hoy de muy buena fuente que Rusia podría atacar a Polonia.

Unos cuantos comentarios a propósito de un tema muy árido: ¿cómo afecta a Alemania el bloqueo de los aliados? Disminuye aproximadamente en un 50 por ciento el volumen normal de sus importaciones. Los productos de que carece Alemania son algodón, estaño, níquel, petróleo y caucho. Rusia podría suministrar cierta cantidad de algodón, pero el total de sus exportaciones el último año alcanzó solo el 2,5 por ciento de las necesidades anuales de Alemania. Bien es verdad que Rusia podría abastecer a Alemania del manganeso y la madera que necesita y, junto con Rumanía, facilitarle petróleo suficiente para cubrir, por lo menos, sus necesidades militares. ¿Y el hierro? El último año, Alemania importó el 45 por ciento de su mineral de hierro de Francia, Marruecos y otros países a los que no tiene acceso ahora. Pero Suecia, Noruega y Luxemburgo le proporcionaron once millones de toneladas de mineral de hierro, unos mercados que todavía tiene abiertos. En resumidas cuentas, la pérdida de la mitad de las fuentes de sus importaciones es un grave trastorno para Alemania. Pero, teniendo en cuenta las posibilidades que se le abren en

Escandinavia, los Balcanes y Rusia, puede decirse que su situación no es tan mala como la que vivió en 1914.

Se cumplen hoy dos semanas del inicio del gran «contraataque» a Polonia. En catorce días, la maquinaria militar mecanizada alemana ha hecho retroceder a las tropas polacas más de trescientos kilómetros, ha capturado cien mil prisioneros y prácticamente ha liquidado Polonia. Hoy un ejército alemán sitia la ciudadela de Brest-Litovsk, donde Alemania impuso un duro tratado a la Rusia bolchevique en 1918. Otro ejército alemán se aproxima a la frontera rumana, lo que pone a Alemania a las puertas de grandes recursos petrolíferos y abundante trigo. Es cierto que hay un aguerrido ejército polaco que aún no se ha rendido, pero está completamente rodeado en Kutno, a unos ciento veinte kilómetros al oeste de Varsovia. Pero ¿por cuánto tiempo? Varsovia resiste también, pero ¿hasta cuándo? La guerra ha concluido en Polonia. Las divisiones alemanas están siendo enviadas apresuradamente al oeste. Mi censor no objetó nada cuando sugerí esta noche que Rusia intervendrá ahora y ocupará las zonas de Polonia habitadas por rusos. Hoy hay más conversaciones de paz.

Como ejemplo de lo valorados que son en Nazilandia nuestros aislacionistas, ahí va este titular del *Börsen Zeitung*: «EL SENADOR BORAH PREVIENE CONTRA LOS AGITADORES BELICISTAS EN ESTADOS UNIDOS».

BERLÍN, *16 de septiembre*

A todos los alemanes con los que he hablado hoy les ha encantado la emisión del coronel Lindbergh. El relato da mucho juego en los periódicos berlineses, lo cual es mucho más que el interés que suscitan los discursos de Roosevelt. Los titulares son cordiales. Como el del *Börsen Zeitung:* «EL

CORONEL LINDBERGH ALERTA SOBRE LA AGITACIÓN DE LAS POTENCIAS OCCIDENTALES».

Una mujer norteamericana conocida mía adquirió hoy una lata de sardinas. El dueño de la tienda insistió en abrir la lata en la tienda. ¿La razón?: que no puedes acaparar comida enlatada si tu proveedor la abre al vendértela.

Más tarde, medianoche

Los alemanes acaban de anunciar que, si Varsovia no se rinde en doce horas, las tropas alemanas emplearán todos los métodos militares para someterla. Eso significa fuego de artillería y bombardeos. Hay más de medio millón de civiles en la ciudad, la mayoría mujeres y niños.

BERLÍN, *17 de septiembre*

A las seis de esta mañana, hora de Moscú, el Ejército Rojo inició la invasión de Polonia. Rusia, por supuesto, tenía un pacto de no agresión con Polonia. ¡Qué lejanos me parecen ahora —aunque apenas han pasado unos años— los tiempos en que yo residía en Ginebra y en otras capitales y oía a los estadistas soviéticos hablar de frentes comunes contra el agresor! Ahora la Rusia soviética apuñala a Polonia por la espalda, y el Ejército Rojo se une a las tropas nazis para invadir Polonia. Berlín, naturalmente, ha recibido con entusiasmo la noticia esta mañana.

Mi censor militar ha dado muestras hoy de su integridad. Me permitió emitir lo siguiente: «Si Varsovia no se rinde, eso significará que una de las mayores capitales de Europa será barrida por el ejército alemán, junto con

buena parte de los seres humanos que viven en ella. Ciertamente, la historia no conoce ningún hecho igual ... Los alemanes dicen que los polacos están violando en Varsovia la legislación internacional haciendo que los civiles defiendan la capital. Pero, como ya he dicho, no puedo entender las cosas que están sucediendo en esta guerra».

Salimos para el «frente» mañana, a ver si podemos dar con algo que se le parezca.

ZOPPOT, CERCA DE DANZIG, *18 de septiembre*

Hemos conducido toda la noche desde Berlín, a través de Pomerania y el corredor, para llegar aquí. Las carreteras están llenas de columnas motorizadas de soldados alemanes que vuelven de Polonia. En los bosques del corredor se percibe el nauseabundo olor dulzón de la carroña de los caballos muertos y el olor más dulzón todavía de los cadáveres de humanos. Dicen los alemanes que aquí una división entera de la caballería polaca cargó contra centenares de tanques alemanes y fue aniquilada. Desde el malecón de esta estación veraniega donde hace solo cinco semanas estuvimos sentados John [Gunther] y yo hasta bien entrada la noche apacible, discutiendo acerca de si los cañones destrozarían o no Europa, hemos seguido hoy, también en la oscuridad, el curso de la encarnizada batalla en torno a Gdynia. Lejos, mar adentro, podíamos ver cómo se iluminaba el firmamento cuando disparaban los grandes cañones.

El doctor Boehmer, jefe de prensa del Ministerio de Propaganda, que se ha encargado de este viaje, insistió en que compartiera una habitación doble en el hotel de aquí con Phillip Johnson, un norteamericano fascista que dice representar a la organización Justicia Social, del padre Coughlin. Ninguno

de nosotros aguanta a este individuo, del que sospechamos, además, que nos espía para los nazis. Durante la última hora que hemos pasado en nuestra habitación del hotel, ha estado haciéndose pasar por antinazi e intentando sonsacarme algo acerca de mi actitud. Pero lo único que ha sacado de mí ha sido una sucesión de gruñidos de aburrimiento.

DANZIG, *19-20 de septiembre, dos y media de la madrugada*

Estoy sentado en la emisora de radio local, tiritando de frío y aguardando a que den las cuatro de la madrugada para emitir. Lo hice a medianoche, pero desde Berlín me dijeron por teléfono que pensaban que la CBS no me había captado. Intentaremos hacerlo de nuevo a las cuatro.

Hoy he tenido la oportunidad de atisbar una batalla auténtica, una de las últimas de la guerra con Polonia, tan ilustrativa como cualquier otra. Se estaba librando a unos tres kilómetros al norte de Gdynia, en una cresta montañosa que arranca del mar y se extiende once kilómetros tierra adentro. Ha habido en esta acción algo muy trágico y, a la vez, grotesco.

Nos hallábamos en lo alto de una colina llamada Sternberg, en mitad de la ciudad de Gdynia e, irónicamente, bajo una cruz enorme. Era un puesto de observación alemán. A nuestro alrededor había una serie de oficiales que observaban el terreno a través de prismáticos de campaña. Al otro lado de la ciudad, y por encima de los tejados de los modernos edificios de esta flamante y modélica población que fue la esperanza de Polonia, podíamos ver la batalla que se libraba a tres kilómetros al norte de aquel punto. El fragor de la lucha nos había sacado de la cama esa mañana en el hotel de Zoppot en que nos alojábamos. A las seis temblaron los cristales de la ventana de mi habitación. El acorazado alemán *Schleswig-Holstein*, anclado

en Danzig, disparaba proyectiles con sus cañones de 27 centímetros que pasaban por encima de nuestras cabezas. Y ahora podíamos ver que los alemanes tenían rodeados a los polacos por tres lados y el mar, desde donde los hostigaban los destructores en un intento de completar el cerco. En materia de armas, los alemanes recurrían a todo tipo de ellas: artillería pesada, artillería ligera, tanques y aeroplanos. Los polacos solo contaban con ametralladoras, fusiles y dos piezas antiaéreas que intentaban desesperadamente utilizar como artillería de campaña contra los nidos de ametralladoras y los blindados alemanes. Podías distinguir el profundo rugido de la artillería alemana y el tableteo de las ametralladoras de ambos bandos. Por el sonido de sus armas, ya que era muy poco lo que podía uno ver incluso con los prismáticos dedujimos que los polacos no solo se defendían detrás de trincheras y grupos de arbustos, sino que habían dispuesto nidos de ametralladoras en algunos edificios que dominaban. En concreto, habían transformado en fortalezas dos grandes construcciones —una academia de oficiales y la emisora de radio de Gdynia—, y disparaban fuego de ametralladora desde varias de sus ventanas. Tras media hora de combate, un proyectil alemán voló el tejado de la academia y la incendió. Después, la infantería alemana, apoyada por los tanques —o tal vez conducida por ellos, como daba la impresión a través de los prismáticos—, cargó colina arriba y rodeó el edificio. Pero no logró tomarlo, pues las ametralladoras polacas siguieron vomitando fuego por las ventanas de la planta baja del edificio en llamas. ¡Hombres desesperados y valientes, aquellos polacos! Un hidroavión alemán de reconocimiento planeó por encima de la cresta localizando piezas de artillería. Más tarde se sumó a él un bombardero y los dos descendieron hasta muy baja altura para ametrallar las líneas polacas. Finalmente apareció un escuadrón de bombarderos nazis.

Era una posición desesperada para los polacos. Y, sin embargo, seguían

combatiendo. Los oficiales alemanes que nos acompañaban se hacían lenguas del valor de aquellos hombres. Inmediatamente debajo de donde nos encontrábamos, en las calles de Gdynia, mujeres y niños permanecían hoscos y silenciosos aguardando el resultado de la desigual batalla. Delante de algunos edificios había largas colas de polacos esperando alimentos. Ya antes de subir a la colina me había fijado en la terrible amargura de sus rostros, en especial los de las mujeres.

Estuvimos siguiendo el desarrollo de la batalla hasta el mediodía. En aquel tiempo, los alemanes debieron de avanzar unos cuatrocientos metros. La infantería, los tanques, la artillería, el cuerpo de señales..., todo parecía funcionar con la exactitud de una máquina de precisión. Entre los oficiales alemanes que se hallaban en nuestro puesto de observación no se advertía ningún síntoma de cansancio o excitación. Su actitud era muy profesional: me recordaba la de los entrenadores de equipos que compiten en un campeonato de fútbol, que se sientan en el banquillo y, serena y confiadamente, esperan que el equipo que han creado actúe como ellos han sabido siempre que se comportaría.

Cuando nos preparábamos para irnos, Joe [Barnes] se volvió hacia mí. «Trágico y grotesco», dijo. Y sí, tenía toda la razón. La desigual batalla, los aturdidos civiles en las calles de allí debajo... componían la imagen de la tragedia. Mientras que el elemento grotesco era el espectáculo que ofrecíamos nosotros, observando desde allí la matanza, sin correr apenas peligro y situados en la tribuna principal como si estuviéramos presenciando un partido de fútbol. Grotesco, también, tener un asiento de tribuna para ver a aquellas pobres mujeres en las calles de abajo, para quienes el tronar de los cañones que oíamos era el anuncio de una amarga tragedia personal.

Cuando nos marchábamos pregunté a un oficial por la artillería polaca.

—No tienen —respondió—. Si hubieran tenido, aunque no fuera más que una pieza del 75, habrían podido hacernos saltar en pedazos. Estamos a solo tres kilómetros de allí, y esta colina es un blanco muy fácil.

Fuimos en coche hasta la Westerplatte, una pequeña isla entre Danzig y el mar que había sido utilizada por los polacos como depósito de suministros. Durante cinco días una pequeña guarnición polaca había resistido en la isla frente a las baterías de cañones de 27 centímetros del *Schleswig-Holstein* que disparaban a bocajarro y los Stukas que dejaban caer desde el aire bombas de doscientos kilos. Hasta los alemanes tuvieron que reconocer el valor de los defensores y, cuando los polacos se rindieron por fin, permitieron al comandante conservar su espada. Hoy la Westerplatte se asemejaba a la tierra calcinada de los alrededores de Verdun. Un dato interesante: las bombas lanzadas por los Stukas eran más mortíferas y más precisas que los proyectiles del viejo acorazado. Un búnker circular polaco de no más de doce metros de diámetro había recibido dos impactos directos de bombas de doscientos kilos. El muro de hormigón y acero, de tres metros de grosor, había quedado reducido a cascotes como si fuera de papel. Allí cerca pudimos ver las tumbas de los restos de los polacos que habían estado ocupándolo.

A primera hora de la tarde nos trasladamos al ayuntamiento de Danzig, un edificio gótico muy hermoso, para escuchar el primer discurso pronunciado por Hitler desde su alocución al Reichstag el 1 de septiembre que dio inicio a la guerra. Yo ocupaba un asiento junto al pasillo central, y al verlo pasar a mi lado cuando se dirigía al estrado, me pareció descubrir en él una actitud más imperiosa que la suya habitual. También durante el discurso se enfureció como nunca lo había visto. Cuando se refería a Gran Bretaña, su rostro se inflamaba de una ira histérica. Más tarde un conocido nazi me confió que el «viejo» estaba terriblemente furioso porque contaba

con haber pronunciado el discurso de hoy en Varsovia, que había perdido tres o cuatro días esperando en las afueras de la capital polaca ardiendo en deseos de entrar en ella como un césar conquistador para celebrar el triunfo y que, cuando vio que los polacos se negaban a capitular y seguían manteniendo a diario su obstinada resistencia, la paciencia de Hitler se había venido abajo y se había apresurado a viajar a Danzig para hablar allí. ¡Tenía que hablar! Todos habíamos esperado que Hitler ofreciera la paz a los aliados occidentales y anunciara cuál iba a ser el futuro de Polonia. Pero no hizo lo uno ni lo otro y se limitó a observar que Polonia no sería reconstruida nunca conforme al modelo de Versalles y que no tenía objetivos bélicos contra Gran Bretaña y Francia, aunque combatiría si las dos potencias continuaban la guerra. Cuando Hitler pasó rozándome por el pasillo, lo seguían Himmler, Brückner, Keitel y varios otros, vestidos todos con polvorientos uniformes grises. La mayoría de ellos iban sin afeitar, y debo decir que parecían una panda de gángsteres de Chicago. Himmler, que es el responsable de la seguridad de Hitler, apartaba a empellones a la gente para abrirse paso, refunfuñando porque no lo hacían espontáneamente. He oído decir que al ejército le gustaría librarse de él, pero que temen intentarlo. Esta noche se levantó aquí el oscurecimiento de las luces nocturnas. Ha sido muy agradable volver a verlas encendidas de nuevo.

BERLÍN, *20 de septiembre*

Hitler nos prestó uno de sus aviones de 32 pasajeros para traernos de Danzig. Esta noche la prensa habla abiertamente de paz. Dice el *Frankfurter Zeitung*: «¿Por qué tendrían Inglaterra y Francia que verter la sangre de sus hombres luchando contra el Muro Occidental? Puesto que el

Estado polaco ha dejado de existir, los tratados de alianza con él ya no tienen sentido». Todos los alemanes con los que he hablado hoy están segurísimos de que tendremos paz en cuestión de un mes. Están entusiasmados. Cuando les he dicho a algunos que la mejor oportunidad para conseguir la paz fue hace tres semanas, antes de que Hitler atacara Polonia, y que tal vez ahora los británicos y franceses no la querrían, me han mirado como si estuviera loco. En mi opinión, la paz ahora sería solo un armisticio durante el cual Hitler minaría aún más el espíritu de resistencia de las democracias y fortalecería sus propias fuerzas armadas hasta el día en que se sintiera seguro de poder derrotar a sus vecinos occidentales.

La lucha que está a punto de concluir al oeste de Varsovia, y que probablemente pasará a la historia como la batalla de Kutno, es un segundo Tannenberg. Hoy pregunté al respecto a un oficial del Estado Mayor, quien me dio algunas cifras. En Tannenberg, los rusos tuvieron 92.000 prisioneros y 28.000 muertos. Ayer, solo en Kutno, los alemanes han hecho prisioneros a 105.000 polacos, y el día anterior a 50.000. El Alto Mando, que habitualmente no se excede en sus adjetivos, califica a Kutno de «una de las batallas más sangrientas de todos los tiempos». Tras mi breve visita al frente, sin embargo, está claro para mí lo que les ha ocurrido a los polacos: no han contado con defensa alguna contra los devastadores ataques de los bombarderos y los blindados alemanes. Enfrentaron a un buen ejército conforme a los estándares de la Primera Guerra Mundial con una fuerza mecanizada y motorizada del año 1939, que simplemente lo esquivó y pasó indemne. Entretanto, las fuerzas aéreas alemanas destruyeron las comunicaciones de ese ejército polaco. Bien es verdad que el Alto Mando polaco no parece haberse dado cuenta de lo que se le venía encima, porque, para empezar, mantuvo lo mejor de su ejército en torno a Poznan; que luego

no lo utilizaran hasta que los alemanes hubieron dejado atrás Varsovia es algo que nos confunde incluso a nosotros, meros estrategas aficionados. Si los polacos se hubieran retirado más allá del Vístula en la primera semana de la guerra, habrían podido resistir allí hasta el invierno, cuando el barro y la nieve hubieran detenido a los alemanes.

El pasado sábado por la noche estallaron dos bombas en Berlín: una frente al Ministerio del Aire y la otra en el acceso al cuartel general de la policía secreta en la Alexanderplatz. Ni la prensa ni la radio han hablado de ellas, por supuesto. Los autores pudieron escapar gracias al oscurecimiento.

Si la guerra continúa, hay una pregunta que me hago a mí mismo: la de si la masa del pueblo cambiará de opinión acerca del régimen. Las personas que se sienten muy patriotas y están siendo intoxicadas por una propaganda aterradora acerca de que Inglaterra es la única responsable de la guerra, tal vez se formen la idea general de que tienen que «defender la patria». Aún no he encontrado un solo alemán, ni siquiera entre aquellos que no simpatizan con el régimen, que considere una injusticia la destrucción de Polonia. Todas las actitudes morales del mundo exterior con respecto a la agresión contra Polonia encuentran escaso eco entre la gente de aquí. Personas de todas las clases, tanto mujeres como hombres, se han estado congregando desde hace quince días ante los escaparates de Berlín para contemplar con cara de aprobación los mapas en los que unos puntitos rojos mostraban el victorioso avance de las tropas alemanas en Polonia. Mientras sigan triunfando y aquí no tengan que apretarse demasiado los cinturones, esta guerra no será nunca impopular.

En la aldea de Ottweiler, en el Sarre, los alemanes enterraron ayer con todos los honores militares al teniente Louis-Paul Dechanel, del ejército francés. Su padre había sido presidente de Francia. El joven murió cuando mandaba un destacamento contra el Muro Occidental. Durante el entierro,

una banda militar alemana interpretó «La marsellesa». Los alemanes filmaron un documental de la ceremonia, que utilizarán en su propaganda para mostrar a los franceses que no tienen nada en contra de ellos. ¡Al infierno con la radio! Acabo de enterarme de que mi emisión desde Danzig no se recibió en Estados Unidos.

BERLÍN, *21 de septiembre*

En un parte de guerra a sus tropas la pasada noche, el general Von Brauchitsch, comandante en jefe del ejército, anunció que las operaciones contra Polonia habían concluido. Esto pone fin al «contraataque». En dieciocho días, esta asombrosa maquinaria de guerra que es el ejército alemán ha vencido a Polonia, aniquilado sus ejércitos, expulsado a su gobierno de suelo polaco. Pero Varsovia sigue resistiendo valientemente.

He oído que el presidente Roosevelt pide en la sesión especial del Congreso que revoque la ley de neutralidad y permita la venta al contado de bienes a los países que estén en condiciones de comprarlos, es decir, Francia y Gran Bretaña. Apenas había acabado de hablar el presidente cuando la Wilhelmstrasse hizo una declaración a la prensa extranjera en la que acusaba al presidente de no actuar con neutralidad. El verano pasado intenté averiguar si Estados Unidos entraba de alguna manera en los cálculos de los nazis. No pude encontrar ninguna prueba de que nos tuvieran en cuenta para nada. De nuevo la actitud de 1914-1917. Pero ahora están empezando a pensar en nosotros.

Aquí existen grandes esperanzas de que Rusia ayude a Alemania a superar el bloqueo. Para empezar, no puedo entender que Hitler esté dejando que las cosas lleguen al punto de que su misma existencia dependa

de los favores de Stalin. Pero tampoco puedo entender que los soviéticos le estén sacando las castañas del fuego a la Alemania nazi.

La guerra tal vez esté solo empezando, aunque a los alemanes, después de la aniquilación de Polonia, les gustaría verla terminada. Me pregunto por qué dijo Hitler en Danzig hace un par de noches —y repitió la prensa— que «nunca capitularemos». ¿Por qué sacar a colación ese tema cuando tu posición parece tan sólida? He hablado con Tess. Se encuentra mejor y lleva la oficina de Ginebra en mi ausencia.

BERLÍN, *22 de septiembre*

Comentando el mensaje de Roosevelt en el que pedía la revocación de la ley de neutralidad, el *D.A.Z.* dice esta noche: «Estados Unidos no es Roosevelt, y Roosevelt tiene que contar con el pueblo norteamericano». Ayer el *B.Z.* veía alguna esperanza en lo que llamaba el «frente de la razón» en Estados Unidos. En ese frente sitúa a los senadores Borah y Clark, al coronel Lindbergh... ¡y al padre Coughlin!

BERLÍN, *23 de septiembre*

El general Von Fritsch, el hombre que creó el moderno ejército alemán y se retiró en vísperas del *Anschluss* a causa de una discusión con Hitler acerca del ataque a Austria, al que él se oponía, ha muerto en una acción ante Varsovia. Un poco extraño todo esto. No tenía mando, pero estaba allí con el regimiento del que es coronel honorífico.

A partir de pasado mañana tendremos nuevas cartillas de racionamiento

de alimentos. El pueblo alemán tendrá ahora, por semana, una libra de carne, dos kilos y medio de pan, tres cuartos de libra de grasas, otro tanto de azúcar y una libra de sucedáneo de café, hecho a base de semillas de cebada tostadas. Los trabajadores ocupados en tareas pesadas tienen raciones dobles, y el doctor Goebbels —¡hombre inteligente sin duda!— ha decidido incluir a los corresponsales extranjeros dentro de este grupo.

BERLÍN, *24 de septiembre*

Al revisar la campaña polaca, el Alto Mando dice que el destino de Polonia se decidió realmente en ocho días. Para entonces, el ejército alemán había conseguido ya su principal objetivo estratégico: atrapar al grueso de las fuerzas polacas en el gran codo que forma el río Vístula. Algunos datos más: se capturó a 450.000 soldados polacos y 1.200 cañones, y 800 aviones fueron destruidos o capturados; al concluir los dieciocho días de lucha, no ha quedado intacta ni una sola división polaca, ni una sola brigada.

Esta mañana el doctor Goebbels convocó una conferencia de prensa especial. Fuimos en tropel al Ministerio de Propaganda pensando que tal vez había llegado la paz, o algo semejante. El pequeño *Doktor* entró malhumorado, bufando como un toro, y procedió a dedicar todo su tiempo a atacar a Knickerbocker, a quien calificó de «mentiroso y falsificador» internacional. *Herr Doktor* dijo que él, como periodista, ¡jamás había difamado a nadie en toda su vida! Parece ser que Knick publicó una crónica en la que decía que los altos jerarcas nazis habían depositado oro en el extranjero para capear el mal tiempo en caso de que perdieran la guerra. Esto enfureció al doctor Goebbels. Reveló que el jueves (21 de septiembre) por la noche había emitido, a través de todas las emisoras de onda corta

alemanas, un llamamiento a Knick ofreciéndole el 10 por ciento de cualquier suma que pudiera probar que los nazis habían depositado en el extranjero. Una curiosa oferta. Dijo que le dio hasta el sábado por la noche (la pasada noche) para probarlo. Por lo visto, Knick estaba embarcado, de viaje para Nueva York. Lo que se cuenta aquí es que Knick le respondió por radio que, como con todos los ultimátums alemanes, cuando recibió este había expirado ya el límite de tiempo indicado.

BERLÍN, *26 de septiembre*

Enterraron aquí esta mañana al general Von Fritsch. Llovía, hacía frío y el cielo estaba encapotado: uno de los días más espantosos que puedo recordar haber vivido en Berlín. Hitler no se dejó ver, ni Ribbentrop, ni Himmler, aunque todos ellos volvían a Berlín del frente esta tarde a primera hora. Las esquelas oficiales publicadas en los periódicos omitían el usual «Muerto por el Führer», y decían solo: «Muerto por la Patria». Ayer, después de que Goebbels hubiera acabado su diatriba, algunos corresponsales nos reunimos fuera, en la calle, y concluimos que a Fritsch, o bien lo habían matado por orden de Himmler, su mortal enemigo, o bien estaba tan asqueado de la vida y de la situación a la que Hitler había conducido a Alemania (¿avergonzado quizá por la matanza sin sentido que las bombas y proyectiles alemanes causaban entre las mujeres y niños de Varsovia?), que había buscado deliberadamente la muerte; es decir, que se había suicidado. Porque, ¿qué hacía un general de su rango en el frente, delante de Varsovia, donde los francotiradores causaban una alarmante cifra de víctimas entre las tropas alemanas? De hecho, dicen que murió cuando avanzaba con una patrulla de reconocimiento por una calle de un barrio del Vístula, en las afueras de la

capital. ¡Extraño cometido para quien era la figura militar más destacada de la Alemania moderna![16]

Hitler dio muestras de una típica estrechez de miras al negarse a asistir al funeral. No puede perdonar, ni siquiera después de muerto, a un hombre que le ha llevado la contraria. No pudo perdonar, por ejemplo, a Von Kahr, que hizo fracasar su *Putsch* de la cervecería en 1923 y al que ordenó matar en la purga de 1934.

Ahora que ha destruido Polonia, a Alemania le gustaría sellar la paz con los aliados occidentales. Hoy se ha iniciado una gran ofensiva de paz. Los periódicos y la radio no hacen más que hablar de ella. La idea argumental: ¿por qué se empeñan en combatir ahora Francia y Gran Bretaña? No hay nada por lo que luchar. Alemania no quiere nada en el oeste.

Más tarde

Siete miembros del consulado de Estados Unidos en Varsovia llegaron aquí anoche y tomamos unas copas con ellos en el bar del Adlon. Cuentan una historia terrible del bombardeo de la ciudad y de la matanza de la población civil. Algunos de ellos parecen todavía traumatizados por el efecto de las bombas. Lograron salir de Varsovia durante una tregua temporal entre los alemanes y los polacos. Un proyectil alemán impactó de lleno en el consulado, pero, afortunadamente, el personal se había refugiado ya en los sótanos de la legación.

Nuevas restricciones hoy sobre las prendas de vestir. Si encargo un traje nuevo, mi sastre deberá confeccionarlo con un corte de paño de exactamente 3,1 metros por 144 centímetros. Los periódicos nos informan también de que no podemos poner medias suelas a nuestros zapatos; falta

cuero. Tenemos que esperar a que aparezca en el mercado un nuevo material sustitutorio, que no ha salido aún.

¿Y qué decir del afeitado? Un nuevo decreto dice que para los próximos cuatro meses solo tendremos cada uno una barra de jabón o un tubo de crema de afeitar. Comenzaré a dejarme barba.

BERLÍN, *27 de septiembre*

Varsovia capituló hoy después de una heroica pero desesperada resistencia. El Alto Mando afirma que el comandante polaco ofreció la rendición esta mañana, después de haber quedado muy «impresionado por el ataque alemán».

En la primera batalla entre una flota y aeroplanos (durante años los almirantes y los mandos de las fuerzas aéreas han estado discutiendo sobre el papel si una flota es o no vulnerable a un ataque aéreo), los alemanes dicen hoy haber hundido un portaaviones británico y dañado un acorazado sin perder un solo avión.

Anoche, antes de mi emisión, fui a la Ópera del Estado siguiendo la sugerencia de George Kidd, de UP, de que sería bueno para nuestros nervios. Era la función inaugural de la temporada y representaban una de mis obras preferidas: *El cazador furtivo*, de Weber. Me sorprendió un poco, en efecto, darme cuenta de mi estado nervioso. No conseguí permanecer sentado durante la representación. Me resultaba insoportable ver a todos aquellos burgueses, hombres y mujeres, satisfechos de sí mismos, muchos de ellos vestidos de etiqueta, e incluso la música no me sonó bien. Lo único divertido fue una hoja especial incluida en el programa, en la que se daban instrucciones en caso de que sonara la alarma de ataque aéreo. Puesto que

en la ópera no hay refugio, el mapa me indicaba cómo podía llegar a mi refugio, indicado como el *Keller* n.º 1. La alarma, decían las instrucciones, se anunciaría desde el escenario. Yo tendría entonces que mantener la calma, ir a buscar al *Garderobe* mi sombrero y mi abrigo, y dirigirme al refugio. Cuando cesara la alarma, tendría que volver a la ópera, entregar el resguardo de mi sombrero y mi abrigo, y la ópera iría a traerlo de donde lo hubiera dejado. No hubo ninguna alarma.

Ribbentrop está en Moscú, y nos preguntamos qué habrá ido a hacer allí.

BERLÍN, *28 de septiembre*

Hoy a medianoche entrevisté ante el micrófono al as alemán de la navegación submarina, el capitán Herbert Schultze. Resultó mucho mejor de lo que me esperaba. Desde primeras horas de la tarde hasta el anochecer, había tenido muchas dudas al respecto y un gran dolor de cabeza. Con la ayuda de algunos oficiales de marina amigos míos había conseguido abordar a Schultze en el Almirantazgo. Acababa de volver de su primer hundimiento. Es un tipo bien plantado, de unos treinta años, duro de sentimientos y dotado de esa apabullante confianza en uno mismo que se logra, imagino, cuando te juegas a diario la vida y las vidas de otros.

El hombre estaba un poco preocupado por su inglés, según me dijo, y después de haber escuchado una muestra de él, a mí me preocupó también. De hecho, no conseguí entender una sola palabra y tuvimos que seguir conversando en alemán. Alguien sugirió que su inglés mejoraría durante la tarde, puesto que simplemente lo tenía un poco oxidado. Con esta esperanza cablegrafié a Nueva York anunciando que realizaríamos la entrevista esta noche. Le hice mis preguntas y el capitán escribió las respuestas en alemán.

Cuando acababa de escribir una página, yo dictaba una traducción en inglés de lo escrito a un secretario del Almirantazgo que, por alguna misteriosa razón, escribía un inglés impecable, pero tenía gran dificultad en entenderlo hablado. Así estuvimos sudando la gota gorda toda la tarde —cuatro horas —, y finalmente conseguimos un guión escrito de la conversación, de unos quince minutos de duración.

Hubo dos puntos en ella, los que la hacían más interesante y que me pusieron a mí mismo en tensión. El capitán contó la historia de cómo había torpedeado y hundido al barco británico *Royal Sceptre*, pero añadió que, jugándose la piel, se las había arreglado para que los pasajeros que iban a bordo del barco hundido fueran rescatados por otro navío británico, el *Browning.* Ahora bien, yo recordaba que pocos días antes Londres había informado de que el *Royal Sceptre* había sido torpedeado sin previo aviso y que se presumía que la tripulación y los pasajeros, un total de sesenta personas, habían muerto. Me pregunté quién tendría razón.

Mientras preparábamos la entrevista, el capitán Schultze mencionó también que era el comandante del submarino que había enviado un insolente mensaje por radio al señor Winston Churchill, dándole cuenta de la situación de un navío británico al que acababa de hundir, para que el primer lord del Almirantazgo británico pudiera rescatar a sus tripulantes. Pero un par de días antes, el señor Churchill había dicho en la Cámara de los Comunes que el comandante del submarino alemán que le había enviado aquel mensaje había sido capturado y era ahora prisionero del gobierno de Su Majestad.

Le recordé eso al capitán y le pregunté si podía darme el texto de su mensaje. Su cuaderno de bitácora estaba en Kiel, pero telefoneó allí e hizo que nos leyeran el texto de su mensaje, que figuraba en él. Aquello consiguió que me sintiera un poco mejor. Esta noche, poco antes de la

emisión, sucedió algo que hizo que mi alivio fuera todavía más grande. Cuando salíamos del Almirantazgo, un oficial nos trajo un despacho de Reuter's en el que se decía que el *Browning* acababa de arribar a Bahía, en Brasil, con la tripulación y los pasajeros del *Royal Sceptre*, todos sanos y salvos.

Una buena noticia trajo consigo otra. Para mi sorpresa, mientras nuestra emisión estaba en marcha, el inglés del capitán mejoró notablemente, tal como se había predicho. Su acento era espantoso, pero de alguna manera las palabras salían de sus labios con toda claridad. Podías percibir todas y cada una de las sílabas. Me he encontrado algunas veces con hombres como él que, cuando les pones delante un micrófono, leen las líneas mecánicamente. Pero, para mi gran satisfacción, este demostró dotes naturales de locutor y lo dijo todo como si no le hubiéramos escrito ni una sola frase.[17]

BERLÍN, *29 de septiembre*

La ofensiva de paz de Alemania está ahora respaldada por Rusia.

Anoche, en Moscú, Ribbentrop y Molotov firmaron un tratado y una declaración de intenciones. El texto de la segunda narra toda su historia:

«Una vez que el gobierno alemán y el gobierno de la URSS, por medio del tratado firmado hoy, han resuelto definitivamente los problemas resultantes de la desintegración del Estado polaco y establecido por consiguiente los fundamentos firmes de una paz permanente en Europa oriental, expresan conjuntamente su opinión de que sería de interés para todas las naciones poner fin al estado de guerra existente ahora entre Alemania y Gran Bretaña y Francia. Por lo tanto, los dos gobiernos

concentrarán sus esfuerzos, si es preciso en cooperación con los de otras potencias amigas, para alcanzar este objetivo.

»Con todo, si el esfuerzo de los dos gobiernos no lograra ningún fruto, este mismo hecho demostraría que Gran Bretaña y Francia son responsables de la continuación de la guerra, en cuyo caso los gobiernos de Alemania y de la URSS se consultarán las medidas que juzguen necesarias».

Esto resulta cómico, pero podría significar que Rusia entre en la guerra del lado de Alemania. Los mismos círculos nazis que dijeron el pasado agosto, después del primer acuerdo nazi-soviético, que Gran Bretaña y Francia no combatirían, están seguros hoy de que las dos democracias aceptarían detener la guerra ahora. Puede que los dos se equivoquen de nuevo, aunque no estoy completamente seguro de ello.

BERLÍN, *30 de septiembre*

El tema de la paz lo domina todo aquí. Los alemanes están seguros de conseguirla, y uno de los secretarios de la embajada soviética me dijo hoy que Moscú lo estaba también. Afirmó que Londres y París darían saltos de alegría ante esta oportunidad de conseguir la paz ahora. El *Völkische Beobachter* observa hoy: «Toda Europa aguarda hoy que Londres se pronuncie a favor de la paz. ¡Ay de quienes se nieguen a hacerlo! Serán lapidados cualquier día por su propio pueblo».

Esta noche he realizado una emisión a cuatro bandas con Londres, París y Nueva York; pero, al ver que se estaba haciendo demasiado tarde, he acortado tanto mi intervención que no tenía mucho sentido.

Ciano llega mañana a entrevistarse con Hitler. Se habla de que los

alemanes lo utilizan para presionar a Londres y París para que acepten la paz.

BERLÍN, *2 de octubre*

Acabo de oír el anuncio de la BBC de que aviones ingleses sobrevolaron anoche Berlín. Es una sorpresa para todos nosotros. No han sonado las alarmas de incursión aérea. No hemos oído ruido de aviones. Pero todos mienten estos días. Los alemanes, por ejemplo, afirman haber hundido el *Ark Royal.*

La familia de Eleanor K., una joven norteamericana de familia alemana nacionalizada en Estados Unidos, que me ha sido muy útil aquí durante años, está insistiéndome desde ayer en que haga algo para localizarla. Salió de Amsterdam en dirección a Berlín hace unos cuantos días, pero no llegó aquí. He ido hoy al consulado y he conseguido que G. hiciera una llamada urgente a la policía secreta alemana de la frontera con Holanda. Respuesta: Eleanor está allí bajo arresto. ¿Cómo le explico yo esto a su familia?

El entusiasmo de los alemanes por la paz se ha apagado hoy un poco por la emisión de las palabras de Churchill anoche. Yo me he estado preguntando, además, si con un tubo de mi cupo de crema de afeitar tendré suficiente para los próximos cuatro meses. Mi barba será pelirroja.

A. se presentó aquí el sábado (30 septiembre), acompañado de una joven norteamericana a la que conoció en Varsovia. Se han pasado tres semanas recorriendo las tierras agrestes de Polonia oriental, entre las tropas alemanas y rusas. Me contó que han vivido durante días a base de pan duro, viajando de aldea en aldea. Pan duro es todo lo que los campesinos estaban dispuestos a venderles, aunque tenían también mantequilla, huevos y carne.

La mayoría de las aldeas han instaurado ya sóviets locales. A., a quien nunca le han caído bien los polacos y prefiere más bien a los nazis, dice que aldeas enteras de Polonia oriental, alejadas de las rutas frecuentadas, de las líneas de ferrocarril y de las carreteras principales —poblaciones desprovistas de toda importancia militar—, han sido destruidas por la Luftwaffe sin que encuentre ninguna razón para ello. Dice que los aviones alemanes se abalanzaban a menudo en picado sobre un grupo aislado de campesinas en campos solitarios y lanzaban una bomba sobre ellas o las ametrallaban. Ha visto los cadáveres. A. y su amiga lograron llegar finalmente a las líneas alemanas, viajaron varios días con refugiados alemanes en vagones de mercancías descubiertos, y al cabo consiguieron llegar a Alemania.

Whitey, que ha vuelto de Polonia, dice que sobrevoló Varsovia el sábado (30 de septiembre) y que estaba en llamas. Los pocos edificios que pudo ver en el centro de la ciudad que no estuvieran ardiendo estaban en ruinas. Calcula que han perecido allí decenas de miles de civiles. Pasó tres días con el ejército soviético, pero no se llevó una buena impresión. Lo sorprendió, eso sí, el número de mujeres integradas en el Ejército Rojo. Whitey tomó parte en una misión muy peculiar. Göring había recibido un informe acerca de que varios aviadores alemanes capturados por los polacos habían sido asesinados en un campo de concentración próximo a la frontera rusa. Cuatro aviones alemanes, uno de ellos ocupado por Whitey y varios oficiales alemanes, y los otros tres cargados con ataúdes, partieron para localizar los cadáveres. Excavaron tumbas por toda Polonia oriental, pero no eran las de los aviadores. Finalmente dieron con una en un campo que les pareció corresponder a la que buscaban. Se trataba de un gran montículo, con señales de haber sido rellenado recientemente. Lo excavaron con ahínco. Y encontraron... cincuenta caballos muertos.

BERLÍN, *4 de octubre*

Dos muestras escogidas de la prensa de hoy. En el *12-Uhr Blatt*, un titular en rojo a toda página en la portada: «RESPONSABILIDAD DE INGLATERRA POR LA INTOLERABLE PROVOCACIÓN DE VARSOVIA DE DEFENDERSE A SÍ MISMA». Y el editorial del *Nachtausgabe*, en el que se afirma que Estados Unidos no se muestra tan deseoso de sumarse a la guerra «como lo están herr Roosevelt y su camarilla judía».

BERLÍN, *5 de octubre*

Sesión del Reichstag mañana. Se espera que Hitler ofrezca condiciones de paz. Nadie confía en que sean muy generosas. Hoy voló a Varsovia para pasar revista triunfal a sus tropas. Pronunció un discurso ante sus soldados, semejante al de un césar conquistador.

Aquí la gente necesita la paz. Puede ser también que al gobierno le interese en estos momentos. ¿Querrán aceptarla ahora Gran Bretaña y Francia, sabiendo que tal vez el año que viene tendrán que movilizarse de nuevo? Hitler ha ganado la guerra en Polonia, pero ha perdido la paz allí... en beneficio de Rusia. Sin luchar, los soviéticos se han adueñado de casi la mitad de Polonia y controlan los estados bálticos, y ahora le impiden a Alemania alcanzar sus dos principales objetivos en el este: el trigo de Ucrania y el petróleo rumano. Hitler se ha apresurado a retirar a todos los alemanes de los estados bálticos, donde la mayoría de ellos se habían establecido hace siglos. Estonia ha capitulado ante Moscú y ha aceptado

que los soviéticos construyan en su suelo una base aérea naval. Los ministros de Asuntos Exteriores de Letonia y Lituania están yendo y viniendo entre sus capitales y Moscú, intentando salvar todas las piezas. Y, una vez que los soviéticos hayan clavado una cuña en los estados bálticos, ¿cuánto tardarán estos en hacerse bolcheviques? Muy poco. Muy poco.

BERLÍN, *6 de octubre*

Hoy al mediodía Hitler ha dado a conocer en el Reichstag sus tan anunciadas «propuestas de paz». Me acerqué hasta allí y presencié el espectáculo por enésima vez. Formuló «propuestas» casi idénticas a las que le he oído ofrecer desde la misma tribuna después de cada conquista tras la marcha sobre Renania en 1936. Esta debe de ser, como mínimo, la quinta vez que se las oigo; y, al igual que en las anteriores ocasiones, suenan tan sinceras que la mayoría de los alemanes con quienes he hablado se asombran si les sugieres que tal vez el mundo exterior no se fiará de ellas, más de lo que las amargas experiencias lo han enseñado a desconfiar de esas otras.

Hitler ofreció la paz en el oeste si Gran Bretaña y Francia se mantienen fuera del *Lebensraum* de Alemania en la Europa oriental. Dejó en duda el futuro de Polonia, aunque aseguró que dicho país no volverá jamás a comprometer (!) los intereses alemanes. En otras palabras, que será una Polonia esclava, semejante a lo que es ahora Bohemia.

Dudo mucho de que Inglaterra y Francia dediquen cinco minutos siquiera a prestar atención a estas «propuestas», aunque algunos de mis colegas piensan lo contrario basándose en que, ahora que Rusia comparte una larga frontera con Alemania y esta última semana ha estado muy ocupada

asentándose en los países bálticos, sería muy inteligente por parte de Londres y París concluir la paz y sentarse a esperar hasta que Alemania y Rusia choquen en el este de Europa. Pertinax escribió hace unos meses que el problema alemán no se solventaría hasta que Alemania encontrara una barrera en el este que supiera que no podría romper. Entonces cejaría en su afán expansionista, dejaría de hostigar al resto de Europa y dedicaría sus indiscutibles talentos y energía a la consecución de metas más pacíficas. Rusia puede ser esa barrera. En todo caso, Rusia es la triunfadora de esta guerra por el momento, y Hitler depende enteramente de la buena disposición de Stalin, quien sin duda no tiene buena disposición para nadie que no sean él mismo y Rusia.

Hitler estuvo hoy más tranquilo que de costumbre. Hubo mucha jovialidad pero poco entusiasmo entre los complacientes diputados del Reichstag, excepto cuando alardeó del potencial de Alemania. Estos alardes encienden a cualquier alemán. Los miembros del gabinete —que se encontraban sobre el escenario, donde suelen situarse los cantantes cuando actúan— conversaban amigablemente entre sí antes de la sesión: Ribbentrop con el almirante Raeder, el doctor Goebbels con Von Neurath, etcétera. La mayoría de los diputados con los que hablé después daban por hecho que la paz estaba asegurada. Era un precioso día de otoño, frío y soleado, que parecía contribuir a alentar los buenos sentimientos de todos. Mientras me encaminaba al Reichstag (cuya sesión se celebró, como de costumbre, en la ópera Kroll) a través del Jardín Zoológico, distinguí baterías antiaéreas en todas partes.

En su primera edición de la mañana, el *Völkische Beobachter*, que es, de entre todos los periódicos, el vocero de las amenazas de Hitler, parece transformado en una paloma de la paz. Estos son hoy sus encendidos titulares: «LA VOLUNTAD DE PAZ DE ALEMANIA. NO HAY MOTIVOS DE GUERRA

CONTRA FRANCIA Y GRAN BRETAÑA. NO MÁS REVISIONES TERRITORIALES SALVO EN LAS COLONIAS. REDUCCIÓN DE ARMAMENTOS. COOPERACIÓN CON TODAS LAS NACIONES DE EUROPA. PROPUESTA DE UNA CONFERENCIA».

Si los nazis fueran sinceros, podrían haber empleado este amable lenguaje antes de lanzar su «contraataque».

BERLÍN, *8 de octubre*

El *Völkische Beobachter* publica hoy una página entera de esquelas de pago. ¡Cuántos hijos únicos muertos! Dos ejemplos típicos: «Combatiendo heroicamente en Polonia por el Führer, el Pueblo y la Patria, murió el 18 de septiembre mi amado hijo único a los veintidós años de edad». Y «Por su amada Patria, cayó el 20 de septiembre en la batalla que se libró en Kutno mi único hijo, que contaba veinticinco años». Ambas esquelas estaban firmadas por la madre.

Salgo mañana para Ginebra con la idea de recuperar el equilibrio mental y volver con alguna ropa de invierno, porque ha refrescado mucho. Cuando dejé Ginebra, hace ahora exactamente dos meses, no me traje ropa de abrigo. No lo pensé. ¡Dos meses! Todo un siglo, diría yo. ¡Qué borroso está en mi memoria aquel tiempo en que reinaba la paz! Aquel mundo se acabó y, para mí, en conjunto, a pesar de sus fallos, injusticias y desigualdades, fue una buena época. Me hice mayor en ella, y la vida que me dio era libre, civilizada, intensa, llena de pequeñas tragedias y alegrías, de trabajo y de diversión, con nuevos lugares, nuevas caras; rara vez vulgar y nunca falta de esperanza.

Y ahora ha llegado la oscuridad. Un nuevo mundo. Oscurecimiento,

bombas, matanzas, nazismo. Ahora nos han caído encima la noche, los alaridos, la barbarie.

GINEBRA, *10 de octubre*

Por fin en casa para dos o tres días. Una sensación indescriptible. La niña dormía cuando llegué anoche, con los ojos cerrados y la carita hundida en la almohada. Tess me recibió en la estación, guapísima, y nos llevó en coche a casa: a mí, a Demaree Bess, que venía conmigo desde Berlín, y a Dorothy, su mujer. Se me hizo extraño cruzar el centro de Ginebra y ver las calles iluminadas, los escaparates resplandecientes y los faros de los coches tras seis semanas de apagones en Berlín. Extraño y maravilloso. En Basilea, este mediodía, Demaree y yo nos atracamos vergonzosamente de comida. Pedimos una gran fuente de mantequilla solo por el gusto de verla, huevos rusos y un enorme bistec, queso, postre y varios litros de vino, y después coñac y café; ¡todo un festín! Y sin cartillas de racionamiento de por medio. Durante todo el trayecto en tren desde Basilea nos sentimos en la gloria. Las montañas, los chalés en las laderas, hasta el aspecto macizo de los suizos, parecían algo paradisíaco.

Al subir siguiendo el curso del Rin esta mañana desde Karlsruhe a Basilea, bordeamos la frontera francesa durante un centenar y medio de kilómetros. No vi ni una señal de guerra y el personal del tren me dijo que en aquel frente no se había disparado ni un solo tiro desde que comenzó la guerra. En los lugares en que el Rin circulaba paralelo al tren podíamos ver los búnkers franceses y, en muchos lugares, grandes pantallas protectoras tras las que los franceses estaban construyendo fortificaciones. En la parte alemana podía verse un cuadro semejante. Los soldados parecían estar

observando un armisticio. Iban a sus quehaceres a la vista y a tiro unos de otros. En esta situación, una sola andanada de un cañón francés del 75 hubiera podido volar nuestro tren. Los alemanes trasladaban artillería y suministros por la línea del ferrocarril, pero los franceses no los molestaban.

¡Qué guerra tan extraña!

GINEBRA, *11 de octubre*

Y curiosa sensación también ver la prensa suiza informando de los dos bandos en guerra. Si se diera eso en las dictaduras, quizá los césares no irían tan fácilmente a la guerra. Lo he pasado muy bien retozando con Eileen y Tess. Pero vuelvo con un resfriado. Aquí aún no han encendido la calefacción en las casas.

BERLÍN, *25 de octubre*

De nuevo aquí, deprimido. La semana en Suiza ha pasado en un abrir y cerrar de ojos. De mis tres días y medio en Ginebra, dos los pasé resfriado y con fiebre y uno preparando una emisión que no pudo salir a causa de las condiciones atmosféricas. Pero, aun así, me lo pasé de maravilla. Tess me acompañó en el tren hasta Neuchâtel y me resultó triste separarme de ella en la pequeña estación que hay allí por encima del lago. Era un tren suizo, lleno de soldados. El país tiene en armas a una décima parte de sus habitantes; más que cualquier otro país del mundo. No es su guerra, pero están dispuestos a defender su forma de vida. Le pregunté a un orondo hombre de negocios que viajaba en mi compartimiento si no preferiría la

paz a toda costa (la actividad financiera está arruinada en una Suiza completamente rodeada de beligerantes y con casi todos sus hombres capacitados alistados en el ejército) para poder hacer dinero de nuevo. «No con la clase de paz que ofrece Hitler —respondió—. Ni con la clase de paz que hemos tenido en estos últimos cinco años.»

Ya al atardecer, mientras seguíamos el curso del Rin, volvimos a encontrar el mismo frente irreal: soldados a uno y otro lado, mirando pero sin disparar. La estación de Frankfurt, en pleno apagón, tenía visos de pesadilla. Cientos de personas, muchas de ellas soldados, pululando por los andenes en un intento de subir al tren, pero tropezando con los equipajes y con otros viajeros. Yo tenía una reserva de coche cama, pero no conseguí encontrar el mío en la oscuridad y tuve que regresar a mi compartimiento, en el que pasé toda la noche sentado hasta llegar a Berlín. El pasillo del tren estaba también sin luz y lleno de gente que pasó toda la noche de pie en la oscuridad.

En la estación de Anhalter compré los periódicos de la mañana. Grandes noticias. «¡SUBMARINO ALEMÁN HUNDE EL ACORAZADO BRITÁNICO "ROYAL OAK"!» El Almirantazgo británico reconoce el hecho. Es un golpe duro. Me pregunto cómo ha podido ser y ¿dónde ha sucedido?

Más tarde

Russell Hill, un joven de veintiún años muy inteligente que divide su tiempo entre emitir para nosotros y trabajar como corresponsal adjunto para el *Herald Tribune*, me dice que el miércoles (11 de octubre) una falsa información acerca de un armisticio provocó escenas de gran regocijo en todo Berlín. Por lo visto, a primera hora de esa mañana una emisión de onda corta en la frecuencia de Berlín anunció que el gobierno británico

había caído y que se produciría un armisticio inmediato. Según cuenta Russell, las gruesas verduleras del mercado lanzaron al aire sus coles, destrozaron sus puestos entre grandes demostraciones de júbilo y se encaminaron al pub más cercano para brindar por la paz con *Schnaps*. La vuelta a la realidad pocas horas después, cuando la radio de Berlín desmintió la información, debió de ser terrible.

El camarero que atiende mi habitación me dice que la pasada noche se escuchó en Berlín un intenso fuego de artillería antiaérea, por primera vez desde que se inició la guerra. Por su parte, el Ministerio de Propaganda da cuenta hoy de que un avión alemán se extravió mientras sobrevolaba la City de Londres, y fue abatido.

BERLÍN, *18 de octubre*

El lugar donde el submarino alemán hundió el acorazado británico *Royal Oak*… ¡fue ni más ni menos que en el centro de Scapa Flow, la gran base naval británica! Parece increíble. Un comandante de submarinos de la Guerra Mundial me contó anoche que los alemanes intentaron en dos ocasiones introducir un submarino en Scapa Flow durante la última guerra, pero que fracasaron en ambos intentos y perdieron los dos submarinos.

El capitán Prien, comandante del submarino en cuestión, compareció esta tarde en nuestra conferencia de prensa en el Ministerio de Propaganda, acompañado por su tripulación: muchachos de dieciocho, diecinueve o veinte años. Prien es un hombre de unos treinta años, de rasgos definidos, petulante, un nazi fanático y obviamente con dotes de mando. Nos lo presentó el jefe de prensa de Hitler, el doctor Diettrich, quien no paró de maldecir a los ingleses y de llamar mentiroso a Churchill. Prien, por su

parte, no nos contó gran cosa de cómo lo hizo. Explicó que no había encontrado dificultad en sortear la barrera que protegía la bahía. Y yo, aunque no dije nada al respecto, me quedé con la impresión de que debió de haber seguido hasta el interior de la base a alguna embarcación británica, tal vez a un dragaminas: una negligencia de los británicos que tendría consecuencias terribles.

BERLÍN, *19 de octubre*

Este mediodía los alemanes nos han cortado la emisión tanto a la NBC como a nosotros cuando estábamos en el aire. Yo había visto previamente el guión de Hill y lo había aprobado. El censor nazi mantuvo que crearía una mala impresión en el extranjero. A primera hora de la tarde fui a ver al doctor Boehmer y le dije que dejaríamos de emitir por completo si la acción de hoy significaba que solo podíamos hablar de asuntos que crearan buena impresión. Él me aseguró que todo había sido un error. Esta noche, en mi emisión, el censor me permitió decir todo lo que deseaba. El Alto Mando acaba de hacer público un detallado informe de lo que ha estado sucediendo en el misterioso frente occidental. No ha ocurrido gran cosa, dicen, y yo me siento inclinado a creerlo, aunque París lleva semanas inundando Estados Unidos con fantasiosas historias acerca de una gran ofensiva francesa contra el Muro Occidental. El Alto Mando afirma que las bajas alemanas hasta el 17 de octubre en ese frente han ascendido a 196 muertos, 114 desaparecidos y 356 heridos, lo cual da una idea de cómo han sido las acciones allí. Estoy prácticamente convencido de que el ejército alemán dice la verdad en relación con sus acciones. La armada las exagera y las fuerzas aéreas simplemente mienten.

BERLÍN, *21 de octubre*

En la Wilhelmstrasse están furiosos con los turcos porque anteayer firmaron con los británicos un pacto de ayuda mutua. Papen volvió aquí apresuradamente y, según me cuentan mis informadores, fue llamado a comparecer ante el jefe para recibir un rapapolvo. Es el primer revés diplomático que han recibido los alemanes en mucho tiempo. Y no les gustan los reveses.

BERLÍN, *22 de octubre*

Este domingo es el día del Puchero, o del Plato Único. Lo cual significa que todo lo que puedes conseguir para almorzar es un plato de estofado barato, por el que tienes que pagar el precio de una comilona, y que la diferencia va a parar, o eso dicen, al Socorro de Invierno. De hecho, acaba en el presupuesto de guerra. De pronto, sin previo aviso, esta tarde a las ocho y cuarto salió en antena Goebbels y se puso a despotricar contra Churchill, acusándolo de haber hundido el *Athenia*. Llamó a Churchill mentiroso una docena de veces y no dejó de gritar: «¡Sus desvergonzadas mentiras, herr Churchill! ¡Sus infernales mentiras!». ¡Y eso lo dice Goebbels!

BERLÍN, *24 de octubre*

Al pueblo alemán, que ha estado esperando la paz hasta el amargo

desenlace, Ribbentrop le ha dicho hoy finalmente, en un discurso pronunciado esta noche en Danzig, que la guerra tendrá que ser librada hasta desembocar en un resultado final. Supongo que todos los gobiernos que han ido alguna vez a la guerra han tratado de convencer a su pueblo de tres cosas: 1) que el derecho está de su parte, 2) que se trata de una lucha que solo busca la defensa de la nación, y 3) que está seguro de vencer. Los nazis, ciertamente, están intentando inculcar estos tres puntos en las molleras de la gente. Y la moderna técnica de propaganda, especialmente la radiofónica, les sirve de ayuda.

Tres jóvenes de Hannover, que le robaron el bolso a una mujer durante el apagón, han sido condenados a muerte.

BERLÍN, *28 de octubre*

Oigo decir en los círculos económicos que el mes que viene comenzará un severo racionamiento de ropa. Lo cierto es que, careciendo de algodón y casi desprovisto de lana, el pueblo alemán va a tener que arreglárselas con la ropa que tiene hasta que finalice la guerra.

BERLÍN, *29 de octubre*

He estado observando qué leen los alemanes en estos aciagos días. Entre las novelas, las tres más vendidas son: 1) *Lo que el viento se llevó*, traducida al alemán como *Vom Winde Verweht*, 2) *La ciudadela*, de Cronin, y 3) *La voz de los bosques,* de Trygve Gulbranssen, un joven autor noruego. Obsérvese

que las tres novelas son de autores extranjeros, y que una de ellas está escrita por un autor inglés.

Los libros de no ficción más buscados son: 1) *La frente de color*, un estudio anónimo sobre la problemática racial entre blancos y negros, 2) *Conoce Inglaterra*, un libro de propaganda acerca de Gran Bretaña, 3) *La guerra total*, el famoso libro de Ludendorff sobre la guerra, muy oportuno ahora, 4) *Cincuenta años de Alemania*, de Sven Hedin, el famoso explorador sueco amigo de Hitler, 5) *Así es Polonia*, de F. von Oertzen, una obra con datos sobre Polonia, publicada por primera vez en 1928.

Me dicen que hay tres libros antisoviéticos que aún se siguen vendiendo, a pesar de las órdenes oficiales de acallar cualquier polémica antisoviética o antibolchevique desde que en agosto se firmó el pacto con Moscú. El más popular de estos libros es el titulado *El socialismo traicionado*, de un antiguo comunista alemán llamado Albrecht. Las historias policiacas siguen teniendo su gancho en la Alemania en guerra, y también tienen éxito los relatos apresuradamente escritos sobre la guerra submarina o aérea. Un alemán me dijo hoy que la única revista norteamericana que pudo comprar esta tarde en su quiosco de prensa era una titulada *True Love Stories*, o algo por el estilo, el número de octubre.

Los teatros están haciendo ahora un gran negocio, y reponen sobre todo los clásicos: Goethe, Schiller, Shakespeare... Shaw es el autor vivo más popular de cuantos se representan aquí ahora. La única comedia moderna alemana que ha tenido un gran éxito es una nueva de Gerhart Hauptmann, *La hija de la catedral*. El pobre Hauptmann, que fue antes un ferviente socialista y excelente comediógrafo, ahora, en la vejez, se ha convertido en un nazi y está cada vez más senil.

En el mundo del cine, el gran éxito del momento es Clark Gable en *China Seas* (o *Aventura en China*, como la llaman aquí). Lleva cuatro

semanas llenando el Marmorhaus, donde un filme alemán tiene suerte si aguanta una semana en cartel.

¡El poder que tiene la radio! Mis observaciones acerca de la escasez de jabón de afeitar y la probabilidad de tener que dejarme barba han provocado una gran respuesta en casa. Renuncié a dejármela crecer después de diez días: salía pelirroja y dispareja, y todo el mundo se rió de mí.

BERLÍN, *30 de octubre*

Malas noticias hoy para la gente de aquí. Ahora que el tiempo se ha vuelto frío y lluvioso, y se anuncian próximas nevadas, el gobierno ha decretado que solo un 5 por ciento de la población tiene derecho a comprar este invierno nuevos zapatos de agua o chanclos. Las existencias disponibles serán racionadas para abastecer primero a los carteros, los chicos que venden los periódicos y los barrenderos.

BERLÍN, *31 de octubre*

Consideren estas palabras del camarada Molotov, pronunciadas hoy en Moscú ante el Consejo del Sóviet Supremo, tal como se citan aquí: «Estamos a favor de la escrupulosa y puntillosa observancia de los pactos ... y declaramos que todas esas bobadas de sovietizar los países bálticos se aducen solo en interés de nuestro enemigo común y de todos los provocadores antisoviéticos».

La policía secreta ha anunciado que disparó ayer contra dos hombres por «resistencia al arresto». Se ha dicho que uno ellos intentaba inducir a

algunos trabajadores alemanes a organizar una huelga de brazos caídos en una importante fábrica de armas. El hecho es que Himmler tiene ahora el poder de disparar contra quien le plazca sin llevarlo a juicio.

BERLÍN, *2 de noviembre*

El general Hugh Johnson, uno de los pocos norteamericanos —Lindbergh es otro— mencionados con cierta frecuencia en la prensa nazi, ocupa hoy aquí las primeras páginas. La opinión de Johnson acerca del buque estadounidense *City of Flint*, apresado el otro día por los nazis, se resalta así en el *12-Uhr Blatt*: «INJUSTIFICADA INDIGNACIÓN POR EL "CITY OF FLINT". EL GENERAL JOHNSON DENUNCIA UNA EVIDENTE CAMPAÑA DE AGITACIÓN».

El pacto anti-Comintern está muerto. Me entero de que el museo nazi anti-Comintern, que se empleaba aquí para mostrar los horrores del bolchevismo, ha cerrado discretamente sus puertas. Esta semana el director de *Contra-Komintern* envió una carta a sus suscriptores en la que les pedía excusas por la no aparición de la revista en septiembre, a la vez que les anunciaba que se publicaría bajo un nuevo título. Daba a entender que los directores de prensa habían llegado a la conclusión de que, después de todo, los auténticos enemigos de Alemania no eran los bolcheviques, sino los judíos. «Detrás de todos los enemigos de la supremacía alemana —escribe — se hallan los que reclaman nuestro aislamiento, los enemigos más antiguos del pueblo alemán y de todas las naciones que se desarrollan pujantes: los judíos.»

BERLÍN, *4 de noviembre*

La gente de la radio de aquí se había ofrecido amablemente a llevarme en secreto a un puerto báltico para que pudiera emitir desde allí la llegada del *City of Flint*, que estaba prevista para mañana. Pero los noruegos se han apoderado de él anteayer y me han ahorrado el encargo. En la Wilhelmstrasse están furiosos y amenazan a los noruegos con terribles consecuencias si no devuelven a Alemania el buque norteamericano.

BERLÍN, *5 de noviembre*

La CBS quiere que emita un reportaje sobre una jornada de trabajo de Hitler durante la guerra. He estado indagando entre mis informadores. Según me dicen, se levanta temprano y toma un primer desayuno a las siete de la mañana, que consiste habitualmente en un vaso de leche o de zumo de fruta y dos o tres panecillos, que unta de abundante mermelada. Como la mayoría de los alemanes, toma un segundo desayuno, este hacia las nueve, semejante al primero salvo porque añade también alguna pieza de fruta. Comienza la jornada de trabajo repasando el papeleo oficial (una tarea que detesta porque aborrece prestar atención a los detalles) y discutiendo el programa del día con sus ayudantes, en concreto con el líder de las SA Wilhelm Brückner y, sobre todo, con su segundo, Rudolf Hess, que fue antes su secretario privado y hoy es uno de los pocos hombres a quienes confía sus pensamientos más íntimos. Suele dedicar el resto de la mañana a recibir a los jefes de los tres ejércitos, escuchar sus informes y tomar decisiones. Con Göring no habla solo de asuntos de las fuerzas aéreas, sino también de los problemas generales de la economía o, más bien, de sus

resultados, porque no le interesan los detalles ni las teorías concernientes al tema.

Come muy frugalmente: de ordinario, un guiso o una tortilla de verduras. Es, por supuesto, vegetariano, abstemio y no fumador. Normalmente invita a comer a un grupito de tres o cuatro ayudantes: Hess, el doctor Diettrich —su jefe de prensa— y a veces a Göring. Se sirve en sus comidas una cerveza de muy baja graduación alcohólica —un 1 por ciento—, elaborada especialmente para él, y en ocasiones una bebida llamada Herve, hecha de unas hierbas aromatizadas con un poco de vino de Mosela.

Después de almorzar vuelve a su estudio y trabaja. Más papeleo oficial, más prensa del Estado y más reuniones, a menudo con el ministro de Asuntos Exteriores, ocasionalmente con algún embajador alemán de regreso en Berlín e, invariablemente, con jerarcas locales del partido, tales como el doctor Ley o Max Amann, su antiguo sargento mayor de la Primera Guerra Mundial y hoy al frente de la lucrativa editorial nazi Eher Verlag, que publica el *Völkische Beobacheter* y de la que Hitler es accionista. Más tarde, suele dar un paseo por los jardines de detrás de la Cancillería, prosiguiendo la conversación durante el paseo con la persona a la que haya citado a esa hora. Hitler es un fanático del cine y, cuando por las noches no tiene ninguna conferencia importante o no está ocupado en conquistar un país, pasa un par de horas viendo las últimas películas en su cine privado de la Cancillería. Los noticiarios son sus favoritos, y en las últimas semanas ha visto todos los rodados en la guerra polaca, incluidos centenares de miles de metros que se filmaron para los archivos del ejército y jamás serán vistos por el público. Le gustan las películas norteamericanas y se le proyectan muchas que nunca son exhibidas públicamente en Alemania. Hace pocos años insistió en que le pasaran varias veces *Sucedió una noche.* Aunque se supone que tiene pasión por la ópera wagneriana, casi nunca asiste a

representaciones aquí, en Berlín. Le gusta, en cambio, ir al Metropol, que pone en escena tolerables comedias musicales con especial énfasis en la presencia de hermosas bailarinas. Recientemente se ha encaprichado de una de esas chicas, a la que ha invitado algunas veces a tomar el té con él. Pero solo a tomar el té. Por las noches le gusta también invitar al doctor Todt, un ingeniero de gran inventiva que construyó la gran red de autopistas de dos carriles en cada sentido y, después, las fortificaciones del Muro Occidental. Deseoso de compensar la que piensa que es una vertiente artística suya, frustrada por quienes fueron incapaces de reconocerla en sus días de juventud en Viena, Hitler tiene pasión por las maquetas arquitectónicas y puede pasarse horas jugueteando con ellas junto con el doctor Todt. Dicen que últimamente le ha dado incluso por diseñar nuevos uniformes. Trasnocha hasta tarde y duerme mal, lo que me temo que es la peor desgracia del mundo.

BERLÍN, *7 de noviembre*

La reina de Holanda y el rey de los belgas se han ofrecido a mediar por la paz. Hay pocas esperanzas. Su oferta fue recibida fríamente aquí. Los holandeses y belgas declinan aún mantener conversaciones formales. Pero, dada su neutralidad histórica, su negativa a aliarse con uno u otro bando podría pasarles factura a menos que cambien de actitud. Se habla mucho aquí de una ofensiva alemana a través de Holanda. Eso no solo les permitiría rodear la Línea Maginot, sino que proporcionaría también a los alemanes bases aéreas situadas a un centenar y medio de kilómetros de la costa inglesa.

Más tarde

Cuatro o cinco corresponsales de prensa norteamericanos mantuvimos anoche una charla con Göring —de entre tantos lugares posibles— ¡nada menos que en la embajada soviética!, en la que habíamos recalado con motivo de la recepción anual por el aniversario de la Revolución bolchevique. Entre las deslumbrantes decoraciones y mobiliario heredados de la Rusia zarista, pero con un retrato de Lenin sonriendo por encima de nosotros, se hallaba Göring, apoyado a la mesa del bufet bebiendo a sorbos una cerveza y fumando un largo cigarro. Estaba de muy buen humor y, cuando un asustado ayudante le recordó que hablaba con la «prensa norteamericana», replicó que no le importaba. Pensamos —ingenuamente, supongo— que tal vez pudiera sentirse dolido por la revocación, hace unos días, de nuestra ley de neutralidad y por la creencia extendida aquí de que pronto venderíamos miles de aviones a los aliados para ayudarlos a vencer a la Alemania nazi. Pero no lo estaba. Por el contrario, bromeó con nosotros acerca de nuestra capacidad de construir aviones.

—Si nosotros solo fuéramos capaces de construir aviones a su ritmo de producción —dijo—, seríamos muy débiles. Lo digo en serio. Sus aviones son buenos, pero no los hacen con la rapidez suficiente.

—Bien, pero ¿realizará Alemania un ataque aéreo en masa antes de que esos miles de aviones norteamericanos sean entregados a los aliados? —le preguntamos.

Göring se rió.

—Construyan ustedes sus aviones y nuestros enemigos, los suyos; nosotros construiremos los nuestros..., y algún día verán quiénes han estado construyendo más y mejores aviones.

La conversación prosiguió de esta forma:

—¿Qué opina usted de la situación general?

—Que es muy favorable para Alemania.

—Hasta el momento, su fuerza aérea ha atacado solo barcos de guerra británicos. ¿Por qué razón?

—Los barcos de guerra son objetivos muy importantes. Y nos ofrecen un entrenamiento excelente.

—¿Piensan bombardear puertos enemigos?

—Somos humanitarios.

Al escuchar esta respuesta, no pudimos contener una carcajada, por lo cual Göring remachó:

—No deberían reírse, señores. Hablo en serio. Tengo sentimientos humanitarios.

BERLÍN, *8 de noviembre*

Sin previo aviso, Hitler pronunció esta noche un inesperado discurso en la Bürgerbräu Keller de Munich, en el aniversario de su *Putsch* de la cervecería de 1923. Ni la radio ni la prensa sugirieron que hablaría esta noche, y los funcionarios de la Wilhelmstrasse se enteraron de ello tan solo una hora antes de iniciarse el acto. El discurso fue difundido por todas las emisoras de radio alemanas, pero, por la razón que fuera, no se nos ofreció su transmisión para los Estados Unidos. Hitler aconsejó a la población que se preparara para una guerra larga y reveló que un domingo, dos meses antes de que Gran Bretaña y Francia entraran en guerra, ordenó a Göring que iniciara los preparativos para cinco años de lucha.

BERLÍN, *9 de noviembre*

Doce minutos después de que Hitler y todos los peces gordos del partido salieran anoche del Bürgerbräu Keller de Munich, a las nueve y nueve exactamente, el estallido de una bomba destruyó el salón, mató a siete personas e hirió a sesenta y tres. La bomba había sido colocada en un pilar directamente detrás de la tarima desde la que había estado hablando Hitler. De haber seguido haciéndolo doce minutos y un segundo más, con toda probabilidad habría muerto. La tarima en la que se hallaba quedó cubierta por tres metros de escombros.

Nadie sabe aún quién lo hizo. La prensa nazi clama que fueron los ingleses, ¡el servicio secreto británico! Incluso responsabiliza del hecho a Chamberlain. A la mayoría de nosotros nos parece que la cosa huele a otro incendio del Reichstag. En años anteriores, Hitler y los demás peces gordos se han quedado siempre después del discurso para hablar de los viejos tiempos con los camaradas del *Putsch* y beber cerveza. Anoche, en cambio, se apresuraron a salir del edificio, dejando que sus camaradas de las bases se quedaran bebiendo. Sin duda este intento de «asesinato» moverá a la opinión pública a reforzar su apoyo a Hitler y atizará el odio a Inglaterra. Es curioso que el periódico oficial nazi, el *Völkische Beobachter*, sea el único matutino que dé cuenta de la noticia. Un amigo me llamó con la información cuando acababa de emitir mi crónica a medianoche, pero todos los empleados de la radio y los censores negaron su veracidad. Se trataba solo, según ellos, de un burdo rumor.

BERLÍN, *11 de noviembre*

Día del armisticio. ¡Qué ironía! He seguido por la radio la retransmisión desde Munich del funeral de Estado por las víctimas de la cervecería. Hitler estaba presente, pero no habló. Sí lo hizo Hess, quien dijo: «Este *attentat* nos ha enseñado a odiar». Pienso que ya sabían hacerlo antes.

Supe hoy que la pasada noche alguien arrojó un ladrillo al escaparate donde el fotógrafo oficial Heinrich Hoffmann expone sus halagadores retratos de Hitler. Un policía disparó, pero el vándalo escapó al amparo del apagón nocturno. Se ha incrementado la protección policial de las grandes personalidades.

Se huele algo en el aire. Hoy he sabido que la maquinaria del cuartel general de Hitler se ha puesto a pleno rendimiento. Rumores en el partido hablan de un ataque aéreo a Inglaterra. Tras una excursión a través de Holanda y Bélgica. O de una a través de Suiza.

BERLÍN, *12 de noviembre*

Los alemanes anuncian hoy que han fusilado «por sentencia del consejo de guerra» al alcalde polaco de Bromberg. Dicen que una investigación ha demostrado que estaba «implicado en el asesinato de alemanes y en el robo de fondos de la ciudad». Esa es la paz alemana, supongo. No recuerdo que los aliados fusilaran a los alcaldes de ciudades alemanas tras la ocupación de Renania.

BERLÍN, *12 de noviembre*

Las cartillas de racionamiento para ropa aparecieron hoy, y pueden verse

muchos alemanes con las caras largas. Hay cartillas diferentes para los hombres, las mujeres, los niños, las niñas y los bebés. Salvo estos últimos, cada cartilla cuenta con un centenar de puntos. Por un par de calcetines o medias has de entregar cinco, pero solo puedes adquirir cinco pares al año. Un pijama te cuesta treinta puntos, casi un tercio de la cartilla, pero puedes ahorrarte cinco puntos si, en lugar de un pijama, compras un camisón de noche. Un abrigo o un traje nuevos te cuestan sesenta puntos. He calculado esta noche que, con mi cartilla, que limita las compras por estaciones, puedo comprar, del 1 de diciembre al 1 de abril: dos pares de calcetines, dos pañuelos, una bufanda y un par de guantes. Del 1 de abril al 1 de septiembre: una camisa, dos cuellos y una muda de ropa interior. Para el resto del año: dos corbatas y una camiseta.

BERLÍN, *18 de noviembre*

Ayer nueve jóvenes estudiantes checos de la Universidad de Praga fueron alineados ante un pelotón de fusilamiento alemán y ejecutados. Este mediodía, en la conferencia de prensa, hemos preguntado el motivo a las autoridades, y nos han respondido que los estudiantes habían organizado manifestaciones antialemanas en Praga el 23 de octubre y el 15 de noviembre. «Estas cosas no pueden tomarse a broma en tiempos de guerra», dijo el portavoz, un poco irritado por nuestra pregunta. El mismo día, más tarde, los alemanes admitieron que otros tres checos, dos de ellos policías, habían sido fusilados por «atacar a un alemán». Me apostaría la camisa a que, en los veinte años en que tres millones de alemanes sudetes han vivido bajo el poder checo, ni uno solo de ellos fue ejecutado por tomar parte en cualquier tipo de manifestación.

Aquí, en Alemania, ayer fueron ejecutados tres jóvenes por «traición». Y hoy, en Augsburgo, han sido condenados a muerte dos chicos de diecinueve años por haber cometido un robo en la casa de un soldado.

Beach Conger, del *Herald Tribune*, que llegó aquí hace solo un mes, tuvo que marcharse hoy a petición del gobierno. A los nazis no les gustó una crónica que había escrito. Le pidieron que se retractara, pero él se negó. Dice Beach que, en el último minuto, un alto cargo nazi lo visitó y le «ofreció» trabajo como corresponsal en Berlín de una gran cadena de radio norteamericana, lo cual lo sorprendió tanto como me sorprende ahora a mí. La mayoría de los corresponsales norteamericanos fueron a la estación a despedirlo y lo obsequiaron con flores de la señora Conger.

Aunque no les caigo bien a los nazis, supongo que a mí nunca me echarán de aquí. El problema está en que mis guiones de radio son censurados de antemano, de forma que no pueden alegar en mi contra nada de lo que pueda lanzar a las ondas. Los corresponsales de prensa pueden comunicar por teléfono lo que les plazca, y por eso están sometidos al riesgo de que les pase lo que le ha ocurrido a Conger. Esta es casi una forma peor de censura que la que tenemos nosotros, puesto que a las oficinas de las asociaciones de prensa de Nueva York y a los periódicos neoyorquinos no les gusta ver expulsados a sus corresponsales.

BERLÍN, *19 de noviembre*

Llevamos ahora casi dos meses sin que haya habido ninguna acción militar en tierra, mar o aire. Sin embargo, por las conversaciones que mantengo con militares alemanes, estoy convencido de que sería un error pensar que Alemania aceptará el reto de los aliados de librar esta guerra básicamente

en el frente económico. Es la clase de guerra en la que el Reich jugaría en desventaja. Y esa es, para mí, una de las razones por las que casi todos esperan aquí una pronta acción militar.

Frank, el gobernador general de la Polonia ocupada, decretó hoy que el gueto judío de Varsovia esté en adelante aislado del resto de la capital mediante barricadas y sujeto a estricto control policial. Dice que los judíos son «portadores de enfermedades y gérmenes». Un amigo norteamericano que ha regresado esta noche de Varsovia me dice que la policía nazi pretende simplemente exterminar a los judíos polacos. Están siendo conducidos en masa a Polonia oriental, los obligan a vivir en barracones helados y los privan de cualquier oportunidad de ganarse el sustento. Según él, varios miles de judíos provenientes de todos los lugares del Reich han sido enviados ya a Polonia oriental para morir allí.

BERLÍN, *20 de noviembre*

Los nazis han obligado al pobre príncipe Augusto Guillermo, cuarto hijo del káiser, a comparecer esta noche en nuestra rueda de prensa en el Ministerio de Propaganda y negar que Hitler haya hecho algo a algún miembro de la familia Hohenzollern, como se ha venido rumoreando desde hace tiempo. Auwi, como se le conoce popularmente, es el único Hohenzollern que ha militado en el Partido Nazi. Fue, de hecho, miembro de las tropas de asalto de las SA y hoy el doctor Boehmer nos lo presentó como «el *Obergruppenführer* príncipe Augusto Guillermo». Nervioso, y un tanto avergonzado de su papelón, nos dijo lo que le habían dicho que dijera, y concluyó sus observaciones con un resonante «Heil Hitler!». Curioso final para los Hohenzollern, pienso yo, para esa hábil familia prusiana de la que

salieron Federico el Grande y Guillermo I, abuelo de Guillermo II, con quienes Prusia primero y Alemania después se convirtieron en grandes potencias a escala mundial.

BERLÍN, *21 de noviembre*

Himmler, el jefe de la Gestapo, afirmó hoy haber encontrado al hombre que colocó la bomba que tan a punto estuvo de hacer papilla a Hitler en Munich hace dos semanas. Lo ha identificado como Georg Elser, de treinta y seis años, detrás del cual estarían el servicio de inteligencia británico y Otto Strasser, un antiguo líder nazi y ahora enemigo acérrimo de Hitler que reside en Francia. El relato de Himmler acerca de cómo actuó Elser suena ciertamente a cuento. Como me dijo hoy un alemán después de haberlo leído: «Ahora estoy seguro de que fue Himmler quien colocó esa bomba». [18]

Como para confundir al público, Himmler anunció también hoy que el supuesto jefe para Europa occidental del servicio de inteligencia británico, un tal señor Best, y su cómplice, cierto capitán Stevens, habían sido detenidos por la Gestapo el 9 de noviembre en la frontera entre Alemania y Holanda. Esto aclara el caso de secuestro del que nos habían hablado desde Amsterdam. Los holandeses dicen que ocurrió en suelo holandés.

Un redactor del *Völkische Beobachter* afirmará mañana que, después de ver a Elser, «uno casi olvida que está en presencia de un monstruo satánico. Sus ojos son inteligentes y su rostro, más bien amable».

Lo que pretenden Himmler y su camarilla es, evidentemente, convencer al crédulo pueblo alemán de que el gobierno británico intentaba ganar la

guerra asesinando a Hitler y a sus principales ayudantes. El censor suprimió hoy de mi guión todas las referencias al incendio del Reichstag.

BERLÍN, *23 de noviembre*

Día de Acción de Gracias. En la casa del encargado de negocios Alexander Kirk, más o menos un centenar de norteamericanos hambrientos arremetimos contra varios pavos dispuestos en la mesa del bufet. Para cenar, disfruté de otro pavo en casa de los Oechsner, y conseguí atraer a Dorothy [Oechsner] al estudio a medianoche para emitir una pequeña entrevista acerca de cómo se las apañaba para vivir en una Alemania con todo racionado por la guerra. Me explicó la mar de bien cómo obtenía nata batida para elaborar el pastel de calabaza utilizando una máquina recién inventada que extrae nata de la mantequilla.

A partir del 1 de diciembre, los caballos, vacas y cerdos que no residan en granjas regulares han de contar también con cartillas de racionamiento de pienso.

BERLÍN, *26 de noviembre*

Bill White, hijo de William Allen, ha estado aquí, y esta semana me ayudó a preparar un estudio sobre la vida nocturna en tiempos de guerra, que la CBS quiere que emita esta noche. Está en plena efervescencia. Mañana salgo para Ginebra, a pasar unos días allí.

GINEBRA, *1 de diciembre*

¡La Unión Soviética invadió ayer Finlandia! Bombarderos de la Fuerza Aérea Roja atacaron Helsinki, provocaron la muerte de setenta y cinco civiles e hirieron a varios centenares. El gran adalid de la clase trabajadora, el tenaz condenador de la «agresión fascista», la defensora insobornable de la «escrupulosa y puntillosa observancia de los tratados» (por citar las palabras de Molotov de hace un mes), ha caído sobre la más decente y viable pequeña democracia europea violando media docena de «solemnes» tratados. Toda la fundamentación moral que los soviéticos han conquistado para sí en el campo de las relaciones internacionales en los últimos diez años se ha derrumbado como un castillo de naipes, que es lo que los escépticos y los anticomunistas siempre han dicho que era. Stalin se revela a sí mismo cortado por el patrón de Hitler, Mussolini y los nipones. La política exterior soviética resulta ser a la postre tan «imperialista» como la de los zares. El Kremlin ha traicionado a la revolución.

He vivido treinta horas frenéticas; anoche no pude dormir, aunque reconozco que no dediqué mucho tiempo a intentarlo. Desde ayer al mediodía he estado continuamente al teléfono, comunicándome con Helsinki, Estocolmo, Berlín, Berna, Amsterdam y Londres, y organizando comunicaciones desde Finlandia a nuestras emisoras, decidido a obtenerlas no solo en nuestro interés, sino también para que la causa finesa pudiera tener voz entre nosotros. Ha sido difícil sortear una dificultad tras otra, pero estamos sacando adelante nuestras emisiones. Para empezar, Maxie contrató el transmisor de Ginebra, nuestra única salida neutral, para la NBC. Previamente contactó con los finlandeses y los suecos, y de alguna manera les vendió la idea de que las conversaciones entre el presidente finlandés, Kallio, y el ministro de Asuntos Exteriores, Erkko, iban a ser exclusivas

para la NBC. Una llamada telefónica a las autoridades de Helsinki aclaró el asunto en lo concerniente a los finlandeses, pero me costó mucho trabajo convencer a los suecos de Estocolmo, de los que debo depender para ligarlo todo desde Finlandia, de que las citadas conversaciones no eran exclusivas para la NBC, sino también para nosotros. Ayer pasé toda la tarde buscando un transmisor. La RRG berlinesa no me da ni transmisor ni líneas telefónicas de tránsito a través de Alemania. Tienen órdenes de no hacer nada que pueda ofender a Rusia. Llamé a Amsterdam e intenté conseguir que los holandeses me prestaran un transmisor, pero están demasiado asustados por su neutralidad (aunque ni que decir tiene que ni Rusia ni Alemania la respetarán si algún día ven que les interesa no hacerlo). Finalmente Ed [Murrow] solucionó todas nuestras dificultades, aunque no se lo diremos a los alemanes ni a los suecos, ni siquiera a los finlandeses. Consiguió que la BBC conectara con el transmisor de onda media sueco, que a su vez va a tomar la emisión radiada de Helsinki por línea telefónica desde Finlandia y la reemitirá hacia allí por las ondas. La BBC envía después a Rugby lo captado, desde donde su transmisor de onda corta lo radia a nuestros estudios de Nueva York. La manera habitual que tendríamos de efectuar una emisión desde Helsinki hubiera sido traerla por línea telefónica desde la capital finlandesa a través de Suecia y Alemania hasta Suiza y, desde allí, emitirla a Nueva York mediante el transmisor de onda corta de Ginebra. Pero la negativa de Alemania a facilitarnos líneas telefónicas de tránsito y el compromiso asumido por Maxie con el transmisor local lo impidieron. Nueva York afirmó que nuestra trasmisión desde Helsinki fue infinitamente mejor que la de la competencia, que, por lo visto, consistió en hacer que Ginebra captara lo emitido por el emisor de onda media de Estocolmo. Pero, puesto que Londres cuenta con mejores

instalaciones receptoras que Ginebra, nuestro enlace tenía forzosamente que ser de mejor calidad.

Esta tarde he concertado con el corresponsal en Helsinki del *Christian Science Monitor* la primera entrevista con un testigo presencial del bombardeo de Helsinki; ¡toda una exclusiva! Y Harald Diettrich, jefe de la organización de onda corta alemana y, además, intuitivo y excelente técnico (tiene casi la sensibilidad de un artista a la hora de valorar el trabajo técnico que estamos haciendo los radiofonistas norteamericanos para conseguir sus conexiones europeas y, aunque es un nazi fanático con el que he de ir con cuidado, es la única persona en Alemania con la que puedo trabajar tranquila y eficazmente), me dijo por teléfono que haría todo lo posible por conseguir que Goebbels nos facilitara líneas telefónicas de tránsito si yo garantizaba que todos mis entrevistados serían norteamericanos.

Estoy con fiebre por la gripe, pero seguiré manteniendo estas emisiones finlandesas. Tess ha colaborado maravillosamente, y se ha pasado varias horas hablando por teléfono en varias lenguas, incluidas las escandinavas —habla perfectamente el danés—, expidiendo y recibiendo telegramas —tarea que ahora solo se puede hacer por teléfono—, y ayudando en un montón de cosas. Mi factura de teléfono de ayer y de hoy, que incluye numerosas llamadas urgentes a Helsinki, Estocolmo, Berlín, Amsterdam, Londres y Nueva York, ha subido a más de mil dólares, y la de mis cablegramas y telegramas debe de ascender a casi otros quinientos. Pero Paul White y Klauber siguen diciéndome: «Adelante con las emisiones».

BERLÍN, *7 de diciembre*

Pillo a Bill White por teléfono en Estocolmo y lo mando a Helsinki con el

encargo de cubrir para nosotros la guerra finlandesa.[19] Una observación divertida: a algunos de los nuestros de Nueva York les pareció que una de sus emisiones desde aquí la otra noche fue muy poco neutral, y telegrafiaron diciendo que, aunque personalmente estaban de acuerdo con el particular enfoque antinazi que les daba Bill, debería esforzarse en ser más objetivo. Cuando anteayer, a mi regreso, fui a la Casa de la Radio, se me acercó Diettrich con el manuscrito de Bill en la mano. Pensé que iba a montarme una escena.

—Lea esto —me pidió.

—¿Qué problema hay? —le pregunté decidido a defenderlo, aun cuando se hubiera pasado tal vez en su acerba ironía contra los nazis.

—¡Pues que es estupendo! Aquí nos ha parecido una emisión maravillosa, ocurrente pero ecuánime, la clase de comentario que usted podría hacer alguna vez si consiguiera olvidar su antipatía personal por el nazismo —me dijo.

Aunque viva cien años en Alemania, jamás entenderé a esta gente.

BERLÍN, *10 de diciembre*

Ed [Murrow] y yo hemos mantenido este sábado noche la primera conversación telefónica que tiene lugar entre Berlín y Londres desde que las líneas telefónicas fueron cortadas al comienzo de la guerra. Fue emitida en la radio. La idea fue de Paul White, creo yo, fanático como es de este tipo de cosas. Nuestras voces recorrieron de hecho un largo camino. Yo oía la voz de Ed después de que esta hubiera viajado por onda corta de Londres a Nueva York, desde donde, a continuación, me la enviaban también por onda corta a Berlín. La mía realizaba el mismo recorrido en sentido contrario. De

forma que, para no dar ninguna información que pudiera beneficiar al enemigo, preparamos toda la conversación por anticipado, sometiendo yo previamente a los alemanes mis preguntas y las respuestas de Ed, y haciendo él lo mismo con los británicos. Ambos bandos se comportaron de forma muy respetuosa con nuestros guiones. Me alegró volver a oír la voz de Ed. En un par de ocasiones se desvaneció y no conseguí oír la señal para intervenir, pero en conjunto resultó muy divertido.

Parece ser que Eleanor K. fue detenida por la Gestapo en Bentheim, junto a la frontera holandesa, mientras viajaba de Amsterdam a Berlín, y que saltó del piso alto del hotel donde había sido confinada. No se mató de milagro, aunque se fracturó la espalda, las dos piernas y un brazo. Acaban de dejarla libre y me dicen que ha salido para Nueva York. Debo llegar al fondo de este asunto. Estoy seguro de que la policía secreta no tenía pruebas contra ella.

BERLÍN, *13 de diciembre*

El transatlántico *Bremen* ha burlado con éxito el bloqueo británico y ha regresado de Murmansk, siguiendo la costa noruega, a un puerto alemán. A la marina británica esto no le ha hecho ninguna gracia. Jordan y yo andamos a la greña por ver quién conseguirá entrevistar para la radio al comodoro Ahrens, el capitán del *Bremen.* A mí no me gustan estas rivalidades. Dejándonos llevar por ellas, nos ponemos directamente en manos de los nazis. El Ministerio de Propaganda insiste ahora en que Lothrop Stoddard, el escritor norteamericano que hace un tiempo se catapultó a la fama con su libro *The Rising Tide of Color* y cuyos escritos sobre temas raciales se citan, según me dicen, en los libros escolares nazis,

realice la entrevista para nosotros dos. Pero yo no puedo consentir que el Ministerio de Propaganda nombre a mi locutor y he rechazado la propuesta aun cuando la CBS se quede sin la emisión de esa entrevista.

El Libro Blanco de Ribbentrop titulado *Documentos sobre los orígenes de la guerra*, publicado por el Ministerio de Asuntos Exteriores, ha aparecido hoy en varias lenguas. De un primer vistazo apresurado concluyo que es casi tan falso como su propio autor y el hombre al que sirve. En algún pasaje de *Mi lucha* Hitler critica al viejo gobierno imperial por su tibia propaganda entre 1914 y 1918 acerca de los orígenes de la guerra. Por lo visto, en aquel entonces Berlín adoptó la postura de que la Alemania de 1914 no era más responsable de la guerra que cualquier otra de las naciones contendientes. Hitler pensaba que aquella había sido una mala propaganda. En su opinión, el gobierno imperial debería haber inculcado en todos los alemanes la idea de que los aliados eran los únicos responsables de la guerra. Eso es lo que él hace ahora.

En la introducción, Ribbentrop repite una vieja mentira que Hitler se ha empeñado en transformar en un evangelio para este país; concretamente que, después de Versalles, Gran Bretaña se opuso a todos los intentos de Alemania de liberarse por medios pacíficos de las cadenas con que la aherrojó el tratado de paz. Pero ¿se opuso Gran Bretaña al servicio militar obligatorio alemán en 1935? ¿A la ocupación de Renania en 1936? ¿Al *Anschluss* en 1938? ¿A la cesión a Alemania, en 1938, del territorio de los Sudetes, que jamás le había pertenecido?

Han aparecido ya los árboles de Navidad, que la gente prácticamente se quita de las manos unos a otros. El alemán, no importa cuán encallecido, rústico o pagano pueda llegar a ser, tiene una pasión infantil por los árboles de Navidad. Las personas se esfuerzan denodadamente en todas partes por hacer que estas Navidades se parezcan a lo que eran en tiempos de paz. Yo

he hecho unas cuantas compras navideñas hoy y ha sido un poco triste. Había tantas cosas hermosas en los escaparates que no podías comprar porque estaban solo de adorno, siguiendo las órdenes de las autoridades... Normalmente, por Navidad los alemanes se regalan unos a otros prendas de vestir, jabones, perfumes y dulces, pero este año, con el racionamiento de estos artículos, han de pensar en alguna otra cosa. En las tiendas, que estaban atiborradas de gente, hoy compraban sobre todo libros, radios, gramófonos, discos y bisutería. He intentado adquirir varios discos para las cuatro secretarias de la *Rundfunk*, que siempre me han atendido con la mayor amabilidad, pero me he encontrado con que solo podía comprar discos nuevos si entregaba a cambio los antiguos. Como no tenía ninguno, no he podido hacerlo. El gobierno está aflojando un poco el racionamiento en Navidad. Todos podrán adquirir poco más de cien gramos más de mantequilla y cien gramos de carne adicionales, así como cuatro huevos en la semana de Navidad, en lugar del uno previsto.

Estos días la prensa nazi ha ideado un nuevo adjetivo para Churchill; ahora lo llaman *Lügenlord*; «el señor de las mentiras». Con todo, la referencia más común a Churchill en la prensa nazi se hace designándolo simplemente por sus iniciales, W. C.; son las mismas que se pintan en todos los retretes de Alemania, y por eso las emplean los nazis.

BERLÍN, *14 de diciembre*

Esta noche los periódicos alemanes celebran la gran victoria naval del acorazado de bolsillo *Graf Spee* sobre tres cruceros británicos en alta mar frente a Montevideo. En la radio he oído que Londres la saludaba como una victoria británica, lo que me recuerda a Jutlandia, que celebraron también

como un triunfo tanto los alemanes como los británicos. Los periódicos alemanes dicen que los cruceros británicos utilizaron proyectiles con gas mostaza, aunque en los círculos de la armada alemana esta acusación no se toma muy en serio. Eso sí, el doctor Goebbels va ciertamente a pregonarla.

BERLÍN, *18 de diciembre*

La opinión pública está todavía un tanto sorprendida de que la gran victoria del *Graf Spee* haya concluido de pronto con el hundimiento del acorazado de bolsillo frente a Montevideo ayer por la tarde. Pero Goebbels y Göring han urdido una explicación para conseguir que se olviden del asunto lo antes posible. Mañana por la mañana la atención del pueblo alemán estará concentrada, mediante una campaña de prensa y de radio, en algo diferente: una supuesta victoria —esta vez en el aire— en las proximidades de Helgoland. Una declaración oficial que los periódicos y la radio han recibido instrucciones de difundir a bombo y platillo anuncia que 34 de 44 bombarderos británicos fueron derribados a primeras horas de esta tarde al norte de Helgoland. Una victoria sumamente «oportuna». Acabábamos de salir de la rueda de prensa de esta tarde, en la que se habían planteado incómodas preguntas acerca del *Graf Spee*, y estábamos poniéndonos nuestros abrigos en el vestíbulo, cuando bajó a todo correr el doctor Boehmer para decirnos que tenía un notición y rogarnos que subiéramos nuevamente a la sala de conferencias. Ya allí nos leyó jadeante el comunicado a propósito de los 34 aviones británicos abatidos. Me huelo que es un cuento chino.

Oigo que la armada está que trina con Hitler por la forma en que Goebbels metió la pata con la propaganda sobre el *Graf Spee.* Los

almirantes están molestos sobre todo porque, el día antes de que se hundiera, Goebbels confundió a la prensa con un despacho (y unas fotografías) supuestamente llegadas de Montevideo para demostrar que el acorazado de bolsillo apenas había sufrido daños superficiales y que los informes británicos acerca de que lo habían tocado seriamente eran una pura patraña.

Una propaganda más astuta es la que intenta levantar como claras o nata el apoyo del pueblo a esta guerra a base de batirlo incesantemente anunciando las terribles consecuencias que tendría una victoria de los aliados. Mañana, el *Völkische Beobachter* publicará un mapa mostrará gráficamente cómo quedaría Alemania en el caso de un triunfo francobritánico. Según el *V.B.*, los periódicos de los países aliados lo han publicado ya, aunque me extrañaría mucho que los directores de prensa nazis no hayan hecho algún apaño a la hora de «reproducirlo». Según este mapa, Francia se anexionaría Renania, Polonia haría lo propio con Alemania oriental, Dinamarca con Schleswig-Holstein y Checoslovaquia con Sajonia, y en el sur aparece un enorme imperio Habsburgo que incluye la mayor parte de la Alemania meridional. A lo que queda de Alemania se le asigna el rótulo de «territorio ocupado». Una propaganda inteligente, a la que es probable que el pueblo alemán dé crédito.

Más tarde

Cuando mencioné en mi emisión esa anécdota, comenté: «Aún no he visto ningún mapa de cómo quedará Europa si Alemania gana la guerra». Mis censores consideraron injusta esta observación y me la suprimieron.

BERLÍN, *21 de diciembre*

Un curioso comunicado hoy de la armada alemana: «El Alto Mando de la armada anuncia que el comandante del *Graf Spee*, el capitán Hans Langsdorff, no quiso sobrevivir al hundimiento de su barco. Fiel a las antiguas tradiciones y al espíritu de su formación en el cuerpo de oficiales al que perteneció durante treinta años, tomó su decisión. Tras haber puesto a salvo la tripulación, consideró cumplido su deber y siguió los pasos de su barco. La armada entiende y elogia esta acción. El capitán Langsdorff ha colmado de esta manera como heroico combatiente las expectativas puestas en él por su Führer, el pueblo alemán y la armada».

Al desdichado pueblo alemán, privado de toda verdad proveniente del exterior, no le dirán que el capitán Langsdorff no siguió a su barco hasta el fondo, sino que se suicidó disparándose un tiro en la cabeza con un revólver en una solitaria habitación de hotel en Buenos Aires. Y tampoco le dirán que, aunque la armada se ha esforzado todo lo posible en sugerirlo en su comunicado, Hitler, en un arranque de furia por la derrota, ordenó al capitán que se quitara la vida.

Hitler y Ribbentrop han telegrafiado al camarada Josef Stalin sus felicitaciones navideñas. ¡Qué cosa tan cómica! Hitler le dice: «Mis mejores deseos por su bienestar personal, así como por el próspero futuro de nuestros amigos, los pueblos de la Unión Soviética».[20] Tras un mes de combates, los rusos ya no están avanzando tan deprisa en Finlandia. Recuerdo lo que el consejero de la embajada soviética me dijo aquí pocos días antes de que empezara la invasión. «Estará todo concluido en tres días», se ufanó.

Aquí, en los dos últimos, las autoridades han admitido públicamente once ejecuciones; casi la mitad por espionaje, y el resto por «perjudicar los

intereses del pueblo en tiempos de guerra». En todos los casos salvo en uno, las sentencias han sido dictadas por el «Tribunal del Pueblo», cuyas actas no se publican nunca. Uno de los once condenados por el tribunal lo fue a quince años de prisión por «perjudicar los intereses del pueblo», pero esa sentencia no satisfizo a Himmler, quien simplemente ordenó fusilar al pobre individuo. «Muerto mientras se resistía a la autoridad del Estado», según Himmler. Y eso que Heinrich Himmler se muestra, cuando le hablas, como un hombrecillo suave y apacible, que recuerda a un maestro de escuela rural, como fue en otros tiempos, con quevedos en la nariz y todo. Creo que fue Freud quien explicó por qué esos hombrecillos apacibles —o los que, como Hitler, muestran algunos rasgos de afeminamiento— pueden ser tan crueles a veces. A mí me parece preferible la crueldad que proviene de gigantones como Göring.

Se están imponiendo largas penas de prisión a alemanes que escuchan emisoras de radio extranjeras, pero muchos siguen sintonizándolas. Tantos que, de hecho, hoy se ha publicado una advertencia oficial. Concluía así: «No se tendrá clemencia con quienes delinquen incurriendo en la estupidez de escuchar las mentiras del enemigo». El otro día pasé la tarde con una familia alemana compuesta por la madre, dos hijas y un hijo. Estaban un poco nerviosos cuando, a las seis de la tarde, conectaron con las noticias de la BBC. La madre me dijo que, además del portero, que es el espía oficial nazi del bloque de pisos, acababan de enterarse de que un inquilino judío, a cambio de recibir cartillas de racionamiento de ropa (a los judíos se las dan para alimentos, pero no para ropa), se había comprometido a actuar como informador, y que por eso tenían que ser muy cautelosos. Bajaron tanto el volumen del aparato que yo apenas podía captar las noticias, y una de las hijas montó guardia ante la puerta del apartamento.

BERLÍN, *24-25 de diciembre, tres de la madrugada*

Nochebuena. Fuera está lloviendo, pero pronto se pondrá a nevar. Las primeras Navidades de la guerra han acercado de alguna manera la guerra a la gente más que cualquier otra cosa. Siempre fueron para los alemanes el punto culminante del año, pero las de este son tristes, con pocos regalos, alimentación espartana, con los hombres lejos, las calles a oscuras, los postigos cerrados y las cortinas bien corridas, siguiendo las ordenanzas de la policía. En más de una hermosa noche he paseado por las calles de Berlín la vigilia de Navidad, y no había una sola casa, en el barrio más pobre de la ciudad, que no tuviera su árbol iluminado, con las luces centelleando alegremente a través de las ventanas, despejadas, con las cortinas descorridas. Los alemanes advierten hoy la diferencia. Están apesadumbrados, deprimidos, tristes. Hitler ha ido al frente occidental, aunque no se nos ha permitido decirlo. Se marchó el 21 enfurruñado, saltándose la tradicional fiesta de Navidad para el personal de la Cancillería y sus viejos amigos del partido, aunque ya estaba todo planeado. Esa noche fui a casa de los Oechsner para la cena de Nochebuena, y estuvo realmente muy bien. Había una nutrida representación de lo que queda de la cada vez más reducida colonia estadounidense, y me temo que todos estábamos un tanto ansiosos en nuestro esfuerzo por olvidar la guerra y a los alemanes y disfrutar de aquel fugaz momento navideño «al estilo tradicional norteamericano». Pero tuvimos pavo con todos sus aditamentos, Dorothy se lució con el pastel de calabaza, la nata batida y café auténtico, y hubo abundante y excelente vino tinto, que últimamente, por desgracia, viene escaseando aquí mucho. También champán, un gran árbol de Navidad... y una encantadora criatura de cabellos rubios pajizos e inocentes ojos azules

que danzó como un soplo de viento y que mañana partirá con su marido hacia el frente de Finlandia para trabajar entre la sangre de las heridas de los hombres.

Tuve que dejarlos a medianoche para ocuparme de mi emisión. En la *Rundfunk* habían instalado un gran árbol de Navidad en uno de los despachos y, cuando llegué, la gente estaba bailando y brindando alegremente con champán. Mucho me temo que mi emisión fue imperdonablemente sentimental. No pude dejar de pensar en la forma en que [Ernestine] Schumann-Heink solía cantar «Stille Nacht» en mis días de infancia en Chicago antes de la Primera Guerra Mundial. Estaban presentes también en la fiesta lord Haw-Haw, el traidor británico al que conocen aquí bajo el apellido de Froehlich, pero cuyo auténtico nombre es William Joyce, y cuya voz escuchan en la radio todas las noches millones de ingleses, y su esposa inglesa, pero los evité. Más tarde llegó también, bastante bebido, Jack Trevor, un actor inglés que también se ha convertido en un traidor y que transmite propaganda alemana en sus emisiones para Inglaterra. No soporto a ninguno de ellos.

Dentro de dos horas —a las cinco de la mañana— debo partir en coche hacia Hamburgo y Kiel, desde donde mañana por la noche haré una emisión navideña para la armada alemana. Puesto que me es imposible estar en Ginebra por Navidades, me alegra tener una distracción como esta. Ningún extranjero ha visto aún la flota alemana desde que comenzó la guerra. Los nazis me han prometido una emisión desde el Muro Occidental para compensar una emisión que nuestro equipo de París organizó desde la Línea Maginot, pero que alguien me quitó traicioneramente para dársela a la competencia. A modo de protesta, interrumpí durante una semana nuestras emisiones nocturnas.

BERLÍN, *27 de diciembre*

Ha sido realmente una buena celebración navideña: dos días con la flota alemana, el primer extranjero al que se le ofrece esta oportunidad.

Me levanté horas antes del alba esa mañana de Navidad, pero mi chófer del ejército se perdió a causa del oscurecimiento y de la densa niebla que cubría Berlín, y nos costó dos horas encontrar a mi guía, el *Oberleutnant* X., del Alto Mando, un típico oficial de la Guerra Mundial, con monóculo y todo. El hombre estaba tan furioso que apenas podía hablar; me espetó que había estado dos horas de pie en un rincón oscuro bajo la lluvia, que caía a cántaros, y que habíamos pasado varias veces por delante de él.

En Hamburgo seguía lloviendo a mares cuando llegamos. La ciudad me recordó mucho a Liverpool. Finalmente, encontramos los muelles y caminamos vadeando charcos de más de un palmo de profundidad hasta donde se hallaban los barcos de guerra. Pasé una hora recorriendo el nuevo crucero de diez mil toneladas *Admiral Hipper*, que estaba amarrado a un muelle. Vi muchos restos en las cubiertas y bajo ellas, pero los oficiales me explicaron que estaba siendo sometido meramente a la habitual revisión que todo barco nuevo requiere. Me juraron que el buque no había sido dañado por ninguna acción del enemigo. Por alguna razón, yo me llevo muy bien con la gente de la marina alemana, y cuando estábamos dando cuenta del oporto y los emparedados, me animé a recordarles que el Almirantazgo británico había informado recientemente del torpedeo de un crucero por un submarino británico, ante lo cual el comandante me hizo una seña y me pidió que le siguiera. Trepamos y trepamos por una estrecha escalerilla hasta que estuve sudando y sin aliento, con el abrigo roto en cinco enganchones. Finalmente, emergimos en la torreta de combate.

«Mire allí», me dijo maliciosamente. A unos cien metros de distancia, un crucero pequeño estaba siendo remolcado al dique seco, con un agujero enorme, que mediría más de quince metros de diámetro, abierto exactamente en el punto medio de la eslora, o como llamen los marinos a ese lugar. Era el crucero *Leipzig*, y el oficial me dijo que habían tenido mucha suerte en poder regresar a puerto sin hundirse después de que un torpedo británico le hubiera acertado tan de lleno. La BBC, me dijo, había anunciado el hundimiento del buque. Pero ahí estaba y, aunque era el día de Navidad, un enjambre de trabajadores se afanaban en su reparación. Cuando volvíamos al coche, vi algo más río abajo, el acorazado de 35.000 toneladas *Bismarck.* Parecía ya casi acabado. Tanto a él como a su hermano gemelo los rodeaba un gran secretismo; son los dos únicos acorazados de 35.000 toneladas botados por la armada alemana.

Mientras, ya a última hora de la tarde, nos dirigíamos hacia Kiel, el tiempo refrescó mucho, la lluvia se convirtió en nieve y el coche encontró muchas dificultades para circular por las colinas a causa del hielo. En Kiel, un oficial que supuse que representaba al Ministerio de Propaganda me recibió con un discursito.

—He oído que se ha detenido usted en Hamburgo y ha visto allí nuestros barcos de guerra —me dijo—. ¿Se fijó también en el crucero *Leipzig*, herr Shirer?

—En efecto, señor, y...

—Esos británicos mentirosos presumen de haber hundido el *Leipzig*, herr Shirer.

—Pues reconozco que a mí no me lo ha parecido, y no dudaré en decir en mi emisión que lo he visto yo mismo, pero eso...

Me cortó con una risotada.

—Hará muy bien, herr Shirer. Rebatirá esa ruin mentira inglesa, ¿verdad?

Le dirá la verdad al gran pueblo norteamericano. Dígales que ha visto el *Leipzig* con sus propios ojos y que el barco no ha sufrido ni un solo arañazo.

Antes de que pudiera yo decir algo, me empujó por una pasarela hacia una lancha de la marina. Me volví hacia el *Oberleutnant* con la intención de protestar. Pero a este ya se le había caído el monóculo del ojo y tenía semejante expresión de abatimiento que desistí. Después de todo, ¿qué hubiera podido decir él en aquella compañía, formada ahora también por varios oficiales de la armada que aguardaban dentro de la lancha?

En las aguas del puerto de Kiel me sorprendió ver que casi toda la flota alemana se había concentrado allí para pasar la Navidad. Distinguí el acorazado de bolsillo *Deutschland*, dos cruceros de la clase Colonia (durante días me había dedicado a estudiar los tipos de barcos de guerra de la armada alemana para poder reconocerlos, y me sentí orgulloso cuando un oficial confirmó que eran de la clase Colonia), ambos de 26.000 toneladas, y alrededor de quince submarinos, incluidos tres que se encontraban en el dique seco. No pude evitar el pensamiento de que, si los británicos lo hubieran sabido, habrían podido atacar esa noche, casi con luna llena, y aniquilar a la totalidad de la flota alemana. Tan solo les hubiese hecho falta un bombardeo realmente masivo. El puerto de Kiel tenía un aspecto precioso bajo la luz grisácea de aquel atardecer navideño. Las colinas que rodean la bahía aparecían blancas por la nieve.

La lancha se detuvo por fin junto a un inmenso dique seco. Dentro estaba uno de los acorazados de 26.000 toneladas, el *Gneisenau.* Mis anfitriones decidieron mostrármelo. Se apresuraron también a explicarme que el buque se encontraba allí, también, para ser sometido a una revisión general, y debo reconocer que en el único lado del casco que me fue posible ver desde fuera no había agujeros. Pasamos una hora recorriendo la enorme nave. Me

sorprendió advertir el espíritu de camaradería reinante entre los oficiales y marinos a bordo, y lo mismo le asombró también, como pude ver enseguida, a mi *Oberleutnant* con monóculo de la Primera Guerra Mundial. Cuatro o cinco oficiales veteranos me acompañaban en el recorrido por el barco, y cuando entrábamos en alguna de las salas destinadas a la tripulación no existía la mecánica exigencia de adoptar todos la posición de firmes, como yo me esperaba. El capitán debió de advertir mi sorpresa, pues comentó con orgullo: «Este es el nuevo espíritu que reina en nuestra armada». Después me explicó que en esta contienda, en todos los barcos de guerra alemanes, los hombres reciben exactamente la misma cantidad y calidad de comida que los oficiales. Esto no había sido así en la última guerra, y me citó cierto proverbio naval que venía a decir que un mismo rancho para los marineros y los oficiales pone fin al descontento y ayuda a ganar la guerra. Recordé entonces —como sin duda lo recordaba él también — que la revolución alemana de 1918 se inició aquí, en Kiel, entre los marineros descontentos.

Cuando volvíamos a la costa en la lancha, una espléndida luna llena se alzaba por detrás de las colinas nevadas, extendía sobre las aguas una luz plateada y destacaba las siluetas de los barcos de guerra. De regreso al hotel discutimos nuestra emisión, que tendría lugar desde una embarcación de aprovisionamiento de submarinos, en la que estarían celebrando la Navidad los tripulantes de un submarino recién arribado a puerto. Los oficiales navales quedaron en que vendrían a buscarme a las nueve de la noche. De allí iríamos al barco. La emisión estaba fijada para las diez y cuarto. Dieron las nueve. Ni rastro de los oficiales. Las nueve y cuarto. Las nueve y media. Yo no tenía la más mínima idea de dónde estaba amarrado el barco. Y, aunque la hubiera tenido, dudaba mucho de que algún taxi pudiera llevarme hasta él durante el oscurecimiento general. Cuando faltaban solo cinco

minutos para las diez, los oficiales por fin se presentaron. Llegamos al barco justo a tiempo para comenzar la emisión, aunque yo había previsto realizar antes una prueba o dos, y ciertamente precisaba por lo menos una. Wolf Mittler, un tipo grandullón y simpático de la RRG, que se había presentado para ayudarme, se puso manos a la obra, reunió a la tripulación y los hizo sentarse a todos en torno a una mesa en las entrañas del barco para cantar villancicos. La luna que se alzaba sobre el puerto era tan espléndida que decidí comenzar la emisión en cubierta y describir la escena desde allí, aunque el oficial naval me recordó con un gesto que por nada del mundo podía decirles a los británicos que toda la flota alemana estaba reunida allí; prevención que, dadas las circunstancias, me pareció muy razonable. Empezaría pues en cubierta, bajo la luz de la luna, y después me deslizaría con el micrófono hasta una escotilla para bajar por ella a la sala de la tripulación, donde se desarrollaría la mayor parte del espectáculo. La primera parte fue perfectamente y, tras agotar todo mi repertorio de adjetivos, comencé a bajar por la escotilla manteniendo bien sujeto el micrófono portátil. Pero, ¡ay!, no tengo la agilidad de un marinero. Antes de haber alcanzado el fondo —o comoquiera que lo llamen los marinos—, ya me había hecho un desgarrón en la manga y destrozado el cristal del reloj que llevaba ceñido a la muñeca. Solo que, en un primer momento, ni me di cuenta. Me abrí paso hasta la sala de la tripulación, animé a los muchachos a seguir cantando, describí cómo celebraban la Navidad aquellos hombres que acababan de volver de las sangrientas acciones del submarino, pedí voluntarios para decir algunas palabras en inglés y el espectáculo discurrió con normalidad. Miré entonces mi reloj para ver cómo íbamos de tiempo: no quedaba ni rastro de la esfera. Hice señas al capitán para que me mostrara su reloj, pero no entendió mi lenguaje mímico. Finalmente, decidí cerrar la conexión. Más tarde Berlín nos diría que nos habíamos pasado solo

diez segundos. Con las prisas nos habíamos olvidado del censor, y yo había improvisado una línea acerca de que el *Leipzig* había sufrido grandes daños pero no lo habían hundido. Por lo visto, ninguno de los oficiales comprendió el inglés, pues nadie dijo nada.

Es sorprendente con qué ingenio habían adornado su negra madriguera —pues no era más que eso— aquellos jóvenes marinos para la Navidad. En un rincón habían colocado un gran árbol navideño iluminado con luces eléctricas, y en uno de los lados de la estancia los marinos habían dispuesto cierto número de fantásticos dioramas. Uno de ellos era una pista de patinaje sobre hielo en miniatura en medio de una estación de montaña nevada, en la que las parejas realizaban atrevidas figuras acrobáticas. Un dispositivo magnético ponía en movimiento a los patinadores. En otro se representaba la costa de Inglaterra, y un dispositivo eléctrico daba vida a una batalla naval sumamente realista. Después de la emisión nos sentamos en torno a una gran mesa oficiales y marineros juntos, sin diferencias entre unos y otros de una forma que sin duda sorprendió al *Oberleutnant*, y nos pusimos a cantar y charlar. El comandante sirvió ron y té, y después trajeron cajas y cajas de cerveza de Munich. Al *Oberleutnant* y a mí nos costó un poco beber la cerveza directamente de la botella, porque no había jarras. Hacia la medianoche, todo el mundo se sentía un poco sentimental.

«¿Por qué nos hacen la guerra los ingleses?», me preguntaban continuamente los hombres. Pero, evidentemente, no era el momento ni el lugar para que yo expresara mis sentimientos. Me impresionó, con todo, la espléndida moral de estas tripulaciones de submarinos, y todavía me impresionó más que la disciplina de corte prusiano brillara por su ausencia. En torno a la mesa, los oficiales y marineros parecían estar en pie de igualdad y disfrutar con ello.

Regresamos al hotel caminando bajo la luz de la luna y, tras una ronda de

copas final, nos fuimos a dormir a las tres de la madrugada.

BERLÍN, *28 de diciembre*

Debo recoger la proclama navideña del doctor Ley: «El Führer siempre tiene razón. Obedezcan al Führer. La madre es la máxima expresión de la feminidad. El soldado es la expresión más elevada de la virilidad. Dios no nos está castigando con esta guerra: nos está dando la oportunidad de demostrar que somos merecedores de nuestra libertad».

Himmler ha decidido de pronto revocar el permiso de los cafés y los bares para permanecer abiertos toda la noche en Nochevieja, y previene al público contra los excesos alcohólicos en esa velada. ¿Teme que la gente de su país pueda salir de juerga, emborracharse (lo que los alemanes rara vez hacen en circunstancias normales) y expresar sus sentimientos a propósito de esta guerra? En cualquier caso, todos deberán echar el cierre a la una de la madrugada del primer día del nuevo año.

BERLÍN, *31 de diciembre*

Una oleada de variopintas declaraciones por parte de todos sin excepción: Hitler, Göring, Himmler, etcétera. Hitler ofrece al pueblo la esperanza de obtener la victoria para 1940. Lo expresa así: «Unidos dentro del país, preparados en la economía y armados militarmente al máximo nivel, entramos en el año más decisivo de la historia de Alemania ... Ojalá este año 1940 traiga la decisión. Suceda lo que suceda, será el de nuestra victoria». Después se extiende largamente en la justificación de su guerra, y si el pueblo alemán no estuviera tan envenenado por la propaganda y la

supresión de las más mínimas informaciones reales provenientes del extranjero, se lo tomarían a risa. ¡Dice que los «judíos reaccionarios y belicistas de las democracias capitalistas» comenzaron la guerra! Las palabras ya no tienen sentido para este hombre, y me temo que tampoco para su pueblo. Dice, por ejemplo: «El pueblo alemán no quiere esta guerra». (Cierto.) «Hasta el último minuto intenté mantener la paz con Inglaterra». (Falso.) «Pero los judíos y los belicistas reaccionarios esperaron hasta ese minuto para llevar adelante sus planes para destruir Alemania». (Falso.)

Es curioso que los alemanes, que a estas alturas deberían estar escarmentados, traten de «asustar» a los ingleses con bravatas y bravuconadas. Göring publica lo siguiente en la edición de mañana del *V. B.:* «Hasta ahora los aviones alemanes se han contentado con mantener bajo una estrecha vigilancia las medidas de guerra inglesas. Pero solo necesitamos una palabra del Führer para llevar allí, en lugar de la liviana carga de las cámaras, el poder destructor de las bombas. Ningún país del mundo está tan expuesto a un ataque aéreo como las Islas Británicas ... Cuando la fuerza aérea alemana se ponga realmente en movimiento, llevará a cabo un ataque tal como jamás se ha visto en la historia del mundo».

Hace frío y hay escasez de carbón. El muchacho de la oficina nos dijo anoche que ya no tenemos carbón para el local y que no hay de dónde sacarlo.

BERLÍN, *1 de enero de 1940*

¿Qué nos deparará este año? ¿La decisión, como Hitler se ufanaba ayer? Aún no he visto ningún alemán que no esté absolutamente seguro de eso. Es

cierto que esta falsa guerra no puede continuar así mucho tiempo. Hitler tiene que seguir adelante hacia nuevas victorias, o el sistema se vendrá abajo.

Anoche hubo más borracheras en la Kurfürstendamm que cuantas he visto en Berlín en toda mi vida. Himmler tenía miles de policías diseminados por la ciudad para vigilar que ninguno utilizara el coche y que los cafés cerraran puntualmente a la una de la madrugada. Yo despedí el viejo año en casa de Sigrid Schultz; después, durante una hora más o menos, con los alemanes en la *Rundfunk*, y finalmente con Russell Hill, tratando de contactar con su casa de Virginia. Hacia las dos de la madrugada nos metimos Russell y yo en un taxi en la Kurfürstendamm. Acabábamos de hacerlo cuando entraron en él por la otra puerta un alemán con su esposa y su hija, de unos doce años, y aceptamos compartirlo con ellos porque prácticamente no había taxis circulando. Un soldado y su novia subieron también y ocuparon el asiento junto al conductor. No habíamos ido muy lejos cuando un policía nos detuvo y nos ordenó que saliéramos del vehículo todos, aduciendo que no podíamos viajar en un taxi a menos que lo hiciéramos para alguna gestión oficial. Yo admití que no tenía ninguna gestión oficial a las dos de la madrugada del día de Año Nuevo, pero le hice ver que llevábamos con nosotros a una niña enferma. El caso es que, al final, nos permitió apretujarnos de nuevo dentro del coche. Recorrimos unas cuantas manzanas y entonces el soldado sintió deseos de vomitar, no sabría decir si por efecto de la bebida o por algún trauma contraído en el frente. En cualquier caso, el soldado gritó al taxista que detuviera el coche y lo dejara salir, ante lo que su novia se puso a chillarles, primero a él y después al taxista, que hicieran algo. El taxista, empero, no sé si por estar bebido también o por tozudez, prefirió optar por no hacer nada y seguir circulando. En estas, la alarmante atmósfera psicológica que reinaba en los

asientos delanteros se extendió a los de detrás, donde nos apretujábamos nosotros cinco. La niña, de pronto, comenzó a chillar, sin que ni Russell ni yo pudiéramos dilucidar si era por efecto de la claustrofobia, porque la asustaran los gritos del soldado o por ambas cosas. El caso es que ella también quería bajarse. La madre se sumó a esa petición. Y, después, también lo hizo el padre. Finalmente, el taxista, despertado aparentemente por aquel manicomio, decidió parar. Ya en la acera, el padre y el soldado comenzaron a discutir violentamente acerca de quién de ellos había fastidiado al otro la fiesta de la Nochevieja. Russell y yo aprovechamos la oportunidad para largarnos con el taxista en su vehículo y dejamos que se pelearan entre ellos. Los nervios destrozados por la guerra, decidimos.

BERLÍN, *3 de enero*

Hoy he sabido que los rusos han prometido entregar a Alemania este año:

–1.000.000 de toneladas de pienso y cereales;
–500.000 toneladas de semillas oleaginosas;
–500.000 toneladas de haba de soja;
–900.000 toneladas de petróleo;
–150.000 toneladas de algodón (lo que constituye una cantidad mayor que la exportada a todo el mundo por Rusia el pasado año);
–cuero y pieles por valor de tres millones de marcos oro.

Todo esto parece muy bien sobre el papel, pero apostaría cualquier cosa a que los rusos apenas entregarán una fracción de lo que han prometido.

Una declaración oficial anuncia que Göring va a convertirse en el

dictador absoluto de la economía de guerra en Alemania; una tarea que, en efecto, viene desarrollando desde hace mucho tiempo. La prensa está comenzando a dar la matraca acerca de «los propósitos agresivos de Gran Bretaña en Escandinavia». Hitler, según oímos, ha ordenado al ejército, la armada y las fuerzas aéreas acelerar los planes para interceptar a los aliados en Escandinavia si deciden entrar allí para apoyar a Finlandia en contra de Rusia. El ejército y la armada son muy profinlandeses, pero comprenden que deben proteger sus rutas comerciales hacia los yacimientos de mineral de hierro suecos. Si Alemania las pierde se hundirá.

BERLÍN, *8 de enero*

Anoche entrevisté ante el micrófono al general Ernst Udet, pero Göring, su jefe, censuró nuestro guión tan lamentablemente que no resultó interesante. Yo pasé gran parte del día preparando el inglés del general, que no es demasiado bueno. Udet, un hombre agradable al que solía ver de cuando en cuando en casa de los Dodd, es casi un fenómeno. Como piloto profesional, que hace solo unos años estaba sin un céntimo y recorría Estados Unidos haciendo acrobacias aéreas vestido a menudo de etiqueta y con sombrero de copa, ahora es el responsable del diseño y la producción de los aviones de guerra alemanes. Nunca tuvo experiencia como hombre de empresa, pero ha demostrado ser un genio en este trabajo. Junto con Göring y el general Milch, en los círculos internos alemanes se le atribuye el mérito de haber creado la fuerza aérea alemana para llevarla al puesto que hoy ocupa. No pude dejar de pensar esta noche que a un hombre como Udet jamás le habrían confiado un trabajo así en Norteamérica. Lo hubieran considerado «falto de experiencia empresarial». Y los propios empresarios, si

conocieran algo de su vida un tanto bohemia, dudarían en confiarle semejante responsabilidad. Sin embargo, en este desquiciado sistema nazi ha realizado un trabajo estupendo. Un dato divertido: la pasada noche Udet dio una pequeña fiesta en su casa, con tres generales, todos ellos con servilletas colgadas sobre los hombros, ocupándose de presidir su bien provisto bar. Hubo muchachas guapas y bastante desmadre. Y, sin embargo, estos son los hombres que han hecho de la Luftwaffe el más terrible instrumento de su tipo en el mundo.

BERLÍN, *9 de enero*

Harry C., probablemente el hombre mejor informado que tenemos en la embajada de Moscú, pasó hoy por aquí con su esposa, que va camino de Estados Unidos para dar a luz allí a su hijo. Harry, que no es precisamente un bolchevique crédulo, contaba algunas cosas curiosas. Dice que el único y exclusivo pensamiento de un ruso hoy es acatar la línea de Stalin para poder salvar su trabajo o, como mínimo, el pellejo. Según él, los rusos han metido de lleno la pata con su ataque a Finlandia. Han sufrido ya un centenar de miles de bajas y los hospitales de Leningrado y del norte están repletos de heridos. Pero estos son los afortunados, porque miles de heridos leves han muerto congelados o a causa del frío. Harry dice que todos en Moscú, de Stalin para abajo, pensaban que el Ejército Rojo entraría en Helsinki a la semana de iniciado el ataque. Y estaban tan seguros de ello que incluso habían programado un ataque contra Besarabia para el 6 de diciembre, que solo fue anulado en el último minuto.

Este ha sido uno de los días más fríos que he experimentado en los catorce años que llevo en Europa. Decenas de miles de hogares y muchas

oficinas están sin carbón. Los padecimientos de muchos son muy reales. Con los ríos y canales por los que se transporta el carbón completamente helados, los alemanes no pueden contar con el abastecimiento adecuado. Me entero de que en un campo de prisioneros polaco han muerto dieciocho personas de esa nacionalidad y otras treinta han resultado heridas. Las SS hablan aquí de una «revuelta». El ejército ha protestado a Hitler por la brutalidad sin sentido de la Gestapo en Polonia, pero dudo de que esto pueda cambiar las cosas.

Debo referirme a una nueva campaña de propaganda que intenta convencer al pueblo alemán de que esta no es solo una guerra contra las «plutocráticas» Francia y Gran Bretaña, sino una guerra santa contra los judíos. En el *Angriff* de esta tarde, el doctor Ley escribe: «Sabemos que esta guerra es una lucha ideológica contra el judaísmo mundial. Inglaterra se ha aliado con los judíos contra Alemania ... Inglaterra está espiritual, política y económicamente vinculada a los judíos ... Para nosotros, Inglaterra y los judíos siguen siendo el enemigo común».

BERLÍN, *11 de enero*

Frío. Quince grados bajo cero al otro lado de mi ventana. La mitad de la población helándose en sus casas, oficinas y talleres porque no hay carbón. Daba pena ver ayer en las calles a personas que transportaban a sus casas un saco de carbón en un cochecito de niño o cargaban a hombros con él. Me sorprende que los nazis hayan dejado que la situación se volviera tan grave. Todo el mundo se queja. No hay nada como el frío continuo para socavar la moral.

Hitler ha regresado a la ciudad, y me dicen que anoche, en la Cancillería,

él y Göring arremetieron contra los grandes industriales, a los que se les había ordenado acudir a toda prisa desde Renania para reprocharles su negligencia. Estos grandes magnates, que con su dinero hicieron posible la llegada de Hitler al poder, se sentaron allí —me dicen— con las caras como un tomate y sin atreverse a decir ni pío. Hitler se entrevistó también con los militares ayer y hoy, y corre la voz de que se prepara un gran golpe para la primavera. Según mis informadores, el ejército está aún en contra de una ofensiva contra la Línea Maginot, a pesar de las presiones del partido a favor de un ataque contra ella. ¿Intentarán los alemanes atravesar Holanda, como muchos piensan? Necesitan bases aéreas en la costa holandesa para despegar desde ellas hacia Gran Bretaña. Circulan también ideas fantasiosas acerca de una invasión de Inglaterra y de una incursión de los alemanes en Suecia para apoderarse de los yacimientos de mineral de hierro, cuya justificación sería que los suecos están tramando permitir que los ejércitos aliados acudan en ayuda de Finlandia.

Hoy he sabido, por un viajero que ha vuelto de Praga, que los productores de mantequilla, harina y otros productos similares de Eslovaquia y Bohemia están etiquetando los destinados a Alemania con el sello «Hecho en Rusia». Esto se hace siguiendo órdenes de Berlín, y su objeto es mostrar al pueblo alemán cuán importante es ya la «ayuda» que está recibiendo de los soviéticos.

Un funcionario de la Wilhelmstrasse me reconoció ayer que los alemanes habían impuesto trabajos forzados a todos los judíos polacos. Según él, la duración del trabajo forzado era de «solamente dos años».[21] Un maestro de escuela alemán me cuenta esta anécdota: los enseñantes comienzan el día saludando a sus alumnos con un «Gott straffe England!» («Dios castigue a Inglaterra»), a lo que los niños se supone que han de responder: «Así sea».

AMSTERDAM, *18 de enero*

Ed [Murrow] y yo nos hemos reunido aquí unos pocos días para discutir nuestra cobertura europea; o, al menos, esa es nuestra excusa. En realidad, embriagados por las luces nocturnas, los buenos alimentos y el cambio de atmósfera, hemos estado de francachela como un par de jóvenes escapados de pronto de un reformatorio o de la tutela de una anciana y severa tía. La pasada noche, en pleno jolgorio, cuando volvíamos a casa de una opípara cena, entre copos de nieve que caían sobre nosotros como confeti, nos detuvimos bajo una brillante farola y nos enzarzamos en una animada batalla de bolas de nieve. Yo perdí en ella las gafas y el sombrero y regresamos al hotel cojeando, exhaustos pero felices. Esta mañana hemos estado patinando sobre el hielo de los canales acompañados de Mary Marvin Breckinridge, que ha renunciado a la placentera y aburrida vida social norteamericana para representarnos aquí. Los holandeses aún llevan una vida placentera. Los alimentos que consumen parecen fantásticos tanto en cantidad como en calidad: ostras, aves, carne, verduras, naranjas, plátanos, café..., cosas que los pueblos en guerra ni siquiera ven. Comen y bailan, van a la iglesia, patinan por los canales y cuidan de sus negocios. Y están ciegos —sí, sí, ciegos— a los peligros a los que se enfrentan. Ed y yo hemos intentado hacer una cierta labor misionera, pero me temo que sin ningún resultado. Los holandeses, como todo el mundo, quieren tenerlo todo. Desean la paz y la vida confortable, pero no están dispuestos a hacer los sacrificios o tomar siquiera las duras decisiones capaces de asegurar a la larga su forma de vida. Dicen que la reina se niega obstinadamente a mantener conversaciones de Estado con los aliados e incluso con los belgas. Mientras tanto, pude observar, al cruzar la frontera, que los alemanes están

acumulando fuerzas y suministros en la frontera holandesa. Cuando decidan ponerse en movimiento, si llega ese día, no habrá tiempo para conversaciones de Estado con los aliados. Los holandeses dicen que, si se atrevieran siquiera a intercambiar una palabra con los aliados a propósito de planes de defensa conjuntos, Hitler consideraría eso una excusa para invadirlos. Como si Hitler necesitara una excusa cuando se decide realmente a invadir.

Ed está un tanto alarmado por estas historias acerca de la confusión británica y la cómoda creencia en Gran Bretaña de que los aliados ganarán la guerra sin perder muchos hombres o combatir en serio, sino esforzándose meramente en mantener el bloqueo y aguardar hasta que Alemania se derrumbe. Emitimos juntos esta noche para Estados Unidos desde Hilversum.

AMSTERDAM, *20 de enero*

Ed se marcha hoy a París y yo, por desgracia, debo volver a Berlín esta noche. He invitado a Marvin a que nos visite el mes que viene y nos dé la «perspectiva femenina» de la situación. Esta tarde a primera hora me encontré con Tom R., un hombre de negocios norteamericano, en el bar del Carlton. Me informó por fin de lo que le había sucedido a Eleanor K.[22] Él mismo se vio implicado en el asunto. Le había dado un par de cartas de negocios para ciertas personas de Alemania que, según pensaba, no eran nada comprometedoras, pero que obviamente lo eran, puesto que fueron ellas las que, en definitiva, casi la condujeron a la muerte. Eleanor no les echó un vistazo sino que simplemente las guardó en su bolso. En Bentheim, en la frontera germano-holandesa, la Gestapo se las encontró encima. La

detuvieron, pero, como no disponían de una cárcel adecuada, decidieron mantenerla confinada en el hotel de la localidad. Allí sufrió diariamente largas horas de interrogatorio, en las que los interrogadores intentaron doblegarla y hacerle admitir lo que no era cierto: que conocía el contenido de las cartas y que era, en realidad, un correo al servicio de turbios intereses dentro y fuera de Alemania, comprometidos en prácticas financieras ilegales. Para agravar las cosas, una de las cartas estaba destinada a un judío berlinés. Cierta noche, en el hotel donde se hallaba retenida, Eleanor se sintió presa de una profunda depresión. La Gestapo había estado interrogándola y amenazándola durante todo el día. Se vio a sí misma condenada a una larga pena de cárcel. Había tenido la intención de volver felizmente a Estados Unidos en cuestión de unas semanas. Pero ahora se veía a sí misma encerrada durante años en un campo de concentración nazi o en la fría celda de alguna prisión. Decidió evitar como fuera esa terrible suerte. Decidió matarse. Una vez adoptada esa resolución, preparó fríamente la manera de hacerlo. Se procuró una soga, ató un extremo al radiador de la habitación, se pasó el otro extremo alrededor del cuello, abrió la ventana, se sentó en el alféizar y comenzó a tragarse somníferos. Sabía que no tardaría en quedar inconsciente, que entonces se desplomaría al exterior de la ventana y que la soga haría el resto. Tom dice que nunca sabrá por qué no ocurrió así. Probablemente fue que la soga se soltó del radiador. Todo lo que sabe es lo que días después le contaron en el hospital: que la nieve caída abajo en la calle había amortiguado la caída y que había permanecido tendida allí por espacio de cinco horas hasta que, con las primeras luces del alba, alguien la había visto allí medio helada y con casi todos los huesos del cuerpo rotos, pero que probablemente se recuperaría. El hecho es que fue trasladada al hospital de una prisión de Berlín, donde el

consulado de Estados Unidos procuró, con gran sigilo, su liberación y traslado a su país. Ahora está en Norteamérica, según me dice Tom.

BERLÍN, *22 de enero*

Ayer me hice una idea de cómo los transportes alemanes, al menos el de pasajeros por ferrocarril, se han visto paralizados por el crudo invierno y las exigencias del ejército. En la frontera alemana nos dijeron que el habitual tren expreso para Berlín había dejado de circular. Junto con otros cincuenta pasajeros busqué refugio contra la ventisca en la estación de Bentheim y aguardé varias horas, hasta que los responsables del ferrocarril organizaron un tren local que, según dijeron, nos llevaría cuarenta kilómetros de los cuatrocientos que nos separaban de Berlín. El tren, desprovisto de calefacción, no tardó en detenerse; nos congregamos fuera, bajo la nieve, con nuestro equipaje, lo mejor que pudimos, ya que ahora no existen maleteros en Alemania. Para cuando oscureció, ya habíamos avanzado unos ciento veinte kilómetros más gracias a diversos trenes locales; fue entonces cuando, en una pequeña estación, nos dijeron que el expreso procedente de Colonia llegaría pronto y nos recogería para llevarnos a Berlín. Pero cuando entró en la estación venía repleto, y en el andén éramos como poco quinientas personas las que necesitábamos subir a él. Se produjo una auténtica batalla campal. Yo empleé una táctica de fútbol americano y cargué arremetiendo con mi equipaje por delante, con lo que logré apretujarme en la plataforma exterior de un vagón de tercera clase, mientras los demás pasajeros apiñados en ella me gritaban improperios y maldiciones. Durante las siguientes ocho horas permanecí de pie en aquel lugar a la intemperie hasta que llegamos casi a Berlín. Varios centenares de

irritados pasajeros pasaron de pie en los pasillos casi toda la noche, y hubo miles en los andenes de las estaciones en que nos detuvimos que ni siquiera lograron subir al tren. No he oído tantas quejas de alemanes desde que comenzó la guerra.

BERLÍN, *24 de enero*

Creo que Percival W., un hombre de negocios norteamericano, jubilado ya, que es de ascendencia alemana y que ha pasado en este país la mayor parte de su vida, ve algo que yo he estado procurando captar. No lo había visto nunca, pero esta mañana se presentó en mi habitación y estuvimos charlando. Discutimos sobre los conceptos alemanes de ética, honor, comportamiento. Me dijo: «Para los alemanes, una cosa es justa, ética, honorable, si se ajusta a la tradición de lo que un alemán piensa que debería hacer un alemán, o si promueve los intereses del germanismo o de Alemania. Pero los alemanes no tienen una idea abstracta de la ética, el honor o el comportamiento justo». Me puso un buen ejemplo. Un amigo alemán le dijo: «¿No es horrible lo que están haciendo los finlandeses, luchando contra Rusia? Es una injusticia enorme». Cuando el señor W. le replicó que, después de todo, los finlandeses solo hacían lo que se esperaba que hiciese cualquier alemán decente en la misma situación —en concreto, defender su libertad y su independencia frente a una agresión descarada—, su amigo objetó: «Pero Rusia es amiga de Alemania».

En otras palabras, para un alemán es justo defender la libertad y la independencia de su país. Pero lo mismo, para un finlandés, es injusto, porque perturba las relaciones de Alemania con Rusia. En la mentalidad alemana falta la idea abstracta.

Eso explica, probablemente, la absoluta falta de consideración o simpatía por la suerte de los polacos o los checos. Lo que los alemanes le hacen a esta gente —asesinarlos, por expresarlo con una sola palabra— es justo porque lo hacen los alemanes, y las víctimas, desde el punto de vista alemán, son una raza inferior que deben ver justa cualquier cosa que a los alemanes les plazca hacer con ellos. Como lo expresa el doctor Ley: «Justo es lo que hace el Führer». Todo esto confirma una idea que yo intuí hace años: que el concepto alemán de «honor», sobre el que tanto hablan los alemanes, es mera palabrería.

El señor W. me dice que estuvo en Alemania hasta poco antes de que entráramos en guerra en 1917 y que, hasta el invierno de 1916-1917 no existió sufrimiento alguno entre la población civil. Dice que los racionamientos y las escaseces actuales son prácticamente los mismos que Alemania sufrió en el tercer año de la guerra mundial. Está seguro de que las cosas no pueden seguir como hasta ahora, con el frente en calma y solo sacrificios, en especial con el frío que tenemos desde hace más de un mes. «Lo que los alemanes tienen que conseguir —me dijo al despedirse— es una serie de rápidas victorias.»

Joe [Harsch] vino a verme ayer. Me dijo que pasaba tanto frío en su piso cuando intentaba mecanografiar una crónica, que tenía que mantener siempre un cazo con agua calentándose sobre el fogón de la cocina y sumergir los dedos en él cada cinco minutos para poder pulsar las teclas de la máquina. Hoy el burgomaestre advierte a la población de que no debe emplear gas para calentar habitaciones o agua. Aunque tengas carbón, el uso de agua caliente queda restringido ahora a los sábados. En consecuencia, he vuelto a dejarme barba.

BERLÍN, *25 de enero, medianoche*

He cenado solo en Habel. La media botella de Burdeos tinto de 1923, a pesar de las garantías que me dio el camarero, no era un vino suficientemente bueno para resistir esa edad; para los vinos corrientes, la mejor añada es ahora la de 1934. Estaba a punto de abandonar el local cuando vino a sentarse a mi mesa un viejo infeliz de cabellos canosos. Como no tenía un cupón de grasas para el plato de carne que había pedido, le ofrecí uno de mi cartilla. Eso nos dio pie para conversar.

—¿Quién ganará la guerra? —preguntó.

—No lo sé —respondí.

—¡Hombre, Alemania *selbstverständlich*! —apostilló riendo. E ilustró su afirmación con el argumento de que en 1914 Alemania tenía a todo el mundo en contra, pero ahora solo se le enfrentaban Gran Bretaña y Francia, y contaba con la amistad de Rusia.

—Cada bando piensa que vencerá —dije—. Así ocurre en todas las guerras.

Me miró con expresión compasiva en sus cansados ojos.

—Vencerá Alemania —dijo—. De eso no cabe duda. El Führer lo ha dicho.

Pero, a medida que hablábamos, iba dándome cuenta de que mis observaciones lo crispaban. Se volvió agresivo, irritado. Dijo que Gran Bretaña y Francia habían iniciado la guerra.

—Pero ustedes atacaron Polonia, y algunos piensan que fue eso lo que desencadenó la guerra —insistí. Él se irguió, asombrado.

—Disculpe usted —dijo con voz ahogada.

Y, a continuación, por espacio de diez minutos procedió a repetirme todas

las mentiras acerca de los orígenes de la guerra que Hitler había contado. (El pueblo alemán realmente cree a Hitler, me dije.)

—Los documentos publicados por nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores han demostrado más allá de cualquier sombra de duda —continuó— que Gran Bretaña y Francia comenzaron la guerra; y, lo que es más: que la tenían planeada desde hace más de un año.

—Pues a mí no me han demostrado tal cosa —objeté.

Esto provocó que perdiera el aliento. Cuando pudo recuperarlo, añadió:

—Como le iba diciendo, los documentos lo demuestran...

Yo me di cuenta de que mis agrias observaciones estaban atrayendo la atención del resto de los presentes en la sala y que dos individuos de rostro anguloso con insignias del partido en el ojal, que se hallaban en la mesa contigua, parecían a punto de intervenir con alguna heroicidad de su propia cosecha. Así que me puse en pie y me fui, tras darle las buenas noches al anciano.

Hacia las seis de la tarde vino a verme fräulein X para preguntarme por unas provisiones que le había traído de sus familiares en el extranjero. Resultó ser la mujer alemana más inteligente que he conocido en muchísimo tiempo. Estuvimos hablando del teatro alemán y del cine, temas de los que sabía muchísimo. Tenía algunas ideas interesantes acerca del carácter, la historia y la orientación alemanas. El problema con los alemanes, me dijo, es que son «geborene Untertanen» (esto es, «súbditos natos», aunque *Untertan* añade la connotación de súbdito sumiso). Autoridad y dirección de un jefe son casi todo lo que un alemán necesita en la vida.

«Un alemán —me dijo— pensará que ha muerto como un buen alemán si aguarda en una acera al ver una luz roja y cruza luego al tenerla verde,

aunque sepa perfectamente que viene contra él un camión que lo atropellará y le causará la muerte, por más que para ello deba infringir la ley.»

Lo que la amargaba —y sabía expresarlo de manera brillante— era que esta Alemania estuviera arriesgándolo todo en una guerra que pudiera acabar con la mismísima civilización occidental, a cuya formación no solo habían contribuido algunos alemanes insignes, sino que habían pretendido además unirla a la cultura alemana. Pensaba que al régimen actual le importaba un comino la civilización occidental y que representaba más bien el elemento de barbarie que siempre había acechado bajo la superficie en la historia alemana, y para el que la vida solo tenía algún significado cuando entrañaba la glorificación de la guerra, la fuerza, la conquista, la brutalidad y el aplastamiento de un enemigo más débil, en especial si se trataba de un eslavo. Abominaba de la extrema falta de sentido político del alemán, de su sumisión a la autoridad, de su cobarde negativa a pensar o actuar por sí mismo.

El elemento no europeo, antioccidental de la civilización, como ella lo llamaba, tenía ahora la primacía en Alemania, y, para ella, la única forma de poder salvar la condición europea occidental del alemán sería una nueva derrota, otra Paz de Westfalia incluso (que dividió Alemania en 1648 en trescientos estados distintos). Me siento inclinado a darle la razón.

BERLÍN, *27 de enero*

Cosas varias. Con la publicación de una edición del bolsillo de *Mi lucha* para las tropas que combaten en el frente, el total de ventas de la Biblia de Hitler alcanza, según me han dicho hoy, la fantástica cifra total de 5.950.000 ejemplares ... La mayor migración en masa organizada desde el

intercambio de poblaciones entre Grecia y Turquía después de la última guerra está completándose ahora en Polonia. Unos 135.000 alemanes del este de Polonia, ocupado por Rusia, y cien mil alemanes de los países bálticos se están instalando en la parte de Polonia que Alemania acaba de anexionarse. Para dejarles espacio, un número igual de polacos están siendo desalojados de sus hogares, casas y granjas, y trasladados a la Polonia ocupada... El doctor Frank, gobernador general alemán de Polonia, ha decretado pena de muerte para los polacos que retengan bienes susceptibles de ser vendidos o que se nieguen a venderlos cuando les ofrezcan por ellos un precio «decente». Esto permitirá a los alemanes completar su pillaje de Polonia. Si algún polaco se resiste, se acaba con él... Un tribunal alemán de Posen ha condenado a ocho polacos, incluidas tres mujeres, a la pena capital por supuestos malos tratos a aviadores alemanes, probablemente paracaidistas. Aunque hasta los alemanes reconocen que ninguno de esos aviadores murió.

Una falsa guerra. Las noticias que llegan hoy del frente hablan exclusivamente de cómo las ametralladores alemanas combaten... ¡contra los altavoces franceses! Parece ser que a lo largo del frente del Rin los franceses ponen ciertos discos que, según los alemanes, suponen un insulto personal contra el Führer.

«Los franceses no se daban cuenta —dice la DNB, con esa absoluta falta de humor que hace tan divertidos a los alemanes— de que un ataque contra el Führer iba a ser rechazado inmediatamente por las tropas alemanas.» En consecuencia, los alemanes abrieron fuego contra los altavoces franceses en Altenheim y Breisach. De hecho, según me dicen personas del ejército, lo que los franceses emiten a todo volumen son grabaciones de viejos discursos de Hitler en los que denunciaba el bolchevismo y a los soviéticos.

BERLÍN, *28 de enero*

Se hacía difícil creer hoy en Berlín que este sábado se está librando una gran guerra. Las calles y los parques están cubiertos de una gruesa capa de nieve y esta tarde, en el Jardín Zoológico, había miles de personas patinando en los estanques y lagos. Centenares de niños se deslizaban por los toboganes. ¿Pensarán en la guerra los niños? No lo sé. Esta tarde, en el zoo, parecían estar pensando solo en sus trineos y patines y en la nieve y el hielo.

BERLÍN, *30 de enero*

Marvin Breckinridge está aquí, y mañana voy a ir a una excursión a Garmisch que organiza el doctor Diettrich, el jefe de prensa y confidente de Hitler (para mantenernos en una disposición amistosa). Desde allí confío en poder escaparme a las montañas suizas para pasar quince días con Tess y Eileen. Anoche Hitler pronunció un inesperado discurso en el Sportpalast, con ocasión del séptimo aniversario de la llegada al poder de los nazis. Yo no tenía un especial deseo de oírlo, así que fue Marvin a cubrirlo. Se llevó una gran decepción al verlo.

GARMISCH-PARTENKIRCHEN, *3 de febrero*

Efectúo una breve y cómica emisión desde aquí. Están en marcha las competiciones de invierno, en las que participan todas las naciones satélite

de Alemania, pero no tienen ningún interés para nosotros y se supone que yo limito mis emisiones diarias al tema mucho más serio de la terrible guerra. Pero el problema está en que el único micrófono de la ciudad se encuentra en el estadio de hielo. Ayer, en mi emisión de las dos y diez de la tarde, acababa yo de enzarzarme en una profunda disquisición sobre las posibilidades que se le ofrecen a este infeliz pueblo en guerra, cuando alguien marcó un gol en la pista de hielo situada inmediatamente debajo de mí y el vocerío estalló en el estadio, lo que me hizo sumamente difícil concentrar mi pensamiento en cuál podría ser la siguiente jugada de Hitler. Esta noche, mientras transmitía a la una menos diez de la madrugada, los partidos de hockey habían concluido, y el estadio estaba tan solitario que tuve que esperar un buen rato bajo la nieve antes de poder despertar al portero nocturno para que me abriera. En el pequeño estudio situado en lo alto del estadio hacía tanto frío que me castañeteaban ruidosamente los dientes y tenía que lanzarme el aliento en los dedos para mantenerlos lo bastante calientes como para poder pasar con ellos las páginas del guión. Temo que los oyentes de la CBS no hayan sabido valorar los extraños ruidos que les llegaban.

Me siento triste por Bob X, un joven corresponsal norteamericano que vino aquí con nosotros. No podía soportar la tensión de que estuviéramos asociados con los nazis desde que comenzó la guerra, lo cual es comprensible. Al llegar aquí, se dejó ir —un evidente ataque de nervios— bebió más de la cuenta y expresó con toda sinceridad sus sentimientos, que el alcohol libera en ocasiones, pero con lo que también causa otros males a uno mismo. Supongo que los nazis, en cuanto regrese a Berlín, le pedirán que se marche. Hoy, dos de nuestros principales corresponsales norteamericanos se negaron a sentarse a la misma mesa que él en el

comedor, cosa que a mí me pareció un tanto fuera de lugar. Son los dos que más coba les dan a los nazis.

Hitler ordenó hoy que, en adelante, los bebés deben tener cartillas de racionamiento de ropa. Un país anda mal cuando tiene que ahorrar en pañales.

EN EL TREN MUNICH-LAUSANA, *4 de febrero*

Tres anécdotas que debo reseñar:

1. En Alemania es un delito grave escuchar una emisora de radio extranjera. El otro día la madre de un aviador alemán recibió aviso de la Luftwaffe de que su hijo había desaparecido y se lo suponía muerto. Un par de días después, la BBC de Londres, que emite semanalmente una lista de los alemanes prisioneros, anunció que el chico había sido capturado. Al día siguiente recibió ocho cartas de amigos y conocidos diciéndole que habían oído que su hijo estaba bien y era prisionero de los ingleses. A partir de aquí, la historia toma un giro desagradable. La madre denunció a los ocho a la policía por escuchar una emisión inglesa, y todos fueron arrestados. (Cuando intenté contar esta anécdota en la radio, el censor nazi me tachó el texto basándose en que los oyentes norteamericanos no comprenderían ¡el heroísmo de la mujer al denunciar a sus ocho amigos!)
2. Los padres de un oficial de submarino fueron informados oficialmente de la muerte de su hijo. La embarcación no llegó y el Almirantazgo alemán la había dado por perdida. Los padres dispusieron un funeral religioso. La mañana del funeral se presentó el carnicero diciendo que

quería intercambiar unas palabras en privado con el cabeza de familia. Después vino el dueño de la tienda de comestibles con idéntica petición. Y finalmente comenzaron a llegar algunos amigos. Todos habían oído anunciar en la BBC que el hijo se hallaba entre los prisioneros capturados de un submarino. Pero ¿cómo anular el funeral sin dejar que las autoridades se enteraran de que alguien que gozaba de la confianza de la familia había escuchado una radio extranjera? Si los padres no lo decían, tal vez los detendrían a ellos mismos. Se reunió un consejo familiar y decidieron seguir adelante con el funeral. Una vez concluido, los asistentes se reunieron en la casa de los padres, donde se enteraron de la verdad —si es que no la sabían aún—, y todo el mundo lo celebró con champán.

3. Una gran compañía cinematográfica alemana completó el verano pasado, con una inversión de varios millones de marcos, una película basada en las hazañas en España de la Legión Cóndor alemana. Era una superproducción que pretendía mostrar cómo se había derramado en España sangre alemana en la lucha contra el bolchevismo. La vieron y la elogiaron Hitler, Göring, Goebbels, Himmler, etcétera. Pero luego vino el pacto nazi-soviético del pasado agosto. La película está a buen recaudo ahora. No se ha mostrado al público.

VILLARS-SUR-OLLON, SUIZA, *20 de febrero*

A través de la ventana, al otro lado del valle, estoy viendo la gran cordillera de picos alpinos conocidos como los Dents du Midi. Al atardecer, con el sol poniente, estas laderas montañosas nevadas adoptan una coloración rosa magnífica. He pasado diez días en cama con mi gripe anual. Mañana debo

regresar a Berlín. Aquí pronto será primavera. Acción. La ofensiva. La guerra. ¡Qué lejano me parece aquí todo eso! Tess llega al anochecer con las mejillas encendidas tras un paseo de seis kilómetros con esquís por la ladera de la montaña que se alza detrás del hotel; Eileen entra con los mofletes más rojos aún, después de haber estado jugando todo el día en la nieve. Por la noche —antes de que cayera enfermo— una cena sin racionamiento, y después charla y baile en el bar con personas que aún conservan la cordura. Al principio, y en los últimos tres días después de levantarme de la cama, estuve patinando en la pista de abajo con Wellington Koo, el embajador de China en París, quien se recuperaba también de una gripe y estaba aprendiendo a patinar. Koo, que aparenta treinta años y probablemente tiene más de cincuenta, trató de transmitirme la perspectiva que los chinos han aprendido a adoptar y que yo jamás he tenido la paciencia ni la sabiduría de asumir. Piensa que la guerra de China y esta en Europa son solo capítulos de una larga historia, lugares en que los hombres se detienen y hacen una pausa en un largo camino, y lo dice con suavidad, avanzando penosamente con sus inestables patines.

BERLÍN, *23 de febrero*

Mi cumpleaños. He pensado que tengo ya treinta y seis sin haber hecho nada importante, y en lo rápida que está pasando para mí esta mediana edad.

Ayer viví una experiencia desagradable en la frontera suiza; los suizos me quitaron todas las provisiones que llevaba encima: chocolate, jabón, carne enlatada, café y una botella de whisky que me había dado Winant. Comprendo su razonamiento. Tienen cortados sus contactos con el mundo

exterior y necesitan conservar lo que tienen y no permitir que vaya a parar a manos de los alemanes. Pero me dolió. En el lado alemán de la frontera, la Gestapo obligó a desnudarse a las dos terceras partes de los pasajeros, incluidas todas las mujeres. Por alguna razón que desconozco, pero posiblemente porque fui el último en conseguir que fuera revisado mi pasaporte y porque el tren iba con retraso, me libré del cacheo.

Llegué aquí esta mañana (viernes), para encontrarme con que era un día vegetariano. La comida es abominable. La racha de frío hace que tampoco haya pescado. Incluso en el Adlon, todo lo que pude conseguir fueron patatas y algunas verduras en lata, y mis amigos me dijeron que aún tenía suerte, porque durante varios días no había habido ni siquiera patatas, puesto que los suministros enviados a la ciudad habían resultado dañados por las heladas. Los periódicos, en comparación con los suizos, no publican más que estupideces. Pero los alemanes se lo tragan todo, todas las mentiras. Después de este invierno terrible, tienen la moral por los suelos, pero dan la impresión de perseverar en la misma actitud acobardada. Resulta difícil adivinar hasta qué límite serán capaces de aguantar.

Se habla mucho aquí de la ofensiva de la primavera. Pero ¿dónde?

BERLÍN, *25 de febrero*

X me contó hoy una historia fantástica. Pretende que está en marcha un plan para ocultar tropas de las SS en las bodegas de numerosos cargueros, llevarlas a puertos de Escandinavia, Bélgica y África, y apoderarse de las ciudades. No le veo sentido. Aun cuando consiguieran hacerse con los puertos, cosa que dudo mucho, ¿cómo podrían retenerlos en su poder? Sospecho que esta historia es un bulo interesado, y que a los nazis les

gustaría que nos lo tragáramos como parte de su guerra de nervios. Yo no lo haré.

BERLÍN, *27 de febrero*

Marvin ha estado investigando algunos aspectos interesantes de la vida alemana en tiempos de guerra. Visitó una de las nueve escuelas nazis para mujeres donde las esposas o futuras esposas de los hombres de las SS aprenden a ser buenas *Hausfrauen* y excelentes productoras de carne de cañón para la próxima guerra.[23] Se les enseña también a leer periódicos nazis y escuchar la radio nazi. Marvin vio solo dos libros en los dormitorios de las chicas: *La fe en el Estado nórdico* y *Hombres*... Averiguó también que, por la escasez de jabón, que limita las coladas, los eclesiásticos alemanes habían comenzado a lucir alzacuellos hechos con cartulina. Les cuestan ocho centavos, pueden darles la vuelta al segundo día de usarlos y, después, los tiran... Marvin dice también que muchos edificios públicos han sido cerrados sin más por falta de carbón, entre ellos la Facultad de Ingeniería de la universidad, la Biblioteca del Estado y la mayoría de las escuelas. A las iglesias no se les permite quemar carbón hasta nueva orden. Cuenta que, cuando el otro día visitó a una anciana alemana de edad avanzada, la mujer la recibió llevando puestos dos jerséis, un abrigo de piel y chanclos. La temperatura en el salón era de algo menos de ocho grados centígrados... Aunque la cuota migratoria de alemanes a los que se les permite la entrada en Estados Unidos asciende a 27.000 personas al año, Marvin encontró en el consulado norteamericano una lista de espera de 248.000 nombres. El 98 por ciento de ellos eran judíos, es decir, casi la mitad de la población judía que hay en Alemania.

BERLÍN, *1 de marzo*

Sumner Welles llegó esta mañana. Se supone que viene aquí con una misión especial del presidente para sondear a los líderes europeos acerca de sus posturas respectivas. Hoy se entrevistó con Ribbentrop y con el secretario de Estado Weizäcker, y mañana verá a Hitler. Corre la voz por la ciudad de que los nazis le harán alguna mala jugada y le sugerirán una paz que parezca buena. Es posible, pero no probable.

Y es que la ofensiva parece inminente. Todos los días salen de Berlín trenes militares cargados de tropas que se dirigen al oeste. En los últimos días han sido llamados al servicio activo numerosos hombres. A todos los centinelas de vigilancia aérea se les ha advertido de que estén listos para ocupar sus puestos a partir del 15 de marzo. Se oye hablar —aquí nunca se sabe nada— de grandes concentraciones de tropas contra Holanda. Por lo que pude ver en los Países Bajos, los holandeses serán presa fácil para los alemanes. Su ejército es miserable, y su famosa línea defensiva acuática en torno a Amsterdam es de dudosa eficacia. Será más difícil doblegar a Suiza, y dudo de que los alemanes lo intenten.

Welles nos recibió en la embajada después del almuerzo. Hombre taciturno como es, dijo que no podía hacer ningún comentario. De lo poco que habló, deduje que estaba interesado en ver a Göring. ¿Será, en definitiva, porque piensa que Göring podría encabezar un gobierno conservador?

BERLÍN, *3 de marzo*

Welles se marchó anoche, con los labios sellados hasta el final. Pero los de la gente de la Wilhelmstrasse no lo estuvieron. Dieron a los corresponsales norteamericanos titulares para sus primeras planas. Nos dijeron que Hitler le había dejado muy claro a Welles:

1. Que no existe ninguna posibilidad de una negociación de paz inmediata. La guerra debe librarse hasta el final y Alemania confía en ganarla.
2. Que a Alemania se le deben dejar las manos libres en lo que considera su *Lebensraum* en Europa oriental. Jamás consentirá la restauración de Checoslovaquia, Polonia o Austria.
3. Que una condición para cualquier paz debe ser la finalización del control británico sobre los mares, incluidos no solo su desarme naval, sino también el abandono de sus grandes bases navales de Gibraltar, Malta y Singapur.

Dudo de que este tono altisonante impresionara a Welles, quien me sorprendió como una persona bastante cínica. En cualquier caso, los alemanes no le salieron, en contra de lo que esperaban algunos, con una oferta aparentemente sensata, sino con una propuesta de paz carente de sentido común. Mis informadores me dicen que Hitler está esperanzado estos días y que cree factible conseguir una victoria rápida y rotunda en esta guerra.

Resulta conmovedora la ingenua esperanza que tenía el pueblo alemán en que la visita de Welles pudiera allanar el camino para la paz. Varios alemanes me llamaron hoy para preguntarme «si Welles había tenido suerte».

BERLÍN, *4 de marzo*

Anoche emití, por encargo, una crónica acerca de la rutina práctica de estas emisiones desde aquí en tiempos de guerra. Nunca me había parado a pensarlo antes. Ahí van unos cuantos detalles de lo que dije: la emisión diaria a las seis y cuarenta y cinco de la tarde, hora de Nueva York, significa que hablamos desde aquí a la una menos cuarto de la mañana siguiente. Si he conseguido gasolina para mi coche, puedo ir en él al estudio en doce minutos. En realidad, tengo un paseo de diez minutos hasta el metro, por una Wilhelmstrasse completamente a oscuras. Rara es la noche en que no tropiezo con el poste de una farola, una boca de agua antiincendios o el saliente de una escalera, o bien caigo de bruces en un montón de nieve. Una vez a salvo en el metro, tengo un trayecto de media hora hasta la Casa de la Radio. Como la mitad del trayecto se realiza bajo tierra, el tren se sume en la oscuridad durante quince minutos. Llevo los bolsillos atestados de pases. Si no logro encontrar el correcto, debo esperar en el vestíbulo al llegar a la estación y rellenar un papel que me permita entrar. Una vez allí, voy a un despacho y escribo el guión. Dos despachos más allá puedo oír a lord Haw-Haw que teclea con entusiasmo o grita de vez en cuando con su voz nasal contra «el plutócrata ese de Chamberlain». Media hora antes de la emisión debo poner el guión en manos de los censores. Sigue una media hora de batalla con ellos. Si me dejan lo suficiente para que, a pesar de todo, valga la pena emitirlo, como suele pasar, entonces, para poder llegar al estudio y al micrófono, debo recorrer a toda velocidad los ventosos pasillos de la Casa de la Radio, bajar un montón de escaleras y salir a un espacio vacío y negro como la boca de un lobo en medio del cual hay escalones ocultos —

pues está aterrazado—, procurando no chocar contra alguna de las leñeras que acechan en el camino ni resbalar en un montón de nieve formado por la ventisca. En el curso de este recorrido, he de pasar por delante de, como mínimo, tres hombres de las SS con cascos de acero, a los que no puedo ver en la oscuridad pero que me consta que están armados con fusiles automáticos de cañón corto y tienen orden de disparar contra cualquiera que no acate sus órdenes. Tienen que ver mi pase. Lo busco con los dedos helados y, si tengo suerte y lo encuentro, llego al estudio a tiempo y sin haberme quedado sin respiración, aunque no siempre con el más apacible de los ánimos. Si los censores me entretienen o los guardias me demoran, llego tarde, sin aliento, dolido y malhumorado. Supongo que a mis oyentes les extrañará oírme jadear tan a menudo en nuestras charlas.

BERLÍN, *8 de marzo*

Los círculos diplomáticos son un hervidero de comentarios acerca de unas conversaciones de paz secretas en Estocolmo para acabar con la guerra ruso-finlandesa. Hoy se publica un decreto que ordena a todas las personas y empresas que posean metal viejo o chatarra de hierro entregarlo al Estado. La falta de hierro podría hacer que Alemania perdiera la guerra.

BERLÍN, *10 de marzo*

Hoy se celebra en Alemania el día de los Caídos, una festividad que recuerda a los difuntos que han muerto en todas las guerras. En años anteriores, los alemanes recordaban a los dos millones de hombres muertos

entre 1914 y 1918. Pero hoy los nazis piden al pueblo que no piense demasiado en los muertos de la guerra mundial, sino que concentre sus pensamientos en los que han dado la vida o morirán en esta contienda. ¡Qué perversos pueden llegar a ser los seres humanos! Un editorial en primera página del *Lokal Anzeiger* dice: «No es momento de ponerse sentimentales. Hay hombres muriendo por Alemania día y noche. La suerte personal de uno importa poco ahora. No es cuestión de preguntarse el porqué si uno cae o resulta herido».

Pero ahí está el problema. Si los alemanes preguntaran el motivo, la flor de su juventud no se vería siempre condenada a morir en el campo de batalla. El general Von Rundstedt, uno de los militares más destacados en la conquista de Polonia, escribe en el *Völkische Beobachter*: «Día de los Caídos, 1940. Ciertamente pensamos mucho en los difuntos, pero no los lloramos». Y este mismo periódico destaca en tinta roja, de lado a lado de su primera página: «¡ADELANTE POR ENCIMA DE LAS TUMBAS!».

Hitler pronunció hoy un discurso en un patio de la Zeughaus, el Museo de la Guerra. Allí, entre las piezas del museo —las armas y máquinas que los europeos han utilizado para matarse unos a otros en todas las guerras del pasado—, soltó su perorata. Su voz sonaba llena de un odio que cabía esperar que evitara en la conmemoración de los Caídos. ¿Será que no conoce ninguna otra emoción? Prometió a su pueblo que el final de esta guerra daría a Alemania el triunfo militar más glorioso de la historia. Solo piensa en armas. ¿Entiende acaso el papel que desempeña la economía en esta contienda?

Ribbentrop ha ido a Roma para asegurarse de lo que hará Mussolini cuando empiece la ofensiva alemana y también para ver al Papa. Se habla de un nuevo concordato. Monsignor Cesare Orsenigo, el nuncio pontificio, lleva semanas visitando en secreto la Wilhelmstrasse. Alemania no respetó

el anterior concordato y persiguió a la Iglesia cuando le pareció. Pero probablemente firmarán otro nuevo. Eso dará prestigio a Hitler aquí y en el extranjero.

Todos los alemanes con los que hablo temen que el infierno se desencadene este mismo mes.

BERLÍN, *11 de marzo*

He hablado hoy con el general Von Schell, un genio que es el responsable del petróleo y de los automóviles. Afirmó que habría petróleo suficiente para una guerra de diez años. Que sus fábricas producían ahora solo veinte tipos de vehículos, en comparación con los ciento veinte del año pasado.

A partir del 20 de abril, todos los jóvenes alemanes de edades comprendidas entre los diez y los dieciocho años estarán obligados a afiliarse a las Juventudes Hitlerianas. El reclutamiento de los jóvenes figuraba ya en una ley fechada en 1936, pero que solo ha cobrado vigencia ahora. Los muchachos de entre diecisiete y dieciocho años recibirán una instrucción militar preliminar.

BERLÍN, *13 de marzo*

Anoche, en Moscú, se firmó la paz entre Rusia y Finlandia. Es una paz muy dura para Finlandia, y hoy en Helsinki, según la BBC, las banderas ondean a media asta. Berlín, sin embargo, está encantado. Por dos razones: 1) libera a Rusia del esfuerzo de la guerra, por lo que ahora puede proporcionar al Reich unas materias primas que este necesita apremiantemente, y 2) elimina

el peligro de que Alemania tenga que librar una guerra en el largo frente septentrional, que habría tenido que abastecer por mar y que hubiera dispersado sus fuerzas militares, que ahora se están concentrando en el oeste para asestar un golpe decisivo susceptible de dar comienzo cualquier día ahora.

Creo que al final Noruega y Suecia pagarán su negativa a permitir que las tropas aliadas cruzaran su territorio para ayudar a Finlandia. A buen seguro no se hallaban en una situación propicia. El barón Von Stumm, de Asuntos Exteriores, me confirmó hoy que Hitler había informado a Oslo y a Estocolmo de que, si las tropas aliadas ponían pie en Escandinavia, Alemania hubiera invadido inmediatamente el norte para aislarlas. El problema con los escandinavos es que cien años de paz los han hecho blandos, amantes de la paz a cualquier precio. Y no han tenido el valor de mirar al futuro. Para cuando reflexionen y se decidan a tomar partido, será demasiado tarde, como lo fue para Polonia. Solo Sandler, el ministro sueco de Asuntos Exteriores, parece haber visto correctamente la situación, y lo han obligado a dimitir.

Finlandia está ahora a merced de Rusia. Con cualquier falso pretexto, los soviéticos pueden dominar en adelante el país, puesto que los finlandeses deben renunciar ahora a sus fortificaciones, al igual que tuvieron que hacer los checos después de Munich. (Checoslovaquia solo duró cinco meses y medio tras eso.) ¿Hemos llegado a un punto de la historia en el que ninguna nación pequeña está a salvo y todas tienen que vivir bajo la férula de los dictadores? Han pasado los gratos tiempos del siglo XIX, cuando un país podía permanecer neutral y en paz con solo decir que era eso lo que deseaba.

Con la paz en Finlandia, se vuelve a hablar una vez más de la ofensiva alemana. X, que es alemán, no para de decirme que será espantosa; gas

venenoso, bacterias, etcétera. Como todos los alemanes, aunque debería estar ya escarmentado, piensa que será tan terrible que procurará a Alemania una rápida victoria. Me da la impresión de que no se percata de que el enemigo cuenta también con gas venenoso y bacterias.

Un dato: una carta de Carl Brandt, echada al correo en Nueva York el 7 de octubre del año pasado, me llegó por fin anteayer, 11 de marzo. Había sido abierta por los censores británicos y alemanes.

BERLÍN, *14 de marzo*

La pasada noche, en Londres, un tal Mohamed Singh Azad disparó contra sir Michael O'Dwyer y lo mató. No solo Gandhi, sino también la mayoría de los líderes indios que conozco, verán en esto un castigo divino. O'Dwyer había sido en otros tiempos vicegobernador del Punjab, y tuvo parte de responsabilidad en la matanza de Amritsar en 1919, en la que el general Reginald Dyer mató a sangre fría a mil quinientos indios. Cuando yo estuve en Amritsar en 1930, once años después de aquello, la gente todavía mantenía vivo el amargo recuerdo del hecho. Goebbels está sacando todo el partido posible del asesinato. Este es el titular de hoy del *Nachtausgabe*: «ACCIÓN DE UN COMBATIENTE INDIO POR LA LIBERTAD. DISPARA CONTRA EL OPRESOR». ¡Y esto lo dicen los alemanes, que están cometiendo asesinatos en masa en Bohemia y Polonia!

Noticias

Otros dos alemanes han sido ejecutados hoy por «dañar los intereses del pueblo». Un tercero, condenado a muerte por el mismo cargo ... Los

alemanes se jactan de que aquí no han subido los precios. Hoy he pagado en el Adlon un dólar por un plato de zanahorias hervidas ... Göring decreta que el pueblo debe renunciar a sus objetos de cobre, bronce, latón, estaño, plomo y níquel. ¿Cómo puede Alemania mantener una guerra prolongada si carece de esos metales? En 1938, Alemania importó del extranjero casi un millón de toneladas de cobre, doscientas mil toneladas de plomo, dieciocho mil toneladas de estaño y cuatro mil toneladas de níquel.

BERLÍN, *15 de marzo*

Anoche se cumplió un año desde que Hitler hiciera venir a Hacha, entonces presidente de lo que quedó de Checoslovaquia tras las conversaciones de Munich y la «secesión» de Eslovaquia montada por los nazis, a la Cancillería y, tras amenazarlo hasta las cuatro de la madrugada con que destruiría Praga y a su millón de habitantes con la Luftwaffe, obligara al pobre hombre a «solicitar» la «protección» de Alemania. (Es extraño cuán pocos son los alemanes que saben lo que ocurrió esa noche.) Hoy Hitler obliga a Hacha a enviarle un telegrama de «felicitación», elogiándolo por haber destruido Checoslovaquia y deseándole la victoria en esta guerra. El cinismo de Hitler es extraordinario, pero millones de alemanes creen que el intercambio de telegramas de hoy es perfectamente sincero. Hitler responde que se siente «profundamente conmovido» por el telegrama de Hacha, y añade: «Alemania no tiene intención alguna de amenazar la existencia nacional de los checos». ¡Cuando la ha destruido ya! Neurath, un típico ejemplo de los aristócratas alemanes que sacrificaron sus almas a Hitler (no ya su inteligencia, pues no tenían), le envía un telegrama servil en el que le agradece su «histórica gesta» e invoca la «inquebrantable lealtad de

Bohemia y Moravia». En una entrevista con la prensa alemana, Neurath dice que los checos están contentos con su suerte, salvo «unos pocos intelectuales y aquellos elementos perturbadores que fueron reprimidos de una forma cuya dureza no ha sido entendida». Se refiere a los fusilamientos en masa de estudiantes checos el pasado otoño.

Mi buen amigo Z, un capitán de marina destinado al Alto Mando, no ha vestido de uniforme en toda la semana. Hoy me explicó el motivo: «No tengo camisas blancas. Durante ocho semanas no he podido encargar la colada. Y, como no tengo jabón para lavar mis camisas personalmente, estoy en la misma situación que la lavandería. Solo me quedan camisas de color. Así que me he vestido de paisano». Singular situación para estar en la marina...

BERLÍN, *17 de marzo*

Gran excitación este Domingo de Ramos en los centros oficiales por un comunicado de guerra en el que se afirma que la Luftwaffe atacó y dañó la pasada noche tres acorazados británicos en Scapa Flow. Lo más importante a mi juicio es que, por primera vez, los alemanes han admitido que durante el ataque sus aviones bombardearon también las bases aéreas británicas de Stromness y Kirkwall. En esta guerra a medio gas, es la primera vez que un bando ha arrojado bombas en el territorio del otro. Anuncia, supongo, el inicio en primavera de la guerra sin contemplaciones. El director Kircher del *Frankfurter Zeitung* intenta esta mañana responder a una pregunta que ha inquietado durante mucho tiempo a los espíritus militares neutrales: ¿por qué los alemanes no han empleado contra los aliados su reconocida superioridad aérea?; ¿por qué están esperando mientras los aliados, con la

ayuda norteamericana, se ponen a su altura? La respuesta de Kircher es que los aliados no están alcanzándolos, sino que, en los últimos siete meses, la relativa superioridad aérea de Alemania ha aumentado notablemente.

La primavera anuncia por fin su llegada. Millones de alemanes comienzan a descongelarse tras el peor invierno que pueden recordar. Por alguna razón que ignoro, hoy, aunque era domingo, no había agua caliente en la mayoría de los apartamentos. Varios amigos hicieron cola en mi habitación para bañarse.

BERLÍN, *18 de marzo*

Esta mañana, durante dos horas y media, mientras arreciaba una tormenta de nieve, Hitler y Mussolini se han entrevistado en el Brennero. Aquí opinamos que Hitler deseaba tener garantías del Duce antes de embarcarse en sus planes de la primavera, cualesquiera que sean estos. La explicación de la Wilhelmstrasse era que Hitler había imbuido en Musso la idea de unirse a un bloque tripartito con Alemania y la Rusia soviética, que buscaría establecer un nuevo orden en Europa. Tal vez sea así.

BERLÍN, *19 de marzo*

Vino a verme John Chapman, a quien no he visto desde nuestros tiempos del instituto en Cedar Rapids, Iowa. Ahora es director para el extranjero del *Business Week*, y acaba de llegar de los Balcanes e Italia. Tenía algunas informaciones valiosas. Duda mucho que Italia acceda a entrar en guerra. Yo también. Italia puede ser sometida a bloqueo. John dice que ha notado

cierta flojera en la acción del fascismo. La gente está más relajada. *Il Duce* da la impresión de no mostrar tanta dureza. Está envejeciendo, engordando, y pasa mucho tiempo con su joven y rubia amante, con la que, según le dijeron a John en Roma, acaba de tener un hijo. John me contó que vio a Pétain en Madrid. El viejo le dijo: «Espero que los alemanes traten de irrumpir a través de la Línea Maginot. Es posible romperla, pero con fuertes pérdidas. Dejemos que se infiltren por ella. Me gustaría estar al mando del ejército aliado entonces».

Esta tarde visité al comandante X, de la embajada de X. Piensa que a Alemania se le ofrecen ahora tres posibilidades:

1. Puede buscar la paz. Considera que Hitler necesita la paz. Y que podría ofrecer una paz que sonaría justa y sería aceptable para todos salvo para los ingleses, y que le ayudaría a consolidar más sus conquistas. Una paz así, afirmó, sería equivalente a una gran victoria alemana.
2. Alemania puede continuar como hasta ahora, manteniendo neutrales a Escandinavia e Italia y dispuestas a cooperar económicamente, y ocupándose en desarrollar el sudeste europeo y, en especial, Rusia. Esto requeriría tiempo, tres años como mínimo, pero, una vez logrado, haría relativamente ineficaz el bloqueo aliado. El comandante comentó que ninguna nación que hubiera perdido el control de los mares consiguió jamás en la historia vencer en una guerra importante. Pero cree que pudiera ser así en esta ocasión si Alemania mantiene abiertas sus puertas septentrional, meridional y sudoriental, y se preocupa de desarrollar suficientemente a Rusia. Para él, la alianza con los rusos fue una jugada maestra de Hitler, pero dice que se vio forzado a realizarla por el Estado Mayor alemán, que

le hizo ver que la guerra con Occidente era imposible si Rusia se unía a los aliados, e incluso si permanecía estrictamente neutral pero enemistada con Alemania.

3. Alemania puede intentar forzar la situación en el frente occidental. Él lo considera poco probable. Dice que el Estado Mayor alemán siente un gran respeto por la Línea Maginot y el ejército francés. Reconoce que la Línea Maginot puede ser perforada —con cuantiosas pérdidas —, pero eso no implicaría necesariamente la victoria en la guerra.

BERLÍN, *20 de marzo*

Anoche los británicos respondieron al bombardeo de Scapa Flow arrasando durante casi siete horas las bases de hidroaviones alemanas en la isla de Sylt. Como de costumbre, el Alto Mando dice que no se ha producido ningún daño. Pero, según la BBC, los británicos causaron muchos. Al mediodía, el gobierno ofreció llevarnos por aire hasta allí para que lo viéramos nosotros mismos, pero luego se echó atrás. Yo me había referido de buena fe a ese ofrecimiento en el guión que había preparado; pero, mientras realizaba la emisión, me enteré de la cancelación y así lo dije al final de la charla. Esta noche, mientras esperaba la hora de emitir, sintonicé la BBC. Para mi sorpresa (y mi apuro, porque tenía sentado a mi lado a un funcionario de la RRG), el locutor británico repitió íntegro el guión que yo había utilizado al mediodía. E imitó mi voz tan exactamente, en especial mi comentario final acerca de la cancelación del vuelo a Sylt, que solo podía haberlo sacado de la grabación que la BBC debía de haber tomado de mi emisión. Probablemente sabré más de esto.

Siguiendo órdenes de Goebbels, todos los periódicos de Berlín destacan

con grandes titulares el ataque a la base alemana de Sylt: «¡LOS BRITÁNICOS BOMBARDEAN DINAMARCA!». Parece ser que un par de bombas cayeron sobre territorio danés. Pero es una típica falsificación de la realidad.

El *12-Uhr Blatt* titula hoy así su información sobre el discurso de Chamberlain en los Comunes la pasada noche: «FESTIVAL DE MENTIRAS EN LA CÁMARA BAJA. ¡LOS PIRATAS CONFIESAN SU CRIMEN CONTRA LOS NEUTRALES!».

BERLÍN, *21 de marzo*

Hoy han llevado a los corresponsales norteamericanos a pasar todo el día en Sylt, pero a mí no me han invitado. Por la noche telefonearon a Berlín diciendo que no habían visto muchos daños en la principal base de hidroaviones de Hoernum, que es la única que les han mostrado; una circunstancia que yo destaqué en mi emisión nocturna. La prensa nazi ha recibido órdenes de montar mañana por la mañana un gran revuelo por los informes de estos corresponsales norteamericanos.

Hoy han sido condenados a muerte en Poznan tres polacos más por su supuesta responsabilidad en la muerte de un alemán durante la guerra. Oigo que en una cárcel de Berlín hay dieciséis mujeres polacas que aguardan la ejecución por haber sido condenadas a la pena de muerte.

BERLÍN, *22 de marzo*

Induje a Irwin, de la NBC, a subrayar también que a los corresponsales

norteamericanos no se les mostró toda Sylt. Esta tarde, en el Alto Mando estaban muy enfadados conmigo por haber mencionado tal cosa.

Hoy es Viernes Santo. Había un gran gentío en las calles. Pero en los rostros no se apreciaba ninguna alegría pascual especial. En los últimos días ha habido largas colas ante las tiendas de dulces. ¡Con qué paciencia aguardan los alemanes durante horas bajo la lluvia para conseguir una exigua ración de golosinas festivas! La semana pasada, la ración semanal de un huevo fue incrementada en otros dos; esta semana, en uno más.

Más tarde

Han llamado de la radio. Mañana nos llevarán a Irwin y a mí a Sylt para que inspeccionemos la parte septentrional de la isla.

BERLÍN, *23 de marzo*

Ayer a la medianoche, la RRG telefoneó para decir que, finalmente, nuestra excursión a Sylt no podría tener lugar. ¿Qué habrán hecho los británicos en el extremo norte de la isla que la Luftwaffe no quiere que Irwin y yo veamos?

Grandes tejemanejes este mediodía en la radio. Un oficial del Alto Mando nos acusó a Irwin y a mí de haber saboteado a nuestros colegas de la prensa escrita. Dijo que, tras lo que dijimos ayer, ningún periódico norteamericano estaría dispuesto a publicar las informaciones que las agencias les están sirviendo acerca de Sylt a través de sus corresponsales en Berlín. Sin embargo, los alemanes no dudan en publicar lo que escribieron los periodistas norteamericanos; les sirve como una maravillosa propaganda.

Hoy se ha anunciado que todas las campanas de bronce de las iglesias serán descolgadas y fundidas para hacer cañones con ellas. La semana que viene comienza una campaña de recogida casa por casa, a escala nacional, de todos los objetos aprovechables de estaño, níquel, cobre, bronce y otros metales similares, de los que los alemanes tienen tanta escasez. Hoy el ejército ha ordenado a todos los propietarios de coches cuyos automóviles están retirados de la circulación por la normativa para tiempos de guerra —lo que significa el 90 por ciento de ellos— que entreguen sus baterías.

Mañana es Pascua. El gobierno dice que las personas deben quedarse en casa y no intentar viajar como otros años, porque no habrá trenes adicionales. A los coches privados no les estará permitido circular mañana. Sería agradable pasar estas fechas en casa. El año pasado estuve también lejos de ella, atravesando esta ciudad en viaje de Varsovia a París y entre el nerviosismo europeo acerca de una invasión de Albania por Mussolini y los rumores de que Hitler entraría en Polonia. Hace una eternidad, se diría.

BERLÍN, *24 de marzo*

Domingo de Pascua gris y frío, pero ha escampado. Cancelé mis compromisos para almorzar y tomar el té con algunos amigos alemanes: hoy no podía encararme con un alemán, aunque no fueran simpatizantes de Hitler. Necesitaba estar solo. Me levanté hacia el mediodía y estuve escuchando una emisión desde Viena: la Filarmónica y alguna hermosa pieza de Haydn.

Por la tarde, un paseo. Unter den Linden estaba repleto de gente. Con toda seguridad, los alemanes deben de ser las personas más feas de Europa. No he visto ni una sola mujer bien parecida en todo el Linden. Bien es

cierto que sus horribles ropas probablemente contribuyen a causar esta mala impresión. Había pocos soldados en las calles en comparación con otros días. ¿Pocos permisos concedidos? ¿Tiene eso algún significado? ¿Tal vez una ofensiva inminente?

Me sorprendió advertir lo descuidado que está el palacio del káiser al final del Linden. El yeso se cae a pedazos en todo el edificio. Está muy abandonado. La balaustrada de piedra del balcón en el que Guillermo II hizo su famosa aparición en 1914 para anunciar a la multitud delirante que tenía a sus pies el estallido de la guerra, parecía caerse a pedazos. Ciertamente, no se dio el mismo delirio ante el balcón de Hitler cuando estalló esta guerra.

He intentado leer en los rostros de los miles de personas que he visto lo que pasaba por sus mentes este día de Pascua. Pero sus rostros eran inexpresivos. Obviamente, no les gusta la guerra, pero harán lo que se les ha dicho que hagan. Morir, por ejemplo.

BERLÍN, *25 de marzo*

La DNB dijo hoy: «En algunos lugares a lo largo del frente del Alto Rin, este Domingo de Pascua se han producido en el lado francés manifestaciones contra la guerra inglesa que muestran claramente la locura que es para las tropas francesas el que Alemania y Francia se hayan vuelto enemigas como resultado de las intrigas británicas».

BERLÍN, *28 de marzo*

Alemania no puede seguir en guerra a menos que continúe recibiendo hierro sueco, que en su mayor parte es embarcado desde el puerto noruego de Narvik en cargueros suecos que burlan el bloqueo siguiendo la costa de Noruega y manteniéndose dentro del límite de tres millas que los pone a salvo de la armada británica. Algunos de nosotros nos hemos preguntado por qué Churchill no ha hecho nada al respecto. Ahora empieza a parecer que sí estaría en condiciones de hacerlo. En la Wilhelmstrasse dicen que lo vigilarán. Para los alemanes es cuestión de vida o muerte. X me asegura que, si los destructores británicos entran en aguas territoriales noruegas, Alemania actuará de inmediato. Pero no se ve cómo. La marina alemana no es rival para la británica.

Espero no estar buscándome problemas, pero, por lo que he oído esta semana, anoche escribí para mi emisión: «Algunas personas piensan aquí que la guerra puede aún extenderse a Escandinavia. En Berlín se ha informado hoy de que la pasada semana una escuadrilla de al menos nueve destructores británicos se concentró frente a la costa noruega y que, en varios casos, cargueros alemanes que transportaban mineral de hierro recibieron disparos de advertencia ... Desde aquí parece que los neutrales pudieran ser arrastrados, después de todo, a este conflicto».

A menudo escribo un párrafo así para ver cómo reacciona el censor militar. No me puso ninguna objeción, lo cual me parece interesante.

BERLÍN, *30 de marzo*

Los nazis lanzaron la pasada noche lo que pensaron que iba a ser un bombazo en Estados Unidos. Hoy parece más bien un bumerán. Y un buen ejemplo de la tosca torpeza diplomática alemana.

El Ministerio de Asuntos Exteriores publicó un nuevo Libro Blanco integrado por dieciséis documentos presuntamente descubiertos por los alemanes en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Varsovia. Ribbentrop dice que son informes secretos de varios enviados polacos. Los más importantes son de los embajadores polacos en Londres, París y Washington. «Comprometen» a los embajadores Kennedy, Bullitt y Biddle, y lo esencial de ellos es que estos diplomáticos, respaldados por Roosevelt, ¡estaban dirigiendo conspiraciones para forzar esta guerra contra Alemania!

Aunque parece increíble que incluso los alemanes puedan ser tan estúpidos, mis amigos en el Ministerio de Asuntos Exteriores me dicen que Ribbentrop pensaba realmente que estas «revelaciones» harían tan insostenible la posición de Roosevelt que su derrota en las próximas elecciones —o la derrota de su candidato si él no se presenta— estaría asegurada. Como le habían llegado rumores del fuerte sentimiento existente en Estados Unidos a favor de permanecer al margen de la guerra, Ribbentrop pensaba que esos «documentos» reforzarían notablemente la causa de los aislacionistas norteamericanos, convenciendo al pueblo de que Roosevelt y los embajadores nombrados personalmente por él no solo habían tenido parte en el inicio de la guerra, sino que harían cualquier cosa para meternos a nosotros en ella. Felizmente, las primeras noticias que me llegan de Estados Unidos son buenas, y la prensa de Nueva York está sugiriendo que los documentos son falsificaciones. Puede que no sean falsos, pero es probable que hayan sido amañados.

Más tarde

Una de las falsificaciones nazis más divertidas que he visto en mucho tiempo aparece en la prensa de esta tarde. Se comunica al pueblo alemán

que la publicación de los «documentos» polacos ha caído como una bomba en Estados Unidos. Se aduce a este propósito que Roosevelt ha sufrido una terrible sorpresa. El secretario Hull hizo público un desmentido oficial de las alegaciones de los «documentos». La DNB ha dado la vuelta a la cosa y titula: «¡HULL DESAUTORIZA A LOS EMBAJADORES NORTEAMERICANOS!». ¡Una burda maniobra de falsificación!

El único problema es que los hombres como Ham Fish y el senador Rush Holt pueden aprovechar cosas así de la propaganda nazi para intentar imponerse a Roosevelt. La DNB cablegrafía lisa y llanamente que el senador Holt «está de acuerdo con el Libro Blanco alemán».

BERLÍN, *2 de abril*

Esta noche emito: «Alemania está esperando ahora a ver qué pretenden hacer los aliados para detener los embarques de mineral de hierro sueco para llegar al Reich siguiendo la costa noruega. Se da por sentado aquí que los británicos entrarán en aguas territoriales escandinavas para interrumpir este tráfico. Y se da también por seguro que los alemanes reaccionarán ... Alemania importa al año diez millones de toneladas de hierro sueco, y no puede permitir que estos envíos de hierro se interrumpan sin luchar para impedirlo».

Pero ¿cómo? S. me susurra que en los puertos bálticos se están concentrando tropas nazis. Aunque, ¿qué puede hacer Alemania contra la armada británica?

BERLÍN, *7 de abril*

En el *V.B.* de hoy: «Alemania está lista. Ochenta millones de pares de ojos se vuelven hacia el Führer...».

BERLÍN, *8 de abril*

Los británicos anuncian que han minado las aguas territoriales noruegas a fin de detener los navíos alemanes cargados de hierro que salen de Narvik. La Wilhelmstrasse afirma: «Alemania sabrá reaccionar». Pero ¿cómo? Esta noche circulan dos rumores, pero no podemos confirmar nada. El primero, que la flota alemana se ha adentrado en el Kattegat, al norte de Dinamarca, al oeste de Suecia y al sur de Noruega, y que se dirige hacia el Skagerrak. El segundo, que en los puertos del Báltico se está formando una fuerza expedicionaria alemana y que docenas de buques de pasajeros han sido reunidos apresuradamente para transportar las tropas a Escandinavia.

BERLÍN, *9 de abril*

En este día de la primavera, Hitler ha ocupado un par de países más. Al amanecer, fuerzas nazis invadieron los estados neutrales de Dinamarca y Noruega con el propósito, según afirma piadosamente una declaración oficial, de «proteger su libertad y su independencia». Tras doce rápidas horas, todo parece haber concluido. Dinamarca, con la que Hitler firmó hace solo un año un pacto de no agresión para un decenio, ha sido derrotada por completo, y todos los puntos de interés militar en Noruega, incluida su capital, están ahora en manos de los nazis. La noticia es asombrosa.

Copenhague fue ocupada esta mañana, Oslo poco después del mediodía y Kristiansand, esta tarde. Todos los grandes puertos noruegos —Narvik, Trondheim, Bergen, Stavanger— han sido tomados. Cómo han podido llegar hasta allí los nazis, en las mismísimas barbas de la armada británica, es un completo misterio. Obviamente, la acción se concibió hace mucho, se preparó durante largo tiempo y se inició antes de que los británicos minaran anteayer las aguas territoriales noruegas. Llegar a Narvik desde las bases alemanas les hubiera llevado tres días como mínimo.

A las diez y veinte de esta mañana fuimos convocados de urgencia a una rueda de prensa especial en el Ministerio de Asuntos Exteriores, que iba a empezar a las diez y media. Aguardamos como una media hora. A las once se presentó Ribbentrop pavoneándose, vistiendo su ostentoso uniforme gris oscuro del Ministerio de Exteriores y con el aire de considerarse el dueño del mundo. Schmidt, su jefe de prensa, anunció la noticia y leyó el texto del memorando dirigido a primeras horas de la madrugada a Noruega y Dinamarca que las instaba a aceptar ser «protegidas» y las prevenía de que «cualquier resistencia sería doblegada por las fuerzas armadas alemanas con todos los medios a su disposición, lo que, en consecuencia, conduciría a un inútil derramamiento de sangre.

»El gobierno del Reich —siguió diciendo Schmidt, un joven obeso y granujiento— confía, por tanto, en que el gobierno y el pueblo noruegos hayan entendido la actitud de Alemania y no se resistan a ella ... De acuerdo con el espíritu de buenas relaciones germano-noruegas que ha existido durante tanto tiempo, el gobierno del Reich manifiesta al gobierno real noruego que Alemania no tiene ninguna intención, ni ahora ni en el futuro, de atentar contra la integridad territorial y la independencia política del reino de Noruega».

Ribbentrop saltó entonces como una serpiente y dijo: «Caballeros, la

invasión aliada ayer de las aguas territoriales noruegas representa la violación más flagrante de los derechos de un país neutral. Es comparable con el bombardeo británico de Copenhague en 1807. Sin embargo —comentó mostrando los dientes con una sonrisa petulante— no ha pillado por sorpresa a Alemania ... La intención de los británicos era crear una base en Escandinavia desde la que atacar el flanco alemán. Tenemos una prueba irrebatible de ello, caballeros. Su plan incluía la ocupación de toda Escandinavia, de Dinamarca, Noruega y Suecia. El gobierno alemán tiene pruebas de que oficiales de Estado Mayor franceses y británicos se hallaban ya en suelo escandinavo, preparando el camino para un desembarco aliado.

»El mundo entero puede ver ahora —prosiguió, recordando de alguna manera la imagen de un gusano— el cinismo y la brutalidad con que los aliados han intentado crear un nuevo escenario bélico. Acaba de ser proclamada una nueva ley internacional que da a un beligerante el derecho de emprender una acción ilegítima en respuesta a la acción ilegítima del otro beligerante. Alemania ha hecho uso de ese derecho. El Führer ha dado su respuesta ... Alemania ha ocupado el territorio danés y noruego para proteger a esos países de los aliados, y defenderá su auténtica neutralidad hasta el final de la guerra. Así ha salvado de un desastre seguro a una parte respetada de Europa».

El hombrecillo que antaño no era más que un afortunado vendedor de champán que consiguió casarse con la hija de su jefe, que ha cultivado el favor de Hitler de la manera más abyecta y que se ha apropiado de un castillo próximo a Salzburgo enviando a su legítimo propietario a un campo de concentración, puso fin aquí a su discurso. Paseó la vista por la sala y ensayó otra sonrisa, vacua, inane.

«¡Caballeros! —gritó— Les agradezco de nuevo su presencia y les deseo

que tengan un buen día.» Después, seguido por sus uniformados lacayos, salió de la estancia.

Yo estaba atónito. No hubiera debido estarlo después de tantos años en Hitlerlandia, pero lo estaba. Caminé hasta la Wilhelmstrasse y después crucé el Jardín Zoológico para reflexionar. Al mediodía me encaminé a la *Rundfunk* para mi emisión regular. Noté que la gente que había en las calles se tomaba las noticias con calma. Eran pocos, incluso, los que compraban las ediciones extraordinarias que los chiquillos comenzaban a pregonar. Desde una veintena de estudios en la RRG, la voz desagradable de Goebbels salía por los altavoces. Estaba leyendo los diversos memorandos, proclamas y boletines de noticias —todos ellos trufados de mentiras— con su habitual vehemencia. Vi por primera vez un hervidero de censores; todos me previnieron de que «fuera prudente». Eché un vistazo a los últimos despachos alemanes. Un comunicado especial del Alto Mando decía que Copenhague había sido ocupada por completo a las ocho de la mañana. Las fuerzas alemanas, según él, habían sido transportadas en barco durante la noche desde puertos del Báltico, desembarcado en Copenhague al amanecer y ocupado primero la ciudadela y la emisora de radio.[24] Lo que sí estaba claro era que los daneses no habían ofrecido ninguna resistencia. Los noruegos, en cambio, por lo visto sí lo habían hecho, aunque los alemanes confiaban en que cesara al caer la noche. Telefoneé a un par de amigos. El representante danés aquí había presentado una protesta en la Wilhelmstrasse a primera hora de la mañana, pero se había apresurado a añadir que Dinamarca no estaba en condiciones de enfrentarse a Alemania. Recordé asimismo que el noruego, un hombre conocido en Berlín por sus simpatías pronazis, había protestado también, pero había añadido que Noruega lucharía. Escribí mi triste comentario y lo emití.

Más tarde

Por lo visto, algo ha ido mal con la parte correspondiente a Noruega en este asunto. Se suponía que los noruegos no lucharían, pero, por lo visto, lo han hecho, como mínimo en un par de lugares. Hay informes que hablan de pérdidas en las fuerzas navales alemanas, pero el Almirantazgo no dice ni pío al respecto. Todos los corresponsales daneses y noruegos fueron sacados de sus camas esta mañana al amanecer y encerrados en el Kaiserhof. Fue la primera noticia que tuvieron de que sus países habían sido protegidos.

La prensa nazi publica algunas cosas curiosas esta noche. El *Angriff*, por ejemplo: «El joven ejército alemán ha sumado nueva gloria a sus banderas ... Es una de las más brillantes gestas de todos los tiempos». Una gesta, en efecto. El *Börsen Zeitung* afirma: «Inglaterra pasa despiadadamente sobre los cadáveres de los pueblos pequeños. Alemania protege a los estados débiles de los salteadores de caminos ingleses ... Noruega debería entender la justicia de la acción de Alemania, adoptada para garantizar la libertad del pueblo noruego».

Mañana el *Völkische Beobachter*, el orgullo de Hitler (y su fuente de ingresos), saldrá con este titular en banderola, impreso en tinta roja: «¡ALEMANIA SALVA A ESCANDINAVIA!». Los signos de admiración no son míos.

Emito por tercera vez a las dos de la madrugada y, con una sensación de vacío en el estómago por no haber comido nada, me voy a la cama.

BERLÍN, *10 de abril*

Está claro, por lo que he podido oír hoy, que Hitler y el Alto Mando esperaban que Noruega se rendiría sin lucha. Ahora que no ha sido así, la completa confianza de ayer se está evaporando. Una declaración dada a conocer hoy prevenía a la población de que «ayer fue solo el comienzo de una empresa atrevida. Aún se debe contar con el contraataque de los aliados». De hecho, lo que he podido percibir en los círculos de la marina y del ejército me lleva a pensar que, si los británicos se presentan con su armada y la refuerzan con importantes efectivos de desembarco, Alemania se encontrará con una lucha mucho más seria que la ganancia que ha podido sacar. El punto débil alemán es que carece de una flota poderosa. Las guarniciones situadas en los puertos occidentales noruegos solo pueden ser abastecidas por mar. Además, no existen aeródromos adecuados al norte de Stavanger.

Siguiendo un breve relato de la batalla naval librada hoy en Narvik entre destructores alemanes y británicos, el Alto Mando menciona algo que nos ha desconcertado un poco. Dice que el 8 de abril —es decir, el día anterior a que los alemanes se apoderaran de los puertos noruegos— «un destructor británico resultó hundido en otra acción». Algunos de nosotros tenemos el presentimiento de que, si conseguimos averiguar de qué «otra acción» se trata, podríamos penetrar en el misterio de cómo se las arregló la marina alemana para introducir tan rápidamente buques de guerra y fuerzas de desembarco en tantos puertos noruegos, sin que la armada británica hiciera nada para evitarlo.[25] Tal como nos lo cuentan es incomprensible.

BERLÍN, *11 de abril*

Londres informa de que Bergen y Trondheim han sido reconquistadas por

los aliados. El Alto Mando alemán lo desmiente de plano. También desmiente categóricamente los informes provenientes de Londres de que se ha librado una gran batalla naval en el Skagerrak, que, dicho sea de paso, fue escenario de la batalla de Jutlandia en la pasada guerra mundial. Solo admite como pérdidas navales hasta la fecha la del crucero de diez mil toneladas *Blücher* en el fiordo de Oslo, y la del crucero de seis mil toneladas *Karlsruhe* frente a Kristiansand, hundidos ambos por las baterías costeras noruegas la mañana del día 9.

Me entero de que Hitler ha advertido a Suecia de las terribles consecuencias de abandonar la neutralidad en las presentes circunstancias. Hasta donde he podido saber, los suecos están muy espantados, no acudirán en ayuda de sus hermanos noruegos y tomarán su medicina después. Es extraño cómo estas pequeñas naciones prefieren ser tragadas por Hitler de una en una.

Un portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores nos dijo hoy que el señor Hambro, presidente del Parlamento noruego, era «un hombre sucio y judío». El hombre que los nazis tienen en Noruega ha resultado ser un antiguo ministro de la Guerra, un tal Vidkun Quisling, quien por lo visto tenía organizada una potente quinta columna. Alguien de la Wilhelmstrasse me dijo que sería el futuro primer ministro noruego. El *Börsen Zeitung* se queja de la «incomprensible actitud del rey Haakon ... Con su postura inflexible ha demostrado estar mal aconsejado y no ser el auténtico protector de los intereses de su pueblo».

Esta noche la BBC cita unas palabras dichas hoy por Churchill en la Cámara de los Comunes, en el sentido de que «Hitler ha cometido un grave error estratégico» y que la armada británica tomará ahora la costa de Noruega y hundirá a todos los barcos que encuentre en el Skagerrak y el Kattegat. ¡Dios quiera que tenga razón!

BERLÍN, *14 de abril*

Por fin he averiguado cómo los alemanes, sin una flota adecuada, ocuparon los principales puertos de Noruega a lo largo de una línea costera de mil quinientos kilómetros y ante las narices de la armada británica. Tropas alemanas con cañones y suministros fueron transportadas a sus destinos en buques de carga que, supuestamente, iban camino de Narvik para recoger mineral de hierro sueco. Estos cargueros, como han estado haciendo desde el inicio de la guerra, navegaban dentro del límite de tres millas de aguas noruegas, y así evitaron ser descubiertos por la armada británica. Para colmo de la ironía, ¡fueron escoltados incluso hasta sus objetivos por buques de guerra noruegos, que tenían órdenes de protegerlos de los británicos!

Pero eso no explica que los británicos hayan dejado pasar sin detectarla a la mitad de la fuerza de choque de la armada alemana (siete destructores, un crucero pesado y un acorazado, que remontaron toda la costa noruega).

Círculos navales alemanes admiten que sus siete destructores fueron hundidos ayer en Narvik por una fuerza británica atacante muy superior, pero dicen que controlan aún la ciudad. Los periódicos alemanes, sin embargo, titularán mañana: «¡RECHAZADO GRAN ATAQUE BRITÁNICO CONTRA NARVIK!». Cuando esta noche le mostré a un capitán de la marina la edición de madrugada de uno de esos periódicos, el hombre se sonrojó y maldijo a Goebbels.

Me entero de que el general Von Falkenhorst ha lanzado en Oslo la siguiente proclama: «El gobierno noruego ha rechazado varias ofertas de cooperación. El pueblo noruego debe decidir ahora el futuro de su Madre

Patria. Si la proclama es obedecida, como ha ocurrido con gran comprensión en Dinamarca, a Noruega se le ahorrarán los horrores de la guerra. Sin embargo, si se ofrece más resistencia y la mano tendida con intenciones amistosas es rechazada, el Alto Mando alemán se verá forzado a actuar con los medios más firmes para quebrantar la resistencia».

Hitler está sembrando en Europa algo que un día lo destruirá no solo a él, sino también a su nación.

BERLÍN, *17 de abril*

Hitler ha enviado hoy una felicitación a la familia real danesa con ocasión del nacimiento de una hija de la heredera del trono.

La prensa y la radio alemanas dirigieron hoy su atención hacia Holanda. En una declaración inspirada por el Ministerio de Asuntos Exteriores, dijeron: «¡A diferencia de Alemania, los aliados no quieren impedir que los pequeños estados se vean arrastrados a la guerra!».

BERLÍN, *18 de abril*

Joe [Harsh] ha regresado de Copenhague con un bonito cuento. Dice que la noche del 8 de abril el rey danés, algo turbado por las informaciones de aquel día, convocó al embajador alemán y le pidió garantías. El embajador juró a Su Majestad que Hitler no tenía ninguna intención de entrar en Dinamarca y que todos los burdos rumores que habían circulado durante el día eran meras «mentiras de los aliados». De hecho, en aquel momento, como sabía perfectamente el embajador alemán, varios cargueros de carbón

alemanes estaban amarrados en el puerto de Copenhague, al que habían llegado dos días antes. Y sabía asimismo que bajo sus escotillas había tropas alemanas.

Cuando amaneció, los soldados alemanes abandonaron su escondite. El Palacio Real se encuentra a escasa distancia de los muelles, y las tropas nazis desfilaron por las calles hacia el palacio. Los asombrados daneses que iban al trabajo en sus bicicletas no podían dar crédito a sus ojos. Muchos dijeron después que pensaron que se estaba rodando una película. Mientras los alemanes se aproximaban al palacio, la guardia real abrió fuego. Los alemanes replicaron a su vez a los disparos. Según Joe, al oír el rey el tiroteo envió a su ayudante para decirles a sus guardias que, por lo más sagrado, dejaran de disparar. El ayudante se apresuró a salir agitando en la mano un pañuelo blanco y transmitió la orden de alto el fuego. Agradecidos por aquella cooperación, los alemanes rodearon el palacio. Entretanto, a los trabajadores daneses que iban al trabajo en sus bicicletas, los alemanes les ordenaron desviarse por una calle lateral para evitar pasar junto al palacio. Algunos de ellos no entendieron al punto las órdenes que les daban en alemán, y los soldados alemanes dispararon sobre ellos y causaron una docena de víctimas mortales. X, un hombre de negocios yanqui que casualmente se hallaba en Copenhague, cree que los alemanes están minimizando sus pérdidas navales. Se basa, para afirmarlo, en que él vio personalmente los mástiles de un acorazado de bolsillo hundido a apenas sesenta millas de Copenhague.

Es verdad que hoy el Almirantazgo alemán ha pedido a la población que se muestre más paciente y disciplinada y que deje de ir a sus oficinas pidiendo noticias de sus familiares. Prometió que los familiares de los fallecidos recibirán la debida notificación. Entretanto he sabido que la Gestapo ha prohibido que las familias que se enteren de la muerte de uno de

los suyos publiquen esquelas en los periódicos. Solo a dos o tres familias de marinos de alto rango muertos se les ha permitido publicar la noticia de su fallecimiento.

Los marineros y soldados que lograron escapar con vida del *Blücher* están llegando ahora con quemaduras horribles en el rostro y el cuello. Muchos hombres que escaparon a nado sufrieron quemaduras que les causaron la muerte. Supongo que algunos de ellos murieron mitad ahogados, mitad abrasados; una combinación atroz.

La prensa no dice ni una palabra de estas cosas. Al pueblo alemán solo le cuentan, a cucharaditas, los aspectos más agradables y victoriosos de la guerra. Dudo mucho de que, en su presente situación, pudieran tolerar las malas noticias.

Obsérvese que los daneses han quedado arruinados por la ocupación alemana. Los tres millones de vacas de la cabaña danesa, sus tres millones de cerdos y los veinticinco millones de gallinas ponedoras viven gracias al pienso importado sobre todo de Estados Unidos, Sudamérica y Manchuria. Esos suministros han sido cortados. Dinamarca va a tener que sacrificar la mayor parte de sus animales de granja, una de sus principales fuentes de subsistencia.

BERLÍN, *19 de abril*

Hoy se ha emitido un comunicado oficial: «A la vista de la actitud hostil del rey de Noruega y del anterior gobierno noruego, al embajador de Noruega y al personal de la embajada de Noruega se les ha pedido que abandonen hoy el territorio alemán». Así lo han hecho.

Mañana es el quincuagésimo primer cumpleaños de Hitler, y se ha pedido

a la población que haga ondear sus banderas. Así lo ha dicho hoy el doctor Goebbels en una emisión nocturna: «El pueblo alemán ha encontrado en el Führer la encarnación de su fuerza y el exponente más brillante de sus metas nacionales». Cuando pasé esta noche por delante de la Cancillería, vi que había unas setenta y cinco personas que aguardaban fuera, con la esperanza de ver al líder aunque fuera por un instante. En años anteriores, en la víspera de su cumpleaños, el número de los que esperaban había llegado a diez mil.

BERLÍN, *21 de abril*

El secreto de los aliados acerca de en qué parte de Noruega habían desembarcado sus tropas fue levantado hoy por el Alto Mando: lo han hecho en Namsos y Aandalsnes, las dos cabezas de línea ferroviarias situadas, respectivamente, al norte y al sur de Trondheim, el puerto clave en mitad de la costa noruega ocupado por los alemanes. Un amigo mío que está en el Alto Mando me dice que todo el problema noruego depende ahora del resultado de la batalla por Trondheim. Si los aliados la ocupan, habrán salvado a Noruega o, como mínimo, su mitad septentrional. Si los alemanes, avanzando hacia el norte por las dos líneas de ferrocarril que arrancan de Oslo, son los primeros en llegar allí, los aliados deberán evacuar el país. Los alemanes ocuparon hoy Lillehammer, a unos ciento treinta kilómetros al norte de Oslo, pero tienen que recorrer aún otros doscientos cuarenta más. Lo que más temen los alemanes, según deduzco, es que la armada británica entre en el fiordo de Trondheim y barra de la ciudad a la guarnición alemana antes de que hayan podido llegar allí las

fuerzas nazis provenientes de Oslo. Si eso ocurre, los alemanes habrán perdido la partida.

Después de llegar a esta conclusión, me siento mejor esta noche que en cualquier otro momento desde que comenzó la guerra.

BERLÍN, *22 de abril*

La oposición que están encontrando las fuerzas alemanas que se dirigen hacia el norte para alcanzar Trondheim se está endureciendo. Esta noche, por primera vez, el Alto Mando alemán habla de una resistencia obstinada en ese sector. Pero la Luftwaffe está machacando terriblemente las bases británicas en Namsos, Aandalsnes y Dombas. El general Milch, la mano derecha de Göring, ha sido enviado a Noruega para dirigir las fuerzas aéreas. Constituyen ahora la mayor esperanza de Alemania.

BERLÍN, *23 de abril*

Joseph Terboven, el joven matón nazi *Gauleiter* de Colonia, que ha sido allí la pesadilla de Fritz Thyssen, ha sido nombrado comisario del Reich para Noruega. En otras palabras: si Hitler vence, Noruega no será más que otra provincia nazi.

Viajo a Lausana para una reunión de la International Broadcasting Union. La primavera junto al lago y a la sombra de los Alpes me irá muy bien.

BERLÍN, *29 de abril*

He regresado de Suiza esta mañana. La crucial batalla por Trondheim se librará probablemente esta semana. Veo que los alemanes están mucho más confiados que hace una semana, cuando me marché. Aparentemente, la fuerza expedicionaria británica no es tan poderosa como temían. Por lo que he oído en Suiza y hoy aquí, parece evidente que las primeras tropas británicas que entraron en combate hace una semana en los alrededores de Lillehammer eran escasas en número y estaban miserablemente equipadas: sin tanques, sin artillería y con muy pocas armas antitanque.

Fred N., el hombre mejor informado sobre esta campaña que tenemos en la embajada, me sorprendió el otro día al decir que aún duda de si los británicos se están tomando realmente en serio la campaña noruega. Para animarme a mí mismo, le recordé que en la pasada guerra a los británicos les costó dos años tener a tiro Bagdad y que, entonces, su principal ejército y su comandante en jefe fueron capturados por los turcos. Un año o dos después, sin embargo, los británicos tomaron Bagdad y echaron de Mesopotamia a los turcos y a los alemanes. Lo que el ejército y la armada británicos necesitan es un par de reveses. Solo entonces tal vez se tomarán la cosa en serio.

Acabo de oír hace unos instantes que las fuerzas desembarcadas inicialmente por los británicos en la Noruega central han sido diezmadas.

BERLÍN, *1 de mayo*

Hace dos días, por cuarta o quinta vez desde que comenzó la guerra, viajé Rin abajo desde Basilea hasta Frankfurt. Durante los primeros treinta kilómetros más o menos tras salir de Basilea, vas bordeando el Rin donde

hace de divisoria entre Alemania y Francia. En realidad, pasas por una especie de tierra de nadie, pues las principales líneas alemanas se hallan tras las vías del ferrocarril en las colinas que forman el terreno elevado de la Selva Negra. Dos grandes ejércitos están apostados allí, separados por el río. Aun así, reinaba la tranquilidad. En el campo de juego de una aldea —era domingo— niños alemanes jugaban a la vista de unos soldados franceses que holgazaneaban en la orilla opuesta del río. En un prado abierto a menos de doscientos metros del Rin y a la vista de un blocao francés, varios soldados alemanes se divertían dando patadas a un viejo balón de fútbol. Pasaban trenes por ambos lados del Rin, algunos cargados con los mismos materiales que están causando tan mortal devastación en Noruega; resoplaban y proseguían su camino sin que nadie los detuviera. No se disparó ni un solo tiro. No se veía en el cielo ni un solo aeroplano.

Anoche estallé en mi emisión. ¿Qué clase de guerra, qué clase de juego es este? ¿Por qué los aviones bombardean las comunicaciones tras las líneas del frente en Noruega, como hicieron en Polonia, como lo hicieron en todas partes en la guerra mundial y, sin embargo, aquí, en el frente occidental, donde están frente a frente los dos mayores ejércitos del mundo, se abstienen por completo de matar?

¿Hay escasez de gasolina? En Berlín han parado hoy trescientos de sus mil seiscientos taxis, y como a un 25 por ciento de los automóviles y camiones privados que todavía tenían permiso para circular se les ha ordenado de pronto que dejaran de hacerlo.

Está claro que los alemanes, con todas sus bases aéreas en el norte, gozan de una completa superioridad en los cielos de Noruega. ¿Bastará eso para permitirles avanzar victoriosamente hacia Trondheim? Me temo que sí. Es esta amenaza de la Luftwaffe la que está conteniendo a la armada británica. ¿Cómo explicar, si no, que los británicos no atacaran Trondheim desde el

mar al igual que hicieron con Narvik, que está fuera del alcance de la mayoría de los aviones alemanes? Pero a menos que los británicos lleguen por el mar, probablemente no lo conseguirán nunca. Es una carrera, y los alemanes se mueven muy deprisa.

Más tarde

Hoy, que es el día del Trabajo en Alemania y festivo para todos los trabajadores salvo para los que se ocupan de la fabricación de municiones, Hitler ha hecho público un grandilocuente parte militar para las tropas combatientes en Noruega. Anoche el Alto Mando anunció que tropas alemanas que habían marchado hacia el norte desde Oslo y un destacamento alemán que se dirigía hacia el sur desde Trondheim habían establecido contacto al sur de esta última ciudad. La batalla por Trondheim, pues, ha sido ganada por Hitler. No queda claro dónde se encuentran los aliados ni qué están haciendo. Pero eso importa poco. Tenían una oportunidad maravillosa para detener a Hitler y la han desperdiciado. Parecen confirmarse las peores sospechas que albergábamos; concretamente, que los británicos nunca combatieron en serio por Trondheim (léase Noruega).

«El propósito de los aliados —exclama triunfalmente Hitler— de obligarnos a caer de rodillas mediante una tardía ocupación de Noruega ha fracasado.» Hitler dirige su parte a los «Soldados del Teatro Noruego de la Guerra». Tres semanas antes, Ribbentrop nos dijo que el Führer había evitado que Noruega se convirtiera en un «teatro de la guerra».

Así que este primer día de mayo ha sido de victoria para los alemanes. Por primera vez desde su llegada al poder, Hitler no ha hablado ni se ha dejado ver en público. Su segundo, Rudolf Hess, lo hizo en su lugar, desde

las fábricas de municiones Krupp de Essen. No dejó de aludir al señor Hambro como «el judío ese, el señor Hamburger».

A juzgar por las caras de los buenos burgueses que abarrotaban hoy el Jardín Zoológico, el único deseo que albergaban sus corazones era la paz y que se fueran al infierno las victorias. Aun así, supongo que este triunfo en Noruega levantará los ánimos después de un invierno tan horrible. S., un veterano corresponsal, piensa que todo hombre, mujer y niño de este país es un asesino nato. Tal vez sea cierto. Pero hoy he notado en el zoológico que muchos de ellos alimentan a ardillas y patos... con su pan racionado.

BERLÍN, *2 de mayo*

Un día melancólico para los aliados. En la habitación de Joe escuchamos a las seis de la tarde la emisión de la BBC para conocer las malas noticias. Chamberlain acababa de anunciar en los Comunes el tremendo revés. Las fuerzas británicas que habían sido desembarcadas al sur de Trondheim, y que durante los últimos diez días habían estado resistiendo el avance de los alemanes que se dirigían a Trondheim desde Oslo, han sido evacuadas desde Aandalsnes, su base en la costa. Con esto los británicos abandonan la Noruega meridional y central, sus zonas más importantes. Los noruegos, que han estado librando una lucha épica en un territorio tan extenso, quedan abandonados a su suerte. Chamberlain reconoció que fue la fuerza aérea alemana la que impidió que los británicos desembarcaran tanques y artillería en Aandalsnes. Pero ¿dónde queda la jactancia de Churchill el 11 de abril? ¿Qué hay de la armada británica?

La hazaña del ejército alemán al avanzar con una pequeña fuerza más de trescientos kilómetros hacia el norte por los valles de Osterdal y

Gudbrandsdal desde Oslo hacia Trondheim, resistiendo los ataques aliados desde el norte y el sur, es, ciertamente, formidable. Toda la ocupación de Noruega, aunque facilitada por traiciones abyectas, ha sido sin lugar a dudas una operación militar brillante. Tras tres semanas de intentarlo, los británicos, con todo su poderío naval, ni siquiera han sido capaces de tomar Narvik.

Chamberlain presumió de que, como resultado de la destrucción parcial de la flota alemana, los aliados habían podido reforzar sus efectivos navales en el Mediterráneo. El «farol» de Mussolini al decir que podría entrar en la guerra detrás de Hitler fue tomado en serio por el viejo político. Ciertamente no ha entrado. Desde aquí nos parece increíble que Gran Bretaña haya retirado sus fuerzas navales, que le hubieran permitido tomar Trondheim y derrotar así a Hitler en Noruega, sin otro objeto que fortalecer su posición frente a esa fuerza de pacotilla que encarna Italia en el Mediterráneo.

BERLÍN, *4 de mayo*

Los británicos han huido desordenadamente de Namsos, al norte de Trondheim, y han completado así la debacle de la ayuda aliada a los noruegos en la Noruega central.

¿Dónde estaba la flota británica que, hace tan solo quince días, Churchill se jactaba de que expulsaría a los alemanes de las aguas noruegas? Hoy vi un noticiario alemán. Mostraba cómo los alemanes desembarcaban en Oslo tanques y artillería pesada. Salvo por la utilización de submarinos, y aparentemente pocas de estas naves, los aliados no han hecho ningún esfuerzo serio por detener los suministros alemanes que llegaban a Noruega

a través de Oslo. Ni siquiera se han arriesgado a enviar destructores al Skagerrak y el Kattegat, por no hablar ya de cruceros y acorazados.

¿Acaso el poderío aéreo desplegado en esta breve campaña noruega se ha impuesto sobre el poderío naval, como mínimo en distancias de vuelo asequibles desde las bases aéreas? En 1914-1918 un empuje alemán como el que se ha producido ahora hubiese sido impensable. Pero con la Luftwaffe controlando los aeródromos de Dinamarca y Noruega, la flota aliada no solo no podía aventurarse a entrar en el Kattegat para detener los embarques alemanes de armas y hombres a Oslo, sino que ni siquiera intentó alguna acción en Trondheim, Bergen o Stavanger, con la excepción de un bombardeo de ochenta minutos del aeródromo de Stavanger en la primera semana de la guerra. Los alemanes alardean ahora de que su fuerza aérea se ha mostrado superior al poderío naval.

En resumidas cuentas, los aviones de Göring han realizado cuatro tareas vitales en Noruega: 1) Han mantenido libre de los barcos de guerra británicos la ruta marítima a través del Kattegat hasta Oslo, y así han hecho posible que la principal fuerza naval alemana desembarcada dispusiera generosamente de hombres, artillería y tanques. 2) Han impedido (u obstaculizado con éxito) los ataques de la marina británica contra los puertos vitales de Stavanger, Bergen y Trondheim ocupados por Alemania. 3) Mediante el bombardeo continuo de los puertos de desembarque aliados, han hecho casi imposible para los británicos desembarcar artillería pesada y tanques, como reconoció el señor Chamberlain. 4) Bombardeando y ametrallando las posiciones enemigas, consiguieron que las tropas de tierra alemanas avanzaran fácilmente a través de un terreno difícil.

Dicho en otras palabras: han revolucionado la guerra en y en torno al mar del Norte.

Hoy he hablado con mi amigo policía. Piensa que la guerra se

desarrollará en cuestión de unas pocas semanas con el bombardeo de grandes ciudades, e incluso con la utilización de gases tóxicos. Estoy de acuerdo. Hitler necesita concluir la guerra este verano si puede. De lo contrario, a pesar de todas las victorias alemanas, estará probablemente perdido.

Un decreto señala hoy que, si bien se cuenta con abundantes reservas de gasolina, el consumo debe ser reducido aún más. Muchos coches y camiones que todavía circulan van a ser retirados de la circulación. Esto plantea dos preguntas: 1) ¿será que las reservas no son tan elevadas?, 2) ¿o tal vez que se necesita gasolina para una acción militar a gran escala, ahora que los británicos han sido expulsados de Namsos y los alemanes han ganado la guerra en Noruega?

Los periódicos alemanes de hoy acusan a Gran Bretaña de pretender ahora «extender la guerra», en el Mediterráneo, en los Balcanes o en alguna otra parte, con lo que creo que se están refiriendo a Holanda.

Como un medio para evadirme de la realidad, supongo, he leído esta tarde algunas cartas de Goethe. Me ha tranquilizado que me recordaran la devastación de Alemania que causó Napoleón. Al parecer, Jena, próxima a la Weimar de Goethe, fue muy maltratada por las tropas francesas. Pero en aquellas circunstancias el gran poeta no pierde nunca la esperanza. Dice una y otra vez que el espíritu humano triunfará, el espíritu europeo. Pero ¿dónde está hoy en Alemania el espíritu europeo? Muerto, está muerto...

Goethe insiste en la teoría de que un escritor solo puede conseguir resultados satisfactorios retirándose del mundo cuando tiene un trabajo que realizar. Se queja de que el mundo pide pero no da. Algunas de sus cartas sobre los problemas administrativos en Weimar son divertidas. Tenía un carácter peleón en algunos aspectos. Y, sorprendentemente, ¡era muy obsequioso con su príncipe y señor!

BERLÍN, *6 de mayo*

Bernhard Rust, ministro nazi de Educación, resume hoy bien, en una emisión para escolares, la mentalidad alemana en este año de 1940. Dice: «Dios creó el mundo como un lugar donde trabajar y combatir. A quien no entienda las leyes de la batalla de la vida se le contarán los segundos, como en un cuadrilátero de boxeo. Todas las cosas buenas de esta tierra son trofeos para el vencedor. El fuerte los gana, y el débil los pierde ... El pueblo alemán a las órdenes de Hitler no toma las armas para irrumpir en tierras extranjeras y hacer que otro pueblo los sirva. Se ha visto obligado a tomarlas por culpa de los estados que cerraban su camino hacia el pan y la unión».

Estoy empezando a pensar que el problema candente en Europa no es el comunismo ni el fascismo; esto es, que no es social. Es el problema del germanismo, de la mentalidad tan claramente expresada por Rust. Hasta que se resuelva, no habrá paz en Europa. A las niñas alemanas les han pedido hoy que lleven a la escuela sus cepillos para el pelo, recoger los cabellos enredados en ellos y emplearlos para fabricar fieltro.

BERLÍN, *7 de mayo*

Desde hace tres o cuatro días, los periódicos alemanes están llevando a cabo una tremenda campaña para convencer a todo el mundo de que los aliados, tras haber fracasado en Noruega, están a punto de convertirse en «agresores» en alguna otra parte de Europa. Hace seis semanas vivimos una

campaña semejante para convencer a todos de que los aliados iban a convertirse en los «agresores» en Escandinavia. Tras lo cual, Alemania, tomando como excusa la supuesta intención agresora de los aliados, invadió la zona.

¿Adónde irá Alemania a continuación? Sospecho que a Holanda, en parte porque es el único país que no se menciona específicamente en esta campaña propagandística. ¿O tal vez los aliados, después de haber atraído al ejército alemán a Noruega, lejos de sus bases, estarán planeando atraparlo más lejos aún, en los Balcanes?

Es divertido leer los titulares hoy: «CHAMBERLAIN, EL AGRESOR. ¡PLANES ALIADOS PARA UNA NUEVA AGRESIÓN!». Si el pueblo alemán no tuviera el entendimiento tan aturdido, o no fuera tan estúpido, podría tomárselo a broma.

Una conjetura: en las próximas semanas, la guerra se extenderá por toda Europa. Y, finalmente, con todas las armas: bombardeo de ciudades abiertas, gas y todo lo demás.

BERLÍN, *8 de mayo*

No he podido dejar de darme cuenta de la tensión que se vivía hoy en la Wilhelmstrasse. Algo se está cociendo, pero no sé qué. Ralph Barnes, recién llegado de Amsterdam, dice que los vigilantes que iban a bordo del tren bajaron las cortinillas de las ventanas durante los primeros cuarenta kilómetros del trayecto desde la frontera germano-holandesa hacia Berlín. He oído que los holandeses y los belgas están nerviosos. Espero que lo estén. Deberían estarlo. Telegrafié hoy a Nueva York para pedir que

retuvieran de momento a Edwin Hartrich en Amsterdam. Querían enviarlo a Escandinavia, donde ya ha acabado la guerra.

Momentos antes de salir al aire hoy, telefoneó Fred Oechsner para decir que habían encontrado muerto a Webb Miller en una vía de ferrocarril en Clapham Junction, cerca de Londres. La noticia me causó una gran sorpresa. Le conocía desde hace doce años, me caía bien, lo admiraba. En mis primeros años aquí como periodista novato fue mi amigo y me ayudó. En la última década nuestros caminos se cruzaron a menudo, en la India, en Oriente Próximo, en los Balcanes, Alemania, Ginebra, Italia y, por supuesto, en Londres, donde era el corresponsal estrella de UP y jefe de la sección europea.

Webb fue asimismo un hombre exageradamente modesto, a pesar de contar con una carrera periodística como jamás ha tenido ningún norteamericano en nuestra época. Sus éxitos jamás se le subieron a la cabeza. Lo recuerdo excitado y nervioso ante un gran reportaje o, si se trataba de una entrevista, tan cohibido como el más joven e inexperto de nosotros. Su timidez era aterradora y jamás la perdió. Me pregunto qué lo mató. ¿El cansancio? ¿El sueño? Lo que sé es que no se trató de un suicidio.

Anoche fui a un cine de barrio para ver una película sobre los estragos provocados por la fuerza aérea alemana en Polonia. Se titula *Feuertaufe*, es decir, «Bautismo de fuego». La gratuita destrucción de las ciudades y pueblos polacos, especialmente de Varsovia, se muestra con crudeza. El público alemán acogió la película con un silencio mortal.

Más tarde

Mis censores fueron hoy de lo más decentes. Me permitieron sugerir en términos muy amplios que el siguiente golpe alemán sería asestado en el

oeste, en Holanda, Bélgica, la Línea Maginot o Suiza. Anoche la ciudad era un hervidero de rumores. En la Wilhelmstrasse están especialmente furiosos por una información de AP acerca de que dos ejércitos alemanes, uno de Bremen y el otro de Düsseldorf, estaban siendo trasladados hacia la frontera holandesa.

BERLÍN, *9 de mayo*

¡Qué ironía que Webb Miller, que se había pasado la mayor parte de los últimos veinticuatro años cubriendo informaciones sobre guerras y con frecuencia a merced del fuego, haya escapado con vida de todas ellas para ir a caerse de un vagón de ferrocarril lejos de un campo de batalla! La prensa alemana aparece llena de absurdas historias acerca de que Webb fue asesinado por el servicio secreto británico. Eso es mucho peor que una necedad. Es despreciable. (¿Qué ocurre en las entrañas de un pueblo cuando lo alimentan a diario de mentiras como esta?)

Hitler, al ordenar la liberación de algunos prisioneros noruegos, ha proclamado hoy: «Contra la voluntad del pueblo alemán y de su gobierno, el rey Haakon de Noruega y los mandos de su ejército decidieron la guerra contra Alemania» (!).

Más tarde

Los vocingleros titulares han aumentado su tamaño esta noche para vociferar atronadoramente la acusación de que Inglaterra planea un gran acto de agresión en alguna parte. «PLANES BRITÁNICOS PARA EXTENDER LA GUERRA», rugen.

Todo lo cual me ha llevado a decir en la emisión de esta noche: «Con independencia de quiénes lo propalan, parece haber pocas dudas de que el rumor se extenderá. Y pudiera ser, como piensa aquí mucha gente, que la guerra se libre y decida antes de que concluya el verano. En cierto modo, la gente parece pensar que los días festivos de Pentecostés de este fin de semana serán las últimas vacaciones que tendrá Europa en bastante tiempo».

A mis censores no les gustó el párrafo, pero tras alguna discusión me permitieron dejarlo. Su argumentación era que no podía sugerirse que Alemania estuviera extendiendo la guerra.

BERLÍN, *10 de mayo*

El golpe ha sido asestado en el oeste. Hoy al amanecer los alemanes han entrado en Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Es la apuesta de Hitler por la victoria ahora o nunca. Por lo visto era cierto que Alemania no podía soportar la guerra económica. Por eso ha golpeado mientras el ejército tiene aún suministros y las fuerzas aéreas llevan la delantera a los aliados. Parece darse cuenta de que está arriesgándolo todo. En un comunicado a las tropas comienza diciendo: «Ha llegado la hora de la batalla decisiva para el futuro de la nación alemana». Y concluye: «La batalla que comienza hoy decidirá el futuro de la nación alemana para los próximos mil años». Si la pierde, ciertamente será así.

Tal como yo lo veo, Hitler tiene ante sí tres opciones: esperar y combatir en el frente económico, como ha hecho durante el invierno; enfrentarse a los aliados en algún lugar fácil, en los Balcanes por ejemplo; o bien buscar

una decisión en el oeste, golpeando a través de las neutrales Holanda y Bélgica. Ha elegido esto último, que es sin duda el riesgo mayor.

No puedo presumir de haber estado preparado para esto. De hecho, tras haber emitido como de costumbre a última hora de la noche, a la una menos cuarto, estaba profundamente dormido cuando sonó el teléfono a las siete de la mañana. Era una de las chicas de la *Rundfunk.* Me dio la noticia.

—¿Cuándo quieres emitir? —me preguntó.

—En cuanto llegue allí —le dije.

—Ribbentrop dará una rueda de prensa a las ocho en Asuntos Exteriores —me sugirió.

—Me la saltaré —dije—. Diga a Nueva York, envíe allí un cable urgente, que controlen el DLJ y que estaré en el aire dentro de una hora.

En realidad, pasaron más o menos dos horas antes de que yo pudiera emitir; el tiempo de arreglarme, de llegar a la *Rundfunk* y de enterarme bien de los hechos. Reinaba mucha excitación allí y me llevó algún tiempo aclararme con los diferentes comunicados de las diversas agencias de noticias alemanas. Afortunadamente, los censores, a los que debían de haber avisado durante la noche, estaban ya en sus puestos y no me entretuvieron mucho. Salvo que no pude poner en el guión que lo que los alemanes estaban llevando a cabo en Holanda y en Bélgica era «una invasión». Negaban que lo fuera. Yo me encolericé, pero finalmente decidí que, puesto que los censores habían dejado pasar la palabra «invasión» tres veces en el guión, valía la pena sustituirla una vez por «entrada» con tal de dar a los radioyentes de Estados Unidos una crónica desde Berlín. No me gustó el acuerdo. Pero se trataba de sacrificar un relato importante por una palabra. Y, en todo caso, en Estados Unidos saben qué es una invasión cuando asisten a ella.

Más tarde

Debo reconocer que la población de Berlín se ha tomado con la calma habitual las noticias de la batalla que, según dice Hitler, va a decidir el futuro de su nación para los próximos mil años. No hubo las habituales concentraciones ante la Cancillería que suelen darse cuando ocurren grandes eventos. Pocos se molestaron en comprar los periódicos del mediodía, que salían con la noticia. Por alguna razón, Goebbels prohibió la publicación de ediciones extraordinarias.

El memorando alemán que «justificaba» esta última agresión de Hitler fue entregado a los embajadores de Holanda y Bélgica a las seis de la madrugada, como una hora y media después de que las tropas alemanas hubieran violado su territorio neutral. Esto marca un nuevo récord, supongo, en cuanto a cinismo y absoluto descaro; incluso para Hitler. Exige a los dos gobiernos dar la orden de no presentar resistencia a las tropas alemanas. «Si las fuerzas alemanas encontraran resistencia en Bélgica u Holanda —se dice—, estas serán aplastadas con todos los medios. Los gobiernos belga y holandés serán los únicos responsables de las consecuencias y del derramamiento de sangre que sería inevitable después.»

El memorando, que Ribbentrop leyó también a los corresponsales en su rueda de prensa de las ocho de la mañana, arguye que Gran Bretaña y Francia estaban a punto de atacar a Alemania a través de los Países Bajos y que, en consecuencia, el Reich consideró necesario enviar sus tropas para «salvaguardar la neutralidad de Bélgica y de Holanda». Esta absurda hipocresía se ve «respaldada» por un «documento» espurio que se atribuye al Alto Mando, en el que este afirma tener pruebas de que las tropas aliadas estaban a punto de entrar en Bélgica y Holanda, en un esfuerzo por apoderarse del Ruhr.

Es evidente que el ejército alemán ha golpeado con todo lo que tiene. Su fuerza aérea está completamente desplegada y es obvio que va a sacar plena ventaja de su superioridad sobre la de los aliados. El Alto Mando dice que, al amanecer, la Luftwaffe bombardeó docenas de aeródromos en Holanda, Bélgica y Francia, incluso tan al sur como Lyon. Y después la noticia sigue: un comunicado habla de que tropas alemanas han desembarcado, por aire, en muchos aeródromos de Bélgica y de Holanda. Los alemanes afirman haberse apoderado de los aeródromos y ocupado el territorio circundante. Aparentemente, aunque el censor del Alto Mando no me ha permitido decirlo en mis crónicas de hoy, han estado lanzando miles de paracaidistas. Una información dice que los paracaidistas alemanes han ocupado ya parte de Rotterdam, pero no está confirmado. Parece inconcebible, pero, después de lo visto en Noruega, puede ocurrir cualquier cosa.

Los primeros informes alemanes afirman que sus tropas han cruzado el río Maas (Mosa) y tomado Maastricht, y que, asimismo, han penetrado profundamente en Luxemburgo y Bélgica. Esta noche el ejército alemán se encuentra delante de Lieja, que resistió varios días en 1914 y fue donde Ludendorff se distinguió por primera vez.

Pronto la guerra ha afectado también a los civiles. El otro bando daba cuenta de que los aviones alemanes habían matado a muchos. Esta noche los alemanes denunciaron que tres aviones aliados habían dejado caer bombas en el centro de Friburgo, dando muerte a veinticuatro civiles. Como anticipo de lo que va a ser esta fase de la guerra, un comunicado alemán afirma esta noche que, «de ahora en adelante, cada bombardeo de civiles alemanes será respondido con el de cinco veces más aviones alemanes bombardeando ciudades inglesas y francesas». (Nótese en esto la técnica nazi. 1) La afirmación se inscribe en la guerra de nervios contra el enemigo. 2) Está pensada para hacer que los civiles alemanes soporten los

bombardeos asegurándoles que los ingleses y los franceses van a pasarlo cinco veces peor que ellos.)

Esto es un anticipo. Pero aquí va otro: cuando los embajadores belga y holandés fueron hoy a la Wilhelmstrasse a reclamar sus pasaportes y elevar sus indignadas protestas por la flagrante violación de su neutralidad, se publicó aquí de inmediato una declaración que decía que «el funcionario a cargo [en Asuntos Exteriores], tras leer el contenido de aquellas protestas, que eran arrogantes y estúpidas, se negó a aceptarlas y pidió a los dos embajadores que solicitaran sus pasaportes ¡de la forma usual!». Los alemanes han perdido el juicio.

Estoy cansado después de haber estado transmitiendo todo el día, y con una extraña sensación en la boca del estómago.

BERLÍN, *11 de mayo*

La apisonadora alemana está barriendo Holanda y Bélgica. Esta noche los alemanes dicen haber capturado lo que el Alto Mando considera el fuerte más importante de Lieja, Eben-Emael, que controla la confluencia del río Mosa y el canal Alberto. El Alto Mando, que bajo el liderazgo de Hitler no deja escapar ninguna oportunidad de hacer propaganda, da un tinte de misterio a este hecho diciendo que el fuerte fue tomado mediante un «nuevo método de ataque». ¿Se repite la historia? En 1914, cuando Lieja resistió durante doce días, el ejército alemán se sacó también de la manga una sorpresa: el nuevo obús de 42 centímetros, que destrozaba los fuertes belgas como si estuvieran hechos de madera.

Los alemanes guardan un mutismo total con respecto a sus tropas situadas tras las líneas holandesas en La Haya y Rotterdam en paracaídas o

en avión. Pero el Alto Mando, provocado por los informes aliados, negó hoy que los holandeses hayan reconquistado los aeródromos de La Haya o Rotterdam. Los paracaidistas, pues, ¡cuentan también con transmisores de radio portátiles!

Es extraña la apatía de la población ante este giro decisivo en la guerra. La mayoría de los alemanes que he visto, exceptuando los oficiales, están sumidos en una depresión provocada por las noticias. La pregunta que se hacen es cuántos alemanes apoyan la apuesta desesperada que Hitler ha asumido. Al comentar esto hoy en el Adlon, la mayoría de los corresponsales se mostraron de acuerdo en que eran muchos, muchísimos. Y, sin embargo, yo no consigo encontrar a ningún alemán que se crea de veras la excusa de Hitler de que invadió los países neutrales, cuya integridad había garantizado, para contrarrestar un movimiento similar que los aliados estaban a punto de iniciar. Hasta para un alemán esto es obviamente una mentira.

La maquinaria de propaganda de Goebbels, forzando el ritmo, descubre hoy, veinticuatro horas después del anuncio oficial de que veinticuatro personas habían muerto en el bombardeo de Friburgo, que trece de esos veinticuatro eran niños que jugaban tranquilamente en el campo de deportes municipal. ¿Qué hacían todos esos chiquillos en un campo de deportes mientras tenía lugar un ataque aéreo? Esta impostura concreta de Goebbels probablemente no tiene otro objeto que justificar las muertes de civiles causadas por los alemanes en el otro bando.

Los periódicos de Berlín incluyen hoy grandes titulares acerca de las «vergonzosas» protestas de los Países Bajos contra el hecho de ser invadidos.

Los nazis encerraron ayer en el Kaiserhof a todos los periodistas holandeses que no fueran nazis, incluido Harry Masdyck, que no podía dar

crédito a lo que estaba viendo con sus propios ojos. Una holandesa que trabaja como reportera para el periódico nazi holandés lleva todo el día en la *Rundfunk*, desde ayer al amanecer, radiando noticias falsas al pueblo holandés en su propia lengua. Es una especie de lady Haw-Haw.

Emito una vez más a las cuatro y media de la madrugada, que son las diez y media de la noche en Nueva York. Hoy he estado al pie del cañón desde las ocho de la mañana.

BERLÍN, *12 de mayo*

Es domingo y lo aprovecho para dormir un poco más. Hill se ha encargado de la transmisión del mediodía.

Tras apenas dos días de lucha, el Alto Mando afirma haber ocupado todo el nordeste de Holanda al este del Zuider Zee, haber roto la primera y segunda líneas de defensa en el corazón de Holanda y traspasado el extremo oriental de la línea defensiva belga a lo largo del canal de Alberto. Hará cosa de un año tuve ocasión de ver ese canal, que los belgas habían fortificado con búnkeres. Me pareció una formidable trampa antitanques, con su profundidad y sus paredes empedradas y en fuerte pendiente. ¿Puede ser que los belgas no hayan volado los puentes?

Hoy es un típico domingo en Berlín, sin ninguna prueba de que los berlineses, por lo menos, estén muy preocupados por la batalla por sus futuros mil años de existencia. Los cafés han recibido la orden de cerrar a las once de la noche, en vez de hacerlo a la una de la madrugada. Con eso se conseguirá que la gente se vaya a casa antes de que comiencen los ataques aéreos, aunque todavía no hemos sufrido ninguno. También han sido *verboten* por ahora las salas de baile.

La radio advirtió anoche de que si los alemanes eran tratados mal en Holanda, existía una «buena oportunidad de pagar con la misma moneda a los numerosos ciudadanos holandeses que viven en Alemania».

BERLÍN, *13 de mayo*

Noticias asombrosas. Las dan los titulares de las cinco de la tarde: «¡LIEJA HA CAÍDO! ¡TROPAS DE INFANTERÍA ALEMANAS ROMPEN LAS LÍNEAS Y ESTABLECEN CONTACTO CON LAS FUERZAS AEROTRANSPORTADAS CERCA DE ROTTERDAM!».

No es de extrañar que un oficial alemán me haya dicho hoy que incluso el *Oberkommando* estaba un poco impresionado por el ritmo.

Las fuerzas aerotransportadas tienen que ser los paracaidistas y las que aterrizaron en avión en la playa próxima a La Haya a partir del primer día de la campaña. Fueron estos hombres los que tomaron parte de Rotterdam (!), incluido el aeropuerto, aunque carecían de artillería y a los holandeses, como pueblo rico que son, no podía faltarles. Cómo ha podido abrirse camino hasta el mar una fuerza de infantería alemana por la zona meridional de Holanda es un misterio para todos aquí. Debía de tratarse de una fuerza motorizada, y en su camino habrá tenido que cruzar docenas de canales y ríos. Pero se suponía que, en un caso así, los holandeses volarían los puentes...

«LA ESVÁSTICA ONDEA EN LA CIUDADELA DE LIEJA», dicen los titulares hoy. Al parecer, el ejército alemán que había vadeado el canal de Alberto rodeó Lieja por el noroeste, por donde sus defensas eran más débiles, ya que los belgas esperaban que el principal ataque llegara desde la dirección opuesta.

Lieja resistió doce días en 1914. Si ahora ha caído en cuatro, esto es un mal presagio para los aliados.

Las emisoras de radio extranjeras siguen hablando de paracaidistas alemanes que bajan por toda Bélgica y Holanda y se apoderan de aeródromos y poblaciones. (Aquí no podemos conseguir ninguna información sobre el tema.) Es una nueva forma de guerra, y será interesante ver qué efectos causa, si los tiene, en una campaña larga y difícil; si es que va a tratarse de esto y no de otro simple paseo alemán.

La pasada noche el primer ministro francés, Reynaud, anunció que los paracaidistas alemanes que fueran encontrados tras las líneas vistiendo algo que no fuera un uniforme alemán serían fusilados en el acto. Esta noche la Wilhelmstrasse nos comunicó que estaba informando a los gobiernos aliados de que, por cada paracaidista alemán fusilado, los alemanes ejecutarían ¡a diez prisioneros franceses! Simpático pueblo, el alemán... Nos retrotrae a hace mil o dos mil años. Pero téngase en cuenta que esto es solo una parte de la nueva técnica de terror empleada por Hitler.

Hoy he pasado algún tiempo en la embajada. Todo el mundo está deprimido por las noticias y la mayoría piensa —¡con solo cuatro días de ofensiva!— que los aliados lo tienen ya todo perdido. Trato de recordar cuán negro debió de parecer todo en París y Londres en agosto de 1914, cuando los alemanes amenazaban la capital francesa y el gobierno tuvo que huir a Burdeos. Tess me dijo anoche por teléfono que los suizos están llamando a filas a todos los hombres disponibles. ¿Cuándo le llegará el turno a Suiza? Le pedí que intentara encontrar pasaje para ella y la niña en el primer barco que salga para Estados Unidos. Pero no lo hará. ¿Sus argumentos? Tiene que ocuparse de mi oficina en Ginebra, no quiere que la familia se separe demasiado y, ahora que la contienda se está convirtiendo en una auténtica guerra, quiere ver qué pasa.

BERLÍN, *14 de mayo*

Aquí estamos todos esta noche un poco aturdidos por la noticia. El ejército holandés ha capitulado... tras solo cinco días de lucha. ¿Qué ha sido de sus grandes líneas defensivas acuáticas, que se suponían infranqueables? ¿De su ejército de más de medio millón de hombres?

Una hora antes de que supiéramos esto por un comunicado especial, se nos dijo que Rotterdam había caído. «Bajo la tremenda impresión de los ataques de los bombarderos en picado alemanes y del inminente ataque de carros blindados alemanes, la ciudad de Rotterdam ha capitulado y se ha librado así de la destrucción», decía el anuncio alemán. Era la primera noticia que teníamos de que Rotterdam estaba siendo bombardeada y corría el riesgo de ser destruida. Me pregunto cuántos civiles habrán muerto allí, en esta guerra que Adolf Hitler «prometió» que no se llevaría a cabo contra los civiles. ¿Acaso era toda la ciudad, con su cerca de medio millón de habitantes, un objetivo militar que debiera ser destruido?

Tras haber roto las líneas en Lieja, los alemanes anunciaron anoche que habían atravesado la segunda línea defensiva belga al noroeste de Namur. Deben de estar muy cerca de Bruselas. Tanques y aviones, especialmente los aviones, están protagonizando el grueso de las operaciones. ¡Qué criminal ha sido la falta de atención que han dedicado los británicos y franceses a sus fuerzas aéreas!

Estoy un poco cansado de la forma en que la radio alemana anuncia cada nueva victoria. Se interrumpe la programación, se oyen fanfarrias, se lee el comunicado y, finalmente, un coro canta el éxito de moda: «¡En marcha

hacia Inglaterra!». Para las grandes victorias, se añaden los dos himnos nacionales.

BERLÍN, *15 de mayo*

Caras muy largas y atónitas hoy entre los corresponsales y diplomáticos extranjeros. El Alto Mando dice haber roto hoy la Línea Maginot cerca de Sedan, y que las tropas alemanas han cruzado el Mosa por dos puntos: cerca de Sedan y entre Namur y Givet, más al norte. Para cualquiera que conozca el profundo y boscoso valle del Mosa, le parecerá casi increíble que los alemanes hayan podido recorrerlo tan rápidamente, salvo que no hubiera ningún ejército defendiendo la orilla occidental. Pero ambos bandos hablan de grandes batallas de carros blindados al oeste del Mosa.

Casi todos mis amigos han perdido la esperanza; yo todavía no. La situación debió de parecerles todavía peor en París en agosto de 1914, cuando nada parecía interponerse en el camino del ejército alemán a la capital. Nuestros militares nos recuerdan que aún no ha empezado la gran batalla, que los alemanes no se han enfrentado aún con el grueso de los ejércitos francés y británico. Y que los belgas aún tienen combatiendo a medio millón de hombres. El frente que defienden hoy los aliados discurre más o menos por Amberes, Lovaina y Namur, y baja luego por el Mosa hasta Sedan, aunque los alemanes han cruzado el río en varios puntos.

Informaciones procedentes de Roma hablan hoy cada vez más de que Italia pudiera entrar en guerra este fin de semana, ahora que los alemanes parecen imponerse. Tess me telefoneó esta mañana desde Ginebra para darme la noticia. Yo la insté de nuevo a salir de allí con la niña, y por fin parece dispuesta a hacerlo. Ella y la señora V., junto con sus dos chicos,

viajarán a través de Francia para llegar a España. Luego, desde Lisboa, podrán tomar un Clipper y volar a Nueva York. He pasado todo el día preocupado por esto. Si Italia ataca a Francia, pasar por ella desde Ginebra hacia España será desagradable, si no imposible.

Parece que la razón de que los holandeses se rindieran ayer fue que los bombardeos alemanes provocaron un infierno en Rotterdam y amenazaban con hacer lo mismo en Utrecht y Amsterdam. La técnica de Hitler de apoyar a sus ejércitos amenazando con el terror o el castigo es tan eficaz como diabólica.

El Alto Mando, por ejemplo, amenazó anoche con bombardear Bruselas a menos que cesaran inmediatamente todos los movimientos de tropas que dicen haber observado mediante sus aviones de reconocimiento. «Si el gobierno belga —dice el comunicado—, desea salvar Bruselas de los horrores de la guerra, debe poner fin de inmediato a los movimientos de la ciudad y a las obras de fortificación.»

Lo dicho: una guerra de lo más caballerosa.

BERLÍN, *16 de mayo*

Sigo muy preocupado por Tess y la niña. Si Italia entra en guerra dentro de un día o dos, como algunos piensan, la huida por la dirección indicada será imposible para ellas. Hoy llegan informaciones de mayor actividad alemana a lo largo de la frontera suiza. Los nazis pudieran irrumpir en Suiza en cualquier momento a partir de ahora. Además, el gobierno de Estados Unidos ha aconsejado a todos los norteamericanos residentes en Suiza que se marchen de inmediato hacia Burdeos, donde serán recogidos por barcos norteamericanos. La mayoría de los que trabajan en nuestro consulado en

Ginebra han enviado hacia allí a sus mujeres e hijos con pasaportes diplomáticos para atravesar Francia. Pienso que Hitler bombardeará Ginebra hasta arrasarla, aunque no sea más que por su odio personal hacia la Sociedad de Naciones y todo lo que Ginebra significa.

¿Bombardeará también Bruselas después de las amenazas alemanas de la pasada noche? P., siempre bien informado acerca de las intenciones alemanas, cree que Hitler bombardeará París y Londres a la luz del día en las próximas cuarenta y ocho horas.

Acabo de ver dos noticiarios sin censura en nuestra rueda de prensa en el Ministerio de Propaganda. Imágenes del ejército alemán aplastando la resistencia de Bélgica y Holanda. Se muestran algunas de las acciones más destructivas de las bombas y proyectiles alemanes. Ciudades destruidas, soldados y caballos muertos en torno al punto de impacto. Y la tierra y las construcciones volando por los aires al ser alcanzadas por un obús o una bomba. El presentador alemán vociferaba: «¡Así llevamos la muerte y la destrucción a nuestros enemigos!». Para mí, en cierto modo, el filme retrataba al pueblo alemán.

A la caída de la tarde Joe [Harsch] y yo fuimos a dar un paseo por el zoo. En la conversación convinimos en una serie de cosas: en el concepto de la vida que posee el alemán, la salvaje destrucción de los otros mediante poderosos explosivos y acero es algo bello, así como la consecución de un noble objetivo; volar su casa con su mujer e hijos dentro. Pero si los otros te hacen lo mismo a ti, entonces son unos bárbaros que destruyen al inocente. El filme, recordábamos, nos trasladaba a Friburgo, donde los alemanes acusaban ahora a las bombas de los aliados de haber dado muerte a unas treinta y cinco personas, incluidos trece niños (aunque Goebbels omitió mencionar a los niños hasta veinticuatro horas después de haber anunciado el bombardeo y el número de víctimas). El presentador comentaba furioso:

«¡Con esta brutalidad y falta de escrúpulos actúan nuestros enemigos, bombardeando y asesinando a inocentes niños alemanes!». «Es la historia eterna —le dije a Joe—. Los alemanes siempre aplican un doble rasero.»

¿Cómo podría yo soportar la guerra sin el Jardín Zoológico, uno de los grandes parques que reflejan la obra de Dios? Nos fijamos en el verde intenso que tenía hoy la hierba y nos pusimos a discutir sobre los respectivos méritos de segarla, como hacemos en Estados Unidos, o dejarla crecer, como hacen aquí, para que sirva de forraje. Es curioso que la segadora mecánica sea casi una máquina desconocida en el continente. El follaje en torno al arroyuelo que hay en el centro del parque estaba hoy tan frondoso que me recordó las pinturas de la escuela de Barbizon. O un estanque normando con nenúfares pintado por Monet. Solo se echaba en falta una gran dama ataviada con ropas *fin de siècle*, sentada con la espalda bien recta en una barca rústica en mitad del estanque.

Capté por la radio de onda corta las palabras de Roosevelt dirigiendo un mensaje especial al Congreso. Lo leyó con gran claridad. «Está en forma», pensé. Proponía que construyéramos cincuenta mil (!) aviones en un año y atendiéramos de inmediato las peticiones de los aliados. Dijo que Alemania disponía ahora de veinte mil aviones, frente a los diez mil de los aliados, y que aún los están construyendo con mayor rapidez. Esta es una realidad obvia para todos cuantos estamos aquí; pero, cuando informábamos acerca de ella, se nos acusaba de estar haciendo propaganda nazi. Roosevelt recibió la mayor ovación que he oído en mi vida en una transmisión desde el Congreso. Anima darse cuenta de que por fin están despertando en nuestro país.

¿Cuánto tiempo habrá de pasar para que intervengamos en esta guerra, por lo menos como uno de los mayores abastecedores de los aliados..., si es que todavía hay tiempo? Los alemanes dicen que ya es demasiado tarde. El

Herald Tribune salió hoy, según la BBC, abogando por una declaración de guerra contra Alemania. Esto llevó a algunos de los corresponsales norteamericanos a especular anoche, durante una cena, acerca de qué posibilidades tendríamos de salir del país los que estamos destinados aquí si se rompieran las relaciones diplomáticas. La opinión mayoritaria era que seríamos internados. A nadie le hace gracia esa perspectiva.

Estamos en vísperas de una gran batalla, tal vez la batalla que decidirá la guerra, en un frente que se extiende a lo largo de doscientos kilómetros desde Amberes, pasando por Namur, hasta un punto al sur de Sedan. Parece que los alemanes fueran a volcar en él todo lo que tienen, que es mucho. Su avance a través de Bélgica parece haberse detenido ayer en el río Mosa y la Línea Dyle, más al norte. Pero es solo una pausa antes del gran ataque final. Hitler debe vencer en él, así como también en todas las batallas de las próximas semanas o meses, o estará acabado. Sus posibilidades de victoria parecen muy elevadas. Pero las grandes y decisivas batallas de la historia no siempre han sido ganadas por los favoritos.

BERLÍN, *17 de mayo*

¡Qué día hoy! ¡Qué noticias! A las tres de la tarde, el Alto Mando hizo público su comunicado diario. Yo no le hubiera dado crédito si no fuera porque el ejército de tierra alemán a menudo nos ha confundido desde los primeros días de la guerra en Polonia acerca de los objetivos que había logrado. Con frecuencia estos logros parecían increíbles..., para resultar al final que todo era cierto.

Hoy el Alto Mando afirma que sus ejércitos han roto la línea defensiva Dyle, al sur de Wavre, y han tomado el «frente nordeste» de la fortaleza de

Namur. Y, lo que es todavía más importante, anuncia que sus fuerzas han roto la Línea Maginot en un frente de un centenar de kilómetros (!) que va desde Maubeuge a Carignan, al sudeste de Sedan. Esto, ciertamente, pinta muy mal para los aliados. Y comienza a dar la impresión de que la ayuda —en especial los tan necesitados aviones que ofreció ayer Roosevelt a los aliados, ya que los alemanes están triunfando en esta campaña gracias, en gran parte, al uso eficaz de sus superiores fuerzas aéreas— va a llegar demasiado tarde; a menos que se consiga entorpecer de inmediato el avance de los alemanes y detenerlos luego. Esta noche, la propia BBC ha admitido que aún no lo han logrado. Habló de combates en curso en las cercanías de Rethel, que está a medio camino entre Sedan y Reims. No teníamos ni idea de que los alemanes hubieran llegado tan lejos. Esta noche, en la *Rundfunk*, noté que los militares hablaban por primera vez de una «derrota francesa».

Salí al aire en cuanto acabé de traducir el comunicado —a las tres y media—, con una emisión extraordinaria de las noticias. Después volví a la embajada, donde me encontré a todo el mundo aturdido por los acontecimientos. Unos pocos parecían animados por un editorial publicado en el *D.A.Z.*, según el cual la gran decisión no se había tomado aún y a los alemanes les queda todavía por delante un duro camino. Pero, ¡maldita sea!, esta ofensiva empezó solo hace ocho días. ¡Y los alemanes han conquistado Holanda y media Bélgica, y se encuentran a medio camino de Reims desde la frontera francesa!

Estoy inquieto por Tess. Hablé con ella por teléfono al mediodía y le insistí en que saliera hoy con la niña hacia España, vía Francia. Ahora, ya de noche, espero que no lo haya hecho, sobre todo porque he sabido que los franceses los están haciendo ir a París primero, para marcharse después a Burdeos. París no es hoy un lugar apropiado al que ir, según las noticias que han ido llegando. Los alemanes podrían bombardear la ciudad. Me

preocupa no haber podido hablar con ella de nuevo esta noche, lo que me hace pensar que ya puede haber salido hacia Francia. Ahora pienso que lo mejor que hubiese podido hacer era buscar refugio en alguna aldea suiza de montaña. Tal vez a Hitler no se le ocurrirá bombardear una pequeña aldea suiza perdida en las montañas...

Hoy hemos tenido un día soleado y tibio. Por la actitud apática y casi perezosa de los berlineses que tomaban el sol en el Jardín Zoológico, nadie hubiera podido decir que tal vez se estaba librando la batalla decisiva de la guerra. Desde que se inició la nueva ofensiva, no ha sonado aquí ninguna señal de alarma de ataque aéreo, aunque nos consta que las poblaciones del Ruhr y del Rin están oyéndolas todas las noches.

Más tarde

El Alto Mando anunció a última hora de la noche que tropas alemanas habían entrado en Bruselas al ponerse el sol. Durante el día, habían roto las líneas aliadas al norte y al sur de Lovaina. Las cosas parecen moverse muy deprisa. En 1914, a los alemanes les costó dieciséis días llegar a Bruselas. Esta vez, han estado ocho.

BERLÍN, *18 de mayo*

Mañana me voy al frente. Por lo menos tendré la oportunidad, tal vez, de ver cómo se las está arreglando este colosal ejército alemán para atravesar tan rápidamente Bélgica, Holanda y ahora el norte de Francia.

Dudaba de si ir por temor a que se pudiera tomar la decisión de atacar Francia mientras yo estaba fuera, en cuyo caso me perdería la posibilidad de

informar desde aquí. Pero, por otra parte, nos han inducido a hacer tantos viajes inútiles desde que comenzó la guerra el pasado septiembre, que es muy probable que tampoco veamos nada de auténtico interés en este.

En definitiva, decidí correr el albur. Salimos mañana por la mañana a las diez, e iremos en primer lugar a Aquisgrán. Somos nueve en el grupo: cuatro norteamericanos, tres italianos, un español y un japonés.

Amberes cayó hoy. Y mientras en Bélgica el ejército alemán está haciendo retroceder a las fuerzas aliadas en dirección al mar, el ejército del sur, que cruzó la Línea Maginot entre Maubeuge y Sedan, avanza rápidamente hacia París. Un artículo en el bien informado (sobre temas militares) *Börsen Zeitung* de esta noche sugiere que los ejércitos alemanes que convergen ahora en París desde el nordeste quizá no pretendan tomar la ciudad de inmediato, como hicieron en 1914, sino marchar hacia el noroeste para tomar los puertos del Canal, en un esfuerzo por aislar a Inglaterra de Francia. Apunta asimismo que una segunda fuerza pudiera marchar en dirección opuesta e intentar forzar en el este la Línea Maginot, cayendo sobre ella por la espalda.

Informes alemanes admiten que los aliados están ofreciendo una feroz resistencia en Bélgica y en Francia, pero dicen que ambas están siendo «superadas» por la formidable concentración del acero alemán, especialmente en carros blindados y aeroplanos. Quizá en los próximos días podré verlo por mí mismo.

AQUISGRÁN, HOTEL INTERNATIONAL, *19 de mayo, medianoche*

Lo más sorprendente en este distrito del Ruhr —el corazón industrial de Alemania, que los aviones aliados hubieran podido (y pensamos que

podrían aún) dejar fuera de combate en unos pocos días— es que, en la medida en que puedo apreciarlo, los bombardeos nocturnos de los británicos han causado escasísimos daños.

Yo pensaba que los bombardeos nocturnos en el oeste de Alemania, de cuyos mortales efectos se ha estado jactando la BBC desde que comenzó la gran ofensiva, habrían hecho mella en la moral de la población. Pero durante toda la tarde, mientras circulábamos a través del Ruhr, los hemos visto —especialmente a las mujeres— de pie en los puentes sobre las principales carreteras vitoreando a las tropas que se dirigían a Bélgica y Francia.

Hemos pasado por muchos centros del Ruhr sobre los que, supuestamente, los aliados habían arrojado gran cantidad de bombas las pasadas noches. Naturalmente, no hemos podido ver todas las fábricas, puentes y enclaves ferroviarios del Ruhr, pero hemos examinado varios y en ninguno hemos apreciado daños. Los grandes nudos ferroviarios y los puentes que rodean a Essen y Duisburgo, en los que desde Londres se había informado de bombardeos nocturnos, están intactos. Los puentes sobre el Rin en Colonia estaban todos en pie. Las chimeneas de las factorías de la zona del Ruhr echaban humo como de costumbre.

Un poco más al este de Hannover, donde horas antes de nuestra llegada los británicos habían lanzado un ataque nocturno, los habitantes de la localidad nos dijeron que habían matado a veinte civiles, todos en una misma casa. Veinticuatro kilómetros más al este de Hannover distinguimos los restos de un gran bombardero Handley-Page, estrellado en un campo a doscientos metros de la *Autobahn.* Los gendarmes nos dijeron que había sido abatido por fuego antiaéreo. Los cinco tripulantes se habían lanzado en paracaídas. Cuatro se habían entregado al burgomaestre de la población próxima, y uno había escapado y los campesinos y los gendarmes estaban

registrando el campo en su busca. Examinamos el aparato. La carlinga trasera del artillero era muy pequeña y carecía de protección. Los motores delanteros y la cabina del piloto estaban destrozados y quemados. Curiosamente, el cristal de la carlinga trasera no había sufrido ningún daño. Mecánicos de las fuerzas aéreas alemanas estaban retirando los instrumentos y el metal aprovechable. Los alemanes necesitan todo cuanto puedan encontrar. Había cientos de campesinos allí cerca, mirando los restos. No parecían estar nada nerviosos.

Seguimos perdidos durante todo el día. Un chófer muy estúpido estaba al frente de nuestra columna de cuatro vehículos. El que conducía el nuestro observó: «En tiempos de paz era taxista. Siempre se pierde y toma el camino que supone dar el rodeo más largo». Fue así como dejamos atrás Colonia tras haber visto a lo lejos, a través de los campos verdes, las torres de la catedral, y solo dimos la vuelta para volver allí cuando estábamos a mitad de camino de Frankfurt y empezaba a anochecer. Hacia el final teníamos ya luna llena, y fue un paseo espléndido seguir hacia Aquisgrán por una carretera sobre la que se curvaban las copas de los árboles. Por ella circulaban también interminables columnas de tropas, que viajaban en camiones o a pie y se dirigían al frente entonando canciones y demostrando un ánimo excelente.

(Un ejemplo de la enorme atención que el ejército alemán muestra por los detalles: durante los cuatrocientos ochenta kilómetros de *Autobahn* de Berlín a Colonia, estuvimos viendo continuamente a ambos lados, cada doscientos metros más o menos, utensilios agrícolas rotos y amontonados para parecer desde el aire piezas de artillería antiaérea. Arados con sus pértigas o timones apuntando hacia el cielo semejando un cañón; rastrillos, rastras, carretillas, segadoras, etcétera —cualquier vieja herramienta imaginable— aparecían cuidadosamente dispuestas para parecer un *flak* o

pieza antiaérea y convencer al piloto aliado que volara sobre la carretera de que sería un suicidio bajar en picado hacia ella. Pude ver en el mapa encontrado en el avión británico derribado cerca de Hannover que aparecían marcadas allí en tinta roja fuertes concentraciones de artillería antiaérea alemana. Otra finalidad de esa maquinaria agrícola era la de impedir el aterrizaje de aviones aliados en la carretera. Los postes telefónicos clavados en la estrecha franja de terreno dejada en sus medianas tienen el mismo propósito.)

Salvo unos pocos bombarderos alemanes que salían de un aeródromo cercano a Hannover, no vimos en el cielo ni un solo avión en todo el día, ni siquiera cuando estábamos ya cerca de la frontera con Bélgica. Pasamos junto al aeródromo de Colonia. Estaba repleto de aviones, pero tenía los hangares intactos. Eso sí: todo muy bien escondido bajo redes de camuflaje. Obviamente, los ataques nocturnos de los británicos no solo habían fracasado en anular la actividad del Ruhr, sino también en inutilizar los campos de aviación alemanes. Como si los aliados estuvieran librando todavía una guerra de mentirijilla.

Mi habitación en el hotel International está en la última planta del edificio, o más bien en el desván. Una habitación poco recomendable si vienen esta noche bombarderos británicos. Pero el hotel lleva ya dos horas a oscuras (es la una de la madrugada) y todavía no hay señales de ellos.

Más tarde, tres y media de la madrugada

Se presentaron a las tres menos diez. Yo me desperté al oír el estampido de un cañón antiaéreo y el tableteo de ametralladora en el tejado de un edificio al otro lado de la calle. Los británicos, a juzgar por el sonido de sus motores y por la forma en que los siguió el cañón situado en la estación a un

centenar de metros de mi ventana, estuvieron arrojando bombas sobre los andenes de ferrocarril de Aquisgrán. No hubo aviso de alarma aérea; la primera advertencia que tuvimos fue el súbito tronar de los antiaéreos. Bajé al vestíbulo para ver cómo actúa la gente en estas ocasiones, cómo reacciona. Media docena de asustadas mujeres en camisón corrían frenéticamente escaleras abajo, con el temor marcado en sus rostros. Unos pocos hombres, que me parecieron oficiales, bajaron también a mirar. Pero no vi a ninguno de nuestro grupo de nueve periodistas. ¿Falsa valentía? Porque los oficiales del ejército no estaban asustados, sino que evitaban correr riesgos innecesarios. El ataque duró veinticinco minutos y después todo quedó en silencio. Me siento adormilado, pero debemos levantarnos a las cinco.

AQUISGRÁN, *20 de mayo, medianoche*

Este ha sido un día señalado en mi vida. He visto en él la destrucción de la guerra, lo que hacen los cañones y bombas a las casas y a personas que viven en ellas, a las ciudades, poblaciones, puentes, estaciones de ferrocarril y sus vías y trenes, a las universidades y a los antiguos y nobles edificios, a los soldados, camiones, tanques y caballos enemigos sorprendidos en su camino.

No es un espectáculo agradable. No, ni tampoco bonito. Fijémonos, por ejemplo, en Lovaina, la antigua y encantadora ciudad universitaria, incendiada en 1914 por los enfurecidos alemanes y reedificada después, en parte con la ayuda norteamericana. Amplios sectores de ella están ahora en ruinas. De la gran biblioteca de la universidad, reconstruida gracias a los donativos de centenares de escuelas e institutos norteamericanos, tan solo

quedan las paredes. Le pregunté a un oficial alemán qué había sido de los libros.

—Quemados —me respondió.

Debí de parecerle un poco sorprendido mientras miraba aquella desolación y pensaba en este golpe al saber y la cultura y a mucho de lo que aún se considera decente en la vida europea, porque el oficial añadió:

—Una desgracia. Una lástima. Pero, amigo mío, así es la guerra. Fíjese.

Lo hice. Pero me dolió.

Hoy mi emisión, que realizaré desde Colonia a las cuatro y media si consigo llegar, será un resumen de lo que hemos visto. He aquí un relato más o menos cronológico:

Salimos de Aquisgrán (Aachen, Aix-la-Chapelle) hacia Maastricht, cruzando la provincia holandesa de Limburgo. Hay pocas pruebas de que los holandeses combatieran mucho aquí. Las casas están enteras, en las ventanas no se ven vidrios rotos. Un fortín holandés mostraba ocasionalmente huellas de fuego de ametralladora, pero nada más serio. Por lo visto, los holandeses no intentaron retrasar el avance de los alemanes volando la carretera hacia Maastricht. Un puente sobre un riachuelo había sido dañado, pero eso era todo.

En Maastricht cruzamos el Mosa. El río es ancho allí y proporciona una línea de defensa natural, aunque los holandeses no se aprovecharon gran cosa de ella. Habían hecho un trabajo a medias y sin convicción volando los puentes: en los dos que vi habían destruido uno de sus siete u ocho arcos. Los alemanes, evidentemente, tenían en retaguardia arcos para sustituirlos, hechos con vigas de acero, con lo que al cabo de unas pocas horas los trajeron y consiguieron dejar los puentes tan seguros como si fueran nuevos. Cuando llegamos nosotros, las columnas de abastecimiento alemanas pasaban ruidosamente sobre los dos.

Siete y media de la mañana

Llegamos al canal de Alberto. Con sus empinados taludes en las orillas, de nueve metros de altura, que los belgas habían compactado con cemento para hacer que fuera imposible trepar por ellos, era una excelente línea defensiva, en especial contra los tanques. Lo que ocurre es que los belgas no habían volado el puente. Pregunté el motivo a un oficial alemán.

«Fuimos demasiado rápidos para ellos», respondió. Por lo visto, lo que ocurrió aquí, y en la mayoría de los demás puentes importantes sobre el canal de Alberto, fue que los paracaidistas alemanes cayeron de improviso sobre los puentes desde detrás, tomaron los nidos de ametralladoras que los defendían, se apoderaron incluso de los fortines que tenían esa misma misión y, antes de que los belgas pudieran accionarlas, cortaron los cables conectados a las cargas explosivas destinadas a volar los puentes. Este puente en concreto sobre el canal estaba protegido por un búnker en la cabecera belga del canal y por otros dos situados, respectivamente, cien metros a la derecha y a la izquierda del puente. El búnker de la cabecera debió de ser tomado de la misma manera misteriosa que cayó la fortaleza de Eben-Emael en Lieja: por paracaidistas provistos de alguna arma novedosa.

El oficial alemán nos aconsejó que no nos adentráramos en el búnker, puesto que aún había minas dentro, pero un par de nosotros nos aventuramos a entrar. Vi enseguida que había habido fuego en el interior, de lo que concluí, aunque con algunas reservas, que los paracaidistas que lo tomaron por la espalda debían de llevar consigo algún tipo de lanzallamas, que les sirvió para abrasarlo todo. Cerca de allí vi unas tumbas recién cavadas, sobre las que había cascos de acero belgas colocados sobre estacas. Probablemente eran los defensores del búnker.

La rapidez desempeñó también un papel importante, con la consiguiente sorpresa. Las columnas motorizadas alemanas habían cruzado la frontera holandesa, a algo más de treinta kilómetros de distancia, a las cinco de la mañana, y a las diez —cinco horas después—cruzaban este canal dentro de Bélgica, tras haber dejado atrás Maastricht, que debería haber contado con fuertes defensas, pero que no las tenía.

A uno le llamaba la atención de inmediato la diferencia entre Holanda y Bélgica. En cuanto pasamos a Bélgica, comenzamos a ver a uno y otro lado de la carretera grupos enteros de casas completamente reducidas a escombros. Era obvio que los belgas estaban hechos de una pasta distinta de la de los holandeses. Desde el primer momento se habían batido como leones, combatiendo casa por casa.

TONGRES, *20 de mayo, ocho menos cuarto de la mañana*

Aquí, por primera vez, nos encontramos de repente ante una auténtica devastación. Buena parte de la población por la que atravesábamos estaba reducida a cascotes, por los ataques en picado de los bombarderos Stuka y la artillería, como nos explicó un oficial. La estación del ferrocarril era un caos, tras haber sido alcanzada por las bombas de los Stukas. Las vías aparecían dobladas y retorcidas, y los vagones y locomotoras, descarrilados. Uno podía —¿o no podía en realidad?— imaginar la consternación de sus habitantes. Cuando se fueron a dormir aquel jueves por la noche (9 de mayo), Bélgica estaba en paz con el mundo, incluida Alemania. El viernes al amanecer, los bombarderos alemanes arrasaban la estación y la ciudad —las mismas casas en que se habían ido a acostar tan apaciblemente— y lo reducían todo a humeantes cascotes. No se veía un alma. Dos o tres perros

hambrientos hozaban tristemente las ruinas, tal vez buscando agua, comida y a sus amos.

ST. TROND, *20 de mayo, ocho y cuarto de la mañana*

Esta población se encuentra a unos veinte kilómetros al oeste de Tongres. Mientras nos abríamos paso lentamente por entre los escombros amontonados en las calles, garabateé apresuradamente unas cuantas notas: «Casas desmoronadas ... ruinas ... caras amargas entre los civiles belgas ... que ahora mismo comienzan a regresar ... mujeres llorosas ... ¿y sus hombres? ... ¿dónde están? ... casas destruidas al azar ... ¿errores de los Stukas? ... ¿o a propósito? ... guerra de carreteras ... el ejército alemán avanza sobre ruedas ... los alemanes simplemente recorren las carreteras ... con tanques, aviones, artillería, armas antitanque, todo ... toda la mañana las carreteras aparecen llenas de suministros, de tropas que van de un lado a otro ... es curioso: aún no he visto ni un solo avión aliado ... y estas interminables columnas de tropas, cañones, suministros, que recorren todo el camino desde la frontera alemana ... ¡menudo objetivo! ... las lágrimas de los refugiados que vuelven en cuentagotas por las carreteras entre el calor y el polvo ... unas lágrimas que te desgarran el corazón ...».

Los refugiados caminan penosamente; las ancianas cargan con un bebé o dos en sus viejos brazos, las mujeres acarrean con las pertenencias familiares. Las afortunadas las llevaban en precario equilibrio sobre bicicletas, y las pocas realmente afortunadas, en carretas. Todas estaban atudidas, horrorizadas, con los rasgos de la cara hundidos por la tristeza y el sufrimiento, pero con una dignidad inmensa. ¿Qué hay que un ser humano no sea capaz de soportar? ¿Cómo logra sobrevivir y seguir adelante?...

Dentro de unas horas estarán hurgando de nuevo entre los carbonizados montones de lo que anteayer, más o menos, habían sido sus hogares.

TIRLEMONT, *20 de mayo, ocho y media de la mañana*

Un oficial alemán me comenta aquí: «Nos costó cinco días de marcha llegar a Tirlemont». Veinte kilómetros por día. No está nada mal. Nosotros nos encontrábamos a unos cien de Aquisgrán. Observé que en todo ese trecho no había visto ni un solo cráter de bomba en la carretera. Deduje que, si bien los Stukas alemanes habían inutilizado las líneas ferroviarias belgas, ponían mucho cuidado en no volar las carreteras y los puentes. Por lo visto el Alto Mando alemán decidió por anticipado no utilizar los ferrocarriles belgas, sino solo sus carreteras. El ejército alemán está concebido para viajar en vehículos dotados de motores de gasolina.

Llegamos a un enorme agujero en la carretera, justo donde esta cruzaba un torrente a la entrada de la población; un orificio de unos treinta metros de diámetro por casi ocho de profundidad. El oficial explicó que aquello lo habían hecho los franceses. «Los franceses son expertos en el manejo de la dinamita —dijo—. En algunos lugares han hecho un gran trabajo. Pero no han conseguido detener el avance de nuestros tanques. Aquí los tanques dieron un rodeo a través de la fábrica que ven allí a la izquierda, derribaron sus muros como si fueran de papel de celulosa, cruzaron el torrente un par de centenares de metros más arriba y persiguieron al enemigo. Apenas nos entretuvieron unos minutos —añadió—, aunque debo reconocer que los franceses lo hicieron bien aquí.» Su admiración por los dinamiteros enemigos resultaba increíble.

Hemos visto aquí, en Tirlemont, muchas pruebas de combates en las

calles. Casas acribilladas por los impactos de las balas de ametralladora; muchas arrasadas por los Stukas y la artillería.

LOVAINA, *20 de mayo, nueve y cuarto de la mañana*

Esta antigua ciudad universitaria, incendiada por los alemanes en un arrebato de furia en 1914, está hoy destruida de nuevo en gran parte. Es la primera impresión que tengo de ella y que, de alguna forma, me salta a la vista. Las manzanas de casas, una tras otra, son una pura ruina. Están todavía humeantes, además, porque la ciudad fue tomada hace tan solo dos o tres días.

Pasamos en coche a través de las ruinas hasta la universidad, hasta la biblioteca de la universidad. Fue incendiada también por los alemanes en 1914 y reconstruida (¿sus fondos también?) mediante donaciones de centenares de instituciones docentes norteamericanas.

—¿Qué le ocurrió a la biblioteca? —le pregunto al comandante local, un coronel maduro de rostro hinchado y con bolsas bajo los ojos, que ciertamente no es un tipo antipático.

—Llegaremos allí en un minuto. Ya la verá —me dice. Se calla luego un momento. Tal vez advierte mi impaciencia, pues añade—: Se libró allí una dura batalla, en el propio centro de la población. Hubo un fuerte tiroteo en las calles. La ciudad cambió de manos varias veces. Nosotros queríamos entrar, y ellos estaban empeñados en rechazarnos. Por fuerza tenían que producirse destrozos, *mein Herr.*

«La habían destruido, pues», concluí yo. Y al minuto siguiente estábamos allí, subiendo por la plaza que hay delante de ella y donde ahora se abren filas de trincheras. Bajamos de los coches y miramos...

Del gran edificio de la biblioteca tan solo quedan en pie los muros. Las ruinas humean aún. Se conservan algunas de las vigas que sustentaban la techumbre. La fachada de estilo Tudor, ennegrecida por el humo, sigue orgullosamente en pie, aunque un soldado alemán corre hacia mí cuando ve que me aproximo y se apresura a advertirme de que no me acerque tanto, pues las paredes pueden venirse abajo en cualquier momento. Aun así, lo hacemos.

Estoy fascinado por las inscripciones que veo en las piedras. Anoto unas cuantas en un trozo de papel: Escuela Finch; Universidad de Rochester; Academia Phillips, Andover; Universidad de Illinois, Asociación Norteamericana de Universidades Femeninas; Escuelas públicas de la ciudad de Filadelfia, Pensilvania... Y así muchas más. Estas y muchas otras semejantes donaron el dinero necesario para reconstruir esta biblioteca. Busco la inscripción acerca de la cual hubo una controversia tan burda (que hoy, sin embargo, no lo parece tanto) entre algunos de los donantes norteamericanos y las autoridades belgas por la época en que yo viajé a Europa por primera vez en 1925, cuando se estaba completando el edificio. No consigo encontrarla. Trato de recordar las palabras exactas, y no puedo. Pero decían algo así: «Destruida por la furia alemana; reconstruida por la generosidad estadounidense».

—¿Y los libros? —le pregunto al comandante, que cada vez me sorprende más como un hombre cabal y decente.

—Quemados —me responde—, probablemente en su totalidad.

Un trabajador nazi malencarado y sañudo, cuya banda amarilla en el brazo derecho proclama su pertenencia a la Organisation Todt, que marcha en la retaguardia del ejército alemán y se encarga de trabajos de demolición, se acerca a mí y me dice:

—Lo hicieron los británicos. Les prendieron fuego antes de marcharse.

Típico de ellos, ¿verdad?

Yo no digo nada, pero después, cuando estamos a solas el coronel y yo, se lo pregunto. Él me mira, se encoge de hombros y me dice:

—Hubo una batalla en esta población, *mein Herr*, como le dije. Combates en las calles. Artillería y bombas. Usted mismo puede ver cuán grande ha sido la destrucción. Yo, por mi parte, no tengo constancia de que un edificio haya sido destruido de forma diferente a la del edificio contiguo, si la biblioteca cayó como los demás o de otra manera.

Antes de que saliéramos de Berlín, cierto oficial del ejército alemán había venido a la Wilhelmplatz para decirnos: «Acabamos de recibir una noticia, caballeros. De Lovaina. Los británicos han saqueado esa hermosa y antigua ciudad. La han sometido a un pillaje vergonzoso».

Pasamos la mañana en Lovaina, mirando entre las ruinas, curioseando en algunos de los edificios que aún quedaban en pie, conversando con los primeros habitantes que regresaban a ellos y con curas y monjas, algunos de los cuales habían pasado los tres días que duró la batalla apiñados en el sótano de un convento y un monasterio próximos. No vimos ni escuchamos ningún testimonio de que los británicos hubieran saqueado la ciudad. Ni ningún oficial del ejército regular —y eso es justo decirlo también— nos sugirió semejante cosa.

Cuando entramos en la ciudad a las nueve y cuarto de la mañana, las maltrechas calles estaban desiertas. No había ni un civil; solo algunos soldados y hombres con uniformes checos de las brigadas de trabajo (Arbeitsdienst) —¿acaso no tienen suficientes uniformes alemanes para ellos?— o de la Organisation Todt, con ropas de faena heterogéneas y las inevitables bandas amarillas en el brazo.

Cuarenta y una mil personas vivían en Lovaina hasta la mañana en que Hitler invadió el oeste. Una semana después, cuando el ejército nazi ocupó

la ciudad, no había allí ni mil. No pudimos averiguar cuántos civiles habían resultado muertos. Probablemente fueran muy pocos. O quizá ninguno. Lo que ocurrió fue que la población, atenazada por el temor a las hordas nazis y recordando sin duda que la última vez en que los alemanes entraron, en 1914, habían tomado como rehenes a doscientos de sus más destacados ciudadanos y los habían fusilado a todos como supuestos francotiradores, decidió abandonar la ciudad antes de que llegaran.

Cuando nos marchamos, alrededor del mediodía, vimos a los primeros que volvían a la ciudad. Nos fijamos en sus rostros. Estaban atónitos... horrorizados. Albergaban mucha amargura y resentimiento. Pero ¡con tanta dignidad, sin embargo! La vi en ellos: una dignidad que, al enmascarar en cierta medida el sufrimiento en el rostro humano, lo vuelve en tales ocasiones noble y hasta hermoso. Nuestros sofisticados intelectuales, como Aldous Huxley, deberían ver más de esto..., toda esta crudeza, entre las ruinas.

El comandante de nuestra expedición nos lleva a la catedral y a la casa consistorial. Salvo por un par de ventanas rotas, están indemnes. Deben de haberse librado del incendio de la ciudad en 1914, porque no son edificios nuevos. Un oficial alemán me dice:

—Los Stukas tienen una ventaja sobre los bombarderos corrientes.

—¿Cuál? —pregunto yo.

—Que son más precisos. Fíjese en cómo han respetado la *Rathaus* y la catedral. En el ataque a la ciudad, los bombarderos corrientes probablemente hubieran alcanzado también a las dos. Pero no nuestros Stukas. Dan de lleno en el objetivo.

Entramos en la casa consistorial. En una sala medieval alargada, probablemente la sala de recepción, porque está en la parte delantera del edificio, vemos de inmediato que estuvo el cuartel general de los británicos.

Hay una gran mesa de madera sin pintar y, sobre ella, mapas, cuadernos de notas, botellas de whisky y de cerveza, latas de galletas con sus curiosas etiquetas inglesas... Todo indica que los británicos estuvieron aquí hasta el último momento.

Un corredor conduce desde allí a pequeñas estancias interiores donde al parecer se habían instalado varios oficiales británicos. Sobre sus mesas, más mapas, diccionarios francés-inglés. En una vi un manual de artillería. Otra tenía manchas de sangre en el suelo. El comandante aventura la información de que allí se desangraron hasta morir dos belgas heridos. En cada habitación, bajo las grandes pinturas renacentistas de las paredes, aparecen en desorden los colchones en que durmieron los británicos. La mayoría de ellos están manchados de sangre, como si en los últimos días no fueran utilizados para dormir, sino para morir en ellos.

Cuando salimos de la casa consistorial, cruzando de nuevo la gran sala de recepción, vi que una gran placa de bronce empotrada en la pared del fondo había sido alterada para arrancar y hacer desaparecer la mitad de ella.

—¿Qué ha pasado con eso? —pregunto a un oficial.

Da un resoplido y dice algo acerca del honor de las fuerzas alemanas y de que aquella placa recordaba a los mártires de Lovaina —los doscientos civiles fusilados mientras eran rehenes del ejército alemán en 1914—, cuando todo el mundo sabía que aquellos doscientos destacados ciudadanos habían sido ejecutados como responsables de las acciones de francotiradores belgas contra soldados alemanes,[26] y que la placa decía algo acerca de la barbarie de los soldados alemanes que el honor de estos los obligaba a rechazar; así pues, habían quitado la mitad de la placa que aludía a los «heroicos mártires de la barbarie alemana», pero habían dejado la otra mitad que celebraba el heroísmo del ejército belga en 1914 en

defensa de su tierra, porque los alemanes no tenían nada que objetar a eso, sino más bien todo lo contrario.

En las ruinas de la plaza donde está la estación de ferrocarril se alza todavía un gran monumento de piedra en torno al cual los alemanes y británicos combatieron en esta ocasión durante tres días. Conmemora asimismo a los buenos burgueses fusilados en 1914. Da incluso la lista de sus nombres. Por el momento, los alemanes no lo han dinamitado.

Hacemos una pausa en la plaza para recuperar el aliento. Los refugiados, todavía con el temor y la estupefacción en sus rostros, comienzan a llegar poco a poco y tratan de abrirse paso por entre las ruinas. Lo hacen guardando un silencio amargo, orgulloso. Aunque nos parte el corazón hacerlo, paramos a unos cuantos e intentamos interrogarlos. Algunos de nosotros queremos llegar hasta el fondo de esa acusación alemana de que los británicos prendieron fuego a la biblioteca de Lovaina en la creencia de que se culparía a los alemanes del hecho y de que la opinión norteamericana se inflamaría aún más contra los nazis. Pero al darse cuenta de que hay oficiales alemanes con nosotros, los interrogados desconfían, se vuelven reservados y no nos dicen nada. Todos insisten en que no vieron nada. No estuvieron en la ciudad durante la lucha. Se habían marchado a las colinas. «¿Cómo iba a poder ver yo algo?», protesta un anciano, al tiempo que observa amargamente a los alemanes. Un cura belga se muestra también reservado. «Estuve en el sótano del monasterio —dice—, rezando por mi rebaño.» Una monja alemana cuenta que ella y cincuenta y seis niños estuvieron apiñados durante tres días en el sótano del convento. Recuerda que las bombas comenzaron a caer la mañana del viernes, día 10. No hubo ninguna advertencia. Nadie esperaba el bombardeo. Bélgica no estaba en guerra. Bélgica no había hecho nada a nadie... Hace una pausa y se da cuenta de que los oficiales alemanes la están mirando.

—Usted es alemana, ¿verdad? —le pregunta uno de ellos.

—*Ja.* —Pero luego se apresura a añadir con una nota de espanto en la voz—: Por supuesto, como alemana, me alegré mucho cuando todo acabó y llegaron las tropas alemanas.

El comandante, animado, quiere llevarnos al convento para hablar con más monjas alemanas, pero nos imaginamos que lo hace solo por un afán de propaganda, e instamos a los oficiales de nuestro grupo a seguir adelante. Partimos, pues, hacia Bruselas.

Hacia el mediodía la caravana de coches avanza velozmente hacia Bruselas por una polvorienta carretera cuando alguien divisa Steenockerzeel y el viejo castillo de estilo medieval donde habían vivido Otto de Habsburgo y su madre Zita, antigua emperatriz del Imperio austrohúngaro. Nos paramos para echar un vistazo. Ha sido bombardeado.

El castillo de Otto es un edificio antiguo, afeado por sus numerosas torres y su perfil embarullado. Está ceñido por un foso de agua cenagosa. Al acercarnos vemos que parte del tejado ha saltado por los aires y que uno de los muros parece tambalearse. Las ventanas están rotas. Evidentemente, ha sufrido las consecuencias de una poderosa explosión. Ya más cerca, vemos dos enormes cráteres provocados por bombas, que de hecho forman ahora parte del foso y lo amplían. El edificio se mantiene en pie solo porque las dos bombas, que debían de ser de doscientos kilos por lo menos, cayeron en el foso y el agua amortiguó su fuerza explosiva. Como el foso se encuentra a apenas dieciocho metros del centro del castillo, las bombas fueron muy certeras. Obra de los Stukas, sin duda.

Pero ¿por qué bombardear el castillo de Otto de Habsburgo? Se lo pregunto a un oficial. No puede aducir ninguna razón. Pero, finalmente, sugiere: «Debieron de utilizarlo los británicos como cuartel general. Eso lo convertiría en un objetivo militar justo». Después, cuando hubimos

recorrido de arriba abajo todo el castillo, no encontramos ninguna prueba de que los británicos hubieran estado allí.

Una vez dentro notamos, eso sí, que lo habían desvalijado, aunque no muy bien. Es evidente que sus ocupantes tuvieron que abandonarlo a toda prisa. En los dormitorios del piso superior hay ropas de mujer en el suelo, encima de las sillas o de las camas, como si quienes estaban allí no hubieran podido decidir enseguida qué vestido ponerse ni tampoco hubieran tenido tiempo ni espacio en el equipaje para llevarse consigo demasiadas cosas. Todos los armarios están llenos de vestidos y prendas perfectamente colgadas de las perchas. En una habitación, ocupada por un hombre, veo libros, jerséis, trajes, palos de golf, discos de gramófono y cuadernos de notas desordenados. En el salón del piso inferior —una gran estancia amueblada con un horrible gusto burgués— hay una gran mesa sobre la que aparecen libros, cuadernos y objetos de porcelana. Veo asimismo un libro enorme sobre insectos que alguien, tal vez Otto, debió de haber hojeado reiteradamente. En lo que me parece su estudio, en el piso de arriba, veo un libro en francés titulado *La guerra que viene.* Echo un vistazo por encima a los libros: hay algunos muy buenos en francés, alemán e inglés. Es obvio que tenía un excelente gusto para los libros. Muchos, por supuesto, son sus textos universitarios de política, economía, etcétera.

Pasamos media hora rebuscando en las habitaciones. En su mayoría, están mal amuebladas. Los cuartos de baño son, incluso, muy primitivos. Recuerdo el esplendor que he visto en el Hofburg de Viena, donde reinaron durante tanto tiempo los Habsburgo; ni comparación con esto. Varios de nuestro grupo cargan con algunos recuerdos: espadas, pistolas antiguas, objetos de adorno. Yo me llevo una página redactada en lengua inglesa que Otto, evidentemente, debió de escribir cuando practicaba el inglés con anterioridad a su reciente visita a Estados Unidos. Me siento como un

ladrón. Un oficial alemán me tiende la gorra de estudiante de Otto. La cojo con cierta vergüenza. Alguien descubre tarjetas de visita de Zita, y me pasa una. Leo en ella: «L'Impératrice d'Autriche et Reine de Hongrie». Me la guardo en el bolsillo; tengo alma de desvalijador, sí. Un perro triste, hambriento, desconcertado, se mueve entre basura abandonada en las habitaciones y nos sigue hasta el coche al salir. Dejamos el castillo a su cargo. No hay ningún ser humano a la vista.

Desde Steenockerzeel hasta Bruselas, las carreteras están llenas de camiones del ejército alemán y cañones motorizados que se dirigen rápidamente al oeste, por la derecha de la calzada; y, por la izquierda, una columna ininterrumpida de cansados refugiados que vuelven, entre el calor y el polvo, a sus ciudades destruidas. Habían ido despertándose en mí las ganas de un buen almuerzo en Bruselas. Pero el espectáculo hace que se me pasen de inmediato.

BRUSELAS, *20 de mayo, dos de la tarde*

Bruselas ha sido respetada; es la única ciudad de Bélgica que no ha sido parcial o totalmente arrasada. Hitler amenazó con bombardearla o destruirla, basándose en que los belgas estaban trasladando tropas a ella, con lo cual había dejado de ser una ciudad abierta. Tal vez la salvó su rápida caída.

Aquí y allá, si vas conduciendo a través de la ciudad, te encuentras con una casa demolida donde cayó una bomba alemana desviada (¿o soltada a propósito solo para atemorizar a la gente?), y todos los puentes sobre el canal que hay en el centro de la ciudad —serían como una docena— fueron volados por los británicos...

Es un día cálido de finales de primavera, y las calles están repletas de habitantes de la ciudad. Con las mismas caras amargas pero orgullosas que hemos visto en las demás poblaciones. El oficial alemán que está al mando de nuestros cuatro coches se detiene para preguntar a un transeúnte el camino para llegar al restaurante en el que hemos reservado mesa para almorzar. El hombre, un individuo con aspecto de profesor, barba y sombrero negro de ala ancha, le da unas indicaciones. Se muestra fríamente cortés. El oficial le da las gracias con un saludo. El profesor se lleva la mano al sombrero con cierta rigidez.

Pronto estamos en el centro de la ciudad, frente a la estación del este y acelerando calle abajo, haciendo sonar el claxon implacable e innecesariamente, hasta llegar a la plaza que hay delante del hotel Metropole. ¡Cuántos días y noches he caminado yo por esta calle en tiempos de paz!, observando a los buenos burgueses de Bruselas, a las

prostitutas excesivamente maquilladas, las calles llenas de excelentes productos que uno nunca encontraba en Alemania —naranjas, plátanos, mantequilla, café, carne...—, las fachadas de los cines con carteles de lo último llegado de Hollywood y París, las terrazas de los cafés que se apretujan en la plaza...

Almorzamos en la Taverne Royale, que a menudo he frecuentado en mis estancias en Bruselas. Me resulta un poco violento aparecer allí en compañía de oficiales alemanes. Afortunadamente, el *maître* y los camareros no me reconocen; o actúan como si no me reconocieran. El restaurante, al igual que el hotel Metropole, ha sido ocupado por el ejército, aunque durante la comida entran dos o tres civiles —una excepción, supongo— y les sirven. Comemos bien, en especial los alemanes del Ministerio de Asuntos Exteriores y del Ministerio de Propaganda, y los oficiales. Alimentos como estos hace años que no es posible adquirirlos en Berlín.

Varios de nuestro grupo agotamos en cuestión de minutos las existencias de tabaco americano del restaurante. Yo mismo compro tres paquetes de Lucky. No puedo resistir la tentación tras un año de estar fumando «picadura» en Alemania. Los guardaré para después del desayuno, a razón de un cigarrillo para cada día. La mayoría compra un cartón entero, lo cual tranquiliza mi conciencia. Pagamos en marcos, al absurdo cambio de diez francos por un marco. Después de almorzar, la mayoría de los del grupo sale de compras con sus marcos, que ahora tienen mucho valor. Adquieren zapatos, camisas, gabardinas, medias de mujer... de todo. Un italiano compra café, té y casi ocho litros de aceite para cocinar, además de zapatos y prendas de vestir.

F. y yo vamos en busca de una tienda de la que yo solía ser cliente, pero, no para comprar sino para charlar. La mujer del dueño despacha allí ahora.

Me recuerda a medias. Está aturdida, asustada; pero es valiente. Aún no se da cuenta de lo que ha ocurrido. Dice: «¡Pasó tan de repente...! Todavía no logro entenderlo. Primero fue el ataque alemán. Después huyó el gobierno. No sabíamos lo que estaba pasando. Y luego, el viernes [hoy es el lunes de la otra semana], hacia las ocho de la tarde, entraron los alemanes». Reconoce que los soldados alemanes se están comportando «correctamente».

—¿Dónde está su marido? —le pregunto.

—No lo sé. Lo movilizaron. Se marchó al frente y no he sabido nada. Solo espero que siga vivo.

Entraron dos soldados alemanes y compraron media docena de paquetes de cigarrillos americanos cada uno. En Alemania, lo máximo que se les hubiera permitido adquirir serían diez cigarrillos alemanes malos. Cuando se hubieron ido, la mujer siguió:

—Tengo la tienda abierta. Pero ¿hasta cuándo? El género viene de Inglaterra y de Estados Unidos. Y mi hijo... ¿de dónde sacaré leche para él? Ahora tengo botes de leche para un par de meses. Pero cuando se acaben...

Hizo una pausa. Y, finalmente, se decidió:

—Al final, ¿qué ocurrirá? Quiero decir... ¿Cree usted que Bélgica volverá a ser como antes, independiente y con nuestro rey?

—Bueno, claro... Si ganan los aliados, será como la vez anterior...

Fue la respuesta que le dimos.

—¿Si ganan...? Pero ¿por qué se dieron tanta prisa en retirarse? Con los británicos y los franceses, teníamos más de un millón de hombres en Bélgica. Y no resistieron tanto como lo hicieron unos pocos belgas en 1914. No lo entiendo.

Tampoco nosotros lo entendíamos, y nos marchamos. Ya de regreso en el restaurante donde nos aguardaban los coches, comenzaban a llegar algunos

de los componentes de nuestro grupo, cargados con sus compras. Muchos no habían vuelto aún, por lo que F. y yo aprovechamos el tiempo para llegarnos a la plaza del ayuntamiento. En lo alto de la casa consistorial ondeaba la esvástica al sol del atardecer. Por lo demás, salvo por los grupos de soldados alemanes que se veían en todas partes, la plaza no había cambiado. Distinguimos las oficinas de un banco norteamericano. Entramos y preguntamos por el director. Ya antes, durante el almuerzo, habíamos pedido a los alemanes que nos llevaran a la embajada estadounidense, pero se habían negado a hacerlo. Nos dijeron que el personal de la embajada había huido junto con el gobierno belga. Yo protesté diciendo que, como mínimo, habrían dejado a cargo de ella a un secretario de embajada. Pero me aseguraron que no, que tan solo quedaba allí un portero. Esto, evidentemente, tenía que ser falso, pero F. y yo renunciamos a seguir insistiendo. Estaba demasiado lejos para ir hasta allí dando un paseo en el breve tiempo de que disponíamos.

Los dos directores del banco —uno de ellos había llegado de Nueva York dos días antes de que Bélgica fuera invadida— se mostraron encantados de vernos. Nos dijeron que el embajador, Cudahy, y la totalidad del personal habían permanecido en Bruselas, pero que no habían estado en condiciones de comunicarse con el mundo exterior. Hasta donde ellos sabían, todos los norteamericanos se encontraban bien. Algunos, junto con un grupo de refugiados judíos, habían intentado escapar un par de noches antes de la llegada de los alemanes. Pero las tropas alemanas habían bombardeado un puente de ferrocarril a unos treinta y tantos kilómetros de la capital, y el tren había tenido que detenerse. Se había producido cierto pánico, sobre todo entre los judíos, como era muy comprensible. Los judíos habían decidido entonces, junto con cinco o seis de los norteamericanos, seguir a pie hacia la costa. Los demás, entre los que se hallaba uno de los directores,

habían regresado a Bruselas. Nadie sabía qué suerte habían corrido los que decidieron continuar el viaje caminando hacia la costa.

Noticias sueltas sobre Bruselas: funcionan los tranvías, pero no se permite el tráfico de automóviles privados. Los alemanes se han incautado de la mayoría de los vehículos privados. No hay servicio telefónico. Los cines están cerrados, aunque sus carteles todavía anuncian películas francesas y norteamericanas. El ejército ha prohibido a la población escuchar emisoras de radio extranjeras. Hay letreros en todas partes de un llamamiento del burgomaestre, redactado en francés y en flamenco, en el que se pide a la población que mantenga la calma y la dignidad con respecto a las tropas alemanas. Las oficinas de las empresas estadounidenses han recibido de la embajada un letrero impreso en el que se dice: «Este local es una propiedad norteamericana y está bajo la protección del gobierno de Estados Unidos».

Dejamos Bruselas ya avanzada la tarde, con los coches llenos del botín que casi todos hemos adquirido. Llegamos a Aquisgrán a eso de las nueve y media. He tenido suerte: he podido arreglar las cosas con la RRG en Berlín para emitir desde Colonia esta misma noche a las cuatro y media.

Acabo de terminar mi guión. He tenido que sacar de la cama a los censores del Ministerio de Propaganda y del Alto Mando para que lo leyeran. Aunque no he dormido mucho estos días, no estoy soñoliento ni cansado. He alquilado un coche con conductor para que me lleve a Colonia; algo más de sesenta kilómetros. El hombre insiste en que nos marchemos ahora, a la una de la madrugada. Dice que las tropas que encontremos en la carretera nos retrasarán, y quizá, también, los bombarderos británicos. Hasta el momento, no se han dejado ver esta noche, aunque hay casi luna llena.

21 de mayo, seis y cuarto de la mañana

La transmisión fue perfectamente. No han aparecido bombarderos ingleses. Nos costó algo encontrar los estudios de la emisora en medio del apagón nocturno. Finalmente, una mujer rubia y gruesa que se hallaba de pie en un portal acompañada por un soldado, nos dio unas indicaciones muy útiles en Colonia. Conseguí arañar media hora de sueño en el estudio, y estuve dormitando después la hora y media que nos llevó el viaje de vuelta a Aquisgrán. Es decir, que dormí prácticamente todo el camino. Amaneció un día espléndido y, finalmente, me desperté para apreciarlo. Ahora bajo a desayunar y saldremos para el frente a las seis y media. No me da tiempo de cambiarme de ropa, pero he podido afeitarme rápidamente.

Nota al pie para el 20 de mayo

De regreso a Aquisgrán desde Bruselas, nos cruzamos con un grupo de prisioneros británicos. Debió de ser en la provincia holandesa de Limburg, en un suburbio de Maastricht, creo. Se hallaban apiñados en el patio embaldosado de una fábrica abandonada. Nos detuvimos y nos acercamos para hablar con ellos. Daba pena verlos. Los prisioneros siempre la dan, en especial inmediatamente después de una batalla. Algunos estaban a todas luces aturdidos por los obuses, otros, heridos y todos, absolutamente extenuados. Pero lo que más me impresionó de ellos fue su condición física. Estaban todos flacos, con el tórax hundido y caídos de hombros. Alrededor de una tercera parte de ellos tenía la vista mal y llevaba gafas. Lo típico, concluí, de esa juventud que Inglaterra ha descuidado tan criminalmente en los veintidós años de la posguerra, mientras Alemania, a pesar de la derrota, de la inflación y de sus seis millones de parados, educaba a la suya al aire

libre y a pleno sol. Les pregunté a los muchachos de dónde eran y qué hacían en la vida civil. Casi la mitad trabajaba en oficinas de Liverpool; el resto, en oficinas de Londres. Su instrucción militar se había iniciado, dijeron, nueve meses antes de que comenzara la guerra. Pero, como podía verse, no había podido compensar la mala dieta, la falta de aire fresco y de sol, y la ausencia de preparación física de los años de la posguerra. A unos treinta metros más allá, un batallón de infantería alemana marchaba por la carretera en dirección al frente. No pude evitar compararlos con estos muchachos británicos. Los alemanes estaban bronceados y bien formados físicamente, con aspecto de saludables leones, el tórax y todo lo demás perfectamente desarrollado. Todo ello tenía mucho que ver con que la lucha fuera desigual.

Yo sabía que los jóvenes ingleses habían combatido con todo el valor que pueden poner en juego los hombres. Pero el valor no lo es todo; no es suficiente en esta guerra de la era de las máquinas. Has de tener un cuerpo que te haga imponente y amenazador para los otros. Y, sobre todo en esta contienda, debes contar con todas las máquinas de guerra. Pregunté a los ingleses acerca de eso. Eran seis y estaban un poco apartados. Me dijeron que eran los únicos que quedaban de una compañía que había entrado en combate cerca de Lovaina.

—No tuvimos ninguna oportunidad —respondió uno de ellos—. No teníamos más defensa que nuestros cascos. Muy poco contra los bombarderos en picado y los tanques.

—¿Qué me dicen de sus propios bombarderos y tanques? —pregunté.

—Que no vimos ninguno —respondieron todos a coro.

Tres de los hombres tenían sucias y ensangrentadas vendas sobre un ojo. Uno de los tres parecía particularmente abatido y le rechinaban los dientes de dolor.

—Una lástima —me susurró su camarada—. Ha perdido el ojo. Se siente muy desgraciado por eso.

—Dígale que no es tan terrible —le sugerí en un torpe intento por consolarlo—. Yo mismo he perdido la vista en un ojo —añadí—, y ni usted mismo se daría cuenta de que me falta.

Temo, sin embargo, que no me creyó.

En conjunto, a pesar del trauma de la batalla y de su negro futuro como prisioneros de guerra, componían un grupo animado. Un soldado menudo de Liverpool me sonrió a través de los gruesos cristales de sus gafas.

—¿Saben una cosa? Son ustedes los primeros norteamericanos que he visto en la vida. ¡Curioso lugar para tropezar con uno por primera vez!, ¿no creen?

Eso animó a los otros a realizar la misma observación, y compartimos una buena carcajada. Pero por dentro yo no me sentía tan bien. F. y yo les dimos todos los cigarrillos que teníamos y nos marchamos.

AQUISGRÁN, *21 de mayo*

Hoy he llegado por fin al frente y he visto mi primera batalla, librada a lo largo del río Scheldt, en el oeste de Bélgica. Es el primer combate real que presencio desde la batalla por Gdynia en Polonia el pasado septiembre.

Mientras nos dirigíamos hacia el frente, pasamos de nuevo por Lovaina. Me sorprendió ver cuánta gente había regresado ya a la ciudad. Los campesinos habían traído consigo alimentos. Ante nuestra sorpresa, en una calle en ruinas funcionaba ya un pequeño mercado de verduras.

Yendo al sudoeste desde Bruselas, seguimos la carretera hacia Tournai, que aún está en manos de los aliados. En Toubize, a unos pocos kilómetros

al sudoeste de Waterloo, encontramos las señales ya familiares de combates recientes —casas demolidas a lo largo de las calles y restos a medio quemar por todas partes—, hasta el punto de que me dio la impresión de que esta guerra la estaban librando a lo largo de las carreteras... dos ejércitos que se desplazaban sobre ruedas. Casi todas las poblaciones estaban total o parcialmente destruidas. Pero los campos cercanos se veían intactos. Y los campesinos que ya habían vuelto se ocupaban en labrarlos.

Hacia el mediodía llegamos a Enghien y nos dirigimos al puesto de mando del general Von Reichenau, comandante del 6.º Ejército. El puesto de mando se hallaba en un *château* no muy alejado de la población. En el parque de acceso al *Schloss* se veían baterías antiaéreas montadas en todas partes. Era uno de esos agradables castillos renacentistas que salpican los campos de Bélgica y Francia, y el parque y la zona de césped que conducían hasta él eran frescos y verdes.

Reichenau, al que había visto ocasionalmente en Berlín antes de la guerra, salió al porche para recibirnos. Estaba bronceado y flexible como siempre, con su invariable monóculo bien encajado en el ojo. Con la típica meticulosidad alemana y una aparente franqueza que me sorprendió, nos describió las operaciones llevadas a cabo hasta el momento, deteniéndose de cuando en cuando para responder a nuestras preguntas. En un breve cablegrama para la CBS que garabateé después a partir de las notas tomadas durante la entrevista, escribí:

«A pesar de los éxitos alemanes hasta la fecha, Reichenau nos subrayó que la lucha se había limitado solo a un movimiento envolvente y que aún tenía que librarse la batalla decisiva.

»—¿Dónde y cuándo? —le pregunté.

»—El dónde —se rió— depende en parte de lo que haga el enemigo. Cuándo y cuánto durará, lo decidirá el futuro. Puede ser corta o larga.

Recuerden que las luchas preliminares en torno a Waterloo duraron varios días. Pero la batalla decisiva en Waterloo se decidió en ocho horas.

»Reichenau admitió que “posiblemente nuestro avance no se verá retrasado si Weygand decide oponer una gran resistencia. Comenzamos esta batalla con plena confianza. Pero no nos hacemos ilusiones. Sabemos que aún tenemos ante nosotros una gran batalla”.

»Reichenau dijo también que las bajas alemanas habían sido relativamente pocas hasta ahora, pues ascendían a en torno la décima parte del número de los prisioneros capturados. La última cifra oficial de prisioneros era de 110.000, sin contar el medio millón de holandeses que se han rendido.

»Alguien preguntó cómo había podido la infantería alemana cruzar tan rápidamente los ríos y canales, habida cuenta de que los aliados habían destruido numerosos puentes.

»—Sobre todo mediante botes de goma —respondió».

Reproduzco algunas citas más de lo dicho por Reichenau, que anoté apresuradamente:

«Hitler dirige hoy el ejército alemán desde su cuartel general. La mayoría de las voladuras de puentes y carreteras en Bélgica fueron llevadas a cabo por especialistas franceses ... He viajado doscientos kilómetros diarios a lo largo del frente, y aún no he visto un combate aéreo. Ciertamente, nos ha sorprendido que los aliados no hayan intentado en absoluto bombardear nuestros puentes sobre el Mosa y el canal de Alberto. Los británicos intentaron hacerlo solo en una ocasión a la luz del día. Derribamos a dieciocho de ellos. Pero no parece haber duda de que los ingleses están reservando su fuerza aérea. Por lo menos, esa es la impresión que yo tengo».

¡Y yo me quedé con la impresión de que eso más bien le fastidiaba!

Más notas de la conversación con Reichenau:

«Los ingleses tienen dos cuerpos de ejército en Bélgica, ampliamente motorizados. Los belgas controlan el sector norte y los británicos, el centro y los flancos del sector sur ... Hemos chocado con una división marroquí. Combatieron bien, pero les falta capacidad de resistencia y no aguantaron mucho ... La batalla más dura en los primeros días se libró a lo largo del canal de Alberto. Posteriormente, a lo largo de la Línea Dyle, en especial en torno a Gembloux, al noroeste de Namur».

Unas pocas preguntas y respuestas más. El general está de un humor casi jovial. No está tenso. No se le nota preocupado. No tiene prisa. Hasta el punto de que uno se pregunta: ¿no tienen nervios estos generales alemanes? Porque, después de todo, está dirigiendo un gran ejército en una batalla importante. A pocos kilómetros de allí, dos millones de hombres intentan matarse unos a otros. Él manda casi a un millón de ellos. El general sonríe y se despide de nosotros con un ademán desenfadado. «Acabo de darles permiso para que vayan ustedes al frente —dice. Se le iluminan los ojos—. Tal vez se vean bajo el fuego enemigo. Pero tendrán que correr ese riesgo. Todos lo hacemos.»

Se vuelve y nos confía a su ayudante, que nos sirve una copa de burdeos excelente, sacado sin duda de la bodega del sótano. Después salimos hacia el frente.

No tardamos en oír el lejano tronar de la artillería. Estamos en la carretera que se dirige a Ath, una población que, como veo en el mapa, está tan cerca de Lille, aún en poder de los franceses, como de Bruselas. Se suceden más pruebas de que la batalla se está librando frente a nosotros: las ambulancias de la Cruz Roja, que pasan cada vez con mayor frecuencia; el hedor de caballos muertos en las calles de las aldeas; las reses que yacen

inmóviles en los pastos a uno y otro lado de la carretera, muertas por una bomba o por la explosión de un obús.

Ya cerca de Ath, damos un pequeño rodeo y nos adentramos por un pintoresco camino rural. Un teniente, que trabajaba antes como funcionario de un ministerio en la Wilhelmstrasse y ahora es uno de nuestros guías, se pone de pie sobre el asiento delantero de su vehículo y, como si fuera un Napoleón, empieza a gesticular para darnos órdenes, ahora de girar hacia un lado, ahora de detenernos, etcétera. Nuestros chóferes, todos ellos soldados, dicen que sus excitadas señales no significan nada; los muchachos que llevan ahora los volantes de nuestros coches se ríen ... Pero, por lo visto, el teniente ha olido la sangre de la batalla, aunque todavía estamos a bastante distancia de ella.

Nos llega de pronto un olor apestoso, insoportable; es todo lo que queda de una variopinta columna francesa tras un ataque aéreo alemán. A lo largo del estrecho camino hay una docena de caballos muertos y pudriéndose bajo un sol abrasador, dos tanques franceses con el blindaje perforado como si fuera de papel de celulosa, un cañón de 155 mm y otro de 75 mm aparte de unos cuantos camiones abandonados apresuradamente, porque a su alrededor pueden verse toda clase de utensilios, guerreras, camisas, capotes, cascos, latas de alimentos y... cartas dirigidas a las esposas, novias y madres que aguardan en sus hogares.

Observo que hay dos fosas recién abiertas a un lado de la carretera, marcadas por una estaca de la que cuelga un casco francés. Recojo algunas de las cartas, pensando que tal vez me será posible enviarlas por correo o llevarlas a su destino y explicar, quizá, cómo era aquel lugar, el último que vieron los ojos de quienes las escribieron. Pero no hay sobres con ellas, ni direcciones, ni apellidos. Son solo cartas escritas apresuradamente: «Ma chère Jacqueline», «Chère maman», etcétera. Echo un vistazo a un par de

ellas. Dicen haber sido escritas antes del inicio de la ofensiva. Hablan del tedio de la vida en el ejército y de cómo están esperando verte en París en el próximo permiso, «ma chérie».

La pestilencia de los caballos muertos bajo el sol de los últimos días de la primavera se hace inaguantable, aunque alguien los ha rociado con cal. Seguimos, pues, adelante. Cruzamos una pequeña aldea, cinco o seis granjas en la intersección de un sendero con la carretera. Ganado pastando en los campos. Cerdos gruñendo en las porquerizas. Todos tienen sed, porque las granjas están abandonadas. Las vacas llevan días sin ser ordeñadas y tienen las ubres dolorosamente hinchadas.

Ahora podemos oír con claridad los cañonazos. Seguimos por la polvorienta carretera y pasamos junto a interminables columnas de camiones alemanes que transportan tropas o municiones, la vital gasolina o cañones grandes y pequeños. El puente que cruza un riachuelo o canal en Leuze ha sido volado, pero los ingenieros alemanes han construido ya otro provisional, sobre el que pasamos ahora.

Leuze está repleta de vehículos y soldados. Manzanas enteras de casas han sido reducidas a escombros. Algunas aún humean. Nos detenemos media hora en una agradable plazuela en la que hay una iglesia, una escuela y el ayuntamiento o algún edificio del gobierno. La escuela es ahora un puesto de la Cruz Roja. Yo me acerco a él. Hay una serie de ambulancias alineadas delante, siete u ocho, a la espera de descargar a los heridos. Pero, incluso en el caso de los heridos, se mantiene la misma organización impersonal, mecánica; no se aprecia excitación ni tensión. Hasta ellos mismos parecen estar desempeñando un papel en esta gigantesca y eficaz maquinaria: no gimen, no murmuran, no se quejan.

Nos dan algo para comer mientras esperamos: un pedazo de pan integral con una especie de ragú de pescado en lata extendido por encima. Después

salimos hacia el frente. Antes de ponernos en movimiento, el oficial a cuyo cargo estamos nos previene del riesgo. Nos advierte de que debemos obedecer al instante sus órdenes. Nos explica que debemos buscar un lugar llano en el campo y tumbarnos bocabajo si vemos que vienen los aviones de los aliados o si la artillería francesa abre fuego. Nuestro grupo está un poco tenso ahora mientras seguimos adelante. Vamos en dirección norte, en paralelo al frente, y después en sentido contrario hasta unos ocho kilómetros de Renaix; cruzamos rápidamente la población y tomamos luego hacia el norte de nuevo en dirección al río Scheldt, donde están combatiendo. Tropas de infantería, casi las primeras que hemos visto combatiendo a pie, se están desplegando hacia el río por diferentes rutas. También observamos la presencia de piezas de artillería pesada; sorprende ver esos cañones de 155 mm, montados sobre neumáticos y desplazados por camiones de tipo oruga, que los suben por la ladera de una colina a más de 60 kilómetros por hora. (¿Será este uno de los secretos militares de los alemanes, su capacidad de desplazar tan rápidamente grandes cañones?) Finalmente nos detenemos. A la derecha de la carretera hay una batería de cañones de 155 mm, camuflada bajo los árboles de un huerto, que machaca las posiciones enemigas. Desde allí tenemos ahora una buena vista sobre el valle del Scheldt y distingo las colinas del otro lado. Retumba la artillería, y al segundo siguiente uno distingue el humo de los obuses en las distantes laderas. Un oficial nos explica que están bombardeando las carreteras situadas detrás de las líneas enemigas. Y, en efecto, uno puede seguir las sinuosas carreteras en el otro lado por el humo de cada obús que estalla. Salimos de nuestros vehículos, pero al momento nos ordenan volver a entrar en ellos. Alguien dice que es demasiado expuesto para nosotros. Los aviones enemigos o su artillería podrían alcanzarnos. Así que damos marcha atrás, giramos después al oeste y subimos a otra colina más allá de

las posiciones de la artillería, de forma que las tenemos ahora detrás de nosotros, abriendo fuego por encima de nuestras cabezas. Se trata de un puesto de observación en medio del bosque, en lo alto de la colina. Tomamos asiento en la ladera y miramos por entre los árboles hacia la línea del frente.

Pero es decepcionante. ¡Se ve tan poco en realidad! No puedes distinguir a la infantería ni ver lo que está haciendo. Un oficial nos explica que están luchando allí abajo, en la orilla del río. Los aliados tienen aún las dos orillas, pero se están retirando y pasando al otro lado del Scheldt. La única evidencia que tenemos de la lucha de la infantería son los movimientos de la barrera de fuego de la artillería alemana. Interrumpe un momento los disparos, y después comienza a disparar de nuevo, más cerca de nosotros. De eso puede deducirse que el otro bando ha contraatacado y que después los alemanes atacan de nuevo, a cubierto de la barrera que crea su propia artillería. Un joven oficial de la Wilhelmstrasse insiste en que puede seguir los movimientos de la infantería. Yo trato de verlos con mis prismáticos. Pero la infantería es invisible.

Por el humo de los obuses que explotan en las laderas más allá del Scheldt puedes ver que los alemanes están sometiendo a un castigo terrible las líneas de comunicación de la retaguardia del enemigo. Veo con los prismáticos cómo los obuses alemanes van siguiendo todas las curvas de la carretera. Al cabo de un rato lo único que se ve es una gran columna de humo que se extiende por el otro lado del frente. Hasta ahora no hemos oído hablar gran cosa de la artillería alemana como factor clave en su asombroso avance. Casi toda nuestra atención la acaparaban los bombarderos Stuka. Pero es evidente que esta artillería motorizada alemana, situada en sus posiciones inmediatamente detrás de los tanques que avanzaban a 60 kilómetros por hora, tiene que haber sido un factor sumamente importante.

Es probable que los aliados no hayan calculado que la artillería podía desplazarse con tanta rapidez. A nuestro alrededor están abriendo fuego cañones alemanes de 155 y 105 mm. El estruendo no es tan ensordecedor como yo temía. Tal vez los oídos van acostumbrándose a él.

Un joven soldado se nos acerca y trata de inculcarnos algo de propaganda. Nos cuenta, por ejemplo, que los británicos contraatacaron la noche anterior, llegaron hasta el bosque donde estábamos ahora y desalojaron a todos los civiles de la zona. A la mayoría de nosotros no nos impresiona. Yo concluyo que, si realmente contraatacaban y regresaban durante la noche, lo más probable es que los civiles se fueran con ellos por propia voluntad para no caer en manos de los alemanes. Hasta los italianos que viajan con nosotros se rieron de mi ocurrencia.

Observo que durante toda la tarde están sobrevolando el frente dos o tres aviones de reconocimiento alemanes, dirigiendo, obviamente, el fuego de artillería. Cruzan por encima del campo de batalla sin ser molestados. Pero no veo ningún avión que dirija la artillería aliada, que parece estar apuntando solo hacia las posiciones alemanas avanzadas y no a su artillería. Lo encuentro muy extraño. Esa falta de aparatos de reconocimiento coloca a los aliados en una ratonera. De hecho, no hemos visto un solo avión aliado en todo el día. En un par de ocasiones sonaron las alarmas, pero no apareció ninguno. ¡Qué caro están pagando ahora Inglaterra y Francia el culpable descuido de su aviación!

Mientras va pasando la tarde y disminuye el estruendo de los cañones, las unidades de artillería que hay cerca de donde estamos reciben órdenes de adelantar sus posiciones. Uno supone que el avance se va a llevar a cabo conforme a un plan ya programado. Y es así porque, de inmediato, en los bosques que hay a nuestro alrededor aparecen hombres y vehículos que no hemos visto hasta entonces. Algunos hombres bajan de las ramas de los

árboles que los camuflaban por completo, y salimos de allí. Antes echamos una última mirada al valle del Scheldt y al humo que aún sale de los proyectiles que han ido a parar al otro lado del río. Es probable que todo ello tenga algún significado para estos oficiales alemanes que nos rodean; que cada silbante proyectil tenga una misión, que cada pieza de artillería y cada camión de los que ahora bajan por la carretera se dirija a algún lugar previamente asignado; cada uno de los miles y miles que hay. Para mí, todo el caos del campo de batalla es, en realidad, la maquinaria bien engrasada de un arma de destrucción en pleno funcionamiento.

Regresamos a Bruselas. Los Stukas alemanes vuelan por encima de nosotros mientras se encaminan a realizar algún trabajito de última hora. En Bruselas, cazas y bombarderos alemanes se exhiben sobre la ciudad. Es la idea alemana de lo que hay que hacer para impresionar a la población...

Es medianoche cuando llegamos a Aquisgrán. En Maastricht, los alemanes aguardaban el ataque de bombarderos británicos. A cuatrocientos metros de un puente reconstruido, un soldado nos obliga a parar; hay que apagar todas las luces. Seguimos adelante a la luz de la luna —es casi luna llena esta noche—, espléndida en sus reflejos cuando los vemos al cruzar el puente. Cuatrocientos metros más allá otro soldado nos para de nuevo; dice que ya podemos encender las luces de cruce. Eficiencia.

La mayoría de los que forman nuestro grupo han saqueado Bruselas por segunda vez, y ahora les preocupa que los alemanes, que aún mantienen un puesto de aduanas en la vieja frontera germano-holandesa, puedan despojarlos de su botín. Pero no lo hacen.

Es demasiado tarde para emitir, así que escribo una crónica que será dictada por teléfono a Berlín, cablegrafiada luego a Nueva York y leída y difundida allí a través de las ondas. Apenas me he sentado a redactarla cuando los bombarderos británicos se presentan sobre Aquisgrán. Dejo mi

habitación, que se encuentra ahora una planta más abajo que la que había ocupado antes junto al desván, y me voy a escribir en el comedor de la planta baja. Los cañones antiaéreos de todos los calibres siguen atronando en medio de la noche. De vez en cuando noto la onda expansiva de una bomba y oigo la explosión. Nuestro pequeño hotel está a un centenar de metros de la estación. Obviamente los británicos buscan alcanzar la estación y los almacenes del ferrocarril. Se puede oír el ronco bramido de los motores de los bombarderos, y a veces hasta el zumbido de los cazas alemanes que los persiguen en la noche.

Me dan mi conferencia a eso de la una y veinte de la madrugada. Difícilmente puedo hacerme oír por el estruendo de los cañones y las bombas.

Mientras escribo mi crónica, tomo notas sobre el ataque aéreo.

00.20 Se da el aviso de ataque aéreo.
00.40 Se oyen las sirenas de ataque aéreo.
00.45 Una gran batería antiaérea próxima retumba de pronto.
00.50 Ruido de cañones de los cazas alemanes.
1.00 Fuego antiaéreo continuo en torno a la estación.
1.15 Continúa el ataque.

El ataque prosiguió durante cuatro horas, hasta poco después de las cuatro de la madrugada. Pero, como después de mi conferencia con Berlín me sentía un tanto adormilado, me fui a la cama y me dormí de inmediato.

BERLÍN, *24 de mayo*

Hoy hace dos semanas que Hitler desencadenó su *Blitzkrieg* en el oeste. Desde entonces, esto es lo que ha sucedido: Holanda está derrotada y cuatro quintas partes del territorio de Bélgica, ocupado, al ejército francés se lo ha forzado a huir hacia París y un ejército aliado que se calcula en un millón de hombres, y que incluye a la élite de las fuerzas franco-británicas, se encuentra atrapado y rodeado en el Canal.

Hay que ver al ejército alemán en acción para poder dar crédito a esta realidad. He aquí, hasta donde yo puedo ver, algunos aspectos que lo hacen tan extraordinario:

Goza de una absoluta superioridad aérea. Parecerá increíble, pero en el frente no he visto ni un solo avión aliado que se atreva a volar durante el día. Los bombarderos Stuka están machacando las posiciones defensivas aliadas, dejándolas a punto para lanzar sobre ellas un ataque decisivo. Están también destrozando las comunicaciones aliadas en retaguardia, bombardeando carreteras atestadas de camiones, tanques y artillería, y arrasando estaciones y nudos ferroviarios estratégicos. Más aún, los aviones de reconocimiento están dando al mando alemán una imagen perfecta de lo que sucede. Contra esto, los aliados pelean completamente a ciegas. Apenas hay aviones de reconocimiento aliados en vuelo. Y los bombarderos aliados han fracasado por completo a la hora de cortar las líneas de comunicaciones alemanas con sus ataques diurnos. Uno de los espectáculos que más sorprenden en el frente es en qué medida los alemanes están volcando en él hombres, cañones y suministros sin que nadie se lo ponga difícil. En vista de que los belgas y los francesas destruían todos los puentes ferroviarios, el mando alemán decidió emplear exclusivamente transportes motorizados. Durante todo el día en el frente, mientras circulábamos a sesenta u ochenta kilómetros por hora, pasábamos junto a interminables columnas mecanizadas que se prolongaban sin solución de continuidad a lo largo del

territorio belga y que se movían rápidamente también: entre cincuenta y sesenta y tantos kilómetros por hora. Uno se pregunta cómo los abastecen de gasolina y gasóleo. Pero lo cierto es que lo hacen. Los camiones cisterna van por delante con todo lo demás. Y cada conductor sabe dónde podrá repostar cuando va corto de combustible.

¡Qué espléndidos blancos serían estas interminables columnas si los aliados dispusieran de aviones!

¡Y qué extraordinaria maquinaria es la que las hace marchar con un ritmo tan uniforme! De hecho, esta es la principal impresión que uno obtiene al observar al ejército alemán en acción. Es una maquinaria de guerra gigantesca, impersonal, dirigida tan serena y eficientemente como nuestra industria automovilística de Detroit, por ejemplo. Inmediatamente detrás del frente, con los cañones atronando día y noche los oídos de uno y los aviones pasando por encima de las cabezas, mientras miles de vehículos motorizados circulan rugiendo por polvorientas carreteras, oficiales y soldados se mantienen imperturbables y eficientes en sus puestos. No se advierte excitación ni tensión entre ellos. Un oficial que dirige el fuego de la artillería hace un alto de media hora para explicarte qué es lo que está haciendo. El general Von Reichenau, que manda un gran ejército en una batalla crucial, dedica una hora de su tiempo a unos legos en la materia para ilustrarlos acerca de sus objetivos.

La moral de las tropas alemanas es muy alta. Recuerdo ahora una compañía de ingenieros cuyos miembros se disponían a bajar hasta el río Scheldt para tender un pontón en la orilla batida por el fuego enemigo. Los hombres estaban recostados en los árboles del lindero del bosque, leyendo la edición diaria del periódico del ejército, el *Western Front.* Jamás he visto a unos hombres que marchen a una batalla de la que sin duda algunos no saldrán con vida con semejante... bueno, tan despreocupadamente.

La pretensión de la BBC de que estas columnas ligeras alemanas —como la que se abrió paso hasta el mar en Abbeville— son fuerzas poco consistentes que no pueden retener lo conquistado, es un puro mito. Los alemanes no avanzan solo con tanques y unas pocas unidades de infantería motorizadas, sino con todo. Inmediatamente detrás de los tanques y la infantería, siguen la artillería ligera y pesada, ambas motorizadas.

BERLÍN, *25 de mayo*

Círculos militares alemanes de aquí lo han dicho claramente esta noche. Según ellos, la suerte del gran ejército aliado embotellado en Flandes está echada.

BERLÍN, *26 de mayo*

Ha caído Calais. Gran Bretaña está ahora incomunicada del continente.

BERLÍN, *28 de mayo*

El rey Leopoldo ha dejado a los aliados. Al amanecer, el ejército belga, que junto con los británicos y los franceses lleva una semana atrapado en una bolsa en Flandes y el Artois que cada vez ve más reducida su extensión, ha dejado las armas. Durante la noche, Leopoldo había enviado un emisario a las líneas alemanas solicitando un armisticio. Los alemanes pidieron una rendición incondicional, y Leopoldo aceptó. Esto deja a los británicos y

franceses en un buen apuro. El Alto Mando dice que hace que su posición sea «desesperada». He captado esta noche una emisión de Reynaud en la que acusa a Leopoldo de haber traicionado a los aliados. Churchill, según la BBC, ha estado más cauteloso. Anunció, en una breve declaración en los Comunes, que no exigiría responsabilidades.

Gran júbilo en la prensa de aquí por la capitulación de los belgas. Tras dieciocho días, nos recuerdan los periódicos de Berlín. Fueron exactamente dieciocho los que tardaron los alemanes en liquidar a los polacos. Probablemente tendrán al resto del ejército aliado en el bolsillo antes del próximo fin de semana. Churchill, según la BBC, ha prevenido a la Cámara de que pronto recibirán malas noticias.

Por primera vez, los comunicados de hoy han estado emanando del «cuartel general del Führer». Todos ellos sonaban como si hubieran sido dictados por el propio Hitler. Por ejemplo, este típico intento de parecer generoso: «DNB. Cuartel general del Führer, 28 de mayo. El Führer ha ordenado que al rey de los belgas y a su ejército se les dispense el trato que merecen los combativos y valientes guerreros que han demostrado ser. Puesto que el rey de los belgas no ha expresado ningún deseo personal para él mismo, se le cederá un castillo en Bélgica mientras se decide cuál será finalmente su residencia».

Se decide... ¿por quién?

La propaganda nazi está haciendo todo lo posible por demostrar que Leopoldo hizo lo único decente y sensato que tenía a su alcance. Estas son las palabras exactas de un comunicado especial que, según dice a sus oyentes la radio alemana, «llenará a la nación alemana de orgullo y alegría»:

«Del cuartel general del Führer llega este anuncio: impresionado por la destructiva eficacia del ejército alemán, el rey de los belgas ha decidido

poner fin a más resistencia insensata y solicitar un armisticio. Se le ha comunicado la petición alemana de una rendición incondicional. El ejército belga ha depuesto hoy las armas y, por lo tanto, ha dejado de existir. En esta hora pensamos en nuestros valientes soldados ... Toda la nación alemana mira con un profundo sentimiento de gratitud e ilimitado orgullo a las tropas ... que han forzado esta capitulación ... El rey de los belgas, para poner fin a más derramamiento de sangre y a la devastación absolutamente inútil de su país, ha tomado la decisión de deponer las armas, en contra de los deseos de la mayoría de los miembros de su gabinete. Este gabinete, que es el principal responsable de la catástrofe que se ha abatido sobre Bélgica, parece aún deseoso de seguir el camino que les marcan sus patronos ingleses y franceses».

Los titulares de esta noche: «¡CHURCHILL Y REYNAUD INSULTAN AL REY LEOPOLDO! LOS COBARDES DE LONDRES Y PARÍS ORDENAN LA CONTINUACIÓN DEL SUICIDIO EN FLANDES». La radio alemana decía esta noche: «Leopoldo actuó como un soldado y un ser humano».

La semana pasada vi en el frente el terrible castigo al que estaba siendo sometido el ejército belga; vi cómo toda Bélgica, a excepción de Bruselas, había sido arrasada por la artillería alemana y las bombas de los Stukas. Uno puede simpatizar en alguna medida con Leopoldo por no querer seguir. Pero los franceses y los británicos dicen que lo hizo sin consultarlos, traicionándolos y dejándolos en una situación terrible, sin ninguna posibilidad de liberar a sus tropas de la trampa en que se encontraban. Juntos, los tres ejércitos aún hubieran tenido una pequeña posibilidad de luchar para abrirse paso. Pero con medio millón de excelentes soldados belgas fuera de aquel cuadro, la suerte de los ejércitos francés y británico se diría echada.

Una espléndida y civilizada guerra esta que tenemos aquí. Göring

anuncia esta noche que, como resultado de la información que le llega de que los franceses están maltratando a los aviadores alemanes prisioneros, todos los aviadores franceses que capturen serán aherrojados de inmediato. Más aún: proclama que, si se entera de que un aviador alemán es fusilado por los franceses, ordenará que sean ejecutados cinco prisioneros franceses. Y todavía más: que si llega a su conocimiento que han tiroteado a un aviador alemán cuando saltaba en paracaídas de su aparato, ordenará el fusilamiento de cincuenta prisioneros franceses.

Por lo que sabemos aquí, los aliados están disparando contra los paracaidistas que no se han rendido, porque esos chicos fueron los responsables en buena medida de la caída de Holanda y de crear un desbarajuste tras las líneas. Es probable que algunos pilotos alemanes que intentan salvarse en paracaídas de su avión alcanzado hayan sido confundidos con los temidos paracaidistas lanzados como fuerza de ataque. La orden de Göring, sin embargo, forma parte obviamente de la estrategia de Hitler consistente en conquistar sembrando el terror. B., que estuvo en Rotterdam la semana pasada, dice que la ciudad fue destruida ampliamente después de que se hubiera rendido. La excusa alemana es que la rendición se produjo después de que los Stukas hubieran despegado para bombardearla, ¡cuando ya era imposible ordenar que volvieran! Es una explicación muy endeble, puesto que todos llevan radio y están continuamente en contacto con su aeródromo.

Göring añadió que la anterior medida de fusilar a cinco por uno, o a cincuenta por uno, no se aplicaría a los ingleses, «puesto que aún no han dado motivo para tomar semejantes represalias».

El Ministerio de Propaganda nos proyectó anoche un largo noticiario, con efectos de sonido, sobre la destrucción en Bélgica y en Francia. Pueblo tras pueblo, ciudad tras ciudad, pasto de las llamas. Primeros planos de llamas

crepitantes devorando las casas, vistas de las ventanas, tejados y paredes derrumbándose donde, apenas hace unos días, hombres y mujeres llevaban vidas apacibles y acaso felices también.

El entusiasmo del comentarista ante aquellas imágenes de destrucción parecía aumentar a medida que se iba pasando de una población a otra. Su voz era cruel, áspera, y al final parecía expresar incluso un ramalazo de sadismo. «Fíjense en la destrucción, en las casas que se desploman envueltas en llamas —exclamaba—. ¡Eso es lo que les ocurre a cuantos se oponen al poder de Alemania!»

¿Y Europa va a ser pronto regida y dominada por un pueblo así, por semejante sadismo?

BERLÍN, *29 de mayo*

El patrón de una de las grandes cadenas de radiodifusión norteamericanas (no Columbia) telegrafía hoy a la Radiodifusión Alemana: «LES RUEGO CONCIERTEN UNA EMISIÓN CON EL REY LEOPOLDO».

¡LILLE, BRUJAS Y OSTENDE HAN SIDO TOMADAS! ¡YPRES ESTÁ SIENDO OBJETO DE DUROS ATAQUES! ¡DUNKERQUE, BOMBARDEADA! ¡LA SUERTE DE LOS EJÉRCITOS ALIADOS CERCADOS ALLÍ PARECE ESTAR ECHADA!... Todos estos titulares que se diría increíbles están saliendo hoy sin pausa. Esta noche, una nueva fase de esta gigantesca batalla, sin precedentes en la historia, parecía —por lo menos aquí, en Berlín— estar llegando a su conclusión.

El Alto Mando alemán narraba los hechos con estas palabras al inicio de su comunicado de hoy: «El destino del ejército francés en el Artois está decidido. Su resistencia al sur de Lille se ha hundido. El ejército inglés que

se ha visto cercado y obligado a concentrarse en una zona en torno a Dixmude, Armentières, Bailleul y Bergues, al oeste de Dunkerque, se encamina también a su destrucción bajo nuestro ataque concéntrico».

Y después, esta tarde, el mando alemán anunció que, en una serie de rápidos ataques pensados para aplastar al ejército británico, Ypres y Kemmel habían sido arrasadas.

En realidad, según nos cuentan los alemanes, los ejércitos francés y británico estaban aislados el uno del otro desde ayer, cercado cada uno en una pequeña bolsa. La menor, que tiene forma de cuadrado y cuyos lados miden aproximadamente veinte kilómetros, se sitúa al sur de Lille, entre esta ciudad y Douai. En este exiguo territorio está lo que queda de tres ejércitos franceses, que esta noche los alemanes están atacando por los cuatro lados. La bolsa mayor tiene aproximadamente la forma de un semicírculo en torno al puerto de Dunkerque, y se extiende tierra adentro unos cuarenta kilómetros. En ella está atrapado el ejército británico.

¿Qué seguirá luego si los ejércitos británico y francés se rinden o son aniquilados, como dicen los alemanes que ocurrirá en las dos bolsas? ¿Se producirá la primera invasión de Inglaterra desde 1066? Las bases de Inglaterra en el continente, a menos que se produzca un milagro en el último minuto, se han perdido. Las tierras bajas al otro lado del Canal y la estrecha zona meridional del mar del Norte, cuya defensa ha sido siempre una parte importante de la política británica, están ahora en manos enemigas. Y los puertos franceses del Canal, que unían Gran Bretaña con su aliado francés, están perdidos.

Aquí la mayoría de la gente piensa que Hitler tratará ahora de conquistar Inglaterra. Tal vez, pero yo no estoy tan seguro de eso. Puede que intente acabar con Francia primero.

Un aspecto singular de los combates de ayer: cuando los alemanes ocuparon las posiciones francesas al este de Kassel, de hecho atacaron las fortificaciones francesas a lo largo de la frontera franco-belga desde detrás, desde el lado opuesto al previsto.

Hoy ha sido enterrado en Potsdam, con honores militares, el príncipe Guillermo de Prusia, muerto en acción en el frente occidental. Si las cosas se hubieran desarrollado con normalidad para Alemania después de 1914, probablemente habría sido el emperador alemán. Estuvieron presentes en el funeral el príncipe de la Corona y la princesa, Mackensen y numerosos oficiales de la guerra mundial con sus pintorescos yelmos rematados en punta. El antiguo káiser envió una corona.

Más acerca de la guerra de nervios: una declaración oficial de esta noche afirma que, por cada civil alemán muerto y cada piedra dañada en Alemania durante los ataques nocturnos de los británicos, se tomará una venganza mucho mayor.

BERLÍN, *30 de mayo*

Nuestro Memorial Day.[27] Caí en la cuenta cuando uno de los cónsules me telefoneó para recordarme que teníamos concertada desde hace un mes una cita para jugar al golf. ¿Cuántos hombres murieron en la guerra civil?

Un alemán vino a verme hoy. Me preguntó: «¿Cuántos años cree usted que durará la guerra?». A la luz de las últimas noticias, la pregunta me sorprendió. La semana pasada tres alemanes apostaron conmigo en la Wilhelmstrasse que los alemanes estarían en Londres dentro de tres semanas; es decir, dos semanas a partir de hoy.

El alemán de marras me mencionó también un asunto que me ha estado intrigando: las bajas alemanas y el efecto que tiene sobre la gente el que Hitler no permita dar cuenta de cuáles son esas pérdidas y de quiénes han muerto. (Hitler no permite la publicación de listas de bajas.) Me dijo que el pueblo está comparando esa situación con lo que sucedía en 1914-1918, cuando los periódicos publicaban todos los días los nombres de los caídos y cada varios meses un resumen del total de bajas hasta la fecha, desglosado en muertos y heridos. Pero hoy ningún alemán tiene la más mínima idea de cuánto ha costado en vidas alemanas la ofensiva en el frente occidental. Ni siquiera tiene idea de lo que costó la campaña noruega. Los últimos datos que él sabía correspondían a la campaña en Polonia, y aun así dudaba de las cifras facilitadas por Hitler.

La gran batalla en Flandes y el Artois se acercaba hoy a su final. Ha sido una gran victoria alemana. Ayer, según el Alto Mando alemán, los británicos hicieron un gran esfuerzo para rescatar por mar lo que quedaba de la BEF, la Fuerza Expedicionaria Británica. Enviaron más de cincuenta transportes para recoger a sus tropas en la costa de los alrededores de Dunkerque. Los alemanes dicen que mandaron dos escuadrillas de aviones para bombardearlos. Afirman haber hundido dieciséis transportes y tres «barcos de guerra», lo cual sin duda es una exageración, y tocado y dañado, o incendiado, veintiún transportes y diez barcos de guerra, lo que probablemente sea una exageración todavía mayor. Los británicos enviaron cientos de aviones para proteger a su flota. Los alemanes aseguran haber derribado sesenta y ocho aviones británicos. Y los británicos hablan de setenta aparatos alemanes abatidos.

Lo que queda de los tres ejércitos franceses cercados en Flandes y el Artois está siendo aniquilado gradualmente, según se puede deducir de los informes alemanes. Hoy estos anuncian que han capturado al comandante

en jefe del I Ejército Francés, el general Prieux. Tenían ya en su poder al general Giroud, comandante de uno de los otros dos ejércitos, apresado el mismo día en que tomó el mando. Al parecer, los franceses están ya completamente rodeados. Los británicos tienen aún abierta la salida al mar y sin duda están rescatando a todos los hombres que pueden. Londres dijo ayer que los británicos estaban combatiendo en «la mayor acción de retaguardia de la historia». Pero llevan haciéndolo en demasiadas acciones similares.

Se habla mucho aquí de que Hitler se está preparando para desencadenar un bombardeo infernal sobre Londres y París. Ya está en marcha una campaña en la prensa y la radio para preparar a su pueblo para esa noticia. Hoy el ataque fue sobre todo contra los franceses. El *Völkische Beobachter* los ha llamado «depravados, negros y decadentes», y los acusa de torturar a los aviadores alemanes que han capturado. Ha dicho también que muy pronto los franceses van a tener que pagar por eso. Los periódicos no hacen más que hablar de venganza por tal o cual cosa.

El embajador alemán en Bélgica nos dio una arenga en la rueda de prensa de hoy acerca de la desconsideración con que fue tratado por los franceses cuando viajó a Suiza. Como me dijo luego un alemán, sus compatriotas parecen incapaces de entender que el odio que les profesan en Francia y en Bélgica se debe al hecho de que Alemania ha invadido estos países —Bélgica, por cierto, sin la menor excusa o justificación—, arrasado sus pueblos y ciudades, y dado muerte a miles de civiles con sus bombardeos y obuses. Es otro ejemplo de esa notable incapacidad del alemán para considerar por un segundo el punto de vista del otro. Lo mismo ocurre con la ira que suscita aquí el trato que reciben sus aviadores: el enemigo se muestra inflexible con los aviadores que intentan salvarse en paracaídas porque sabe que Hitler ha conquistado Holanda lanzando paracaidistas

detrás de sus líneas. Pero los alemanes piensan que el otro bando no debería defenderse de esos hombres que caen desde el cielo. Y que, si lo hace, si dispara contra ellos, Alemania ejecutará a los prisioneros que tiene en sus manos.

BERLÍN, *31 de mayo*

Parece que Italia está cada día más cerca de tomar una decisión; en concreto, la de entrar en la guerra del lado de Alemania. Hoy el embajador italiano, Alfieri, se ha entrevistado con Hitler en su cuartel general.

Se cumplen hoy tres semanas desde que Hitler lanzó sus tropas contra Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia en un desesperado esfuerzo por asestar a los aliados un golpe definitivo. Hasta el momento. Después de tres semanas, tan solo ha cosechado éxitos. Aún no sabemos cuánto le han costado en términos de vidas humanas y material. Pero esto es lo que ha conseguido en estas tres semanas:

1. Ha derrotado a Holanda y obligado al ejército holandés a rendirse.
2. Ha derrotado a Bélgica y forzado la rendición del ejército belga.
3. Ha avanzado hasta muy al sur de la prolongación de la Línea Maginot, en un frente que se extiende más de trescientos veinte kilómetros, de Montmédy a Dunkerque.
4. Ha puesto fuera de combate a los ejércitos franceses 1.º, 7.º y 9.º, que quedaron aislados cuando un ejército alemán se dirigió hacia el mar.
5. Ha vencido a la Fuerza Expedicionaria Británica (BEF), que quedó cercada también. Es verdad que, por lo menos, algunos de los efectivos de la BEF están siendo evacuados en barcos desde

Dunkerque. Pero, como ejército, está acabada. No puede llevarse su artillería, sus suministros ni sus carros blindados.

6. Se ha adueñado de las costas holandesa, belga y francesa del Canal, que le podrán servir como plataforma para una invasión de Inglaterra.
7. Ha ocupado las importantes minas de carbón y los centros industriales de Bélgica y el norte de Francia.

Lo dije en mi emisión de anoche: «Los alemanes han vencido sin duda en un terrible primer asalto. Pero no se ha producido ningún K.O... por ahora. La lucha continúa».

Algunos de mis amigos han considerado que mi actitud pecaba un poco de optimista... desde el punto de vista de los aliados. Tal vez sí. Pero yo no estoy tan seguro.

El primer conductor de ambulancia norteamericano capturado por los alemanes es un tal Garibaldi Hill. Los alemanes se han ofrecido a liberarlo enseguida. Pero no son capaces de localizarlo.

Nos llega hoy de nuestra gente de Bruselas la información de que en Bélgica solo hay alimentos para cincuenta días.

Me encuentro con uno de los nuestros aquí, el cónsul en Hamburgo. Me dice que los británicos han estado lanzando fuertes bombardeos nocturnos, tratando de alcanzar, entre otras cosas, los tanques de combustible. Pero, por lo visto, están vacíos. Parece ser que los alemanes se llevaron todos los cañones antiaéreos que había en Hamburgo para utilizarlos en el frente. Por ese motivo los bombarderos británicos pudieron sobrevolar la ciudad sin problemas, y hacerlo el tiempo suficiente para poder precisar los objetivos de sus bombas. La población está en tal estado de nerviosismo que las autoridades han mandado traer de vuelta algunos de esos cañones.

BERLÍN, *1 de junio*

Aunque las noticias de las grandes victorias en el Canal ya no apasionan al público más que cualquier otra cosa de esta guerra, los titulares de la prensa de hoy siguen haciendo todo lo posible por despertar su interés. Estos son, por ejemplo, los que destacan hoy en el *B. Z. am Mittag:* «CATÁSTROFE ANTE LAS MISMAS PUERTAS DE PARÍS Y LONDRES. CINCO EJÉRCITOS AISLADOS Y DESTRUIDOS. EL CUERPO EXPEDICIONARIO INGLÉS HA DEJADO DE EXISTIR. ¡ANIQUILADOS LOS EJÉRCITOS FRANCESES 1.º, 7.º Y 9.º!».

El grueso del ejército alemán que acabó con las fuerzas aliadas en Flandes está dispuesto ahora para nuevas misiones. Al Alto Mando alemán se le presentan ahora dos opciones. Puede lanzar un ataque contra Inglaterra cruzando el Canal, o hacer retroceder a los franceses hacia París e intentar sacar a Francia de la contienda. Por lo que puedo deducir de lo que se comenta aquí en los círculos militares, parece no haber duda de que el mando alemán ha elegido ya la segunda de las dos opciones; de hecho, ha dispuesto ya el grueso de sus fuerzas apuntando hacia lo que queda de Francia, siguiendo los ríos Somme y Aisne. El general Weygand ha dispuesto de diez días para organizar a sus tropas a lo largo de esta línea; pero el hecho de que no se haya sentido lo bastante fuerte como para lanzar una ofensiva hacia el norte desde el Somme, contra la tenue línea alemana —una maniobra que, en caso de tener éxito, hubiera podido salvar a los ejércitos francés, británico y belga en Flandes—, ha persuadido a los generales alemanes, si es que lo necesitaban, de que podrían imponerse fácilmente a sus fuerzas y, después, penetrar hasta París y alcanzar los puertos de Normandía y de Bretaña.

Supe por un oficial del Alto Mando que Dios, por fin, había dado un

respiro a los británicos. Habían tenido dos días de niebla y de bruma en torno a Dunkerque y, como resultado de ello, la Luftwaffe no había podido atacar con sus bombas los transportes reunidos a toda prisa para evacuar de allí a las tropas británicas.

Hoy ha mejorado el tiempo y los bombarderos de Göring han vuelto a sobrevolar la playa de Dunkerque. El Alto Mando ha declarado esta noche en un comunicado especial: «El resto de la derrotada Fuerza Expedicionaria Británica intentó alcanzar hoy, con toda clase de pequeñas embarcaciones, los transportes y barcos de guerra anclados a escasa distancia de la orilla de la playa de Dunkerque. La fuerza aérea alemana frustró su intento de huida mediante continuos ataques en picado contra los barcos británicos, llevados a cabo en especial por bombarderos Junkers. Según las informaciones recibidas hasta el momento, han sido hundidos tres barcos de guerra y ocho transportes, que totalizan cuarenta mil toneladas. Han resultado gravemente dañados otros cuatro barcos de guerra y catorce transportes, muchos de los cuales están en llamas. Fueron derribados también cuarenta cazas ingleses que intentaban dar protección a los barcos».

No se hace ninguna mención de las pérdidas de la aviación alemana, por lo que supongo que fueron mayores que las de los británicos; de lo contrario Göring las habría mencionado. El bombardero Junkers-87 es una presa codiciada para cualquier caza británico.

Los alemanes han afirmado hoy que el acorazado *Nelson*, buque insignia de la Home Fleet británica, ha sido hundido y que en la acción han muerto 700 de sus 1.350 tripulantes. Hasta ahora, que yo sepa, la única fuente de esta noticia es un supuesto despacho de la AP de Nueva York. Pero esta noche un oficial naval me ha insistido en que la noticia era cierta. Ha precisado, además, que el barco fue hundido el 11 de mayo.

BERLÍN, *2 de junio*

Los *tommies* británicos de Dunkerque siguen aún luchando como jabatos. El Alto Mando alemán lo reconoce.

Este es el parte de guerra oficial correspondiente al día de hoy: «Tras duros combates, la franja de costa a ambos lados de Dunkerque que también ayer fue obstinadamente defendida por los británicos, se ha reducido aún más. Nieuport y la costa situada al noroeste están en manos alemanas. Adinkerque, al oeste de Furnes, y Ghyvelde, a diez kilómetros de Dunkerque, han sido tomadas». Tan solo diez kilómetros; eso ya es muy cerca.

En el aire, los alemanes vuelven a alardear de grandes victorias. El parte oficial afirma: «En total, cuatro barcos de guerra y once transportes, que suman 54.000 toneladas, fueron hundidos por nuestros bombarderos. Catorce barcos de guerra, entre los que se incluyen dos cruceros, dos cruceros ligeros, un crucero equipado con antiaéreos, seis destructores y dos lanchas torpederas, así como treinta y ocho transportes, que suman un total de 160.000 toneladas, resultaron dañados por las bombas. Hicieron zozobrar asimismo a numerosos botes pequeños, remolcadores y balsas ...». [28]

A pesar de la falta de entusiasmo popular por esta colosal victoria alemana en Flandes, me parece que algunos alemanes están comenzando a pensar que las privaciones que Hitler los ha obligado a soportar durante cinco años se han visto justificadas. El camarero de mi habitación me dijo esta mañana: «Quizá los ingleses y los franceses deseen ahora haber tenido menos mantequilla y más cañones».

Y, sin embargo, la imagen que presenta la capital en este gran momento

de la historia alemana sigue confundiéndome. Ayer, justo antes del anochecer, paseé por la Kurfürstendamm. La calle estaba llena de gente que circulaba apaciblemente. Los grandes cafés de los laterales de esta amplia avenida bordeada de árboles estaban repletos de miles de clientes que charlaban frente a un sucedáneo de café o un helado. He vista algunas mujeres elegantemente vestidas. Hoy, como era sábado y hacía un agradable y soleado día de junio, decenas de miles de personas, familias en su mayoría, se han ido a los bosques o a los lagos de los alrededores de la capital. Noté asimismo que había mucha gente en el zoológico. Todos tenían el aire ocioso, desenfadado y feliz de un domingo festivo.

Supongo que una de las razones de este peculiar estado de cosas es que la guerra no ha llegado a los hogares de los berlineses. Han leído acerca de ella, o incluso han oído en la radio el tronar de los grandes cañones. Pero eso es todo. Puede que París y Londres se sientan en peligro. Pero Berlín, no. La última sirena de ataque aéreo que puedo recordar aquí sonó a principios del pasado septiembre. Y tampoco entonces sucedió nada.

BERLÍN, *3 de junio*

La BBC acaba de anunciar que los alemanes han bombardeado París a primera hora de esta tarde. Quizá los aliados intenten lanzar unas pocas bombas sobre Berlín esta noche.

Donald Heath, el encargado de negocios estadounidense, fue llamado este mediodía a la Wilhelmstrasse y se le entregó una copia del comunicado de prensa en el que el gobierno alemán asegura tener información, de fuentes confidenciales, de que el servicio secreto británico planeaba hundir tres buques de línea norteamericanos (el *President Roosevelt* y el

Manhattan, ahora en ruta hacia Nueva York con ciudadanos norteamericanos, y el *Washington*, que se dirige a Burdeos para regresar con un nuevo pasaje de refugiados norteamericanos). Los alemanes informaron al gobierno de Estados Unidos mediante esta nota de prensa —un curioso procedimiento diplomático— de que habían cursado órdenes estrictas a todos los comandantes navales alemanes de no molestar a ninguno de esos tres buques norteamericanos.

Una declaración oficial adjunta al comunicado decía: «El gobierno del Reich espera que el gobierno de Estados Unidos adopte todas las medidas necesarias para frustrar una acción tan criminal como la que los británicos planean perpetrar».

La «teoría» alemana es que, si los barcos son hundidos, los norteamericanos culparían de ello a los alemanes. Hay algo muy sospechoso en todo esto. Porque pudiera ser que los alemanes buscaran presumir de que evitan que sus submarinos torpedeen esos buques norteamericanos, para poner luego el grito en el cielo diciendo que lo habían hecho los británicos y que ellos se apartaban de sus intereses para prevenir por anticipado a Washington de que los británicos tenían ese plan. Es sumamente difícil identificar a quién pertenecen los periscopios de los submarinos.

BERLÍN, *4 de junio*

La gran batalla de Flandes y el Artois ha concluido. Hoy el ejército alemán ha entrado en Dunkerque, y el resto de las tropas aliadas —unos cuarenta mil hombres— se han rendido. El Alto Mando alemán dice en un comunicado oficial que la batalla pasará a la historia «como la más

destructiva de todos los tiempos». Esta noche se han hecho públicas las cifras de bajas alemanas en la ofensiva del oeste. Según ellas, se cuenta 10.252 muertos, 8.467 desaparecidos, y 42.253 heridos. El número de aviones derribados se eleva a 432. Todo lo cual es muy sorprendente. Hace solo tres días, los militares nos avanzaron que las bajas serían dadas a conocer muy pronto, y que ascenderían, aproximadamente, a entre 35.000 y 40.000 muertos y a entre 150.000 y 160.000 heridos. Pero la mayoría de los alemanes darán crédito a cualesquiera cifras que les ofrezcan.

El comunicado habla también de las bajas aliadas: 1.200.000 prisioneros, incluidos los belgas y los holandeses, y toda una escuadra destruida, que incluye cinco cruceros y siete destructores enviados a pique, más otros diez cruceros y veinticuatro destructores dañados. Se afirma también que la armada alemana no perdió ni un solo navío.

París habla de cincuenta muertos y ciento cincuenta heridos en el ataque aéreo alemán de ayer. La BBC afirma que los parisienses están exigiendo venganza. Pero ningún avión voló hasta aquí la pasada noche, y ninguno, hasta el momento, en esta...

Estoy preocupado por Tess y la pequeña. Me llamó esta tarde y me dijo que por fin había conseguido pasaje en el *Washington*, pero que en esta ocasión no haría escala en Génova. Tenía que haber ido a tomarlo en Burdeos, pero le aconsejaron que no cruzara Francia en el estado de pánico que hoy viven los franceses. Por otra parte, la línea de ferrocarril que debe tomar pasa cerca de Lyon, y ha sido bombardeada por los alemanes dos veces esta semana. Ella aún preferiría permanecer en Suiza.

BERLÍN, *6 de junio*

Por orden de Hitler, repicaron las campanas de las iglesias y se desplegaron hoy todas las banderas para celebrar la victoria en Flandes. Pero aquí no se aprecia entre la gente ningún entusiasmo real por la victoria ni emoción de ninguna clase. En grandilocuentes proclamas al ejército y al pueblo, Hitler anunció que hoy se estaba iniciando una nueva ofensiva en el oeste. Hasta el momento no se conocen detalles aquí, pero la BBC dice que la ofensiva se está produciendo en un frente de doscientos kilómetros desde Abbeville a Soissons, con la máxima presión alemana a lo largo del canal del Somme-Aisne.

He oído aquí que los aliados han estado bombardeando Munich y Frankfurt las pasadas noches. Pero Berlín nunca ha hablado de estos ataques aéreos enemigos. Aquí nadie nota aún que estemos en guerra.

BERLÍN, *7 de junio*

Los alemanes están guardando mucho silencio a propósito de su nueva ofensiva en el Somme. El Alto Mando afirma simplemente que la llamada «línea Weygand» ha sido rota a lo largo de todo el frente. Es extraño, con todo, que no se den detalles ni se citen en absoluto lugares. Esta noche no se ha hecho público ningún comunicado de guerra. ¿Puede ser que el avance no esté yendo demasiado bien?

Nuestro embajador en Bélgica, Cudahy, llegó aquí hoy. Confirma lo que me dijeron hace unos cuantos días: que los belgas tienen víveres para no más de cincuenta días.

Ayer me tomé el día libre para no pensar en la guerra. Estuve caminando cuatro horas por el Grunewald. Nadé en el Havel y encontré un restaurante pequeño y limpio en el bosque, donde me sirvieron un bistec de buey

sorprendentemente bueno. Después del almuerzo, volví a caminar, tomé el sol y nadé un rato más.

BERLÍN, *8 de junio*

Sin noticias aún de la ofensiva, aunque estamos ya al final de su cuarto día. El Alto Mando se limita a afirmar que continúa con éxito, pero no da detalles ni nombres de lugares. Uno casi se atrevería a pensar que...

BERLÍN, *9 de junio*

El Alto Mando rompió su reserva a propósito de la gran ofensiva con un notición a primera hora de esta tarde. Anuncia que las tropas francesas al sur del Somme y en el distrito del Oise han sido batidas a lo largo del frente. Dice asimismo que las fuerzas alemanas se dirigen ahora hacia el curso inferior del Sena, lo cual supone un avance enorme respecto a su punto de partida en el Somme, donde se inició la ofensiva hace cuatro días. A las seis de la tarde, la BBC confirmó todo esto. Weygand ha dictado una nueva directriz para sus hombres, animándolos a resistir. Pero se advierte una nota de desesperación en ella.

Los alemanes han efectuado también otro anuncio: «Esta mañana, en otra zona de Francia alejada del frente, se ha iniciado una nueva ofensiva». Weygand revela dónde: se trata de un nuevo frente que va desde Reims a la Argonne. Los alemanes, pues, están precipitándose ahora por un frente de más de trescientos kilómetros desde el mar hasta los montes de la Argonne. ¡Ninguna ofensiva de la Primera Guerra Mundial alcanzó esta escala!

El Alto Mando afirma también que los dos únicos acorazados de Alemania, el *Gneisenau* y el *Scharnhorst*, se han hecho a la mar y han ido en ayuda de las fuerzas expulsadas de Narvik hace un par de semanas. Hay que elogiar a los alemanes por su audacia y su sentido de la sorpresa. ¿Cómo ha podido permitir la armada británica que dos acorazados enemigos alcancen Narvik? El Alto Mando informa de que han hundido ya el portaaviones británico *Glorious*, el transporte de 21.000 toneladas *Orama* y un buque cisterna de 9.100 toneladas. Un ejemplo más de que los alemanes, al asumir un riesgo, toman la iniciativa. Los aliados dan la impresión de no hacer ni una cosa ni otra.

BERLÍN, *10 de junio*

Italia ha entrado en la guerra.

Ha apuñalado por la espalda a Francia, en el momento en que los alemanes se encuentran a las puertas de París y Francia parece estar al borde del colapso.

Esta tarde, a las seis, cuando la gente sintonizaba aquí sus radios para escuchar las últimas noticias acerca de la arremetida del ejército alemán contra París, el locutor anunció: «Dentro de una hora el Duce se dirigirá al pueblo italiano y al mundo. Todas las estaciones de radio alemanas retransmitirán su discurso».

Y una hora más tarde lo han hecho..., con un comentarista de radio alemán convenientemente a mano (lo habían enviado a Roma el pasado sábado 8 de junio, para que se encargara de este trabajo) en la piazza Venezia para describir el tumulto.

Nos olimos algo poco después del mediodía, cuando nos convocaron para

una rueda de prensa especial en el Ministerio de Asuntos Exteriores a las siete de la tarde para oír una declaración de Ribbentrop. A las cuatro y media, en el Ministerio de Propaganda nos pasaron un filme inglés de propaganda titulado *El león tiene alas.* Aun pasando por alto el hecho de que fue rodado el pasado otoño, me pareció muy malo. Desdeñoso. Necio. En la rueda de prensa de las seis nos proyectaron otra dosis del noticiario semanal alemán. De nuevo ciudades en ruinas, seres humanos muertos, carroñas de caballos en putrefacción... En un plano aparecían los restos carbonizados de un piloto británico entre la chatarra de su avión incendiado. La mayoría de los alemanes presentes en la proyección parecían obtener un placer sádico de estas imágenes de destrucción y muerte. A unos pocos que conozco, sin embargo, no les hacían ninguna gracia. Unos cuantos reaccionaban aún como seres humanos.

Me dirigí a Asuntos Exteriores a eso de las siete y no tardé en encontrarme en un salón donde todo eran preguntas. Diseñado por su arquitecto para dar cabida a unas cincuenta personas, jamás hasta entonces se habían apretujado quinientas en él. Era un día caluroso, las ventanas estaban completamente cerradas y había numerosos focos Klieg encendidos para que los fotógrafos pudieran obtener instantáneas perfectas de Ribbentrop. En un rincón de la sala, de la radio más estridente que he oído en mi vida salían los chillidos del discurso de Mussolini en la piazza Venezia de Roma. Capté solo lo suficiente para comprender que estaba anunciando la decisión de Italia de entrar en la guerra del lado de Alemania. La combinación de esta ruidosa lata de sardinas, el aire enrarecido y agobiante, los fotógrafos disputándose los mejores sitios y la mayoría de los periodistas sudando allí de pie, junto con algunas otras cosas, fue demasiado para mí. S. y yo escapamos de allí antes de que llegara

Ribbentrop. Volví a la habitación de Joe, conecté la radio y sintonicé desde Roma una traducción en inglés más bien cómica de las palabras del Duce.

Más o menos a la misma hora se montó un sainete frente a la embajada de Italia, que Ralph me describió después. Dos o tres mil fascistas italianos residentes en Berlín se desgañitaron hasta enronquecer en la callejuela que sale del zoológico y pasa por delante de la embajada de Italia. Los alemanes habían montado allí altavoces para que la multitud pudiera oír las palabras del Duce. Más tarde, como me informó Ralph, Ribbentrop y Alfieri, el nuevo embajador italiano, aparecieron sonrientes en el balcón y pronunciaron breves y vacíos discursos.

Mientras tanto, el ejército alemán se cierne sobre París. Esta noche es muy negra para los aliados. Roosevelt emitirá una declaración a la una y cuarto de la madrugada.

BERLÍN, *11 de junio*

La voz de Roosevelt llegó muy clara anoche en la radio. Prometió ayuda material inmediata para los aliados y censuró a Mussolini por su traición. Ni la prensa ni la radio alemanas han dicho una sola palabra sobre el discurso.

En la Wilhelmstrasse siguen manteniendo que la ayuda norteamericana llegará demasiado tarde. Un hombre que acaba de entrevistarse con Hitler me dice que el Führer está seguro de que Francia se habrá rendido para el 15 de junio —es decir, dentro de cuatro días— y que Gran Bretaña lo hará ¡para el 15 de agosto como muy tarde! Afirma que Hitler está actuando como si tuviera el mundo entero a sus pies, pero que algunos de los generales, aunque muy complacidos con los éxitos militares, sienten cierta aprensión por el futuro bajo un hombre violento y fanático.

Corre la voz aquí de que el gobierno francés ha abandonado París. Esta noche los alemanes están tan cerca de la capital francesa como lo estuvieron el 1 de septiembre de 1914. Esto ha llevado al Alto Mando a puntualizar hoy que la posición alemana es mucho mejor que la que tenía entonces. En primer lugar, porque su ala derecha es más fuerte y ha mantenido su avance hacia el oeste de París, a diferencia de 1914, cuando torció para dirigirse al este. En segundo lugar, porque no hay ningún ejército británico real capaz de ayudar a los franceses. Y, en tercer lugar, porque no existe ningún frente oriental, así que, a diferencia de lo que ocurrió en 1914, la totalidad del ejército alemán puede lanzarse ahora contra la capital francesa. (En 1914, dos cuerpos de ejército fueron retirados apresuradamente de Francia para parar a los rusos en el este. ¡Cómo van a pagar ahora París y Londres su miope política antirrusa! Antes de Munich, e incluso después, hasta hace un año de este mes de junio, tuvieron la posibilidad de formar un frente común con los rusos contra Alemania.)

Esta noche, después de mi emisión de las 00.46, estábamos con D. en su despacho en la *Rundfunk*, cuando captamos una emisión desde Nueva York en la que se decía que el transatlántico *Washington*, que había zarpado de Lisboa el día anterior y se dirigía a Galway (Irlanda) con un pasaje de refugiados norteamericanos en su mayoría mujeres y niños, había sido interceptado al amanecer por un submarino no identificado, cuyo comandante le había dado diez minutos para arriar los botes salvavidas antes de proceder a enviarlo al fondo. Tess y la niña habían reservado ese viaje en el *Washington*, pero no habían podido llegar a tiempo a Burdeos para embarcar allí después de que el barco hubo cancelado su programada escala en Génova. Finalmente, cuando, transcurridos los diez minutos, se cumplía ya el plazo dado, el comandante del submarino radió este mensaje: «Lo siento. Ha sido un error. Pueden continuar». Un oficial naval alemán

que escuchaba la noticia conmigo, y que en la última guerra había estado también al mando de un submarino, montó en cólera: «¡Un submarino británico, sin duda! —exclamó—: ¡Estos británicos no se detendrán ante nada!». Después, cuando sugerí que tal vez pudiera tratarse de un submarino alemán, añadió enfadado: «¡Imposible! Un comandante alemán que hiciera semejante cosa sería juzgado en consejo de guerra y fusilado».

BERLÍN, *12 de junio*

Lo cierto es que, después de todo, el submarino que interceptó al *Washington* sí era un submarino alemán.

Esto fue admitido oficialmente en Berlín después de que en la Wilhelmstrasse hubiesen mantenido un completo silencio durante todo el día. Los alemanes culpan del hecho al Departamento de Estado o a nuestra embajada. Dicen que la legación omitió informar al gobierno alemán de que el *Washington* se dirigía a Irlanda desde Lisboa.

Si el gobierno no lo sabía, ciertamente la prensa y la radio alemanas estaban al tanto de ello. Lo habían anunciado hacía días.

Fui a la embajada para confirmar este hecho, pero encontré al personal un tanto preocupado y nos pidieron que dejáramos la respuesta en manos del Departamento de Estado, lo cual era bastante razonable. Porque habría sido un patinazo terrible que no hubiesen informado a los alemanes.

La declaración oficial hecha aquí da también otra curiosa explicación. Dice que el «error» se debió a que el comandante del submarino alemán confundió el *Washington* con un vapor griego (!) al que había interceptado antes y al que le había dicho que cambiara el rumbo. Cuando el transatlántico norteamericano apareció en el horizonte, pensó —afirma la

declaración oficial— que era el vapor griego que desobedecía sus órdenes y que esta fue la razón de que lo detuviera.

Uno podría hacer varias preguntas: 1) ¿Tienen los griegos un solo barco cuyas dimensiones se aproximen a las del *Washington*, que es un transatlántico de veinticuatro mil toneladas? La respuesta es que no. 2) ¿Por qué ordenó a los pasajeros y a la tripulación el comandante de un submarino alemán que ocuparan los botes de salvamento antes de haber identificado adecuadamente la nave? 3) Si el comandante pensó que era el vapor griego, ¿por qué dejó pasar diez minutos después de que el *Washington* le hubiera señalado que era un buque norteamericano? Estas preguntas no obtienen respuesta en la declaración oficial. En mi emisión de radio, los censores solo me permitieron mencionar la primera de ellas. En su opinión, las otras dos eran tendenciosas.

En vista de la sospechosa advertencia alemana del 3 de junio, en la que Berlín decía tener conocimiento de que los británicos intentaban torpedear el *Washington*, tengo la convicción de que fue Berlín quien ordenó el hundimiento del barco. Pretendía, pues, lanzar una tremenda campaña de propaganda acusando del hecho a los británicos y recordando que el gobierno alemán ya había prevenido al *Washington* el 3 de junio de lo que podía ocurrir. Pienso que Ribbentrop creía ingenuamente que, de esta forma, podría envenenar las relaciones anglo-americanas y poner obstáculos a nuestro propósito de enviar suministros a Gran Bretaña. Personas de la marina alemana me dicen que el submarino interceptó el *Washington* justamente al amanecer. Las noticias procedentes del *Washington* dicen que el transatlántico navegaba con cierto retraso sobre la hora prevista. Es harto probable, pues, que el comandante del submarino alemán planeara torpedear el buque cuando todavía fuera demasiado oscuro para que su nave fuera identificada. Pero el *Washington* no llegó hasta el amanecer al lugar

donde se le esperaba, y el comandante del submarino se abstuvo de lanzar el torpedo solo por temor a que, a la creciente luz del amanecer, su embarcación pudiera ser identificada como alemana. No estaba sumergida y, por consiguiente, era fácilmente reconocible.

Me he llevado un desagradable susto esta tarde. Estaba escuchando la emisión de la BBC de las tres y cuarto cuando el locutor anunció de pronto que Ginebra había sido bombardeada la pasada noche, que las bombas habían caído en un barrio residencial y que había habido muertos y heridos. Por un instante se me cayó el alma a los pies. Nuestra casa está en uno de los pocos barrios residenciales de Ginebra.

Me llevó horas poner una conferencia urgente con Ginebra. Pero hacia las ocho conseguí oír la voz de Tess. Me dijo que, efectivamente, las bombas cayeron en nuestro distrito, sacudieron la casa y dieron en un hotel de la calle donde habíamos residido anteriormente, matando a cinco o seis personas e hiriendo a una veintena más. Hubo dos alarmas de ataque aéreo, por lo que ella bajó a la niña al sótano. Yo le dije que debían venir a Alemania, por mucho que a los dos nos desagradara la idea. Pero es que ahora era el lugar más seguro. Sobre todo porque se les había cerrado cualquier posibilidad de viajar a Estados Unidos.

El *B.Z. am Mittag* ridiculiza hoy la emisión de despedida del hombre de la CBS en París el lunes por la noche, probablemente Eric Sevareid. Cita sus palabras finales: «Si en los próximos días alguien habla a Estados Unidos desde París, no estará bajo el control del gobierno francés». Supongo que esa va a ser mi misión. Mi trabajo. Será el más triste que me hayan encomendado en la vida.

Aunque el Alto Mando alemán no lo menciona, lo cierto es que los alemanes están esta noche a las puertas de París. Gracias a Dios, la ciudad no será destruida. Prudentemente, los franceses la están declarando una

ciudad abierta, y no la defenderán. Hubo alguna duda acerca de si los alemanes la reconocerían como ciudad abierta, pero hacia la medianoche quedó claro que lo harían.

La toma de París será un golpe terrible para los franceses y los aliados. También al este de París los alemanes parecen haber roto el frente a través de Châlons.

BERLÍN, *14 de junio*

París ha caído. La bandera con la cruz gamada de Hitler ondea desde la torre Eiffel, junto al Sena, en ese París que yo conocía y amaba tantísimo.

Esta mañana entraron en la ciudad tropas alemanas. Recibimos la noticia por la radio a la una, después de que las fanfarrias hubieran atronado el espacio durante un cuarto de hora, convocando a los fieles a escuchar la noticia. Noticia que consistió en un comunicado de guerra del Mando Supremo. Decía: «El completo colapso de todo el frente francés desde el Canal a la Línea Maginot en Montmédy, desbarató la intención original de los líderes franceses de defender la capital de Francia. París, por consiguiente, ha sido declarada ciudad abierta. Las tropas victoriosas están empezando a desfilar por las calles de la ciudad».

Yo estaba almorzando en ese momento en el patio de mi hotel. La mayoría de los huéspedes se apiñaron alrededor del altavoz del bar para escuchar la noticia. Regresaron después a sus mesas con amplias sonrisas en las caras, pero no hubo rastro de una excitación exagerada y todos reanudaron su almuerzo.

De hecho, Berlín ha recibido la noticia de la caída de París con la misma flema con que se ha tomado cualquier otra acción de esta guerra. Más tarde

me acerqué a Halensee para nadar un rato; el agua estaba tibia y yo sentía la necesidad de relajarme un poco. Estaba lleno de gente, pero no oí que nadie estuviera comentando la noticia. De las quinientas personas que habría, solo tres compraron una edición extra del periódico cuando llegaron unos chicos voceando los titulares.

Sería, con todo, un error concluir que la toma de París no ha tocado una fibra muy sensible en los corazones de la mayoría de los alemanes. Siempre fue una fantasía soñada por millones de corazones aquí; ayuda a borrar el amargo recuerdo de 1918, que ha estado vivo tanto tiempo —veintidós años — en el alma alemana.

¡Pobre París! He llorado por ella. Por tantos años en que fue mi hogar y en los que la amé como a una mujer. Decía el *Völkische Beobachter* esta mañana: «París era una ciudad frívola y corrupta, de democracia y capitalismo, en la que los judíos tenían acceso a la judicatura y los negros, a los salones. Ese París ya nunca volverá a levantar cabeza». Pero el Alto Mando promete que sus soldados se comportarán, que serán «tan diferentes como la noche del día, en comparación con la conducta de los soldados franceses en el Rin y el Ruhr».

El Alto Mando ha declarado también hoy: «La segunda fase de la campaña ha concluido con la toma de París. Se ha iniciado ya la tercera fase, consistente en la persecución y destrucción final del enemigo».

Esta noche me di un trompazo con una puerta en las oficinas del *Herald Tribune*. Era la primera vez que la habían cerrado desde que se iniciaron los apagones nocturnos. Me sangró la nariz copiosamente, pero conseguí que me cortaran la hemorragia en un puesto de primeros auxilios cercano y me recuperé lo suficiente para salir y ocuparme de mi emisión de medianoche.

Mañana, probablemente, saldré para París. No quiero ir. No quiero oír el taconeo de las pesadas botas alemanas desfilando por las calles que amé.

BERLÍN, *15 de junio*

Salgo para París hoy.

CERCA DE MAUBEUGE, *15 de junio, más tarde*

Paso la noche en un parador junto a la *Autobahn*. Es muy cómodo y moderno, y en él sirven mejor comida que en Berlín. Nuestro coche se averió a unos diez kilómetros de Berlín, cuando íbamos camino de Potsdam. Esto nos detuvo un par de horas a la espera de otro vehículo. Me temo que no estaremos en París mañana. Esta noche a las diez, en el restaurante del parador, hemos oído la noticia. ¡Ha caído Verdún! El Verdún que costó a los alemanes seiscientos mil muertos la última vez que intentaron tomarlo. ¡Y en esta ocasión lo han tomado en un día! Por descontado que el ejército francés está en un aprieto; que la caída de París lo ha desmoralizado todavía más. Aun así, uno se pregunta: ¿qué les ha sucedido a los franceses? Los alemanes dicen también que la Línea Maginot está completamente rota.

MAUBEUGE, *16 de junio*

Hemos saltado de la cama a las tres de la madrugada y a las cuatro estábamos ya alejándonos del pequeño parador de carretera en dirección a Aquisgrán. En el Ruhr vimos pocas huellas de los bombardeos nocturnos

británicos. Llegamos a Aquisgrán a las once de la mañana. Desde allí seguimos a través de Limburg hacia Lieja y Namur. Me sorprendió observar tan pocos destrozos a lo largo de esta ruta. Es completamente distinto de lo que vimos en la carretera de Aquisgrán a Bruselas, donde la mayoría de las poblaciones estaban en ruinas. Estuvimos conduciendo hasta media tarde siguiendo el valle del Mosela. La guerra, sorprendentemente, apenas ha dejado huellas allí. Cenamos en Charleroi. Rostros amargados en las calles. No había pan en la ciudad, y agua solo para beber. Pero encontramos un pequeño *bistro* en el que nos sirvieron carne y ensalada.

Yo compré el periódico local, el *Journal de Charleroi*, que publica tanto los partes de guerra alemanes como los franceses. Un edicto en él advertía de que las tropas alemanas y la gendarmería belga dispararían sin previo aviso contra cualquier ventana iluminada. Otra noticia de la *Feldkommandantur* alemana tenía que ver con la represión de todos los trapicheos empleando palomas mensajeras. Otra más, firmada por el médico jefe del ejército, ordenaba que se presentaran ante él todos los médicos locales. Cualquier ausencia injustificada —decía la orden— sería castigada. «No se admitirán excusas», se añadía.

La propia Maubeuge había sufrido una destrucción terrible. La mayor parte de sus edificios habían sido reducidos a cascotes, cenizas y vigas retorcidas. Uno de los oficiales alemanes nos cuenta qué ocurrió. Los tanques alemanes intentaron atravesarla. Cañones antiblindados ocultos en las casas alcanzaron a los primeros cinco o seis. Los alemanes tuvieron que retirarse. Dieron aviso a los Stukas de lo ocurrido, y estos se presentaron e hicieron su trabajo con su habitual y mortal eficacia. Según nos cuenta el comandante, en los sótanos de la iglesia se hallaba el mayor refugio de la población contra ataques aéreos. Una de las bombas de los Stukas dio de lleno en él. Resultado: quinientos civiles enterrados bajo los escombros.

Herméticamente enterrados, eso sí, porque en esta cálida y estrellada noche de verano no se percibe ningún hedor.

Uno de los soldados, originario del sur de Alemania, me susurra luego: «Sí, fueron prusianos los que destruyeron la población». A él, soldado raso, le repugna tanta destrucción. «Siempre acaban pagándolo los pobres», dice.

El comandante local, un hombre de negocios alemán llamado a filas desde la reserva, nos recibe en una de las pocas casas de la población que aún se mantienen en pie. Nos informa de unos cuantos detalles: de los veinticuatro mil residentes en Maubeuge, diez mil han regresado o sobrevivieron a la artillería y el bombardeo. El ejército alemán y, desde hace unos días, las brigadas de socorro alemanas, están prestando ayuda para evitar que se mueran de hambre. Traen pan desde Alemania. Pero ayer, nos cuenta, descubrió en la población cierta cantidad de trigo y está haciendo que lo muelan para convertirlo en harina. «Ha habido un negocio —sigue— que, aparentemente, no ha cerrado sus puertas en ningún momento durante la batalla ni después de ella: el burdel local. Finalmente, ordené que lo cerraran, pero la *madame* vino a verme y estaba muy ofendida. "¿Por qué no vamos a poder mantener el negocio como de costumbre?", me preguntó.» Después me comenta que el Alto Mando ha ordenado la reapertura de todas las casas de prostitución en la parte de Francia ocupada por las tropas alemanas. «Tengo que mandar a buscar a la *madame*. Le encantará saber la noticia», se ríe.

Damos cuenta de varias botellas de un buen *vin rouge* y mordisqueamos unas galletas, y el comandante nos habla con entusiasmo de su tarea. Es obvio que disfruta con ella y que no se parece en absoluto al típico ogro prusiano, viejo y sádico, de los libros de cuentos. En conjunto, es un tipo muy humano. Que añora su hogar, deduzco. Y que confía en que la guerra no durará mucho. A él le parece, de alguna manera, peor que la que vivió

durante los cuatro años de la guerra mundial en este mismo distrito. Pero tal vez sea porque aún es muy reciente todo y los viejos recuerdos se han difuminado. En todo caso, nos habla de su perro y de su esposa y la familia.

Llega el momento de despedirnos. Un ordenanza nos conduce a nuestro alojamiento, que se encuentra en una casa abandonada; como pronto podemos ver por los diplomas que cuelgan de las paredes y los papeles que encontramos en su interior, estuvo ocupada por alguno de los banqueros de la localidad. Está amueblada y decorada en un falso y horrendo estilo oriental; al gusto de la burguesía francesa en su peor manifestación. Elijo para mí uno de los dormitorios de la familia. Es una cama de matrimonio de estilo anticuado, sobre la que aún está puesto el colchón. En el *armoire* próximo están perfectamente colgadas las ropas del banquero, incluso el chaqué negro de larga cola, con el que uno puede imaginarlo, gordo e importante, luciéndolo en la calle para ir a la iglesia los domingos. Es evidente que se marchó de allí con suma precipitación; no le dio tiempo a hacer las maletas. En la planta de abajo vemos sobre la mesa del comedor los platos para el almuerzo. Una comida que la familia nunca llegó a tocar.

¡Qué interrupción debió de ser en su cómoda vida burguesa aquella apresurada huida antes de que la población saltara por los aires! Aquí, en esta casa —hasta el pasado mes—, había estabilidad, cierta comodidad, respetabilidad; todos los cachivaches adquiridos para la casa a lo largo de la vida de la familia. Aquella casa era, en realidad, como la vida de uno mismo. Y entonces... ¡bum! Los Stukas. Los obuses. Y aquella vida, como las casas de los alrededores, vuela en mil pedazos. La estabilidad, la respetabilidad, las esperanzas... derrumbadas en un santiamén. Y tú, tu mujer y tal vez también vuestros hijos, caminái s ahora por las carreteras, hambrientos, suspirando por beber un poco de agua; como un animal o a lo

sumo —¡quién lo hubiera dicho hace un mes!— como un hombre de las cavernas.

Tres soldados nos llevaron a dar un paseo por las ruinas del pueblo a la caída del crepúsculo. A las puertas de la población vemos a una mujer de aspecto desastrado que hurga en un montón de cascotes. Los soldados le gritan para alejarla de allí. Ha pasado ya la hora del toque de queda. Pero la mujer continúa escarbando. Uno de los hombres toma su fusil y da unos pasos hacia ella para apartarla. Le oímos decir: «Coucher?». Le está pidiendo que se vaya a la cama con ella. ¡Señor...! ¡No todo es destrucción aquí! El soldado se ríe y la empuja para que siga su camino. Por lo visto está viviendo en un sótano cercano, como una rata. Nosotros seguimos a través de las calles. No tardamos en volver a encontrarla en el caos de lo que antaño fue un callejón. Nos grita: «Coucher?» Y sale corriendo. Por nuestra parte, continuamos por entre las ruinas y hacemos un alto delante de lo que ha quedado de la iglesia. Resulta difícil creer que debajo de aquellos ladrillos y escombros ennegrecidos yazgan sepultados quinientas mujeres y niños. Hay encima de ellos tanta ruina que su tumba ha quedado sellada por completo. Ni siquiera llega a nuestro olfato el tufillo familiar, dulzón y nauseabundo, de la muerte.

Regresamos a la casa de nuestro banquero cuando ya anochece. Fuera, los camiones del ejército pasan rodando durante toda la noche. En determinado momento me despierta el ruido de los cañones antiaéreos que entran en acción en la carretera. Me levanto al amanecer, no demasiado mal, y salimos hacia París.

PARÍS, *17 de junio*

No fue agradable para mí. Mientras entrábamos en París, a través de las calles familiares, sentía como un dolor en la boca del estómago y deseé no haber venido. Pero mis compañeros alemanes se sentían de un humor excelente viendo la ciudad.

Llegamos hacia el mediodía de uno de esos espléndidos días de junio de los que París goza en este mes con frecuencia, y que en tiempos de paz hubiese animado a la gente a ir a las carreras en Longchamp o al tenis en Roland Garros, o simplemente a pasear tranquilamente bajo los árboles de los bulevares o sentarse en las frescas terrazas de un café.

Primera sorpresa: las calles están completamente desiertas y las tiendas, cerradas, con las persianas bajadas y aseguradas en las ventanas y los escaparates. Lo que te recibía era una sensación de vacío. Como veníamos desde Le Bourget (recordando yo, nostálgicamente, la noche en que recorrí a pie y a toda prisa el camino que va de allí a la ciudad para escribir la historia del aterrizaje de Lindbergh), tomamos la rue Lafayette. Coches del ejército alemán y veloces motocicletas pasaban ruidosamente a nuestro lado. Pero en las aceras no había ni un solo ser humano. Me fijé en los diversos cafés de las esquinas de la calle, que tan bien conocía. Habían metido dentro las mesas y cerrado los postigos. Y habían desaparecido todos: los *patrons*, los *garçons* y los clientes. Nuestros dos coches atronaban la rue Lafayette, tocando el claxon en cada uno de los cruces, hasta que le pedí al chófer que desistiera.

Allí, en la esquina, se hallaba el edificio del *Petit Journal*, donde había trabajado yo para el *Tribune* de Chicago cuando llegué por primera vez a París en 1925. Enfrente estaba el café de las Trois Portes... ¡cuántas horas placenteras de ocio había pasado yo en él cuando París era, para mí, una ciudad hermosa y deseable... ¡y mi hogar!

Doblamos a la izquierda para tomar la rue Pelletier hacia el Grand

Boulevard. Noté que el Petit Riche estaba cerrado. El bulevar también se hallaba desierto, salvo por unos pocos soldados alemanes que miraban los escaparates de las pocas tiendas que no tenían bajadas las persianas. La place de l'Opéra ahora. Por primera vez en mi vida no vi en ella un atasco de tráfico, ni policías franceses gritando instrucciones incoherentes a los coches bloqueados allí sin remedio. La fachada del Teatro de la Ópera estaba oculta tras sacos de arena amontonados. El café de la Paix daba la impresión de haber acabado de abrir. Un solitario *garçon* se ocupaba de sacar algunas mesas y sillas. En la terraza había algunos soldados alemanes de pie, que iban ocupándolas. Después giramos en la Madeleine, cuya fachada estaba tapada también por sacos de arena, y seguimos por la rue Royale. Me fijé en que Larue y Weber estaban cerrados también. Ahora teníamos delante de nosotros la vista familiar de la place de la Concorde, el Sena, la Cámara de Diputados, sobre la cual ondea una gigantesca bandera con la esvástica, y a lo lejos la cúpula dorada de los Inválidos. Dejamos atrás el Ministerio de la Marina, junto al que se hallaba apostado un gran tanque alemán, y entramos en la Concorde. Nos detuvimos frente al Hôtel Crillon, convertido ahora en el cuartel general alemán. Nuestro oficial fue a preguntar por los alojamientos. Yo, aunque vi que a los oficiales alemanes que viajaban con nosotros no les hacía ninguna gracia, fui a llamar a la embajada de Estados Unidos, que está justo al lado. Bullitt, Murphy —todos los que yo conocía de allí— habían salido a almorzar. Dejé una nota para Bullitt.

Nos asignaron habitaciones en el Scribe, donde a menudo me había alojado en tiempos más civilizados. Para mi sorpresa y satisfacción, encontré en el vestíbulo a Demaree Bess y a Walter Kerr, que se habían quedado en París después de que casi todos sus colegas se hubieran marchado. Subieron a mi habitación y mantuvimos una charla. Me pareció

ver a Walter más nervioso que nunca, pero tan simpático como siempre. Demaree conservaba su habitual imperturbabilidad. Él y Dorothy se habían alojado en el hotel Park Élysées, en el Rond Point. La víspera de la caída de la ciudad, el dueño del hotel se acercó a verlos casi sin resuello y les suplicó que se marcharan también; porque él, en todo caso, se largaba a toda prisa y cerraba el hotel. Pero ellos... ¡le convencieron de que se lo vendiera! Pregunté por mis amigos. La mayoría de ellos habían dejado París.

Demaree dice que el pánico en París fue indescriptible. Todo el mundo perdió la cabeza. El gobierno no dio ningún ejemplo. Dijeron a la gente que escapara, y por lo menos tres de los cinco millones de habitantes de la ciudad se largaron sin equipaje, huyendo literalmente por piernas en dirección al sur. Parece que los parisienses creían realmente que los alemanes violarían a las mujeres y les harían algo peor a los hombres. Habían oído historias fantásticas de lo que ocurría cuando los alemanes ocupaban una población. Los que se quedaron son los que ahora están más sorprendidos por el correctísimo comportamiento de las tropas... hasta ahora.

La población está amargada con el gobierno, que, por lo que oigo, en los últimos días se vino abajo por completo. Se olvidó incluso de advertir a la gente de que París no iba a ser defendida, hasta que fue ya demasiado tarde. La policía francesa y los bomberos han permanecido en sus puestos. Resulta un espectáculo curioso ver a los gendarmes, ahora sin armas, dirigiendo el tráfico —que consiste exclusivamente en vehículos militares alemanes— o patrullando por las calles. Tengo la sensación de que lo que estamos presenciando aquí, en París, es el completo desplome de la sociedad francesa: un colapso del ejército, del gobierno, y de la moral de la gente. Resulta casi demasiado terrible para creerlo.

PARÍS, *18 de junio*

¡El mariscal Pétain ha solicitado un armisticio! Los parisienses, aturdidos por todo cuanto ha pasado, difícilmente pueden creerlo. Ni podemos tampoco nosotros. Que el ejército francés tenía que rendirse está claro. Pero la mayoría esperábamos que se rindiera como lo han hecho los ejércitos holandés y belga, y que el gobierno, como anunció Reynaud que lo haría, se refugiara en África, donde Francia, con su armada y los ejércitos africanos, podría resistir durante largo tiempo.

Los parisienses han tenido noticia de la acción de Pétain a través de los altavoces, convenientemente instalados por los alemanes en prácticamente todas las plazas de la ciudad. Yo me encontraba entre una muchedumbre de hombres y mujeres franceses en la place de la Concorde cuando se anunció por primera vez la noticia. Se quedaron todos casi fulminados. Delante del Hôtel Crillon —donde se alojó Woodrow Wilson durante la conferencia de paz, cuando se dictaron las condiciones para Alemania— los vehículos se detenían en seco y descargaban oficiales con galones dorados. Había allí muchas miradas a través de monóculos, chocar de tacones y saludos militares. Desde la propia plaza, esa plaza que no tiene igual en Europa, desde la que puedes abarcar con la mirada la Madeleine, el Louvre, Notre-Dame a lo lejos siguiendo el Sena, la Cámara de los Diputados, la cúpula dorada de los Inválidos, donde está enterrado Napoleón; más allá la torre Eiffel, en la que ondea hoy una enorme esvástica, y, finalmente, siguiendo por los Champs-Élysées, el Arco de Triunfo, quienes estaban de pie en ella apenas advertían el ajetreo que se vivía en la entrada del cuartel general alemán en el Crillon. Clavaban la mirada en el suelo, se miraban después el

uno al otro y murmuraban: «¡Pétain se rinde! ¿Qué quiere decir eso? *Comment? Pourquoi?*». Y ninguno parecía tener ánimos para responder.

Esta noche París es para mí una ciudad extraña, irreconocible. Hay un toque de queda a las nueve, una hora antes de que anochezca. El oscurecimiento nocturno sigue todavía en vigor. Esta noche las calles están oscuras y desiertas. El París de las luces alegres, las risas, la música, las mujeres en las calles... ¿cuándo fue eso? Y este París, ¿qué es?

Observé hoy alguna confraternización abierta entre las tropas alemanas y los parisienses. La mayoría de los soldados parecen ser austríacos; se comportan con corrección y bastantes saben hablar francés. Muchos de ellos actúan como ingenuos turistas, lo cual ha sido una agradable sorpresa para los parisienses. Es gracioso, pero cada soldado alemán lleva consigo una cámara fotográfica. Los he visto hoy a miles, tomando fotos de Notre-Dame, del Arco de Triunfo, de los Inválidos. Miles de soldados alemanes se congregan a lo largo del día ante la tumba del soldado desconocido, cuya llama sigue ardiendo bajo el Arco. Descubren sus rubias cabezas y se ponen firmes mirándola.

Ayer se publicaron dos periódicos en París, *La Victoire* (una ironía de la vida, sin duda) y *Le Matin.* Me encontré en la embajada con Bueno-Varilla, el director de *Le Matin*. Oí decir que estaba deseoso de agradar a los alemanes y procurar que su periódico tuviera una acogida favorable. Ya ha empezado a atacar a Inglaterra, ¡a culpar a Inglaterra por la apurada situación de Francia! *La Victoire*, dirigido por un bicho raro, insta a los parisienses a dejar de referirse a los alemanes llamándolos *boches.* Su editorial de ayer finalizaba con un «Vive Paris! Vive la France!».

El ejército alemán se trasladó ayer al hotel de los Bess, pero ellos dos

defendieron valientemente su posición.

PARÍS, *19 de junio*

¡El armisticio se firmará en Compiègne! En el mismo coche cama del mariscal Foch que presenció la firma del otro armisticio el 11 de noviembre de 1918 en el bosque de Compiègne. Los franceses no lo saben aún; los alemanes lo mantienen en secreto. Pero, por un error de alguien, hoy lo averigüé.

A las cuatro y media de esta tarde, los militares me llevaron apresuradamente a Compiègne. Ese fue el error. No deberían haberlo hecho. Pero hubo un lío con las órdenes y, antes de que pudieran desentrañarlo, yo estaba ya allí. Ayer se reunieron en Munich Hitler y Mussolini para bosquejar las condiciones del armisticio con Francia. Mientras íbamos hacia allí, recordé esa reunión y, medio en broma, le pregunté a un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán si Hitler (como se rumoreaba) insistiría en que el armisticio se firmara en Compiègne. Al hombre no le gustó mi pregunta y replicó con frialdad: «Por supuesto que no».

Pero, cuando llegamos a nuestro destino a las seis de la tarde, encontramos a un grupo del cuerpo de ingenieros alemán ocupado febrilmente en derribar el muro del museo en el que se había conservado el vagón privado de Foch donde se firmó el armisticio de 1918. El edificio del museo fue una donación de un tal Arthur Henry Fleming de Pasadena, California. Antes de salir de allí, los técnicos, que trabajaban con martillos neumáticos, habían conseguido ya demoler el muro y empujaban el vagón fuera de su refugio.

El plan es, como me dijeron los nazis, colocar el vagón exactamente en el

mismo lugar que ocupaba en el pequeño claro del bosque de Compiègne a las cinco de la mañana del 11 de noviembre de 1918, y hacer que los franceses firmen este armisticio allí... Estuvimos tratando los detalles técnicos de la emisión del reportaje con varios oficiales y funcionarios alemanes. Para los norteamericanos será, sin duda, una emisión espectacular, pero también trágica. Un coronel me mostró el interior del vagón del armisticio. El lugar donde se sentó cada uno en aquel histórico encuentro en 1918 aparecía indicado mediante unas tarjetas en la mesa.

Mientras regresábamos a París, ya de noche, nos detuvimos en la carretera que discurre, sinuosa, por las colinas que hay entre Compiègne y Senlis. En cierto punto, una pequeña columna francesa había sido bombardeada. Dispersas a lo largo de cuatrocientos metros, había veinte tumbas cavadas apresuradamente. Aún se olía el hedor de los caballos muertos, enterrados superficialmente. Cerca de la carretera había un cañón del 75, junto con otras pertenencias —mantas, capotes, botas, calcetines, fusiles, municiones, etcétera— que, a juzgar por su aspecto, habían sido abandonadas con gran precipitación. Me fijé en la fecha del cañón: ¡1918! ¡En este lugar los franceses defendieron con cañones de la guerra mundial el acceso por carretera más importante a su capital!

Todavía sigue siendo un misterio para mí que esta campaña se haya saldado con una victoria tan fácil para Hitler. Hay que reconocer que los franceses combatieron en las ciudades, y que en ellas no podían luchar los millones de hombres que hubieran estado dispuestos a combatir. No había espacio para ellos. Pero lo cierto es que no lucharon en los campos de batalla, como en todas las otras guerras. De forma que las mieses que estaban a veinte metros de las principales carreteras no fueron pisadas por las botas de los

soldados enemigos o sus decenas de miles de vehículos motorizados. No pretendo decir que en muchos lugares los franceses no combatieran con arrojo. Ciertamente lo hicieron. Pero no existió una defensa organizada, perfectamente pensada como en la guerra anterior. Por todo lo que he visto, llego a la conclusión de que los franceses permitieron que los alemanes les dictaran un nuevo tipo de guerra. Una guerra que se libró ampliamente a lo largo de las principales carreteras, y rara vez siguiendo una línea que discurriera a través del campo. Y en las carreteras los alemanes lo tenían todo a su favor: clara superioridad en blindados y aviones, los principales medios para la lucha en las carreteras. Un soldado austríaco me dijo anoche que todo fue increíblemente sencillo. Se adentraron en las carreteras con los carros blindados, y con apoyo artillero en la retaguardia. Rara vez encontraron una resistencia seria; tan solo fuego desde blocaos o pequeñas defensas. En general, los tanques alemanes, fuertemente blindados, no les prestaban atención y se limitaban a seguir avanzando por la carretera. Las unidades de infantería que venían detrás en camiones, dotadas de artillería ligera, se encargaban de liquidar los blocaos y los nidos de ametralladoras. De vez en cuando, si la resistencia era algo más fuerte, lo comunicaban por teléfono, radio o señales a la artillería que venía por detrás. Y si los grandes cañones no conseguían vencer la resistencia, se enviaba una orden a los Stukas, que, invariablemente, lo lograban. Así iba todo, me dijo, un día tras otro.

Yo sigo preguntándome: si los franceses estaban pensando en una defensa seria, ¿por qué no volaron nunca las principales carreteras? ¿Por qué dejaron intactos tantos puentes estratégicos? Aquí y allá he visto, a lo largo de las carreteras, una barrera antitanque —formada por unos cuantos troncos, piedras o cascotes— que no suponía ningún obstáculo serio para

los blindados. Nada parecido a las auténticas trampas para tanques, como las que los suizos han construido a millares.

Esta ha sido una guerra de máquinas a lo largo de las principales vías de comunicación, y no parece que los franceses hayan estado preparados para ella, la hayan comprendido o hayan ideado algo para detenerla. Parece increíble.

El general Glaise von Horstenau (un austríaco que traicionó vergonzosamente a Schuschnigg y que ahora ha sido designado por Hitler como uno de los principales historiadores oficiales de esta contienda) lo planteó anoche de otra forma. Su interpretación es que Alemania pilló a los aliados en uno de los raros momentos de la historia militar en que, durante unas pocas semanas, meses o años, las armas ofensivas son superiores a las defensivas. Explicó que esta fantástica campaña probablemente solo podía darse en este verano de 1940. Que, si se hubiera demorado hasta el próximo año, los aliados hubieran podido disponer de las armas defensivas —cañones antitanque, artillería antiaérea y cazas— capaces de imponerse a las armas ofensivas de Alemania. A esto habrían seguido, a su juicio, una especie de tablas. Como las que se dieron en el frente occidental de 1914 a 1918, cuando las fuerzas ofensivas y las defensivas eran prácticamente iguales.

Otra cosa: no me parece que las bajas de uno y otro bando hayan sido cuantiosas. Se ven muy pocas tumbas.

PARÍS, *20 de junio*

Los hombres que viajaron ayer a Orleans y Blois cuentan una historia terrible. A lo largo de la carretera vieron, según sus estimaciones, a unos

doscientos mil refugiados: personas de toda condición, ricos y pobres, agotados y hambrientos, que yacían en las cunetas o en los linderos de los bosques, sin alimentos, sin agua, sin refugio, desprovistos de todo.

Son solo unas cuantas de los millones de personas que huyeron de París y de las otras ciudades y pueblos ante los invasores alemanes, y que, desgarrados por el temor, se echaron a las carreteras con sus pertenencias a la espalda, sobre bicicletas o en cochecitos de niño y con estos a hombros. Las carreteras no tardaron en colapsarse, en quedar atascadas. También los soldados intentaban utilizarlas, así que, al rato, se presentaron los alemanes a bombardearlas. Pronto solo hubo un reguero de muertos y moribundos. Sin alimentos, sin agua, sin refugio, sin atención médica. Bullitt calcula que hay siete millones de refugiados desde aquí a Burdeos, casi todos en trance de morir de inanición a menos que se haga algo enseguida. El ejército alemán está prestando alguna ayuda, pero no es gran cosa. Ya ha tenido que traer a Francia, desde Alemania, gran parte de sus propios víveres. La Cruz Roja está haciendo lo que puede, pero es del todo insuficiente.

Estamos ante una catástrofe humana como ni siquiera China ha vivido jamás. (¿A cuántos franceses u otros europeos se les ha enternecido el corazón cuando una inundación, una hambruna o la guerra acababa con las vidas de un millón de chinos?)

Almuerzo con Bullitt en su residencia. Todavía está atónito por lo sucedido. Aunque Hitler, Ribbentrop y Goebbels lo odian casi tanto como aborrecen a Roosevelt, me dijo que las autoridades militares alemanas han tenido con él todas las atenciones. Los nazis habían hecho que los tres representantes norteamericanos de las tres asociaciones de prensa estadounidenses se comprometieran a no reunirse con Bullitt ni a acudir siquiera a la embajada de Estados Unidos (un compromiso que respetaron escrupulosamente, aunque Fred Oechsner tuvo el valor de telefonear a la

embajada y presentarles sus respetos). Yo, por mi parte, como no siento ninguna obligación para no actuar aquí como un ciudadano estadounidense libre a pesar de la presión de los nazis, acepté gustosamente la invitación del embajador, a quien conozco desde hace muchos años. El invitado más comunicativo en el almuerzo fue el señor Henry-Haye,[29] senador y alcalde de Versalles. Es uno de los pocos políticos que han permanecido en sus puestos. El resentimiento hacia los británicos que exhibió durante el almuerzo solo es comparable al que mostró por los alemanes. No sabría decir a quiénes culpaba más del colapso francés, pues farfulló improperios contra unos y otros. Se hallaba en un estado de gran excitación. Ayer, según contó, un joven oficial alemán había irrumpido en su despacho en la alcaldía de Versalles y le había ordenado sin más que mandara reparar inmediatamente su coche. Añadió que, si no lo tenía listo en una hora, arrestaría a monsieur Henry-Haye. Aquello fue demasiado para el senador y alcalde.

«Señor, está usted hablando —le dijo al alemán— con un senador de Francia y alcalde de Versalles. Daré cuenta enseguida de su conducta a sus superiores militares en París».

Dicho lo cual, aunque apenas tenía gasolina en su automóvil, se dirigió a toda prisa a París para hacer buena su palabra.

«Oh, les boches!», murmuraba una y otra vez, una palabra que, debo reconocer, empleábamos con bastante frecuencia todos los que estábamos sentados en torno a la mesa.

PARÍS, *21 de junio*

En el lugar exacto del pequeño claro del bosque de Compiègne donde a las

cinco de la mañana del 11 de noviembre de 1918 se firmó el armisticio que puso fin a la Primera Guerra Mundial, Adolf Hitler planteó hoy a Francia las condiciones para su armisticio. Para hacer que la venganza alemana fuera completa, el encuentro entre los plenipotenciarios alemán y francés tuvo lugar en el vagón de ferrocarril privado del mariscal Foch, donde este había fijado los términos del armisticio con Alemania veintidós años antes. Incluso se utilizó la misma mesa en el desvencijado coche cama. Y, a través de las ventanillas, vimos a Hitler ocupar el mismo asiento en el que se sentó Foch a la mesa cuando dictó el otro armisticio.

La humillación de Francia, de los franceses, fue completa. Y, sin embargo, en el preámbulo de las condiciones del armisticio, Hitler les decía a los franceses que no había elegido este lugar en Compiègne movido por un espíritu vengativo, sino meramente para subsanar una antigua injusticia. De la actitud de los delegados franceses deduje que no acababan de ver la diferencia.

Aún no conocemos las condiciones de Alemania. El preámbulo afirma que la base común para ellas es: 1) impedir una reanudación de la lucha; 2) ofrecer una completa garantía a Alemania para proseguir con su guerra contra Gran Bretaña; 3) establecer los fundamentos de una paz cuya base sea la reparación de una injusticia infligida por la fuerza a Alemania. Este tercer punto solo puede significar una cosa: la venganza por la derrota de 1918.

Kerker para la NBC y yo para la CBS, en una emisión conjunta de media hora efectuada esta tarde, describimos la sorprendente escena lo mejor que pudimos. Fue, me parece, una buena emisión.

Las negociaciones para el armisticio comenzaron a las tres y cuarto. Un caluroso sol de junio caía de lleno sobre las copas de los grandes olmos y pinos, y proyectaba agradables sombras en las avenidas bordeadas por ellos

cuando apareció Hitler acompañado de los plenipotenciarios alemanes. Bajó del coche delante del monumento francés a Alsacia-Lorena que se alza al final de una avenida de más o menos doscientos metros que va desde el claro hasta el lugar donde aguarda el vagón del armisticio, exactamente en el mismo lugar que ocupó hace veintidós años.

Me fijé en que la estatua de Alsacia-Lorena estaba cubierta con banderas de guerra alemanas para que no pudiéramos ver la escultura ni leer la inscripción que hay en ella. Pero yo ya la había visto años atrás: la gran espada que representa a los aliados, con la punta clavada en el cuerpo de una gran águila sin fuerzas, que representa el viejo Imperio del káiser. Y la inscripción debajo de ella, que dice en francés: «A LOS HEROICOS SOLDADOS DE FRANCIA ... DEFENSORES DE LA PATRIA Y DE LA JUSTICIA ... GLORIOSOS LIBERADORES DE ALSACIA-LORENA».

Vi a través de mis prismáticos que el Führer se detenía, observaba el monumento y miraba las banderas del Reich con sus grandes esvásticas en el centro. Después caminó lentamente hacia nosotros, hacia el pequeño claro en el bosque. Me fijé en su rostro. Era grave, solemne, pero su expresión rebosaba afán de venganza. También se adivinaba en él, en sus andares decididos y elásticos, la nota de triunfo del conquistador, del que ha desafiado al mundo. Había algo más, aunque difícil de describir: una especie de desdeñosa satisfacción interior por hallarse presente en este gran vuelco del destino; un vuelco que él mismo había tramado.

Ahora llega al pequeño calvero entre los árboles. Se detiene y mira despacio a su alrededor. El claro tiene forma de círculo, como de unos doscientos metros de diámetro, y está trazado como un parque. Una línea de cipreses lo rodean, y tras ellos se encuentran los grandes olmos y robles del bosque. Ha sido desde hace veintidós años uno de los santuarios nacionales

de Francia. Nosotros seguimos la escena desde una posición discreta en el perímetro del círculo.

Hitler hace una pausa y pasea lentamente la vista a su alrededor. Inmediatamente detrás de él se agrupan los demás plenipotenciarios alemanes; Göring, que agarra con una mano su bastón de mariscal de campo, luce el uniforme azul celeste de las fuerzas aéreas. Todos los alemanes van de uniforme: Hitler lleva una chaqueta cruzada de color gris, con la Cruz de Hierro prendida en el bolsillo izquierdo del pecho. Junto a Göring están los dos jefes del ejército alemán: el general Keitel, jefe del Mando Supremo, y el general Von Brauchitsch, comandante en jefe del ejército alemán. Los dos rondan ya los sesenta pero parecen más jóvenes, en especial Keitel, que tiene un aspecto más atildado con su gorra levemente ladeada.

Está presente también Erich Raeder, gran almirante de la armada alemana, con su uniforme azul marino y el invariable cuello vuelto hacia arriba, como suelen llevarlo los oficiales de marina alemanes. Hay en el séquito de Hitler dos personajes que no son militares: Joachim von Ribbentrop, el ministro de Asuntos Exteriores, vestido con el uniforme gris oscuro del cuerpo diplomático, y Rudolf Hess, el segundo de Hitler, que viste el uniforme gris del partido.

Son ahora las 15.18. La bandera personal de Hitler es izada en un pequeño mástil en el centro del círculo.

También en el centro hay un gran bloque de granito que sobresale del terreno unos noventa centímetros. Hitler, seguido por los otros, sube hasta allí, da unos pasos por encima de él y lee la inscripción que aparece grabada en grandes letras en relieve. Dice: «AQUÍ, EL 11 DE NOVIEMBRE DE 1918, SUCUMBIÓ EL CRIMINAL ORGULLO DEL IMPERIO ALEMÁN ... VENCIDO POR LOS PUEBLOS LIBRES A LOS QUE INTENTÓ SOJUZGAR».

Hitler lo lee, y también lo hace Göring. Lo leen todos, de pie allí bajo el sol de junio, en silencio. Escudriño el rostro de Hitler para ver la expresión de su cara. Estoy a solo cincuenta metros de él y lo veo a través de mis prismáticos como si lo tuviera frente a mí. He visto esa cara muchas veces en los grandes momentos de su vida. ¡Pero hoy...! Hoy está encendida por el desprecio, la ira, el odio, la venganza, el triunfo. Baja del monumento y se esfuerza en conseguir que su gesto sea una obra maestra del desdén. Se vuelve para mirarlo de nuevo, despectivo, furioso, con una furia que uno casi siente, por ver que no es capaz de borrar con una patada de su bota prusiana de caña alta la terrible y provocativa inscripción. Pasea despacio la vista por el claro del bosque, y ahora, mientras sus ojos se cruzan con los tuyos, te das cuenta de la profundidad de su odio. Aunque en él hay también un matiz de triunfo; porque es un odio vengativo, triunfante. De repente, como si su cara no fuera capaz de expresar por completo sus sentimientos, compone toda la actitud de su cuerpo en consonancia con ellos. Se da una palmada en las caderas, arquea los hombros y planta los pies en el suelo separándolos ampliamente. Es un soberbio gesto de desafío, incendiario desprecio por el lugar donde se encuentra ahora y por todo lo que ha representado en los veintidós años transcurridos desde la humillación del Imperio alemán.

Finalmente, Hitler guía al grupo hacia otra losa de granito, más pequeña, situada a unos cincuenta metros del monumento. Fue allí donde estuvo detenido el vagón de ferrocarril en cuyo interior se alojaron los plenipotenciarios alemanes durante la discusión del armisticio de 1918, del 8 al 11 de noviembre. Hitler se limita a mirar la inscripción, que dice: «LOS PLENIPOTENCIARIOS ALEMANES». Por mi parte, me fijo en que la losa se encuentra entre dos vías de tren oxidadas, las mismas en las que se paró el vagón alemán veintidós años antes. Más allá, siguiendo por el borde del

claro, hay una gran estatua del mariscal Foch, en piedra blanca, con el aspecto que tendría cuando bajó del vagón del armisticio la mañana del 11 de noviembre de 1918. Hitler la evita; ni siquiera parece mirarla.

Son ahora las 15.23, y los alemanes caminan hacia el vagón del armisticio. Durante unos instantes se detienen, charlando, fuera de él, de pie bajo la luz del sol. Pero luego Hitler se encarama a la plataforma y pasa al interior seguido de los otros. Las ventanillas del vagón nos permiten ver bien lo que ocurre dentro. Hitler toma asiento en el lugar ocupado por el mariscal Foch cuando se firmaron las cláusulas del armisticio de 1918. Sus acompañantes se sitúan detrás de él. Al otro lado de la mesa, frente a Hitler, hay cuatro asientos que siguen vacíos; los franceses no han llegado aún. Pero no tenemos que esperar mucho tiempo. A las tres y media en punto, descienden de un coche. Han viajado en avión desde Burdeos, hasta un aeródromo cercano. También ellos observan el monumento conmemorativo de Alsacia-Lorena, pero la suya es una mirada huidiza. Después caminan por la avenida, flanqueados por tres oficiales alemanes. Podemos verlos bien cuando entran en la zona del claro iluminada por el sol.

Son el general Huntziger, que viste un uniforme caqui descolorido, el general Bergeret, de las fuerzas aéreas, y el vicealmirante Le Luc, ambos con uniformes azul oscuro, y, finalmente, casi perdido entre tanto uniforme, el señor Noël, embajador de Francia en Polonia. La guardia de honor alemana, formada en la entrada del claro, se pone en posición de firmes al pasar los franceses, pero no presentan armas.

Es un momento grave en la vida de Francia. Los franceses mantienen la mirada fija al frente. Muestran rostros solemnes, demacrados. Son la viva imagen de una dignidad trágica.

Caminan rígidamente hacia el vagón, donde los reciben dos oficiales alemanes: el teniente general Tippelskirch, intendente general, y el coronel

Thomas, jefe del cuartel general del Führer. Los alemanes saludan militarmente. Los franceses devuelven el saludo. La atmósfera es lo que los europeos llamarían «correcta». Se saludan, pero no hay apretones de manos.

Lo que sigue ahora podemos verlo a través de las polvorientas ventanillas del viejo coche cama. Hitler y los demás líderes alemanes se ponen de pie cuando entran los franceses en el salón. Hitler ofrece el saludo nazi, con el brazo extendido y en alto. Lo mismo hacen Ribbentrop y Hess. No puedo ver al señor Noël para fijarme en si saluda o no.

Hasta donde nos es posible verlo a través de las ventanillas, Hitler no dice ni una palabra a los franceses ni a nadie. Se limita a hacer un gesto con la cabeza al general Keitel, que se encuentra a su lado. Vemos que el general ordena sus papeles y se pone a leerlos. Ahora está leyendo el preámbulo a las condiciones del armisticio. Los franceses permanecen sentados, con los rostros como si fueran de mármol, y escuchan con atención. Hitler y Göring tienen la mirada fija en el paño verde de la mesa.

La lectura del preámbulo dura solo unos pocos minutos. Pronto nos damos cuenta de que Hitler no tiene la intención de permanecer allí mucho tiempo ni de escuchar la lectura de todas las cláusulas. A las 15.42, doce minutos después de la llegada de los franceses, vemos que Hitler se pone en pie, saluda rígidamente y enseguida sale de la estancia, seguido de Göring, Brauchitsch, Raeder, Hess y Ribbentrop. Los franceses, como figuras de piedra, siguen con la vista clavada en el tapete verde. El general Keitel se queda con ellos y comienza a leerles las detalladas condiciones del armisticio.

Hitler y sus ayudantes bajan del coche cama y caminan por la avenida en dirección al monumento de Alsacia-Lorena, donde les están esperando los coches. Cuando pasan por delante de la guardia de honor, la banda alemana se pone a tocar los dos himnos nacionales, el «Deutschland über Alles» y la

«Canción de Horst Wessel». Toda la ceremonia, en la que Hitler ha alcanzado un nuevo pináculo en su meteórica carrera y Alemania ha vengado su derrota de 1918, ha concluido en un cuarto de hora.

PARÍS, *22 de junio, medianoche*

Hoy estoy demasiado cansado para escribir. Esto es lo que he emitido hoy: «Se ha firmado el armisticio. El armisticio entre Francia y Alemania fue firmado exactamente a las 18.50 de esta tarde, hora de verano alemana; es decir, hace una hora y veinticinco minutos ... Se firmó en el mismo viejo vagón de ferrocarril y en el mismo punto del bosque de Compiègne donde las dos naciones suscribieron el armisticio del 11 de noviembre de 1918 ... Pero, aunque firmado por los franceses y los alemanes, el armisticio no es todavía efectivo. Nos han informado de que la delegación francesa se dispone a viajar a Italia en un avión especial ... En cuanto llegue allí, Italia dictará sus propias condiciones de armisticio para el cese de su guerra con Francia ... Y tan pronto como las firmen los franceses e italianos, la noticia será comunicada de inmediato a los alemanes, quienes, a su vez, informarán acto seguido al gobierno francés en Burdeos. A las seis horas de esta comunicación, cesará la lucha, los cañones dejarán de disparar, aterrizarán los aviones y el derramamiento de sangre de la guerra habrá llegado a su fin (es decir, por lo que se refiere a Alemania e Italia, por una parte, y a Francia por otra). La guerra con Gran Bretaña seguirá su curso, naturalmente ...

»Las negociaciones de este armisticio han ido con mucha mayor rapidez de lo que se esperaba. Ha habido intensos contactos telefónicos y telegráficos entre aquí y Burdeos por parte de los franceses. Una de las pequeñas maravillas de esta guerra fue el mantenimiento de una línea

telegráfica con Burdeos, que cruzaba ambas líneas del frente cuando todavía se combatía en ellas.

»De hecho, a última hora de la pasada noche los alemanes y los franceses lograron establecer contacto telefónico entre los plenipotenciarios que se hallaban aquí, en Compiègne, y el gobierno francés instalado en Burdeos. Hace unos minutos he escuchado una grabación de esa primera conversación una vez establecida la línea. Es una grabación interesante, aunque corta, para la historia.

»Los alemanes consiguieron que la línea telefónica llegara hasta el río Loira en Tours. Allí, sus ingenieros militares tendieron una línea sobre un puente a través del río y, una vez en la otra orilla, extraña y casi milagrosamente, lograron conectarla a la línea telefónica central francesa, que llevó la señal hasta Burdeos. Pudimos oír todos aquí al telefonista alemán en Compiègne repitiendo: «¡Aló, Burdeos! Con el gobierno francés en Burdeos». Lo dijo en francés y en alemán. Parecía increíble, y debió de serlo también para los franceses cuando dijo en francés: «*Ici la centrale de l'armée allemande à Compiègne.* Al habla el cuartel general del ejército alemán en Compiègne, llamando al gobierno francés en Burdeos». La línea era excelente, y pudimos oír con toda claridad al telefonista de Burdeos. Después la comunicación fue pasada al gobierno alemán y a sus delegados aquí.

»Y así prosiguieron las negociaciones para la finalización de la guerra durante la última noche y el día de hoy. Ocasionalmente, los integrantes de la delegación francesa volvían al vagón desde su tienda para mantener nuevas conversaciones con el general Keitel. Anoche, hacia las doce, las conversaciones se interrumpieron y los delegados franceses, aunque se les habían proporcionado catres en su tienda, fueron conducidos por los

alemanes a París, a unos ochenta kilómetros de distancia, para pasar allí la noche. La ciudad debió de parecerles extraña.

»Los delegados franceses regresaron al bosque de Compiègne esta mañana. Hacia las diez y media los vimos entrar en el viejo coche cama del mariscal Foch. Aguardaron dentro una hora, y entonces llegó el general Keitel. A través de las ventanillas pudimos verlos conversar y pasarse unos a otros diversos papeles. A la una y media se acordó un receso para que los franceses pudieran comunicarse por última vez con su gobierno en Burdeos.

»Y entonces llegó el gran momento. A las 18.50, los caballeros presentes en el coche cama comenzaron a estampar sus firmas en las condiciones de armisticio impuestas por Alemania. El general Keitel firmó por Alemania y el general Huntziger lo hizo por Francia.

»Todo concluyó en cuestión de minutos».

Concluyo aquí esta larga cita de mis palabras y paso a describir una escena que le he dejado a Kerker para su parte de la emisión. Sé que los alemanes han escondido micrófonos en el vagón del armisticio. Busco, pues, y localizo en el bosque una unidad móvil de sonido. Nadie me sale al paso, así que hago una pausa para escuchar. Son los momentos inmediatamente anteriores a la firma. Oigo la voz del general Huntziger, tensa, temblorosa. Me pongo a tomar nota de sus palabras exactas en francés. Le salen lentamente, una a una, como con gran esfuerzo. Dice: «Declaro que el gobierno francés me ha ordenado firmar estas condiciones de armisticio. Pero deseo leer una declaración personal. Forzada por la suerte de las armas a poner término a la contienda que ha mantenido en apoyo de los aliados, Francia ve que se le imponen ahora condiciones muy duras. Aun así, se siente con derecho a esperar que, en las negociaciones futuras, Alemania dé muestras de una actitud de espíritu que permita que nuestras dos grandes y vecinas naciones vivan y trabajen pacíficamente».

A continuación se oyen el rasgueo de plumas y algunas observaciones en sordina por parte de los franceses; alguien que observaba la escena a través de la ventanilla me dirá más tarde que el almirante Le Luc tuvo que esforzarse en contener las lágrimas en el momento de la firma del documento. Y, tras esto, oigo la voz grave de Keitel: «Pido a todos los miembros de las delegaciones alemana y francesa que se pongan en pie para rendir el homenaje que se merecen los valientes soldados alemanes y franceses. Levantémonos de nuestros asientos en señal de respeto por todos cuantos han derramado su sangre por la patria y cuantos han dado la vida por su país». Hay un minuto de silencio que guardan todos puestos de pie.

Mientras hablaba a través del micrófono, me cayó una gota de lluvia en la frente. En la carretera, más allá del bosque, podía ver la interminable columna de refugiados que desfilaban lenta, fatigosamente, muchos de ellos a pie, en bicicleta o en carros, y otros pocos en camiones. Estaban agotados, aturdidos, con las plantas de los pies lastimadas; no sabían aún que se había firmado el armisticio y que la lucha terminaría para ellos muy pronto.

Caminé hacia el claro. El cielo estaba nublado y comenzaba a llover. Un pelotón de ingenieros alemanes, animándose a gritos, había empezado ya a mover el vagón del armisticio.

—¿Adónde lo llevan? —pregunté.

—A Berlín —respondieron.

PARÍS, *23 de junio*

Parece que ayer tuvimos una exclusiva sensacional. Nos adelantamos a todo el mundo con el anuncio de que se había firmado el armisticio, por no hablar ya de la detallada descripción que hicimos del acto de la firma.

Algunos de los que nos ayudaron a conseguirlo se están dando cuenta ahora de su equivocación. Yo no había caído en la cuenta de que teníamos un notición entre manos hasta esta mañana, cuando me dijo Walter Kerr que había oído anoche alguna emisión norteamericana. Por espacio de dos o tres horas, me dice, fuimos los únicos en dar la noticia. Me dice también que algunos de nuestros comentaristas parecían un poco nerviosos porque pasaban las horas y no tenían ninguna confirmación. Probablemente estarían pensando en la prematura noticia del armisticio dada el 7 de noviembre de 1918 por la UP.

He pasado mi primera noche entera de sueño en una semana y me he sentido un poco mejor. Desayuné al mediodía en la terraza del café de la Paix con Joe [Harsh] y Walter: café con leche y *brioches* bajo un sol agradable y tranquilizante. A la una hemos ido calle abajo a Philippe's, donde hemos dado cuenta de un buen almuerzo, el primero decente desde nuestra llegada a París.

Más tarde, Joe y yo hemos hecho un pequeño «viaje sentimental». A pie, naturalmente, porque no circulan coches, autobuses ni taxis. Hemos cruzado la place Vendôme y pensado en Napoleón. Y después hemos seguido por las Tullerías. Me he sentido un poco mejor al ver que había tantos niños jugando en los columpios. El tiovivo daba vueltas también con su carga de chiquillería, hasta que un agente malhumorado, no sé bien por qué (¿quizá para congraciarse con los alemanes?), ha ordenado cerrarlo.

Era un exquisito día de junio, y nos detuvimos para admirar (¡por millonésima vez, supongo!) la vista desde las Tullerías hacia los Champs-Élysées, con la silueta del Arco de Triunfo en el horizonte. Tan maravillosa como siempre. Continuamos por el Louvre y cruzamos el Sena. Como de costumbre, los pescadores balanceaban sus sedales desde la orilla. «Seguramente esto seguirá así hasta el fin de París, hasta el fin de los

tiempos... unos hombres pescando en el Sena». Me paré para verlos, como siempre lo he hecho un millar de veces, para ver si, al cabo de los años, podía presenciar que en la caña de alguno picaba por lo menos un pez. Pero, aunque lanzaban continuamente los sedales, ninguno pescaba. Jamás he visto un solo pez capturado en el Sena.

Siguiendo por la orilla del río llegamos a Notre-Dame. Ya habían retirado los sacos de arena del pórtico central. Hicimos un alto para entrar. Retirados el rosetón original y los de ambos brazos del crucero, la luz era excesiva en el interior de la catedral. Pero desde el río, ya mientras nos acercábamos a ella, la vista de la fachada, el gótico en todo su esplendor, era soberbia. Dimos la vuelta por detrás. ¡Qué elegancia la de esos gráciles arbotantes en que se sustenta la parte superior de la nave!

A partir de aquí, me convertí en el guía de Joe. Lo llevé a la cercana iglesia de Saint-Julien-le-Pauvre, la más antigua de París, y bajamos desde allí por el pequeño callejón donde está el Hôtel Du Caveau, en cuyas bodegas había pasado algunas noches en mis años mozos. Le mostré, algo más allá, un burdel separado de la comisaría de policía por los apenas cinco metros y medio de anchura de la calle. Aparentemente, todas las mujeres que trabajaban en él habían huido, como casi toda la gente bien francesa. Lo dejamos atrás para seguir hasta Cluny, que estaba cerrado, y nos paramos ante la estatua de Montaigne, con su elocuente cita acerca de que París es la «gloria de Francia». Nos detuvimos a tomar una cerveza en el Balzar, junto a la Sorbona, un *pub* en el que yo había pasado muchísimas noches en mis primeros años en París después de 1925. Y, a continuación, puesto que se trataba de un «viaje sentimental», sin disimulo ni vergüenza, tomamos por el bulevar de Saint-Michel y, luego, por la rue de Vaugirard hasta el Hôtel de Lisbonne, donde yo viví durante dos años la primera vez que me instalé en París. El Lisbonne tenía el mismo aspecto sucio y ruinoso de siempre.

Pero, a juzgar por el letrero, le habían añadido un nuevo baño. Por supuesto, no existía semejante muestra de civilización cuando yo residía en él.

Vimos luego el Panteón desde el bulevar de Saint-Germain y cruzamos a continuación los jardines de Luxemburgo, tan agradables como siempre e igualmente poblados de niños, algo que me animó de nuevo, con las estatuas de las reinas de Francia alrededor del estanque central y los chiquillos haciendo navegar sus barquitos en él, con el palacio a un lado y una niña muy guapa sentada a los pies de la estatua de la reina No-sé-cuántos de No-sé-dónde, quien, en el momento en que pudimos apartar los ojos de la pequeña, nos enteramos de que había reinado allá por el año 1100 y pico.

Tras esto Montparnasse, con aperitivos en la terraza lateral de la Rotonde y, al otro lado de la calle, Le Dôme, tan repleto de chiflados como de costumbre y, frente a nosotros, una gran mesa ocupada por mujeres francesas de mediana edad y aspecto burgués, que intentaban recuperarse de su airado sofoco ante la forma en que unas jóvenes (¡al fin y al cabo son francesas!) intentaban ligar con los soldados alemanes.

Y, finalmente, un paseo de vuelta, con una copa en Les Deux Magots, frente a Saint-Germain-des-Prés, cuya sólida torre me pareció hoy más tranquilizadora que nunca, y por la rue Bonaparte, mirando al pasar las librerías y las tiendas de arte, tan civilizadas, hasta llegar a la casa donde Tess y yo habíamos vivido en 1934. Cruzamos el Sena otra vez, y Joe quiso pasar por los jardines del Palais Royal, que encontramos tan apacibles y silenciosos como siempre... salvo por los aviones alemanes que pasaban rugiendo por encima de nuestras cabezas.

De allí, por fin, nos dirigimos a nuestro hotel, repleto de soldados alemanes. Fuera, en el bulevar, una larga columna de artillería alemana atronaba la calle a su paso.

BERLÍN, *26 de junio*

Hemos vuelto de París. Salimos de allí a las siete de la mañana y hemos estado conduciendo a través de los «campos de batalla» (o, más exactamente, de las poblaciones destruidas donde tuvo lugar toda la lucha que se dio en esta guerra) hasta llegar a Bruselas. Los funcionarios y oficiales alemanes dijeron que deseaban disfrutar de una comida decente antes de regresar a la Madre Patria, y los llevé a todos a la Taverne Royale. Allí nos atiborramos de entremeses, bistecs, montones de verduras y fresas con nata, regándolo todo con dos botellas de un excelente Château Margaux.

De camino a Bruselas, pasamos por Compiègne, Noyon, Valenciennes y Mons, todas en muy mal estado. Pero, salvo en las ciudades, no pude ver pruebas de que hubieran sido escenario de duros combates. Aquí y allá había tanques y camiones aliados abandonados, pero ninguna señal en las carreteras de que los aliados hubieran ofrecido una resistencia seria. En las ciudades, los franceses y belgas parecían aún aturdidos, pero, en contra de lo que pudiera esperarse, no daban muestras de especial rencor. Como en todas partes, se comportaban muy correctamente con las tropas alemanas.

Un agregado de la embajada alemana en Bruselas nos acompañó hasta Lovaina. No tardamos en comprender la razón de su interés en hacerlo. En Lovaina fuimos conducidos enseguida a las ruinas carbonizadas de la biblioteca. Mientras nos apeábamos de los coches, dio la casualidad de que pasaba por allí un cura montado en bicicleta, que se acercó a saludarnos. Casualmente, el cura parecía conocer bien al funcionario de la embajada alemana, y entre los dos nos contaron la misma historia que me habían

narrado semanas antes, en aquel mismo sitio, los responsables de la propaganda nazi. Esto es, que los británicos habían incendiado la biblioteca de la Universidad de Lovaina en el momento de su retirada.

Reconozco que hay puntos que me desconciertan en ese relato. Ninguno de los edificios próximos, varios de los cuales están a solo cuatro metros y medio de la biblioteca, sufrió ningún daño. Hasta sus ventanas están intactas. Los alemanes y el cura belga ponderan este hecho como prueba de que no pudo ser que la biblioteca fuera alcanzada por bombas alemanas. Aun así, yo mismo observé en la torre que aún se mantiene en pie dos pequeños orificios que podrían ser impactos de bombas. Y cabría pensar que unas bombas incendiarias, caídas en el interior de la biblioteca, hubiesen podido incendiarla sin destruir los edificios adyacentes. Pero, por otra parte, también es cierto que, si los aviones alemanes hubieran lanzado muchas de estas bombas, algunas habrían errado el objetivo e incendiado las casas colindantes...

El cura, que se presentó a sí mismo como uno de los bibliotecarios, nos explicó que los manuscritos más valiosos se guardaban en cámaras de seguridad a prueba de incendios en los sótanos del edificio. Alegó luego que los británicos habían iniciado el incendio en el sótano, prendiendo fuego al contenido de esas cámaras de seguridad. Él y los alemanes insisten en que el aspecto de los restos carbonizados, con las vigas que aún pueden verse de esas cámaras, indica que el fuego se inició desde el sótano. Pero a mí no me parece tan evidente.

Mientras nos acercábamos a la frontera alemana al atardecer, evitamos la carretera que une Maastricht con Aquisgrán porque en la embajada alemana en Bruselas habían advertido a nuestros acompañantes alemanes de que los aduaneros del Reich serían muy estrictos con nosotros. El caso es que llevábamos los dos coches cargados hasta los topes del botín adquirido con

marcos impuestos a los franceses al abusivo cambio de veinte francos por un marco. Con esto, los oficiales y funcionarios alemanes habían saqueado París, adquiriendo trajes, paños de lana escocesa para confeccionar, bolos, medias de seda, perfumes, ropa interior, etcétera. Estuvimos horas dando vueltas en busca de un puesto de aduanas solitario. Cuanto más nos acercábamos a la frontera, más nerviosos estaban los alemanes. Un oficial del Alto Mando —uno de los alemanes más decentes que conozco— no hacía más que decirme lo embarazoso que sería para él, vestido de uniforme, que lo pillaran in fraganti tratando de pasar tan cuantioso botín. Me dijo que sus compañeros de armas habían hecho un uso tan abusivo y escandaloso de sus oportunidades, que el propio Hitler había dictado una orden tajante a los funcionarios de aduanas para que se incautaran de todo cuanto encontraran en poder de los oficiales o soldados que regresaban. Finalmente, me ofrecí a cargar con las culpas en el caso de que se produjera una confrontación y a decirles a los de las aduanas que todo aquel botín era mío.

El pequeño valle al este de Lieja estaba verde y fresco en las últimas horas de la tarde y había pocas señales de la guerra, salvo una aldea destruida y los puentes del ferrocarril volados en la línea principal que llevaba a Aquisgrán. Finalmente llegamos a la frontera alemana. Nuestro chófer, un soldado raso que ciertamente había adquirido su parte del botín en París, se puso tan nervioso que casi acelera y atropella al oficial de aduanas. Pero nuestro oficial del Alto Mando se apresuró a hablar tanto, y tan convincentemente, que pudimos pasar con el fruto de nuestras rapiñas.

Llegamos a Aquisgrán con el tiempo justo para tomar el tren nocturno a Berlín. Tenso y aterido por el cansancio y la falta de sueño, me desplomé en la litera superior y caí de inmediato en un profundo sueño. Esto ocurrió a las diez de la noche. Hacia las once y media me despertó un furioso ulular

de sirenas. Por el ruido, pude deducir que estábamos en una estación (Duisburgo, según supe más tarde). Apenas había callado la sirena cuando el tren arrancó con una tremenda sacudida y adquirió velocidad tan rápidamente que pensé que descarrilaríamos con toda seguridad en alguna curva. Ahora estaba completamente despierto y, para ser sincero, bastante asustado. Por encima del ruido del tren pude oír el rugido de los bombarderos británicos volando a baja altura, para descender aún más en picado y, obviamente, tratar de alcanzarnos. (Kerker me dijo a la mañana siguiente que los había visto a través de la ventanilla del coche cama.) Aparentemente, los británicos renunciaron a ocuparse de nuestro tren, considerándolo caza menor —por lo menos, yo no oí explosiones de bombas—, y el rugido de los aviones se perdió en la distancia. El maquinista redujo la marcha del convoy a una velocidad razonable, y yo volví a dormirme.

BERLÍN, *27 de junio*

Resumiendo:

Tómenlo con algunas reservas. Es demasiado pronto para ofrecer una visión general. En cualquier caso, uno no lo ha podido ver todo. En fin..., todo eso.

Pero, por lo que he observado en Bélgica y en Francia, y por las conversaciones que he mantenido con alemanes y franceses en ambos países y con los prisioneros franceses, belgas y británicos que he encontrado en las carreteras, una cosa me parece bastante clara: Francia no combatió.

Si lo hizo, hay escasas pruebas de ello. No es solo mi opinión, sino

también la de varios amigos míos que han viajado desde la frontera alemana hasta París, ida y vuelta, siguiendo las principales carreteras. Ninguno hemos visto pruebas de una lucha seria.

Los campos de Francia están intactos. No hubo combates serios ni resistencia en ningún frente estable. El ejército alemán avanzó a toda prisa por las carreteras. Pero incluso en estas hay pocos indicios de que los franceses hicieran algo más que hostigar al enemigo, cosa, además, que solo se hizo en las ciudades y pueblos. Porque se trató solo de dificultar, de demorar el avance. No hubo ningún intento de consolidar una línea de defensa, desde la que organizar un contraataque bien organizado.

Pero, puesto que los alemanes optaron por librar la guerra en las carreteras, ¿por qué no los detuvieron los franceses? Las carreteras son blancos ideales para la artillería. Pero aún no he visto un solo metro de carretera en el norte de Francia que muestre los efectos de fuego artillero. Mientras me dirigía a París por la zona donde comenzó la segunda ofensiva alemana, un oficial del Alto Mando que no había participado en la campaña no paraba de murmurar que no conseguía entenderlo: que, en lo alto de tal o cual colina que dominaba la carretera y ofrecía con sus densos bosques una protección ideal para la artillería, los franceses hubieran debido tener el buen juicio de instalar algunos cañones. Solo con unos pocos hubieran conseguido hacer infranqueable el camino; lo repetía una y otra vez, e incluso ordenaba a nuestro chófer que se detuviera para estudiar el terreno. Pero en lo alto de aquellas colinas boscosas no había habido cañones, y tampoco había impactos de obuses en la carretera o cerca de ella. Los alemanes habían pasado por allí con su poderoso ejército sin disparar apenas un tiro.

Los franceses volaron numerosos puentes, sí. Pero también dejaron intactos muchos que tenían un gran valor estratégico, especialmente sobre

el Mosa, que era una gran defensa natural por la profundidad de sus aguas, la abrupta pendiente de las laderas del valle y la protección que brindaba su densa vegetación. Más de un militar francés me ha comentado que el haber dejado esos puentes en pie había sido un acto de traición.

En ningún punto de Francia, y solo en dos o tres de Bélgica, he visto una carretera adecuadamente minada o, para ser exactos, minada siquiera. En sus pueblos y ciudades, los franceses habían improvisado barreras antitanque, formadas normalmente por bloques de piedra y cascotes, pero los alemanes las derribaron en cuestión de minutos. El cráter abierto por la explosión de una mina no se hubiera podido salvar con semejante facilidad.

D. B., que se hallaba en París y vio la guerra desde el otro lado, concluye que, en efecto, existió traición en los cuadros del ejército francés, desde los más altos a los más bajos: los fascistas en la cúspide y los comunistas en las bases. Y de fuentes tanto alemanas como francesas me han llegado voces de que los comunistas habían recibido órdenes del partido de no combatir y que, por ello, no lo hicieron...

Muchos prisioneros franceses dicen no haber presenciado ninguna batalla. Que, cuando una acción parecía inminente, recibían la orden de retirarse. Fue precisamente esta orden de retirarse ante la eventualidad de una batalla o, por lo menos, antes de haberla dirimido, lo que rompió la resistencia belga.

Los propios alemanes cuentan que, en una batalla entre carros blindados, se vieron atacados por un numeroso grupo de tanques franceses cuando ya se habían quedado sin municiones. El comandante alemán dio la orden de retirada. Una vez que lo hubieron hecho para instalarse a cierta distancia en la retaguardia, perseguidos sin gran convicción por los franceses, los alemanes recibieron la orden de simular un ataque disparando con sus ametralladoras o con cualquier otra cosa que tuvieran en sus carros y

ejecutando complicadas maniobras. Así lo hicieron, y los franceses, al ver que se acercaba a ellos una unidad de tanques alemanes, aunque sin disparar porque carecían de munición, dieron media vuelta y huyeron.

Un oficial de blindados alemán con quien hablé en Compiègne me dijo: «Los tanques franceses eran superiores a los nuestros en algunos aspectos. Tenían un blindaje mejor. Y en ocasiones —durante varias horas, por ejemplo— las unidades de tanques franceses combatieron con valor y pericia. Pero pronto nos dimos cuenta de que no lo hacían con convicción. Cuando lo comprendimos y actuamos en consecuencia, todo concluyó». Hace un mes, yo hubiera considerado esto mera propaganda nazi. Pero ahora me lo creo.

Otro misterio más: después de que los alemanes cruzaran la frontera franco-belga desde Maubeuge hasta Sedan, prosiguieron, según ellos, su avance por el norte de Francia hacia el mar sin disparar apenas un tiro. Cuando llegaron al mar, Boulogne y Calais estaban defendidas principalmente por los británicos. Todo el ejército francés parecía paralizado, incapaz de realizar la más mínima acción, el más tímido contraataque.

Es verdad: los alemanes tenían superioridad aérea. Y otra cosa es cierta: los británicos no proporcionaron el poder aéreo que podrían y deberían haber ofrecido a sus aliados. Aun así, eso no explica la debacle francesa. Por lo que uno puede ver, la eficacia de la fuerza aérea en esta guerra ha sido exagerada. Uno ha oído hablar de la gran cantidad de ataques aéreos en masa a las columnas de los aliados. Pero en vano cabe buscar pruebas de ellos en las carreteras; no se ven cráteres de bombas. Es cierto que la técnica de combate alemana consistió en ametrallar primero a las tropas para dispersar a los hombres hacia los lados de la carretera y bombardear después esas zonas, respetando así la calzada que necesitarían emplear más

tarde. Hay pocas pruebas de esto, sin embargo: un cráter aquí o allá a lo largo de la carretera o en un campo próximo, pero nunca lo suficiente para destruir un ejército. La acción más destructiva de la fuerza aérea alemana fue en Dunkerque, donde los británicos detuvieron durante diez días el avance de los alemanes.

En resumidas cuentas, aunque los franceses hayan combatido valerosa y hasta obstinadamente en tal o cual lugar, su ejército dio la impresión de quedarse paralizado en el primer momento de la invasión alemana. Después se vino abajo casi sin luchar. Al comienzo, los franceses, como si estuvieran drogados, no tenían ánimo de luchar pese a ver su patria invadida por su enemigo más odiado. Se produjo un completo colapso de la sociedad y del alma francesas. En segundo lugar, tal vez hubo traición o negligencia criminal en el Alto Mando y entre los oficiales en campaña. Sin duda la propaganda comunista había calado en amplios sectores de las tropas. Y su mensaje fue: «No luchéis». Jamás anteriormente se habían visto tan traicionadas las masas.

Dos consideraciones más:

La primera, acerca de la competencia de los oficiales aliados y alemanes de alto rango. Hace tan solo unas semanas, el general sir Edmund Ironside, jefe del Estado Mayor del Ejército Imperial Británico, se jactaba ante los corresponsales norteamericanos en Londres de la gran ventaja que suponía para él contar con varios generales en Francia que habían mandado divisiones en la Primera Guerra Mundial, mientras que los generales alemanes eran hombres jóvenes que en aquella guerra no habían pasado de mandar una compañía. Sir Edmund pensaba que la experiencia de sus veteranos generales de la guerra mundial acabaría imponiéndose.

Era una presunción vana que, sin duda, el general lamenta ahora a la luz de lo sucedido. Ciertamente los oficiales al mando del ejército alemán son,

en su mayor parte, unos pipiolos en comparación con los generales franceses que hemos conocido. Pero en estos últimos nos sorprende también su condición de ancianos achacosos, de intelectuales sumamente educados y frágiles, que dejaron de alentar nuevas ideas hace veinte años y que no han realizado ningún ejercicio físico en los últimos diez. Los generales alemanes contrastan poderosamente con ellos. Más de uno no ha cumplido aún cuarenta años, la mayoría andan por los cuarenta y son muy pocos los que, en lo más alto del escalafón militar, pasan de los cincuenta. Cuentan, por ello, con las características de la juventud: brío, audacia, imaginación, iniciativa y una gran condición física. El general Von Reichenau, comandante de todo un ejército en Polonia, fue el primero que cruzó el río Vistula... a nado. Quien mandaba los pocos cientos de paracaidistas alemanes en Rotterdam era asimismo un general, que corrió el riesgo de lanzarse con sus oficiales y soldados rasos..., y que resultó de hecho gravemente herido. Todos los grandes ataques de blindados alemanes fueron dirigidos personalmente por los generales que los mandaban. No permanecieron tranquilamente sentados en la seguridad de un refugio subterráneo en retaguardia, a quince kilómetros por detrás de las líneas, dirigiendo las operaciones por radio, sino que se hallaban dentro de su tanque en el fragor de la batalla, dirigiéndola por radio y mediante señales que sus hombres podían ver.

Y, como puede esperarse de la juventud, estos generales jóvenes no vacilaban en ocasiones en introducir cambios, en actuar de forma poco ortodoxa, en asumir riesgos.

El gran problema del mando aliado —y especialmente del francés— fue que estaba dominado por hombres ya ancianos que cometieron el craso error de pensar que esta guerra discurriría por las mismas líneas generales que había seguido la anterior. La rigidez de su pensamiento militar estaba

anclada en algún punto entre 1914 y 1918, y su espíritu nunca pudo romper esa matriz. Pienso que esto puede ayudar a entender por qué, al verse confrontados por los alemanes con un nuevo tipo de guerra, los franceses fueron incapaces de adaptarse para contraatacar.

No fue que estos hombres fatigados y viejos tuvieran que adaptarse de la noche a la mañana a un tipo revolucionario de guerra. Uno de los misterios de la campaña en el oeste es que el mando aliado jamás se molestara, en apariencia, en aprender la lección de la campaña polaca. Porque, en Polonia, el ejército alemán reveló ya la táctica que emplearía en los Países Bajos y en Francia: paracaidistas y Stukas para cortar las comunicaciones en retaguardia, y rápidas incursiones, por las carreteras principales, de divisiones apoyadas con carros blindados como alfilerazos a través de las líneas enemigas, empujándolas cada vez más, para cerrarse luego sobre ellas como unas enormes garras de acero, lo que evitaba un ataque frontal que hubiera dado la oportunidad de organizar una línea de defensa, y golpeando lo más lejos posible en la retaguardia del enemigo antes de darle tiempo a organizarse para resistir. Mediaron ocho meses entre la campaña de Polonia y la ofensiva en el oeste, pero, con todo, hay muy pocas pruebas de que los generales de Gran Bretaña y Francia emplearan este valioso tiempo en concebir un nuevo sistema defensivo para contrarrestar las tácticas que vieron emplear a los alemanes en Polonia. Probablemente subestimaron la lucha que planteó el ejército polaco; es posible que lo vieran solo como una chusma mal equipada y que pensaran que aquel nuevo estilo de guerra no tendría nada que hacer contra un ejército de primera fila como el francés, perfectamente armado y atrincherado tras la Línea Maginot. Esta actitud tal vez habría estado justificada si la Línea Maginot se hubiera extendido realmente desde Sedan al mar. Pero, como los

aliados sabían y los alemanes recordaban muy bien, la Línea Maginot propiamente dicha se interrumpía a unos pocos kilómetros al este de Sedan.

La segunda consideración es la moral fantásticamente alta del ejército alemán. Pocas personas que no lo hayan visto en acción pueden apreciar la enorme diferencia que hay entre este ejército y el que el káiser envió contra Bélgica y Francia en 1914. Recuerdo mi sorpresa en Kiel las Navidades pasadas cuando me encontré con un espíritu totalmente nuevo en la armada alemana: un espíritu basado en la camaradería entre oficiales y marineros. Lo mismo puede decirse del ejército. Es difícil de explicar. El viejo paso de la oca prusiano, el taconazo a modo de saludo y el «Jawohl» del soldado al responder a un oficial siguen aún presentes. Pero la gran brecha entre oficiales y soldados rasos ha desaparecido en esta guerra. Reina una especie de igualitarismo. Lo sentí desde el primer día que entré en contacto con el ejército en el frente. El oficial alemán ya no representa —o, por lo menos, no tiene conciencia de representar— a una clase o casta. Y los hombres que están a sus órdenes se dan cuenta de eso. Se sienten miembros de una gran familia. Hasta el saludo militar tiene ahora un nuevo significado. Los soldados rasos alemanes se saludan unos a otros, lo que convierte el gesto más en una expresión de camaradería que en el simple reconocimiento de un rango superior. En los cafés, en los restaurantes y en los vagones restaurante de los trenes, oficiales y soldados fuera de servicio toman asiento a la misma mesa y conversan de hombre a hombre. Esto hubiera sido inconcebible en la pasada guerra, y es algo probablemente insólito en los ejércitos de las naciones de Occidente, incluido el nuestro. En campaña, los oficiales y los hombres comen habitualmente el mismo rancho. En Compiègne, almorcé con un joven capitán que guardó cola junto con sus hombres para conseguir sus raciones de un «dispensador móvil» de sopa. Recuerdo a un coronel que, en París, estaba invitando a una docena de

soldados rasos a un excelente almuerzo en un pequeño restaurante vasco próximo a la avenue de l'Opéra. Una vez concluido el almuerzo, les indicó sobre un plano, con la atención de un padre afectuoso, los lugares que debían visitar en París. Sería difícil exagerar el respeto que sentían aquellos sencillos soldados por su coronel. Y, sin embargo, no lo hacían por el rango, sino por la persona. El propio Hitler ha dado instrucciones detalladas a los oficiales alemanes para que se interesen por los problemas personales de sus hombres. Una de las unidades más eficientes del ejército alemán en el frente es su oficina de correos, que se ocupa de hacer llegar a los hombres cartas y paquetes del hogar, estén donde estén, y que entrega en sus hogares, en un tiempo récord, las cartas y paquetes de los soldados. Son muy pocos los soldados alemanes que no han enviado a sus familias, en los últimos días, medias de seda y perfumes, aprovechando las facilidades que les brindaba el servicio postal del ejército.

Una razón de la excelente moral de las tropas es su seguridad de que son ellos, y no los civiles que quedaron en casa, quienes están recibiendo el mejor trato que la nación puede dispensar. Obtienen los mejores alimentos y prendas de vestir disponibles. Puede que en invierno en los hogares de Alemania falte calefacción, pero en los cuarteles la hay. Tal vez los civiles ocupados en tareas seguras no vean café, naranjas ni verduras frescas, pero los soldados las ven a diario. En las pasadas Navidades fueron los soldados quienes enviaron paquetes de alimentos a casa y a sus familias, no a la inversa. Hitler dijo en una ocasión que, como soldado que fue en la anterior guerra, se ocuparía de que los hombres del nuevo ejército se beneficiaran de las lecciones que había aprendido. Y en este caso, cuando menos, parece haber mantenido su promesa.

BERLÍN, *28 de junio*

Unas palabras acerca de algo por lo que los alemanes me fusilarían si la Gestapo o el Servicio de Inteligencia Militar encontraran alguna vez estas notas. (Las guardo escondidas en mi habitación del hotel, pero hasta un detective aficionado daría con ellas fácilmente.)

Me ha sorprendido la forma en que el ejército alemán ha estado haciendo un mal uso en Bélgica y Francia del emblema de la Cruz Roja.

El otro día, cuando nos encontrábamos a unos sesenta y cinco kilómetros de París, nos detuvimos junto a un enorme depósito de gasolina del ejército para repostar combustible. Allí cerca, bajo los árboles de un huerto, había aparcados cuarenta o cincuenta camiones cisterna. Varios de ellos estaban siendo repintados con grandes cruces rojas, y muchos camiones normales, con las cajas cubiertas con toldos de lona, que eran utilizados habitualmente para transportar bidones de gasolina, tenían cruces rojas en los laterales y en el techo, que les daban la apariencia de ser ambulancias de la Cruz Roja. Un oficial alemán, por lo visto, se dio cuenta de que yo me había fijado en aquel uso vergonzoso del emblema de la Cruz Roja. Se apresuró a hacernos subir de nuevo a los coches y nos echó de allí.

Esto puede explicar por qué la Luftwaffe no respetaba el emblema de la Cruz Roja cuando lo empleaban los aliados; probablemente Göring imagina que los aliados estaban haciendo lo mismo que él. Y esto explicaría asimismo algo que me contaron el otro día los corresponsales que fueron a Dunkerque. Dicen que lo que más les sorprendió fue ver los restos incendiados de una larga hilera de ambulancias británicas y francesas de la Cruz Roja formadas en el muelle. Era evidente que se hallaban allí aguardando para subir a algún barco a los heridos que trasladaban, cuando se habían presentado de improviso los Stukas y habían lanzado sobre ellas

bombas incendiarias y explosivas; dentro de algunas aún podían verse los cuerpos carbonizados de los heridos. Como observaron los corresponsales, ningún piloto alemán podría haber dejado de ver las grandes cruces rojas pintadas en los techos de aquellas ambulancias.

Yo mismo he visto en Bélgica y en Francia que algunos oficiales de Estado Mayor viajaban de un lado para otro en vehículos provistos del emblema de la Cruz Roja.

Hoy se cumplió el vigésimo primer aniversario de la firma del Tratado de Versalles. Y da la impresión de que el mundo que surgió de él está exhalando hoy sus últimos suspiros cuando las tropas alemanas alcanzan la frontera española y las soviéticas han entrado en Besarabia y Bukovina. La semana pasada supe de buena fuente que Hitler planeaba humillar de nuevo a Francia celebrando un desfile triunfal ante el palacio de Versalles con ocasión de este vigésimo quinto aniversario del tratado. Quería pronunciar un discurso desde la Galería de los Espejos, donde se firmó, para proclamar su cancelación oficial. Por alguna razón, el plan fue revocado. Oigo que, en su lugar, habrá un acto conmemorativo en Berlín.

El comentario oficial sobre la ocupación de Besarabia y Bukovina por parte de Rusia a costa de Rumanía ha sido este: «Rumanía ha elegido la actitud razonable».

La nominación de [Wendell] Willkie [como candidato a la presidencia de Estados Unidos] merece tres líneas en la prensa berlinesa de hoy. Se refieren a él como el «General-Direktor» Willkie.

Un par de representantes de las asociaciones de prensa norteamericanas se

quejaron tan enérgicamente al doctor Boehmer, el jefe de prensa del Ministerio de Propaganda, por nuestra emisión en exclusiva de la firma del armisticio en Compiègne, que al doctor no le quedó más salida que asegurarles que no se me había permitido utilizar un transmisor alemán, y que debía de haber radiado mi narración a través de «alguna emisora francesa». En realidad, como el doctor Boehmer sabe muy bien, empleamos un transmisor alemán, ubicado en Zeesen, en las afueras de Berlín. De hecho, los alemanes efectuaron un soberbio trabajo técnico en nuestras dos emisiones sobre el armisticio. Mediante un esfuerzo sobrehumano, los técnicos de comunicación del ejército consiguieron tender en un par de días un enlace por cable para radio desde Bruselas hasta el bosque de Compiègne. Ya antes, durante la campaña, habían sido capaces de enlazar la capital belga con Colonia, el punto más próximo a la red de cables radiofónicos del Reich. La necesidad de disponer de una línea de cable para radio en lugar de un simple tendido telefónico se puso de manifiesto ya desde el primer día en Compiègne. Según nos informaban, mientras las voces de Kerker y la mía llegaban a Nueva York con la claridad de una campana, los corresponsales de prensa norteamericanos, que enviaban sus crónicas no más allá de Berlín a través de un tendido telefónico ordinario, se quejaban de que, aunque lo hicieran a grito pelado, apenas conseguían hacerse oír en Berlín.

Como disponíamos de un tendido perfecto hasta Zeesen, pasado por Bruselas y Colonia, gran parte de nuestros problemas estuvieron resueltos. El sistema de la Radiodifusión Alemana nos proporcionó micrófonos, que instalaron a unos quince metros del vagón del armisticio, y una unidad móvil de amplificación. Eso fue todo lo que necesitábamos. Por otra parte, la RRG encargó a un hombre que llamara continuamente por la onda corta a Nueva York para informarlos de cuándo estaríamos en el aire. Paul White

cablegrafía que el primer día solo consiguieron captarnos un minuto antes de que comenzáramos a hablar, lo que le dio muy poco tiempo para cortar el programa que estaban emitiendo entonces y conectar con nosotros.

Nuestra exclusiva, como todas las exclusivas, se debió en gran parte a una combinación de circunstancias afortunadas. Para empezar, no supimos hasta el día siguiente que el comunicado oficial de la firma del armisticio tenía que ser aprobado por Hitler antes de ser dado a conocer en Berlín. Como Hitler se encontraba ya lejos, esto requirió varias horas. Nosotros suponíamos que la DNB habría dado la noticia en Berlín tan pronto como se anunciara desde Compiègne, a las 18.50 de la tarde, la firma del armisticio. No salimos al aire hasta las ocho y cuarto, es decir, una hora y veinticinco minutos después.

De hecho, incluso nos demoramos cuarenta y cinco minutos porque, naturalmente, la RRG estaba utilizando la misma línea de cable para enviar su propia emisión en alemán a Berlín. Por suerte para nosotros, esta emisión en alemán no fue difundida simultáneamente, sino que se grabó en Berlín y se retuvo hasta que el Alto Mando pudiera darle el visto bueno. Por suerte, esto requirió varias horas.

En realidad, el día anterior el Alto Mando nos había obligado ya a pasar por el mismo proceso. Es decir, que habíamos tenido que emitir a Berlín nuestra narración del primer día, que grabaron allí y pasaron después a los censores del ejército; solo cuando los militares hubieron dado su conformidad, se difundió para Nueva York. Pero el segundo día vi la oportunidad de sacar partido de la excitación que sentían los alemanes por la firma del armisticio y, tras presionarlos, contando con la cooperación de tres alemanes —Hadamowsky, el jefe de la radio alemana, Diettrich, el encargado de la onda corta, y cierto coronel del Alto Mando alemán—, conseguimos que nos dispensaran de la grabación en Berlín y salir

directamente al aire para Nueva York, cosa que no se suponía que haríamos. Más tarde, los tres caballeros mencionados juraron no tener ni idea de que estuviéramos emitiendo en directo. La clave estuvo en que, en la excitación del momento, yo había conseguido darles la importantísima instrucción de accionar simplemente un interruptor en una sala de control berlinesa que nos conectaba directamente con Nueva York. Cuando Hitler, el Alto Mando y el doctor Goebbels se enteraron de que habíamos dado al pueblo norteamericano una descripción detallada de treinta minutos de duración de la firma del armisticio, varias horas antes de que la noticia fuese anunciada oficialmente en Berlín y varias más antes de que la radio alemana la diera a conocer a su pueblo, se pusieron furiosos. Mis tres amigos alemanes corrieron el riesgo de tener que comparecer ante un consejo de guerra o algo peor, y pasaron unos días sumamente incómodos antes de que se echara finalmente tierra sobre el asunto.

Lo curioso del caso es que, en este país, solo el ejército alemán comprende la posición de la radio como proveedora de noticias y análisis en Estados Unidos. Ni el doctor Goebbels ni su encargado de prensa extranjera, el doctor Boehmer, lo han valorado nunca; para empezar, si Kerker y yo fuimos llevados a Compiègne, fue porque el ejército insistió en ello. Boehmer, que siente una franca antipatía por la radio, metió prácticamente en un avión a Lochner, Huss y Oechsner —los tres corresponsales de agencia norteamericanos— y los envió de Compiègne a Berlín la mañana del día en que se firmó el armisticio, para que fueran los primeros en dar la noticia desde la capital alemana. Esto resultó ser un error estratégico, pues a la hora en que se firmó realmente ese día, no quedaba en Compiègne ni un solo corresponsal de prensa extranjero.

Aunque un par de corresponsales de prensa norteamericanos se han quejado a los nazis de que facilitan mis visitas al frente, alegando que la

comunicación instantánea a través de la radio los coloca en desventaja al tener que enviar sus reportajes por el método relativamente más lento del teléfono y las estaciones de cable, yo siempre he procurado suavizar esta absurda idea competitiva aceptando demorar mis emisiones ordinarias para dar tiempo a que sus relatos puedan llegar a Nueva York. Puesto que la NBC y la CBS pertenecen a todas las asociaciones de prensa, no existe ningún peligro de que la prensa escrita «pise» alguna vez una exclusiva a la radio. Por mi parte, tengo la sensación de que, después de todo, hacemos trabajos distintos, que se complementan el uno al otro. Aquí no debería darse ninguna malsana rivalidad entre la prensa y la radio norteamericanas.

GINEBRA, *4 de julio*

He venido a pasar aquí una semana de descanso. El hedor de los caballos y los soldados muertos en Bélgica y en Francia me parece ahora parte de otro mundo en el que hubiera vivido en tiempos remotos. Los gritos de excitación de Eileen cuando la puse a nadar conmigo por primera vez en su vida, a la orgullosa edad de dos años y medio, la voz dulce de Tess leyéndole a Eileen un cuento de hadas antes de ponerse a dormir... Estas cosas eran de nuevo la realidad, y eran todas buenas.

Aquí todo el mundo habla de la «nueva Europa», un tema que causa escalofríos a la mayoría. Los suizos, que han movilizado a más hombres per cápita que cualquier otro país del mundo, están desmovilizándolos parcialmente. Consideran que su situación es muy desesperada, rodeados como están por totalitarismos victoriosos de los que tendrán que depender en adelante para conseguir alimentos y otros suministros. Ninguno se hace ilusiones acerca del trato que recibirán de los dictadores. Los periódicos

repiten la misma advertencia: prepárense para una vida dura, digan adiós al alto nivel de vida, a la libertad de los individuos, a la decencia en la vida pública.

Es probable, también, que los suizos no se den cuenta de lo que les tienen reservado los dictadores. Ahora que Francia se ha venido abajo y que los alemanes y los italianos tienen completamente rodeada a Suiza, cualquier levantamiento militar en defensa de la independencia está condenado al fracaso.

La vista del Mont Blanc desde el muelle era hoy magnífica, con su cumbre nevada bajo la luz rosácea del atardecer. Después fuimos a celebrar el 4 de julio en la residencia del cónsul: una hermosa y tranquila casa en el campo, con las vacas pastando en los prados a su alrededor. Fue una gran celebración.

Cuando llegamos, los presentes estaban comentando la acción de la armada británica ayer al hundir tres acorazados franceses en Orán para evitar que cayeran en manos de los alemanes. Los franceses, que tienen el ánimo más deprimido de lo que puede imaginarse, dicen que romperán las relaciones con Gran Bretaña. Según ellos, confiaban en la palabra de Hitler de que no emplearía la flota francesa contra Gran Bretaña. Un episodio lamentable que, sin embargo, acrecentará la amargura en toda Francia. La *Entente Cordiale* ha muerto.

Cenamos junto al lago, en la orilla que da a los Alpes, bajo un viejo y grueso castaño cuyas ramas se extienden por encima del agua. Las montañas del Jura parecían más azules —de un azul brumoso más oscuro— de lo que las he visto jamás. Se alzaban solitarias y orgullosas... ahora que están ocupadas por los alemanes. Dejé el grupo y me acerqué a la barandilla para contemplar el paisaje mientras se ponía el sol. El azul dominante del Jura proyectaba su color sobre el lago de Ginebra, que parecía un espejo

perfectamente encajado entre las verdes colinas y los árboles. Las luces comenzaban a centellear al otro lado del lago.

GINEBRA, *5 de julio*

Avenol, secretario general de la Sociedad de Naciones, piensa, por lo visto, que tendrá trabajo en los Estados Unidos de Europa de Hitler. Ayer despidió a todos los secretarios británicos, los metió en un autobús y los envió a Francia, donde probablemente serán arrestados por los alemanes o los franceses.

Ayer, a la puesta de sol, vi a través de los árboles la gran cúpula de mármol blanco del edificio de la Sociedad de Naciones. Tenía un aspecto magnífico y, como la propia Sociedad de Naciones, se ha alzado durante años en las mentes de muchos como una noble esperanza. Pero no ha hecho todo lo posible por cumplirla. Anoche todo era una cáscara: el edificio, la institución, la esperanza..., todos muertos.

BERLÍN, *8 de julio*

Mañana Francia, que hasta hace apenas unas semanas se consideraba la última fortaleza de la democracia en el continente, arrumbará su democracia y se sumará a las filas de los estados totalitarios. Laval, al que Hitler ha elegido para hacer el trabajo sucio en Francia —el célebre Otto Abetz es el principal intermediario—, hará que se reúnan la Cámara y el Senado franceses y voten su desaparición, entregando todo el poder al mariscal

Pétain, por detrás del cual Laval moverá los hilos como dictador títere de Hitler. Los nazis aún se están riendo.

El vagón del armisticio llegó aquí hoy.

BERLÍN, *9 de julio*

Los nazis aún se están riendo. Lo vino a decir hoy el órgano del Ministerio de Asuntos Exteriores, *Dienst aus Deutschland*, al comentar el desguace del Parlamento francés en Vichy: «El tránsito del régimen anterior francés hacia una forma autoritaria de gobierno no influirá de ninguna manera en la liquidación política de la guerra. El hecho es que Alemania aún no considera saldadas las cuentas entre Francia y Alemania. Más tarde lo serán con realismo histórico ... no solo sobre la base de las dos décadas transcurridas desde Versalles, sino también teniendo en cuenta tiempos muy anteriores».

Alfred Rosenberg nos dijo esta tarde en una rueda de prensa que Suecia tendría que unirse al resto de Escandinavia y ponerse bajo la protección benevolente del Reich. Emisarios de Goebbels y Ribbentrop que se hallaban presentes en la sala salieron de ella a toda prisa para informar a sus jefes de las francas observaciones de Rosenberg y regresaron antes de que este hubiera acabado de hablar, puesto que se extendió mucho. Después pasaron notas al doctor Boehmer, que presidía la conferencia y que, en cuanto Rosenberg tomó asiento, se puso en pie para anunciar, presa de la excitación, que Rosenberg había hablado solo a título personal, y no en nombre del gobierno alemán.

BERLÍN, *10 de julio*

Hoy vino a verme Hans. Acababa de viajar desde Irún, en la frontera

hispanofrancesa, a Berlín. Me dijo que no podía dar crédito al estado en que encontró Verdun, que visitó ayer; no vio ni una sola casa dañada, según dice. En la Primera Guerra Mundial, sin embargo, cuando ni siquiera fue tomada, no quedó ninguna casa en pie. Ahí tienen la diferencia entre 1914-1918 y 1940.

BERLÍN, *julio (sin fecha)*

Ralph Barnes, corresponsal del *Herald Tribune* (y uno de mis más viejos amigos), que llegó desde Londres justo antes de iniciarse la gran ofensiva, ha dejado hoy Berlín a petición del gobierno alemán. Con él se marchó también Russell Hill, ayudante de Ralph y mío. Los expulsan por una crónica que escribió Ralph acerca de que las relaciones ruso-alemanas no eran ahora tan cordiales como antes. En la Wilhelmstrasse son muy susceptibles a este tema, pero creo que la verdadera razón es el odio que tienen los nazis a la política editorial del *Herald Tribune* y a su insistencia en mantener aquí corresponsales de una independencia indomable; es el único periódico neoyorquino que lo hace. Por eso, aunque Russell no tuvo nada que ver con la citada crónica, los nazis no podían perdonarle su tajante negativa a ceder a sus presiones y aprovecharon esta oportunidad para librarse de él. Ralph y yo dimos esta tarde un paseo de despedida por el zoológico; él, lógicamente, se sentía deprimido, y no se daba cuenta del todo de que su expulsión era la prueba de que es un hombre más íntegro que cualquiera de los que contamos con autorización para seguir aquí.[30]

BERLÍN, *15 de julio*

La prensa alemana informó hoy a sus lectores de que tropas alemanas de todas las armas «están ya listas para atacar Gran Bretaña. La fecha del ataque será decidida exclusivamente por el Führer». A servidor le han llegado noticias de que el Alto Mando no se siente muy entusiasmado con semejante perspectiva, pero que Hitler insiste.

BERLÍN, *17 de julio*

Trescientos hombres de las SS han comenzado a aprender swahili en Berlín. El swahili es la lengua franca de la antigua colonia alemana de África Oriental.

BERLÍN, *18 de julio*

Por primera vez desde 1871, tropas alemanas han organizado hoy un desfile de la victoria a través de la puerta de Brandeburgo. Incluyeron en él una división de reclutas de Berlín. Las tiendas y las fábricas cerraron por orden de las autoridades, y toda la población acudió a aplaudir. Nada les gusta tanto a los berlineses —un pueblo ingenuo y sencillo en su inmensa mayoría— como un buen desfile militar. Y no hay nada que les apetezca tanto como una tarde libre de sus aburridos trabajos y fuera de sus deprimentes hogares. Yo me mezclé con la multitud en la Pariserplatz. Reinaba por completo un espíritu festivo. No había ni rastro de marcialidad en la masa congregada allí. Habían salido de casa para pasarlo bien. Al verlos, me pregunté si alguno de ellos comprendía lo que estaba ocurriendo

en Europa, si se daban cuenta de que su alegría, de que este victorioso desfile de hombres marchando al paso de la oca, se fundamentaba en una gran tragedia para millones de otros seres humanos a los que estas tropas y los líderes de este pueblo habían esclavizado. Apuesto a que ni uno entre un millar de ellos dedicaba un minuto a reflexionar sobre esta realidad. Hacía bastante calor y, con las apreturas, docenas de mujeres se desmayaban en la plaza. Un eficiente equipo de la Cruz Roja las levantaba del suelo y las trasladaba en camillas hasta el puesto de primeros auxilios más próximo.

Los hombres que desfilaban tenían un aspecto recio, estaban bronceados y marcaban el paso como autómatas. El caballo de un oficial, obviamente no habituado a los desfiles triunfales, dio un breve espectáculo: coceó alocadamente, retrocedió hacia el estrado de las autoridades y por poco no le da al doctor Goebbels.

La última vez que tropas alemanas desfilaron a través de la puerta de Brandeburgo después de una guerra fue un triste y frío día, el 16 de diciembre de 1918. Fue el día en que la Guardia Prusiana regresó al hogar. Los recuerdos duran poco.

Dicen que mañana Hitler se dirigirá al Reichstag. Pero nos han amenazado con la expulsión si comunicamos esta noticia a Estados Unidos. Himmler teme que semejante información pueda atraer a los bombarderos británicos. Se especula sobre si anunciará, como en la gris mañana del 1 de septiembre, una nueva *Blitzkrieg* —contra Gran Bretaña en esta ocasión—, o si hará una oferta de paz. Mi hotel se ha llenado de destacados generales con motivo del espectáculo.

BERLÍN, *19 de julio*

No habrá una *Blitzkrieg* contra Gran Bretaña. No por el momento, al menos. Anoche, en el Reichstag, Hitler «ofreció» la paz. Dijo que no veía ninguna razón para que esta guerra prosiguiera. Pero, naturalmente, se trata de una paz con Hitler cabalgando a horcajadas sobre el continente como su conquistador. Al salir del fabuloso espectáculo montado en el Reichstag —que fue sin duda el más brillante que jamás he visto—, me pregunté cómo se lo tomarían los británicos. Con respecto a los alemanes, no podía haber muchas dudas. Como maniobra calculada para unirlos a todos en la lucha contra Gran Bretaña, era una jugada maestra. Porque el pueblo alemán diría ahora: «Hitler ofrece la paz a Inglaterra, sin condiciones. Dice que no ve ninguna razón para que prosiga esta guerra. Así que, si continúa, es culpa de Inglaterra».

Me intrigaba un poco cuál sería la respuesta de los británicos, así que, en cuanto llegué a la *Rundfunk* para preparar mi emisión, sintonicé con la BBC en alemán.[31] ¡Y allí tenía ya la respuesta! Era un enorme «no». Cuanto más lo pensaba, menos me sorprendía. Para Gran Bretaña, la paz con una Alemania dueña por completo del continente es algo imposible. Pero, además, los británicos deben de tener alguna razón para pensar que pueden defender su isla con éxito y acabar derrotando a Hitler. Porque Hitler les ha dado una escapatoria fácil para salvar, como mínimo, algunas cosas. Solo año y medio atrás, en Munich, los vi aferrados a una esperanza semejante. Al «no» de la BBC le sobraba énfasis. El locutor ridiculizaba todas y cada una de las frases de Hitler. Los oficiales del Alto Mando y los funcionarios de diversos ministerios que escuchaban la radio en la misma sala no podían dar crédito a lo que oían. Uno de ellos me gritó: «¿Lo comprende usted? ¿Puede usted entender a estos locos británicos? ¿Rechazar el ofrecimiento de paz en estas circunstancias?». Yo me limité a dejar escapar un gruñido. «Han perdido el juicio», remachó.

Hitler planteó muy elocuentemente su «oferta» de paz, al menos para los alemanes. Así lo expresó: «En esta hora siento como un deber ante mi propia conciencia apelar una vez más a la razón y al sentido común. No veo ningún motivo por el que debamos proseguir esta guerra».

No hubo aplausos, ni vítores, ni taconazos de pesadas botas. Solo hubo silencio. Un silencio tenso. Porque en sus corazones los alemanes suspiran ahora por la paz. Y, en medio del silencio, Hitler siguió: «Me apena pensar en los sacrificios que esta exigirá. Querría evitárselos también a mi pueblo».

El Hitler que vimos anoche en el Reichstag era el conquistador, consciente de su victoria, pero también un actor maravilloso, tan espléndido manipulador del espíritu alemán que mezclaba magistralmente la confianza plena del conquistador con la humildad que siempre tiene tanto efecto en las masas cuando saben que un hombre está en lo más alto. Su voz era más suave anoche: rara vez gritó, en contra de lo que suele hacer, y ni una sola vez prorrumpió en un chillido histérico, como tantas veces le he visto hacer desde esa tribuna. Su oratoria rayó a la máxima altura. A menudo me he sentado en la galería del Teatro de la Ópera Kroll en estas sesiones del Reichstag, observando al hombre mientras hablaba y pensando en el consumado actor que era, como ciertamente lo son todos los buenos oradores. He admirado con frecuencia la forma en que emplea sus manos, que tienen cierto carácter femenino y artístico. Anoche las utilizó con gran maestría, dando la impresión de que casi se expresaba con ellas —y con el balanceo de su cuerpo— como lo hacía con sus palabras y el tono de su voz. Advertí también su talento en el uso de la expresión de su rostro y sus ojos (guiñándolos), así como en la forma de ladear la cabeza para subrayar la ironía; algo en lo que abundó considerablemente en su discurso de anoche, en especial cuando aludía al señor Churchill.

Observé de nuevo, también, que es capaz de decir una mentira con cara

de absoluta sinceridad. Es probable que algunas de esas mentiras no lo sean para él, porque cree fanáticamente en lo que está diciendo, como, por ejemplo, cuando hace una falsa recapitulación de los últimos veintidós años o su constante reiteración de que Alemania nunca fue derrotada en la última guerra, sino traicionada. Pero anoche pudo decir, también con la misma expresión de sinceridad, que los bombardeos nocturnos de los británicos en las pasadas semanas no han causado ningún daño militar. Uno se pregunta qué tendrá en la cabeza cuando suelta una mentira así. A Joe [Harsch], que era la primera vez que lo oía hablar, lo impresionó. Dijo que no pudo apartar la vista de sus manos; que su gesticulación le había parecido brillante.

Yo nunca había visto antes tantos generales con entorchados de oro reunidos bajo un mismo techo. Apretujados, con el pecho cargado de cruces y otras condecoraciones, ocupaban la tercera parte del primer anfiteatro. Para ellos fue parte del espectáculo. De súbito, haciendo una pausa en mitad de su discurso, Hitler se transformó en el Napoleón que nombraba, con un simple chasquido de dedos (en este caso, el saludo nazi), a doce mariscales de campo y, puesto que Göring tenía ya ese título, inventaba un honor especial para él: el de *Reichsmarshal*, o mariscal del Reich. Fue divertido observar la reacción de Göring. Erguido con todo su corpachón en la tarima del orador, actuaba como un niño feliz con sus regalos la mañana de Navidad. (¡Aunque cuán terrible resulta que algunos de esos juguetes, además del tren eléctrico que guardaba en el desván del pabellón de caza de Karin, fueran precisamente bombarderos Stukas!) Durante todo el discurso de Hitler, Göring estaba inclinado sobre su escritorio, mordiendo un lápiz y garabateando con grandes y desiguales letras el texto de las observaciones que se proponía hacer cuando Hitler hubiera acabado de hablar. Mordía el lápiz con el ceño fruncido y escribía como un escolar ocupado en una

redacción que debe entregar al terminar la clase. Pero siempre manteniendo un oído alerta a las palabras del líder y dejando el lápiz en los momentos adecuados para ponerse a aplaudir con entusiasmo y con una sonrisa de aprobación de oreja a oreja. Había vivido ya dos momentos de gloria, reaccionando ante ellos con la feliz espontaneidad de un chico grandullón. En una ocasión, cuando Hitler nombró mariscales de campo a dos generales de sus fuerzas aéreas, sonrió radiante como un orgulloso hermano mayor, mostrando su aprobación y su contento a los generales que estaban en la galería, y aplaudió con gestos de ogro, señalando con sus manazas a los nuevos mariscales de campo como un boxeador en el ring cuando lo presentan al público. Pero el clímax se produjo cuando Hitler lo nombró a él mariscal del Reich. El Führer se volvió entonces hacia él y le tendió un estuche con las insignias que ha de lucir un mariscal del Reich, cualesquiera que estas sean. Göring cogió el estuche, y su orgullo y satisfacción infantiles fueron casi emocionantes..., a pesar de su condición de criminal empedernido. No pudo negarse a sí mismo una mirada subrepticia bajo la tapa del estuche. Pero enseguida volvió a mordisquear el lápiz y a centrarse en su discurso. Yo pensé en su popularidad —tan solo superada por la de Hitler en este país— y concluí que se debía precisamente a que en ocasiones como esta se muestra profundamente humano, como un muchacho grandullón de excelente carácter. (Lo que no impidió que en junio de 1934 fuera capaz de enviar centenares de hombres ante un pelotón de fusilamiento.)

El conde Ciano, que ha venido a toda prisa de Roma para poner el sello de la autoridad del Eje en la «oferta» de paz de Hitler a Gran Bretaña, ha sido el payaso de la velada. Con su uniforme gris y negro de la milicia fascista, se sentó en la primera fila del palco reservado al cuerpo diplomático y se dedicó a saltar constantemente como un tentetieso,

extendiendo el brazo al modo fascista cada vez que Hitler hacía una pausa para tomar aliento. Tenía en la mano un texto del discurso, pero probablemente estaba en italiano, de manera que no seguía las palabras que pronunciaba Hitler. Así, sin el más mínimo pretexto para ello, saltaba sobre sus talones y extendía el brazo saludando. No pude evitar fijarme en lo terriblemente nervioso que es Ciano. Se pasó todo el rato apretando las mandíbulas. Y no era precisamente que masticara chicle.

El personaje más patético de todos los allí presentes —sin contar los autómatas sin voluntad propia que ocupaban un asiento en la platea, en calidad de «diputados»— fue para mí el general Halder, jefe del Estado Mayor alemán. Mucha gente piensa que es el cerebro del ejército alemán, el que elaboró los planes finales para la campaña en Polonia y la gran ofensiva en el oeste, y el que los puso en práctica con un éxito tan asombroso. Pero nunca ha rendido pleitesía a Hitler. Es más: se sabe que en más de una ocasión le ha hablado con mucha dureza al Gran Hombre. Y, como consecuencia, Hitler lo aborrece. En todo caso, no lo ha nombrado hoy mariscal de campo, y simplemente lo ha ascendido un grado. (Tras la campaña de Polonia, Hitler evitó también conferirle los merecidos honores, pero el ejército presionó con tanta fuerza que Hitler se vio obligado a reparar tardíamente la omisión.) Yo estuve observándolo esta noche, atisbando en su rostro de intelectual clásico, y me pareció que ocultaba cansancio y tristeza mientras felicitaba calurosamente a sus generales más jóvenes, ascendidos por encima de él al rango de mariscales de campo.

Alexander Kirk, nuestro encargado de negocios, se encontraba presente también. Los nazis lo ubicaron en una de las filas de atrás, con la gente de poca monta, pero a él no pareció importarle. Estuvo sentado allí toda la velada, con cara de esfinge solo trocada ocasionalmente por una sonrisa irónica cuando alguno de sus colegas diplomáticos de los Balcanes se

presentaba para darle el nuevo saludo servil. Agazapado en un rincón del primer anfiteatro, un hombrecillo con ojos de cerdo, Quisling, observaba con atención la sorprendente escena.

BERLÍN, *20 de julio*

No ha habido ninguna reacción oficial de Gran Bretaña al «ofrecimiento de paz» de Hitler, pero Goebbels hizo que la prensa sugiriera al pueblo alemán la noticia de que, aparentemente, no iba a haber ninguna reacción por parte de los británicos. Los alemanes con los que he hablado del tema no son capaces de entenderlo. Necesitan la paz. No quieren otro invierno como el anterior. A pesar de las campañas propagandísticas de provocación, no tienen nada en contra de Gran Bretaña. (Como ocurre con un medicamento administrado demasiado a menudo, esas campañas están perdiendo la poca fuerza que tenían.) Piensan que están en lo más alto. Que, si se llegara a una confrontación, podrían darles también un buen repaso a los británicos. Pero preferirían la paz.

A Roosevelt lo han reelegido en Chicago candidato a un tercer mandato presidencial. Esto es un golpe para Hitler, como la Wilhelmstrasse apenas ha ocultado hoy. Goebbels dio órdenes a la prensa de Berlín de que no comentara la noticia, pero permitió que la DNB divulgara un breve despacho de su corresponsal en Washington en el que afirmaba que los métodos mediante los cuales se había conseguido la nominación de Roosevelt «habían sido duramente condenados por todos los testigos».

Hitler esperará ahora que Roosevelt sea derrotado por Willkie en las presidenciales. Porque el hecho es que Hitler teme a Roosevelt. Está empezando a entender ahora que el apoyo de Roosevelt a Gran Bretaña es

una de las principales razones de que los británicos declinen aceptar la clase de paz que les ofrece. Como le permitirán decirlo mañana a Rudolf Kircher, el director del *Frankfurter Zeitung*, «Roosevelt es el padre de las ilusiones inglesas acerca de esta guerra. Puede que a los norteamericanos les parezcan excesivas las malas artes de Roosevelt, puede que no lo reelijan, incluso puede ser que, si es reelegido, se ajuste escrupulosamente al programa de no intervención de su partido. Pero también está claro que, aunque no pueda intervenir con su flota o su ejército, lo hará con discursos, con intrigas y con una poderosa propaganda que pondrá a disposición de los ingleses».

BERLÍN, *21 de julio*

Holanda está empezando a notar el yugo nazi. Nos llegan noticias de arrestos masivos.

BERLÍN, *22 de julio*

Hitler le ha hecho a Mussolini un regalo de cumpleaños: un tren blindado con protección antiaérea.

Halifax emitió ayer en la radio la respuesta de Gran Bretaña a la «oferta de paz» de Hitler. Fue un no tajante. Pero su discurso resultó pobre. Lo pensé mientras lo escuchaba en la *Rundfunk* en emisión para Estados Unidos. Me sonó terriblemente mojigato. Apeló demasiado a Dios. Lo recuerdo de cuando estuve en la India, como un hombre muy religioso. Pero hasta Dios se ha mostrado muy favorable a Hitler...

BERLÍN, *23 de julio*

La suerte parece ya echada, como afirman los periódicos esta noche. El discurso de Halifax ha sacudido los círculos oficiales. Hubo caras largas y furiosas de los nazis en la rueda de prensa de este mediodía. El portavoz dijo con un gruñido: «Lord Halifax se ha negado a aceptar el ofrecimiento de paz del Führer. Eso significa que habrá guerra, caballeros».

La campaña de prensa para incitar al pueblo a la guerra contra Gran Bretaña comenzó esta mañana con un estampido. Todos los periódicos de Berlín aparecían prácticamente con el mismo titular: «LA RESPUESTA DE CHURCHILL: ¡ATACAR CRIMINALMENTE A UNA POBLACIÓN INDEFENSA!».

En la información se dice que, a raíz del «llamamiento a la paz» hecho por Hitler en el Reichstag, los británicos han respondido aumentando sus ataques nocturnos... sobre mujeres y niños indefensos. De pronto salen a relucir detalles nunca ofrecidos sobre las consecuencias de los bombardeos británicos en Bremen, Hamburgo, Paderborn (donde hay una gran factoría de carros blindados), Hagen y Bochum, ciudades todas ellas con numerosos objetivos militares, pero en las que, de creer las mentiras de Goebbels, no hubo más víctimas que mujeres y niños. Me temo que el pueblo alemán se tragará esta historia. Están todos muy deprimidos por que Gran Bretaña no quiera la paz. Pero ahora ponen sus esperanzas en una rápida victoria para el próximo otoño, lo que les evitaría otro invierno en guerra.

BERLÍN, *25 de julio*

Hoy hemos tenido el primer atisbo de cómo intenta Hitler desguazar a Francia. Ha nombrado un gobernador especial alemán, apellidado Weyer, para los cinco departamentos franceses que integran Bretaña, y ha formado un «Comité Nacional» bretón con el objetivo de proclamar en ellos un nuevo Estado nacional.

Hoy también, en Alsacia, están quitando los rótulos franceses y sustituyéndolos por otros alemanes.

De lo que el doctor Walther Funk, presidente del Reichsbank y ministro de Economía, nos expuso en la rueda de prensa a que nos convocó esta tarde, se desprende también una estampa descriptiva del «nuevo orden» de Hitler. Funk, un hombrecillo de aspecto furtivo que, según dicen, bebe demasiado, pero que no es lerdo ni carece de sentido del humor, admitió francamente que el propósito del «nuevo orden» era hacer de Alemania un país más rico. Lo expresó de esta forma: «Debe garantizar a Alemania la máxima seguridad económica y también el máximo consumo de bienes. Este es el objetivo de la nueva economía europea». El censor tachó después esta parte de mi crónica.

Funk dijo también que se abandonaría el oro como base de la nueva divisa europea que sustituiría al ahora apenas valorado Reichsmark. Afirmó asimismo que el oro perdería también gran parte de su importancia como medio de pago internacional, con lo cual la cuantiosa reserva de oro de Estados Unidos perdería mucho de su valor. El Reichsbank, prosiguió, actuaría como cámara de compensación para el nuevo sistema europeo. Dicho en otras palabras, que cualquier transacción comercial que Estados Unidos pudiera querer realizar con un país europeo debería llevarse a cabo a través de Berlín. Por otro lado, Funk se mostró muy beligerante contra lo que llamó el «intervencionismo» norteamericano en el comercio de Alemania con Sudamérica. «O comerciamos directamente con los estados

soberanos de América del Sur, o no mantendremos ningún comercio con ellos», gritó. Lo cual es solo un ejemplo más de cómo los alemanes quieren un trato de favor para ellos y otro, inferior, para los demás.

La antipatía que Funk siente por el doctor Schacht, al que echó del Reichsbank y del Ministerio de Economía, salió a relucir cuando le preguntamos por los rumores que circulaban acerca de que Schacht había elaborado también un plan para el «nuevo orden». «No he oído hablar de eso», afirmó. Pero luego, pensándolo mejor, matizó: «Sí, bueno, algo he leído al respecto en la prensa extranjera, pero solo me creo la mitad de lo que leo en los periódicos». Finalmente, ya en serio, concluyó: «El Führer me confió a mí los planes económicos para el "nuevo orden"».

BERLÍN, *28 de julio*

Más a propósito del «nuevo orden». El doctor Alfred Pietzsch, presidente de la Cámara de Economía del Reich, dice que el continente bajo el «nuevo orden» contará con una población de 320 millones de habitantes y que se extenderá por un territorio de casi 4 millones de kilómetros cuadrados. Producirá anualmente 160 millones de toneladas de patatas y 120 millones de toneladas de cereales, con las que prácticamente se autoabastecerá en materia de alimentos. El doctor Pietzsch reconoce algo que la mayoría de los nazis no admitirían. Dice que el continente dominado por Hitler distará mucho de ser autosuficiente en materias primas. Por ejemplo, tendrá poca lana y prácticamente nada de algodón. En la actualidad, según él, el continente importa al año materias primas por valor de 1.500 millones de dólares.

Himmler ha anunciado hoy que un trabajador de una granja polaca ha

sido ahorcado por acostarse con una mujer alemana. No está permitida ninguna contaminación racial.

Otro corresponsal norteamericano ha sido expulsado hoy. Se trata del capitán Corpening, del *Tribune* de Chicago, de quien se decía que era un hombre de confianza del coronel McCormick. Llegó ayer de Suiza y escribió un reportaje a propósito de ciertas condiciones de paz con Gran Bretaña que, según él, Alemania ha enviado a Londres a través de Suecia. El Ministerio de Propaganda intentó atribuir el reportaje a la corresponsal habitual del *Tribune*, Sigrid Schultz, de la que querrían librarse por su independencia y su conocimiento de lo que ocurre entre bastidores; pero al final decidieron expulsar solo al capitán.

BERLÍN, *31 de julio*

Los noticiarios de hoy muestran a los ingenieros del ejercito alemán volando los monumentos franceses al armisticio erigidos en Compiègne. Los dinamitaron todos salvo el del mariscal Foch. El mes pasado, en París, un oficial alemán me invitó a ir a Compiègne para asistir a la voladura, pero cuando manifesté mi asombro por que los alemanes fueran a cometer semejante acto de barbarie, el hombre retiró su invitación.

He observado en mi emisión de esta noche que el pueblo alemán se está beneficiando sin duda de la gran cantidad de verduras, huevos y panceta que le envían los holandeses y los daneses. Los censores dijeron que no podía mencionar ese tema.

BERLÍN, *1 de agosto*

Goebbels hizo que la radio alemana se inventara hoy una falsa declaración del secretario de Guerra norteamericano, Stimson, en la que se le hacía decir: «Gran Bretaña será vencida en breve plazo, y la flota británica pasará a estar bajo control del enemigo». Esto es parte de una nueva campaña de propaganda destinada a convencer al pueblo alemán de que incluso Estados Unidos ha abandonado la esperanza de salvar a Gran Bretaña.

Todo el mundo está impaciente por saber cuándo empezará la invasión de Gran Bretaña. Yo he aceptado dos apuestas que me han hecho los nazis en la Wilhelmstrasse. La primera, que la esvástica estará ondeando en Trafalgar Square antes del 15 de agosto. La segunda, que lo hará para el 7 de septiembre. Los nazis dicen que el general Milch, mano derecha de Göring, ha sugerido esta última fecha como algo fuera de toda duda.

BERLÍN, *3 de agosto*

Sir Lancelot Oliphant, el embajador británico en Bélgica, al que los nazis retienen cautivo en un centro de formación de la Gestapo entre Berlín y Potsdam, está quejoso. La otra noche hubo un ataque aéreo y dijo que le parecería vergonzoso buscar refugio en un sótano cuando sus compatriotas venían a bombardear. En consecuencia, los guardias de las SS lo llevaron a la fuerza al refugio. Sir Lancelot armó tanto alboroto por aquella imposición que el asunto llegó a oídos de Hitler. La decisión del Führer es que puede quedarse donde le plazca cuando los suyos bombardeen, pero que debe firmar un documento exonerando a los alemanes de cualquier responsabilidad.

Gran excitación ayer en nuestra rueda de prensa al mediodía en el

Ministerio de Asuntos Exteriores. El portavoz oficial estaba soltando su habitual y monótona perorata cuando, de pronto, se pusieron a vomitar fuego todos los cañones antiaéreos emplazados en los tejados de la Cancillería y del Ministerio del Aire, algo más lejos, en la misma calle. El hombre se calló de inmediato, y cuando todos los presentes nos disponíamos a correr al refugio, el fuego cesó. Según parece, un aprendiz de piloto alemán penetró en la zona aérea prohibida sobre Berlín sin haber comunicado la señal adecuada.

BERLÍN, *4 de agosto*

Ayer volé a Hamburgo en un viejo avión de transporte que el ejército alemán había estado empleando anteriormente para transportar a Berlín caballos capturados en París. No tenía asientos, por lo cual nos sentamos en el suelo, que vibraba notablemente. Las autoridades alemanas nos habían llamado por teléfono para invitarnos, a mí y a otros, a viajar a Hamburgo, diciéndonos que podríamos ver allí cuanto quisiéramos. El motivo inmediato fue que los británicos acababan de anunciar que Hamburgo había quedado «pulverizada» por los bombardeos de la RAF.

Cuando llegué al aeropuerto vi que había invitadas una veintena de personas más, y en cuanto aterrizamos en Hamburgo me di cuenta de que los alemanes no tenían la menor intención de mostrarme algo que yo quisiera ver. Durante dos horas antes de despegar, había estado estudiando el mapa de Hamburgo y hecho una lista de ciertos objetivos militares, tales como depósitos de combustible, fábricas de aeroplanos, astilleros navales y un aeródromo secreto. Una vez que, por espacio de un par de horas nos hubieron llevado en una especie de visita guiada y nos hubiesen mostrado,

entre otras cosas, que una bomba británica había destruido un ala de un pabellón para el tratamiento de enfermos de epilepsia, presenté mi lista a los que estaban al frente del grupo. «Por supuesto —me aseguraron—, le mostraremos todo eso.»

Dicho lo cual, nos metieron a toda prisa en un autobús que recorrió los muelles a unos sesenta kilómetros por hora. Ciertamente, los muelles no estaban pulverizados, pero resultaba imposible ver si había habido o no impactos en tal o cual construcción. Después subimos a lo alto de la torre de St. Michaelis, a noventa metros de altura, desde donde pudimos disfrutar de una panorámica del puerto. Debo reconocer que no pude ver nada, ni siquiera empleando prismáticos de campaña. Los depósitos de combustible quedaban demasiado lejos para poder observarlos con suficiente detalle. Pero los muelles y un astillero próximo de Blohm & Voss parecían intactos. En un punto del río descubrí un par de pequeñas embarcaciones hundidas, cuyos mástiles sobresalían del agua. Estaba anocheciendo ya, por lo que nos llevaron de vuelta al avión.

Camino de Berlín, mientras rumiaba sentado en el suelo vibrante del aparato sobre lo que acabábamos de ver, me sentí deprimido. Aunque los alemanes no habían mantenido su promesa de mostrarme todas las cosas que les había pedido, de lo poco que habíamos visto se deducía que los daños causados eran escasos. Yo esperaba que, tras casi dos meses de bombardeos nocturnos, la RAF hubiera conseguido mucho más. El puerto, por ejemplo, si bien había sido alcanzado por las bombas en tal o cual parte, no estaba realmente dañado. Los dos importantísimos puentes sobre el Elba, en mitad del puerto, se hallaban intactos; la bomba más próxima a ellos había ido a parar a unos doscientos metros de distancia. Dos grandes buques de pasajeros, el *Bremen* y el *Europa*, aparecían a lo lejos, amarrados en Finkenwerder y aparentemente indemnes. Varios trenes de tropas estaban

descargando hombres en el puerto; supongo que serían parte de la fuerza destinada a invadir Gran Bretaña, porque corría la voz de que serían embarcados en los dos grandes cruceros.

La cuestión era que había bastado un bombardeo de media hora por Stukas alemanes para arrasar por completo dos kilómetros y medio cuadrados en el centro de Rotterdam. Siendo esto así, ¿por qué los británicos no habían conseguido, en dos meses de bombardeos, destruir las instalaciones portuarias de Hamburgo y borrar del mapa los astilleros de Blohm & Voss, tan activos en la construcción de buques y en especial de submarinos? Los objetivos militarmente importantes se concentraban sobre todo en dos islas del Elba; unos objetivos que difícilmente podías pasar por alto de noche si remontabas el curso del río desde su desembocadura en el mar. Era decepcionante, también, pensar que tal vez la propaganda británica hubiera exagerado los efectos de sus incursiones aéreas en otras zonas de Alemania.

La principal queja de la gente de Hamburgo con la que pude hablar no se refería a los destrozos causados por el enemigo, sino al hecho de que las incursiones británicas les restaban horas de sueño.

Esta tarde he estado paseando por el Jardín Zoológico. Hacía calor y el sol brillaba intensamente. En seis puntos distintos vi que la gente se había congregado para ver cómo alguno daba de comer a las ardillas; hasta los soldados de permiso se detenían a mirar. ¡Y pensar que estos soldados que ahora se dedican a alimentar a las ardillas son los mismos que irrumpieron en Noruega hasta Narvik y cruzaron Holanda, Bélgica y Francia para llegar al mar!

BERLÍN, *5 de agosto*

A pesar de cuanto se comenta acerca de que la invasión de Gran Bretaña se iniciará en los próximos días, los militares me dicen aquí que a la Luftwaffe le espera mucho trabajo antes de que pueda hablarse de un intento serio de desembarcar tropas. Es lo mismo que decía Göring en un artículo publicado ayer en el *Völkische Beobachter* con la firma de Arminius, que es el equivalente latino de Hermann, su nombre de pila. Explicaba en él que la primera tarea de una fuerza aérea es conseguir una completa superioridad en el aire destruyendo los aviones, aeródromos, hangares, depósitos de combustible y nidos de artillería antiaérea del enemigo. Una vez hecho esto, añadía, comienza la segunda fase, en que las fuerzas aéreas pueden consagrar la mayor parte de sus energías a apoyar a las tropas de tierra. Esta fue la estrategia alemana en Polonia y en el oeste.

Mi pregunta, por tanto, es la siguiente: ¿por qué la Luftwaffe no ha atacado Gran Bretaña con mayor intensidad?; ¿es porque Hitler aún confía en obligar a Churchill a aceptar la paz?; ¿será porque los generales del ejército de tierra aún no quieren intentar la invasión?, ¿o tal vez porque la RAF es demasiado fuerte para exponer a la Luftwaffe a un riesgo que pudiera ser excesivo?

Las minas de carbón francesas vuelven a trabajar. Esta vez no las destruyeron los franceses, como hicieron en 1914. Una fotografía en uno de los periódicos de hoy muestra a mineros franceses descargando carbón en un pozo. Vigilándolos puede verse a un soldado alemán con casco de acero y bayoneta. Cuando Francia era libre, su Partido Comunista, dominado por Moscú, y sus sindicatos les decían que no trabajaran ni combatieran. Ahora han de trabajar bajo las bayonetas alemanas.

Esta noche se celebra una importante conferencia en la Cancillería entre Hitler y los miembros del Alto Mando. Mis contactos me dicen que

asistirán Keitel, Von Brauchitsch, Jodl, Göring, Raeder y todos los peces gordos del ejército. Van a decidir acerca de la invasión de Gran Bretaña. Los censores no me permitirán aludir a ella.

BERLÍN, *8 de agosto*

La Wilhelmstrasse nos comunicó hoy que Alemania declina toda responsabilidad por cualquier escasez de alimentos que pueda darse en los territorios ocupados por el ejército alemán. Los alemanes esperan que Estados Unidos alimente a la gente de los países ocupados. Les gustaría ver a Hoover ocupándose de esta tarea.

BERLÍN, *10 de agosto*

Asuntos Exteriores anunció hoy oficialmente que los marinos franceses leales a De Gaulle serán tratados como piratas y no obtendrán clemencia si son capturados.

BERLÍN, *11 de agosto*

Desde hace ya unos días, los trabajadores han estado ocupados en montar nuevas tribunas en la Pariserplatz, enfrente de mi hotel. Hoy las han pintado y han instalado en ellas dos enormes águilas doradas. En cada extremo están colocando también dos gigantescas réplicas de la Cruz de Hierro. Corre ahora la voz en los círculos del partido de que Hitler está tan seguro

de la finalización de la guerra —ya sea mediante la conquista de Gran Bretaña o a través de una paz «negociada» con los británicos— que ha ordenado que esas tribunas estén listas antes de fin de mes para el gran desfile de la victoria por la puerta de Brandeburgo.

Hablando en Königsberg esta mañana, Funk elogió efusivamente a Lindbergh por haber afirmado: «Si los ricos se enriquecen demasiado y los pobres se vuelven demasiado pobres, debe hacerse algo». «Esto es precisamente lo que yo dije hace tiempo», observó Funk.

Más tarde

Hoy se ha librado, a lo largo de la costa de Inglaterra, la mayor batalla aérea de la guerra. Las cifras de pérdidas de aparatos británicos han estado aumentado durante toda la noche. De entrada, la Luftwaffe anunció que habían sido derribados 73 aviones británicos, por 14 de los alemanes; después fueron 79 frente a 14, y, finalmente, a medianoche, 89 frente a 17. De hecho, cuando sumé las cifras que los alemanes habían ido dando cada cierto tiempo durante la tarde y la noche, obtuve un total de 111 aviones británicos abatidos. La Luftwaffe miente con tanta rapidez que ni siquiera es consecuente con las cifras que da a conocer.

BERLÍN, *13 de agosto*

Hoy se ha cumplido la tercera gran jornada del masivo ataque aéreo contra Gran Bretaña. Las cifras dadas por la Luftwaffe para el día de ayer eran de 71 aviones derribados frente a 17. Las de hoy, para este tercer día, ascienden a 69 frente a 13. Para cada una de estas jornadas, el balance de

pérdidas para unos y otros, tal como las comunicaba Londres, ha sido exactamente a la inversa. Sospecho que las cifras de Londres son más de fiar. Mañana volaré a la zona del Canal junto con media docena de otros corresponsales. Ignoramos si nos llevan a ver el comienzo de la invasión de Gran Bretaña ordenada por Hitler, o meramente a observar los ataques aéreos.

EN UN AVIÓN DE TRANSPORTE ALEMÁN, ENTRE BERLÍN Y GANTE, *14 de agosto*

Anoche vivimos, por primera vez desde hace mucho tiempo, nuestra primera alarma de incursión aérea enemiga. Se produjo a las dos de la madrugada, poco después de haber vuelto al hotel tras mi emisión. Tess, que ha estado pasando unos pocos días en Berlín, y yo nos levantamos para ver los fuegos artificiales de la artillería, pero no vimos nada.

Despegamos de Staachen a las once menos cuarto de la mañana y volamos a poca altitud, a unos ciento cincuenta metros del suelo, para ser fácilmente identificados por los servidores de los antiaéreos alemanes, que disparan demasiadas veces contra sus propios aviones. Divisamos Amberes por el norte y el piloto comienza a descender... Vivimos un momento de apuro. Dos cazas caen sobre nosotros de entre las nubes y nos parece que pueden ser Spitfires. (El otro día derribaron a un general alemán que volaba de París a Bruselas.) Pero son Messerschmitts y se desvían. Ahora el piloto está tratando de localizar el campo de aterrizaje, lo que no es tarea fácil por la forma en que están camuflados aquí los aeródromos...

GANTE, BÉLGICA, *14 de agosto*

El camuflaje de este aeródromo es digno de mención. Desde el aire, parece exactamente igual que cualquier otra zona del paisaje, con caminos que lo cruzan y se cortan irregularmente como si se tratara de un terreno labrado. Cada uno de los aviones ubicados en él tiene su propio hangar temporal, hecho de esteras apelmazadas con hierba. Las esteras se sostienen mediante palos de tienda de campaña. Por detrás y a los lados de esta tienda de campaña hecha de esteras, se amontonan sacos de arena cuya misión es proteger el avión de la metralla. Estos hangares están construidos con tal habilidad que dudo de que puedan ser reconocidos desde el aire a trescientos metros de altitud. El aeródromo en sí no es de grandes dimensiones, pero los alemanes están ampliándolo febrilmente. Grupos de trabajadores belgas se ocupan de derribar los edificios adyacentes, que son viviendas de la población rural. Podemos ver en esto, por cierto, un ejemplo de cómo los belgas están decididos a ayudar a Alemania en su guerra contra Gran Bretaña, la aliada de Bélgica. Observo, además, que los alemanes ocultan los aviones disponiéndolos por grupos en pequeños claros situados a cierta distancia del aeródromo, conectados con este por pequeños senderos que conducen a ellos desde el campo de aterrizaje. A los lados de estos grupos hay hileras de aviones ocultos bajo los árboles. Desde el aire sería difícil distinguirlos, de manera que el enemigo podría bombardear intensamente el aeródromo sin destruir ninguno de estos aparatos.

Gante tiene cierto interés romántico para mí porque me trae a la memoria anécdotas escolares de mi infancia que hablaban de la firma del tratado de paz con el que concluyó aquí, en Nochebuena de 1814, nuestra guerra con Gran Bretaña. Si hemos de dar crédito a los antiguos pintores flamencos, esta ciudad de Flandes debía de ser un lugar muy pintoresco hacia la víspera de la Navidad. Aquí se dieron cita los delegados norteamericanos y

británicos para llegar a un feliz acuerdo para poner fin a una guerra que ninguno de los dos bandos deseaba. La Navidad flotaba en el ambiente, con nieve en las estrechas y tortuosas calles y patinadores en los canales, mientras unos y otros lo celebraban comiendo y bebiendo copiosamente. La Nochebuena fue un momento muy apropiado para firmar la paz. Pero entonces no existía la radio ni había una línea de cable tendida a través del Atlántico, por lo que Estados Unidos no tuvo noticia de la paz hasta tres meses después. Entretanto, Jackson ya había luchado en Nueva Orleans.

Estábamos sentados en el chabacano salón de la villa de un comerciante de azúcar que los aviadores alemanes habían ocupado. Aguardábamos la llegada de coches para llevarnos al «frente». Alguien se olvidó de avisarlos por anticipado; el doctor Froelich, del Ministerio de Propaganda, a quien llamamos el Bobo, un alemán grandote y lento de reflejos pero de buen carácter que, aunque titulado en Harvard y casado con una norteamericana, nunca es capaz de tomar decisiones. Esperamos allí, y los pilotos alemanes nos sirvieron bebidas de la excelente bodega del comerciante azucarero; pero, en vista de que los coches no llegaban, tomamos un autobús y nos fuimos a ver la ciudad. Gante no es un lugar tan romántico como yo lo había imaginado, sino una ciudad industrial de los Países Bajos, gris y deprimente. Vimos muchos soldados alemanes en sus calles, que adquirían las últimas mercancías de las tiendas pagándolas con sus marcos en billetes. Entramos en una de ellas y conversamos con un tendero local. Dijo que los soldados se comportan bien, pero que están saqueando la ciudad con sus compras. Y que, cuando las existencias hayan desaparecido, no podrán reemplazarlas.

OSTENDE, BÉLGICA, *14 de agosto*

Los coches llegaron finalmente a las siete de la tarde y salimos hacia Ostende rodeando Brujas, una ciudad de cuento de hadas en la que pasé mi primera noche en el continente hace ahora exactamente quince años. Mientras entrábamos en Ostende, yo iba con los ojos muy abiertos intentando ver las barcazas y los buques de transporte que han de llevar a Inglaterra al ejército alemán de invasión, pero vimos poquísimas embarcaciones de cualquier clase. Ninguna en el puerto y solo unas cuantas barcazas en los canales de detrás de la ciudad. Los alemanes habían elegido para nosotros un hotel llamado Piccadilly.

Más tarde, 15 de agosto, seis de la mañana

He pasado toda la noche en vela. Cuando los alemanes se hubieron ido a la cama, el propietario del hotel y su esposa, acompañados de su hija, una joven morena de ojos negros, de unos diecisiete años y extraordinariamente atractiva, sacaron unos vinos de añadas excelentes y montamos una fiestecilla con ellos. Se nos unieron algunos belgas, y nosotros (Fred Oechsner, Dick Boyer y yo) tuvimos ocasión de mantener una larga e interesante conversación con ellos. Me emocionó ver que los belgas aún seguían esperando la llegada de los bombarderos británicos; no parecía importarles que les arrojaran bombas encima si con ello la RAF acertaba también a los alemanes. Una mujer belga que me cayó simpática por su mordacidad me explicó que la mayoría de los destrozos provocados en Ostende, donde hay muchísimas casas en ruinas, fueron obra de la artillería alemana, que siguió abriendo fuego contra la población hasta mucho después de que los británicos se hubieran ido de ella. En algún momento antes de amanecer salimos a dar un paseo por la playa. Había una ligera

neblina que tamizaba la luz de la luna y daba incluso cierta belleza a los edificios en ruinas a la orilla del mar. El olor del agua salada y el batir de las olas creaban una sensación placentera. Cuando regresamos al hotel, los belgas continuaban maldiciendo a los británicos por no haberse presentado para lanzar un bombardeo nocturno.

CALAIS, *15 de agosto, mediodía*

Mientras el coche nos llevaba por la costa, me sorprendió observar las medidas defensivas de los alemanes. Una línea de trincheras, blocaos y nidos de ametralladora, bien dotados de hombres, se extendía por las dunas de arena a un centenar de metros de la línea del agua, a lo largo de todo el camino hasta Dunkerque. Había también muchos cañones antiaéreos y, en la retaguardia, a unos cuatrocientos metros de la costa, incontables baterías de artillería. Yo no había pensado antes en la posibilidad de que los británicos efectuaran algún ataque. No vimos en ningún lugar de la costa pruebas de los preparativos alemanes para realizar una invasión, ni tampoco grandes concentraciones de tropas, tanques o barcazas. Claro que podía ser que existieran y que nosotros, simplemente, no las viéramos.

A unos quince kilómetros de Dunkerque nos llegó de súbito el pestilente hedor de carroña de caballos y de carne humana en descomposición. Por lo visto aún no habían tenido tiempo de rescatar de las aguas de los canales los numerosos cadáveres arrojados a ellas. En la ciudad en sí habían hecho una limpieza a fondo, de manera que los que habían estado allí hacía apenas dos meses casi no podían reconocerla. El centinela nos impidió el paso hacia el puerto principal de la población, tal vez porque eso nos permitiría conocer detalles de las fuerzas de invasión. En Dunkerque y sus alrededores hay

grandes extensiones de terreno ocupadas por los camiones y el *matériel de guerre* abandonados por la Fuerza Expedicionaria Británica. Mecánicos alemanes trabajan ahora en ellos, en un intento de conseguir que, por lo menos, puedan moverse. Otros se dedican a quitarles los neumáticos, que son de una calidad que no poseen los fabricados en Alemania. En la ciudad vemos largas colas de civiles franceses ante las cocinas de campaña, aguardando la limosna de un plato de comida. Es sorprendente que aún queden civiles en esta ciudad después de los criminales bombardeos y la acción de los obuses. La verdad es que todos subestimamos la capacidad de resistencia de los seres humanos.

Nos dirigimos a la playa por la que consiguieron escapar un cuarto de millón de soldados británicos. Lo que me sorprende, después de las jactanciosas declaraciones de los alemanes a propósito de los transportes y otras embarcaciones hundidas frente a aquella playa (en Berlín se nos informó de que en un solo día la Luftwaffe había hundido cincuenta barcos), es que, en un tramo de costa que se extiende a lo largo de treinta kilómetros, uno tan solo pueda ver los restos de dos cargueros. Aparte de estos hay también los de dos destructores —uno de los cuales, según creo, fue hundido mucho antes de la retirada de Dunkerque— y una torpedera. Cinco naves en total. Y hay que tener en cuenta que cualquier otro navío hundido ante esa playa sería visible desde lejos por la escasa profundidad de las aguas en esa zona. Por otra parte, cuando una bomba alcanza de lleno a una embarcación, hay muchas posibilidades de que lo hunda: el destructor más próximo a nosotros —a unos doscientos metros de la orilla— había recibido un impacto directo en la parte delantera del puente. La explosión había abierto un enorme boquete de unos seis metros de anchura, reventando el casco hasta más abajo de la línea de flotación.

Más tarde

Mientras estamos almorzando en Calais, oímos la primera oleada de bombarderos alemanes que rugen camino de Inglaterra. Vuelan a tanta altitud —unos tres mil seiscientos metros, como mínimo— que es difícil verlos. Cuento veintitrés bombarderos y, por encima de ellos, un enjambre de cazas Messerschmitt. Está mejorando el tiempo. Va a ser un día espléndido... para los pilotos. A eso de las tres de la tarde, partimos en los coches hacia Cap Gris-Nez, siguiendo la costa. Al pasar por el puerto observo que tampoco aquí hay concentración alguna de buques, barcazas o siquiera pequeñas lanchas torpederas. Solo veo tres de estas amarradas en un muelle. ¿Podría ser un farol todo cuanto han venido diciendo los alemanes a propósito de invadir Gran Bretaña? Seguimos por la carretera de la costa. Ahora los aviones alemanes zumban sobre nuestras cabezas: aquí es un escuadrón de veintisiete bombarderos; más allá cincuenta cazas Messerschmitt que salen a su encuentro. Después todos ellos dan la vuelta y cambian de rumbo para volar nuevamente a gran altitud sobre el mar, en dirección a Dover. Pronto resulta evidente que los británicos no saldrán —que no se alejarán mucho de la costa al menos— para interceptarlos. Aguardamos a ver si los británicos sobrevuelan el Canal. Pero no distinguimos ni un solo Spitfire.

Continuamos por la costa hacia Cap Gris-Nez, donde Gertrude Ederle y, posteriormente, un egipcio obeso y una legión de otros nadadores solían acampar en los tiempos —¡cuán lejanos nos parecen ahora!— en que el mundo se interesaba por los muchachos y las chicas que cruzaban a nado el Canal. Ahora el aire está alborotado por la presencia y el rugido de aviones, bombarderos y cazas, todos alemanes. Un grupo de bombarderos Heinkel (aún no hemos visto ni un solo Stuka) parece que regresan de Dover. Tres o

cuatro lo han pasado mal en su vuelo hasta allí y uno, que casi está fuera de control, se las arregla a duras penas para realizar un aterrizaje de emergencia detrás de los acantilados. Acuden entonces varios Messerschmitts 109 y 110 —estos últimos dotados de dos motores—, volando a más de seiscientos kilómetros por hora como una bandada de nerviosas gallinas intentando defender a sus polluelos. Permanecen en el aire hasta que los bombarderos han tomado tierra sin daños, y después se elevan más aún y se dirigen a Inglaterra. Hemos parado los coches para observarlos. Uno de nuestros oficiales asegura que el Heinkel fue alcanzado por un Spitfire y que, después, el caza británico fue abatido, pero yo diría que es cosa de su imaginación, porque ninguno de los demás lo vimos. Estas batallas aéreas se prolongarán durante las primeras horas de la tarde. Continuamos nuestro camino. Los campesinos se sientan sobre las gavillas interrumpiendo la siega del trigo, ya a punto para la cosecha. Nosotros estiramos con excitación el cuello para seguir el paso por el cielo de las máquinas asesinas. Los campesinos, no; ni siquiera levantan la vista. Tienen los ojos fijos en el trigo. Uno podría preguntarse ahora: ¿quiénes son los civilizados en realidad? Pasamos junto a un enorme cañón naval que se desplaza por vía férrea y mediante el cual han estado cañoneando Dover. Está perfectamente camuflado bajo una red en la que los alemanes han atado gavillas de trigo. Cuadrillas de jornaleros franceses han trabajado a lo largo de toda la costa para construir emplazamientos de artillería para los alemanes. Finalmente, volvemos hacia el mar siguiendo la carretera que lleva a Cap Gris-Nez. Aquí vemos muchos nuevos emplazamientos de artillería y reflectores, todos perfectamente camuflados debajo de redes. ¡Cuánta atención parecen prestar los alemanes al arte del camuflaje, en comparación con la poca que le dedican los aliados! En Cap Gris-Nez, los soldados están ocupados en camuflar todos los elementos de defensa, que,

dicho sea de paso, los franceses dejaron intactos y jamás se molestaron en disimular. Grupos de hombres están extrayendo tepes de césped de un pastizal cercano y extendiéndolos sobre la gravilla alrededor de los emplazamientos de artillería y los blocaos de observación. Supone una gran diferencia porque el color blanco de la gravilla hace que esos lugares se distingan con facilidad desde el aire entre los campos verdes.

Pasamos el resto de la tarde sentados ociosamente en la hierba al borde del acantilado en Cap Gris-Nez. Los bombarderos y cazas alemanes siguen atronando el cielo sobre nosotros en dirección a Dover. A través de unos prismáticos podemos ver con facilidad los acantilados de Dover y, ocasionalmente, distinguir incluso un globo inglés tipo salchicha que protege el puerto. Observo que los bombarderos alemanes llegan a gran altitud, habitualmente a unos cuatro mil quinientos metros, volando en perfecta formación. Y regresan luego a una mucho menor, con la formación descompuesta o incluso cada uno por su cuenta. Seguimos intentando ver un duelo aéreo o la aparición de una escuadrilla de Spitfires al retorno de los bombarderos alemanes. Pero la espera es en vano. No hemos visto un solo avión británico en toda la tarde. Hoy, sobre el Canal, los alemanes tienen una absoluta supremacía. En nuestro lado de la costa hay lanchas patrulleras alemanas, muchas de ellas torpederas. Serían un blanco fácil para los aviones británicos con solo que se aventuraran a volar hasta aquí. El mar está como un espejo, y los hidroaviones alemanes, con grandes cruces rojas pintadas en las alas, están amerizando y despegando sin cesar. Tienen la misión de recoger a los aviadores derribados en el Canal. Hacia las seis de la tarde vemos sesenta grandes bombarderos —Heinkel y Junkers-88— que, protegidos por un centenar de Messerschmitts, se dirigen a gran altitud hacia Dover. En cuestión de tres o cuatro minutos, oímos con claridad el fuego de los antiaéreos británicos apostados alrededor de Dover,

que entran en acción contra ellos. A juzgar por el sordo estampido, los británicos cuentan con cierto número de lanzacohetes. Se oye otra clase de estruendo, más grave, que uno de nuestros oficiales piensa que debe de provenir de las bombas que caen. Al cabo de una hora, vemos regresar a la que nos parece la misma escuadrilla de bombarderos que vimos partir. Contamos solo dieciocho de los originariamente sesenta. ¿Habrán abatido los británicos a los restantes? Es difícil asegurarlo, porque sabemos que los pilotos alemanes reciben a menudo la orden de retornar a aeródromos diferentes de los que partieron. Un motivo para ello pudiera ser, aparentemente, el de evitar que los pilotos alemanes sepan cuáles han sido sus pérdidas.

Boyer y yo seguimos esperando que aparezcan algunos Spitfires. Pero ahora está cayendo el sol. El mar es como un espejo. Reina el silencio en el cielo. La tarde en lo alto del acantilado se ha parecido más a un pícnic bucólico que a un día en el frente de la guerra aérea. Es la misma lucha desigual que vimos en Bélgica y el norte de Francia. Ni un solo avión británico en el cielo, ni una bomba lanzada. El menudo japonés que nos acompaña se cuela de rondón en el emplazamiento de un cañón para tomar unas fotografías, hasta que un centinela lo detiene. Los demás nos levantamos perezosamente de la hierba y nos ponemos a lanzar guijarros al mar por encima del acantilado. Ya es hora de volver a Calais para cenar. Uno de nuestros oficiales se aproxima corriendo desde el emplazamiento del cañón y nos anuncia, con excitación, que esta misma tarde han caído tres Spitfires en la costa francesa. Es algo sorprendente. Pedimos que nos los enseñen.

El primer Spitfire que nos muestran en el camino de regreso a Calais fue derribado hace tantos días que los mecánicos alemanes han tenido ya tiempo de quitarle el motor Rolls-Royce y el instrumental de a bordo. Se

está oxidando ya. Se lo indicamos al oficial y este se ofrece a llevarnos hasta otro. Está en la playa de una aldea a medio camino de Calais. Este tiene aún el motor y el instrumental, pero un joven teniente a cargo de una batería antiaérea próxima me lleva a un lado y me ofrece la interesante información de que este Spitfire en concreto fue derribado hace semanas, pero que hasta esta misma tarde no habían conseguido sacarlo del mar aprovechando la marea baja. Cuando nuestro oficial se ofrece a mostrarnos el tercer Spitfire, le decimos que estamos hambrientos y sugerimos regresar enseguida a Calais.

Más tarde

Lo que jamás olvidaré de estas ciudades costeras de Bélgica y Francia es la forma en que los belgas y franceses rezan todas las noches para que vengan los bombarderos británicos, aunque a menudo sus plegarias obtengan una respuesta que les cause la muerte y sea como si veneraran la bomba que los mata. Son ahora las tres de la madrugada, y la artillería antiaérea alemana ha estado disparando sin cesar desde las once y media, cuando oímos el primer estallido nocturno de una bomba en el puerto. Por fortuna, los británicos parecen estar apuntando con precisión al puerto, y no ha caído ninguna bomba en la ciudad o lo bastante cerca de nosotros como para ser un serio motivo de preocupación. No hay alarma nocturna. El único aviso que uno tiene es el ruido de los antiaéreos y el estallido de las bombas. Nadie corre a esconderse en el sótano. Cuando los alemanes han puesto en fuga a los aviones, nos sentamos en el cuarto trasero con el propietario francés, su familia y dos camareros, y celebramos con un trago de *vin rouge* cada bomba británica que estalla. Ahora voy a acostarme, aunque me temo que en esta habitación hay chinches.

CALAIS, *16 de agosto*

Había chinches. Durante el desayuno, todo el mundo se estaba rascando y quejándose de no haber podido dormir. Uno puede dormir toda la noche a pesar de los bombardeos nocturnos, pero no bajo los ataques de pulgas y chinches. Desayunamos apresuradamente y partimos hacia Boulogne a las ocho y media.

BOULOGNE, *16 de agosto*

¡Qué maravillosamente bien han camuflado los alemanes sus aeródromos provisionales! Entre Calais y Boulogne pasamos al menos por delante de tres. No los han instalado en prados, como yo hubiera esperado, sino en trigales. Dejan en el campo las gavillas de trigo y despejan solo estrechas pistas a través de él para que los aviones despeguen y aterricen. Después ocultan cada aparato bajo un hangar cubierto por redes de cuerda, en las cuales atan también gavillas de trigo. Al igual que vi en Gante, los lados y la parte de atrás de cada hangar están protegidos por sacos de arena. En un campo de trigo grande debe de haber un centenar de pequeños hangares así. Los talleres y depósitos de combustible estaban ocultos también bajo el mismo tipo de redes. Utilizan asimismo el sistema de «bolsas» que pude ver en Gante. Una vez que han aterrizado, los aviones son empujados por pequeños senderos hasta una «bolsa» cercana, que puede hallarse a cierta distancia del aeródromo propiamente dicho. En esas «bolsas» los aviones quedan ocultos bajo redes o por el follaje del bosque.

Nuestros oficiales y funcionarios han puesto mucho cuidado en que no hablemos con ninguno de los pilotos alemanes que vuelven de una incursión. Pero yo conseguí hablar con hombres de la marina y del ejército que estuvieron ayer y esta mañana a cargo de las baterías costeras, y me sorprendió que todos ellos pensaran que la guerra concluiría en unas pocas semanas. Un capitán de marina que tenía a sus órdenes el gran cañón de Cap Blanc-Nez, a mitad de camino entre Calais y Cap Gris-Nez, me llevó esta mañana al interior de su pequeño blocao, excavado en parte en la ladera de una cuesta, para enseñarme cómo lo había arreglado. Era muy acogedor. Tenía una hamaca colgada entre las dos paredes y una mesita llena de libros y revistas alemanas. Era un joven de cabellos y barba pajizos, bien plantado, procedente de una población cercana a Hamburgo y muy inteligente. Yo había simpatizado con él el día anterior.

—Tiene usted un agradable refugio aquí —le dije—. Aunque...

—Aunque... ¿qué? —se rió.

—Bueno, yo conozco Normandía en invierno, y desde finales de octubre hasta abril, hace un frío terrible y llueve prácticamente a diario. Su refugio es perfecto ahora, capitán, pero no le resultará tan confortable durante el invierno.

Él me miró con cara de asombro.

—Ya, pero no tengo la más mínima intención de pasar el invierno aquí —me dijo, mortalmente serio ahora—. Esta guerra habrá acabado para entonces. Estaba usted tomándome el pelo, ¿no?

—No, no bromeaba —respondí, un tanto sorprendido de su seguridad—. ¿Piensa usted de veras que la invasión se llevará a cabo y que Inglaterra estará conquistada antes de Navidad, capitán?

—Estas Navidades las pasaré en casa con mi familia —me dijo.

Almorzamos allí, en Boulogne; buena comida, regada con una botella de

un excelente Château Margaux de 1929. Después de comer, nuestro grupo va a aprovecharse un poco más del valor de mercado de nuestros marcos. En una perfumería entablo conversación con una seductora dependienta francesita tras lograr convencerla, por mi acento, de que soy norteamericano. Me dice que los alemanes han vaciado la población de medias de seda, ropa interior, jabón, perfume, café, té, chocolate, tabaco y coñac. Pero lo que a ella más la preocupa es la comida. «¿Cómo encontraremos algo que comer este invierno?», pregunta.

Hacia las cuatro de la tarde iniciamos la vuelta hacia Bruselas, conduciendo cierta distancia tierra adentro para pasar por Saint-Omer, Lille y Tournai.

BRUSELAS, *16 de agosto*

En un par de campos del camino, al pasar esta tarde por ellos, vimos lo que, bajo el camuflaje, parecían barcazas y pontones cargados con artillería y tanques. Pero aquello, ciertamente, no bastaba para iniciar una invasión de Inglaterra. Con todo, dos o tres oficiales de nuestro grupo siguen haciendo hincapié en lo que vimos y sugiriendo que hay muchas más cosas que no hemos visto. Tal vez. Pero soy suspicaz. Pienso que los alemanes quieren que pongamos en circulación una aterradora historia acerca de una invasión inminente de Gran Bretaña.

Más tarde, dos de la madrugada

Me voy a la cama, y los cañones antiaéreos alemanes siguen disparando

contra los bombarderos británicos. El estruendo empezó poco después de la medianoche. No oigo ni percibo explosiones de bombas. Sospecho que los británicos van a por el aeropuerto.

BRUSELAS, *17 de agosto*

Me fastidia un poco no poder regresar hoy a Berlín. Me deprimen estas ciudades ocupadas. Y los alemanes no me permitirán emitir desde aquí.

Fui a visitar a madame X, una mujer belga nacida en Rusia a la que conozco desde hace doce años. Acaba de pasar por un trance espantoso, pero jamás lo dirías oyéndola hablar. Está tan encantadora, animada y bella como siempre. Cuando se enteró de que los alemanes se acercaban a Bruselas, salió de la ciudad en su coche, junto con sus dos hijos pequeños. En algún punto cercano a Dunkerque, se vio atrapada entre los ejércitos aliado y alemán. Encontró refugio en una casa rural y vivieron allí durante varios días bajo la pesadilla del incesante fuego de artillería y los bombardeos. Por suerte había bastante comida en la casa y no pasaron hambre. Los pequeños se comportaron maravillosamente, me dice. Después, cuando todo hubo pasado, encontró en el granero suficiente gasolina para volver a Bruselas. Los bancos estaban cerrados y ella no tenía dinero, pero el ejército alemán se incautó de su coche y le pagó por él unos pocos miles de francos en metálico, con los que pudo comprar alimentos.

Me contó que su principal preocupación era que desconocía la suerte que había podido correr Pierre, su marido, pero que incluso esta resultó mejor de lo que había esperado. Aunque veterano de la pasada contienda y parlamentario ahora, se había presentado voluntario el primer día de la guerra y lo habían destinado al frente. No había vuelto a saber nada de él

hasta hace una semana, cuando le llegó la noticia de que lo habían hecho prisionero.

—¡Está vivo! —me dijo en voz baja—. He tenido muchísima suerte. Pudieron habernos matado fácilmente a los dos. Pero estamos vivos. Y también los niños. Soy muy afortunada.

Tenía noticia de que a Pierre lo habían enviado a trabajar cultivando patatas en una granja cerca de Hamburgo.

—Pero Hitler anunció hace un mes que iba a liberar a todos los prisioneros belgas —le dije.

—Hay que tener paciencia —respondió—. Está vivo. Trabaja en una granja. No pasará hambre. Y yo puedo esperar.

Me anima observar, de mis conversaciones con belgas y franceses en los últimos días, que unos y otros tienen depositadas sus esperanzas en que los británicos resistan. Porque ahora se dan cuenta de que, si Hitler vence, están condenados a ser un pueblo esclavo. A pesar de las duras penas de cárcel impuestas por los nazis a cuantos escuchan las emisiones de una radio extranjera, todos tienen sus aparatos sintonizados con Londres, y sus esperanzas suben o bajan conforme a las noticias que les llegan de la BBC. Todos me han preguntado desesperadamente: «¿Resistirán los británicos? ¿Tienen alguna posibilidad? ¿Ayudará Estados Unidos?». El hecho de que todos los periódicos del territorio ocupado se vean obligados a publicar exclusivamente propaganda alemana los sume a menudo en momentos de depresión, porque Goebbels los alimenta a diario con las mentiras más fantásticas.

En el Canal, los alemanes no nos permitían hablar con los pilotos de la Luftwaffe, pero esta tarde Boyer y yo, mientras estábamos sentados

ociosamente en la terraza de un café, entablamos conversación con un joven oficial alemán de las fuerzas aéreas.

Dice que, como piloto de un Messerschmitt, tomó parte en el gran ataque contra Londres de ayer y de anteayer. (Los aviones que vimos salir desde Calais se dirigían, pues, hacia Londres.) El joven en cuestión no me parece tan jactancioso como otros pilotos que he conocido.

Nos cuenta en voz baja: «Es cuestión de otro par de semanas..., ya saben, hasta que acabemos con la RAF. Dentro de quince días, los británicos ya no tendrán más aviones. Al principio, hará unos diez días, nos dieron muchos problemas. Pero esta semana su resistencia ha ido disminuyendo cada vez más. Ayer, por ejemplo, no vi prácticamente cazas británicos en el aire. Tal vez avistamos diez en total, que derribamos de inmediato. Pero, por lo demás, nos dirigimos a nuestros objetivos y volvimos de ellos sin encontrar ningún obstáculo. Los británicos están acabados, caballeros. Yo ya estoy haciendo planes para viajar a Sudamérica y entrar en el negocio de la aviación. Ha sido una guerra agradable».

Le preguntamos por los aviones británicos. «Los Spitfires son tan buenos como nuestros Messerschmitts —responde—. Los Hurricanes no lo son tanto, y los Defiants son malísimos.»

Se levanta y nos dice que tiene que ir al hospital a ver a un camarada que fue herido ayer y al que trajeron aquí para operarlo de urgencia. Dick Boyer y yo nos sentimos impresionados y deprimidos. Dick acaba de llegar aquí y aún no conoce bien a los alemanes.

—Escribiré un artículo con lo que nos ha contado —me dice Dick—. Parecía completamente sincero.

—Así es. Pero espera un poco. Los pilotos, ya sabes, tienen amplios horizontes.

Más tarde

Dick, Fred Oechsner y yo estamos tomando una última copa en el bar del Atlantis a medianoche, cuando se oye en el exterior un sordo estruendo. «Una bomba, cerca», aventura el camarero belga.
Salimos, pero no vemos nada. Cuando Dick entra luego, nos dice que ha reducido a escombros una casa de la manzana contigua y ha matado a todos los que había dentro. Fuera, procedente del campo de aviación, oímos el cañoneo de la artillería antiaérea.

EN UN AVIÓN DE TRANSPORTE ALEMÁN, DE BRUSELAS A BERLÍN, *18 de agosto*

Muy interesantes los periódicos matutinos de Bruselas. Un diario belga pone este titular sobre la crónica de la bomba que oímos la pasada noche: «¡EL INNOBLE CRIMEN INGLÉS CONTRA BRUSELAS!». Los alemanes obligan a los belgas a imprimir esta clase de titulares. Pero a mí me interesa más el comunicado del Alto Mando que aparece en el periódico en lengua alemana, el *Brüsseller Zeitung.* Informa de que en los combates aéreos del viernes sobre Gran Bretaña los ingleses perdieron 83 aviones y los alemanes, 31. ¿Qué fue lo que nos contó nuestro sincero y joven piloto de Messerschmitt acerca de que no había visto prácticamente ningún avión británico el viernes y de que no habían encontrado oposición por parte de la RAF?

En el aeropuerto de Bruselas observo que nos han llevado hasta él dando un rodeo, de forma que nos acercáramos allí a una cierta distancia de los hangares principales. Pero nuestro avión no está listo aún y hay una docena de oficiales del ejército alemán discutiendo acerca de quiénes y cuántos de

ellos deberán viajar en el avión de vuelta a Berlín, así que aprovecho el jaleo para acercarme caminando hasta los hangares. Dos de ellos han sido bombardeados recientemente, y detrás veo montones de aparatos alemanes destruidos. Eso significa que los ataques británicos no fueron tan infructuosos.

Tomo nota del contenido de un cartel que he visto pegado ayer por toda Bruselas: «En el pueblo de Savanthem, cerca de Bruselas, se cometió ayer una acción de sabotaje. He ordenado la detención de cincuenta rehenes. Además, en adelante, habrá un toque de queda todas las tardes a las ocho. Todos los cines y demás locales de diversión permanecerán cerrados hasta nueva orden».

Está firmado por el comandante alemán. Es una buena noticia. Muestra que los belgas están resistiendo. Ahora es mediodía, y voy hacia Berlín.

BERLÍN, *20 de agosto*

Anoche hubo una alarma de incursión aérea, la segunda en una semana, aunque no hemos tenido ni media docena desde que comenzó la guerra hace un año, y a la población de Berlín, a diferencia de las de Alemania septentrional y occidental, se le han ahorrado los más mínimos inconvenientes de la guerra.

Las sirenas sonaron cuarenta y cinco segundos antes de que yo comenzara a emitir. Estaba sentado en el estudio con un presentador alemán (al que veo seguir últimamente una copia de mi guión para cerciorarse de que no hago trampas). Oímos la alarma, pero no vi ninguna razón para no seguir con nuestro trabajo. Un asustado muchacho inglés llamado Clark, de diecisiete años, hijo de un antiguo funcionario de la BBC que se ha pasado

al enemigo con su madre y trabaja ahora para los nazis, aporreó la mampara de cristal del estudio y gritó: «Flieger Alarm!». Afortunadamente, el alemán que estaba conmigo no se asustó, y le hizo señas de que se marchara. Nuestra emisión comenzó. Después me sorprendió un poco la excitación vivida en la sala de control, dado que en Bélgica y Francia la gente se toma estas conmociones nocturnas sin darles especial importancia. Parte de la excitación provocada se debió al hecho de que el locutor de las noticias en español había salido corriendo hacia el refugio en cuanto oyó la sirena de alarma y perdió su emisión, que debería haber dado comienzo en cuanto yo hubiera acabado la mía. Cuando volví desde el estudio a las oficinas de la radio, uno de los chicos de la oficina, que durante la noche se convierte en el encargado de hacer cumplir las normas de protección contra ataques aéreos, intentó hacerme bajar al sótano, pero yo me negué. Estuvimos los dos escuchando los cañones antiaéreos desde un balcón y observando las luces de los reflectores, pero no conseguimos ver los aviones británicos, que seguían atacando los distritos fabriles situados al norte de la ciudad.

BERLÍN, *24 de agosto*

Los alemanes reconocen ahora la existencia de serias acciones de sabotaje en Holanda. El general Christiansen, jefe militar de la zona, ha advertido de que, de continuar, se impondrán multas a las comunidades holandesas y serán tomados rehenes. Puede juzgarse la naturaleza del sabotaje por la advertencia que hace el general a los holandeses acerca de «la omisión de informar del aterrizaje de aviadores enemigos en tierras de Holanda». Y añade: «Los holandeses que den cobijo a soldados enemigos serán castigados duramente, incluso con la pena de muerte». Esto parece

confirmar ciertos informes privados que me llegan según los cuales los británicos están lanzando agentes en paracaídas durante la noche.

Los alemanes niegan que se estén incautando de alimentos de los países ocupados, pero veo en un periódico holandés una declaración oficial de las autoridades alemanas en la que se dice que, entre el 15 de mayo y el 31 de julio, han sido enviadas desde Holanda al Reich casi 70.000 toneladas de comestibles y verduras frescas.

Esta semana se han distribuido nuevas cartillas de racionamiento de ropa. Dan ahora 150 puntos en lugar de los 100 del año pasado, pero se trata de una típica estafa nazi. Tienes más puntos en total, pero también tienes que dar más por cada prenda de ropa. Por una que antes te costaba 60 puntos, tienes que pagar 80 este año, y así todo. Para un abrigo debes entregar 120 de tus 150 puntos. Digamos que un punto te da derecho a 16 gramos de material textil, y que la cartilla te permite adquirir unos 2 kilos de productos textiles al año.

El Ministerio de Asuntos Exteriores ha denegado la petición de Estados Unidos de conceder un salvoconducto para que barcos norteamericanos evacúen de las zonas de guerra a los niños menores de dieciséis años.

BERLÍN, *26 de agosto*

Anoche vivimos nuestro primer gran ataque aéreo de la guerra. Las sirenas sonaron a las 00.20 de la madrugada, y el aviso de que había pasado el peligro se dio a las 3.23. Por primera vez, los bombarderos británicos volaron directamente sobre la ciudad y soltaron sus bombas. La concentración de fuego antiaéreo fue la mayor que he presenciado en toda mi vida. Nos proporcionó un espectáculo magnífico y terrible. Y

extrañamente ineficaz, además: no fue abatido ni un solo avión, y ni siquiera logré ver alguno con los reflectores que iluminaban frenéticamente de acá para allá el firmamento a través de la noche.

Los berlineses están atónitos. No pensaban que eso pudiera ocurrir. Cuando empezó esta guerra, Göring les aseguró que eso no sucedería jamás. Se jactó de que ningún avión enemigo podría romper los anillos exterior e interior de la defensa antiaérea de la capital. Los berlineses son gente ingenua y sencilla, y le dieron crédito. Por eso es mayor su decepción hoy. No hay más que ver sus caras para darse cuenta de ello. Göring empeoró las cosas al informar a la población, hace tan solo tres días, de que, cuando sonaran las sirenas, no haría falta que fueran a los sótanos y que lo hicieran solo cuando oyeran cerca el fuego antiaéreo —lo cual era como decir que eso no ocurriría—, y alimentó en la gente la seguridad de que los bombarderos británicos, aunque pudieran penetrar en los suburbios, jamás podrían sobrevolar la ciudad propiamente dicha. Por eso, cuando anoche comenzaron de pronto a atronar los cañones por toda la ciudad y pudieron oírse los motores de los bombarderos británicos rugiendo directamente sobre las cabezas de la gente, se produjo, según todos los informes, la huida en tropel a los refugios de los cinco millones de personas que viven en esta ciudad.

Yo estaba en la *Rundfunk* escribiendo el guión de mi emisión cuando las sirenas sonaron, y el estrépito de los antiaéreos empezó casi de inmediato. Curiosamente, pocos minutos antes había mantenido una discusión con el censor del Ministerio de Propaganda a propósito de si era o no posible bombardear Berlín. Londres acababa de ser bombardeada. Parecía muy lógico, le dije, que los británicos quisieran desquitarse. Él se rió. Me dijo que era imposible. Que hay demasiados cañones antiaéreos alrededor de Berlín.

Me resultó difícil concentrarme en el guión. El cañoneo era particularmente intenso en los alrededores de la *Rundfunk*, y la ventana de mi habitación vibraba cada vez que abría fuego una batería o explotaba una bomba. Para aumentar la confusión, los encargados de hacer cumplir las normas de protección, vestidos con sus monos ignífugos, recorrían incesantemente el edificio ordenando a todo el mundo que fuera a los refugios. En la radio alemana, esos encargados son sobre todo conserjes y botones, y pronto resultó evidente que hacían lo posible por sacar el mayor partido de su autoridad temporal. A la mayoría de los alemanes que estaban de servicio les parecía, sin embargo, una pérdida de tiempo bajar al sótano.

Mi emisión estaba programada para la una de la madrugada. Como he explicado ya en estas notas, para llegar al estudio desde donde emitimos, debemos dejar el edificio donde escribimos los guiones y hacer que nos los censuren, para recorrer luego doscientos metros a través de un espacio a oscuras hasta las naves donde están los micrófonos. En el momento de salir del edificio, a la una menos cinco minutos, las baterías de artillería ligera que protegían la estación de radio comenzaron a disparar frenéticamente. En el mismo instante oí un ruido más suave pero mucho más amenazador, como el de granizo cayendo sobre un tejado de cinc, como si descendiera a través de los árboles al tejado de los estudios; era metralla de los proyectiles de los cañones antiaéreos. Por primera vez en mi vida deseé llevar puesto un casco de acero. Siempre he sentido repulsión por el casco de acero del soldado alemán, algo que para mí simboliza la brutalidad de la fuerza alemana. En el frente me había negado a ponérmelo. Ahora, sin embargo, pensé que podía vencer mi prejuicio. Vacilé en el refugio que me prestaba el dintel de la puerta. En dos o tres minutos tenía que iniciar la emisión. Me precipité afuera, corriendo a ciegas, espantado a cada paso del camino, tropezando en la escalera de madera donde se hallaba la terraza. Sigrid me

había prestado su linterna. La encendí. Un vigilante que había en la puerta me gritó que la apagara. Mientras él chillaba, tropecé con la esquina de una de las naves y caí de bruces en la arena. El ruido de la metralla cayendo a mi alrededor me azuzó. Realicé un último esfuerzo y llegué hasta la puerta del estudio.

—Está usted loco —me espetó el guardia de las SS que había buscado refugio frente a la metralla en el umbral de la puerta—. ¿Dónde está su pase?

—Tengo que emitir dentro de un minuto —respondí jadeando.

—Eso a mí no me importa. ¿Dónde tiene el pase?

Lo encontré por fin. Ya en el cuartito del estudio, el técnico me pidió que hablara lo más cerca posible del micrófono. No me dijo por qué, pero la razón era obvia: cuanto más cerca del micrófono hablara, menos se captaría del ruido «exterior». Pero yo quería que los cañones se oyeran en Estados Unidos. Los censores solo me habían permitido decir una frase acerca de la incursión aérea: para informar, simplemente, de que se estaba produciendo.

De hecho, mientras hablaba, tuve la sensación de que se producía una inoportuna pausa en el cañoneo. Solo a lo lejos, a través de las puertas cerradas del estudio, podía oír un sordo rumor. Pero, por lo visto, los cañones fueron más audibles en Estados Unidos que en el estudio, pues cuando poco después capté por onda corta el resto de nuestro programa, oí que en Nueva York Elmer Davis aludía al estruendo de cañones y bombas durante mi emisión, que le había parecido de lo más realista. Eso me agradó mucho, pero observé ceños fruncidos en las caras de los oficiales alemanes que habían oído y entendido el comentario del señor Davis.

Sigrid, que transmitió para Mutual media hora después, desafió valerosamente la metralla, que parecía estar cayendo con mayor intensidad que antes, aunque algunos de nosotros intentamos disuadirla de salir para

dirigirse al estudio. De hecho, al intentar esquivar una granizada de esquirlas, tropezó y se cayó al suelo, donde se hizo una fea herida en la pierna. Siguió adelante y se dispuso a emitir, a pesar del fuerte dolor. Pero la suerte no la acompañó. El mismo transmisor que apenas unos minutos antes había funcionado perfectamente para la CBS y la NBC se estropeó, y sus palabras no pudieron llegar a Estados Unidos.

Hasta casi el amanecer estuvimos observando el espectáculo desde un balcón. Las nubes bajas cubrían el cielo y las baterías de reflectores alemanas trataban en vano de localizar a los bombarderos británicos. Los haces de luz brillaban unos pocos segundos, registraban febrilmente el cielo y después se apagaban. Los aviones enemigos volaban a capricho sobre el centro de la ciudad, y, a juzgar por el ruido de sus motores, lo hacían a muy baja altitud. Los antiaéreos alemanes disparaban sin cesar, pero guiándose solo por el ruido. Resultaba fácil seguir el recorrido de un avión por encima de la ciudad, pues, a medida que iban oyendo el ruido de los motores, las baterías disparaban a ciegas al cielo, una tras otra. Gran parte del estruendo provenía del norte, donde se hallan las fábricas de armamento.

Hoy el bombardeo es el único tema de conversación entre los berlineses. Resulta especialmente divertido, por tanto, ver que Goebbels ha permitido a los periódicos locales publicar un escueto comunicado de solo seis líneas en el que se dice que aviones enemigos sobrevolaron la capital, lanzaron unas cuantas bombas incendiarias en dos suburbios y destrozaron una cabaña de madera en un parque. Ni una sola línea acerca de las bombas explosivas que todos oímos perfectamente. Ni una palabra de las tres calles de Berlín que han estado acordonadas durante todo el día de hoy, para impedir que los curiosos vean lo que una bomba puede hacerle a una casa. Será interesante observar la reacción de los berlineses a los esfuerzos de las autoridades por ocultar la magnitud del ataque. Es la primera vez que han podido comparar

lo sucedido realmente con la información facilitada por el doctor Goebbels. Los británicos lanzaron también anoche algunas octavillas en las que se dice a la población que «la guerra que comenzó Hitler continuará y durará tanto como dure Hitler». Es una buena propaganda, pero, por desgracia, son pocos los que han podido encontrar esas octavillas, puesto que solo se lanzó un puñado de ellas.

BERLÍN, *29 de agosto*

Los británicos atacaron con fuerza nuevamente anoche, y por primera vez causaron víctimas alemanas en la capital del Reich. El balance oficial es de diez personas muertas y veintinueve heridas en Berlín. En la Kottbuserstrasse, yendo hacia Tempelhof (que es probablemente adonde apuntaban los británicos) y no lejos de la estación de ferrocarril de Görlitzer (a la que también podrían haber apuntado), cayeron en la calle bombas de casi cien kilos, que le arrancaron la pierna a un vigilante de alarma aérea que se hallaba de pie en la entrada de su casa y mataron a cuatro hombres y dos mujeres que, imprudentemente, contemplaban las explosiones desde un portal.

Pienso que el pueblo de Berlín está más preocupado por el hecho de que los aviones británicos hayan sido capaces de llegar sin problemas hasta el centro de la ciudad, que por las primeras víctimas. Por primera vez les han traído la guerra a casa. Si los británicos mantienen la misma actitud, causarán un tremendo efecto en la moral de la gente de aquí.

Hoy, de pronto, Goebbels ha cambiado de táctica. Las órdenes que dio tras el primer gran bombardeo fueron minimizar la información en la prensa. En cambio, hoy ha ordenado a los periódicos que clamen contra la

«brutalidad» de los aviadores británicos al atacar en Berlín a mujeres y niños indefensos. Debe tenerse en cuenta que aquí aún no se le ha hablado a la gente de los criminales bombardeos sobre Londres llevados a cabo por la Luftwaffe. El invariable titular de los periódicos acerca del último bombardeo nocturno es: «COBARDE ATAQUE BRITÁNICO». Y el menudo doctor hace que la prensa pregone a bombo y platillo ante el pueblo que los aviones alemanes solo atacan objetivos militares británicos, mientras que los «piratas británicos», «siguiendo órdenes personales de Churchill», se dedican a atacar objetivos de carácter no militar. Sin duda el pueblo alemán se tragará también esta mentira. Hay un periódico que lleva la histeria al más alto grado: afirma que la RAF ha recibido órdenes «de masacrar a la población de Berlín».

Por lo que hemos visto aquí las últimas noches, es obvio —y Göring tiene que saberlo también— que no existe defensa contra los bombardeos nocturnos. Ni el domingo ni la pasada noche consiguieron las defensas antiaéreas de Berlín, que probablemente son las mejores del mundo, localizar con el haz de luz de sus reflectores un solo avión británico, y no digamos ya derribar alguno. El comunicado oficial, que no se atreve a indicar una cifra de aviones enemigos abatidos sobre la ciudad, cuando miles de berlineses vieron probablemente que no cayó ninguno, afirmó hoy que un bombardero fue derribado cuando iba camino de Berlín y otro a la salida de la ciudad.

Yo tuve anoche mis propios problemas en la radio. En primer lugar, los censores avisaron de que en adelante no podríamos mencionar una incursión aérea que se estuviera produciendo. (En Londres, Ed Murrow no solo las menciona, sino que las describe.) Después, me enzarcé en una discusión con los funcionarios de la Radiodifusión alemana. Me ordenaron que bajara al refugio en cuanto hubiera acabado mi emisión. Intenté

explicarles que yo estaba allí como corresponsal de guerra y que, si me ordenaban bajar al refugio, lo que hacían era impedirme desempeñar mi tarea profesional. Intercambiamos palabras más bien ásperas. He visto que lord Haw-Haw es la otra única persona de aquí, aparte de algunas secretarias valientes, que no corre al refugio en cuanto suenan las sirenas de alarma. Yo llevo un año evitando tratar con él, pero últimamente se me ha ocurrido que sería prudente familiarizarme con ese traidor. Es el único de la casa que, durante los ataques aéreos, ha demostrado tener redaños.

BERLÍN, *31 de agosto*

La gripe me ha hecho guardar cama hoy. Cuando anoche entró la doncella, antes de que empezara el bombardeo, le pregunté:

—¿Vendrán este noche los británicos?

—Delo por seguro —respondió, con un suspiro de resignación. Toda su confianza, la convicción que tenían cinco millones de berlineses de que la capital estaba a salvo de un ataque aéreo, se ha evaporado.

—¿Por qué lo hacen? —me preguntó.

—Porque ustedes bombardean Londres —respondí.

—Sí, pero nosotros alcanzamos objetivos militares, mientras que los británicos bombardean nuestros hogares.

Es un excelente indicador de la eficacia de la propaganda de Goebbels.

—Quizá ustedes bombardean también sus hogares... —aventuré.

—No es eso lo que dicen nuestros periódicos —arguyó. Me dijo que el pueblo alemán deseaba la paz—. ¿Por qué no aceptaron los británicos el ofrecimiento de paz que les hizo el Führer? —quiso saber. Esta mujer proviene de una familia obrera. Su marido es también un obrero;

probablemente, un antiguo comunista o socialista. Y, sin embargo, ella ha caído por completo en las redes de la propaganda oficial.

Los británicos nos dieron una buena zurra anoche y hasta los funcionarios alemanes admiten que el daño fue mayor de lo que jamás había sido anteriormente. Un amigo alemán que vino a verme me dijo que las instalaciones de la gran fábrica Siemens habían sido tocadas. El *Börsen Zeitung* titula esta noche: «PIRATAS AÉREOS BRITÁNICOS SOBRE BERLÍN».

He rechazado el ofrecimiento del Ministerio de Propaganda de incluirme, junto con otros corresponsales, en una visita guiada todas las mañanas para comprobar los efectos de las incursiones aéreas. Me consta que las autoridades militares alemanas no tienen la menor intención de mostrarnos ningún objetivo militar que haya podido ser alcanzado. Y para realizar una comprobación veraz de la amplia zona de Berlín se necesitarían varias horas de coche.

BERLÍN, *1 de septiembre*

Ayer a la medianoche estaba en el baño y no oí el sonido de las sirenas de alarma. Me di cuenta, pues, de la nueva incursión aérea cuando los cañones empezaban a atronar. Después me adormilé, porque aún estoy con la gripe, pero me desperté durante la noche por el estruendo y la conmoción de dos bombas que explotaron muy cerca del hotel.

Hoy el Alto Mando anuncia oficialmente que los pilotos británicos se vieron «entorpecidos» a la hora de lanzar sus bombas por el espléndido trabajo de los cañones antiaéreos de la capital y que, por consiguiente, las únicas bombas lanzadas cayeron en el exterior de los límites de Berlín.

Esto me extraña, porque el recinto del zoológico estaba acordonado hoy

y la prensa vespertina admite que, tras el ataque de anoche, se descubrieron «varios cráteres de bombas» en la zona del parque. Anoche fui tambaleándome a la *Rundfunk* para realizar una emisión conmemorativa de aniversario. El censor militar, que es un hombre decente, estaba extrañado por la disparidad de los informes acerca del bombardeo.

—Mis instrucciones son que usted no puede contradecir los informes del Alto Mando —me dijo.

—Pero la prensa alemana los contradice —argüí—. Yo mismo oí caer bombas en el zoológico, y los periódicos de Berlín reconocen que varias cayeron en él.

Era un hombre comprensivo, y me permitió leer los informes contradictorios.

El principal efecto de una semana de continuos bombardeos nocturnos británicos ha sido difundir una gran desilusión entre la gente de aquí y sembrar la duda en sus espíritus. Uno me ha dicho hoy: «Jamás volveré a creer nada de lo que digan. Si han mentido acerca de las incursiones en el resto de Alemania como lo han hecho con las de Berlín, entonces las cosas deben de estar yendo muy mal fuera de aquí».

En realidad, los bombardeos no han causado una gran mortandad. Los británicos están utilizando un número demasiado reducido de aviones —quince o veinte cada noche—, y han de venir desde demasiado lejos para poder llevar un cargamento de bombas realmente eficaz. Su principal efecto es de carácter moral, y si los británicos son listos, seguirán llevando a cabo todas las noches incursiones así. Hoy se produjo otra justo antes de empezar yo a emitir, pero no fue un gran espectáculo.

Hoy se cumple un año de la fecha en que se inició el gran «contraataque»

contra Polonia. A lo largo de este año, los ejércitos alemanes han alcanzado victorias jamás igualadas en la brillante historia militar de esta militarista y agresiva nación. Y, sin embargo, la guerra no ha concluido aún, ni ha sido ganada. Con esta convicción, si puedo ser juez de ello, se han concentrado hoy aquí los berlineses. Añoran la paz. Y la necesitan antes de que llegue el invierno.

BERLÍN, *2 de septiembre*

He sabido hoy que los alemanes que uno ve retirando bombas de efecto retardado son, en su mayoría, prisioneros de los campos de concentración. Si salen con vida de la experiencia, se les promete la libertad. De hecho, es probable que sea para ellos una elección fácil. Hasta la muerte es bienvenida a cambio de librarse de las torturas de la Gestapo. Y siempre existe la posibilidad de que la bomba no llegue a estallar. Hoy se ha revelado que algunas de las que cayeron en el zoológico eran de efecto retardado.

Desde hace algún tiempo ya, los censores no nos permiten utilizar la palabra «nazi» en nuestras emisiones. Dicen que es malsonante en Norteamérica. Hay que decir «nacionalsocialista» o evitar la palabra, como hago yo. También se considera tabú la palabra «invasión» con referencia a lo ocurrido en Escandinavia y en el oeste, y a lo que se ha planeado para Inglaterra.

Al estudiar las cifras alemanas acerca de las bajas de las fuerzas aéreas en Gran Bretaña, que son manifiestamente falsas, observo que prácticamente a diario están en una relación de cuatro a uno a favor de la Luftwaffe. Esta

proporción debe de tener cierto atractivo mágico para alguien del Ministerio del Aire.

BERLÍN, *4-5 de septiembre, tres de la madrugada*

Hitler pronunció esta tarde un discurso por sorpresa, con ocasión del inicio de la campaña de la *Winterhilfe* («ayuda de invierno»). Al igual que el Volkswagen, el «coche popular» barato por el que los trabajadores alemanes están pagando a plazos millones de marcos en total —aunque la factoría que debería construirlo se dedica actualmente solo a fabricar armas—, la *Winterhilfe* es uno de los escándalos del régimen nazi, aunque ni un alemán entre un millón se da cuenta de ello. Es obvio que en un país sin paro no se necesita mucha «ayuda de invierno». Aun así, los nazis siguen exprimiendo del pueblo varios cientos de millones de marcos todos los inviernos para «obras de caridad» y empleando en realidad la mayor parte del dinero para armas o la financiación del partido.

La aparición de Hitler hoy se mantuvo en secreto hasta el último minuto, cuando el Ministerio de Propaganda avisó a los corresponsales reunidos en la rueda de prensa de esta tarde que fueran al Palacio de los Deportes. ¿Qué temor puede tener Himmler, sabiendo que los bombarderos británicos no pueden aparecer sobre Berlín a la luz del día? ¿Teme tal vez un «incidente»?

La sesión fue otro buen ejemplo de cómo se aprovecha Hitler de la credulidad de su pueblo. Les dijo, por ejemplo, que mientras que las valientes fuerzas aéreas alemanas atacan Gran Bretaña durante el día, la cobarde RAF solo lo hace al amparo de la noche. Pero no explicó la razón de esto: que los alemanes pueden sobrevolar Inglaterra de día porque la

tienen solo a cuarenta kilómetros de sus bases y que por eso pueden proteger a sus bombarderos con aviones de caza, en tanto que Alemania está demasiado lejos de Gran Bretaña para que los británicos envíen cazas como protección para los suyos.

Hitler lo dijo así, con sutil hipocresía: «He esperado tres meses sin responder a los bombardeos nocturnos británicos con la esperanza de que pondrían fin a esta maldad. Pero herr Churchill vio en esto una señal de debilidad. Comprenderán que vayamos ahora a responder noche tras noche, y que si la fuerza aérea británica lanza sobre nosotros dos, tres o cuatro mil kilos de bombas, respondamos arrojando contra ellos en una sola noche ciento cincuenta, doscientas treinta, trescientas o cuatrocientas toneladas».

Al llegar a este punto tuvo que parar por los histéricos aplausos del público, consistente sobre todo en enfermeras y trabajadoras sociales alemanas.

«Si declaran —prosiguió Hitler— que aumentarán sus ataques a nuestras ciudades, arrasaremos por completo las suyas.» Al llegar a este punto, las jóvenes enfermeras y trabajadoras sociales estaban fuera de sí y aplaudían frenéticamente. Cuando hubieron recuperado la compostura, Hitler añadió: «Detendremos las maquinaciones de estos piratas aéreos, con la ayuda de Dios». Al oír esto, las jóvenes alemanas se pusieron en pie y, con los pechos palpitantes, gritaron su aprobación.

«Llegará un momento —continuó el Führer— en que uno de nosotros dos cederá, y no será la Alemania nacionalsocialista.» En esta ocasión, las delirantes doncellas mantuvieron la suficiente claridad mental como para interrumpir sus salvajes gritos de júbilo repitiendo a coro: «¡Nunca! ¡Nunca!».

Aunque ceñudo y destilando odio durante la mayor parte de la tarde, Hitler tuvo también sus momentos graciosos y joviales. A sus oyentes les

pareció divertidísimo cuando dijo: «En Inglaterra rebosan curiosidad y no paran de preguntarse: "¿Por qué no vienen?". Tranquilos, tranquilos... ¡Ya llegamos! ¡Ya llegamos!». Y consiguió exprimir su voz para sacar de ella el zumo del humor y el sarcasmo. Su discurso no fue retransmitido en directo, pero sí grabado y difundido dos horas después de haber terminado de pronunciarlo.

Más tarde

Los aviones británicos se presentaron de nuevo esta noche y llegaron puntualmente quince minutos antes de la medianoche, que es su hora habitual. El hecho de que los reflectores rara vez iluminen a alguno en el aire ha dado lugar a conjeturas entre los berlineses acerca de si no estarán pintados con alguna pintura que los haga invisibles. Esta noche los bombarderos estuvieron volando a intervalos por encima de la ciudad por espacio de dos horas. Los cañones antiaéreos tronaron como locos, pero sin resultados. Cayó otra bomba en el zoológico y mató a un policía.

BERLÍN, *5 de septiembre*

Sigo muy enfadado por que los funcionarios de la radio alemana se nieguen a permitirme presenciar las incursiones aéreas nocturnas. Los británicos se presentan siempre cuando estoy en la *Rundfunk*, y tampoco podemos mencionarlas si se producen durante la emisión. Esta noche, cuando llegué al estudio, me encontré con que la RRG había instalado un micrófono labial para que habláramos por él; para conseguir que tu voz sea oída, has de pegar prácticamente los labios a él. Estos micrófonos consiguen hacer

audible tu voz, pero no registran los sonidos de los cañones antiaéreos que retumban en el exterior del estudio. Precisamente por eso los han instalado. Pero nos los han puesto en el mismo edificio, de forma que ahora ya no tenemos que correr bajo una granizada de metralla para llegar a un micrófono.

Estados Unidos va a ceder cincuenta destructores a los británicos a cambio de bases navales y aéreas en los territorios británicos próximos a la costa este. Los alemanes dicen que eso es una infracción de la neutralidad, como en efecto lo es, pero no harán nada al respecto y ni siquiera elevarán una protesta. Confían en que nuestro aislacionismo y los Lindberghs que hay entre nosotros nos mantendrán alejados de la guerra, y procuran abstenerse de hacer algo que pueda comprometer su posición.

BERLÍN, *7 de septiembre*

La pasada noche vivimos el mayor y más eficaz bombardeo de esta guerra. En los últimos días, los alemanes han instalado nuevas baterías antiaéreas, que anoche organizaron una barrera terrible pero no consiguieron derribar ni un solo aparato.

Los británicos están mejorando su puntería noche tras noche. Cuando volvía de la *Rundfunk* poco después de las tres de la madrugada, dos grandes incendios iluminaban el cielo en la zona norte-centro de Berlín. El mayor ardía en el depósito de mercancías de la estación de ferrocarril de Lehrter. También había sido alcanzada por las bombas otra estación de ferrocarril en la Schussendorfstrasse. Y me han dicho que estaba en llamas una fábrica de caucho.

A pesar de esto, el Alto Mando afirma en su comunicado de hoy: «El

enemigo ha atacado anoche de nuevo la capital alemana y ha causado algunos daños a personas y propiedades como resultado del indiscriminado lanzamiento de bombas sobre objetivos no militares en el centro de la población. Como represalia, la aviación alemana ha decidido atacar Londres con fuerzas más poderosas».

No se da aquí un solo indicio de algo que aún no sabe el pueblo alemán; a saber, que los alemanes han estado lanzando bombas en el mismísimo centro de Londres en las dos pasadas semanas. Mis censores me advirtieron hoy de que no me refiriera a este asunto. Por lo visto, tengo algunos oyentes alemanes que pueden captar mi emisión desde el transmisor que la envía por onda corta a Nueva York. Dado que se trata de un transmisor alemán, no incurren en ningún delito.

La declaración del Alto Mando, forzada obviamente por el propio Hitler —a menudo echa una mano a la hora de redactar los comunicados oficiales del ejército—, incurre deliberadamente en la mentira de decir que Alemania solo ha decidido bombardear Londres como resultado de los bombardeos que los británicos efectuaron «primero» sobre Berlín. Y el pueblo alemán se tragará esto, como se traga hoy casi cualquier cosa que se le dice. Ciertamente, nunca en los tiempos modernos —desde que la prensa, y después la radio, hicieron teóricamente posible que el común de los seres humanos estuviera al corriente de lo que sucede en el mundo— se ha mentido a un gran pueblo de una forma tan inicua y falta de escrúpulos como está mintiendo a los alemanes este régimen.

Y, así, esta noche el Alto Mando, al que los buenos alemanes creen tan veraz como los Evangelios, publicó un comunicado especial en el que se afirma que, como represalia por las incursiones aéreas británicas sobre Berlín, Londres ha sido atacado hoy por primera vez por importantes fuerzas aéreas. Como resultado de esta represalia, se añade, «una gran nube

de humo se extiende hoy desde el centro de Londres hasta la desembocadura del Támesis».

Para dar a los radioyentes norteamericanos una idea de la clase de propaganda (aunque no me permitirán que la califique de tal) a la que el pueblo alemán está siendo sometido ahora, leí en mi emisión de esta noche la siguiente cita de un periódico de hoy de Berlín, el *Börsen Zeitung*: «Mientras que el ataque de la fuerza aérea alemana se efectúa sobre objetivos puramente militares —un hecho que reconocen la prensa y la radio británicas—, la RAF no sabe hacer otra cosa que atacar continuamente objetivos no militares en Alemania. Un ejemplo perfecto fue el criminal bombardeo del centro de Berlín ocurrido la otra noche. En este ataque solo fueron alcanzadas viviendas, y ni un solo objetivo militar».

El pueblo alemán no tiene el menor indicio —puesto que la prensa y la radio nazis han suprimido cuidadosamente cualquier referencia a este hecho — de que, solo en agosto, más de un millar de civiles ingleses murieron en los ataques de la Luftwaffe a «objetivos militares» británicos.

Hay otro tipo de mentira aquí: la declaración oficial acerca del bombardeo de Berlín la última noche dice que las dos primeras oleadas de aviones británicos se vieron obligadas a dar media vuelta por las defensas de la capital, y que solo unos pocos aviones de la tercera oleada fueron capaces de sortearlas. Todo berlinés sabe, con todo, que desde el primer minuto en que sonó anoche la alarma se oyó el ruido de los aviones británicos volando por encima de nuestras cabezas. Hubo varias oleadas, y en cada una se oyó el paso de aviones. Me temo, sin embargo, que la mayoría dará crédito a la explicación oficial.

El *Börsen Zeitung* llegó al extremo de decirles a sus inocentes lectores que todos los objetivos militares en Alemania estaban tan perfectamente protegidos por cañones antiaéreos, que resultó del todo imposible para los

bombarderos británicos sobrevolarlos para lanzar sobre ellos sus bombas. De ahí que, en consecuencia, decidieran arrojarlas sobre viviendas civiles sin protección. ¿Cuántos alemanes se preguntarán el motivo de que, con una concentración de artillería antiaérea en torno a Berlín como no existe ninguna otra igual en el mundo, aún no se haya conseguido derribar ni un solo bombardero enemigo?

Personalmente, empiezo a estar un poco cansado de las restricciones que nos impone la censura a la hora de contarle a Estados Unidos siquiera una mínima verdad a propósito de esta guerra aérea. Es algo que no resistiré mucho tiempo.

BERLÍN, *8 de septiembre*

Todos los dominicales matutinos llevan el mismo titular: «GRAN ATAQUE A LONDRES COMO REPRESALIA».

BERLÍN, *9 de septiembre*

Ayer fui objeto de una típica maniobra nazi. Los tres censores discutieron tan prolongadamente conmigo el guión de mi emisión de las dos de la madrugada, al que acusaban de ser indebidamente irónico acerca del carácter de «represalia» de los bombardeos contra Londres que, cuando finalmente me dieron su visto bueno, ya había pasado la hora de salir en antena; mis cinco minutos de conexión se habían esfumado.

No presenté ninguna objeción al respecto, ya que los censores tienen todo el derecho a secuestrar un guión que no les guste, al igual que yo lo tengo a

no hablar si pienso que han censurado el sentido auténtico de mi charla. Pero esta noche he sabido por Paul White, con quien mantengo canales de comunicación que me permiten recibir cablegramas sin que los alemanes conozcan su contenido, que el director de onda corta de la Radiodifusión alemana le telegrafió para darle una explicación del porqué no transmití a las dos de la madrugada. Su telegrama decía: «Lamento que Shirer llegara hoy demasiado tarde para emitir».

Los bombarderos británicos no se han presentado esta noche ni lo hicieron la noche anterior. La explicación oficial dada al pueblo alemán: que los aviones británicos intentaron llegar a Berlín las dos noches, pero fueron rechazados. He oído que Goebbels ha ordenado que, en adelante, cuando los británicos opten por no bombardear Berlín, se diga a la gente que lo intentaron, pero que se vieron repelidos por las espléndidas instalaciones defensivas de la capital.

Cuando los británicos sobrevuelan Alemania ahora, la mayoría de las estaciones de radio alemanas se apresuran a cortar sus emisiones para no servir como faros de radio para los pilotos. La radio nacional alemana anunció hoy que sus emisiones, ya reducidas en los últimos quince días por «razones militares», serán más breves aún. «No es el momento —se decía en la comunicación oficial— de explicar los motivos de esta medida.»

BERLÍN, *10 de septiembre*

Anoche se produjo una breve incursión aérea, aunque en el ataque fueron destruidas unas pocas casas. A propósito del bombardeo, el *Lokal Anzeiger* dice: «Los pilotos de Su Majestad han asestado un duro golpe a las leyes

que rigen un comportamiento honorable y viril en la forma de llevar adelante una guerra».

En el Ministerio de Propaganda se nos mostró hoy una de las «armas secretas» de Gran Bretaña: un nuevo tipo de arma incendiaria. Parece una tarjeta de visita, de unos cinco centímetros cuadrados de superficie, hecha de una sustancia semejante al celuloide. Se trata, en efecto, de dos láminas de celuloide pegadas y con una tablilla de fósforo entre ambas. Los británicos las lanzan en estado húmedo. Cuando se secan, al cabo de unos pocos minutos al sol o de diez minutos simplemente al aire a la luz del día, se inflaman y provocan una pequeña llamarada que arde durante dos o tres minutos. De hecho, quienes utilizaron por primera vez este artilugio fueron los republicanos irlandeses, que las introducían en los buzones para incendiar el correo en Inglaterra. Los alemanes reconocen que han provocado incendios en los campos de cereal y heno, así como en algunos bosques. Es probable que los británicos, que empezaron a lanzarlas en el mes de agosto, esperaran incendiar con ellas grandes extensiones de cultivo cerealista. Por desgracia, hemos tenido un mes de agosto muy húmedo, y pocas de ellas se secaron lo suficiente como para provocar un incendio.

BERLÍN, *11 de septiembre*

Anoche vivimos un bombardeo más severo aún. Y los periódicos alemanes están fuera de sí. El *Börsen Zeitung* califica de «bárbaros» a los pilotos que nos visitaron la pasada noche, y titula con grandes caracteres: «CRIMEN BRITÁNICO CONTRA BERLÍN». Según los propios nazis, solo murieron cinco personas, pero fue la primera vez que los británicos lanzaban un número considerable de bombas incendiarias, que provocaron pequeños incendios.

Tres de ellas cayeron en el patio del Adlon, cinco en el jardín de la embajada contigua y otra media docena en el jardín del doctor Goebbels, que queda detrás de la embajada. Fue alcanzada asimismo la oficina del ministro de Municiones, que se encuentra entre el Adlon y la embajada. Todas las bombas incendiarias fueron extinguidas antes de que pudieran provocar daños. En realidad, los británicos trataban de alcanzar la Potsdamer Bahnhof, pero tuvieron mala suerte. Siguieron una trayectoria casi perfectamente recta hacia la estación: las primeras bombas alcanzaron el Reichstag y, después, sin desviarse, cayeron en la puerta de Brandeburgo, en la embajada y en los jardines de detrás de esta. Pero la última se quedó corta, y cayó a unos trescientos metros de la estación.

Hoy la BBC afirma que la Potsdamer Bahnhof fue alcanzada por las bombas, pero eso no es cierto, y por lo menos han sido tres los alemanes que han oído la BBC, me lo han dicho y han hecho que me sintiera un poco decepcionado por la falta de veracidad de la radio británica. Lo cierto es que es una pésima propaganda para los británicos difundir en alemán a la gente de aquí que han incendiado una importante estación, cuando ni siquiera la han tocado en realidad.

Anoche casi me mato. Cuando volvía a toda prisa a casa desde la *Rundfunk* después de finalizada la alarma, circulando con mi coche a ochenta kilómetros por hora, derrapé de pronto en unos escombros y conseguí detener el coche a apenas seis metros de un cráter de bomba recién abierto en la vía Este-Oeste de la ciudad, a unos ciento cuarenta metros de la puerta de Brandeburgo. En el oscurecimiento nocturno, no conseguí verlo, y los vigilantes de incursiones aéreas aún no lo habían localizado. Una esquirla de la bomba que había excavado aquel cráter, había salido despedida de él, había viajado por el aire unos doscientos metros hasta el edificio de la embajada de Estados Unidos y se había estrellado contra la

ventana doble del despacho de Donald Heath, nuestro primer secretario. Allí había abierto un boquete perfecto en las dos cristaleras y continuado directamente por encima de la mesa de Don para ir a hundirse diez centímetros en la pared situada en el otro lado de la habitación. Se suponía que Don hubiera debido estar trabajando hasta muy tarde esa noche y que estaría sentado ante su escritorio a esa hora, pero, por alguna razón, el encargado de negocios Kirk le había dicho que se fuera a casa y se había ocupado personalmente del trabajo nocturno.

BERLÍN, *12 de septiembre*

Me marcho a Ginebra unos cuantos días, de manera que podré tratar por teléfono con Nueva York de algunos asuntos sin que nos estén escuchando los nazis. Los alemanes quieren que despida a Hartrich, mi ayudante, pero yo me niego.

Circula el rumor de que el gran asalto invasor de Inglaterra está previsto para la noche del 15 de septiembre, cuando habrá luna llena y una marea adecuada en el Canal. Me arriesgaré a hacer este viaje, sin embargo.

GINEBRA, *16 de septiembre*

Me llega la noticia, a través de la cercana frontera de Francia, de que los alemanes han intentado un desembarco en Gran Bretaña, pero que han sido rechazados con grandes pérdidas para sus tropas. No puedo aceptar esta información al pie de la letra.

Almuerzo con John Winant, director de la Oficina Internacional del

Trabajo, que está luchando valientemente por mantener a flote su institución y todo cuanto esta defiende a pesar de lo que la guerra está suponiendo para ella. Más que cualquier otro personaje público norteamericano que yo conozca, Winant comprende las fuerzas sociales y los cambios que han estado actuando en la última década tanto en Estados Unidos como en Europa, y que se hallan ahora en efervescencia de resultas de la guerra. Hemos estado hablando del trabajo que habrá que hacer después de la guerra si vence Gran Bretaña y si no se desea repetir los errores de 1919. Me habló de sus ideas a propósito de la reconstrucción y de cómo reemplazar la economía de guerra por una economía de paz, sin el desajuste, el gran desempleo, la deflación y la depresión que siguieron a la última guerra. Yo, personalmente, no soy capaz de mirar tan lejos. No soy capaz de ver más allá de la derrota de Hitler. Lograr esto primero es una tarea tan gigantesca y tan trascendental que todo lo demás me parece secundario; pero sin duda es bueno que haya personas con semejante visión de futuro.

Winant es un hombre simpático y flaco, un poco desgarbado al estilo de Lincoln, pero también un político suficientemente bueno y eficaz como para haber sido reelegido un par de veces gobernador de New Hampshire. Pienso que sería un buen presidente para suceder a Roosevelt en 1944 si este consigue un tercer mandato.

BERLÍN, *18 de septiembre*

En algún lugar cerca de Frankfurt, en el tren que salió anoche de Basilea, el mozo del coche cama gritó: «¡Alarma aérea!». Se oyó un lejano sonido de artillería, pero no sufrimos ningún daño. Llegamos con toda puntualidad a

la Potsdamer Bahnhof y observé de nuevo que, a pesar de las palabras de la BBC, la estación estaba intacta. Vi a varios soldados con heridas leves, aviadores en su mayoría, que salían de un vagón especial que había sido enganchado al tren. A juzgar por sus vendajes, sus heridas me parecieron quemaduras. Pude observar también el tren de la Cruz Roja más largo que jamás he visto; se extendía hasta más allá de la estación a lo largo de ochocientos metros, hasta pasado el puente sobre del canal del Landwehr. Estaban procediendo a desinfectarlo, ya que los heridos habían sido bajados de él, probablemente durante la noche. Habitualmente, los alemanes descargan sus trenes hospital cuando ya ha oscurecido, para que la población no se vea turbada indebidamente por uno de los aspectos más penosos de la gloriosa guerra. Yo me preguntaba de dónde podían venir tantos heridos, puesto que las tropas dejaron de combatir en el oeste hacía tres meses. Como había pocos mozos tuve que esperar un rato en el andén, y entablé conversación con un empleado del ferrocarril. Me dijo que la mayoría de los hombres trasladados en el tren hospital sufrían quemaduras.

¿Puede ser que, después de todo, hubiera algo de cierto en las historias que oí en Ginebra? Decían que, en sus intentos de localizar campos de aterrizaje suficientemente amplios en las costas inglesas o de transportar a los hombres en barcazas y botes desde la orilla francesa del Canal, los británicos habían causado cuantiosas bajas a los alemanes. Las noticias que llegaban a Suiza desde Francia decían que muchas barcazas y naves alemanas habían sido destruidas y que habían perecido ahogados numerosos soldados; también se hablaba de que los británicos habían utilizado un nuevo tipo de torpedo, dirigido por radio (invención suiza, según afirmaban los suizos), con el que dispersaban sobre el agua petróleo ardiendo para incendiar las embarcaciones. Todos esos casos de quemados que he visto esta mañana en la estación apuntan a semejante interpretación.

De pronto Ribbentrop se ha marchado a Roma esta noche. Hay muchas conjeturas al respecto. La mía: que es para darle a Mussolini la noticia de que no habrá intento de invadir Gran Bretaña este otoño. Esto colocará al Duce en una situación comprometida, pues ha iniciado ya una ofensiva hacia Egipto y avanzado un centenar y medio de kilómetros por el desierto hacia Sidi-el-Barrani. Pero, según parece, este esfuerzo italiano había sido planeado originariamente solo para desviar la atención de la invasión alemana de Gran Bretaña. Ahora comienza a intuirse (aunque yo aún pienso que Hitler tal vez intente atacar Inglaterra) que el escenario de la guerra pudiera trasladarse este invierno al Mediterráneo, con el intento de las potencias del Eje de asestar un golpe decisivo al Imperio británico apoderándose de Egipto, el canal de Suez y Palestina. (También Napoleón planeó atacar Gran Bretaña y reunió sus naves y barcazas exactamente donde lo ha hecho Hitler, pero jamás se atrevió a lanzar la invasión.) Pero la caída de Suez en manos del Eje podría hacer ahora que se tambaleara el Imperio británico. El motivo de la presencia estos días en Berlín de Serrano Súñer, el hombre de confianza de Franco, es que Hitler quiere pedirle que tome Gibraltar con sus tropas o que permita que el ejército alemán entre desde Francia para ocuparse de esa tarea. Se habla mucho aquí del propósito de Alemania e Italia de repartirse África y dejar una buena tajada para España si Franco colabora.

Solo se ha producido una incursión aérea desde que me marché, y los cinco millones de habitantes de Berlín han podido conciliar el sueño y vuelven a rebosar confianza y despreocupación. Creen, realmente, que los aviones británicos no pueden atravesar las defensas. Churchill está cometiendo un error al no enviar más bombarderos sobre Berlín. Bastarían media docena todas las noches para realizar el trabajo; es decir, obligar a la gente a refugiarse en los sótanos en mitad de la noche y privarlos del sueño.

La moral decayó notablemente en Berlín cuando los británicos nos visitaban casi todas las noches. Oí muchas quejas acerca de un descenso de la eficiencia en los trabajadores de las fábricas de armamento, y hasta en los funcionarios del gobierno, por la falta de sueño y el creciente nerviosismo. Los británicos no tienen suficientes aviones para devastar Berlín, pero sí los necesarios para enviar cinco o seis todas las noches a sobrevolar la ciudad y hundir la moral del núcleo más importante y populoso de todo el país. ¿Puede ser que lo que esperan los británicos sea que los alemanes pongan fin a sus terribles bombardeos de Londres renunciando ellos a los ataques contra Berlín? A mi juicio, sería un cálculo muy necio.

BERLÍN, *19 de septiembre*

Como he podido ahorrar un poco de gasolina de mi racionamiento de ciento cuarenta litros mensuales, esta tarde me he llegado a Siemensstadt con Joe Harsch y Ed Hartrich para ver si los bombardeos han causado daños en la Siemens Electrical Works, una de las factorías más importantes de la industria de guerra alemana. Tenía curiosidad también por ver cuál era el estado de ánimo de sus trabajadores. Rodeamos despacio las instalaciones, pero no pude encontrar huellas de ningún daño. Los miles de obreros que salieron al acabar el turno de la tarde me parecieron satisfechos y bien alimentados. Algunos de ellos tenían incluso un aspecto próspero y prendían cigarros en cuanto salían. Ciertos alemanes me habían dicho que, durante las dos semanas en que los británicos estuvieron viniendo casi todas las noches, el esfuerzo de trabajar un turno completo de diez horas después de una noche de insomnio había empezado a afectarlos. Pero hoy me pareció que gozan de una salud insultante.

Al regresar a la ciudad un tanto desanimados por nuestro descubrimiento, vimos un gran gentío de pie en un puente que cruzaba las vías del ferrocarril. Pensamos que se había producido un accidente, pero, al fijarnos, vimos que la gente observaba en silencio cómo eran descargados los heridos de un larguísimo tren de la Cruz Roja. La cosa se estaba poniendo cada vez más interesante. Solo en las dos semanas de septiembre en que estaban siendo aplastados los polacos y durante un mes esta primavera cuando se aniquilaba la resistencia en el oeste, habíamos visto tantos trenes hospital en Berlín. Un diplomático me contó esta mañana que su legación había registrado la llegada ayer de otros dos grandes trenes hospital con heridos a la estación de ferrocarril de Charlottenburg. Esto suma cuatro grandes trenes de heridos de que tengo constancia en los dos días transcurridos tras mi regreso aquí.

Desde que comenzó la guerra, jamás como hoy se ha mostrado la prensa alemana tan indignada con los británicos. Según ella, la pasada noche los británicos bombardearon de noche el hospital Bodelschwingh para niños deficientes mentales ubicado en Bethel, en el oeste de Alemania, causaron la muerte de nueve jóvenes e hirieron a otros doce.

Los mismos periódicos que ahora han empezado a reseñar con júbilo los ataques de «represalia» sobre el centro de Londres y que, para mostrar su éxito, han dado cifras británicas de los miles de civiles, incluidos centenares de niños, muertos por las bombas alemanas, se llenan hoy de justa indignación contra los británicos por haberles pagado, supuestamente, con la misma moneda. He aquí algunos de los titulares de esta noche: *Nachtausgabe*: «CRIMEN NOCTURNO DE LOS BRITÁNICOS CONTRA 21 NIÑOS ALEMANES; UNA ACCIÓN SANGRIENTA QUE CLAMA VENGANZA». *Deutsche Allgemeine Zeitung*: «ASESINATO DE NIÑOS EN BETHEL; CRIMEN REPUGNANTE». *B.Z. am Mittag*: «¡EL CRIMEN DE UNOS ASESINOS NO PUEDE SER CONSIDERADO

GUERRA, SIR WINSTON CHURCHILL! LA ISLA BRITÁNICA DE LOS ASESINOS DEBERÁ ASUMIR LAS CONSECUENCIAS DE SUS MALICIOSOS BOMBARDEOS».

Los comentarios editoriales siguen la misma tónica. El *Börsen Zeitung* dice: «Siguiendo las órdenes de Churchill, deseaban simplemente matar ... Albión se ha mostrado a sí misma como una fiera ávida de muerte que la espada alemana liquidará en interés no solo del pueblo alemán, sino de todo el mundo civilizado ... Las sádicas amenazas de los apóstoles del odio británicos acabarán en el humo de sus ciudades».

En el mismo editorial, este periódico alude a las numerosas tiendas del oeste de Londres, así como estaciones del metro, que se han visto alcanzadas por las bombas alemanas.

El *Diplo*, un periódico escrito y editado en el Ministerio de Asuntos Exteriores, pontifica esta noche: «Es un hecho que Alemania está luchando en esta guerra con armas limpias y de una forma caballerosa». (Y con Londres bombardeada ahora indiscriminadamente casi todas las noches, puesto que la defensa que oponen los cazas británicos ha detenido los ataques diurnos de la Luftwaffe.)

Uno ha de tener muy presente que los periódicos de aquí no son un reflejo de la opinión pública. Esta indignación histérica ha sido creada artificialmente desde arriba, sin duda para justificar en las mentes del pueblo alemán los bombardeos de la Luftwaffe sobre Londres.

La censura de las emisiones está haciendo nuestra tarea cada vez más imposible. Esta noche he tenido un encontronazo con un censor nazi. No quería permitirme leer los titulares de los periódicos que he citado antes. Dijo que daban a Estados Unidos una «impresión errónea» y que yo me mostraba demasiado irónico, incluso en mi selección de titulares de prensa.

BERLÍN, *20 de septiembre*

Otro buen ejemplo hoy de la hipocresía nazi. Escribí en mis dos emisiones que la prensa y la radio alemanas estaban sacando el máximo provecho posible de una noticia proveniente de Nueva York en la que se decía que el censor británico había decidido prohibir a los corresponsales extranjeros presentes en Londres mencionar las incursiones aéreas mientras estuviesen en curso. En el Ministerio de Propaganda alemán se lanzaron sobre esta noticia y, a través de sus emisiones en onda corta y sus servicios de prensa extranjera, intentaron convencer al mundo de que, en adelante, Norteamérica se vería privada de recibir noticias fidedignas de Londres. Yo apunté, por cierto, que los nazis venían imponiéndonos desde hacía tiempo el mismo tipo de censura. Mis censores no quisieron ni oír hablar de que yo pudiera incluir semejante comentario.

Me pregunto por qué sigo aquí. Durante los primeros ocho meses de la guerra, la censura a la que estábamos sometidos era muy razonable, mucho más que la que tenían que soportar en París Sevareid y Grandin. Pero, a partir del momento en que la guerra se convirtió en una realidad seria y macabra —desde la invasión de Escandinavia, en concreto—, todo ha ido empeorando cada vez más. Durante los últimos meses vengo estrujándome las meninges, cualesquiera que tenga, para indicar si lo que estoy diciendo es una verdad o una mentira oficial mediante el tono o una inflexión de voz, prolongando una pausa más de lo que sería normal, utilizando un americanismo que la mayoría de los alemanes que aprendieron inglés en Inglaterra no acabarán de comprender del todo, y extrayendo todo el partido que puedo de una palabra, una construcción, una frase, un párrafo o de su yuxtaposición. Pero los nazis me la tienen jurada. Desde hace ya algún tiempo, mis dos censores jefes del Ministerio de Propaganda han sido dos

caballeros que entienden el inglés norteamericano tan bien como yo: el profesor Lessing, que ejerció mucho tiempo en una universidad norteamericana, y herr Krauss, socio durante veinte años de un banco de Wall Street. No puedo engañarlos a menudo. Desde el punto de vista personal, son dos alemanes decentes e inteligentes, como lo es también el capitán Erich Kunsti, antiguo director de Programas de la radiodifusión nacional austríaca y ahora mi principal censor militar. Pero tienen que hacer lo que se les ordena. Y en el Ministerio de Asuntos Exteriores y en el de Propaganda siguen recibiendo informes desde Estados Unidos —no solo de su embajada en Washington, sino también de sus servicios de inteligencia, bien organizados y extendidos por todo el país— según los cuales me están permitiendo decir todas las barbaridades que me da la gana (cosa que no es cierta) y que deberían hacerme callar. El doctor Kurt Sell, el hombre del Partido Nazi en Washington, cuyo deber, entre otros, es informar a Berlín de lo que enviamos allí, se ha quejado repetidamente de la naturaleza de mis emisiones. Yo no tengo el más mínimo interés en permanecer aquí a menos que pueda seguir enviando información suficientemente precisa. Pero cada día mis emisiones se ven forzadas por la censura a ser más vagas. Hoy he notado por primera vez que uno de los jóvenes alemanes que se encargan de mi modulación (de llamar a Nueva York por el transmisor hasta que me llega la hora de hablar a mí) y de seguir mi guión para verificar que leo lo que está escrito y censurado, estaba examinando una copia de mi emisión para ver cómo la decía, marcando pequeños trazos en las sílabas, como solíamos hacer en la escuela cuando aprendíamos a contar los pies de los versos. Supongo que intentaba anotar qué palabras recalcaba, cuáles pronunciaba con un sarcasmo improcedente, etcétera. Me quedé tan fascinado por este descubrimiento que me callé en mitad de mi charla, observándolo.

BERLÍN, *21 de septiembre*

X vino hoy a verme a mi habitación en el Adlon y, después de desconectar mi teléfono y asegurarnos de que nadie escuchaba a través de la rendija de la puerta que comunica con la habitación contigua, me contó una historia fantástica. Dice que la Gestapo está liquidando ahora a los deficientes mentales que hay en el Reich. Los nazis hablan de «muertes piadosas». Me cuenta que al pastor Bodelschwingh, que dirige un gran hospital en Bethel para niños con diversas deficiencias mentales, lo arrestaron hace unos días porque se negó a entregar a la policía secreta a algunos de sus pacientes aquejados de enfermedades mentales más graves. Poco después de esto, el hospital fue bombardeado por los «británicos». He de investigar qué hay tras esta historia.

BERLÍN, *22 de septiembre*

Sabemos que Himmler ha hecho ahorcar, sin juicio, al menos a un polaco por haber mantenido relaciones sexuales con una mujer alemana. Sabemos también que al menos media docena de mujeres alemanas han sido condenadas a largas penas de prisión por haber concedido sus favores a prisioneros o granjeros polacos. Varios alemanes me han hablado de carteles expuestos en puntos muy visibles de ciudades de provincias en los que se insta a los alemanes a no relacionarse con los trabajadores polacos y a tratarlos más bien con rudeza. La semana pasada, en todos los hogares de Berlín se recibió un panfleto de la oficina local de la Unión de Alemanes en el Extranjero en el que se advierte a la gente de que no debe confraternizar con los polacos que ahora trabajan como jornaleros o prisioneros en Alemania. He aquí algunos pasajes extraídos de ese documento:

«Pueblo alemán: ¡no olvidéis nunca que las atrocidades de los polacos obligaron al Führer a proteger a los nuestros mediante la fuerza armada! ... El servilismo de los polacos hacia los alemanes que les dan empleo no hace sino ocultar su astucia; su actitud amistosa enmascara su engaño ... Recordadlo bien: ¡entre los alemanes y los polacos no hay nada en común! ¡Cuidad de que no surja ninguna relación del hecho de compartir la misma fe religiosa! ... Nuestros granjeros podrían pensar que cualquier polaco que les saluda con un "¡Alabado sea Jesucristo!" es un hombre decente al que se le puede responder: "¡Por los siglos de los siglos, amén!".

»¡Alemanes! ¡El polaco no debe ser nunca vuestro camarada! Es un ser inferior a todos y cada uno de los camaradas alemanes que trabajan en la

granja o en la fábrica. Sed justos con él como siempre lo han sido los alemanes, ¡pero no olvidéis nunca que pertenecéis a una raza superior!».

He observado que a los polacos que ahora trabajan en Alemania los obligan a llevar una banda de tela en el brazo o un emblema cosido en la parte delantera de la chaqueta con una gran «P» de color púrpura sobre un fondo amarillo. En la Polonia ocupada por los alemanes, los judíos han de llevar un distintivo semejante marcado con una «J».

Más tarde

Ribbentrop ha vuelto de Roma, y la prensa insinúa que se ha tomado una decisión sobre la «fase final» de la guerra. Rudolf Kircher, el director del *Frankfurter Zeitung*, escribe desde Roma que la situación militar es tan halagüeña para el Eje que Ribbentrop y el Duce pasaron de hecho la mayor parte del tiempo planeando el «nuevo orden» en Europa y África. Esto tal vez haga que el pueblo alemán se sienta un poco mejor, pero la mayoría de los alemanes con los que he hablado están empezando a preguntarse por primera vez por qué no se ha iniciado la invasión de Gran Bretaña. Confían aún en que la guerra habrá acabado para Navidad. Pero hasta hace quince días albergaban el convencimiento de que finalizaría antes del invierno, en el que nos plantaremos en cosa de un mes. Yo, por mi parte, ya he ganado todas las apuestas que tenía hechas con funcionarios y periodistas nazis acerca de la fecha en que la esvástica ondearía en Trafalgar Square, y recibiré —o debería recibir— de ellos suficiente champán para no necesitar más durante todo el invierno. Pero hoy, cuando les sugerí a algunos de ellos otra pequeña apuesta con la que pudieran recuperar parte de su champán, la cosa no les hizo ninguna gracia. Ni uno solo de ellos estaba dispuesto a apostar.

Los corresponsales alemanes en Roma han informado hoy de que Italia está molesta con Grecia y con que los británicos estén violando la neutralidad de las aguas griegas, como hicieron antes con las de Noruega. Esto suena mal. Supongo que Grecia será la próxima.

BERLÍN, *23 de septiembre*

Tras una semana de ausencia, los bombarderos británicos se presentaron anoche y mantuvieron en vela a la población en los sótanos de sus viviendas durante dos horas y veinte minutos. Para la mayoría fue una pequeña conmoción, puesto que durante toda la semana les han estado diciendo que los británicos han intentado llegar varias noches, pero que se han visto rechazados por las defensas antiaéreas. Los periódicos locales han montado nuevamente en cólera contra los «criminales británicos» por habernos bombardeado esta pasada noche. El *Nachtausgabe* berlinés titula: «NUEVA ACCIÓN NOCTURNA DE LOS PIRATAS». Y el mismo periódico dice en su editorial: «Winston Churchill volvió a dar ayer a los aviadores británicos la orden de arrojar sus bombas sobre la población civil alemana y proseguir así su matanza de hombres, mujeres y niños alemanes». El *Börsen Zeitung* mantiene que «anoche Churchill continuó su serie de atentados criminales contra la población civil alemana. Francamente, Churchill pertenece a esa categoría de criminales cuya brutal estupidez es indescriptible».

Aunque resulta obvio que es Goebbels quien dicta a la prensa alemana toda esta sarta de necedades, yo veo en ellas también un indicio de que los alemanes no pueden soportar los bombardeos nocturnos tal como los están llevando a cabo los británicos. Si en Londres estuvieran más al tanto, se darían cuenta. La estrategia de la RAF consiste, a mi entender, en

concentrar sus ataques en las industrias de guerra alemanas y en sus centros de abastecimiento. Pero, aunque sin duda han alcanzado algunos objetivos interesantes, como las fábricas de Leuna en las que se fabrica petróleo a partir del carbón (las atacaron, pero no consiguieron cerrarlas), lo cierto es que no han tenido éxito a la hora de paralizar de manera apreciable la producción de la industria bélica alemana, ni han borrado del mapa muchos de esos centros. Lo que deben hacer es mantener a la población alemana en sus fríos y húmedos sótanos durante la noche, impedirles que concilien el sueño y desgastar sus nervios; unos nervios que ya tienen muy frágiles después de siete años de vivir apretándose el cinturón con la movilización nazi para la guerra total.

Anoche me encontré con un antiguo conocido alemán. Está ahora en la Luftwaffe y durante las pasadas tres semanas ha formado parte de la tripulación de un bombardero nocturno que ha estado atacando Londres. Me contó algunos detalles interesantes.

1. Estaba impresionado por el tamaño de Londres. Dijo que habían estado machacándola durante tres semanas y que ¡lo asombra cuánto queda aún en pie allí! Les decían a menudo antes de despegar que reconocerían su objetivo por hallarse este en un círculo de un kilómetro y medio de radio dentro de la ciudad, totalmente en llamas. Pero que, cuando llegaban allí, no podían encontrar nada semejante, sino tan solo algún incendio disperso.
2. Cuenta que se aproximan a Londres a una altitud de entre 4.500 y 6.000 metros, que descienden hasta los 3.000 y que lanzan las bombas a esa altura, demasiada para obtener precisión en un bombardeo nocturno. Pero que no se atreven a descender por debajo

de los 2.100, por la barrera de los globos. Describe como «muy animado» el fuego antiaéreo sobre Londres.

3. Dice que las tripulaciones de los bombarderos nocturnos alemanes están muy cansadas. Que han trabajado demasiado. La Luftwaffe imaginaba que serían capaces de destruir a la RAF mediante operaciones a la luz del día, como destruyeron las fuerzas aéreas de Polonia, Holanda, Bélgica y Francia, y que por eso descuidaron entrenar a suficientes hombres para esas incursiones nocturnas. Las actuales tripulaciones, me confió, están volando cuatro noches, de las siete que tiene la semana. A diferencia del doctor Goebbels, cuya maquinaria de propaganda inculca en la gente que los aviadores británicos son unos cobardes, cuando no unas bestias, mi amigo dice con franqueza que los pilotos alemanes admiran mucho a sus adversarios por su destreza y valentía. Me dice que sienten particular admiración por un piloto de caza británico que vuela en su aparato siempre con un cigarrillo entre los labios. Si este hombre fuera derribado alguna vez en suelo alemán, los aviadores alemanes se han juramentado para ocultarlo y no entregarlo como prisionero de guerra.
4. Me confirma que los bombarderos británicos están machacando a conciencia todas las noches las costas francesa y belga. Y que a menudo descienden al amparo de la oscuridad y ametrallan las bases de los bombarderos alemanes en el momento en que los aviones de la Luftwaffe despegan o aterrizan.
5. Asegura que Göring voló ayer sobre Londres. Esta noticia la dio la prensa extranjera aquí, pero no apareció en los periódicos alemanes, lo que nos hizo sospechar que no era cierta.
6. Cuenta que los británicos han construido cierto número de

aeródromos de pega y colocado en ellos aviones de madera pero que los alemanes han conseguido ya a estas alturas identificar cuáles son los reales y cuáles los falsos.

7. Confirma asimismo que, al regreso de una incursión en Gran Bretaña, los bombarderos alemanes suelen aterrizar en una base distinta de la que despegaron. Dice que parten de campos de aviación dispersos en Francia, Bélgica y Holanda, pero siempre siguiendo un horario de vuelo muy estricto para evitar colisiones en medio de la oscuridad. Su ruta exacta a la vuelta de Londres está fijada de antemano, de forma que los aviones que entran en la zona no choquen con los que la abandonan. Tiene una interesante explicación para la gran paliza que sufrieron los alemanes en un ataque aéreo a Londres a la luz del día el domingo hará una semana, cuando, según los británicos, fueron derribados 185 aviones alemanes, bombarderos en su mayoría. Me dice que fallaron los planes de vuelo alemanes: los cazas que tenían que proteger a los bombarderos llegaron al punto de cita previsto en la costa inglesa, pero no encontraron a los bombarderos allí. Tras aguardar veinticinco minutos, tuvieron que volar de regreso a sus bases, pues se les estaba agotando el combustible. Más tarde llegaron los bombarderos procedentes del mar del Norte, pero allí no había cazas para darles escolta y los cazas británicos los derribaron.

Me explicó que los bombarderos alemanes realizan sus incursiones nocturnas en escuadrillas de siete aviones. Insistió en que cada base de la Luftwaffe informa correctamente de sus bajas y que cualquier amaño de esas cifras tiene que efectuarse en el cuartel general o en Berlín.

Confirma mi impresión de que hasta ahora la Luftwaffe ha fracasado en su intento de obtener la supremacía aérea sobre Gran Bretaña, aunque,

cuando yo estuve en el Canal hace apenas cinco semanas, los alemanes me dijeron que tenían previsto conseguirla en un par de semanas.

Es un hecho que, desde hace dos semanas, los alemanes han renunciado a los ataques a gran escala contra Inglaterra a la luz del día, y que se están dedicando ampliamente a los bombardeos nocturnos. Esto es ya, en sí misma, la confesión de una derrota.

BERLÍN, *24 de septiembre*

Realmente los británicos llegaron a Berlín con ganas de trabajar. Estuvieron bombardeando intensamente y con excelente puntería durante cuatro horas. Alcanzaron importantes fábricas en el norte de la ciudad, una gran empresa de gas y los depósitos ferroviarios situados al norte de las estaciones de Stettin y Lehrt.

Pero no pudimos narrar la información. Las autoridades dijeron que no se había producido ningún daño militar de importancia, y el Ministerio de Propaganda, muy nervioso de pronto por la destrucción de la pasada noche, nos avisó a los corresponsales de que solo podríamos informar de lo que los militares dijeran. El Ministerio de Propaganda canceló incluso su habitual recorrido guiado por la capital tras una incursión, poniendo como excusa que no había gran cosa que ver y que había escaso tiempo para verlo.

La prensa y la radio alemanas jamás se han visto obligadas a mentir tanto como hoy a propósito de un ataque aéreo. Hasta los estólidos berlineses, a juzgar por sus conversaciones, parecían turbados por las mentiras de sus propios periódicos. Decía la declaración oficial: «A pesar del violento fuego antiaéreo, unos pocos bombarderos británicos consiguieron alcanzar anoche los suburbios del norte y el este de Berlín y lanzaron sobre ellos cierto

número de bombas. La ubicación de sus impactos, muy alejados de todos los objetivos militares o industriales, constituye una nueva prueba de que los aviadores británicos atacan deliberadamente zonas residenciales. No se produjeron daños de importancia militar».

Incluso el Alto Mando, en cuya veracidad creen todavía muchos alemanes, repitió después la mentira en su comunicado de guerra diario. Los centenares de miles de residentes en los barrios de la periferia que van a diario a trabajar a la capital, y que tuvieron que cambiar hoy de tren tres veces para ser trasladados en autobuses para recorrer tres tramos de una importante línea de ferrocarril en los que las bombas británicas habían volado las vías, se mostraban sorprendidos por lo que leían en los periódicos.

Los británicos fracasaron en dos ocasiones en su intento de volar el ferrocarril urbano elevado que cruza de este a oeste el centro de Berlín. En dos puntos, la bomba no cayó en las vías por unos pocos metros, sino que destrozó las casas adyacentes. Esta línea no solo transporta el grueso del tráfico eléctrico del suburbano, sino también gran número de trenes de pasajeros. Es la línea más importante en el interior de los límites de la ciudad. Los cascotes de los edificios alcanzados interrumpieron el tráfico la pasada noche, pero hoy la línea ya funcionaba.

Serrano Súñer, cuñado de Franco y ministro del Interior, regresó de una visita al frente occidental a tiempo para vivir por primera vez la experiencia de un bombardeo de los aviones británicos. Puede que esto haya sido beneficioso. Los corresponsales nos imaginábamos a Súñer volviendo a Madrid y entrevistándose con un Franco sometido ahora a fuertes presiones por Berlín y Roma para que se suba al vagón del Eje, quien le preguntaría por los ataques británicos que sufre Berlín, y a Súñer respondiéndole: «¿Qué ataques? Yo no he visto ninguno, y he pasado diez días en Berlín.

Los británicos no han podido llegar ni una sola vez. Los británicos están acabados, Generalísimo. Ha llegado la hora de que España participe en el reparto que hará el Eje de sus despojos».

Goebbels y la mayoría de las demás luminarias del Partido Nazi estaban cenando anoche con Súñer en el Adlon cuando comenzó el bombardeo. El banquete concluyó abruptamente poco antes de que fueran a servirse los postres, y todos los presentes se encaminaron al espacioso refugio antiaéreo del Adlon, situado junto a la barbería. Cuando volví de la radio a las cuatro de la madrugada, comenzaban precisamente a marcharse.

Me dicen que Ciano va a venir el jueves. Hay un acuerdo entre Berlín y Roma para poner fin a la guerra en África este invierno y repartirse el Continente Negro. Pero tienen que asegurarse primero de la postura de España, e insisten en que Franco ocupe Gibraltar o permita que los alemanes lo tomen.

Berlín estaba complacido anoche de que los franceses, que prácticamente han cedido Indochina a los japoneses sin disparar un tiro y que a diario hacen sin rechistar nuevas concesiones al Eje, hayan abierto hoy fuego contra De Gaulle y los británicos, que quieren controlar Dakar.

El bombardeo de la pasada noche me recuerda que el mejor refugio antiaéreo de Berlín es el que tiene Adolf Hitler. Los expertos dudan de que sea factible matarlo cuando está en su interior. Es profundo, está protegido por vigas de hierro y una enorme cantidad de hormigón armado, y cuenta con su propio sistema de ventilación e iluminación, así como con un cine privado y quirófano. Aun en el caso de que las bombas británicas redujeran a escombros la Cancillería y cortaran toda salida visible del sótano, el Führer y los suyos podrían salir de allí fácilmente, con solo recorrer alguno de los túneles subterráneos que van desde el refugio a puntos situados a varios cientos de metros de distancia. El refugio de Hitler está dotado

también de espaciosos dormitorios, una previsión importante pero olvidada por completo en la mayoría de los refugios, puesto que la falta de sueño está ocasionando mucho más daño al pueblo alemán que las bombas de los británicos.

Si Hitler tiene el mejor refugio antiaéreo de Berlín, los judíos tienen el peor de todos. En muchos casos, no tienen ninguno. Cuando las instalaciones lo permiten, los judíos tienen su propio *Luftschutzkeller*, que suele ser una pequeña habitación en el sótano contigua a la parte principal de este, en la que se reúnen los «arios». Pero en muchos sótanos o bodegas de Berlín solo hay una estancia, que es para los «arios». Los judíos, entonces, deben refugiarse en la planta baja, habitualmente en el pasillo que va de la puerta del piso al ascensor o las escaleras. Es un punto bastante seguro si una bomba cae sobre el tejado, puesto que es improbable que penetre desde allí hasta la planta baja. Pero la experiencia ha demostrado que es el lugar donde se corre mayor peligro si la bomba cae inmediatamente fuera, en la calle. Allí, donde se apiñan los judíos, es donde la fuerza de la explosión más se nota; y a la entrada donde están los judíos es a donde llegan más esquirlas de la metralla.

BERLÍN, *25 de septiembre*

Al doctor Boehmer, el jefe de prensa extranjera del Ministerio de Propaganda, que es el típico nazi salvo en el hecho de que es inteligente y ha viajado mucho, especialmente por América, lo irrita de cuando en cuando nuestra «falta de consideración» por las atenciones que nos dispensan los nazis a los corresponsales, como la de facilitarnos raciones de comida extra. Si la manera de conquistar el ánimo de un corresponsal pasa

por su estómago, entonces hay que reconocer que el doctor Goebbels se esfuerza de veras. Para empezar, nos clasifica como «personas ocupadas en trabajos pesados», lo que significa que nos corresponden raciones dobles de carne, pan y mantequilla. Un jueves sí y otro no, después de la rueda de prensa, nos ponemos en fila para recibir cupones de racionamiento extra para la quincena. Y aún hay más, pues el doctor Goebbels no solo nos permite, sino que nos anima, a importar todas las semanas un paquete de alimentos de Dinamarca, que abonamos en dólares a un cambio muy generoso. Esto es mi salvavidas. Me permite desayunar huevos con panceta cuatro o cinco días por semana. Yo, de ordinario, no desayuno huevos y panceta, pero con las escasas raciones de guerra a nuestra disposición, encuentro que eso lo fortalece a uno para el día entero. También conseguí suficiente café de Holanda, antes de que se iniciara la campaña del oeste, para proveerme de él para los próximos seis meses. En una palabra: que a nosotros, los corresponsales, nos afectan escasamente los racionamientos de tiempos de guerra. Tenemos abundante comida. Y los alemanes procuran que no nos falte, no porque les caigamos bien, sino porque piensan —y supongo que con razón— que estaremos mejor dispuestos hacia ellos si trabajamos con el estómago lleno, ya que, después de todo, somos seres humanos.

Ocurre también que el Ministerio de Propaganda y el Ministerio de Asuntos Exteriores, que se pelean entre sí por muchas cuestiones, mantienen una franca rivalidad entre ellos para ver cuál es capaz de crear el mejor *dining club* para la prensa extranjera. El establecimiento de Ribbentrop, el Ausland Presse Club, en la Kurfürstendamm, es por el momento más suntuoso que el Ausland Club de Goebbels, situado en la Leipzigerplatz. Pero tengo entendido que el *Doktor* acaba de apropiarse de varios millones de marcos para modernizar «su» club y hacerlo más

atrayente que el de Ribbentrop. Yo solía cenar un par de noches por semana en el Ausland Club, que me queda muy a mano y en el que la perspectiva de un bistec de verdad y un café auténtico me tienta muchísimo. Era también un lugar donde podía pegar la hebra con los nazis y averiguar lo que tenían en la cabeza, si es que tenían algo. Pero desde la desvergonzada agresión contra Holanda y Bélgica no he vuelto a ir allí, porque no tengo estómago para cenar con funcionarios nazis.

El que nosotros comamos bien no significa que los alemanes lo hagan. Pero las informaciones que circulan por el extranjero acerca del hambre que pasa la población son muy exageradas. Aquí no pasan hambre. Después de un año de bloqueo, tienen ahora suficiente pan, patatas y coles para seguir tirando mucho tiempo. Los adultos reciben 450 gramos de carne por semana y 110 gramos de mantequilla. Los estadounidenses difícilmente podrían subsistir con esta dieta. Pero los alemanes, cuyos cuerpos se han acostumbrado a lo largo de un siglo a grandes cantidades de patatas, col y pan, dan la impresión de vivir perfectamente con ella. La carne y la ración de manteca, aunque muy por debajo de la que solían tomar, son suficientes para mantenerlos en tolerable forma.

Hay, sí, escasez de fruta, y el intenso frío del pasado invierno malogró las cosechas de los frutales alemanes. No vimos entonces naranjas ni plátanos, y no es probable que veamos ninguna de estas frutas durante este invierno. La ocupación de Dinamarca y Holanda contribuyó temporalmente a aumentar las existencias de verduras y productos lácteos, pero la incapacidad de Alemania para proporcionar piensos a esos países no tardará en hacerlos deficitarios en materia de alimentos. No cabe duda de que los alemanes se apoderaron de todos los víveres que encontraron en Escandinavia, Holanda, Bélgica y Francia, aunque es cierto que pagaron por ellos... en marcos alemanes, que no les costaban nada. Aquí no hay nadie

que no lo vea de esta forma, salvo el representante del señor Herbert Hoover.

Lo importante aquí es que Gran Bretaña no ganará esta guerra en los próximos dos o tres años, pongamos por caso, haciendo pasar hambre al pueblo alemán. Y que a Hitler, que no alberga ningún sentimiento compasivo por los no alemanes, no le importará ver morir de inanición a los cien millones de personas de los territorios ocupados antes de que muera de hambre ni un solo alemán. De eso sí puede estar seguro todo el mundo.

BERLÍN, *26 de septiembre*

La pasada noche vivimos el ataque aéreo más prolongado de esta guerra, que duró desde las once de la noche hasta las cuatro de la madrugada. Si tienes un trabajo que te obliga a levantarte a las siete o las ocho de la mañana, como les sucede a centenares de miles de personas, puedes dormir muy poco. Los británicos deberían hacer esto todas las noches. No importa que destruyan mucho o poco. Los daños de anoche no fueron grandes, pero el efecto psicológico fue tremendo.

Nadie esperaba tan temprano a los británicos, por lo que el ataque pilló a miles de personas en los metros, en el suburbano, en los autobuses y en los tranvías. Se apresuraron a llegar al refugio público más próximo y pasaron allí la mayor parte de la noche. El primer resultado de la temprana llegada de los bombarderos británicos —en teoría, pueden llegar a las diez de la noche, dos horas después de que anochezca— ha sido que todos los teatros anuncian hoy una nueva hora de apertura: las seis de la tarde, en lugar de las siete y media o las ocho. Y el Ministerio de Educación ha pasado el aviso de que, en caso de ataques aéreos que se prolonguen más allá de la

medianoche, las escuelas graduadas permanecerán cerradas a la mañana siguiente para permitir que los niños recuperen las horas de sueño perdidas.

Me fastidia muchísimo no poder mencionar durante mi emisión una incursión aérea que se esté produciendo mientras hablo. La pasada noche los cañones antiaéreos que protegen la *Rundfunk* hacían tal estruendo mientras yo emitía, que ni siquiera podía oír mis propias palabras. El micrófono labial que ahora nos obligan a utilizar durante la noche impedía que mis palabras para Estados Unidos tuvieran un acompañamiento de cañones, lo cual es una lástima. Observé anoche también que, en lugar de tener a alguien conversando con Nueva York desde el estudio de la planta inferior cinco minutos antes de que yo comenzara a emitir, para mantener modulado nuestro transmisor, la Radiodifusión Alemana lo había sustituido por una ruidosa banda de música; sin otro objeto, que yo sepa, que ahogar el ruido de los cañones.

El *B.Z. am Mittag* inicia así su relato del ataque de la pasada noche: «El mayor belicista de todos los tiempos, Winston Churchill, envió de nuevo a Berlín a sus sicarios en la noche de ayer ...».

Tan pronto como hube acabado mi emisión a la una de la madrugada, los vigilantes nazis de protección aérea me obligaron a meterme en el refugio antiaéreo. Intenté aprovechar el rato para leer el excelente libro de Carl Crow *Cuatrocientos millones de clientes*, pero la luz era escasa. Me aburrí soberanamente. Finalmente, lord Haw-Haw y su mujer sugirieron que nos escapáramos. Esquivamos la ronda de los vigilantes y encontramos un túnel subterráneo poco frecuentado, donde procedimos a dar buena cuenta de un litro de *Schnaps* que «lady» Haw-Haw había traído consigo. Haw-Haw puede beber tanto como el que más, y si uno logra vencer la repulsión inicial de saberlo un traidor, reconoce que es un tipo divertido e incluso inteligente. Cuando hubimos terminado con la botella, nos sentíamos

demasiado libres como para regresar al sótano. Haw-Haw encontró una escalera y subimos por ella a su habitación, donde abrimos las persianas y nos sentamos a contemplar los «fuegos artificiales». Los cañones seguían atronando el aire a lo lejos por el sur de la ciudad, iluminando el cielo.

Allí, sentados en la oscuridad en su cuarto, mantuve una larga conversación con aquel hombre. Haw-Haw, cuyo verdadero nombre es William Joyce, pero al que en Alemania llaman Froelich (que vendría a ser una traducción alemana de su apellido), niega ser un traidor. Dice que ha renunciado a su nacionalidad británica y que se ha convertido en ciudadano alemán, por lo cual no es más traidor que cualquiera de los miles de británicos y estadounidenses que han cambiado de ciudadanía para hacerse camaradas en la Unión Soviética, o que todos los alemanes que renunciaron a su nacionalidad después de 1848 y se marcharon a Estados Unidos. Esto a mí no me convence, pero a él sí. Hablaba todo el rato de «nosotros», así que le pregunté a quiénes se refería. «A nosotros los alemanes, naturalmente», me soltó.

Es un hombre de constitución fuerte, como de un metro ochenta de estatura, con unos chispeantes ojos irlandeses y un rostro marcado no por haberse batido en duelos en alguna universidad alemana, sino en reyertas fascistas en las calles de poblaciones inglesas. Habla un alemán bastante bueno. Yo diría que tiene dos complejos que lo han llevado a su actual notoriedad: un odio visceral por los judíos y otro, igualmente titánico, hacia los capitalistas. Uno y otro han sido las corrientes principales de su vida adulta. De no haber sido por su histeria hacia los judíos, fácilmente hubiera podido convertirse en un agitador comunista de éxito. Por extraño que pueda parecer, cree que el movimiento nazi es un movimiento proletario que liberará al mundo de las ataduras de los «plutócratas capitalistas». Él se ve a sí mismo, sobre todo, como un libertador de la clase trabajadora.

(Al colega de Haw-Haw, Jack Trevor, un actor inglés que también realiza emisiones antibritánicas para el doctor Goebbels, no le interesa el proletariado. Su única pasión ardiente es el odio a los judíos. El pasado invierno era una imagen habitual verlo de pie en la nieve bajo una fuerte ventisca despotricando con el guardia de las SS que se hallaba en el exterior del estudio acerca de la urgente necesidad de liquidar a todos los judíos del mundo. El guardia, que seguramente no albergaba especial simpatía por los judíos, pero cuya única preocupación era que transcurrieran pronto las horas que todavía le quedaban de montar guardia en la infernal noche de invierno, daba unas patadas en la nieve para quitarse el frío de los pies, volvía la cabeza para resguardarla del aire cortante y murmuraba: «Ja. Ja. Ja. Ja.», pensando probablemente para sí: «¡Qué chiflados que están estos británicos!»).

La historia de Haw-Haw, según he podido colegir de nuestras conversaciones y de su librito *Twilight over England* («Crepúsculo sobre Inglaterra»), publicado en Berlín, y que me regaló después de que yo le hubiera obsequiado con un libro inglés que había conseguido introducir de contrabando: *The Life and Death of Lord Haw-Haw* («Vida y muerte de lord Haw-Haw»), es esta:

Nació, me dice, en Nueva York en 1906, de padres irlandeses que habían perdido en Irlanda todo cuanto tenían «a causa de su devoción por la Corona británica». Estudió literatura, historia y psicología en la Universidad de Londres y en 1923, el año del malhadado *Putsch* de Munich, se unió a los fascistas británicos. Dice que después de esto se ganó la vida trabajando como profesor particular. En 1933 ingresó en la Unión Británica de Fascistas, de sir Oswald Mosley, y pasó a ser uno de sus más destacados oradores y articulistas. Durante tres años fue el jefe de propaganda de Mosley. Según él, dejó el movimiento de Mosley en 1937 «debido a

diferencias sobre temas relativos a la organización». Se asoció con John Beckett, un socialista y antiguo parlamentario, y fundaron la Liga Nacionalsocialista; pero a los pocos meses Beckett la dejó porque consideraba «demasiado extremistas» los métodos de Joyce.

A propósito de esos días, Joyce escribe: «Vivíamos el nacionalsocialismo ... Éramos todos lo bastante pobres como para conocer los horrores de la libertad en democracia. Uno de los nuestros enloqueció tras dieciocho meses de desempleo y hambre. Yo viví durante meses con verdaderos amigos que amaban a Inglaterra y no podían conseguir lo suficiente para vivir de ella».

Durante el año que precedió a la guerra fue arrestado en dos ocasiones acusado de agresión y de alterar el orden. Entonces se congregaron las nubes de guerra.

«Para mí —escribe— fue fácil tomar una decisión. La mañana del 25 de agosto tuve muy claro que iba a tener lugar inevitablemente la mayor contienda de la historia. Hubiera podido ser una alternativa válida permanecer en Inglaterra y trabajar allí incesantemente por la paz. Pero yo albergaba un prejuicio, adquirido o heredado ... Inglaterra iba a ir a la guerra. Yo, por motivos de conciencia, sentía que no podía combatir por ella, lo que me obligaba a renunciar a ella para siempre.»

Así lo hizo. El 25 de agosto, él y su mujer, «que tuvo que marcharse sin poder despedirse de sus padres», viajaron a Alemania a tomar parte en la que él llama «la sagrada lucha para liberar el mundo».

El que alguien pueda considerar una sagrada lucha por la libertad la invasión a sangre fría de los pueblos libres de Europa por parte de Hitler dice mucho de su estado mental. El libro de Haw-Haw es un batiburrillo de bobadas nazis acerca de Inglaterra, salpicado de verdades obvias que todo el mundo conoce acerca de sus aspectos más negros y mezquinos.

La voz sumamente nasal de Haw-Haw fue considerada al principio por los funcionarios del Ministerio de Propaganda completamente inadecuada para la radio. Un técnico de radio nazi que había estudiado en Inglaterra fue el primero que vio sus posibilidades y decidió darle una oportunidad. Dichas en la radio, las soflamas de este implacable y malcarado joven fascista dan la impresión de provenir de un viejo aristócrata inglés decadente, como a menudo encontramos en nuestro teatro. Ed Murrow me dijo el invierno pasado que las encuestas mostraban que Haw-Haw tenía, cuando estaba en el aire, por lo menos la mitad de la audiencia radiofónica inglesa. Pero eso era cuando los ingleses estaban aburridos de la guerra «de mentirijillas» y la veían como algo divertido, al igual que al propio Joyce. Pienso que él mismo se da cuenta ahora de que ha perdido gran parte del interés que suscitaba en la población inglesa. Últimamente ha empezado también a irritarse por las tonterías que Goebbels le obliga a decir.

Hay aquí un tercer traidor inglés digno de mención. Se trata de Baillie Stewart, antiguo capitán de los Seaforth Highlanders, que hace pocos años fue condenado a prisión en la torre de Londres por haber revelado secretos militares a una potencia extranjera. La mujer que lo indujo a esto fue una sirena alemana, a la que siguió hasta aquí una vez puesto en libertad. Al principio hizo algunas emisiones, pero su carácter escocés era demasiado inflexible para adaptarse a las instrucciones de los funcionarios nazis del Ministerio de Propaganda y de la Radiodifusión Alemana. Ahora no emite y trabaja como traductor en Asuntos Exteriores.

Ahora que aludo a esto, me referiré también a tres norteamericanos que están haciendo propaganda nazi para la radio alemana.

Fred Kaltenbach, de Waterloo, Iowa, tal vez sea el mejor del grupo; cree con sinceridad fanática en el nacionalsocialismo y se pelea continuamente con los periodistas del partido cuando discrepan de él. No es un mal locutor.

Por mi parte, suelo evitarlos a los tres y solo he hablado con Kaltenbach en una ocasión. Fue en Compiègne, cuando tuvo una de sus periódicas peloteras con las autoridades de la radio nazi. Estas habían dado órdenes de no llevarlo de París a Compiègne, pero él convenció a algunos oficiales del ejército de que lo trasladaran en su coche y «se coló» literalmente en la ceremonia. Los militares lo están arrestando continuamente y expulsándolo de sus instalaciones, pero él vuelve siempre. La mayoría de los nazis lo encuentran «demasiado norteamericano» para su gusto, pero Kaltenbach daría la vida por el nazismo.

El segundo locutor norteamericano es un tal Edward Leopold Delaney, quien aquí se hace llamar E. D. Ward. Es un actor fracasado que trabajaba ocasionalmente en compañías de teatro itinerantes en Estados Unidos. Siente un odio enfermizo hacia los judíos, pero, por lo demás, es un tipo afable que retransmite sin hacer preguntas la propaganda nazi más burda.

La tercera persona es la señorita Constance Drexel, que escribía hace muchos años para el *Public Ledger* de Filadelfia. Los nazis la tienen contratada principalmente, hasta donde yo he podido saber, porque es la única mujer en Berlín capaz de venderles su acento norteamericano. Es curioso: continuamente me persigue pidiéndome trabajo. Al principio de la guerra la contrató una red norteamericana, pero la despidió casi de inmediato.

Para sus demás emisiones en lenguas extranjeras, los nazis cuentan con una variopinta plantilla de naturales de los países balcánicos, holandeses, escandinavos, españoles, árabes e hindúes. Muy de vez en cuando, uno de estos locutores resulta ser «poco de fiar». Tal fue el caso, por ejemplo, de cierto yugoslavo que empezó así su emisión la otra noche: «Damas y caballeros: lo que van ustedes a oír esta noche desde Berlín es una sarta de bobadas, un montón de mentiras, por lo que, si tienen sentido común, será

mejor que sintonicen otra emisora». No fue más allá, porque hay «revisores» que están escuchando en el Ministerio de Propaganda, en el otro extremo de la ciudad. Lo último que supimos del pobre hombre fue que los guardias de las SS lo enviaron a la cárcel.

La pasada noche los noruegos fueron informados de pronto, por una emisión del *Gauleiter* Terboven, el comisario nazi de Oslo, de las duras condiciones que les aguardan. Les ha dicho el *Gauleiter*: 1) Que la Casa Real noruega ya no tiene importancia política y que jamás regresará a Noruega. 2) Que esto mismo vale para el gobierno de Nygaardsvold, que emigró. 3) Que, en consecuencia, queda prohibida toda actividad a favor de la Casa Real o del gobierno huido. 4) Que, de conformidad con un decreto de Hitler, se nombra un consejo comisarial para ocuparse de los asuntos del gobierno. 5) Que los antiguos partidos políticos quedan disueltos de inmediato. 6) Que no se tolerará ninguna propuesta encaminada a realizar alguna clase de actividad política.

En resumidas cuentas, que en Noruega queda destruido, por ahora, todo cuanto es decente y democrático. Y que Alemania demuestra a las claras cuán incapaz es de gobernar cualquier otro país. Hubo un tiempo, breve, en los primeros días tras haberse impuesto el Reich a Noruega —y lo mismo vale para Holanda—, en que Alemania pudo haber conquistado las simpatías de cuantos consideraban una tarea inútil resistirse al abrumador poderío militar de Hitler. Pero los alemanes hicieron todo lo posible por enajenarse esas simpatías y, en pocas semanas, ese sentimiento cambió. Ahora, en todos los países ocupados, los gobernantes alemanes son odiados amargamente. Ningún noruego u holandés decente está dispuesto a tener algo que ver con ellos.

La emisión del *Gauleiter* es un perfecto ejemplo de la falta de tacto alemana. Dijo al pueblo noruego que había intentado en vano negociar con los viejos partidos políticos, pero que se habían opuesto al poder y no habían hecho caso de sus advertencias; por eso no le había quedado más remedio que liquidarlos. En conclusión, les dijo a los noruegos que ahora se había visto con claridad que el camino marcado por el movimiento de Quisling había sido siempre el único posible para Noruega, y que este sería tolerado por los alemanes en el futuro. Lo que era como decirles a los noruegos que un miserable traidorzuelo, detestado por el 99,5 por ciento de la población, no solo tenía razón, sino que en adelante sería el único en poder opinar —en la medida en que algún noruego puede opinar sobre algo, que es casi nula ahora— acerca del futuro del país.

No hay que profundizar mucho para concluir que el régimen de fuerza bruta impuesto por los alemanes sobre los territorios ocupados no puede durar mucho. Porque, a pesar del completo poder militar y policial que hay que reconocerles a los alemanes, es evidente que uno no puede gobernar para siempre sobre naciones europeas extranjeras que te odian y detestan. El éxito del «nuevo orden» de Hitler en Europa está, pues, condenado al fracaso incluso desde antes de ser implantado. A los nazis —que jamás se han molestado en estudiar la historia de Europa, pero que se guían por un primitivo afán de conquista propio de las tribus germánicas, que no calcula las posibles consecuencias— puede parecerles que van camino de instaurar un «nuevo orden» europeo que estará dominado por los alemanes para mayor gloria y grandeza sempiternas de Alemania. Su objetivo a largo plazo no es solo mantener a los pueblos europeos sometidos permanentemente desarmados, para que no puedan alzarse contra sus amos alemanes, sino también hacerlos económicamente tan dependientes de Alemania que no puedan existir sin la voluntad benevolente de Berlín. Para

eso, todas las industrias pesadas y altamente tecnificadas que aún funcionan en los territorios dominados serán concentradas en Alemania. Los pueblos sometidos producirán las materias primas para abastecerlas y los alimentos necesarios para alimentar a sus dominadores alemanes; serán, en su mayoría, comunidades agrícolas y mineras, tal como hoy desempeñan este papel para Europa occidental los países balcánicos. Y dependerán para todo de Alemania.

Los pueblos sometidos de Europa se salvarán, por supuesto, si Gran Bretaña resiste y finalmente gana esta guerra. Pero, aun en el caso de que Alemania salga vencedora de ella, no podrá triunfar en su intento de organizar Europa. Tras tantos años como llevo ahora de vivir mezclado con ellos, estoy profundamente convencido de que el alemán es incapaz de organizar Europa. Su falta de equilibrio, su sadismo provocador cuando está en lo alto, su incapacidad constitucional para entender mínimamente lo que pasa por las mentes y corazones de otros pueblos, su creencia instintiva en que las relaciones entre dos pueblos solo pueden fundarse en la relación amo-esclavo y jamás sobre la igualdad del vive y deja vivir...: todas estas características del alemán lo hacen, a él y a su nación, inepto para obtener el liderazgo en Europa con el que siempre han soñado, y garantizan que, por mucho que lo intente, a la larga fracasará.

Ciano llega hoy proveniente de Roma. Aquí se piensa que viene con motivo del anuncio de que España entra en la guerra del lado del Eje. Súñer está aquí para la ceremonia, si esto se confirma.

BERLÍN, *27 de septiembre*

Hitler y Mussolini se han sacado de la manga otra sorpresa.

Hoy a la una de la tarde, en la Cancillería, Japón, Alemania e Italia firmaron una alianza militar dirigida contra Estados Unidos. Me dejé engañar pensando que Ciano había venido para presionar a España para entrar en la guerra. Súñer ni siquiera estuvo presente en la representación teatral que montaron hoy los fascistas de Europa y de Asia.

Recuperé el conocimiento esta mañana cuando vi a los escolares que habían desfilado hacia la Wilhelmstrasse para aplaudir... agitando banderas japonesas. Como tenía que emitir a las dos, y los corresponsales habíamos sido convocados en la Cancillería a la una para «un anuncio importante», le pedí a Hartrich que cubriera la ceremonia. Ya en la *Rundfunk*, la seguí por la radio.

Lo esencial del pacto está en el artículo III. Dice así: «Alemania, Italia y Japón se comprometen a prestarse ayuda mutua con todos los medios políticos, económicos y militares cuando una de las tres partes firmantes sea atacada por una potencia que en el momento actual no esté implicada en la guerra europea o en el conflicto chino-japonés».

Hay dos grandes potencias que aún no se han visto implicadas en alguna de estas guerras: Rusia y Estados Unidos. Pero el artículo III no se refiere a Rusia; es el artículo V el que lo hace, el que dice, concretamente: «Alemania, Italia y Japón afirman que los antedichos términos no afectan en modo alguno a la situación política que se da hoy entre cada una de las tres partes firmantes y la Rusia soviética».

La Unión Soviética queda fuera, pues. Eso deja dentro a Estados Unidos. No ha habido esta noche en los círculos nazis ningún intento de disfrazar una conclusión tan obvia, aunque, como ya me esperaba, los censores trataron de impedir que yo dijera eso y tuve que emplear todo mi ingenio

para darlo a entender en mis emisiones. Aunque lo más honesto y preciso hubiera sido decir lisa y llanamente que los círculos nazis no escondieron el hecho de que la alianza estaba dirigida contra Estados Unidos, tuve que diluir mi afirmación en esta elocuente frase inicial: «No se ha hecho ningún intento, en los círculos bien informados de aquí, de disimular que la alianza firmada hoy en Berlín ... tiene la vista puesta en un gran país. Ese país es Estados Unidos». Y, a continuación, para remachar mi argumentación, recurrí a un nebuloso análisis del texto del tratado y a la interpretación que hacían de él los alemanes, cosa que los censores, tras algunas agrias observaciones, dejaron pasar finalmente.

La pregunta es: ¿por qué Hitler, el instigador de esta alianza, se apresura a concertarla en este momento? Tengo una teoría al respecto: Ribbentrop viajó inopinadamente a Roma hace quince días para informar a Mussolini de que la esperada invasión de Gran Bretaña —que Hitler había prometido al pueblo alemán apenas unos días antes, en su discurso en el Sportpalast, que iba a tener lugar muy pronto— no podría llevarse a cabo tal como estaba planeada. Mussolini había iniciado ya una invasión de Egipto para que coincidiera con el ataque a Gran Bretaña y dividir así las fuerzas del Imperio británico, pero este otoño no podía hacer mucho más que eso. Sabemos que Ribbentrop se quedó en Roma más tiempo de lo previsto. Sin duda al Duce le sentó muy mal que Hitler abandonara la idea de aquel ataque total con el que confiaba poner fin a la guerra, máxime teniendo en cuenta que Italia solo había decidido participar en ella porque creía que estaba a punto de terminar. ¿Qué podían hacer ahora las potencias del Eje? Lo más aconsejable, parecía, era dedicar el invierno a atacar el corazón del Imperio británico en Egipto, conquistar el país, tomar el Canal de Suez, apoderarse de Palestina e Irak, donde tenían a mano el petróleo que tanto necesitaban, y posiblemente continuar Éufrates abajo para ocupar la región

petrolífera persa o, por lo menos, su principal base de exportación en el golfo Pérsico. Alemania podría proporcionar para todo esto miles de aviones y tanques, e incluso algunas de las divisiones completas de blindados Panzer que habían sido reunidas para el ataque contra Gran Bretaña. Si fuera necesario, podrían ocupar Yugoslavia y Grecia, con lo que Italia conservaría permanentemente Dalmacia y el sur de Grecia serviría como punto de partida para los aviones enviados a luchar en Egipto y contra la flota británica del Mediterráneo.

Para garantizar el completo y puntual éxito de la campaña, España debía entrar en la guerra y tomar Gibraltar de inmediato para destruir la posición de Gran Bretaña en el Mediterráneo occidental. Serrano Súñer, el cuñado de Franco, ministro del Interior y líder de los falangistas, se hallaba en Berlín. Él, personalmente, se mostraba favorable a este plan. Pero Franco, ingrato, dudaba. Por lo visto, pensaba que los británicos aún no habían sido derrotados y...

Había otro factor que era preciso considerar: la actitud de Estados Unidos.

Hasta hacía poco, Berlín no lo había tenido muy en cuenta. El pasado otoño Göring se había mofado de la posibilidad de que una ayuda norteamericana a los aliados pudiera desempeñar algún papel en esta guerra. Y a lo largo de todo el verano, mientras el ejército alemán aplastaba toda resistencia en su avance hacia el oeste, Berlín confiaba en que la guerra terminaría muy pronto, por lo que una eventual ayuda norteamericana —que no se haría efectiva antes de la primavera del siguiente año— no podía preocupar a Alemania. Este criterio da la impresión de haberse mantenido sinceramente hasta hace muy poco. En las últimas dos o tres semanas, con todo, algo ha ido mal en los planes para invadir Gran Bretaña. Puede que se hayan abandonado o puede que no, pero

probablemente es lo primero. En todo caso, desde hace pocos días ha empezado a extenderse en Berlín la idea de que Gran Bretaña pudiera no ser derrotada este otoño, que la próxima primavera aún se estaría luchando y que, para entonces, la ayuda norteamericana, especialmente en aviones, empezaría a hacerse notar de forma más acusada. Había, pues, que hacer algo con respecto a Estados Unidos. Pero ¿qué? Algo que los asustara y que diera pie a los aislacionistas norteamericanos a clamar de nuevo contra el peligro de la guerra.

En Japón llegó al poder hace pocas semanas un nuevo gobierno dirigido por el príncipe Konoye, que proclama una «nueva vida» y un «nuevo orden» en el Lejano Oriente. El príncipe era un hombre con quien los alemanes podían tratar. Herr Stahmer, un hombre de confianza de Ribbentrop al que este solía emplear para tratar con los pacifistas británicos, fue enviado a Japón para examinar el terreno. De eso ha salido ahora una alianza militar pensada para amenazar a Norteamérica y mantenerla al margen de la guerra. Pero, si algo sé yo del carácter norteamericano, nadie allí, con la excepción de los Wheeler, los Nye y los Lindbergh, va a asustarse con esa amenaza. El efecto será exactamente el opuesto de lo que esperan Hitler y Ribbentrop, que siempre yerran a la hora de enjuiciar el carácter anglosajón.

Este pacto tripartito es, además, algo que las potencias del Eje, y especialmente Alemania, pueden anunciar a bombo y platillo, alejando así del espíritu de la gente el hecho de que la prometida invasión de Inglaterra no va a realizarse y que la guerra —que desde mediados del verano todos los alemanes confiaban ver concluida en un mes o dos— no habrá finalizado, después de todo, antes de que llegue el invierno.

El efecto propagandístico ha sido hoy tremendo y ha logrado expulsar de la primera página todas las demás noticias. Al pueblo alemán se le ha dicho

que el pacto es de una importancia colosal y que traerá en breve, por fin, la «paz mundial». La ceremonia de la firma, como la describió Hartrich, que asistió a ella, se llevó a cabo con la típica destreza del Eje para lo teatral. En primer lugar, por la sorpresa del acto en sí, y después por su vistoso montaje. Cuando Ribbentrop, Ciano y el embajador japonés, el señor Kurusu, un hombrecillo menudo y desconcertado, entraron en el salón de gala de la Cancillería, destellaron todos los flases y la escena quedó registrada para la historia. Uniformes de brillantes colores ocupaban toda la sala. Se hallaban presentes al completo todos los miembros de las embajadas italiana y japonesa. (No asistió ningún otro diplomático. El embajador ruso fue invitado, pero se excusó alegando que este mediodía estaría ausente de Berlín.) Los tres protagonistas toman asiento a una mesa dorada. Ribbentrop se levanta y hace una señal a uno de sus esclavos, el doctor Schmidt, para que lea el texto del pacto. Después lo firman todos, mientras se oye el ruido de los obturadores de las cámaras. Y sigue el momento del clímax, o lo que les parece tal a los nazis. Suenan tres golpes en la enorme puerta. Se hace un tenso silencio en la gran estancia. Los japoneses contienen el aliento. La puerta se abre lentamente... y entra Hitler. Ribbentrop inclina la cabeza ante él y le comunica formalmente que el pacto ha sido firmado. El Gran Khan muestra su aprobación asintiendo, pero no se digna hablar. Hitler, majestuosamente, ocupa un asiento en el centro de la mesa, mientras los dos ministros extranjeros y el embajador japonés se aturullan buscando dónde deben sentarse. Cuando por fin están todos acomodados, se levantan uno tras otro y pronuncian los discursos que traen preparados y que la radio retransmite a todo el mundo.

Adenda: el artículo I del pacto afirma que Japón reconoce el liderazgo de Alemania e Italia en la creación de un nuevo orden en Europa, y el artículo

II dice: «Alemania e Italia reconocen el liderazgo de Japón en la creación de un nuevo orden en el gran territorio del Lejano Oriente».

Ninguna de las dos partes puede prestar a la otra la más mínima ayuda económica o militar mientras estén separadas por la armada británica. No está claro qué es lo que saca de todo esto Japón, puesto que si fuéramos a la guerra contra él, ni Alemania ni Italia podrían hacernos ningún daño a menos que hubiesen acabado con la armada británica. Y, si nos implicáramos en la guerra con Berlín y Roma, Japón estaría obligado a declararnos la guerra, aunque sus propios intereses pudieran aconsejarle no hacerlo. Aunque bien es verdad que, en tal caso, sin duda encontraría alguna excusa para obviar el tratado.

Una cosa está clara: Hitler no habría promulgado este pacto tripartito si pensara que la guerra va a acabar antes de este invierno. No habría tenido la menor necesidad de él.

BERLÍN, *30 de septiembre*

Anoche hubo una alarma de dos horas, pero no oímos nada. Por lo visto, los británicos estuvieron atacando Brandenburg, al oeste de la capital. Aunque los daños causados por los bombardeos británicos son aún desdeñables, me entero de que las autoridades han ordenado la evacuación de Berlín de todos los niños menores de catorce años. El ministro de Agricultura, Darré, decía hoy que el abastecimiento de víveres para el invierno estaba garantizado. Calcula que la cosecha de patatas ascenderá a sesenta millones de toneladas. La cosecha de cereales será inferior a la del año pasado en dos millones de toneladas, pero será suficiente. Las raciones de carne, grasas y pan no variarán durante el invierno.

BERLÍN, *3 de octubre*

Me dicen que Hitler y Mussolini van a mantener mañana un encuentro por sorpresa en el Brennero. Hitler ya ha salido de Berlín rodeado del habitual secreto. No se nos permite informar de ello, puesto que los movimientos de Hitler tienen la consideración de secretos militares. (Himmler mantiene ahora el estandarte del Führer ondeando sobre la Cancillería incluso cuando el gran hombre está ausente, para que nadie pueda saber que se encuentra fuera de Berlín.) Me las he arreglado para deslizar en mi emisión de esta noche una frase acerca de que se está preparando para mañana «una noticia de especial interés».

BERLÍN, *4 de octubre*

La entrevista en el Brennero tuvo lugar hoy, poco antes del mediodía. El comunicado oficial no daba ninguna información sobre lo hablado y mencionaba solo la presencia de Keitel. Asuntos Exteriores nos ha advertido de que no especulemos.

Pienso, con todo, que sería razonable concluir que debe de haber diferencias tan fundamentales entre las dos potencias del Eje que Hitler creyó oportuno entrevistarse personalmente con el Duce. En el último mes, Ribbentrop ha estado en Roma y Ciano ha venido aquí, por lo que no se puede hablar de falta de contactos entre quienes dirigen teóricamente la política exterior. La hipótesis más extendida aquí es la de que Mussolini está molesto por que los alemanes hayan abandonado aparentemente la idea

de invadir Gran Bretaña este otoño, cargándolo a él con el muerto de mantener su ofensiva en el desierto egipcio, donde el ejército italiano, que se ha adentrado en él mil o mil quinientos kilómetros, debe transportar por tierra hasta allí toda el agua que necesita. Obviamente, Ribbentrop no ha conseguido apaciguar a los italianos, y por eso ha tenido que intervenir el propio Hitler. Sería, sin embargo, ilusorio concluir de esto que la entrevista de hoy ha tenido solo consecuencias negativas. Sin duda se han reconsiderado futuros planes de guerra y tal vez se haya tomado alguna decisión para enfrentarse seriamente con el Imperio británico con sus mismas armas, mediante un golpe contra Egipto y el canal de Suez. Puede ser que Alemania decida establecer bases militares en los Balcanes para prestar apoyo al golpe. Un plan alemán del que aquí se habla mucho es el de una ofensiva a través de Turquía hacia Oriente Próximo.

BERLÍN, *5 de octubre*

Los periódicos alemanes brindan hoy una entretenida lectura con sus informaciones acerca de la entrevista del Brennero. Publican columnas enteras a propósito de su trascendental importancia, pero no dan la más mínima explicación a sus lectores de por qué lo dicen. Es más: no explican absolutamente nada de ella. Pero, en la actual atmósfera totalitaria, en la que las palabras han perdido toda su significación, cualquier cosa se convierte en verdad solo porque la prensa controlada lo diga. Hoy me llegó un informe digno de crédito según el cual la entrevista del Brennero fue más bien tormentosa y dio ocasión a que Mussolini discutiera a grito pelado. Los italianos que hay aquí han puesto en circulación una anécdota, probablemente apócrifa, pero indicativa de las «cordiales» relaciones italo-

alemanas. Dicen que el Duce le preguntó ayer al Führer por qué había renunciado a su plan de invadir Gran Bretaña. Hitler tragó saliva y rehuyó la respuesta planteando, a su vez, otra pregunta:

—Y ¿cómo es, Duce, que ustedes no han sido capaces de ocupar un país tan pequeño como Malta? Estoy muy decepcionado por eso.

Los italianos aseguran que Mussolini hizo una mueca y dijo:

—No olvide, mi Führer, que Malta es también una isla.

La quinta semana de la gran ofensiva aérea contra Gran Bretaña comenzó hoy. Y los alemanes están muy alterados porque los británicos no reconocerán jamás que han recibido una buena paliza. No pueden contener su ira contra Churchill por seguir anunciando a su pueblo que aún hay esperanzas de una victoria, en lugar de cejar en su resistencia y rendirse como han hecho hasta ahora todos los adversarios de Hitler. Los alemanes son incapaces de entender a un pueblo con tanto carácter y agallas.

BERLÍN, *7 de octubre*

Una típica patraña periodística nazi. La prensa atribuye a Knickerbocker, al que apoda «el norteamericano más mentiroso del mundo», el haber dicho en Lisboa a los periodistas portugueses que escapó de Londres porque ya no era posible vivir allí. Conociendo a Knick, sé que eso es una pura invención.

BERLÍN, *8 de octubre*

Almuerzo con el embajador griego y su esposa, la señora Rangabé. Se

hallaba presente también su hija Elmina, a la que solíamos ver mucho con Martha Dodd y que es una guapísima joven morena de rasgos balcánicos. El embajador estaba cabizbajo, con todos sus objetos de valor embalados, temiendo una invasión italiana cualquier día de estos. Se aferra a la leve esperanza de que Hitler salvará a Grecia por la que él denomina la «admiración del Führer por las glorias de Atenas».

Aunque no emito para Estados Unidos hasta las dos menos cuarto de la madrugada, tengo que estar en la *Rundfunk* a las diez de la noche, puesto que para esa hora teóricamente es posible que los bombarderos británicos estén sobrevolando la ciudad. Cuando llegan, los alemanes detienen todos los medios de transporte y ni siquiera permiten que haya gente caminando por las calles. Eso significa que, si la alarma me pilla en otro lugar, no hay emisión. Anoche estaba celebrando el regreso a casa de «Butch» Leverich, el segundo secretario de la embajada, en una fiesta que le ofrecían los Heath, cuando dieron las diez. Fue una gran tentación para mí quedarme en la velada. Todos los presentes estaban convencidos de que los británicos no se presentarían esta noche. Me marché, sin embargo, y aunque me perdí después, con el oscurecimiento, en algún lugar al sur de la Wittenbergplatz, finalmente conseguí orientarme y conduje mi Ford a través de la noche negra como la tinta para llegar a la *Rundfunk.* Mientras apagaba el motor las sirenas estaban ya ululando, y aún no había podido llegar al edificio cuando la metralla de los cañones antiaéreos caía como granizo a mi alrededor. El ataque británico duró hasta las cuatro de la madrugada y fue de lo más intenso. De nuevo fueron destrozadas por las bombas las vías del ferrocarril al norte de las estaciones de Lehrt y de Stettin. Una joven alemana que conozco debe la vida al hecho de que perdió el tren suburbano por solo treinta pasos. Tuvo que tomar otro que pasó quince minutos más tarde, pero

no fue muy lejos: ¡al primero lo había alcanzado de lleno una bomba británica que lo voló en pedazos y causó la muerte de quince pasajeros!

La prensa alemana insiste tanto en que los ataques de la Luftwaffe contra Gran Bretaña son represalias por el trato recibido la pasada noche, que el público comienza a sentirse asqueado de esa palabra; y eso que los alemanes tragan muchas cosas nauseabundas. Se cuenta por ahí que el berlinés medio, cuando compra su periódico vespertino de diez pfennigs, le dice al vendedor: «Deme diez pfennigs de represalias». Es interesante, de paso, observar cuán pocos son los que compran los periódicos de la tarde. No hay más que entrar en el metro o subirse a un autobús a la hora punta del regreso al hogar. Ni uno de cada diez pasajeros alemanes está leyendo un periódico. Lentos y sufridos como son aquí, comienzan a darse cuenta, creo, de que los periódicos les dan pocas noticias y de que aun estas están tan amañadas por la propaganda que resulta difícil reconocer lo que es verdad o no. Las noticias que da la radio no son mucho mejores, y vengo notando últimamente que más de un alemán apaga los noticiarios al cabo de un par de minutos de empezar la emisión, con una expresiva exclamación berlinesa: «¡Oh, *Quatsch*!»; significa «tonterías», aunque probablemente «basura» sería una traducción más exacta.

BERLÍN, *15 de octubre*

Me he decidido por fin a ocuparme de algunos asuntos personales. Desde hace algún tiempo me está llegando información de círculos militares de que Hitler se dispone a ir a España para ocupar Gibraltar..., tanto si a Franco le gusta como si no, puesto que no puede oponerse. Eso cortaría la única vía de escape desde Ginebra para mi familia. La única ruta que se puede seguir

ahora para viajar a Estados Unidos desde Europa es pasando a través de Suiza, de la Francia no ocupada y de España y Portugal hasta Lisboa, que es el único puerto que queda en el continente en el que se puede tomar un barco o un avión para Nueva York. Si las cosas empeoran, yo siempre podría salir a través de Rusia y de Siberia, pero eso es impensable si se viaja con una criatura de dos años. Este invierno los alemanes, para demostrar su capacidad para doblegar la inflexible tenacidad democrática de los suizos, se niegan a enviar a Suiza hasta la modesta cantidad de carbón que necesitan para calentar sus hogares, y por la misma razón mezquina permiten la entrada en Suiza de muy pocos víveres. Este invierno será muy duro vivir allí. Aunque Tess preferiría quedarse, ha accedido a volver a Estados Unidos a finales de mes.

Yo la seguiré en diciembre. Me doy cuenta de que mi utilidad aquí está a punto de ser nula. Hasta hace poco, a pesar de la censura, creo que he sido capaz de realizar un buen trabajo informando desde Alemania. Pero la cosa ha ido volviéndose cada vez más difícil y ahora ha llegado a ser casi imposible. Las nuevas instrucciones dadas tanto a los censores militares como a los políticos son que no me permitan decir nada que pueda crear una impresión desfavorable de la Alemania nazi en Estados Unidos. Es más: las nuevas restricciones a la información sobre los ataques aéreos lo fuerzan a uno, o bien a dar una imagen completamente falsa de ellos, o bien a no mencionarlos siquiera. Yo suelo hacer esto último, callarlos, pero es casi tan deshonesto como lo primero. En resumen, que uno no puede ya informar acerca de la guerra ni de las condiciones de vida en Alemania tal como son. No puedes llamar «nazis» a los nazis ni «invasión» a lo que es claramente una invasión. Te ves reducido a retransmitir los comunicados oficiales, que son mentiras y que cualquier autómata podría leer. Incluso el más inteligente y honesto de mis censores me pregunta, en confianza, por

qué sigo aquí. Bien es verdad que, en estas circunstancias, no tengo el más mínimo interés en quedarme. Con mi profundo e intenso odio hacia todo lo que representa el nazismo, jamás me ha resultado grato trabajar y vivir aquí. Pero eso era secundario mientras tuviese una tarea que hacer. En Europa ya no cuenta para nada la vida personal de la gente, y yo no he tenido ninguna desde que comenzó la guerra. Pero ahora ya ni siquiera tengo un trabajo que realizar. No desde aquí.

ZURICH, *18 de octubre*

¡Es maravillosa la sensación de alivio que uno siente siempre en el instante en que sale de Alemania! Volé hasta aquí desde Berlín esta tarde. De Munich a Zurich nos trajo un avión Douglas pilotado por suizos, teniendo todo el rato a nuestra izquierda el espléndido panorama de los Alpes, con las cumbres y las partes altas de la cordillera cubiertas por una gruesa capa de nieve. Cuando el sol comenzó a ponerse, la nieve se tornó rosa, de matices bellísimos. Hacía media hora que habíamos despegado de Munich cuando dos cazas alemanes se pusieron a perseguirnos; eran pilotos novatos, que nos empleaban para practicar la maniobra del ataque en picado. En tres o cuatro ocasiones, al descender sobre nosotros, estuvieron a punto de tocar nuestras alas. Yo comencé a sudar, pero no podíamos hacer nada al respecto. Ellos tenían paracaídas; nosotros, no.

Pronto un espeso manto de nubes cubrió el paisaje por debajo de nosotros y a mí me inquietó un poco pensar que tendríamos que bajar a través de ellas para aterrizar en el aeropuerto de Zurich, rodeado como está de altas montañas. Finalmente, nos sumergimos en las nubes. Pronto se vio que nos habíamos perdido, pues el piloto, tras dar vueltas en círculo durante unos

cinco minutos, subió otra vez para situarse sobre la capa de nubes y viró el aparato en dirección a Munich. Inició un nuevo descenso, esta vez más prolongado y, de pronto, se hizo la oscuridad a nuestro alrededor: el pensamiento de que probablemente nos disponíamos a hacer un aterrizaje de emergencia en territorio alemán me deprimió, sobre todo porque pocos minutos antes me había sentido libre por fin del Reich. Ahora descendíamos de manera muy pronunciada. El piloto indicó que nos ajustáramos el cinturón de seguridad. Yo me aferré con fuerza al asiento. Y, entonces, emergieron de la oscuridad las luces rojas antiniebla de un campo de aterrizaje, los familiares tejados de las casas y las luces centelleantes de una ciudad —de una ciudad que no podía pertenecer a la Alemania del oscurecimiento nocturno, una ciudad que solo podía ser Zurich—, y al minuto siguiente tomábamos tierra. El piloto había realizado un aterrizaje perfecto a oscuras y en medio de la niebla.

Estoy sentado ahora en la estación, esperando mi tren para Ginebra, disfrutando del excelente vino tinto de Dôle y contemplando el pueblo libre de Suiza que se abre paso a través del vestíbulo y que es un espectáculo digno de verse, sintiéndome libre y, sin embargo, un poco triste también al pensar que me aguarda una despedida la semana próxima y que de nuevo se nos viene abajo otro hogar que habíamos intentado crear.

GINEBRA, *23 de octubre*

Tess y Eileen han partido esta mañana al amanecer en un autocar suizo que las llevará a Barcelona en dos días y noches de duro viaje a través de la Francia no ocupada, desde donde puedan tomar un tren a Madrid y luego a Lisboa y, desde allí, un barco a Estados Unidos. Aún no circulan trenes por

Francia. El autocar es el único medio de comunicación, y supongo que hemos de considerarnos afortunados, porque aquí hay más de mil refugiados que esperan conseguir una plaza en los dos autocares que viajan a España una vez por semana. Pueden llevar consigo muy poco equipaje, por lo que deberemos guardar nuestras pertenencias aquí, en un almacén, mientras dure la guerra. American Express no quería enviar su autocar hoy porque corre la voz de que las inundaciones en los Pirineos han anegado las carreteras entre Francia y España, pero nuestra empresa dijo que esperaba que pudieran pasar; una esperanza que comparto. Tess lleva comida y agua para ella y para la pequeña, porque no se puede contar con la posibilidad de encontrar durante el trayecto por Francia. La niña estaba feliz por la excitación cuando arrancó el autocar, y a mí me alegró que fuera demasiado pequeña para advertir o sentir la tragedia en aquel pasaje de seres humanos, judíos alemanes muchos de ellos, que estaban nerviosos y temblaban como flanes por efecto de la histeria, porque temían que los franceses pudieran detenerlos y entregarlos a las torturas de Himmler, o que los españoles no los dejaran pasar.[32] Si conseguían llegar a Lisboa, estarían a salvo, pero Lisboa quedaba muy lejos.

Betty Sargent me dice que ha muerto en Estados Unidos Robert Dell, ese gran personaje del periodismo liberal inglés, cuyo amor a la justicia, la decencia, la paz, la democracia, la vida, la buena charla, el buen comer, el buen vino y las mujeres hermosas excedía al de cualquier otro hombre que yo conozca. Lo echaré de menos.

BERNA, *24 de octubre*

He llegado esta tarde desde Ginebra con Joe [Harsch]; un viaje triste y

lúgubre. He visto a través de la ventanilla del tren, con el corazón apesadumbrado, pasar a los suizos, el lago de Ginebra, las montañas, el Mont Blanc, las colinas verdes y el palacio de mármol de la Sociedad de Naciones, extinta ya.

MUNICH, *25 de octubre*

Hemos aterrizado a ciegas en medio de una espesa niebla, y las autoridades no nos han permitido continuar nuestro vuelo a Berlín por la falta de visibilidad. Voy a tomar el tren nocturno. Todos los restaurantes, cafés y cervecerías de aquí están atestados esta noche de lozanos bávaros. Observo que han dejado por completo de saludar con un «Heil Hitler».

BERLÍN, *27 de octubre*

Ed Hartrich se ha ido a casa un par de días, y yo me marcharé a principios de diciembre. Harry Flannery va a venir de St. Louis para relevarme.

BERLÍN, *28 de octubre*

Hoy hemos vivido un ejemplo clásico de la facilidad con que una dictadura fascista puede espantar a su pueblo cuando la supresión de las noticias la hace sentirse poderosa. Esta mañana el ejército italiano ha invadido Grecia. Esta mañana también, Hitler se presentó en Florencia y conversó con Mussolini a propósito de este último acto de agresión fascista. Los

periódicos de Berlín publican grandes titulares sobre la entrevista en Florencia, pero no incluyen ni una sola línea referente a la invasión italiana de Grecia. Mis informadores me dicen que Goebbels ha pedido un par de días para preparar a la opinión pública alemana para esta noticia.

No he sabido nada de Tess desde que salió de Ginebra. Con el actual caos en España y en la Francia no ocupada, puede suceder cualquier cosa.

BERLÍN, *29 de octubre*

Veinticuatro horas después de la incalificable agresión contra Grecia, el pueblo alemán aún desconoce la noticia porque sus gobernantes se la han ocultado. Ni una línea en los diarios de la mañana o en los del mediodía. Pero Goebbels está preparando cuidadosamente a su público para comunicársela: esta mañana hizo que la prensa publicara el texto del ultrajante ultimátum enviado por Italia al gobierno griego. Es casi una copia exacta de los que los alemanes enviaron a Dinamarca y Noruega, y después a Holanda y Bélgica. Pero puede que el público alemán se pregunte qué ha ocurrido después del ultimátum, puesto que expiró ayer por la mañana.

Más tarde

Finalmente la noticia fue comunicada al pueblo alemán en las ediciones de la tarde, en forma del texto del parte de guerra dado hoy por Italia. Eso fue todo. Pero hubo también nauseabundos editoriales en la prensa local condenando a Grecia por no haber entendido el «nuevo orden» y por haber intrigado con los británicos en contra de Italia. El pozo negro moral en el que los directores de la prensa alemana chapotean ahora quedó

perfectamente ilustrado por las excusas que hoy ofrecen. Después de varios años de oírlas, aún las encuentro exasperantes. Y hoy, además, las habituales mentiras de Goebbels. Por ejemplo, la de decir que los griegos desdeñaron incluso responder al ultimátum, cuando lo cierto es que lo hicieron. Rechazándolo.

Ciertamente no hay entusiasmo aquí entre la gente por este último paso traicionero dado por el Eje. Los militares alemanes, siempre despectivos hacia los italianos, me dicen que Grecia no va a ser precisamente un paseo para las legiones de Mussolini. El terreno montañoso es difícil para que puedan operar unidades motorizadas y, además, añaden, los griegos cuentan con la mejor artillería de montaña de Europa. Me recuerdan asimismo que el general Metaxas, el primer ministro, y no pocos oficiales griegos se han formado en Potsdam.

BERLÍN, *31 de octubre*

La historia que circula es que Hitler salió a toda prisa de Francia, donde se había reunido con Franco y con Pétain (por cierto, el Führer quedó muy impresionado con el mariscal francés, pero no con Franco, al decir de los integrantes de la expedición), en dirección a Florencia, con el propósito de disuadir a Mussolini de invadir Grecia. Llegó allí con cuatro horas de retraso, y para cuando pudo entrevistarse con el Duce, ya era imposible dar marcha atrás. Pero el hecho es que Hitler piensa que puede tomar los Balcanes sin luchar. No quiere una guerra allí por dos razones: en primer lugar, porque inhabilita la ya inadecuada red de transportes necesaria ahora para llevar alimentos y materias primas desde los Balcanes a Alemania; y, en segundo, porque lo obliga a extender más aún sus fuerzas, que ahora

deben defender una línea que discurre ya a lo largo de más de mil seiscientos kilómetros desde Narvik a Hendaya por el oeste, y que sigue en el este la larga frontera con Rusia, donde mantiene un mínimo de treinta y cinco divisiones y toda una flota aérea. Se dice que Hitler está furioso porque al socio menor del Eje le haya dado por actuar prematuramente.

Con el invierno encima, resulta obvio ya que no habrá ninguna tentativa alemana de invadir Gran Bretaña este otoño. ¿Por qué no se ha hecho algún intento de invasión? ¿Qué ha ocurrido con las grandes líneas de la estrategia de Hitler? ¿Por qué no va a haber de momento una victoria final, una paz triunfante? Sabemos que a principios del pasado junio estaba seguro de que ambas cosas tendrían lugar al final del verano. Y su seguridad inspiró el mismo sentimiento en las fuerzas armadas y en todo el pueblo alemán. Ni unos ni otros albergaban la menor duda. ¿No estaban ya erigidas las tribunas, pintadas y decoradas en las esquinas con resplandecientes águilas y esvásticas, y las cruces de hierro plateadas y negras para el gran desfile de la victoria a través de la puerta de Brandeburgo? A principios de agosto estaba todo listo.

¿Qué es lo que salió mal en realidad?

Aún no tenemos la respuesta completa. Pero hay algunas piezas que podemos juntar.

En primer lugar Hitler vaciló, y su vacilación pudo haber sido un error tan colosal como la indecisión del Alto Mando alemán ante París en 1914, al marcar un momento crucial en la guerra que ninguno de nosotros alcanza a entender (aunque es a todas luces demasiado pronto para indicar sus consecuencias). El ejército francés estaba liquidado hacia el 18 de junio, cuando Pétain solicitó un armisticio. Muchos de los que habían seguido las

operaciones del ejército alemán en Francia esperaban que Hitler actuara de inmediato y golpeara a Gran Bretaña mientras el hierro estaba todavía al rojo vivo, mientras estaba intacto a su alrededor el mágico embrujo de su invencibilidad y de su espléndida maquinaria militar. Hitler sabía que los británicos se tambaleaban a consecuencia de los golpes devastadores que les habían asestado. Habían perdido a su aliado, Francia. Todavía estaban recibiendo en sus hogares a los desmoralizados restos de su fuerza expedicionaria en el continente, cuyas costosas e irreemplazables armas, así como casi todo su equipo, habían sido abandonadas en la playa de Dunkerque. Ya no tenían un ejército de tierra bien organizado y equipado. Sus defensas costeras daban pena. Su todopoderosa armada no podía luchar con demasiada fuerza en las angostas aguas del canal de la Mancha, cuyo control tenían ahora los bombarderos y los Messerschmitts de Göring, que operaban desde bases situadas a la vista del mar.

Esta era la situación cuando Hitler entró en el pequeño claro del bosque de Compiègne para dictar a Francia un duro armisticio. Recuerdo ahora, aunque en aquel entonces el hecho no me causó especial impresión, que en Compiègne no parecía haber, por parte de los militares alemanes, ninguna prisa por acabar con los británicos. Al reunir hoy, mucho después de aquellos días, retazos sueltos de conversaciones captadas aquí y allí, en Compiègne y en París, pienso que ya entonces se atribuía a Hitler la idea de que, por más que debiera prepararse enseguida y con todo detalle una invasión de Inglaterra, esta nunca llegaría a ser necesaria, porque Churchill acabaría aceptando la clase de paz con la que soñaba el pequeño austríaco. Sería, en efecto, una paz nazi, que aislaría a Gran Bretaña del continente europeo por largo tiempo. Pudiera ser meramente un armisticio, un respiro durante el cual Alemania podría consolidar un predominio tan abrumador en el continente que, al final, los británicos tendrían que inclinarse sin

luchar ante el conquistador nazi; una paz para que Churchill salvase la cara, y que él aceptaría por ese motivo. Creo que Hitler estaba realmente convencido de que podría conseguirlo, y que esta certeza suya demoró y relajó los trabajos necesarios para preparar una devastadora fuerza de invasión: la construcción y concentración de barcazas, pontones, naves e infinidad de distintos tipos de material de guerra.

Más tarde, 1941

El citado «respiro» podría ser empleado también para saldar las cuentas pendientes con Rusia. Algunos observadores en Berlín tenían ya el convencimiento a finales de junio de que Hitler ansiaba sinceramente firmar la paz con Gran Bretaña (dictando él las condiciones, por supuesto) para poder volverse contra la Unión Soviética, su objetivo real a largo plazo. Según creían tales observadores, Hitler estaba seguro de que los británicos entenderían esto. ¿Acaso no había consistido la política de Chamberlain en alentar a la maquinaria militar alemana a volverse hacia el este, contra Rusia? El hecho de que, durante los últimos días de junio y a lo largo de las tres primeras semanas de julio, fueran retiradas de Francia una división alemana tras otra para enviarlas apresuradamente al que los alemanes llamaban de ordinario el «frente ruso», parece que avala esta idea. Pero esto no es ni muchísimo menos seguro. Hitler albergaba la convicción de que Rusia era débil, de que podía esperar. Lo importante era quitar de en medio a Gran Bretaña. Aun así, su espíritu parecía lleno de extrañas contradicciones. Comprendía perfectamente que la hegemonía de Alemania en el continente, y no hablemos ya afianzarse en África, nunca podría mantenerse con seguridad mientras los británicos dominaran los mares y contaran con una fuerza aérea cada vez más poderosa. Pero Hitler debía de

darse cuenta también de que Gran Bretaña, por apaleada y aturdida que estuviera tras lo ocurrido en Francia y en los Países Bajos, jamás aceptaría una paz que la privara de su hegemonía marítima o que recortara su creciente fortaleza en el aire. Aun así, esta era la única clase de paz que Hitler podía ofrecerle. De la realidad se desprende, con todo, que apostó por que Churchill prefiriera esta clase de paz a afrontar una invasión alemana.]

Puede ser también que Hitler esperara que Churchill diese el primer paso hacia la paz. ¿Acaso no sabía un inglés cuándo le habían dado una paliza? Hitler, sin embargo, tendría paciencia y aguardaría a que la conciencia de la derrota calara en la dura mollera británica.

Esperó un mes. Durante la última y agradable semana de junio y las tres primeras de julio, esperó. En Berlín oímos rumores de que había habido contactos en Estocolmo entre Berlín y Londres y de que existían conversaciones de paz, pero jamás tuvimos confirmación de ellos y, con toda probabilidad, no se produjeron.

El 19 de julio Hitler habló en el Reichstag. Ofreció públicamente la paz a Gran Bretaña, aunque ocultando sus condiciones. Pero el hecho de que dedicara la mayor parte de la sesión a ascender a sus principales generales al rango de mariscales de campo, como si realmente la guerra hubiese acabado, indicaba que daba por seguro que Churchill apostaría por la paz.

La Luftwaffe se había adueñado del mar del Norte y del Canal desde hacía ya más de un mes, pero los aviones alemanes habían evitado lanzar ataques serios sobre el territorio británico. Hitler los contenía.

Pienso que el rápido y tajante rechazo de Inglaterra a su «oferta de paz» lo pilló por sorpresa: no estaba preparado para una reacción tan pronta e inequívoca. Para mí que dudó hasta finales de julio —doce días— antes de

aceptar aquel rechazo como la última palabra de Churchill. Para entonces ya se había perdido un tiempo precioso.

Existen motivos para pensar que la mayoría de los generales del Alto Mando, en especial el general Von Brauchitsch, comandante en jefe del ejército, y el general Halder, jefe del Estado Mayor, albergaban serias dudas acerca de las posibilidades de éxito de una invasión de Gran Bretaña por parte de tropas de tierra, en particular hacia finales de julio, cuando sabían ya que los británicos se habían recuperado en cierta medida de los golpes sufridos en mayo y en junio. Por un lado, los problemas navales de la operación aumentaban sus dudas, y, por otro, por mucho que Göring les asegurara, como se ha dicho de buena fuente, que podría dejar fuera de combate a la RAF en un par de semanas, al igual que había acabado con la fuerza aérea polaca en solo tres días, parece que los generales no tenían la misma seguridad a este respecto, sino que albergaban dudas que al final resultaron sumamente justificadas.

Durante todo el mes de julio los alemanes habían ido reuniendo barcazas y pontones en los canales, ríos y puertos de las costas francesa, belga y holandesa, así como congregando embarcaciones de transporte en Bremen, Hamburgo, Kiel y varios puertos de Dinamarca y Noruega. Un espectáculo habitual en las nuevas autopistas del oeste de Alemania era el de cruzarse con barcazas traídas de aguas tan alejadas como las del Danubio que, montadas sobre ruedas, eran trasladadas a la costa occidental. Talleres y garajes de todo el Reich trabajaban en la construcción de pequeños pontones autopropulsados capaces de transportar un tanque, un cañón pesado o una compañía de soldados al otro lado del Canal si las aguas estaban en calma, aunque no con mala mar. El 16 de agosto pude ver algunos de estos pontones en las proximidades de Calais y Boulogne.

En la noche del 5 de agosto, como se dice en otro lugar de este diario,

Hitler celebró una larga conferencia en la Cancillería con sus principales consejeros militares. Estuvieron presentes Göring, el almirante Von Raeder, Brauchitsch, Keitel y el general Jodl, miembro este último del consejo militar personal del propio Hitler, muy influyente en el ejército desde el inicio de la ofensiva en el oeste. Es probable que en esta reunión Hitler decidiera intentar la invasión lo antes posible, así como estudiar los planes finales con los jefes de las tres fuerzas armadas.

Pero ¿cuáles eran esos planes? Probablemente no lo sabremos nunca. Pero de lo poco que se ha filtrado creo que es posible deducir las grandes líneas estratégicas que se decidieron. Era un plan prudente y clásico a la vez. El 13 de agosto, o hacia esa fecha, se lanzaría una gran ofensiva contra la fuerza aérea británica. La RAF habría sido borrada del mapa para el 1 de septiembre. Y entonces, contando con un dominio aéreo completo sobre el Canal para impedir que la armada británica se concentrara, y sobre el suelo inglés para aplastar a la artillería antiaérea, se pondría en marcha la invasión. La fuerza principal cruzaría el Canal en barcazas, pontones y pequeños barcos. Otros transportes, protegidos por aviones, zarparían de Bremen, Hamburgo y los puertos noruegos para desembarcar hombres en Escocia, pero este sería solo un movimiento secundario, que dependería de la acción de la marina británica en aquellas aguas. Otra pequeña expedición de embarcaciones salida de Brest tomaría Irlanda. Y, por supuesto, serían lanzados paracaidistas en gran número para desmoralizar a los ingleses e irlandeses en su retaguardia.

El ejército no se pondría en movimiento hasta que hubiera sido aniquilada la Real Fuerza Aérea. De la consecución de este primer objetivo dependía por entero la puesta en marcha de los planes de la invasión propiamente dicha. Göring prometió su pronta realización. Pero, como muchos otros alemanes antes que él, cometió un grave error de cálculo

acerca del carácter británico y, por consiguiente, de la estrategia que adoptaría el enemigo. Ahora veo con claridad que Göring basaba su confianza en un cálculo muy simplista: que disponía de cuatro veces más aviones que los británicos. No importaba lo buenos que fueran los aparatos y los pilotos ingleses —sentía por unos y otros un sano respeto—: la clave estaba en atacar solo con una gran superioridad numérica; así, aunque perdiera tantos aviones como el enemigo, al final acabaría contando con una considerable fuerza aérea, y los británicos se habrían quedado sin ella. Sin olvidar que, además, hay pocas posibilidades de que tu oponente te cause grandes pérdidas si lo atacas siempre con más aviones que los que tiene él.

Lo que Göring y todos los demás alemanes se mostraban incapaces de entender era que los británicos estaban preparados para ver bombardeadas y destruidas sus ciudades antes que estar dispuestos a arriesgar todos sus aviones en unas cuantas grandes batallas aéreas para defenderlas. Para los británicos fue una mera cuestión de sentido común y también la única táctica que podía salvarlos. Para el espíritu militarista alemán fue una decisión incomprensible. Tengo el convencimiento de que fue sobre todo este error de juicio, tan típicamente alemán, lo que determinó que se tuviera que abandonar el plan para invadir Gran Bretaña este año.

Para destruir a la fuerza aérea británica, Göring tenía que obligarla a despegar. Pero, por mucho que lo intentó —y yo fui testigo de ello personalmente, pues cuando estuve a orillas del Canal a mediados del pasado agosto le vi enviar hasta mil aviones diarios para atraer a los cazas británicos—, jamás lo consiguió. Los británicos reservaron la mayoría de sus aviones. Durante un tiempo, sus ciudades sufrieron grandes daños, pero la RAF permaneció intacta. Y, mientras fuera así, el ejército de tierra alemán, congregado en la otra orilla del Canal, no podría moverse.

Pero ¿por qué la Luftwaffe no pudo destruir a la RAF en tierra? Es la pregunta que se han hecho aquí muchos alemanes. Las fuerzas aéreas de Polonia, Holanda, Bélgica y Francia fueron aniquiladas por los alemanes, que destruyeron sus aviones en los aeródromos antes de que tuvieran la posibilidad de despegar. La respuesta que da a esta pregunta la propia Luftwaffe es indudablemente cierta. Los aviadores alemanes me dicen que los británicos, simplemente, se dedicaron a diseminar sus aviones en un millar de aeródromos muy distantes entre sí. Ninguna fuerza aérea del mundo, incluso sin encontrar oposición, hubiera podido atacarlos en suficiente número para destruir una parte significativa de los aviones de que podían disponer los británicos.

Hay otro aspecto del fracaso de Göring que aquí, en Berlín, no vemos tan claro. Durante un mes, desde mediados de agosto hasta mediados de septiembre, Göring intentó destruir la fuerza aérea defensiva británica. Este intento se realizó mediante ataques a la luz del día, porque no es posible destruir la fuerza aérea de un país atacando de noche. Pero para la tercera semana de septiembre estas grandes incursiones aéreas diurnas habían cesado. Recuerdo que, para mi emisión de la noche del 23 de septiembre, escribí: «De la lectura de los informes alemanes parece desprenderse que las grandes incursiones aéreas contra Gran Bretaña, a diferencia de las que se producían el mes pasado, son ahora nocturnas y no diurnas. El Alto Mando llama hoy a estos vuelos diurnos “misiones armadas de reconocimiento”, distinguiéndolas de las incursiones nocturnas, que serían “ataques de represalia”». Al censor militar no le gustó este párrafo y solo me permitió leerlo cuando lo hube suavizado escribiendo que los ataques a gran escala de la Luftwaffe «se producen recientemente más por la noche»; lo cual resultaba confuso, pero no impidió que pudiera transmitir esa idea.

De entrada, parece haber cierta contradicción entre la idea que tenemos

aquí de que los británicos prefirieron ver bombardeadas sus ciudades a arriesgar demasiados aviones para alejar a los bombarderos alemanes, y el hecho de que, en el breve plazo de un mes, la RAF se cobrara tal cuota de bajas alemanas que Göring tuviera que abandonar sus grandiosos ataques a la luz del día. Esta contradicción ha intrigado a la mayoría de los agregados aéreos de países neutrales que residen en Berlín, y que, como el resto de nosotros, solo tienen acceso a la perspectiva alemana del tema.

Es probable que no exista en absoluto tal contradicción. De lo que me han dicho los propios aviadores alemanes deduzco que la verdad está en que, si bien los británicos jamás arriesgaron más que una pequeña parte de sus cazas en la acción concreta de un día, siempre interceptaban a los bombarderos alemanes con los suficientes como para destruir cada día más aviones que los que Göring podía permitirse perder. Porque Göring los empleaba en formaciones masivas, menos para bombardear que como señuelo para conseguir que los cazas británicos despegaran del suelo y los Messerschmitts alemanes pudieran dar cuenta de ellos. Y aquí los especialistas tácticos de la RAF desempeñaron un importante papel. Los alemanes me dicen que los escuadrones de cazas británicos tenían órdenes estrictas de evitar el combate con los cazas alemanes siempre que estuviera en su mano. En vez de eso, les dieron la consigna de lanzarse como flechas contra los bombarderos, derribar tantas de aquellas pesadas máquinas como pudieran y escapar antes de que los cazas alemanes entablaran combate con ellos. Estas tácticas llevaron a muchos pilotos alemanes de Messerschmitts a quejarse de que los británicos que pilotaban Spitfires o Hurricanes eran unos cobardes, pues escapaban en cuanto veían un caza alemán. Sospecho que ahora los pilotos alemanes se dan cuenta de que los británicos no actuaban así por cobardía, sino por simple astucia. Conscientes de que eran inferiores en número, de que el objetivo alemán era aniquilar toda su flota

de cazas y de que Gran Bretaña estaría perdida cuando se quedara sin sus últimos cazas, los británicos adoptaron la única estrategia que podía salvarlos. Fueron a por los bombarderos alemanes, que son los blancos adecuados para un avión así, y evitaron a los Messerschmitts. Después de todo, estos últimos no llevaban bombas que pudieran destruir Inglaterra. En tres días diferentes, durante la última parte de agosto y los primeros días de septiembre, los cazas británicos derribaron entre 175 y 200 aviones alemanes, en su gran mayoría bombarderos, y averiaron probablemente otro centenar. Estas pérdidas fueron un duro golpe que dejaron momentáneamente aturdida a la Luftwaffe, que no podía soportar tantas bajas a pesar de su superioridad numérica porque los británicos solo estaban perdiendo una cifra de aviones muy inferior —la tercera o la cuarta parte—, si bien cazas en su mayoría.

Hubo otro factor. Como casi todas las batallas aéreas tuvieron lugar sobre Inglaterra, los británicos rescataban con vida al menos a la mitad de los pilotos cuyos aparatos eran derribados. Eran capaces de saltar en paracaídas y llegar a tierra sanos y salvos. Pero cada vez que era derribado un avión alemán, sus ocupantes, aunque pudieran salvar la vida de la misma manera, se perdían para la Luftwaffe para todo el resto de la guerra. En el caso de los bombarderos, esto significaba la pérdida de cuatro hombres muy bien entrenados por cada avión abatido.

Así pues, pasó la primera quincena de septiembre sin que los alemanes pudieran destruir la fuerza aérea británica y, por tanto, arrebatarles a los británicos la supremacía en el aire sobre Inglaterra. Y, entretanto, el gran ejército de tierra nazi aguardaba impaciente tras los acantilados en Boulogne y Calais, y a lo largo de los canales de tierra adentro. Aun así en esa espera no fue indemne a los ataques. Por la noche, como ya he narrado antes en este diario por experiencia propia, llegaban los bombarderos

británicos, que arremetían contra los puertos, los canales y las playas donde se montaban y cargaban las barcazas. El Alto Mando alemán ha guardado un absoluto silencio acerca de este pequeño capítulo de la guerra. Nadie sabe qué pérdidas en hombres y en material se debieron a estos insistentes ataques aéreos británicos. No he conseguido información fiable al respecto. Pero, por lo que he visto yo mismo de estos bombardeos y me han contado aviadores alemanes, me parece muy improbable que el ejército alemán pudiera reunir en los puertos de Boulogne, Calais, Dunkerque y Ostende, o en las playas de la zona, suficientes barcazas o naves de transporte para lanzar una invasión con la fuerza que hubiera sido necesaria. Por lo mismo resulta dudoso también si se intentó seriamente o no lanzarla.

Las historias provenientes de Francia de que hacia mediados de septiembre se intentó de hecho una invasión en toda regla de Gran Bretaña, que habría sido rechazada por los británicos, parecen desprovistas de fundamento, a juzgar por lo que sabemos aquí. En primer lugar, los británicos, cuya moral no rayaba entonces a gran altura, de haber podido rechazar realmente un intento alemán de invasión de Inglaterra, ciertamente hubieran dado cuenta de ello. La publicación de la noticia no solo hubiera tenido un efecto galvanizador sobre la opinión pública británica y la del resto de Europa, sino que hubiera sido, además, inmensamente valiosa para concitar la ayuda de Estados Unidos. Me dicen que en agosto Washington había dado casi por perdida a Gran Bretaña y que estaba con el alma en vilo temiendo que la armada británica fuera a caer en manos de Hitler, lo que pondría en grave peligro la costa este de Estados Unidos. Además, los británicos no hubiesen tenido problemas para hacer saber al pueblo alemán, mediante emisiones en lengua alemana en onda corta u octavillas lanzadas desde el aire, que la gran apuesta de Hitler para conquistar Gran Bretaña

había fracasado. El efecto psicológico de aquellas o estas sobre Alemania hubiera sido abrumador.

Lo que probablemente sucedió, en la medida en que podemos saberlo desde aquí, es que a primeros de septiembre los alemanes acometieron un ensayo general de la invasión, poniendo en juego medios bastante considerables. Lanzaron al mar barcazas y naves de transporte, pero el tiempo se puso en su contra y cayeron sobre ellas aviones y fuerzas navales ligeras británicas, que incendiaron algunas barcazas y causaron un importante número de bajas. El inusual tráfico de trenes hospital repletos de hombres aquejados de quemaduras corroboraría esta versión, por más que no tengamos información concreta para ir más allá.

Quizá los británicos hayan divulgado ya información que haga superflua esta explicación de por qué nunca se llevó a cabo la tentativa de invasión. Digo todo esto como un resumen de la información con que contamos en Berlín, que es bastante escasa. Los únicos casos en que los alemanes facilitan información son cuando están ganando, o han vencido ya. Llevan ya casi un año, por ejemplo, sin mencionar sus pérdidas en la guerra submarina.

BERLÍN, *5 de noviembre*

Si todo va bien, de aquí a un mes partiré para Nueva York, en un vuelo de Lufthansa a Lisboa y desde allí en el Clipper. La simple perspectiva de marcharse le quita a uno un peso tremendo del corazón y del espíritu. Me siento entusiasmado. Serán mis primeras Navidades en casa en dieciséis años, pues todas mis demás visitas fueron en verano o en otoño. Esta noche fui a un concierto de la Filarmónica. Un concierto de Bach para tres pianos

y orquesta dirigido por Furtwängler, con Wilhelm Kemp y otros intérpretes notables al piano como solistas. Estuvo realmente bien. Al volver al hotel, me puse a tocar mi acordeón —¡ un sacrilegio después de haber escuchado a la Filarmónica y la música de Bach!—, pero el tipo gruñón que ocupa la habitación contigua a la mía no apreció mis esfuerzos y se puso a golpear la pared hasta que me trasladé con el acordeón al interior del cuarto de baño. Probablemente sea uno de esos industriales de Renania que vienen aquí en busca de algo de sueño, puesto que en el oeste de Alemania se ven visitados por la RAF casi todas las noches. El hotel está lleno de ellos y son todos muy tiquismiquis.

BERLÍN, *6 de noviembre*

¡Roosevelt ha sido reelegido para un tercer mandato! Es un sonoro bofetón para Hitler, Ribbentrop y todo el régimen nazi. Porque, a pesar de que Willkie casi superó al presidente en sus promesas de trabajar por la victoria de Gran Bretaña, los nazis deseaban ardientemente que ganara el candidato republicano. Los peces gordos nazis no hacían ningún secreto de esto en privado, aunque Goebbels obligó a la prensa a ignorar esta preferencia para no dar a los demócratas la ventaja de decir que los nazis apoyaban a Willkie.

La semana pasada me telefonearon al menos tres funcionarios de la Wilhelmstrasse para preguntarme, muy excitados, si se podía dar crédito a la encuesta de Gallup. Me dijeron que acababan de recibir un cablegrama de Washington en el que se decía que la citada encuesta atribuía a Willkie un 50 por ciento de probabilidades de vencer en las elecciones. Esta noticia los hacía sumamente felices.

Puesto que Hitler sabe que Roosevelt es uno de los pocos líderes auténticos que las democracias han dado desde la guerra (¡fíjense, si no, en Francia, o en la propia Gran Bretaña hasta que llegó al poder Churchill!), y porque es consciente de la firmeza que es capaz de mostrar, el Führer ha sentido siempre un sano respeto por él, e incluso cierto temor. (Es la misma cualidad que admira también en Stalin.) Parte del éxito de Hitler se ha debido a la suerte de que al frente de los destinos de las democracias estuvieran individuos mediocres como Daladier y Chamberlain. Me dicen que, desde que Hitler abandonó la idea de invadir Gran Bretaña este otoño, cada vez considera más a Roosevelt el enemigo más fuerte que se le opone en su camino hacia el poder mundial e incluso hacia su victoria en Europa. Y no me cabe duda de que él y sus secuaces han puesto grandes esperanzas en la derrota del presidente. Porque, aunque Willkie haya demostrado ser, finalmente, un enemigo declarado de Berlín, los nazis imaginan que, en el caso de resultar elegido, se produciría en Washington un compás de espera de un par de meses durante los cuales no se haría nada para ayudar a los aliados. Calculaban que seguirían más meses de indecisión antes de que Willkie, inexperto en política y asuntos exteriores, pudiera marcarles el ritmo. Todo esto redundaría en beneficio de la Alemania nazi.

Pero ahora los nazis se ven frente a otro cuatrienio de Roosevelt, haciendo frente al hombre de quien Hitler ha dicho ante muchos que es más responsable de mantener la resistencia de los británicos que cualquier otro factor en esta guerra, exceptuado Winston Churchill. No es extraño que anoche hubiera caras largas en la Wilhelmstrasse cuando se supo con certeza que Roosevelt había vencido.

BERLÍN, *8 de noviembre*

Nos llega la noticia de que esta noche los británicos están castigando duramente Munich. Es el aniversario del *Putsch* de la cervecería y, por tanto, una fecha muy oportuna para bombardear. El citado *Putsch* se tramó la noche del 8 de noviembre de 1923 en el Bürgerbräukeller de Munich, y todas sus conmemoraciones anuales han venido celebrándose allí. El año pasado estalló una bomba en el local pocos minutos después de que Hitler y todos los líderes nazis lo hubieran abandonado, aunque causó la muerte de varios asistentes de poca monta. Hoy Hitler no ha querido correr el riesgo de que Himmler colocara otra bomba contra él, y pronunció su discurso en otra cervecería, la de Löwenbräu. Como en todos sus discursos desde que los británicos iniciaron sus bombardeos, empezó a hablar antes de anochecer, de manera que la reunión ya había acabado para cuando llegaron los bombarderos de la RAF. Su alocución de hoy planteó un problema para las emisoras norteamericanas. Ni la CBS ni la NBC permiten emitir grabaciones en sus redes. Cuando la Radiodifusión Alemana me telefoneó a primera hora de la tarde para ofrecerme radiar a la CBS el discurso de Hitler, me extrañó un poco la hora fijada para la emisión: las ocho de la tarde. No pensaba que el Führer se atreviera a hablar a una hora tan avanzada pues, teóricamente, ahora que se han alargado tanto las noches, los británicos podrían estar sobrevolando Munich a las nueve o así. Por eso pregunté si lo que nos estaban ofreciendo era simplemente una grabación. Un alto funcionario de la RRG no quiso aclarármelo. Me dijo que se trataba de un secreto militar. «Tampoco —añadió— podrá usted cablegrafiar a su oficina para decirles que duda de si se trata de una grabación o no. Si les cablegrafía, debe decirles meramente que estamos en condiciones de ofrecerles una emisión de Hitler para Estados Unidos.»

Yo tengo medios para ponerme rápidamente en contacto con Paul White

en Nueva York sin emplear el servicio comercial de la radio alemana, que somete primero mis mensajes a la censura. En realidad, esta noche no tuve necesidad de hacerlo. Antes de que hubiera podido ponerme en contacto con Nueva York, me llegó una nota diciéndome que esa noche no se retransmitiría ningún discurso de Hitler y que este se emitiría mañana. El bombardeo británico ha detenido la emisión. Horas después me enteré de que los alemanes sabían desde el primer momento que me estaban ofreciendo emitir a las ocho una grabación del discurso, puesto que este había sido pronunciado a las cinco de la tarde. Debo comentar todo esto con Nueva York.

Me divierte decir que, de un tiempo a esta parte, veo en los escritorios de los funcionarios alemanes con los que tengo tratos copias de los cablegramas que he recibido de mi oficina de Nueva York o que yo les he enviado. Por supuesto que era consciente ya, desde hace tiempo, de que leían todos mis mensajes salientes y entrantes, y no veía ningún objeto en divertirme enviando mensajes absurdos a Nueva York para denunciar por el nombre a esos funcionarios o inventar algo que pudiera intrigarlos. Por suerte, Paul White tiene sentido del humor y ha enviado respuestas adecuadas.

BERLÍN, *9 de noviembre*

Recojo unos pocos chistes que los alemanes andan contando estos días:

El jefe del Servicio de Protección contra Incursiones Aéreas en Berlín aconsejó recientemente a la población que se acostara temprano e intentara ganar dos o tres horas de sueño antes de que empezaran los bombardeos. Algunos siguen su consejo; la mayoría, no. Los berlineses dicen que

quienes han hecho caso del consejo llegan al refugio después de haber sonado la alarma y saludan a sus vecinos con un «¡Buenos días!». Esto significa que han dormido. Otros llegan y dicen: «¡Buenas noches!». Esto significa que no han dormido aún. Unos pocos llegan y dicen: «Heil Hitler!». Eso quiere decir que siempre han vivido dormidos.

Otro: se estrella un avión en el que viajan Hitler, Göring y Goebbels. Perecen los tres. ¿Quién se ha salvado? Respuesta: el pueblo alemán.

Un hombre de Colonia me cuenta la que dice ser una historia auténtica. Según él, se ven tantos uniformes diferentes en las calles que ahora uno no puede identificar a qué organización corresponden. Resulta así que un oficial de vuelo británico que había tenido que lanzarse en paracaídas cerca de Colonia entró en la ciudad un domingo por la tarde para entregarse. Esperaba que la policía o algunos de los soldados que pasaban por la calle lo arrestarían de inmediato. Pero, en lugar de eso, saludaban dando un taconazo. Llevaba consigo un billete de diez marcos, como, según me cuentan mis amigos, llevan en la cartera todos los pilotos británicos que han de sobrevolar Alemania, y decidió tentar la suerte yendo al cine. Pidió una butaca de dos marcos y la taquillera le devolvió nueve, explicándole amablemente que los hombres de uniforme tenían un 50 por ciento de descuento. Finalmente, acabada la película, salió a las calles de Colonia y estuvo recorriéndolas hasta la medianoche en busca de una comisaría de policía donde poder entregarse. Contó allí lo difícil que era para un aviador británico de uniforme conseguir que lo arrestaran en el corazón de una ciudad alemana. Los policías no le dieron crédito, pero hicieron venir a la taquillera del cine por pura curiosidad.

—¿Vendió usted a este hombre una entrada para la sesión de esta noche? —le preguntaron.

—Claro que sí —respondió ella—. A mitad de precio, como a todos los

hombres de uniforme. —Y después, orgullosamente, fijándose en las iniciales RAF que el piloto lucía en su uniforme—: No todos los días tiene una la suerte de conocer a un *Reichs Arbeits Führer.* Sé muy bien lo que significan esas siglas, RAF.

Molotov viene de visita a Berlín. Desde hace más de un año —ya desde cuando Ribbentrop voló a Moscú en agosto de 1939 y firmó el pacto que asoció a los dos enemigos irreconciliables de este planeta— hemos estado oyendo rumores de que el número dos bolchevique devolvería la visita. Me consta que en una ocasión durante el verano se desempolvaron y reunieron en la Cancillería un montón de viejas banderas rojas soviéticas para una visita de Molotov, que se frustró por un pequeño detalle: Moscú insistió en enviar un regimiento de hombres de la GPU de paisano, y Himmler solo aceptó el envío de una compañía. Después Hitler y Ribbentrop ejercieron toda la presión que pudieron para forzar a Stalin a enviar aquí a Molotov inmediatamente antes de que se celebraran las elecciones norteamericanas. Por alguna razón pensaban que, si daban el adecuado bombo a esa visita, asustarían al pueblo estadounidense y eso redundaría en la derrota de Roosevelt. Por lo visto, Stalin se dio cuenta de la maniobra y declinó la invitación. Pero esta noche ya es oficial: Molotov va a venir la semana que viene. La coyuntura de la visita aún es oportuna. Ayudará a compensar la bofetada de la elección de Roosevelt, que, de alguna manera, el pueblo alemán intuye que no ha sido una buena noticia para Hitler, y también para subsanar la merma de prestigio del Eje provocada por el fracaso de los italianos a la hora de hacer progresos en Grecia.

BERLÍN, *11 de noviembre*

Hoy es el día del Armisticio, lo que, en cierto sentido, parece ahora una gran ironía. No se ha hecho ninguna mención de ello en la prensa alemana. En Bélgica y Francia, las autoridades militares alemanas han prohibido su celebración. Del discurso al respecto pronunciado por Roosevelt no se ha dado a conocer ni una sola palabra. Nosotros difundimos de costa a costa cualquier manifestación hecha por Hitler, pero al pueblo alemán no se le permite saber ni una palabra de lo que dice Roosevelt. Para mí que este es uno de los puntos débiles de la democracia, aunque algunas personas lo consideren una de sus virtudes.

Esta noche fui a ver bailar a Harald Kreutzberg. Ha envejecido un poco y ya no tiene la misma agilidad y gracia de antes, pero sigue siendo muy bueno. La sala estaba llena a rebosar.

BERLÍN, *12 de noviembre*

Ha llegado Molotov en un día oscuro y lluvioso, y su recibimiento ha sido sumamente rígido y protocolario. Mientras se dirigía por el Linden a la embajada soviética, me pareció un maestro de escuela regordete y provinciano. Pero algo debe de tener para haber sobrevivido en la sanguinaria competición para hacerse con el poder en el Kremlin. Los alemanes hablan mucho de permitir que Moscú cumpla aquel viejo sueño ruso de hacerse con el control del Bósforo y los Dardanelos, mientras ellos se quedan con el resto de los Balcanes, Rumanía, Yugoslavia y Bulgaria. Si los italianos pueden tomar Grecia, cosa que empieza a parecer dudosa, podrán quedarse con ella.

Cuando fui hoy a nuestra embajada en busca de un bote de café de las provisiones que guardo allí, no encontré la caja que contenía mis reservas para medio año. Había desaparecido sin más. Si no fuera a marcharme de aquí pronto, esto supondría un gran golpe. Desde que se ha hecho del todo imposible comprar café en Alemania, este producto ha adquirido una importancia extraordinaria en la vida de la gente. Lo mismo que el tabaco. En ocasiones la embajada se compadece de mí, pero la mayor parte de las veces fumo tabaco de pipa alemán, que últimamente produce un humo nauseabundo.

BERLÍN, *14 de noviembre*

Pensábamos que los británicos vendrían la pasada noche, mientras Ribbentrop y Göring estaban agasajando a Molotov con un banquete oficial. En la Wilhelmstrasse estaban muy nerviosos ante esa perspectiva, porque no les hacía ninguna gracia la idea de levantarse de la mesa para ir a pasar la velada en el sótano con sus honorables invitados rusos. Pero el caso es que los británicos han venido esta noche —poco antes de las nueve, más temprano que de costumbre—, mientras Molotov obsequiaba a los alemanes con una cena en la embajada soviética. Hemos sabido que Molotov declinó bajar al sótano y estuvo observando a oscuras los fuegos artificiales desde una ventana. Los británicos, por su parte, tuvieron buen cuidado de no lanzar ninguna bomba allí cerca.

Según la radio alemana y el *Zeitung* de Varsovia, el representante norteamericano del señor Hoover aquí ha enviado sus felicitaciones al doctor Frank, el pequeño y correoso gobernador nazi de Polonia, en el

aniversario de su nombramiento. ¡Le felicita por lo que ha hecho por los polacos!

Mi información es que no quedará ninguna raza polaca cuando el doctor Frank y sus esbirros nazis acaben con ellos. No pueden matarlos a todos, naturalmente, pero sí someterlos a esclavitud.

BERLÍN, *noviembre (sin fecha)*

Una agradable cena y velada en la casa de X en Dahlem. Se hallaban presentes dos destacados personajes alemanes, uno de ellos un alto funcionario nazi, y se pasaron la velada contando chistes sobre el régimen, especialmente de Goebbels, al que los dos daban la impresión de aborrecer. Hacia las diez de la noche llegaron los británicos y salimos todos al balcón para ver los fuegos artificiales, que fueron de consideración. Estábamos allí cuando de pronto oímos el familiar silbido de una bomba cuando cae cerca. Automáticamente, nos metimos todos corriendo por la puerta abierta de un dormitorio a oscuras, en cuyo suelo aterrizamos unos encima de otros. La bomba sacudió la casa, pero no nos cayeron restos encima. Es lamentable qué pocos aviones pueden dedicar los británicos a estos trabajos en Berlín. No eran más de una docena esta noche. Hasta ahora han causado relativamente muy pocos daños.

BERLÍN, *20 de noviembre*

Hoy ha sido *Busstag*, una festividad protestante en Alemania. Como me sentía deprimido, he asistido a un concierto a la luz de las velas en el

castillo de Charlottenburg y he escuchado interpretar con toda la dignidad que se merece un cuarteto para cuerda de Bach. Definitivamente saldré de aquí en avión para Lisboa el 5 de diciembre, si consigo tener a tiempo todos los papeles necesarios. Asuntos Exteriores, la policía, la policía secreta y otros tantos más deben aprobar mi visado de salida para que pueda irme. Y conseguir visados de España y de Portugal no está siendo una tarea sencilla. Harry Flannery ha llegado ya de St. Louis para relevarme.

BERLÍN, *23 de noviembre*

Esta noche, hacia las nueve menos cuarto, estaba en plena cena y manteniendo una agradable conversación de sobremesa en casa del diplomático G. cuando el mayordomo vino a decirme que me llamaban por teléfono. Era una de las chicas de la *Rundfunk*, para decirme que los bombarderos británicos se encontraban a unos diez minutos de distancia y que haría bien en darme prisa si quería emitir esta noche. Salí al punto en busca de mi coche. Un vigilante de incursión aérea, al que también le había llegado la noticia del inminente ataque, trató de impedir que condujera, pero logré esquivarlo. No estaba familiarizado con las calles oscurecidas de ese barrio y por dos veces estuve a punto de precipitarme a toda velocidad a las aguas del canal de Landwehr. Llegué al Knie, a unos tres kilómetros de la *Rundfunk*, cuando ya estaban sonando las sirenas. ¿Detenía el coche, obedeciendo la ley, apagaba las luces, aparcaba y me iba a un refugio, como la misma ley insistía en que hiciera? Eso significaba que no habría emisión. Para eso hubiera sido mejor haberme quedado en la cena y disfrutar, para variar, de una grata velada. Jamás había perdido una emisión a causa de las incursiones aéreas. Decidí, pues, desobedecer la ley. Dejé encendidas las

luces de posición y pisé a fondo el acelerador. Un policía tras otro aparecieron a lo largo de la Kaiserdamm agitando una pequeña lámpara roja. Yo los dejé atrás a ochenta por hora. Fue una estupidez hacer eso, porque en varias ocasiones rocé a otros coches parados en la oscuridad y con las luces apagadas, como la ley ordena. No podías verlos. Milagrosamente, no choqué con ninguno de ellos, aunque, a unas tres manzanas de la *Rundfunk*, pensé que ya había tenido demasiada suerte, paré el coche y salí corriendo hacia la radio antes de que la policía pudiera obligarme a entrar en un refugio público.

Oigo en los círculos del partido que Julius Streicher, el sádico zar de Franconia, perseguidor de judíos y célebre director del semanario antisemita *Stürmer*, ha sido arrestado por orden de Hitler. No se derramarán lágrimas por él ni dentro ni fuera del partido, porque lo aborrecía casi todo el mundo. Lo recordaré siempre pavoneándose por las calles de Nuremberg, donde actuaba como dueño absoluto, blandiendo la fusta de montar que siempre llevaba consigo. Dice la gente del partido que lo han arrestado a raíz de una investigación todavía pendiente, por determinados asuntos financieros. Si a Hitler le interesara mucho, podría hacer algunas investigaciones adicionales. Podría investigar el asuntillo de cómo ha sido que tantos líderes del partido hayan adquirido grandes fincas rurales y castillos.

BERLÍN, *25 de noviembre*

Por fin he podido llegar al fondo de estas «muertes por compasión».[33] Es una historia diabólica.

La Gestapo, con el conocimiento y la aprobación del gobierno alemán,

está provocando sistemáticamente la muerte de la población de deficientes mentales del Reich. Cuántos han sido ejecutados probablemente solo lo saben Himmler y un puñado de jerarcas nazis. Un alemán conservador y digno de confianza me dice que calcula que han sido unos cien mil. Para mí, esa cifra es demasiado elevada. Pero es cierto que se cuentan por miles y que el número aumenta a diario.

El origen de esta peculiar práctica nazi se remonta al pasado verano después de la caída de Francia, cuando algunos radicales nazis le expusieron la idea a Hitler. Al principio se propuso que el Führer publicara un decreto autorizando que se provocara la muerte de ciertas personas consideradas deficientes mentales. Pero se decidió que esto podía ser malinterpretado si se filtraba la noticia y resultar personalmente embarazoso para Hitler. Al final, Hitler escribió simplemente una carta a la administración de la policía secreta y a las autoridades sanitarias autorizando el *Gnadenstoss* («golpe de gracia») en ciertos casos en que se comprobaba que determinadas personas padecían enfermedades mentales o nerviosas de naturaleza incurable. Se afirma que Philipp Bouhler, secretario de Estado en la Cancillería, actuó como intermediario entre Hitler y los extremistas nazis a la hora de elaborar esta solución. En este punto entra en escena el caso Bethel, ya mencionado en estas notas. El doctor Friedrich von Bodelschwingh es un pastor protestante, muy querido por los católicos y los protestantes en el oeste de Alemania. En Bethel, como escribí anteriormente, se encuentra su asilo para niños con deficiencias mentales. Los alemanes me dicen que es una institución modélica en su género, conocida en todo el mundo civilizado. Parece ser que a finales del verano pasado se le pidió al pastor Von Bodelschwingh que entregara a las autoridades algunos de sus casos más desesperados. Por lo visto él se olió algo del destino que esperaba a esos enfermos y se negó a entregarlos. Las

autoridades insistieron. El pastor Von Bodelschwingh se apresuró a ir a Berlín para protestar. Allí se puso en contacto con un famoso cirujano berlinés, amigo personal de Hitler. El cirujano, negándose a dar crédito a semejante historia, se presentó al punto en la Cancillería. El Führer le dijo que no se podía hacer nada. Entonces los dos hombres fueron a ver a Franz Gürtner, el ministro de Justicia. A Gürtner, por lo visto, lo escandalizó más el hecho de que las muertes fueran llevadas a cabo sin la cobertura de una ley escrita que el que se ejecutaran. Sin embargo, accedió a presentar una queja ante Hitler por el asunto.

El pastor Von Bodelschwingh regresó a Bethel. Ya allí, el *Gauleiter* local le ordenó que entregara a algunos de sus internos. De nuevo se negó. Berlín ordenó su arresto, y esta vez fue el *Gauleiter* quien protestó; el pastor era un hombre sumamente popular en su provincia, y arrestarlo en mitad de la guerra originaría una infinidad de problemas innecesarios. Declinó, pues, ejecutar la orden de arresto. Que la Gestapo asumiera la responsabilidad; él no lo haría. Esto ocurrió inmediatamente antes de la noche del 18 de septiembre. Y a ello siguió el bombardeo del asilo de Bethel. Ahora entiendo por qué algunas personas se preguntaron quién había arrojado las bombas.

Últimamente algunos de mis informadores en provincias han llamado mi atención sobre ciertas esquelas peculiares publicadas en los periódicos provinciales. (En Alemania existe la costumbre, muy extendida entre todas las clases sociales, de insertar en los periódicos, cuando se produce una muerte, un pequeño anuncio de pago que indica la fecha y la causa del óbito, la edad del fallecido y la hora y lugar del entierro.) Pero estas esquelas tienen en común un timbre extraño, y el lugar de la muerte que se señala en ellas corresponde a uno de tres sitios: 1) Grafeneck, un castillo solitario situado cerca de Münzingen, a noventa kilómetros al sudeste de

Stuttgart; 2) Hartheim, cerca de Linz, sobre el Danubio, y 3) el Instituto Público Sonnenstein de Medicina y Enfermería, situado en Pirna, junto a Dresde.

Pues bien: estos tres lugares son, precisamente, los que los alemanes me citan como los principales centros donde se practican las «muertes por compasión».

Me informan también de que los familiares de las infortunadas víctimas, cuando logran que se les faciliten las cenizas —jamás les entregan los cuerpos—, reciben una severa advertencia de la policía secreta para que no pidan explicaciones y «no difundan falsos rumores». Estas esquelas de provincias tienen, en consecuencia, un significado mucho mayor que el que pudiera tener en otro caso. Reproduciré aquí algunas muy típicas, cambiando los nombres, las fechas y los lugares por razones obvias.

Leipziger Neueste Nachrichten, 26 de octubre: «JOHANN DIETTRICH, SOLDADO EN EL FRENTE 1914-1918, POSEEDOR DE VARIAS CONDECORACIONES DE GUERRA, NACIDO EL 1 DE JUNIO DE 1881, FALLECIDO EL 23 DE SEPTIEMBRE DE 1940. TRAS SEMANAS DE INCERTIDUMBRE, RECIBÍ LA INCREÍBLE NOTICIA DE SU REPENTINA MUERTE Y CREMACIÓN EN GRAFENECK (WÜRTTEMBERG)».

Del mismo periódico, en octubre: «TRAS SEMANAS DE INCERTIDUMBRE, EL ENTIERRO DE MI QUERIDO HIJO HANS, QUE MURIÓ REPENTINAMENTE EL 17 DE SEPTIEMBRE EN PIRNA, TENDRÁ LUGAR EL 10 DE OCTUBRE».

Otra: «HEMOS RECIBIDO LA INCREÍBLE NOTICIA DE QUE MI QUERIDÍSIMO HIJO, EL INGENIERO RUDOLF MÜLLER, MURIÓ SÚBITA E INESPERADAMENTE EN UN LUGAR PRÓXIMO A LINZ, EN EL DANUBIO. LA CREMACIÓN TUVO LUGAR ALLÍ».

Otra más: «DESPUÉS DE HABER TENIDO LUGAR LA CREMACIÓN, HEMOS RECIBIDO DE GRAFENECK LA TRISTE NOTICIA DE LA SÚBITA MUERTE DE NUESTRO QUERIDO HIJO Y HERMANO OSKAR RIED. EL ENTIERRO DE LA URNA CON SUS

CENIZAS TENDRÁ LUGAR EN PRIVADO EN EL CEMENTERIO DE X EN CUANTO LA RECIBAMOS».

Y, por último: «DESPUÉS DE SEMANAS DE ANSIEDAD E INCERTIDUMBRE, HEMOS RECIBIDO, EL 18 DE SEPTIEMBRE, LA SORPRENDENTE NUEVA DE QUE NUESTRA QUERIDA MARIANNE FALLECIÓ VÍCTIMA DE LA GRIPE EL 15 DE SEPTIEMBRE EN PIRNA. LA CREMACIÓN SE EFECTUÓ ALLÍ. AHORA QUE HEMOS RECIBIDO LA URNA, TENDRÁ LUGAR EN PRIVADO SU ENTIERRO EN EL TERRENO FAMILIAR».

Esta última esquela está firmada el 5 de octubre, lo que indica que las autoridades tardaron tres semanas en entregar las cenizas. Me han informado de que en los periódicos de Leipzig se han publicado veinticuatro esquelas de este tipo en la primera quincena del último mes.

Me llama la atención en la segunda de estas últimas esquelas la frase: «Después de haber tenido lugar la cremación ... hemos recibido la triste noticia de la súbita muerte ...». Y me sorprende asimismo la expresión empleada en las dos primeras: «Tras semanas de incertidumbre» se produjo la «repentina muerte», tanto como el empleo de calificativos como «increíble noticia» o «sorprendente nueva».

No es extraño que estas frases suenen muy sospechosas para los alemanes acostumbrados a leer entre líneas sus fuertemente censurados periódicos. ¿Es natural una muerte que se produce «tras semanas de incertidumbre»? ¿Y por qué se produce antes la cremación de los cuerpos y posteriormente se comunica la defunción a los familiares? ¿Por qué, en todo caso, se procede a la cremación? ¿Por qué no son enviados los cuerpos a los hogares, como se hace habitualmente?

Hace pocos días tuve ocasión de ver la carta impresa que reciben las familias de las víctimas. Dice así:

«Lamentamos comunicarle que su ————————, que recientemente fue transferido a nuestra institución por orden ministerial, falleció inesperadamente el ———— de ————. Todos nuestros esfuerzos médicos por impedirlo resultaron por desgracia inútiles.

»A la vista de su grave e incurable dolencia, su muerte, que le ha librado de un internamiento de por vida en una institución asistencial, debe ser considerada una liberación.

»Dado el peligro de contagio existente aquí, nos vemos obligados por orden de la policía a proceder de inmediato a la cremación del cadáver».

Hasta para el más crédulo de los alemanes, esta difícilmente puede ser vista como una carta tranquilizadora, por lo que algunos de ellos, después de recibirla, han viajado al solitario castillo de Grafeneck, según parece, para hacer unas cuantas indagaciones. Allí han encontrado el lugar vigilado por hombres con el uniforme negro de las SS, que les han prohibido la entrada. Señales recién pintadas en todas las carreteras y caminos que conducen a la desolada finca anunciaban: «Seuchengefahr!» («¡No pasar! ¡Peligro de epidemia!»). Campesinos espantados que viven allí cerca me han contado cómo de pronto los hombres de las SS ocuparon el lugar y acordonaron la finca. Afirman haber oído camiones en los terrenos del castillo, pero solo de noche. Me aseguraron que Grafeneck jamás había sido empleado antes como hospital.

Me dicen que otros familiares han solicitado detalles en las instalaciones de Hartheim, cerca de Linz. Les han dicho que desistieran y que, si hablaban, se enfrentarían a duros castigos. Obviamente, algunos de ellos han tenido suficiente valor para publicar estas esquelas, esperando sin duda atraer la atención del público hacia este criminal asunto. Oigo que la Gestapo ha prohibido ahora que se incluyan en los periódicos, de la misma

manera que Hitler, después de las fuertes pérdidas navales en Noruega, prohibió que los familiares publicaran esquelas de los marineros ahogados.

Un alemán, X, me dijo ayer que los parientes se apresuran ahora a sacar a sus familiares de los hospitales privados y de las garras de las autoridades. Afirma que lo que está haciendo la Gestapo es dar muerte a personas que padecen solo dolencias temporales e incluso meras crisis nerviosas.

Lo que aún no veo claro es el motivo de estos asesinatos. Los propios alemanes me sugieren tres:

1. Que lo hacen para ahorrar alimentos.
2. Que tienen por objeto experimentar con nuevos gases letales y rayos de la muerte.
3. Que son, meramente, el resultado de las ideas extremistas nazis, y de su decisión de poner en práctica sus ideas eugenésicas y sociales.

El primer motivo es, obviamente, absurdo, puesto que la muerte de cien mil personas no ahorrará una cantidad significativa de alimentos para una nación que cuenta con ochenta millones de habitantes. Aparte de que hoy por hoy no se da en Alemania una escasez aguda de víveres. El segundo motivo es posible, aunque dudo que sea cierto. Se han empleado gases letales para quitar de en medio a estos infortunados, pero, en cualquier caso, la experimentación fue solo incidental. Muchos alemanes con los que he hablado piensan que tal vez se haya utilizado algún nuevo gas que desfigura el cuerpo, y que esta es la razón de que se haya procedido a la cremación de las víctimas. Pero no he podido obtener ninguna prueba de ello.

Para mí, el más probable es el tercer motivo. Durante años, un grupo de sociólogos nazis radicales, que han tenido un papel decisivo a la hora de sacar adelante las leyes del Reich sobre esterilización, han venido

impulsando una política nacional encaminada a eliminar a los deficientes mentales. Dicen tener discípulos entre muchos sociólogos de otros países, y tal vez los tengan. El segundo párrafo de la mencionada carta enviada a los familiares lleva claramente la impronta de este pensamiento sociológico: «A la vista de su grave e incurable dolencia, su muerte, que lo ha librado de un internamiento de por vida en una institución asistencial, debe ser considerada una liberación».

Algunos sugieren un cuarto motivo. Dicen que los nazis calculan que, por cada tres o cuatro casos acogidos en instituciones, tiene que haber un alemán sano que cuide de ellos. Esto implica privar a varios miles de buenos alemanes de un empleo más provechoso. Si los deficientes son eliminados, argumentan, habrá más espacio para los heridos de guerra en el caso de que esta se prolongue y se produzcan más bajas.

Es, en definitiva, un asunto nazi muy turbio.[34]

BERLÍN, *27 de noviembre*

Aunque acaba de llegar, Flannery tiene que marcharse a París. Los nazis nos piden que guardemos silencio acerca de una gran historia que estallará la semana que viene. En la radio tenemos que estar disponibles, en la medida de lo posible, para hacer los arreglos técnicos necesarios. Pero yo, en cualquier caso, dejaré esta ciudad el 5 de diciembre. Se habla mucho de crecientes acciones de sabotaje en Holanda. Los alemanes están furiosos por el número de sus hombres, tanto del ejército como de la policía, que son empujados a los numerosos canales holandeses en estas noches oscuras y aparecen ahogados. X me cuenta una anécdota divertida. Me dice que los servicios de inteligencia británicos en Holanda están trabajando muy bien.

Los dos bandos en guerra han creado numerosos aeródromos de pega que llenan con aviones de madera. X me dice que recientemente los alemanes completaron uno, muy grande, en las proximidades de Amsterdam. Colocaron en él más de un centenar de falsos aviones de madera y aguardaron a que vinieran los británicos a bombardearlos. A la mañana siguiente los británicos acudieron. Dejaron caer sobre el cebo numerosas bombas. Pero las bombas eran de madera.

BERLÍN, *1 de diciembre*

Dado que hoy es domingo y no tengo ninguna emisión al mediodía, voy a escribir unas cuantas cosas como resumen antes de marcharme de aquí.

Un año y medio de bloqueo ha puesto en dificultades a Alemania, pero no ha llevado al pueblo alemán al borde del hambre ni ha dañado seriamente la maquinaria de guerra nazi. Las personas de este país aún comen bastante bien. Su dieta no incluye exquisiteces y los norteamericanos difícilmente podrían subsistir a un régimen así, pero los alemanes, cuyos cuerpos se acostumbraron durante todo el siglo pasado a grandes cantidades de patatas, coles y pan, aún se mantienen bastante bien... a base de patatas, coles y pan. Lo que les falta es suficiente carne, grasas, mantequilla y fruta. La actual ración de 450 gramos de carne y 110 gramos de mantequilla o margarina a la semana no es tan abundante como la que solían tener en tiempos de paz, pero probablemente los mantendrá debidamente alimentados durante algún tiempo. En cambio, es aguda la escasez de fruta rica en vitaminas. Las intensas heladas del pasado invierno arruinaron la cosecha de fruta alemana. En este momento las manzanas son la única fruta que hay en el mercado y las están reservando para los jóvenes, los enfermos

y las mujeres embarazadas. El pasado invierno no vimos ni una naranja ni un plátano, ni han reaparecido este invierno. Mientras tanto, se elaboran comprimidos de vitaminas de baja calidad, aunque racionados también para los soldados y los niños. Es verdad que el pueblo alemán carece ahora de café, té, chocolate y fruta. Reciben todos un huevo por semana y una ración demasiado pequeña de carne y grasas. Pero tienen de casi todo lo demás y no se morirán de hambre en un futuro previsible.

Si esta guerra va a prolongarse, el problema de la ropa será grave. Alemania debe importar todo el algodón y casi toda la lana que necesita, y el actual sistema de racionamiento de prendas de vestir se basa en la teoría de que, en el conjunto, todos los alemanes han de vivir con lo que ahora llevan encima y lo que guardan en sus armarios hasta que finalice la guerra y se levante el bloqueo. La escasez de productos textiles no la nota solo la población civil, sino que afecta también al ejército, que difícilmente va a poder encontrar este invierno capotes suficientes para todos sus soldados. Hitler ya ha tenido que vestir a los hombres de sus Brigadas de Trabajo con uniformes checos robados. La llamada Organisation Todt (por el nombre de su creador, el ingeniero Fritz Todt), que incluye a varios cientos de miles de hombres dedicados a tareas que habitualmente realizan los batallones de trabajo de nuestros ejércitos, carece de uniformes para sus integrantes. Cuando los vi en el frente el pasado verano, vestían viejas ropas civiles en muy mal estado. Los alemanes están luchando desesperadamente para remediar su escasez de materias primas mediante la fabricación de textiles *ersatz* («artificiales»), especialmente fabricados a base de celulosa. Pero, con todo, no creo que puedan vestir a casi ochenta millones de personas con productos derivados de la madera.

En cuanto a las materias primas necesarias para la prosecución de la guerra, la situación es como sigue: Alemania tiene hierro en abundancia. Y

de Yugoslavia y Francia obtiene suficiente bauxita para procurarse todo el aluminio que necesita su cuantiosa producción aeronáutica. Hay una importante escasez de cobre y de estaño, pero probablemente obtendrá una cantidad suficiente de los Balcanes y de Rusia para no pasar graves apuros por eso.

En cuanto al petróleo, el general Schell, zar del negocio petrolero, dice que no es motivo de preocupación. Bien es verdad que, si lo fuera, nunca lo admitiría. Pero hay ciertos factores que cabe considerar:

1. La fuerza aérea alemana no depende en absoluto de reservas de petróleo importadas. Todos los motores de avión alemanes están diseñados y fabricados para funcionar con la gasolina que Alemania manufactura a base de su propio carbón. Su producción actual de esta —unos cuatro millones de toneladas anuales— es más que suficiente para las necesidades de la Luftwaffe. Los británicos podrían poner en peligro este abastecimiento bombardeando las refinerías donde el carbón obtenido del petróleo es transformado en gasolina. Es lo que intentan hacer. Ya han dañado las grandes instalaciones de Leuna, cerca de Leipzig, y otra refinería en Stettin. Pero sus ataques han sido demasiado leves para inutilizar las refinerías o incluso para disminuir seriamente su producción.
2. Alemania está obteniendo ahora prácticamente toda la producción de los campos petrolíferos de Rumanía y, sobre el papel al menos, recibe de Rusia un millón de toneladas anuales, aunque dudo mucho de que los soviéticos hayan entregado en realidad una cantidad semejante desde que se inició la guerra.
3. Cuando empezó la guerra, Alemania tenía a mano grandes reservas

de petróleo, y le cayeron como llovidas del cielo las de Noruega, Holanda y Bélgica.

4. El consumo civil de petróleo ha quedado prácticamente reducido a cero. No hay coches privados y, en la práctica, tampoco se permite el tráfico de camiones de reparto. Asimismo, se ha prohibido todo consumo de petróleo para calefacción.

La conclusión que yo saco de todo esto es que Alemania tiene probablemente suficiente petróleo, o podrá conseguir el que precisa, para satisfacer todos sus requisitos militares durante dos años más como mínimo.

En cuanto a los ataques británicos contra Alemania, hasta ahora su valor ha sido principalmente psicológico, llevando la guerra a los hogares de una cansada población civil, crispando aún más sus ya irritados nervios y robándole horas de sueño. El daño físico real causado por las bombas al cabo de seis meses de ataques nocturnos no ha sido, en resumidas cuentas, muy grande. Bien es verdad que desconocemos su alcance exacto. Probablemente solo lo sepan Hitler, Göring y el Alto Mando, que no nos lo dicen. Pero pienso que podemos formarnos una idea bastante aproximada. En general, los daños se han dado en el Ruhr, donde se concentra la industria pesada alemana. Si esta región hubiera sido realmente devastada por los ataques aéreos, Alemania no podría continuar la guerra. Pero hasta ahora solo ha recibido alfilerazos. Me temo que, en realidad, los ataques de la RAF no han conseguido aún reducir significativamente la producción bélica de Alemania. Es probable que el resultado más importante logrado en el Ruhr no haya sido la destrucción física de instalaciones o transportes, sino de otra índole. Dos cosas en realidad: la primera, que los trabajadores hayan perdido millones de horas de producción al verse forzados a pasar en

refugios parte de la noche. Y la segunda: que la eficiencia de los trabajadores se haya visto reducida por la falta de sueño.

Después del Ruhr, los puertos alemanes de Hamburgo y Bremen y las bases navales de Wilhelmshaven y Kiel han recibido los bombardeos más intensos. Pero todavía no han sido inutilizados. Sin duda los bombardeos británicos más salvajes se han reservado para los puertos del Canal ocupados por los alemanes. Hasta ellos la RAF ha de realizar un trayecto más corto y puede transportar mayor cantidad de bombas y más potentes. Queda ya poco de los muelles de Ostende, Dunkerque, Calais y Boulogne.

La propia Berlín ha sufrido comparativamente pocos daños a consecuencia de los ataques nocturnos. Supongo que un forastero que llegara aquí por primera vez podría pasear durante horas por los sectores de negocios y residenciales de la ciudad sin ver ni un solo edificio dañado. Probablemente no sean más de quinientos los alcanzados por alguna bomba, y, puesto que los británicos emplean bombas pequeñas, en su mayoría han sido reparados y vueltos a ocupar al cabo de un mes. Casi todos los ataques británicos han tenido como objetivo las fábricas de los aledaños de la ciudad. Ni que decir tiene que bastantes han recibido impactos, pero, a excepción de dos o tres pequeñas instalaciones, hasta donde podemos saber, ninguna de ellas ha quedado paralizada. La gran factoría Siemens de maquinaria eléctrica, ubicada en la periferia de Berlín hacia el noroeste, ha sido alcanzada con el resultado de inutilizar un taller de maquinaria aquí, o destruir allá una nave de almacenamiento. Pero me parece sumamente dudoso que su producción diaria de armamento haya disminuido más de un 5 por ciento algún día. Cuando pasé recientemente en coche por allí, se oía el zumbido de sus grandes máquinas y no se apreciaba ningún daño desde el exterior.

Por alguna razón que desconozco, los británicos han reducido

notablemente sus ataques aéreos sobre Berlín en las últimas seis semanas. Esto es un gran error, puesto que, cuando venían casi todas las noches, la moral de este centro neurálgico que mantiene unida a Alemania disminuía sensiblemente. Tengo el convencimiento de que los alemanes no soportarían la clase de bombardeos con que la Luftwaffe está machacando Londres. Reconozco que los británicos no están aún en condiciones de castigar así a los berlineses; pero ciertamente podrían enviar un puñado de aviones cinco o seis noches por semana, para obligarlos a bajar a los refugios. El efecto de esto sería muy grande en su moral.

¿Por qué la RAF no ha provocado más daños a Alemania? Pues, sencillamente, porque los británicos han atacado con un número demasiado reducido de aviones y porque su cargamento de bombas ha sido demasiado pequeño. Los agregados de las fuerzas aéreas de países neutrales difieren en sus estimaciones acerca del número de aviones británicos empleados en los bombardeos de Berlín, pero el cálculo más extendido habla de un máximo de treinta aviones en una misma noche, con un promedio de alrededor de quince. El número total de aviones británicos que sobrevuelan Alemania cualquier noche con buena visibilidad varía entre sesenta y ochenta.

La carga explosiva de las bombas británicas es demasiado liviana porque los aviones de la RAF han de recorrer una distancia que exige que la mayor parte de su cargamento se componga de gasolina y aceite. Para una incursión sobre Berlín, deben efectuar un viaje que, entre la ida y el regreso, suma casi mil ochocientos kilómetros. Las llamadas «fortalezas volantes» de construcción norteamericana podrían llevar a Berlín bombas de gran potencia destructiva y regresar indemnes a Inglaterra. Pero hasta ahora no hemos oído ni visto ninguna. El hecho es que los aviadores británicos, que ciertamente son los hombres más valientes del mundo, tienen un escasísimo margen de tiempo para localizar sus objetivos en Berlín; probablemente no

más de quince minutos. Personas de la Luftwaffe me dicen que algunos de sus aviones no regresan nunca, sino que se ven forzados a precipitarse en el mar del Norte por falta de combustible.

¿Cuántos aviones tiene Alemania? No lo sé. Dudo que haya veinte personas en el mundo que lo sepan. Pero sí tengo alguna idea de la producción alemana de aviones. En el momento actual, oscila entre mil quinientos y mil seiscientos aparatos al mes. La máxima capacidad de producción que tiene Alemania es de tres mil aviones al mes. Es decir, que Göring podría forzar la producción hasta esa cifra si tuviera todos los materiales que necesita y ordenara que todas las factorías disponibles trabajaran a pleno rendimiento veinticuatro horas diarias durante los siete días de la semana. Añadiré de paso que, desde que comenzó la guerra, Alemania no ha sumado a la industria aeronáutica ni un metro cuadrado de instalación industrial. En este momento, Göring, Milch y Udet buscan desesperadamente un nuevo tipo de caza, algo que sea claramente superior a los nuevos Spitfires y los Airacobras que Gran Bretaña está encargando a Estados Unidos.

Al cabo de año y medio de guerra total, la moral de Alemania sigue siendo buena. Admitamos este hecho. No existe entusiasmo popular por la guerra. Jamás lo ha habido. Y tras ocho años de privaciones debidas a los preparativos nazis para el conflicto, la población está fatigada y aburrida. Ansía la paz. Está decepcionada, deprimida, desilusionada por que la paz no haya llegado este otoño, tal como se le prometió. Con todo, mientras la guerra entra en su segundo, largo y oscuro invierno, la moral colectiva es muy alta. ¿Cómo se explica esta contradicción? Recuerden tres cosas:

La primera, que se ha hecho realidad la larguísima añoranza de los

alemanes por la unificación política, que han sentido durante mil años. Hitler la consiguió allí donde fracasaron en el pasado todos los demás: los Habsburgo, los Hohenzollern, Bismarck... Pocas personas fuera de este país se dan cuenta de cómo ha trabado esta unificación a la nación alemana, dando al pueblo confianza en sí mismo y un sentido de misión histórica, haciendo, además, que la gente olvidara su disgusto personal por el régimen nazi, sus líderes y las barbaridades que han hecho. Todo ello, junto con el renacimiento del ejército y las fuerzas aéreas, y la reorganización totalitaria de la industria, el comercio y la agricultura en una escala jamás alcanzada en el mundo, hace que el alemán se sienta fuerte. Para la mayoría de los alemanes esto es ya un fin en sí mismo, porque, en su concepción de la vida, ser fuerte lo es todo. Emerge con esto el primitivo instinto tribal de los primeros germanos que habitaban los extensos bosques del norte, paganos aún, para quienes la fuerza bruta no era solo el medio, sino también el fin de la vida. Es este primitivo instinto racial de «la sangre y la tierra» lo que los nazis han reavivado en el alma alemana con mayor éxito que cualquiera de sus modernos predecesores y lo que ha venido a probar que la influencia del cristianismo y la civilización occidental en la vida y la cultura alemanas era solo un barniz superficial.

En segundo lugar, la moral es buena porque el pueblo alemán siente que este verano ha vengado la terrible derrota de 1918 y ha obtenido una serie de victorias militares que le han asegurado un lugar en el sol: el dominio actual en Europa y tal vez, mañana, en el mundo. Y el carácter alemán es tal que para él no caben más que dos opciones: o dominar o ser dominado. No comprende ninguna otra clase de relación entre los seres humanos en la Tierra. La «dorada medianía» de los griegos que el mundo occidental ha alcanzado en cierta medida es un concepto que escapa a su comprensión. Más aún, la gran masa de trabajadores, campesinos y pequeños tenderos son

conscientes —al igual que lo son asimismo los grandes industriales— de que, si Hitler triunfa con su «nuevo orden», como confían ahora en que hará, eso supondrá para ellos una parte mayor de la leche y la miel de este mundo. Que deba obtenerse, necesariamente, a expensas de otros pueblos —checos, polacos, escandinavos, franceses, etcétera— no preocupa lo más mínimo al alemán. En este aspecto carece por completo de escrúpulos morales.

La tercera cosa que hay que recordar es que el principal resorte que impulsa al pueblo alemán a dar pleno apoyo a una guerra por la que no siente ningún entusiasmo y que desearía ver acabada mañana si pudiera, es su creciente temor a las consecuencias de una derrota. Lenta, pero certeramente, está empezando a darse cuenta de la terrible magnitud de las semillas de ira que sus soldados de altas botas y los hombres de la Gestapo han venido sembrando en Europa desde la conquista de Austria. Comienzan a ver que una victoria con el régimen nazi, por mucho que pueda disgustarlos, es mejor que otra derrota de Alemania, que esta vez, si llegara a producirse, haría que Versalles pareciera una paz razonable y dulce, y que no solo destruiría a su nación, sino también a los alemanes como pueblo. Más de un alemán me ha confiado últimamente sus temores al respecto. Si Alemania pierde, prevén ya el amargo encono de los pueblos de Europa a los que han esclavizado brutalmente, cuyas ciudades destruyeron de manera implacable y a cuyas mujeres y niños —muchos de ellos al menos, en ciudades como Varsovia, Rotterdam y Londres— asesinaron a sangre fría al irrumpir en sus cuidadas tierras como hordas furiosas y vengativas, dinamitándolas para destruirlas y dejando a los que no sacrificaron expuestos a morir de hambre en una tierra completamente devastada.

No, estas personas, por más avasalladas y engañadas que puedan haber sido por la pandilla de gobernantes más faltos de escrúpulos que haya

conocido la Europa moderna, harán un largo, un larguísimo camino en esta guerra. Hasta que algún día la creciente constatación de que no pueden ganarla, unida a la certeza que les ofrezcan los aliados de que la renuncia a la lucha no supondrá su destrucción, hará que flaqueen antes de que uno de los dos bandos sea aniquilado.

A cuantos hemos estado tan próximos de esta escena alemana, a los que hemos visto con nuestros propios ojos el avance de las botas nazis por toda Europa y percibido con nuestros oídos los histéricos arrebatos de odio a que se entrega Hitler, nos resulta difícil mantener una cierta perspectiva histórica. Supongo que las razones de que Alemania se haya embarcado en esta desenfrenada carrera de conquistas son mucho más profundas que el mero hecho, por importante que sea, de que una reducida pandilla de matones y gángsteres sin principios hayan tomado el control de esta tierra y corrompido a su población, y la hayan empujado por este camino. Las raíces son muy profundas, lo admito, pero dudo de que esta planta se hubiera desarrollado como lo ha hecho de no ser por Hitler.

Una de esas raíces es el extraño y contradictorio carácter del pueblo alemán. No es exacto decir, como muchos de nuestros liberales han dicho en Estados Unidos, que el nazismo es una forma de vida y gobierno ajena al pueblo alemán e impuesta a la fuerza sobre él, en contra de su voluntad, por unos pocos fanáticos marginados de la última guerra. Es verdad que el Partido Nazi jamás obtuvo el voto mayoritario en Alemania en unas elecciones libres, aunque estuvo muy cerca de lograrlo. Pero en los tres o cuatro últimos años el régimen nazi ha sido la expresión de una realidad muy arraigada en la naturaleza alemana, y en ese aspecto ha representado bien al pueblo al que gobierna. A los alemanes, como pueblo, les falta el

equilibrio alcanzado, pongamos por caso, por los griegos, los romanos, los franceses, los británicos y los norteamericanos. Están constantemente desgarrados por contradicciones íntimas que los hacen inseguros, insatisfechos y frustrados, y que los fuerzan a pasar de un extremo al otro. La República de Weimar fue tan osada en su aplicación de la democracia liberal que los alemanes no fueron capaces de conseguir que funcionara. Y ahora han optado por los extremismos de la tiranía porque la democracia y el liberalismo los forzaban a vivir como individuos, a pensar y tomar decisiones como hombres libres, y porque, en el caos del siglo XX, esto suponía demasiada tensión para ellos. Por eso, casi gozosamente, con un gozo casi masoquista, se han vuelto hacia un autoritarismo que los libera de la tensión de decidir, elegir y pensar, y que les permite lo que para un alemán es un lujo: dejar que alguno otro tome las decisiones y asuma los riesgos, a cambio de lo cual le prestan alegremente su obediencia. El alemán medio tiene ansia de seguridad. Le gusta vivir inmerso en la rutina. Y renunciará a su independencia y libertad —al menos en esta fase de su desarrollo— si sus gobernantes se la dan.

El alemán tiene dos personalidades. Como individuo, dará su pan racionado para alimentar a las ardillas en el zoológico un domingo por la mañana. Puede ser una persona amable y considerada. Pero, como integrante de la masa germánica, puede perseguir a los judíos, torturar y asesinar a sus paisanos en un campo de concentración, masacrar a mujeres y niños con obuses y bombas, apoderarse de las tierras de otros pueblos sin la más mínima justificación, acabar con sus vidas si protestan y reducirlos a la esclavitud.

Debe notarse también que el frenesí de Hitler por la conquista sanguinaria no es ni mucho menos exclusivo de él en Alemania. El afán de expansión, el hambre de tierra y espacio, de lo que los alemanes llaman el

Lebensraum, es algo ínsito desde hace muchos siglos en el alma del pueblo. Algunas de las mentes más preclaras de Alemania lo han expresado en sus escritos. Fichte, Hegel, Nietzsche y Treitschke enardecieron al pueblo alemán con él en el siglo pasado. Pero en nuestro siglo no les han faltado seguidores, aunque son poco conocidos fuera de este país. Karl Haushofer ha publicado infinidad de libros proclamando en los oídos de los alemanes el principio de que, si su nación debe ser grande y duradera, debe tener más *Lebensraum*, más espacio vital. Libros suyos como *Macht und Erde* («El poder y la Tierra») y *Welt Politik von Heute* («Política mundial hoy») han influido poderosamente no solo en los líderes nazis, sino también en gran número de personas. Así lo ha hecho también *Folk ohne Raum* («Pueblo sin espacio»), una novela de la que se han vendido medio millón de ejemplares en este país a pesar de su extensión, unas mil páginas. Y lo mismo *Der dritte Reich* («El Tercer Reich»), de Arthur Moeller van den Bruck, escrito once años antes de que Hitler fundara el Tercer Reich.

Todos estos escritos recalcaban que Alemania tenía derecho, por las leyes de la historia y la naturaleza, a un espacio más adecuado a su misión en la vida. Que ese espacio debiera serles arrebatado a otros pueblos, principalmente a los eslavos que se habían establecido en él cuando los propios alemanes eran poco más que unas tribus incultas, era un detalle intrascendente. A este sentimiento básico, presente en casi todos los alemanes, de que la «raza inferior» de los europeos no tiene ningún derecho intrínseco de propiedad a un pedazo de tierra en el que establecerse y del que vivir, y ni siquiera a los pueblos y ciudades que han construido con su sudor y esfuerzo si un alemán los codicia, debe atribuirse, en parte, la actual situación de Europa.

Pero es el genio maligno de Adolf Hitler el que ha excitado ese sentimiento básico y le ha dado una expresión tangible. Solo a este hombre

notable y aterrador se debe que el sueño alemán tenga ahora tantas posibilidades de convertirse en realidad. Al principio los alemanes, y después el mundo entero, lo subestimaron. Fue un craso error, como primero los alemanes y ahora el mundo entero están comprobando. Hoy, en cuanto concierne a la inmensa mayoría de sus compatriotas, ha alcanzado un pináculo al que nunca antes había conseguido llegar un gobernante alemán. Se ha convertido, en vida, en un mito, una leyenda, casi un dios, con esa condición de divinidad que los japoneses atribuyen a su emperador. Para muchos alemanes es un personaje remoto, irreal, apenas humano. Para ellos se ha convertido en un ser infalible. Dicen, como muchos pueblos han dicho de sus respectivos dioses a través de la historia: «Siempre tiene razón».

A pesar de los muchos datos en contra que se aducen desde el exterior, hoy Hitler es el amo y señor de Alemania, que no tolera interferencias de nadie, rara vez solicita consejo y casi nunca sigue las sugerencias de sus atemorizados lugartenientes. Los hombres que lo rodean son todos leales, lo temen todos y no se cuentan entre sus amigos. Hitler no tiene amigos, y desde el asesinato de Röhm en la purga de 1934, ni uno solo de sus seguidores lo tutea. Göring, Goebbels, Hess y todos los demás se dirigen a él de la misma manera: «Mein Führer». Lleva una vida solitaria, fuertemente protegida, y desde el inicio de la guerra Himmler se encarga de ocultar cuidadosamente al público y al mundo exterior hasta su propio paradero.

Rara vez comparte ahora la mesa con sus principales ayudantes, pues prefiere la fácil compañía de sus compañeros del partido en los primeros tiempos de «lucha»: hombres como Wilhelm Brückner, su ayudante, Hess, su primer secretario privado, el único hombre en el mundo en quien confía plenamente, y Max Amann, su sargento mayor durante la guerra mundial, a

quien convirtió en el mandamás de la extraordinariamente lucrativa editorial nazi, la Eher Verlag.[35] Los peces gordos del universo nazi, Göring, Goebbels, Ribbentrop, Ley y los jefes de los servicios armados, se entrevistan con Hitler en citas concertadas durante el día, o por la noche después de la cena, cuando él los invita a menudo a compartir el pase privado de alguna película. Hitler tiene pasión por el cine, incluidas las producciones de Hollywood. (Dos de sus favoritas son *Sucedió una noche* y *Lo que el viento se llevó.*)

Hermann Göring es claramente el número dos de Alemania y el único nazi que podría continuar el actual régimen si Hitler muriera. El gordo y repetidamente condecorado mariscal del Reich goza de una gran popularidad entre las masas solo superada por la de Hitler, aunque por motivos opuestos. Si Hitler es distante, legendario y nebuloso, un enigma como ser humano, Göring es mordaz, campechano, un hombre saludable de carne y hueso. A los alemanes les gusta porque lo entienden. Tiene todos los vicios y virtudes del alemán medio, y la gente lo admira por eso. Alienta una pasión infantil por los uniformes y las medallas. Como sus compatriotas. Le gusta comer bien y beber en cantidades pantagruélicas. También a ellos. Le encanta el lujo: los palacios, los salones de mármol donde se ofrecen grandes banquetes, las ropas vistosas, los criados con librea... Lo mismo que a todos los alemanes. Y, a pesar de los esfuerzos de Goebbels por instigar la crítica popular contra su rival, la gente no siente envidia ni le reprocha esa vida fantástica, medieval... y carísima que lleva en lo personal. Tal vez porque es la clase de vida que les gustaría llevarla si tuvieran la oportunidad.

Ningún otro secuaz de Hitler tiene la popularidad, la fuerza o la habilidad necesarias para mantener en el poder el régimen de Hitler.

Hitler había esperado siempre que Hess, su protegido, fuera su sucesor, y

es sabido que en su testamento lo nombra después de a Göring para que se haga cargo del partido. Pero Hess carece de fuerza, ambición, liderazgo e imaginación para ponerse al frente. Goebbels solía ser el número tres, pero ha perdido terreno desde la guerra, en parte porque lo han hecho a un lado los militares y la policía secreta, y en parte también porque ha errado en su tarea de propaganda en momentos cruciales, como cuando ordenó a la prensa y la radio que celebraran la victoria del *Graf Spee* el día antes de que se fuera a pique.

El puesto de Goebbels como tercer hombre en Alemania ha sido ocupado por Heinrich Himmler, el hombrecillo de suaves modales que parece un maestro de escuela rural, pero cuya crueldad, brutalidad y talento organizador lo han situado en un puesto clave en el Tercer Reich. Es importante porque ha convertido a la Gestapo en una organización que ahora vigila casi todos los aspectos de la vida en este país y que mantiene, para Hitler y los políticos, una mirada vigilante sobre el propio ejército. Solo Himmler, entre los lugartenientes de Hitler, tiene poder de decisión sobre la vida y la muerte de todos los ciudadanos de Alemania y de los países ocupados, y raro es el día en que no hace uso de él. La prueba de ello aparece a diario enterrada en las últimas páginas de los periódicos, en gacetillas que dicen: «El jefe de las SS Himmler anuncia que Hans Schmidt, un alemán (o Ladislav Katowski, un polaco), ha resultado muerto mientras ofrecía resistencia a la policía».

Hay otros dos «peces gordos» en el entorno de Hitler: Joachim von Ribbentrop y el doctor Robert Ley. Ribbentrop, un individuo vano y presuntuoso al que no pueden ver ni el partido ni el público, sigue gozando del favor del Führer porque acertó en prever cuál sería la actitud de Inglaterra y de Francia en Munich. (Göring se equivocó y, a consecuencia de ello, sufrió un eclipse temporal.) El hecho de que no acertara después, en

septiembre de 1939, cuando le aseguró a Hitler que los británicos no combatirían, no ha influido, ignoro por qué, sobre su posición en la Cancillería. Últimamente Hitler ha dado en calificarlo de un «segundo Bismarck», aunque a algunos, como Göring, que lo desprecian, no acabe de parecérselo.

El doctor Robert Ley es el mandamás de la maquinaria del Partido Nazi y del Frente Alemán del Trabajo, un hombre tosco, camorrista, gran bebedor, administrador hábil y fanáticamente leal a su jefe.

Estos hombres —Göring, Himmler, Hess, Ribbentrop y Ley— forman el «quinteto» que rodea a Hitler. Los convoca para evacuar consultas. Todos ellos, salvo Göring, se muestran muy cautos a la hora de darle consejos y lo hacen con cierta timidez. En todo caso, la decisión siempre la toma Hitler.

Hay otros jerarcas de rango inferior: algunos jefes nazis a los que se les han asignado tareas importantes y hombres que conservan sus puestos porque Hitler los considera técnicos competentes. Los más destacados son: Walther Darré, capaz y emprendedor ministro de Agricultura; Bernhard Rust, que como ministro de Educación ha revolucionado y degradado las escuelas de Alemania; Wilhelm Frick, funcionario civil de toda la vida, que debe su actual cargo de ministro del Interior al hecho de haber traicionado al gobierno de Baviera, al que había servido durante muchos años; el doctor Walther Funk, que desbancó al doctor Schacht para convertirse en presidente del Reichsbank y ministro de Economía, y el doctor Todt, brillante e imaginativo ingeniero que construyó la gran red de autopistas de Hitler y las fortificaciones del Muro Occidental.

Alfred Rosenberg, mentor de Hitler en los primeros tiempos del partido y antes uno de los hombres que más contaban en él, ha sido relegado por completo y hoy no tiene importancia en el partido ni en el país. Era demasiado soñador para ser práctico, y fracasó miserablemente en la lucha

de intrigas con los hombres más implacables que componen el firmamento nazi. Desde la alianza nazi con Moscú en agosto de 1939, a la que fue el único en oponerse, se ha sabido muy poco de él. Para mitigar sus sentimientos, Hitler le ha dado un título rimbombante: *Beauftragter des Führers zur Überwachung der Nationalsozialistischen Bewegung* (Comisionado del Führer para la Supervisión del Movimiento Nacionalsocialista). Se las ha arreglado también para seguir como director del diario de Hitler, el *Völkische Beobachter*, aunque tiene poco que decir en cuanto a su política.

Julius Streicher, que antaño fue un poder siniestro en el país, el hombre que imponía el terror en su *Gau* de Franconia con una fusta de montar a caballo, se ha salido también de este cuadro, como ya comenté, por no haber podido mantener sus finanzas en regla.

Si es Hitler quien toma las decisiones políticas, debe notarse que también lleva la voz cantante en el ejército. El general Von Brauchitsch, el capaz pero no muy brillante comandante en jefe del ejército, hace oír ocasionalmente su voz, pero no a menudo. Keitel es poco más que un hombre de enlace entre Hitler y el Alto Estado Mayor. El general Halder, jefe del Alto Estado Mayor, probablemente sea el hombre con más talento en el ejército, pero Hitler no le concede ningún crédito, puesto que le gusta alentar la creencia de que es él personalmente quien dirige la táctica y la estrategia de las grandes campañas. El general Von Reichenau me ha dicho personalmente que eso es así, pero yo no lo creo. Por otra parte, sí parece ser cierto que Hitler toma las grandes decisiones, como la de dónde y cuándo asestar el siguiente golpe. Uno de sus principales asesores militares, muy poderoso en el ejército —aunque completamente desconocido para el público alemán—, es el general Alfred Jodl, jefe del consejo militar del propio Hitler.

Hay un tema final que debe ser abordado en estas divagaciones: ¿considera Hitler la posibilidad de una guerra con Estados Unidos? He discutido esta cuestión muchas horas con numerosos alemanes y con no pocos norteamericanos aquí, y lo he sopesado larga y cuidadosamente. Estoy firmemente convencido de que sí la considera y de que, si triunfa en Europa y en África, la acometerá finalmente, a menos que estemos dispuestos a renunciar a nuestro estilo de vida y a adaptarnos a un papel secundario en su visión totalitaria del mundo.

Porque para Hitler no habrá lugar en este pequeño mundo para dos grandes sistemas de vida, de gobierno y de comercio.[36] Por esta razón pienso que atacará también a Rusia, probablemente antes de que lo haga con América.

No se trata tan solo de un conflicto entre los sistemas de vida totalitario y democrático, sino también del existente entre el imperialismo panalemán, cuyo objetivo es la dominación mundial, y el impulso fundamental de la mayoría de las otras naciones de la Tierra a vivir como les plazca, es decir, libres e independientes.

Y de la misma manera que la Alemania de Hitler no podrá nunca dominar el continente europeo mientras resista Gran Bretaña, tampoco podría dominar el mundo mientras Estados Unidos se planten, impávidos, en su camino. Es un conflicto fundamental y a largo plazo entre dos fuerzas dinámicas. El choque es tan inevitable como el de dos planetas lanzados inexorablemente en los cielos el uno contra el otro.

De hecho, esto puede ocurrir mucho antes de lo que se imaginan casi todos los norteamericanos. Un oficial del Alto Mando me sorprendió el otro día cuando estábamos comentando el tema. Me dijo: «Ustedes piensan que

Roosevelt puede elegir el momento que más convenga a Estados Unidos y a Gran Bretaña para entrar en la guerra. Pero ¿se ha parado usted a pensar que Hitler, maestro de la oportunidad, tal vez pueda elegir el momento para la guerra contra Estados Unidos, un momento que, a su juicio, le dará la ventaja?».

Debo reconocer que nunca lo pensé.

Hasta donde puedo saberlo, Hitler y el Alto Mando no sopesan una jugada así en el transcurso de los próximos meses. Siguen convencidos de que pueden hacer que Gran Bretaña doble la rodilla antes de que la ayuda norteamericana sea realmente eficaz. Ahora hablan de concluir victoriosos la guerra para mediados del próximo verano, como muy tarde. Pero hay unos pocos en importantes cargos que dicen que, si Hitler declara realmente la guerra a Estados Unidos (de hecho, aún no ha declarado ninguna guerra), puede obtener claras ventajas. En primer lugar, sería la señal para que los miles de agentes nazis que hay en Norteamérica de una a otra costa, iniciaran acciones de sabotaje que no solo desmoralizarían a Estados Unidos, sino que reducirían también notablemente sus envíos a Gran Bretaña. En segundo lugar, en caso de producirse una declaración de guerra en toda regla, me dicen, nuestro ejército y en especial nuestra marina, alarmados ante lo que pudiera hacer Japón (de acuerdo con el pacto tripartito, tendría que entrar en combate contra nosotros), retendrían en casa todos nuestros suministros, en lugar de enviarlos a Gran Bretaña. En tercer lugar, piensan que se daría un gran aumento de las luchas intestinas en Norteamérica, con los aislacionistas censurando a Roosevelt por el estado de cosas, al igual que lo censuraron por el pacto de las Tres Potencias. Este tercer punto es obviamente una idea errónea, puesto que una declaración de guerra por parte de Alemania acabaría en diez segundos con el sentimiento aislacionista en Estados Unidos.

Los Lindbergh y sus amigos se ríen de la idea de que Alemania pueda ser capaz algún día de atacar a Estados Unidos. Los alemanes ven con agrado sus risas y confían en que sean más numerosos los norteamericanos risueños, de la misma manera que animaron a los amigos británicos de los Lindbergh a reírse de la mera hipótesis de que Alemania pudiera volverse contra Gran Bretaña.

¿Cómo haría Alemania para atacar a Estados Unidos? Carezco de información digna de crédito a propósito de los planes militares alemanes. Pero he oído a algunos alemanes sugerir las siguientes posibilidades:

Si se hacen con toda o parte de la armada británica o les da tiempo a construir en los astilleros de Europa (cuya capacidad total está muy por encima de la nuestra) una armada poderosa, intentarían destruir en el Atlántico la parte de nuestra flota que no estuviera comprometida con los japoneses en el Pacífico. Una vez hecho esto, podrían trasladar un ejército y fuerzas aéreas, por etapas, a través del Atlántico norte, estableciendo bases primero en Islandia, luego en Groenlandia y el Labrador y, finalmente, en Terranova, para bajar desde allí por la costa atlántica. A medida que las bases se desplazaran hacia el oeste, su fuerza aérea penetraría cada vez más, primero hacia el continente americano y, después, en el territorio de Estados Unidos. Suena tal vez a fantasía, pero en la actualidad carecemos de una gran fuerza aérea capaz de oponerse a este avance.

La mayoría de los alemanes hablan con mayor convicción de un avance a través del Atlántico sur. Presuponen que Alemania controlaría el puerto francés de Dakar, desde donde realizaría el salto a Sudamérica. Asumen también que el grueso de la flota de Estados Unidos estará comprometida en la guerra en el Pacífico. De Dakar a Brasil hay una distancia mucho menor que desde Hampton Roads a Brasil. Una fuerza naval alemana radicada en el puerto africano podría operar con facilidad en aguas

brasileñas, pero estas aguas están demasiado lejos para que una flota norteamericana pudiera operar en ellas con eficacia. Desde Dakar podrían llegar transportes mucho antes que pudieran hacerlo los enviados desde Estados Unidos. La acción de una quinta columna integrada por los centenares de miles de alemanes que hay en Brasil y Argentina paralizaría cualquier defensa que estos países pudieran oponer. A juicio de estos alemanes, pues, Sudamérica podría ser tomada con facilidad. Y una vez allí, piensan, la batalla estaría ganada.

BERLÍN, *2 de diciembre*

¡Solo tres días más!

BERLÍN, *3 de diciembre*

Una ronda de fiestas de despedida que querría que acabaran pronto, pero a las que no puedo dejar de asistir. En una de ellas ha ocurrido un divertido incidente cuando a un funcionario de Asuntos Exteriores, más decente que la mayoría, se le han subido a la cabeza las copas y ha dicho que hacía mucho que deseaba enseñarme algo. Y, a continuación, ¡me ha mostrado un carnet que lo acreditaba como miembro de la policía secreta! Debo decir que no lo sospechaba, aunque ya sabía que algunos de sus colegas sí pertenecían a ella.

El Ministerio de Asuntos Exteriores retiene aún mi pasaporte y mi visado de salida, lo cual me preocupa. Esta noche he realizado la última emisión

desde Berlín, y reconozco que he tenido que tragar saliva en un par de ocasiones.

Antes de salir a las ondas, me telefoneó Flannery desde París. Está muy excitado por una gran noticia que, según me dice, se hará pública allí pasado mañana. Evidentemente, tenía a un funcionario alemán vigilándolo, porque no conseguí sacarle ni un solo indicio acerca de lo que se estaba cociendo. Corre el rumor aquí de que Hitler se dispone a ofrecer a Francia una especie de acuerdo de paz semipermanente, instalar a Laval en el poder en Vichy y convertir a Pétain en una simple figura decorativa, a cambio de que Francia se sume al Eje y participe en la guerra contra Gran Bretaña.

BERLÍN, *4 de diciembre*

He recibido mi pasaporte y el permiso oficial para salir del país. Ahora lo único que tengo que hacer es el equipaje. Wally [Duel], que tenía tantas ganas de marcharse como yo, se ha ido hoy. Iba a hacerlo en avión, pero hacía mal tiempo y los alemanes, que en las últimas tres semanas han perdido tres grandes aviones de pasajeros —un buen amigo mío falleció en uno de ellos—, lo enviaron hasta Stuttgart en tren. Espero tener mejor suerte. Debo dejar aquí todos mis libros y casi toda mi ropa porque la posibilidad de llevar equipaje en el avión es muy limitada. Ed Murrow me promete que vendrá a recibirme en Lisboa. ¡Mi última noche de apagón! Tras ella las luces... ¡y la civilización!

EN UN AVIÓN, BERLÍN-STUTTGART, *5 de diciembre*

Era de noche aún y había ventisca cuando dejé el Adlon esta madrugada para ir al aeropuerto de Tempelhof. Hubo algunas dudas acerca de si despegaríamos, pero a las nueve y media, hace apenas unos minutos, lo hemos hecho por fin. No me gusta este tiempo para volar ...

AEROPUERTO DE DRESDE, *más tarde*

Acabamos de salvarnos por los pelos. Habíamos recorrido, unas dos terceras partes del trayecto hacia Stuttgart cuando nuestro enorme avión Junkers de 32 pasajeros comenzó a cargarse de hielo. Podía ver a través de la ventanilla cómo se formaba hielo en el ala y en los dos motores de estribor. La azafata, aunque trató valientemente de ocultarlo, se espantó..., y cuando la azafata de un avión se espanta, también lo hago yo. El sudor comenzó a correr por la frente de un empleado de Lufthansa que viajaba sentado delante de mí. Parecía muy preocupado. De los motores se desprendían trozos de hielo que iban a dar contra los costados de la cabina con un estrépito aterrador. El piloto, que apenas podía controlar el avión, intentó ascender, pero el hielo pesaba demasiado. Finalmente dio media vuelta, inclinó el morro del aparato y descendió desde 2.500 hasta 1.000 metros de altitud.

—No puede bajar más o chocaremos con una montaña —me explicó el empleado de Lufthansa.

—Entonces..., entonces... —dije.

—No puede utilizar la radio porque la ventisca corta las comunicaciones —prosiguió.

—Quizá podríamos aterrizar en algún lugar —sugerí.

—No por aquí —replicó—. La visibilidad cerca del suelo es nula.

—Entonces...

El avión dio una sacudida y descendió con brusquedad. Pronto vi, por la aguja del altímetro, que estábamos cayendo por debajo de los mil metros. El peso del hielo resultaba excesivo. Los siguientes quince minutos me parecieron una eternidad. Y entonces, en medio de la niebla y la nieve, descendimos hacia una carretera. Era una *Autobahn* de dos carriles. Fuimos siguiéndola, volando a unos quince metros por encima de ella, aunque a veces, cuando cruzábamos una ráfaga de ventisca o un retazo de bruma, el piloto, momentáneamente cegado, ascendía enseguida, temiendo rozar los árboles o estrellarse contra alguna colina. Pero al cabo de un rato, a las once y media, nos encontramos volando por encima de un aeropuerto. Un aeropuerto que resultó ser el de Dresde, que se encuentra a la misma distancia de Stuttgart, si no más, que el de Berlín. Fue maravilloso sentir de nuevo los pies en el suelo. Cuando los dos pilotos descendieron de la cabina, parecían tambalearse. Mientras almorzábamos allí, oí que uno le decía al superintendente del aeropuerto que había tenido que vivir un infierno para mantener el aparato en el aire. Y una extraña coincidencia: apenas habíamos entrado en el comedor cuando conectaron la radio para escuchar el boletín de noticias del mediodía, y la primera fue la de que un avión norteamericano se había estrellado cerca del aeropuerto de Chicago, con el resultado de varias víctimas mortales. Yo diría que ha sido solo un día de mala suerte.

EN UN AVIÓN, STUTTGART-LYON-MARSELLA-BARCELONA, *6 de diciembre*

Una leve *Katzenjammer* («borrachera»)... anoche con la excitación de dejar Alemania, el mal rato pasado en el avión, los agradables bares de Stuttgart...

Hallet Johnson, consejero de nuestra embajada en Estocolmo, se me presenta en el avión. Dice que he estado durmiendo una hora —desde que salimos de Stuttgart—, que este es su primer viaje en avión, que hemos estado volando a ciegas a través de las nubes ... Repostamos combustible en Lyon. Las fuerzas aéreas alemanas controlan el aeropuerto, aunque se encuentra en la Francia no ocupada. En un extremo del aeródromo hay un gran número de aviones de guerra franceses desmantelados y amontonados como chatarra; en el otro, un centenar de aviones franceses alineados y en perfectas condiciones, algunos de los que los franceses no llegaron a emplear para combatir ... Un funcionario alemán de Asuntos Exteriores con cara de cuervo observa la chatarra de aviones y exclama, despectivo: «¡La *Belle France*! ¡Y cómo hemos acabado con ella! ¡Para los próximos trescientos años por lo menos!». Para llegar a Barcelona vamos siguiendo la costa, y de pronto, por el costado de estribor, veo nuestro pueblecito español, Lloret de Mar, con sus casas blancas al sol de la tarde destacando contra las verdes colinas... ¡Cuánto tiempo ha pasado ya! ...

BARCELONA, *más tarde*

El fascismo ha traído el caos y el hambre aquí. Ya no existe la feliz y despreocupada Barcelona que yo conocía. En el Paseo de Gracia, en las Ramblas, en la plaza de Cataluña, veo desfilar en silencio rostros demacrados, hambrientos, amargados. En el hotel Ritz, al que llegamos desde el aeropuerto en un desvencijado carromato de granja, porque no hay gasolina para los coches, me encuentro con un par de amigos.

—¡Santo Dios!, ¿qué ha ocurrido aquí? —les pregunto—. Sé que la guerra civil dejó las cosas en muy mala situación. Pero esto...

—No hay víveres —me responden—. No hay ningún tipo de organización. Las cárceles están atestadas y no cabe ni un alma más en ellas. Si le hablamos de la porquería, del apiñamiento en sus celdas, de la falta de comida que hay en ellas, no nos va a creer. Pero, en realidad, aquí ya no come nadie. Nos limitamos a intentar seguir vivos.

En el aeropuerto, los funcionarios españoles nos mantienen encerrados toda la tarde en un cuartucho, aunque somos solo unos pocos. Parecen también paralizados, incapaces de imponer un mínimo de organización. El oficial jefe de policía no se ha lavado las manos en una semana. Su principal preocupación es nuestro dinero. Contamos una y otra vez para él nuestras monedas, nuestros billetes, nuestros cheques de viaje. Finalmente, como anochece ya, nos deja irnos.

Wally llega de Stuttgart en un avión alemán, una media hora después de haberlo hecho nosotros. Tiene una historia que contar acerca de su salida de Alemania. El avión no había podido volar de Berlín a Stuttgart, por lo que tuvo que hacer el viaje en tren y perdió un día. Esto hizo que caducara su visado de salida antes de poder abandonar el país. En Stuttgart, ningún funcionario alemán quería al principio asumir la responsabilidad de darle un nuevo visado. Debía regresar a Berlín para eso. Pero volver a Berlín significaba que tenía que empezar todo el papeleo de nuevo: esperar otro visado de salida, esperar nuevos visados para España y Portugal, aguardar meses a que hubiera una plaza en el avión de Berlín a Lisboa, y más meses aún para encontrar un pasaje en el avión o el barco de Lisboa a Norteamérica. Veía, pues, pospuesto indefinidamente su regreso a Estados Unidos, tal vez hasta el final de la guerra. Pero en el último minuto la policía lo autorizó finalmente a marcharse.

ESTORIL, CERCA DE LISBOA, *7 de diciembre*

¡Lisboa, y la luz, la libertad y la cordura al fin! Volamos desde Barcelona a Madrid con un viento en contra de cien kilómetros por hora. El piloto del viejo y lento Junkers-52 pensó durante un rato que nos veríamos obligados a regresar por falta de combustible, pero finalmente consiguió llegar. Estuvimos todo el viaje sobrevolando montañas, algunas de las cuales franqueábamos solo por unos pocos pies. Encontramos tantos baches en el aire que dos pasajeros se golpearon la cabeza contra el techo y uno de ellos quedó inconsciente.

El caos en el aeropuerto de Madrid fue mucho peor aún que en Barcelona. Los funcionarios de Franco corrían como locos de un lado para otro. Las autoridades anunciaron que ningún aparato podría despegar a causa del viento. Después decidieron que podría despegar uno de los tres vuelos programados para Lisboa. Me dijeron que podría ir en él, luego que no, después que debía tomar el tren de las cuatro de la tarde y, finalmente, que el tren ya se había marchado. Todo ello mientras los funcionarios gritaban y los pasajeros se amontonaban a mi alrededor. Había un restaurante, pero no tenían comida. Al final llamaron a los pasajeros del avión para Lisboa. Solo permitieron subir a él a un grupo de funcionarios españoles y a un diplomático alemán. Yo pregunté por mi equipaje. Nadie sabía dónde estaba. Pero entonces se acercó un funcionario abriéndose paso hacia mí y me empujó hacia el aparato. No tuve oportunidad de preguntar por el equipaje, ni siquiera hacia dónde se dirigía el avión. Al minuto siguiente habíamos despegado, sobrevolábamos las ruinas de la Ciudad Universitaria y, después, siguiendo el valle del Tajo hasta que, al anochecer, Lisboa apareció ante nuestra vista. En el aeropuerto, las autoridades portuguesas me retuvieron un par de horas porque no podía mostrar un

pasaje para Nueva York, pero finalmente me dejaron ir. En Lisboa todos los hoteles estaban llenos, sin ninguna habitación libre —hay muchísimos refugiados en la ciudad—, pero he conseguido encontrar una. He dado cuenta de una buena cena esta noche, con algunos vinos locales, y he estado paseando por la ciudad para ver las luces nocturnas. Y ahora me voy a la cama, sintiendo que me he quitado un gran peso de encima. Ed [Murrow] llega mañana de Londres. Será una gran reunión.

ESTORIL , *8 de diciembre*

No he podido dormir a causa de un repentino dolor de muelas, el primero en mi vida, y ahora voy a tener que pagar mi negligencia, por más que era imposible hacer algo en Alemania para cuidarse la dentadura, pues la escasez de oro y otros metales es tal que ha reducido a los dentistas a empastar los dientes con una aleación de estaño. Pero hoy lucía un espléndido sol meridional y me he pasado la mañana paseando por el parque municipal, disfrutando de las muchas flores que aún están lozanas, y después por la playa, donde las grandes olas azules del mar venían a romper delante de mí y se deshacían furiosamente en espuma en la arena extendida bajo el sol. La tranquilidad, la paz y la suave cadencia del mar eran impresionantes. Lo eran tanto que requerían un ajuste que no se puede conseguir en una mañana. He salido corriendo de allí, he parado un taxi y he ido a Lisboa a esperar el avión de Ed. Los suspicaces británicos de la aerolínea no querían decirme a qué hora llegaría el avión de Londres, ni siquiera si se le esperaba, temerosos por lo visto de que, de alguna manera prodigiosa, esta información les llegara a los alemanes, que podrían tal vez derribarlo. He esperado hasta el anochecer y he regresado después a Estoril.

Más tarde

Ed llegó por fin. Lo hemos pasado en grande. Desde las diez de la noche, hemos estado charlando de todo un año de guerra al margen de nuestros sistemas, y ahora, a las cinco de la madrugada, nos vamos a la cama agradablemente agotados. Teniendo en cuenta los bombardeos que le han caído encima y la mortal paz de su trabajo, he visto a Ed mejor de lo que esperaba; muy bien en realidad.

ESTORIL, *9 de diciembre*

Holgazaneamos los dos tumbados al sol en la playa. Ed dice que el bombardeo contra Gran Bretaña ha sido intenso, pero no tan destructor como presumen los alemanes. Además de Londres, han sufrido terribles bombardeos Coventry, Bristol, Southampton y Birmingham, pero en todos los casos las zonas más afectadas han sido los centros de esas ciudades —edificios públicos y viviendas—, sin que hayan conseguido reducir la producción industrial de material bélico. Si acaso, Ed piensa que la reducción no ha sido el resultado de una destrucción física de instalaciones industriales, sino por la desorganización de las ciudades donde viven los trabajadores, y en las que se concentra el consumo de energía eléctrica, agua y gas. Los británicos dicen, según él, que en sus ataques nocturnos la Luftwaffe no pretende destruir las fábricas, sino que tiene otros dos objetivos principales: en primer lugar, sembrar el terror entre la población

civil, y, después, colapsar servicios públicos esenciales y paralizar así las grandes ciudades. Creo que su apreciación es correcta.

Ed me da información de primera mano a propósito de la excelente moral de los británicos, sobre la que en Berlín teníamos algunas dudas. Según él, es magnífica.

ESTORIL, *10 de diciembre*

Pat Kelly, el simpático y amable director local de Pan American Airways, me dice que tengo pocas posibilidades de estar en casa para Navidades si he de esperar un Clipper. El servicio está paralizado a causa de las grandes corrientes en Horta, que impiden que despeguen los grandes hidroaviones. Me aconseja que tome un barco. Puesto que estas serán mis primeras vacaciones de Navidad en casa en dieciséis años, si lo consigo, fui esta tarde a las oficinas de las Export Lines para reservar un pasaje en el *Excambion*, que zarpa el viernes. Las oficinas estaban atestadas de una multitud de refugiados —temblorosas, desesperadas, trágicas víctimas de la furia de Hitler— que solicitaban un billete, en cualquier clase, en el próximo barco. Pero, como me explicó uno de los oficiales de la compañía, hay tres mil refugiados en Lisboa, sus barcos solo pueden transportar ciento cincuenta pasajeros y solo hay un barco por semana. Me prometió un pasaje en el *Excambion* para el viernes 13, aunque puede que no sea más que un colchón en el salón de lectura.

Anoche Ed y yo estuvimos en el casino. Las salas de juego estaban llenas de una rara mezcla de seres humanos; había espías alemanes y británicos, hombres y mujeres, ricos refugiados que misteriosamente se las habían arreglado para escapar con un montón de dinero y que ahora lo derrochaban

con liberalidad, otros refugiados obviamente sin un céntimo que intentaban reunir dinero para su pasaje mediante unas cuantas apuestas desesperadas en la veleidosa ruleta y los habituales jugadores internacionales que uno encuentra en esta clase de lugares. Ni Ed ni yo tuvimos suerte en la ruleta y nos instalamos en el salón de baile, donde aquellas mismas personas probaban a ahogar sus sentimientos, cualesquiera que fuesen, en la bebida y el jazz.

ESTORIL, *11 de diciembre*

He visitado a un dentista de Lisboa. Me dio unas hierbas para hervirlas y enjuagar con ellas mis fastidiadas muelas, que me han hecho imposible dormir desde que llegué.

Ed está deprimido por un cable que le ha llegado de Londres esta tarde y en el que le decían que su nueva oficina ha sido bombardeada y demolida la pasada noche por los alemanes. Por fortuna, nadie resultó muerto. Su antigua oficina fue destruida por una bomba alemana hace un par de meses.

ESTORIL, *12 de diciembre*

Hemos permanecido en vela hasta las cuatro de la madrugada, pergeñando una emisión conjunta prevista para esta noche. Hemos disfrutado con ello.

Más tarde

No ha habido emisión. Estaba fijada para esta noche a las dos de la

madrugada y habíamos enviado el guión a la radio local a las ocho de la tarde para que los censores portugueses tuvieran tiempo de sobra para revisarlo. A medianoche, el censor nos telefoneó y nos dijo muy educadamente que solo había podido traducir dos de las diez páginas que le habíamos enviado, pero que lo había encontrado muy interesante y no dudaba en poder tenerlo todo traducido para la semana que viene, y que entonces podríamos emitirlo. Estuvimos discutiendo con él hasta casi la hora de salir a antena, pero era evidente que el portugués no tenía la menor intención de arriesgarse a herir los sentimientos ni de los británicos ni de los alemanes. Conseguimos que Nueva York pospusiera la emisión para las cuatro de la madrugada, pero a las tres y media no habíamos conseguido ningún progreso y, finalmente, derrotados, nos hemos ido a dormir.

A BORDO DEL «EXCAMBION», *13 de diciembre, medianoche*

Todo el día hemos estado los dos deprimidos por la inminente separación, porque Ed y yo hemos trabajado juntos aquí en estrecha colaboración a lo largo de los tres últimos turbulentos años y se ha creado entre los dos un lazo muy real, como pocas veces surge en nuestras vidas. De alguna manera, absurda sin duda, sentimentalmente quizá, teníamos el presentimiento de que los avatares de la guerra, tal vez simplemente una pequeña bomba, harían que este fuera nuestro último encuentro.

Hemos estado caminando arriba y abajo por el muelle en la luz del crepúsculo, aguardando que el barco zarpara. Había un pequeño bar al aire libre para los estibadores, atendido por una desaliñada y tosca portuguesa rubia. Ha estado charlando todo el rato y sirviéndonos bebidas. Pronto ha

anochecido y han empezado a retirar la pasarela. Yo he subido a bordo y Ed ha desaparecido en medio de la noche.

Había luna llena sobre el Tajo, y el millón de luces de Lisboa, junto con las que se veían en las colinas de la otra orilla del ancho río, centelleaban luminosas mientras el barco se deslizaba hacia el mar. ¿Por cuánto tiempo? Más allá de Lisboa, en casi toda Europa las luces estaban apagadas. Solo en esta pequeña franja en el rincón sudoccidental del continente las mantenían encendidas. Aquí la civilización occidental, tal como era, aún no había sido pisoteada por la bota nazi. Pero ¿y la próxima semana? ¿Y el próximo mes? ¿Y el mes siguiente? ¿No habrán tomado también esta zona las hordas nazis para extinguir las últimas luces?

Otros cinco corresponsales norteamericanos que regresaban a casa de la guerra, desde Inglaterra, desde Alemania, desde Francia, estaban sentados en el pequeño bar del barco, bebiendo unos «old-fashioneds»; una excelente forma de suavizar tu adiós. Me uní a ellos. Me sirvieron otro. Pero no siempre es suficiente el alcohol. Me sentía nervioso, excitado. Subí a cubierta. Durante un rato estuve de pie apoyado sobre la barandilla viendo cómo se apagaban las luces en una Europa en la que he pasado quince años de mi vida adulta, que me han dado toda mi experiencia y el poco juicio que tengo. Ha sido mucho tiempo, pero han sido también años felices para mí en lo personal, y han tenido sentido y esperanza para todos los pueblos en Europa hasta que llegaron la guerra y la peste del nazismo, el odio, el fraude y el gangsterismo político, el asesinato, las matanzas, la increíble intolerancia, todos los sufrimientos, hambres y fríos, y el estruendo de la bomba que vuela en mil pedazos una casa y a las personas que viven en ella; el estruendo de todas las bombas que acaban con la esperanza y la decencia del hombre.

[1] Una organización de derechas que contaba con cerca de ochocientos mil miembros. Los otros cuatro millones de veteranos de guerra franceses se integraban en la *Fédération des Anciens Combattants*.

[2] Alusión al magnate de la prensa norteamericana William Randolph Hearst (1863-1951). La pronunciación de su apellido resulta muy semejante a la de la palabra inglesa *worst*, que significa «peor». Se trata de un juego de palabras que equivale a «voy de mal en peor». *(N. del T.)*

[3] Dice así:

Ley para la Nueva Creación de las Fuerzas de la Defensa Nacional.
El gobierno del Reich ha decretado la siguiente ley, que dispone:

1. El servicio en las fuerzas de defensa se basa en un servicio militar universal.
2. El ejército alemán en tiempos de paz, que incluye las unidades de policía incorporadas en virtud de esta ley, se compone de doce cuerpos de mando y treinta y seis divisiones.
3. El ministro de Defensa del Reich redactará y presentará al gabinete del Reich leyes suplementarias para regular el servicio militar universal.

[4] Sustituido recientemente (1968) por el Memorial Day, con el mismo objeto de honrar a quienes dieron la vida luchando por el país. El término *decoration* aludía a la costumbre de adornar ese día las tumbas de los fallecidos. *(N. del T.)*

[5] El Krolloper, o teatro de la ópera Kroll, sirvió en numerosas ocasiones como escenario de las reuniones del Reichstag, sobre todo a partir del incendio que destruyó la sede de este el 27 de febrero de 1933, que fue atribuido por los nazis a los comunistas. *(N. del T.)*

[6] Sir Nevile Henderson, en su libro *Failure of a Mission*, contó después que, durante la primera conversación, cuando Chamberlain hubo bosquejado su plan de completa rendición a Hitler, el Führer lo miró y dijo: «Es tut mir furchtbar leid, aber das geht nicht mehr» («Lo lamento muchísimo, pero eso ya no sirve»). Chamberlain, según Henderson, expresó su «sorpresa e indignación».

[7] En los días siguientes sería el único medio de comunicación entre Praga y el mundo exterior.

[8] En Norteamérica llaman «verano indio» a una época del año de principios y mediados de otoño, normalmente de corta duración, en la que los días, pese a ser cada vez más cortos, parecen recuperar la luminosidad y las temperaturas del verano. Un fenómeno parecido sería, para España, lo que se denomina el veranillo del membrillo o el veranillo de San Miguel. *(N. del T.)*

[9] En el original «West Wall». Denominado así en el *Limesprogramm* nazi o Línea Sigfrido, como la llamarían después las potencias aliadas. *(N. del T.)*

[10] Panton fue arrestado en Copenhague en abril de 1940, cuando entraron los alemanes, y fue internado en una isla danesa. El ministro francés, cuando visitó Copenhague, insistió en liberar a todos los corresponsales franceses y polacos capturados allí por los alemanes. El ministro británico, en cambio, no hizo ningún esfuerzo en este sentido, y los cuatro periodistas ingleses fueron detenidos e internados.

[11] Solo en la noche del 31 de agosto, nueve horas antes de que comenzara la guerra, supimos que la respuesta contenía la exigencia de que Polonia enviara a Berlín el miércoles, 30 de agosto —es decir,

en un plazo de veinticuatro horas— un representante plenipotenciario. Henderson le hizo ver a Hitler que aquello «sonaba a un ultimátum», pero su interlocutor lo negó. Durante este período, a los corresponsales se nos mantuvo casi totalmente a oscuras sobre la marcha de las negociaciones, mientras la Wilhelmstrasse nos hacía llegar (falsas) informaciones para inducirnos a adoptar «una visión optimista».

[12] Ni siquiera esto era así. Henderson reveló después que Ribbentrop, en una actitud de lo más insolente, le leyó tan rápidamente los dieciséis puntos contenidos en ellas que ni siquiera le dio tiempo de captarlos todos. Cuando le pidió luego una copia, ¡el ministro de Asuntos Exteriores alemán se negó a dársela!

[13] En realidad, después del armisticio franco-alemán Bonnet se ufanó de haber rechazado la petición de Halifax de que los dos países declararan simultáneamente la guerra. Hasta el último instante abogó por la paz a cualquier precio.

[14] Se dio este nombre a los soldados franceses que, durante las terribles condiciones de la guerra de trincheras en que se desarrolló gran parte de la Primera Guerra Mundial, optaron por dejar de afeitarse y se convirtieron, literalmente, en unos seres «peludos». *(N. del T.)*

[15] Reichs Rundfunk Gesellschaft, la Compañía de Radiodifusión del Estado Alemán.

[16] Muchos meses después supe, por una fuente fidedigna, que Fritsch buscaba de hecho la muerte, y que así lo demostraban tres cartas que escribió poco antes de aquella acción. Se dijo en los círculos militares alemanes que sus heridas, aunque graves, probablemente no le habrían causado la muerte si no hubiera rechazado los ruegos de su ayudante de que permitiera ser trasladado a retaguardia. Fritsch no quiso escucharlo, y se desangró hasta morir.

[17] Más adelante el Almirantazgo británico confirmó su versión de ambos hechos, el episodio del *Royal Sceptre* y su insolente mensaje al señor Churchill, incluida la circunstancia de que Schultze no había sido capturado.

[18] Durante meses hemos estado preguntando en casi todas las ruedas de prensa nazis cuándo tendría lugar el juicio de Elser. Al principio nos dijeron que sería juzgado ante el Tribunal Supremo en Leipzig, como se haría con los que «perpetraron» el incendio del Reichstag, lo cual parecía bastante adecuado, puesto que ambos hechos suscitan sospechas entre los propios nazis. Pasadas unas cuantas semanas, nuestra pregunta diaria: «¿Cuándo será juzgado Elser?» provocaba risas apenas contenidas de los corresponsales y la creciente incomodidad del doctor Boehmer, jefe de prensa extranjera del Ministerio de Propaganda, del doctor Schmidt, jefe de prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores, y del segundo de este último, el barón Von Stumm. Finalmente se nos dio a entender que la pregunta no era ya cosa de risa y, tras varios meses de haber sacado de nuestra broma todo el partido que pudimos, desistimos de ella. Hasta donde se sabe, Elser jamás fue juzgado. Tampoco ha trascendido si lo ejecutaron o no.

[19] Su emocionante transmisión navideña desde el frente finés inspiraría la obra teatral de Robert Sherwood *There Shall Be No Nigh*t.

[20] A lo cual respondió Stalin: «La amistad de los pueblos de Alemania y de la Unión Soviética, fraguada por la sangre, tiene todas las razones para ser duradera y firme».

[21] El decreto oficial alemán dice exactamente: «Todos los judíos de entre catorce y sesenta años de edad están obligados a trabajos forzados. La duración del trabajo forzado será de dos años, pero se prolongará si su finalidad educativa no se considera cumplida. Los judíos reclamados para trabajos forzados deben presentarse de inmediato, y han de traer consigo comida para dos días y ropa de cama. Los artesanos judíos competentes deben presentarse con sus herramientas. Los que no lo hagan serán reos de condenas que podrán llegar hasta los diez años de prisión».

[22] Véanse los apartados 30 de septiembre y 7 de diciembre de la primera parte.

[23] Dentro del matrimonio o sin vínculo matrimonial. El 28 de octubre de 1939, Heinrich Himmler, jefe de la policía alemana y líder de las SS, decretó: «Más allá de los límites de las tal vez necesarias leyes, costumbres y opiniones burguesas, será ahora la gran tarea de las mujeres y jóvenes de la noble estirpe alemana, *incluso fuera del vínculo matrimonial*, aunque no por frivolidad sino por un profundo sentido moral, convertirse en madres de los hijos de los soldados enviados a la guerra. ... A los hombres y las mujeres cuyo puesto está en el hogar por orden del Estado, los tiempos presentes les imponen más que nunca la sagrada obligación de convertirse de nuevo en padres y madres de hijos». [Las cursivas son nuestras.] Himmler prometió que las SS asumirían la tutela de todos los hijos legítimos e ilegítimos de sangre aria cuyos padres encontraran la muerte en el frente.

[24] Esto era mentira, como se verá por las anotaciones siguientes.

[25] Supimos más tarde que el destructor en cuestión era el *Glow-worm*, el único buque de toda la flota británica que se encontró con alguno de las decenas de barcos de guerra y cargueros alemanes que avanzaban en secreto por la costa noruega con anterioridad al 9 de abril. Avistó al crucero alemán de diez mil toneladas *Admiral Hipper* frente a la costa noruega el 8 de abril, pero fue volado en pedazos antes de poder escapar. Si tan solo otra pequeña unidad de la armada británica, como la que después entró en Narvik, se hubiera hallado a tan sorprendente distancia de la costa de Noruega el 8 de abril, la fortuna de Hitler se hubiese ido a pique. A uno solo le cabe concluir que la armada británica fue pillada durmiendo la siesta.

[26] No hubo francotiradores en Lovaina en 1940.

[27] El Memorial Day es, en Estados Unidos, una fecha conmemorativa de los hombres y mujeres caídos en el servicio al país. Conocido inicialmente como Decoration ay, se creó para honrar la memoria de los soldados caídos en la guerra civil norteamericana, pero luego abarcó también a los caídos en otros conflictos, sobre todo a partir de la Primera Guerra Mundial. *(N. del T.)*

[28] Un ejemplo excelente de las exageraciones de Göring. Cuando visité la playa de Dunkerque, pasados solo dos meses y medio, solo encontré los restos de dos cargueros, dos destructores y una lancha torpedera.

[29] Nombrado después por el mariscal Pétain embajador de Francia en Washington.

[30] Menos de cuatro meses después moriría a bordo de un bombardero británico al regreso de una incursión en las posiciones italianas en Albania.

[31] Debo decir en honor a la verdad que los funcionarios de la Sociedad de Radiodifusión Estatal Alemana, que me trataron con la mayor cortesía durante la guerra, jamás me pusieron impedimentos para que escuchara lo que el enemigo tenía que decir a través de la BBC. Normalmente ponían a mi

disposición con este objeto un aparato de radio. Los corresponsales extranjeros estábamos eximidos del decreto que prohibía sintonizar emisoras de radio extranjeras, a condición de no comunicar a los alemanes el contenido de sus informaciones. La radio era el único medio de que disponíamos en Berlín para saber qué estaba ocurriendo en el mundo exterior. Estaba prohibida también la venta de periódicos extranjeros, salvo los italianos y los de las ciudades ocupadas. Ocasionalmente nos llegaban por correo revistas y diarios norteamericanos, pero, para cuando los recibíamos, habían pasado de dos a seis meses desde la fecha de su publicación.

[32] La mayoría de ellos eran rechazados en la frontera española.

[33] Véase la anotación del pasado 21 de septiembre.

[34] El 6 de diciembre de 1940, el Vaticano condenó las «muertes por compasión». Respondiendo a la pregunta de si es lícito que las autoridades ordenen la muerte de aquellos que, sin haber cometido ningún crimen merecedor de la pena de muerte, sean, con todo, considerados ineptos para la sociedad o el Estado a causa de deficiencias físicas o mentales, la Sagrada Congregación del Santo Oficio mantuvo que «tales muertes son contrarias tanto a la ley natural como a la divina». Es dudoso que, aun en el caso de que la masa de los católicos alemanes hubiesen conocido esta declaración de Roma, lo que es muy improbable, entendieran a qué se refería. Solo una minoría en Alemania tiene conocimiento de las «muertes por compasión».

[35] Amann preside también la Cámara de Prensa del Reich, y desde este cargo regula los periódicos alemanes. A través de la Eher Verlag y las empresas subsidiarias del grupo financiero, tiene asimismo el control financiero de la mayoría de los grandes periódicos del país.

[36] Lo reconoció públicamente en un discurso el 10 de diciembre de 1940. Comparando los mundos totalitario y democrático, dijo: «Jamás podremos reconciliarnos con ese mundo ... Uno de esos dos mundos debe venirse abajo por completo ... Son dos mundos opuestos, y pienso que uno de ellos debe hundirse».

William L. Shirer nació en Chicago en 1904. Su vocación de escritor le llevó a París, donde tuvo que ganarse la vida como corresponsal para varios periódicos estadounidenses. Tras pasar un año sabático en España, en enero de 1934 tuvo que retomar el periodismo para ganarse la vida, primero en París y más tarde en Berlín, como reportero para el New York Herald. En 1937 Edward Murrow le fichó para la CBS en la capital alemana y de esta época datan sus legendarias transmisiones (ganadoras en dos ocasiones del prestigioso Headliners Club Award), que inauguraron una nueva era del periodismo internacional. Tras haber presenciado de cerca varios de los acontecimientos más extraordinarios y significativos de la época, tuvo que dejar Alemania en diciembre de 1940. A su regreso a Estados Unidos publicó *Diario de Berlín*, que cubre esos años y obtuvo un inmenso éxito. En la década de los cincuenta investigó y recuperó sus escritos sobre la Segunda Guerra Mundial y en 1961 publicó *The Rise and Fall of the Third Reich*, obra capital de la historiografía bélica, ganadora del National Book Award y del Sydney Hillman Foundation Award. Murió en Boston en 1993, a los ochenta y nueve años.

Título original: *Berlin Diary*

Edición en formato digital: noviembre de 2015

© 1941, renovado, William L. Shirer
© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2008, Francisco Javier Calzada Jiménez, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Nuria Zaragoza
Fotografía de portada: Miles de jóvenes alemanas aclaman a Hitler en la Wilhelm-Platz de Berlín, el 13 de septiembre de 1938 © Bettmann / Corbis

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9992-999-6

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Índice

Regreso a Berlín

Prólogo

Primera parte. El comienzo de la paz

Segunda parte. Final del *Diario de Berlín*

Epílogo

Notas

Biografía

Créditos